La tradición nacional	Titulo
González, Joaquín Víctor - Autor/a; Pulfer, Darío - Otra;	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
UNIPE	Editorial/Editor
2015	Fecha
Ideas en la educación argentina	Colección
Historia de la educación; Cultura; Argentina;	Temas
Libro	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.org/Argentina/unipe/20200415061528/La-tradicion-nacional.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

http://biblioteca.clacso.org

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.org

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

CLACSO

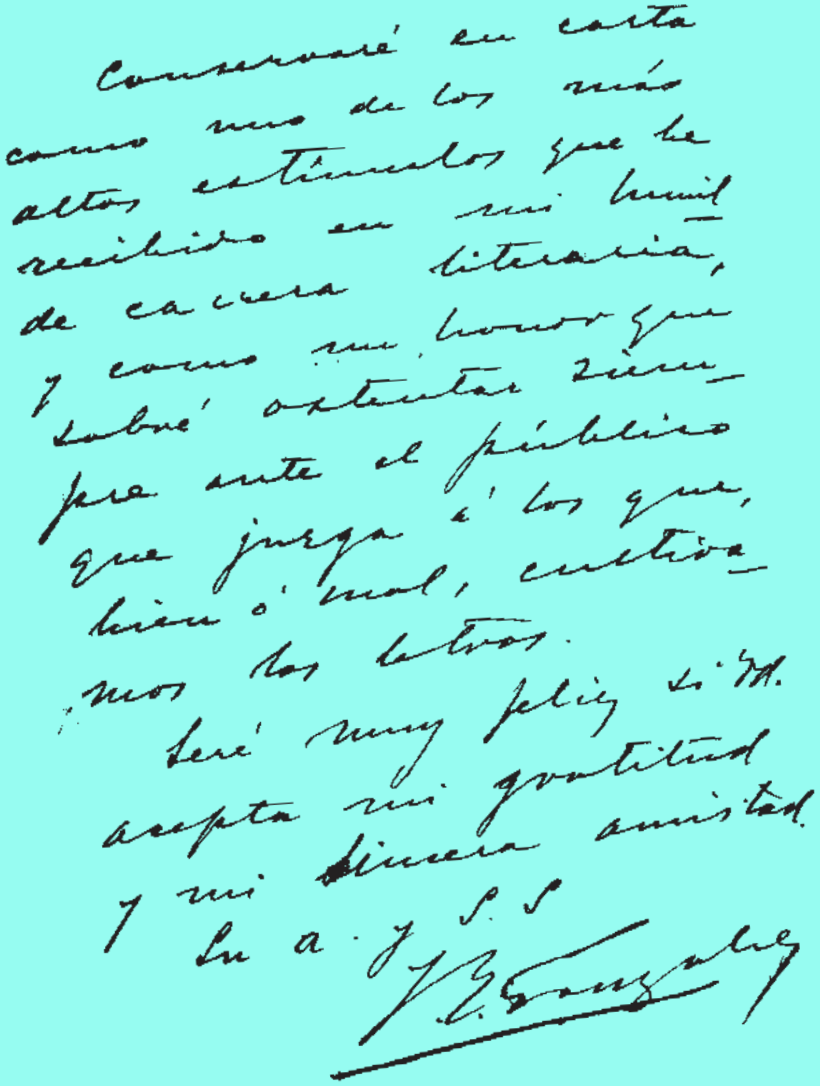
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

LA TRADICIÓN NACIONAL

Joaquín V. González

PRESENTACIÓN

Darío Pulfer


Conservaré en carta
como uno de los más
altos estímulos que he
recibido en mi humil
de carrera literaria,
y como un honor que
sabré ostentar siem-
pre ante el público
que juzga á los que,
bien ó mal, cultiva-
mos las letras.
Seré muy feliz si V.
acepta mi gratitud
y mi sincera amistad.
Su a. y s. s.
J. V. González

unipe: editorial universitaria
ideas en la educación argentina

JOAQUÍN VÍCTOR GONZÁLEZ (La Rioja, 1863-Buenos Aires, 1923) fue un escritor y político de intensa trayectoria entre 1886 y su muerte. Se desempeñó como diputado, senador, gobernador de su provincia natal, ministro en diferentes carteras, promotor de reformas en la legislación laboral y electoral, y rector de la Universidad Nacional de La Plata en cuatro períodos consecutivos. Sus obras completas están integradas en veinticinco volúmenes. Entre ellos se cuentan los referidos a la historia nacional y las intervenciones en el ámbito educativo. Célebre por *Mis montañas* o *El Juicio del Siglo*, fue recuperado en la primera mitad del siglo XX por diferentes corrientes y tradiciones intelectuales.

DARÍO PULFER es profesor en Historia y licenciado en Educación, y profesor universitario. Es autor de *El peronismo en sus fuentes* (2012) y director del sitio web www.peronlibros.com.ar
Dirige en esta editorial la colección *Ideas en la educación argentina*, para la cual prologó el primer volumen, una reedición de *La restauración nacionalista* (2011), de Ricardo Rojas, y es autor de la presentación de *La colonización pedagógica*, de Arturo Jauretche, en preparación.

La tradición nacional

La tradición nacional

JOAQUÍN VÍCTOR GONZÁLEZ

Presentación
DARÍO PULFER

unipe: EDITORIAL UNIVERSITARIA

González, Joaquín Víctor
La tradición nacional / Joaquín Víctor González ; dirigido por Darío Pulfer ; prólogo de Darío Pulfer. - 1a ed revisada. - Gonnet : UNIPE: Editorial Universitaria, 2015.
304 p. + CD-DVD ; 24 x 16 cm. - (Ideas en la educación argentina / Pulfer, Darío; 13)

ISBN 978-987-3805-11-0

1. Historia de la Educación. 2. Historia Argentina. 3. Historia de la Literatura. I. Pulfer, Darío, dir. II. Pulfer, Darío, prolog. III. Título.
CDD 370.982

UNIPE: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
Adrián Cannellotto
Rector

Carlos G.A. Rodríguez
Vicerrector

UNIPE: EDITORIAL UNIVERSITARIA
María Teresa D'Meza
Directora editorial

Estudio ZkySky
Maqueta de colección

edit•ar, Lucila Schonfeld
Maquetación y corrección

COLECCIÓN IDEAS EN LA EDUCACIÓN ARGENTINA
Darío Pulfer
Director

Imagen de tapa: Sobre la base de un facsimilar de la firma de Joaquín V. González

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
La tradición nacional
Ediciones anteriores: 1888, 1912, 1930, 1936, 1957

© De la presente edición, UNIPE: Editorial Universitaria, 2015
Camino Centenario Nº 2565 (B1897AVA) - Gonnet
Provincia de Buenos Aires, Argentina
www.unipe.edu.ar

© De la Presentación, Darío Pulfer, 2015

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta edición, de 700 ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2015
en Artes Gráficas del Sur, Alte. Solier 2450, Avellaneda, Pcia. de Buenos Aires.

ISBN 978-987-3805-11-0

Presentación de la colección
Ideas en la educación argentina

La tarea de reeditar textos sobre educación argentina actualmente de difícil acceso, agotados o sin reediciones recientes, debe ser encarada como una tarea colectiva y plural. Queremos reinstalar estos textos en los análisis y debates para actualizar viejas preguntas, generar nuevos interrogantes y someter a la mirada crítica de la actualidad el sentido de las ideas del pasado.

Cada libro reúne una obra o una selección de escritos del autor en cuestión, precedida por una presentación de un especialista contemporáneo acerca de la vida de ese autor y del contexto en el que produce su trabajo. Esta presentación delimita también algunas claves de las preocupaciones del autor, problematiza cuestiones puntuales de cada texto y ofrece una bibliografía actualizada del autor analizado.

Junto con los libros de esta colección, la Universidad Pedagógica (UNIPE) produce un documental sobre el volumen de referencia, que ofrece a investigadores, especialistas, docentes y público en general más información sobre el autor y la obra incluida en cada libro. El material audiovisual está disponible para quien quiera consultarlo en el sitio virtual de UNIPE.

La colección busca continuar la huella de los prolíficos trabajos de análisis, interpretación y reposición de tradiciones y autores que han venido produciéndose en los últimos años dentro de la pedagogía, para que las nuevas generaciones de docentes se inscriban en la rica genealogía simbólica argentina.

El interés de UNIPE: Editorial Universitaria es contribuir a la circulación de conocimiento y la difusión de las diversas tradiciones pedagógicas de nuestro país, favorecer la formación de una conciencia histórica abierta y dinámica que contribuya a pensar de otro modo los problemas y temas que se presentan como nudos críticos de nuestro sistema educativo cuando tenemos serios y renovados desafíos.

Darío Pulfer
Director de la colección

REUN
Red de Editoriales de
Universidades Nacionales

LUA
Libro
Universitario
Argentino

Índice

PRESENTACIÓN
JOAQUÍN V. GONZÁLEZ: ENTRE LA INVENCIÓN DE UNA TRADICIÓN NACIONAL Y SU TRANSMISIÓN CULTURAL-EDUCATIVA
por Darío Pulfer 11

LA TRADICIÓN NACIONAL

LIBRO PRIMERO
I. La tierra y el hombre 95
II. Evolución, tradición 96
III. Importancia del pasado 97
IV. Poesía y religiones 98
V. La naturaleza americana 100
VI. Dos cuadros 100
VII. Literatura nacional 102
VIII. La llanura, la poesía, los sepulcros 103
IX. La montaña, mitologías, epopeyas. *La Araucana*. Reconstrucción del pasado 105
X. Cultura araucana 108
XI. Cultura quechua 110
XII. *Ollantay* 113

LIBRO SEGUNDO
I. El Descubrimiento. Fusión de las razas 117
II. La renovación del espíritu indígena. La epopeya americana 119
III. Los héroes de la Conquista 122
IV. Los héroes del Evangelio 125
V. Los tesoros 129
VI. Los milagros 132

VII. Los jesuitas. La educación monástica 136
VIII. El Diablo. Dos poemas nacionales. Las brujas 143
IX. Las ciudades. Sus fundadores. Vida comunal 160

LIBRO TERCERO

I. La Revolución. Nacimiento de las naciones. Edad heroica 167
II. Génesis de la Revolución argentina. Los precursores. Túpac Amaru. Los comuneros. La tercera raza. El gaucho. Invasiones inglesas. España 173
III. La raza revolucionaria. La tradición heroica 180
IV. Los cabildos. Belgrano. Tucumán. Salta. Güemes. Los indígenas. La religión. La bandera. Los guerreros 190
V. Los Andes. San Martín. La tragedia y la leyenda. La fraternidad americana. Chile y los Carrera. La ley revolucionaria 198
VI. La restauración quechua. San Martín en Perú. San Martín y Bolívar 204
VII. El Canto a Junín. Los reyes incas. Los héroes argentinos 208
VIII. Ituzaingó. Alvear, Lavalle, Paz, Brandsen 212
IX. Las odiseas marítimas. Brown y Buchardo 215
X. El cóndor 219

LIBRO CUARTO

I. Orígenes de la guerra civil. Las masas y su cultura. Disolución social. Poesía de la desgracia. La tradición en la cuarta época 223
II. Una escena fantástica 232
III. Rosas y su época 238
IV. Facundo 250
V. Aldao 270
VI. Odiseas libertadoras. Corrientes. La «Insurrección del Sud». Avellaneda y la Liga del Norte. Echeverría y sus poemas. Lavalle. Lamadrid. Sarmiento y Echeverría. Acha. Las cabezas de los mártires 277
VII. El general Paz 288
VIII. Caseros. Un cuadro final 290

APÉNDICE

Carta del general Mitre al autor 295

Presentación
DARÍO PULFER

Joaquín V. González: entre la invención de una tradición nacional y su transmisión cultural-educativa[1]

> El sentimiento nacional es la primera y más viril manifestación de la unidad social, de la fortaleza de los vínculos políticos y morales, de la vitalidad de un Estado; nace de las diversas evoluciones que constituyen la tradición de un pueblo; es la tradición misma que vive de su calor, se adorna con sus matices nativos, se regenera constantemente con sus nuevos gérmenes, como el árbol con las nuevas corrientes de savia que cambian el ropaje de las ramas. Porque la tradición no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que un pueblo le dedica, expresa su carencia de ideales y fuerzas progresivas: ella es la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó, y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata también las desgracias, las catástrofes, las sombras que se levantaron en su camino, como hay nubes que oscurecen el sol, como hay arenas que interceptan los torrentes, como hay incendios que abren inmensos espacios de ceniza entre dos selvas tropicales, sin que por ello la tierra sea menos generosa, ni ardan en su seno con menos vivacidad los gérmenes de nuevas y más espléndidas vegetaciones (*LTN*: 246).*

1. La primera edición de *La tradición nacional* data de 1888, publicada por Félix Lajouane Editor. De esta obra se imprimieron ocho ejemplares en papel de Holanda, numerados del 1 al 8, y 52 sobre papel *teinté* superior, numerados del 9 al 60. En 1912 se realizó una nueva edición de la primera parte con el sello de Juan Roldán y carta-prólogo de Bartolomé Mitre. En 1930 hubo una nueva edición. En 1936, en las *Obras Completas de Joaquín V. González*, Buenos Aires, Congreso de la Nación Argentina-Universidad Nacional de La Plata, 1935-1937, 25 volúmenes (en lo sucesivo, *OCJVG*), esta fue publicada íntegra en el volumen XVII. En 1957, Hachette, en su colección *El pasado argentino* dirigida por Gregorio Weinberg, la publicó nuevamente con la carta-prólogo de Mitre, una Biobibliografía y la reproducción del libro siguiendo la edición de las *OCJVG*. El manuscrito de la obra no se encuentra en el conjunto de sus trabajos ordenados por su hijo Alberto y donados por su viuda a la Universidad Nacional de La Plata en la década de 1960.

* En todos los casos remitimos a la presente edición de *La tradición nacional.* [N. de E.]

INTRODUCCIÓN

El nombre de Joaquín V. González se asocia con múltiples sentidos ligados al mundo de la educación y que pueden verse reflejados en la actualidad en nombres de calles, instituciones, obras culturales, programas de gobierno y en algunas evocaciones o asociaciones que se realizan frecuentemente en torno a su figura. Su trayectoria trasciende largamente estas asociaciones con el mundo educativo ya que incursionó, de modo igual de intenso, en el campo de la política, de los estudios constitucionales y de las letras. Riojano, hombre del interior mediterráneo, nacido en la década de 1860, en pleno tiempo de confrontaciones civiles, tras estudiar en la ciudad de Córdoba la carrera de Derecho, se inicia tempranamente en la vida política e intelectual en las filas del roquismo y tiene una intensa trayectoria, aunque relativamente breve, pues fallece en 1923, cuando cumple los sesenta años.

Para presentar *La tradición nacional* (*LTN*) de Joaquín V. González, objeto fundamental de este escrito, iniciamos el trabajo con algunas preguntas que nos orientaron en el estudio, hacemos una aproximación a la producción historiográfica en referencia al tema, repasamos la trayectoria biográfica de JVG y lo ubicamos en el campo intelectual y pedagógico argentino, relevamos el contexto de producción de la obra y proponemos algunas claves para su lectura.

La tradición nacional fue escrita en 1888. Estamos frente a una obra de juventud, temprana en la producción de nuestro autor, que recorre el pasado nacional, organiza un campo de lecturas, propone un modo de transmisión cultural y educativa, y se proyecta tanto en otros desarrollos de JVG como en el campo político, intelectual y pedagógico nacional. En una aproximación a la persona de JVG y para situar *La tradición nacional*, resulta útil y conveniente iniciar la tarea con una serie de interrogantes, sugeridos por las producciones existentes o formuladas por otros autores. Somos conscientes de que, por la índole de este trabajo, no todos ellos puedan ser debidamente respondidos a lo largo del presente texto. También somos conscientes de que muchos de ellos requerirían un trabajo de investigación más amplio, que trasciende el objetivo de esta presentación.

¿Se trata de un hombre del interior provinciano que se conmueve ante la aceleración y el aumento inmigratorio de fines de la década de 1880?[2]

¿De qué manera se expresa en la figura de González el proceso de fusión de las elites provinciales y la constitución de una clase dominante nacional en el camino que va de 1880 al Centenario?

¿Cuáles son las intervenciones de JVG que lo presentan como un pensador estratégico de la elite dominante?

¿Cómo es la actuación de JVG en cuanto intelectual orgánico del bloque de poder conservador?

¿Qué características reúnen los hombres de la transición del siglo XIX al XX como JVG? ¿Cuáles son las notas distintivas de los integrantes de una nueva ca-

2. BERTONI, Lilia, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001. Contiene una reconstrucción acabada del marco de arribo de JVG a Buenos Aires.

mada de dirigentes conservadores, específicamente dedicados a la tarea política?[3]

En el campo literario, ¿estuvo entre los *gentlemen* escritores, multifacéticos y polifuncionales, integró el primer grupo de escritores profesionales o funcionó como bisagra entre ambas agrupaciones?[4]

¿Cuáles son las notas que lo ubicarían, en su trayectoria, como estratega intelectual?[5]

¿Forma parte de la generación de 1880 o de la de 1886?[6]

¿Muy político para el campo intelectual y muy intelectual para el campo político?[7]

¿Sus procedimientos de escritura son de índole arqueológica[8] o genealógica?

¿Cuál fue su relación efectiva con las políticas educativas?[9] ¿Intelectual pedagogo[10] o pedagogo de Estado?

3. ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995.

4. En el esquema clásico de VIÑAS, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964, p. 259 y ss. De los «gentlemen»-escritores a la profesionalización de la literatura. Para Terán, JVG se ubica como «figura intermedia entre los *gentlemen* escritores y los intelectuales en proceso de «profesionalización» (TERÁN, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 182).
SARLO, Beatriz y ALTAMIRANO, Carlos, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 168, han señalado que Viñas se preocupó más «por enfatizar el control efectivamente ejercido por la oligarquía sobre el rudimentario aparato cultural que la novedad de este curso» (se refieren al proceso de profesionalización). En esa etapa de «transición» podemos identificar algunas «novedades» en JVG como la incursión en los grandes diarios, en las nuevas formas de consagración mediante el procedimiento de carta-prólogo, en la participación en espacios incipientes de organización del mundo intelectual como el Ateneo, en el apoyo a la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896, en la escritura en el órgano de la Biblioteca Nacional, etc. Del formato anterior conserva su lugar como abogado, sus relaciones políticas en el roquismo, su actuación como diputado y profesor.

5. Seguimos aquí la idea y hacemos una aplicación analógica del trabajo de BRUNO, Paula, *Paul Groussac. Estratega intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

6. PRÓ, Diego F., *Periodización del pensamiento argentino*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1965, p. 74. El autor se inclina por la segunda opción. Debate con Ricardo Rojas bajo el supuesto de que este incluye a JVG en la generación del Ochenta. En realidad, Rojas realiza otra afirmación: «Figura culminante en su época, eslabona la generación de 1880 con la de 1900, como Echeverría la de Mayo con la de Caseros, o Avellaneda la de Pavón con la que realizó la federalización de Buenos Aires» (*Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, vol. VIII, 2: *Los modernos*, Buenos Aires, Kraft, 1960, p. 644).
Por su parte, SÁNCHEZ VIAMONTE, Carlos (prólogo), *Joaquín V. González. Homenaje en su Centenario*, Buenos Aires, Comisión Popular de Homenaje a Joaquín V. González, 1964, p. 7, ubica a JVG como segunda etapa de la generación del Ochenta, como participante del mismo proyecto pero aplicando «rectificaciones».

7. Resulta sugestiva la ausencia de JVG en el tratamiento que realiza Rivero Astengo de las «figuras de la Organización Nacional» en lo político así como la ausencia en Groussac, en *Los que pasaban*, Giusti, en *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, De Vedia, en *Como los vi yo*, Ingenieros, en *Sociología argentina* o Ponce, en *La vejez de Sarmiento*, del campo intelectual del mundo de 1880 al 1900.

8. Degiovanni señala que en *LTN* se incluye un proyecto «destinado a promover una arqueología textual del pasado argentino, de donde surge precisamente la formulación de un nuevo canon nacional en González» (DEGIOVANNI, Fernando, *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en la Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007, p. 47). En la misma dirección pero aplicado al mundo de la educación puede verse MARIÑO, Marcelo, «La apuesta sensible. El sentimiento nacional como pedagogía en tiempos de multitudes», en PINEAU, Pablo (dir.), *Escolarizar lo sensible. Estudios sobre estética escolar (1870-1945)*, Buenos Aires, Teseo, 2014, p. 65.

9. ESCUDÉ, Carlos, *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires, Tesis, 1990, lo ubica entre los impulsores de la educación patriótica sin dudarlo. PUIGGRÓS, Adriana (dir.), *Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*, colección Historia de la educación en la Argentina I, Buenos Aires, Galerna, 2006, lo coloca como alternativo a la educación patriótica y como un pensador central de la oligarquía roquista, aunque inescuchado.

10. MARIÑO, M., «La apuesta sensible», *op. cit.*, p. 65.

¿Cómo fue la presencia del interior provinciano en su producción?[11]

¿Forma parte de la corriente romántica,[12] del positivismo tardío, del cientificismo,[13] o se identifica con el krausismo?[14]

¿Artista encadenado?[15]

¿Espiritualista, deísta o místico panteísta?[16] ¿Cultor de un catolicismo práctico o admirador del cristianismo primitivo?[17]

¿Republicano o demócrata? ¿Liberal o conservador?[18]

¿Por sus producciones y sus iniciativas culturales puede ser considerado el Iniciador de la posición nativista proclive al desarrollo de una literatura regional-nacional?[19]

¿Por qué puede ser considerado el promotor del llamado nacionalismo «formal», «abstracto», «patriótico» sin sujeto social?[20]

11. ROJAS, Ricardo, *Elogio de J.V. González*, Buenos Aires, Instituto de Letras de la UBA, 1923, p. 120, señala que los motivos de *LTN* como los de *Mis montañas* están filiados a *Facundo* y *Recuerdos de provincia* de Sarmiento por el motivo y el contenido, no por el estilo.

12. ROJAS, R., *Elogio de J.V. González*, *op. cit.*, p. 120, señala la decisiva influencia de Chateaubriand en sus escritos primeros, entre los cuales se cuenta *LTN*.

13. TERÁN, O., *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987; TERÁN, O., *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la «cultura científica»*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. SOLER, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968, no trabajan a JVG entre los cultores del positivismo.

14. PRÓ, D.F., *Periodización del pensamiento argentino*, *op. cit.*, p. 79, habla de la presencia positivista tardía con Renan y Taine y del cultivo del cientificismo ingresando al siglo XX en torno a la organización de la Universidad de La Plata. Para rastrear algunas «incrustaciones» krausistas en el pensamiento de JVG, Pró refiere a la influencia en los primeros escritos de Heinrich Ahrens. En la misma dirección, AGÜERO, Ana C., «La naturaleza de las cosas. Notas introductorias al *Estudio sobre la revolución* de Joaquín V. González», en JVG, *Estudio sobre la revolución y otros escritos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2010, p. XXIII, reafirma ese vínculo por la relación con Carlos Vergara y la posterior con Altamira y Posada en la etapa platense. Para este último punto, véase ROIG, Arturo Andrés, *Los krausistas argentinos*, Buenos Aires, El Andariego, 2006, pp. 165-166.

15. TÍNDARO, Celso, *Ideario de Joaquín V. González*, 2 t., Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1938.

16. DE VEDIA, Joaquín, nota necrológica de *La Razón*, 21 de diciembre de 1923, en *OCJVG*, vol. XXV, p. 309. En el prólogo de los *Cien poemas de Kabir*, JVG había escrito: «¿Quién soy yo para llamar a los oídos de nadie? Pero un día la montaña nativa habló por mí; yo transmití el mensaje del alma difusa de los seres muertos y vivos, que en ella tienen nidos y sepulcros, y entonces vi, conocí, sentí que era místico. Alguien me llamó panteísta y yo le encontré razón; pero de un panteísmo natural y poético, inmanente en el espíritu saturado de su medio. Nunca pude desprenderme de esas tierras áridas, rocosas y erizadas de arbustos bravíos, así como veladas por montes inmensos que les guardan promesas íntimas. Soñé volver un día a vivir en ellas la vida de mi infancia, para cerrar yo también mi ciclo; y allí estoy cuidando un naranjo, una parra y un rosal, porque son puntos de cita de los pájaros que me traen la diaria confidencia de la tierra donde duermen mis padres, y así yo estoy en perpetua confesión y unísono con el alma de las cosas».

17. GÁLVEZ, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria*, Buenos Aires, Taurus, 2003, hace referencia a cierto catolicismo en el último JVG.

18. BOTANA, Natalio, *El orden conservador*, Buenos Aires, Edhasa, 2011. Analiza el pensamiento de JVG señalando la limitación que busca darle al contenido popular en el marco republicano a partir de su propuesta de reforma electoral y las polémicas con Indalecio Gómez en torno a lo que sería luego la Ley Sáenz Peña. Similares razonamientos y mayor desarrollo aplicado a *LTN* y a *El Juicio del Siglo* pueden encontrarse en ROLDÁN, Darío, *Joaquín V. González. A propósito del pensamiento liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

19. CHEIN, Diego, «Escritores y Estado en el Centenario: apogeo y dispersión de la literatura nativista argentina», en *Revista Chilena de Literatura*, nº 77, 2010, pp. 51-73.

20. JAURETCHE, Arturo, *Los profetas del odio y la Yapa. La colonización pedagógica*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967, p. 175: «este nacionalismo eventual y que eventualmente fue útil [para asimilar a la inmigración, N. de A.], está condicionado, más allá de su efecto inmediato, a una desnacionalización cultural porque no integró lo nacional en fines culturales propios sino en una idea de lo nacional que no resulta de la nación como vida, sino de una concepción ideológica de la nación. [...] El fin no es la nación, lo son las instituciones: la República, la Constitución, la democracia, la libertad misma, considerada desde un punto de vista individual y no desde un punto de vista nacional».

Estos interrogantes pueden multiplicarse al infinito si tenemos en cuenta la densa trayectoria político-intelectual de JVG, entre los años 1886, cuando inicia sus actividades políticas, y 1923, cuando muere en su mansión de Belgrano en la Capital Federal añorando su casa de descanso «Samay Huasi»,[21] ubicada en Chilecito.

Por su actuación en diversos órdenes de la vida social, su figura aparece de manera fragmentaria y discontinua en diferentes campos de la historia nacional. Existen menciones, como al pasar, en cuadros más complejos que han obturado una visión de conjunto de su trayectoria y obra. No contamos para González con obras exhaustivas realizadas en torno a él con criterio tradicional ni actual.[22] Las presentaciones panorámicas se resumen en las referencias biográficas[23] o en la presentación general que se hace de sus *Obras completas*.[24]

APROXIMACIONES HISTORIOGRÁFICAS

Un breve repaso de las caracterizaciones que realizan las distintas corrientes historiográficas nos ayudará para considerar el tratamiento fragmentario que muchas veces se da a su trayectoria y dimensionar la diversidad de facetas y perspectivas que despierta su figura.

21. JVG le ganó la propiedad a su amigo inglés William Treloar en el juego. Más tarde la perdió y esta quedó en poder del Banco de la Provincia de Buenos Aires. La institución la donó a la Universidad Nacional de La Plata después del fallecimiento de JVG. En la actualidad está convertida en museo y sigue dependiendo de la misma Universidad.

22. Hombres de la historiografía tradicional como Groussac, Martínez, Amadeo, Ibarguren, De Vedia, Rivero Astengo no lo han incluido en sus semblanzas. Levene traza un recorrido biográfico-intelectual en la presentación que realiza de las *OCJVG* en su triple carácter de ex colaborador de JVG, rector de la Universidad e intelectual del bloque conservador en el gobierno (presidencia de Agustín P. Justo, 1932-1938). LEVENE, Ricardo, *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, La Plata, Universidad de La Plata, 1935. Reproducido años más tarde en el capítulo titulado «Sociólogos contemporáneos: Joaquín V. González y Juan A. García», en LEVENE, R., *Historia de las ideas sociales argentinas*, Buenos Aires, Austral, 1947.
En el volumen colectivo compilado por FERRARI, Gustavo y GALLO, Ezequiel, *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981, no se cuenta con una aproximación biográfica como la hay para Quesada, Zeballos, etc.
En el conjunto de trabajos propios o animados por Horacio González desde distintos espacios, JVG no ingresa en la consideración: GONZÁLEZ, Horacio, *Restos pampeanos*, Buenos Aires, Colihue, 1999; GONZÁLEZ, H. (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Colihue, 2000. En la colección de la Biblioteca Nacional *Los raros* no ha sido incluido.
En la obra de ROSA, Nicolás (ed.), *Historia del ensayo argentino. Intervenciones, coaliciones, interferencias*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 2002, *LTN* no ha sido incluida en el análisis. Esto puede obedecer al contexto de polémica con el texto de GONZÁLEZ, H., *Restos pampeanos*, ya citado, que tampoco la incluye.
Tampoco se han realizado aproximaciones con criterio actual y tomando de conjunto su producción, como aquellas con las que contamos para Wilde, Ramos Mejía, Zeballos, Groussac, Cambaceres y otras figuras. Pueden tomarse como excepción parcial las intervenciones de ROJO, Roberto, *El divino Joaquín*, La Rioja, Nexo, 2013, 3ª edición; *Escritores riojanos. De Joaquín V. González a Bravo Tedín*, La Rioja, Nexo, 2008 (reproducido previamente en *Todo es Historia*, nº 460, 2005).

23. La biografía de las *OCJVG* está tomada del trabajo de presentación de *Intermezzo. Dos décadas de recuerdos literarios (1888-1908)*, Buenos Aires, Jackson, realizada por Alberto Palcos en la colección *Grandes escritores argentinos* (vol. L) del año 1934; se repite como anexo de *Fábulas nativas*, Buenos Aires, Emecé, 1953, y es la base de la Biobibliografía de la edición de 1957 de *LTN* realizada por Solar/Hachette, en la colección *El pasado argentino*, dirigida por Gregorio Weinberg. Curiosamente, esta edición no cuenta con estudio preliminar como la mayoría de los títulos de esta serie de más de sesenta obras. Puede verse el *Catálogo Colección El Pasado Argentino*, Buenos Aires, Hachette, 1959, 31 pp.

24. LEVENE, R., *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, *op. cit.*

Ricardo Rojas lo ubica como notable en la generación intermedia entre la de 1880 y la de 1900.[25]

Ricardo Levene lo sitúa como auténtico sociólogo, creador de la «teoría argentina de la patria», ubicándolo en el centro de la tradición de pensamiento liberal, en contraste con Alberdi por el tiempo de vida y perspectivas.[26]

Carbía lo trabaja entre los ensayistas-sociólogos filiándolo al Sarmiento de *Conflicto y armonías de las razas en América*.[27]

Marasso lo destaca como escritor, trabajando sobre sus fuentes de pensamiento y facetas.[28]

Pró lo ubica en la generación de 1896 junto con Norberto Piñero, Ernesto Quesada, Martín García Merou, Horacio Rivarola, Juan Agustín García, José Nicolás Matienzo, Víctor Mercante, Rodolfo Senet, José Ingenieros, filiados más cerca del cientificismo; aunque señala que González tiene aperturas metafísicas y trascendentalistas, y oficia de puente con la generación modernista con la que tiene vínculos de todo orden (políticos, institucionales, literarios y amistosos, en distinto grado).[29]

Baily lo caracteriza como uno de los miembros más progresistas de la oligarquía, que busca mejorar las relaciones entre el movimiento obrero y el Estado.[30]

Botana lo rescata como uno de los ideólogos de la reforma electoral con su propuesta de voto uninominal por circunscripción.[31]

Zimmermann lo ubica entre los liberales reformistas que buscan a través de cambios laborales, electorales y educativos resolver la «cuestión social» de principios del siglo XX.[32]

Darío Roldán analiza su pensamiento político en la matriz liberal.[33]

Montergous lo recrea como autor de una polifacética y dispersa obra.[34]

Sebreli lo caracteriza como intelectual liberal adscripto al positivismo promotor de la educación nacionalista, junto a C.O. Bunge y J.M. Ramos Mejía.[35]

25. ROJAS, R., *Historia de la literatura argentina. Los modernos*, *op. cit*.

26. LEVENE, R., *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, *op. cit.*

27. CARBÍA, Rómulo D., *Historia crítica de la historiografía argentina (Desde sus orígenes en el siglo XVI)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata, 1939, pp. 257-258. Esta orientación sigue PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, Antonio J., *La historiografía (1880-1930)*, Buenos Aires, Glauco, 1972, p. 10.

28. MARASSO, Arturo, *Joaquín V. González*, Buenos Aires, Emecé, 1946. Puede consultarse, del mismo autor, «Prólogo y Notas», en JVG, *Mis montañas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1963. En ese texto subraya la importancia de la carta de Obligado, en su función de prólogo-habilitación, refuerzo de pertenencia al campo intelectual e ingreso de la geografía regional del Noroeste en la literatura nacional.

29. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 1, primera época, 1965, pp. 73-74. En lo que serían los recuerdos de su generación, Ugarte no incluye referencias a González. Gálvez en sus memorias sí lo menciona como de la generación anterior. Y Rojas lo constituye como referente previo.

30. BAILY, Samuel, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, p. 35: «Elevó al Congreso un proyecto de ley nacional del trabajo que establecía la jornada de ocho horas, la reglamentación del trabajo nocturno, el descanso dominical, el seguro por accidente, la reglamentación del trabajo femenino y la prohibición de trabajar a los menores. Al mismo tiempo, el proyecto disponía una reglamentación oficial para las actividades sindicales».

31. BOTANA, N., *El orden conservador*, *op. cit.*, p. 206.

32. ZIMMERMANN, E., *Los liberales reformistas*, *op. cit.*, p. 70.

33. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*

34. MONTERGOUS, Gabriel, *La generación del 80 y el proceso militar*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pp. 29-42.

35. SEBRELI, Juan J., *Crítica de las ideas políticas argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 68.

Devoto lo rescata como pensador que considera necesario, ya a fines de la década de 1880, «construir» *La tradición nacional*.[36]

Julio Irazusta, desde una posición «revisionista tradicional», no lo incluye en sus análisis aunque trabaja figuras cercanas que integraron el segundo gobierno de Roca, como Osvaldo Magnasco y Emilio Civit.[37]

Fermín Chávez, desde una perspectiva «revisionista nacional-popular», lo abordó marginalmente prefiriendo abrir el surco de «lo nacional» con Ricardo Rojas (*La restauración nacionalista*) aun cuando en sus últimas obras trabajó fuertemente autores de fin de siglo con preocupaciones pedagógicas o de recuperación histórica hispano-colonial y federal, como Francisco Ramos Mejía, Quesada, etcétera.[38]

Jorge Abelardo Ramos, desde una mirada «revisionista socialista», en su vertiente federal provinciana, lo recupera en cuanto hombre e intelectual orgánico del roquismo, impulsor del Código del Trabajo y del estudio científico más importante en torno a las condiciones de las masas trabajadoras argentinas al iniciarse el siglo XX: el Informe Bialet Massé.[39]

Este repaso nos coloca frente a un hombre de múltiples perfiles. Fue gobernador de La Rioja, destacado diputado y senador, e influyente figura en esa provincia, además de diputado nacional; ministro de Roca y Quintana en distintas posiciones. Fundador, con otros, del Partido Demócrata Progresista. Impulsor de un nuevo Código del Trabajo y de la reforma electoral de 1904. Promotor de un programa intelectual de largo alcance y animador de las nuevas generaciones literarias. Escribió obras literarias, históricas y jurídicas. Se desempeñó como periodista de *La Prensa* y *La Nación*. Ensayista de fuste para el Centenario con *El Juicio del Siglo*. Estudioso y analista constitucional. Fue docente en el ámbito de la Facultad de Derecho; reformador de planes e instituciones en el sistema educativo; rector y organizador de la Universidad Nacional de La Plata.

Sus propias definiciones, al finalizar su trayectoria vital, deben contribuir a contrastarlo con sus prácticas y actos de producción: «Ante todo declaro que no soy conservador, por el contrario, soy un espíritu liberal, democrático, progresista y revolucionario».[40] «No soy conservador, ni en el sentido político, ni el sentido doctrinario de la palabra.» «Mi credo es ampliamente democrático; y si pudiera en nuestro país fundar partidos de principios, de esos que, por responder a tendencias ingénitas de la naturaleza social, son indestructibles, yo formaría en las filas del que llevara por nombre "Liberal democrático". La razón de mi preferen-

36. DEVOTO, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 21.

37. IRAZUSTA, Julio, *Entre dos siglos. Memorial de la Patria*, Buenos Aires, La Bastilla, 1974.

38. JARAMILLO, Ana (comp.), *Fermín Chávez. Epistemología para la periferia*, Remedios de Escalada, Ediciones de la UNLa, 2012.

39. RAMOS, Jorge A., *Revolución y contrarrevolución en Argentina. 3. La bella época (1904-1922)*, Buenos Aires, Peña Lillo-Ediciones Continente, 2013, p. 61. En ese mismo espacio es de hacer notar que las construcciones de Hernández Arregui sobre el campo intelectual y político comienzan con los autores del 1900 y el proceso de profesionalización, y no recuperan referencias de la generación previa. HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan J., *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Amerindia, 1957; HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan J., *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Hachea, 1960.

40. *OCJVG*, vol. XX: *Estudios constitucionales. Tercera parte*, cap. XXI, p. 472.

cia es científica, porque la índole de la sociedad moderna y los siglos de historia vivida, han deslindado el campo de las opiniones del mundo en muy pocas doctrinas, convertibles en esa concreción viviente que se llama un partido político.»[41]

La literalidad ha llevado a algunos autores y tradiciones a construir un González mítico: el hombre que se hace a sí mismo; el esforzado estudioso que asciende por el saber; el polígrafo incansable; el intérprete de la historia comparable con Mitre; el educador de la talla de Sarmiento; el reformador social protosocialista; el hombre que muere en la pobreza, etc. La eliminación de una serie de variables de su recorrido biográfico (vínculos familiares y políticos, juego, cierto hedonismo, el nepotismo en su provincia natal, etc.) precede a la canonización laica de su persona y busca estatuirlo como figura de culto en la historia nacional.[42]

El *Elogio de J.V. González* que realiza Ricardo Rojas, inmediatamente después de su fallecimiento –al abrir las sesiones del Instituto de Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde afirma que en la figura de JVG hay «cuatro vidas ilustres» (la del político, del jurista, el educador y el literato), localizadas en cuatro ciudades (La Rioja, Córdoba, Buenos Aires y La Plata)–, parece constituir una matriz canónica de interpretación, que incidirá fuertemente en la organización de sus obras completas y en las interpretaciones posteriores.[43] La semblanza trazada por Palacios en el discurso parlamentario de 1934 a favor de la aprobación de la ley para autorizar y financiar a la Universidad de La Plata la edición de las *OCJVG* refuerza estas imágenes, más cercanas, en este caso, a la genealogía socialista como continuadora civilizatoria de la obra de la generación del Ochenta que a los pasos dados por el propio Joaquín V. González en su trayectoria política e intelectual.[44] La presentación que realiza Ricardo Levene en 1935 de las *Obras completas* va cerrando esta secuencia, exaltándolo como austero escritor y auténtico creador de la «teoría argentina de la patria».[45]

41. *OCJVG*, vol. XI: *Patria y democracia*, cap. XIII, p. 689.

42. DE VEDIA, Joaquín, en la necrológica del 21 de diciembre de 1923 de *La Razón*: «Era uno de los más grandes valores espirituales del país, y ahí deja una múltiple obra para comprobarlo, obra sobre la cual ha podido caer alguna vez la indiferencia de sus contemporáneos afanados en la lucha de los intereses y de las controversias transitorias, pero acerca de cuyo mérito la posteridad pronunciará, y acaso muy pronto, un veredicto que la preservará del olvido; obra de legislador, de estadista, de maestro; obra de sembrador de ideas y de civilización; obra de artista y de pensador; obra ante todo y sobre todo, de patriota, que toda entera podría reunirse bajo el título de uno de sus volúmenes: *Patria*, síntesis de sus pasiones, de sus preocupaciones, de sus esfuerzos, de sus solicitudes tiernísimas, de sus desvelos incesantes por el progreso moral de los argentinos» (*OCJVG*, vol. XXV, p. 310).

43. ROJAS, R., *Elogio de J.V. González*, *op. cit.*, p. 120.

44. PALACIOS, Alfredo, *OCJVG*, *op. cit.*, vol. I. Ecos tardíos de esta lectura pueden rastrearse aún en SOLARI, Juan A., *Perfiles parlamentarios argentinos*, Buenos Aires, Bases, 1965, pp. 161-184. Para una aproximación a la mirada de la historia nacional por parte del Partido Socialista:
Desde la perspectiva del «revisionismo socialista» en sus diversos matices, pueden verse: HERNÁNDEZ ARREGUI, J.J., *La formación de la conciencia nacional*, *op. cit.*; SPILIMBERGO, Jorge E., *Juan B. Justo y el socialismo cipayo. El Socialismo en la Argentina*, Buenos Aires, Octubre, 1974; PUIGGRÓS, Rodolfo, *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, CEPE, 1973. Desde otra perspectiva: PORTANTIERO, Juan C., *Juan B. Justo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999; ARICÓ, José María, *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999. Aproximaciones recientes en el marco de estudios sobre historiografía: DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009; ACHA, Omar, *Historia crítica de la historiografía argentina*, vol. I: *Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

45. LEVENE, R., Presentación de las *OCJVG*, vol. I, olvidaba las palabras del propio JVG: «A mí me gusta todo, la buena mesa... el juego... los libros... la mujer, el teatro, la danza, la amistad... Tengo el culto de la amistad... La música. Soy un instrumento musical. Pero los libros son mi pasión y me han salvado de los vicios; cuando estoy con ellos, ninguna otra cosa me interesa». Reproducido por Rojo, R., *El divino Joaquín*, *op. cit.*, p. 19.

La vida de JVG parece avanzar y e ir tejiéndose en sus libros y a través de ellos, que jalonan sus pasos por la política, dejando huella y registro y que marcan sus preocupaciones.[46] JVG forma parte del grupo de nuevas figuras del «viejo régimen», en el que desempeñará diversas tareas y roles en el marco de la «polis oligárquica». Su vinculación con el aparato estatal y su búsqueda de ampliación y legitimación de este lo configuran como intelectual-político activo en el proceso de afirmación y despliegue del Estado.[47] Entre los distintos tipos de configuraciones político-culturales dentro de las que se define cierto perfil de intelectual, González se ubica en la que corresponde a la «etapa liberal-conservadora».[48]

En ese marco, JVG trazará un «programa político-intelectual» ambicioso, un amplio dispositivo reformista que incluye propuestas de cambio del mundo del trabajo, del campo electoral, en la educación, en la creación institucional, en la articulación Estado-escritores para el desarrollo de invenciones culturales[49] proyectado hasta el desarrollo de escrituras específicas para configurar la «tradición nacional».[50]

TRAYECTORIA BIOGRÁFICA

Trabajamos sobre lo biográfico bajo la hipótesis de que el modo de vivir configura un modo de pensar y que en una vida tan intensa los momentos o las con-

46. Se puede trazar una similitud, en este punto, con la trayectoria de su contemporáneo Estanislao Zeballos, mostrando con ello una tendencia de época de esos «hombres nuevos» que irrumpían en la política a fines del siglo XIX y primeros años del XX. FERNÁNDEZ, Sandra y NAVARRO, Fernando, *Scribere est agere. Estanislao Zeballos en la vorágine de la modernidad argentina*, Buenos Aires, La quinta pata & Camino Ediciones, 2011.

47. ALTAMIRANO, C., *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 129: El Estado nacional ha sido «un polo de atracción para los hombres de cultura. No hubiera podido consolidar su dominio en el territorio que reclamaba como propio con el solo recurso de la coerción, es decir sin la cooperación de competentes que pudieran producir y ofrecer conocimientos, sean administrativos, geográficos, técnicos, estadísticos o sociológicos. Tampoco sin quienes pudieran suministrar discursos de legitimación destinados a engendrar la alianza incondicional de los ciudadanos con "su Estado" –narrativas de la patria, de la identidad nacional, del pueblo en luchas por la nación en los campos de batalla o por la democracia en las calles y las barricadas–».

48. CANITROT, Adolfo; CAVAROZZI, Marcelo; FRENKEL, Roberto y LANDI, Oscar, «Intelectuales y política en Argentina», en Revista *Debates,* nº 4, octubre-noviembre de 1985, p. 4. Dice Oscar Landi, uno de los autores: «la figura del médico, del abogado y de la élite política definían lo normal, la ley, y hasta la tipología de lo sano y lo enfermo, en los años que bordearon el cambio de siglo, sus funciones se asociaban a la constitución de cierto orden político».

49. CHEIN, D., «Escritores y Estado en el Centenario», *op. cit.*, pp. 71-72, con el impulso a la escritura de la literatura regional-nacional o nativismo; DOS SANTOS, Estela, «Realismo tradicional: narrativa rural», en Centro Editor de América Latina, *Historia de la literatura argentina*, t. II: *El desarrollo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972. Puede verse, también, la referencia retrospectiva sobre el particular, realizada por el mismo González, en *OCJVG*, vol. XX, «Rafael Obligado», pp. 51-63, en la velada rememorativa del poeta el 15 de julio de 1920.

50. Por ejemplo, le encarga en 1904 a Leopoldo Lugones una investigación y escritura que dará lugar al libro *El Imperio Jesuítico*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981; véase p. XVII: «Los datos recogidos sobre el terreno, así como la bibliografía consultada, fueron ampliando el proyecto primitivo, hasta formar la obra que entrego a la consideración del lector. Habría podido, ciñéndome estrictamente al plan oficial, ahorrar mi esfuerzo, compensándolo con abundantes fotografías y datos estadísticos; pero he creído interpretar los deseos del Excelentísimo señor Ministro del Interior, a quien debo esta distinción, agotando el tema». Las Misiones fueron tratadas en *LTN*, como lo habían sido en *Conflicto y armonías...* Lugones hace tarea similar años más tarde con Sarmiento por pedido de J.M. Ramos Mejía: «Porque se trata, ante todo, de glorificar a Sarmiento. Es este el objeto del encargo que me ha dado el señor Presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor don José María Ramos Mejía, a cuya distinción quiero corresponder» (LUGONES, Leopoldo, *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1961, p. 6).

figuraciones situacionales concretas van dando elementos y claves de lectura significativas que luego deben articularse con miradas más abarcadoras. La narración biográfica, el relato de vida, el modo de dar cuenta de sí mismo constituyen en JVG una manera de actuar. Profundizar en esa dimensión puede favorecer una interpretación más rica de la obra bajo análisis. Ello explica el detenimiento que realizamos en ciertos tramos, que privilegian el análisis del tiempo de producción en pos de favorecer la comprensión de las claves de lectura de su obra.

Para adentrarnos en este recorrido, resulta útil la anotación metodológica que realiza Devoto: «Es curioso que algunas visiones puedan sugerir que un historiador es el mismo a lo largo de toda su trayectoria intelectual, prescindiendo del hecho tan obvio de que si la materia de la historia es el tiempo, el cambio y la continuidad, se pueda sostener que la persona que la piensa está fuera de él y no es también alguien inserto en un devenir. Más curioso aún porque es difícil encontrar un historiador en el que no puedan señalarse distintas fases, temáticas, metodológicas o interpretativas».[51]

Antecedentes familiares e infancia en La Rioja

Joaquín Víctor González llega al mundo el 6 de marzo de 1863 en Nonogasta, departamento de Chilecito, provincia de La Rioja. Tiempo convulsionado para su provincia. El presidente Mitre designa como director de la guerra en La Rioja al gobernador sanjuanino, Domingo F. Sarmiento. Al gobierno nacional le resultaba difícil dominar la rebelión montonera riojana cuyo jefe, Ángel Vicente Peñaloza, el Chacho, representante del federalismo del interior, tenía en jaque a las autoridades provinciales y a las fuerzas nacionales. Después de una tregua, el Chacho fue detenido por una partida al mando de Ricardo Vera. Enterado de la novedad, el coronel Pablo Irrazábal el 12 de noviembre de 1863 asesinó de un lanzazo a Peñaloza.[52] La atrocidad no quedó ahí: la cabeza del caudillo fue cercenada y puesta en la plaza de Olta,[53] y una oreja, enviada a La Rioja en un sobre como presente a don Natal Luna,[54] ministro del gobernador Bustos.

Inferimos que por la relación, trato frecuente y alianzas, hubo «mandatos» similares con Ricardo Rojas, en el que resuenan muchos de los motivos «americanos» de JVG en los libros *En la selva* (1907), *La restauración nacionalista* (1909), como en *Eurindia* (1923) y más allá: *¿El santo de la espada* no es un intento de concreción epopéyico en torno al Prometeo de los Andes?

51. DEVOTO, F., «En torno a la formación historiográfica de José L. Romero», en BURUCÚA, José E.; DEVOTO, Fernando y GORELIK, Adrián (eds.), *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura*, San Martín, UNSAM Edita, 2013, pp. 39-40.

52. OSZLAK denomina «estrategia represiva» al ingreso del entonces ejército nacional en las provincias para combatir los restos del federalismo, en OSZLAK, Oscar, *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982; DE LA FUENTE, Ariel, *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo, 2007. Desde otras perspectivas pueden verse: MERCADO LUNA, Ricardo, *Los coroneles de Mitre*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974; *Comisión Central de Homenaje Ángel Vicente Peñaloza*, Buenos Aires, Hachette, 1969; CHÁVEZ, Fermín, *Vida del Chacho*, Buenos Aires, Theoria, 1957; DE LA VEGA DÍAZ, Dardo, *La Rioja heroica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba, 1955; HERNÁNDEZ, José y SARMIENTO, Domingo F., *El Chacho. Dos miradas*, Buenos Aires, Ameghino, 1999.

53. Mitre recrimina a Sarmiento esa acción, quien la justifica en términos irreproducibles. Archivo Mitre, vol. IX, Buenos Aires, 1965.

54. Futuro suegro de JVG.

Joaquín fue el tercero de siete hermanos: Aurora, Aníbal, Joaquín, Emilio, Ramón, Rosario y Nicolasa. Nonogasta fue la sede de una estirpe de «aristocráticos propietarios, hombres de notoriedad política y altas virtudes cívicas» que fusionaba a Dávilas y Ocampos desde un matrimonio concertado por el bisabuelo de Joaquín. El bisabuelo Dávila fue «nervio del municipio riojano cuando el cabildo regía la ciudad», «estadista cuando hubo de regirse el pueblo por sí mismo... mártir cuando la barbarie criolla levantó lanzas y sables para devastar y ahogar en embrión la obra de la independencia».[55]

Fueron sus padres don Joaquín González, comandante de milicias, y doña Zoraida Dávila, riojanos de antiguo cuño, como sus abuelos y bisabuelos, por ambas ramas. Criollos puros, antiguos, lo que configura una nota distintiva de esta promoción intelectual: se trata de los últimos representantes de la vieja tradición hispano-criolla del país.[56]

JVG pertenecía al patriciado local de base rural. El poder económico de su familia se refleja en la tenencia de una casa en la ciudad de Nonogasta y en sus posesiones territoriales en El Huaco, mitad de la partición de la herencia familiar. En tiempos del nacimiento de Joaquín, la familia sufre el impacto de la guerra entre unitarios y federales. Su padre es militar enrolado en el unitarismo. Para resguardar a la familia de la amenaza de las montoneras federales, se fueron a una estancia de Huaco. Se trata de un caserío cercano a la capital riojana, en el valle de Sanagasta, escenario de buena parte de *Mis montañas*:

> Mi madre no hacía más que llorar encerrada en su habitación o sentada al caer la tarde en el ancho corredor de la casa solariega, con el corazón sobresaltado y mirando siempre inquieta a todos los caminos. Muy pocas veces he visto a mi padre durante aquel tiempo, y muy tarde supe que aquella ausencia era porque vivía lejos, sobre las armas, ya reclutando los soldados bisoños, para hacer la guerra al caudillaje, ya huyendo por las montañas lejanas, de la persecución a muerte de la soldadesca triunfante.[57]

La vida, de todos modos, continuaba, y en la casa paterna recibe la primera instrucción. La familia del comandante de milicia Joaquín González regresa a Nonogasta alrededor de 1869. El federalismo ha sido vencido,[58] los tiempos tumultuo-

55. *OCJVG*, vol. XVII: *Mis montañas*, p. 66.

56. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 75: «este atavismo criollo sería un dato de importancia, porque explicaría la actitud espiritual que siempre tuvieron estos hombres frente al país, especialmente Joaquín V. González y Juan Agustín García, otro de los hombres del 96. Explicaría su preocupación por los orígenes y fuentes de la historia del país, la búsqueda de la argentinidad...».

57. *OCJVG*, vol. XVII: *Mis montañas*. Su perspectiva con respecto al federalismo siguió presente durante años: «Muchas veces la barbarie –¿y cómo no había de ser así?– hizo su cueva en aquellos ricos parajes, codicia incesante de los descamisados y sanguinarios nómades de nuestras guerras de montonera, que al regar de sangre ilustre las heredades, sembraron en los surcos abiertos por sus hombres (adornados de rojo) la desolación, el desaliento, la miseria», en JVG, «Dos palabras de introducción», del año 1913, incluido en *Intermezzo*, *op. cit.*, p. 120.

58. LAFORGUE, Jorge (ed.), *Historia de los caudillos argentinos*, Buenos Aires, Punto de Lectura, 1999, con estudio preliminar de Tulio Halperin Donghi; PAZ, Gustavo, *Las guerras civiles (1820-1870)*, Buenos Aires, Eudeba, 2007. TORRES MOLINA, Ramón, *El federalismo del interior*, Buenos Aires, Ediciones Al margen, 1998; GALASSO, Norberto, *Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1983.

sos para la familia González quedan atrás y se retoman los ritmos de la economía agrícola. Al cabo de unos años, don Joaquín González lleva su familia a Villa Argentina, Chilecito, donde había levantado su nueva casa. La intención era pasar ahí el resto de la vida, porque, a fin de cuentas, Nonogasta era una aldea y Villa Argentina era un espacio que ofrecía mejores posibilidades laborales y educativas. Esa geografía resulta fundamental para el registro cultural y estético de JVG.[59]

Uno de los maestros chileciteños fue clave para el espíritu y la inteligencia del pequeño Joaquín: «Me enseñó mucho, me hizo comprender cuál era el destino del hombre que estudia, y eso basta, aunque de su escuela hubiese salido sin saber siquiera cuánto hacen 3 más 2». «Tenía este hombre la facultad extraordinaria de entusiasmarnos por todo, y las fiestas patrias celebrábanse con ardor, aun en medio del más riguroso invierno.»[60]

La lectura comienza a ser su pasión desde muy chico. Solía sentarse debajo de los enormes rosales de la finca paterna a leer libros y cualquier material que llegara. Leyó, a los diez años de edad, «La conciencia del niño» traducido por Sarmiento, que habría de reconocer como fundamental en sus inclinaciones literarias. «Dinastía lúcida y liberal desde la hora revolucionaria, entonces, la de González parece haber sido también una familia de vasta hacienda, que encontraría en este hijo una vía para proyectar nacionalmente –cuando sonara la hora de hacerlo en esa escala– no solo una larga tradición de política municipal y provincial sino, también, su propia pertenencia a la elite».[61] Por sus intereses y perfil, cuando cumplía los once años decidieron enviarlo a cursar los estudios secundarios en Córdoba, en el Colegio Monserrat.

Juventud y años formativos en Córdoba

Llega a Córdoba –referencia cultural para el eje norteño por esos años– a mediados de la década de 1870. Cursa sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Monserrat, que estaba experimentando cambios sustanciales debido a los nuevos planes de estudio dictados por el ministro Nicolás Avellaneda. El rectorado se había renovado y se incorporó un grupo de maestros españoles, destinados a la enseñanza de la matemática y ciencias naturales; y fueron contratados prestigiosos profesores de diversas regiones del país.

JVG vive cerca del colegio, en una modesta casa de huéspedes, porque el Monserrat, por disposición del entonces presidente Avellaneda, había dejado de tener el internado. Tenía un catre de tientos, usaba como mesa un cajón y una vela encajada en el gollete de una botella de refresco que le permitía leer y escribir por las noches.

59. En varios pasajes de *Mis montañas* se rescata el espacio cultural, y ese registro dura en el tiempo: «Asiento antiguo de un núcleo de familias troncales, la pintoresca constelación de pueblos del Valle del Famatina, con su foco en Chilecito, o Villa Argentina, es un venerable archivo y hogar de una noble y pura tradición nacional, netamente argentina, tan nítida que se podría golpear en ella con un martillo y siempre se oiría el timbre del oro encerrado en sus cerros» (JVG, «Dos palabras de introducción», *op. cit.*, p. 120).

60. *OCJVG*, vol. XVII: *Mis montañas*, p. 519.

61. AGÜERO, A.C., «La naturaleza de las cosas», *op. cit.*, p. XXII.

En esos años, Córdoba resultó ser la capital política del país. Los liberales, en esta provincia, avanzaban de manera audaz e impensada. El grupo político que encabezaba Miguel Juárez Celman acuerda en 1877 impulsar como gobernador a un hombre de prestigio, don Clímaco de la Peña, y como compañero de fórmula impone a Antonio del Viso, del riñón roquista. Don Clímaco muere poco antes de asumir y Del Viso asume y nombra a Juárez Celman ministro de Gobierno. De esta manera, Córdoba es controlada por los liberales. Esta nueva configuración era el soporte de lo que sería el grupo de gobernadores que llevaría a Roca a la presidencia. Del Viso abrió el camino a Juárez Celman en la gobernación a partir de 1880.

En el marco del bloque en el gobierno, en el mismo seno del liberalismo cordobés, existían tres grupos: el «estatista», apoyado por el clero, al cual acusaban de oponerse a toda innovación; el «centrista», en el que estaban Del Viso y Juárez Celman; y el «grupo de los estudiantes universitarios» de todas las provincias, a quienes se sumaban los jóvenes del comercio y demás gremios de Córdoba.[62] Las discusiones ideológicas impregnaban el ambiente. Los estudiantes eran el grupo más activo y violento; sostenían la enseñanza laica, el matrimonio civil y el divorcio; la separación de la Iglesia y el Estado; el patronato real; la cátedra universitaria libre; la inmigración sin trabas y la venta de la tierra fiscal. JVG milita en las filas de esta juventud y se convierte en referente y parte de la fuerza política dominante para las próximas décadas de la Argentina, sosteniendo estas perspectivas ideológicas en su trayectoria.

En Córdoba comienza el conflicto Estado-Iglesia por cuestiones educativas que provocan luego la ruptura del gobierno nacional con la Santa Sede. Desde Córdoba sale el candidato a suceder a Roca: su cuñado Miguel Juárez Celman. Hay una nueva relación de fuerzas en el país. Se produce un ascenso y fusión de las elites provinciales con la de Buenos Aires, y la de Córdoba está en un lugar preferencial. Tienen el apoyo del ejército, de las juventudes intelectuales liberales y, más aún, de los resortes del gobierno de Julio A. Roca.

El elemento intelectual-profesional-universitario-político era el hilo conductor y comunicante del poder y del ascenso social y político, pero al margen de este, otros elementos confluyen por estos años en la vida y trayectoria ascendente de JVG:

> En 1881, cuando tenía apenas dieciocho años, la Logia Piedad y Unión de Córdoba le permitió iniciarse por debajo de la edad estipulada, en mérito a sus sobresalientes condiciones intelectuales. Dos años después lograba el grado de Maestro. La pertenencia a la masonería era un destino «natural» para el joven Joaquín, porque el ideario que descubrió, y al que adhirió en sus lecturas precoces, era similar a los fundamentos filosóficos de la Logia. Además, al político que llevaba en su espíritu y en su sangre, no se le escapaba que la masonería era la organización más influyente en el manejo del poder en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX.[63]

62. CÁRCANO, Ramón, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944, pp. 56-57.

63. ROJO, R., «Joaquín V. González, entre el talento y la timba», en *Todo es Historia*, nº 460, noviembre de 2005, pp. 6-21.

Ingresa en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Siendo estudiante, González convivió o polemizó con Quiroga, Ávalos, Figueroa Alcorta, Cárcano, José del Viso, Moyano Gacitúa y muchos otros, tanto en la Sociedad Literaria Deán Funes[64] como en el Club Universitario y en el espacio de la alianza que llevaría a Juárez Celman al poder más tarde. El 11 de octubre de 1882 dicta una conferencia titulada «La revolución», en la Sociedad de Tipógrafos de Córdoba, en la que avanza ciertas claves de interpretación que luego retomará en el desarrollo de su tesis de 1885. En 1883 desarrolla el escrito «Córdoba religiosa» para un libro nunca publicado, en el cual queda prefigurado uno de los núcleos conflictivos de lo que sería su tesis: allí cuestiona las formas históricas asumidas por el vínculo entre Estado e Iglesia y la postulación de su total autonomía. Este libro «tiene expresiones contra la Iglesia inflamadas de la pasión de la edad y del momento, y juicios terribles contra España y la dominación en América que daba por elaborados definitivamente por la historia, el derecho y la moral».[65]

Su relación con Córdoba y los cordobeses no es armónica. González, miembro de una clase afincada en La Rioja, se encuentra en Córdoba con una elite tradicional, conservadora y de la que busca diferenciarse. Por ello en esos textos abundan los motivos urbanos más duros de la crítica realizada por Sarmiento, sosteniendo que Córdoba era la representación viva de la época colonial, aunque para ese entonces era controlada por un sector de la elite laica y liberal.

Los ensayos de 1882 y 1883, que no contenían sino fugaces impresiones políticas, sociales y religiosas, se convierten en el «Estudio sobre la revolución», su tesis doctoral, escrita en 1885, a la edad de veintidós años. Demoró tres meses en desarrollarla. El 3 de abril de 1886, casi dos años después del ruidoso expediente que había hecho doctor a Ramón J. Cárcano,[66] JVG ingresaba al Salón de Grados de la Universidad para defender su tesis, con la cual concluiría su propio doctorado en Jurisprudencia. En la sala lo esperaban el rector de la Universidad, Ramón T. Figueroa, el decano, José Echenique, su padrino de tesis y profesor de Derecho Civil, Tristán Bustos, el de Filosofía del Derecho, Telasco Castellanos, y un grupo de jóvenes entre los que estaban José del Viso (doctor reciente) y Adán

64. CÁRCANO, R., *Mis primeros ochenta años*, *op. cit.*, p. 44: «Durante mi curso fundamos la sociedad literaria Deán Funes. En su iniciación y durante varios períodos tengo la honra de presidirla. Desarrollamos una acción hasta entonces desconocida en los viejos claustros. El rector nos facilita local y servicio en la misma Universidad. Allí inauguramos conferencias y conversaciones que adquieren resonancia pública. Los miembros más empeñosos y activos son Guillermo Correa, José Figueroa Alcorta, Félix T. Garzón, Rafael Castillo, Benjamín y Dámaso Giménez Beltrán, Ángel y Emiliano Acuña, Roberto Torres, Benjamín Barros, Juan N. Pujol, Fernando de Zavalía, Ciriaco Sosa, Juan y Marcelino Ojeda, Cornelio Moyano Gacitúa, Julio Rodríguez de la Torre, Adrián Cornejo, Diego y Marcial Catalán, José Velázquez, Primitivo Montaño, Clemente S. Villada, Felipe González, Camilo Domínguez, Joaquín V. González, Adán Quiroga, José E. Ahumada, José de la Quintana, Carlos Carreras, Tomás Ríos, Federico Ortiz, Ramón Acosta, José Oviedo, Nicolás Lucero. Necesito recordar cien más para completar la nómina... La Sociedad Deán Funes funda también un periódico dominical, *El Pensamiento*, órgano doctrinario de la juventud universitaria, un poco romántico y sentimental...».

65. LEVENE, R., *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, *op. cit.*, p. 103. El autor enmienda a JVG y no considera conveniente hacer referencia al vínculo masónico del joven González.

66. CÁRCANO, R., *Mis primeros ochenta años*, *op. cit.*, p. 59 y ss. Describe la nueva modalidad de presentación de tesis y la organización de la prueba final unido al escándalo producido por sostener la igualdad de derechos civiles «De los hijos naturales, adulterinos, incestuosos y sacrílegos». Puede consultarse SÁENZ HAYES, Ricardo, *Ramón J. Cárcano. En las letras, el gobierno y la diplomacia (1860-1946)*, cap. III, «La borrasca liberal», Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1960, p. 49 y ss.

Quiroga (quizás examinado ese mismo día), replicantes de esa función. González debía exponer su tesis durante quince minutos, como estaba dispuesto y era habitual, para luego, durante dos largas horas, considerar los doce puntos contenidos en las «Proposiciones accesorias» y rebatir los contraargumentos de sus replicantes.

González obtuvo el «Visto Bueno» reglamentario para la impresión de sus veinticinco ejemplares con la condición de que suprimiera varios pasajes de su trabajo. Esos pasajes correspondían, en lo fundamental, a cuatro de los capítulos que pueden leerse en las *OCJVG*, vol. I: por un lado los capítulos III, IV y V («El derecho y la religión» y «El Estado y la Iglesia», atinentes a cuestiones espinosas en esos años de ardua lucha por definir la jurisdicción estatal en materia civil; por otro, el capítulo VI («El estado y la instrucción del pueblo»), expresivo de la preocupación educativa que llegaría a identificarse con el krausismo.[67] El 26 de mayo de 1886 obtiene el título de doctor en Jurisprudencia (*Gradum licenciati et doctoris in jure civili*) en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Córdoba.

Los trabajos de 1882 y 1883 junto a la tesis constituyen una matriz que González iría completando en los años siguientes. En esa dirección sostiene Levene: «es revelador de cualidades de JVG que asomaron en su edad juvenil, y se desplegaron después en la extensión de su luminosa vida».[68] También se inicia en el periodismo y en la vida literaria tempranamente: en 1881, con colaboraciones en los diarios *Córdoba*, *El Interior* y *La Revista de Córdoba*, donde publica sus primeras composiciones, sin haber llegado aún a los diecinueve años de edad: *Armonías silvestres* (1881), *El genio –en la muerte de Andrade–* (1882), *El poema de un ángel* (1882), *Oscar* (1883), *La visión de la montaña* (1883), *Canto a La Rioja y Catamarca* (1883), *Byroniana* (1883), *Mirando al cielo* (1884), *Resurrección* (1884), *Canto a la libertad de conciencia* y *Rimas* (1885), que andan desparramadas en diarios de la ciudad de Córdoba. González descartó esa producción poética de la recopilación de sus obras y de su historia particular.[69]

Como parte de su inserción en el medio cordobés y actividad complementaria a los estudios ejerce la docencia. Años más tarde lo recordará: «La primera vez que fui profesor fue en la Escuela Normal de Maestras de Córdoba, en 1884. Mis cátedras eran Historia, Geografía y Francés. Era yo muy joven entonces, y estudiaba Derecho en la Universidad de San Carlos. Mis alumnos eran, en su mayoría, señoritas de la distinguida sociedad cordobesa. Eso me estimuló mucho a estudiar y a tomar en serio mi papel de profesor».[70] JVG calificó esos años juveniles como «la edad del amanecer de todas las pasiones y de todos los sueños, la primavera de la vida, cuando no concebimos aún cómo al corazón y al pensamiento se les ahoga en nombre de la ley social».

67. AGÜERO, A.C., «La naturaleza de las cosas», *op. cit.*, p. XIII. Esta temática será retomada más adelante en el texto.

68. LEVENE, R., *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, *op. cit.*, p. 104.

69. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 75, se detiene en consideraciones que podrían explicar esta determinación.

70. CARRERAS, Fidel, Entrevista a JVG, en *Revista Caras y Caretas*, 1915; *OCJVG*, vol. XXIII, p. 141.

En 1886, de regreso a La Rioja, el gobierno lo comisiona para que estudie la determinación de su límite oriental con Córdoba; presenta su dictamen en el mes de abril, y sus conclusiones fueron adoptadas en la solución que posteriormente se dio a ese litigio.[71]

Política y letras en Buenos Aires

El 26 de julio de 1886 es elegido diputado nacional por La Rioja, incorporándose a la Cámara el 27 de agosto, cuando aún no tenía veinticinco años, la edad requerida por la Constitución, y desempeña su mandato hasta abril de 1888. Se trata del inicio de su gran trayectoria como político de primer rango, en virtud de la serie de cargos que ocupó casi de manera continua y, a veces, simultánea a lo largo de su vida. Es de hacer notar que siendo un hijo de la elite riojana, González expresaba un antiguo y todavía muy vigente patrón de predisposición a Córdoba y su universidad, de las que, en efecto, obtuvo el pasaporte hacia una nacionalización que la flamante Capital del país vendría a sellar. Por otro lado, su condición de hombre del interior en Buenos Aires, en esa centralidad nueva, lo alejaba y apenas velaba cierta hostilidad hacia la elite cordobesa. «Una mínima atención al recorrido de González permite advertir el modo en que se fabricaron figuras nacionales conforme un orden estatal se asentaba y una clase dirigente nacional se consolidaba; pero, también, permite vislumbrar ciertos mapas del espacio nacional que ciertamente se alteraron entre 1870 y 1910 y suele escapar a la consideración contemporánea.»[72]

«Su participación en la masonería no basta para explicar por qué un joven graduado, sin estructura política en su provincia, llega a ser diputado nacional y luego gobernador. Hubo otros factores, familiares y políticos, que contribuyeron a la consagración del joven que ya daba la impresión de saberlo todo.»[73] Joaquín había trabado relación con Amalia Luna Olmos, hija de don Natal Luna y doña Desideria Olmos. Don Natal pertenecía a una familia de antigua estirpe de gobernantes riojanos y, con su primo Francisco Vicente Bustos, hacían y deshacían en los asuntos de la provincia. Y la madre de Amalia pertenecía a la poderosa familia cordobesa de cuyo seno salieron gobernadores, diputados nacionales y funcionarios. Al entonces gobernador Bustos y a su primo no les costó mucho resolver la candidatura a diputado nacional del próximo miembro de la familia, a pesar de que no cumplía con la edad estipulada para acceder al cargo. El joven Joaquín carecía de estructura política y de recursos económicos, y su suegro aportó lo necesario para que fuera elegido diputado nacional. JVG, egresado de la Universidad Nacional de Córdoba, se traslada a Buenos Aires para cumplir su mandato en el Congreso.

71. *OCJVG*, vol. II: *Determinación del límite oriental de la Provincia de La Rioja*.

72. AGÜERO, A.C., «La naturaleza de las cosas», *op. cit.*, p. XIII. Para un cuadro más general, véase SABATO, Hilda, *Historia de la Argentina. 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

73. ROJO, R., «Joaquín V. González, entre el talento y la timba», *op. cit.*, p. 9.

Publica en la revista *La Educación*, de Buenos Aires, el capítulo suprimido de su tesis: «El Estado y la instrucción del pueblo». Se trata de una publicación de prestigio que dirigían José B. Zubiaur y Carlos N. Vergara.

En Córdoba publica, en *La Revista de Córdoba*, dirigida por Adán Quiroga y Ponciano Vivanco, los capítulos III, IV y V de la tesis, en dos números sucesivos.

De manera simultánea, el 28 de julio de 1886 el gobierno de La Rioja le encarga, en colaboración con don Rafael Igarzábal, la redacción de la nueva constitución para la provincia, trabajo que culmina el 15 de febrero de 1887. Luego publica la obra con el título *Proyecto de Constitución para la Provincia de la Rioja, comentado* (1887).[74]

Se incorpora al mundo de la prensa escrita porteña como periodista: colabora en el diario *La Prensa* desde 1887 y hasta 1901 (momento en el que es convocado a integrar el Gabinete Nacional). Ingresa al diario como secretario de redacción por influencia de su tío Adolfo Eusebio Dávila (que había estudiado en Córdoba, luego se traslada a Buenos Aires, milita en el mitrismo y entabla relación con Zeballos y Paz, con quienes funda y dirige *La Prensa*).

En 1887 escribe el texto «La revolución de la independencia argentina», en el que ya hay algunos argumentos que aparecerán en *LTN*.[75]

En el marco de la vida intelectual porteña de entonces, JVG participa de los encuentros periódicos que se realizaban en la casa de Rafael Obligado. Se trata de tertulias los días sábados, en las que se frecuenta el débil y embrionario campo literario de Buenos Aires.[76] Desarrolla su actividad periodística y realiza informes referidos a la evolución de las letras en el Río de la Plata.[77]

En 1888, con *La tradición nacional*, Joaquín V. González se presenta a las letras argentinas. Se publican sesenta ejemplares bajo la editorial Lajouane,[78] lo que le valió el reconocimiento de la intelectualidad porteña. Se le realiza un homenaje en el Café de París con un gran banquete. Estuvieron presentes Rafael Obligado, Carlos Guido y Spano, Joaquín Castellanos, Marco M. Avellaneda, Juan J. García Velloso, Camilo Domínguez, Leopoldo Díaz, Alejandro Sorondo, Mariano de Vedia, Domingo Martinto, Lucas Ayarragaray, Uladislao S. Frías, José Ignacio Garmendia, M. Piñeyro Sorondo, Adolfo P. Carranza, Tomás de Vega y otros que representaban lo más significativo de los círculos artísticos, literarios y políticos. El poeta Leopoldo Díaz hizo la «demostración», como se decía entonces; es decir, brindó y trazó una semblanza del autor y su obra. El agasajado habló a su vez. En los listados de participantes en las actividades culturales podemos visualizar cómo aún priman las relaciones de amistad, familiares y políticas, en un campo intelectual poco diversificado, en el que los escritores profesionales no se han perfilado y en el que no aparecen nombres de origen inmigratorio.

74. *OCJVG*, vol. II: *Proyecto de Constitución para la Provincia de La Rioja*.

75. *OCJVG*, vol. I: *Revolución de la Independencia Argentina*, p. 413.

76. BIBBÓ, Federico, «Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires» (1892), en *Orbis Tertius*, 13(14), UNLP, 2008.

77. JVG, «Un año de historia literaria argentina» (1888), en *Intermezzo*, *op. cit.*, p. 13.

78. JVG, *La tradición nacional*, Buenos Aires, Lajouane, 1888.

El 28 de mayo de 1889, el general Mitre le envía una carta[79] con referencia a la publicación de *La tradición nacional*. Lo felicita diciendo que es única en su género entre los argentinos pero «protesta» contra la idea de la descendencia aborigen de los argentinos que presenta *LTN*.

En el propio año de 1888, el 8 de mayo, había reingresado a la Cámara. El 12 de junio de 1889 renuncia a la banca para ejercer el gobierno de su provincia hasta 1891. En el ejercicio del gobierno morigera sus posiciones anticlericales, vinculando sus consideraciones a la tradición: «que ha organizado un Estado cristiano, dentro de cuyo amplio seno tienen cabida todas las confesiones, todas las sectas, todas las ideas, y en homenaje a la creencia tradicional, dispensó su protección especial a la Iglesia Católica, bajo el alto patronato de la Constitución, que es la ley suprema del país».[80] Publica *Mensajes a la Legislatura de La Rioja al inaugurar sus sesiones (1890-1891)*.[81]

El 9 de julio de 1889 contrae enlace en La Rioja con doña Amalia Luna de Olmos, con quien vivió muchos años. Tuvieron diez hijos, cinco varones y cinco mujeres: César, Hortensia, Héctor, Carlos Alberto, Esther, Julio Víctor, Jorge Aníbal, Cecilia, Estela y Amalia. De ellos, Julio Víctor fue el que más trascendencia pública logró, siendo abogado recibido de la Universidad Nacional de La Plata, dirigente reformista y luego figura del Partido Socialista.

El joven gobernador y su familia se instalaron en la casa de la actual calle Rivadavia 952, en la capital riojana. El terreno se llamaba «Las catorce provincias» y fue un adelanto de herencia de Natal Luna a su hija Amalia. Allí levantaron los arquitectos Zolla y Bensi una casa de estilo italiano, con elementos del Renacimiento florentino mezclados con otros semigóticos; su planta respondía a la tradición romana que se continúa en la disposición edilicia de la casa hispana y del estilo colonial o barroco indiano. La construcción era la de una típica casa de familia de holgada posición económica de esa época riojana: el zaguán de entrada flanqueado por las dos salas principales, la distribución de siete habitaciones grandes en torno al patio central, la galería cubierta que la bordea, el segundo patio, en el fondo, con un cuarto de servicio, un baño, una despensa, una cocina, dos retretes, una cisterna con aljibe... En el año 1903 tendría que entregarla en carácter de cancelación de deudas al Banco Nacional, por los recurrentes problemas de JVG por causa del juego. La casa contaba con un sótano donde JVG y sus amigos jugaban interminables partidas de póquer.[82]

79. Reproducimos la carta en este volumen, por el «reconocimiento» y la «corrección» que realiza al autor en relación al tratamiento del pasado nacional. La carta se publica en la nueva edición, en el año 1912, que realiza la Librería La Facultad de Juan Roldán, cuando el general Mitre ya no vive y nuestro autor publica periódicamente en *La Nación*. En esa oportunidad, *LTN* no se publica en su totalidad sino únicamente las partes referidas a los tiempos de la Conquista y la Colonia. JVG, *La tradición nacional*, Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán, 1912.

80. *OCJVG*, vol. I: «Discurso inaugural en la Legislatura de la provincia de La Rioja».

81. *OCJVG*, vol. I.

82. ROJO, R., «Joaquín V. González, entre el talento y la timba», *op. cit.*, p. 18. La cuestión no parece extraña en esta generación si tenemos en cuenta que Juan Agustín García pasará por una situación similar. Véase DEVOTO, F., «Estudio preliminar», en GARCÍA, Juan A., *La ciudad indiana. Sobre nuestra incultura y otros ensayos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2006.

Se produce la crisis de 1890.[83] Renuncia Juárez Celman y se debilita su esquema político. JVG está a cargo del gobierno de La Rioja cuando se sienten los rigores económicos en la provincia. Realiza la designación de un miembro del grupo radical para dar más amplia sustentación a su gestión y con ello genera el rechazo de los grupos conservadores. Se ve obligado a renunciar a la gobernación.

De nuevo en Buenos Aires, abre su estudio de abogado con su cuñado Lucas Luna Olmos. González, con su prestigio, atraía los clientes y Lucas realizaba el trabajo jurídico. Después abre otros estudios jurídicos, con el Dr. Carlos Huinoff primero y con el Dr. Alejandro Ruzzo, más tarde, dedicándose particularmente a los asuntos de minería.

Se reincorpora a *La Prensa*, de cuya redacción participa hasta 1901.

Gobierna Pellegrini y resulta electo Luis Sáenz Peña. En 1892 es elegido por tercera vez diputado nacional por La Rioja, por el período que se inicia el 4 de mayo de ese año y termina el 30 de abril de 1896. El Poder Ejecutivo lo nombra, el 21 de julio, vocal del Consejo Nacional de Educación. Escribe acerca de *La vida literaria argentina*.[84]

En 1893 publica su segunda obra literaria, *Mis montañas*, que tendrá importante trayectoria en el canon literario argentino. Utiliza el mecanismo de prestigio-autoridad de la carta-prólogo a través de una intervención de don Rafael Obligado,[85] autor del *Santos Vega* y referente central por entonces de la vida intelectual porteña.

En el mes de mayo de 1894 inaugura la cátedra de Legislación de Minas, recientemente creada en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, y con ella se inicia en la enseñanza universitaria.

En el mismo año publica, por Pablo E. Coni e hijos, su volumen de *Cuentos*.[86]

El 31 de enero de 1896 es comisionado por el gobierno para estudiar y proyectar reformas al Código de Minería, que el Congreso convertirá en ley en 1917.

83. GERCHUNOFF, Pablo; ROCCHI, Fernando y ROSSI, Gastón, *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*, Buenos Aires, Edhasa, 2008.

84. JVG, «La vida literaria argentina», en *Intermezzo*, *op. cit.*, pp. 25-31.

85. *OCJVG*, vol. XVII: *Mis montañas*. Refiriéndose a *Mis montañas*, consigna Giusti: «señala una fecha en la cronología literaria argentina. El poeta de «La Cautiva» y el prosista de *Facundo* habrán descubierto para el arte la llanura, la pampa; el escritor riojano descubrirá la cordillera, su Famatina. Sucesos, paisajes, cuadros familiares, faenas y fiestas campesinas, son evocados, bullentes de vida, de luces y sonidos, con tierna nostalgia; las impresiones pintorescas se entrelazan en la misma tela con las efusiones líricas y estas con el soliloquio filosófico en que el escritor se adentra en el alma de las cosas; pues a ello lo llevaba su innato sentimiento panteísta que la meditación y los años ahondaron con fervor místico, sin adherencia a confesión alguna. Aunque los cuadros de *Mis montañas* pertenecen a la literatura costumbrista, lo que hace su precio no es tanto la amenidad cuanto la elevación espiritual y la mesura artística».
PRIETO, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966, pp. 165-173, luego de señalar cómo refleja el texto el horror a la «anarquía y la barbarie» federal, la «inseguridad», la acentuación de la «jerarquía social» en relación a indios y negros, hace otra aproximación en pp. 169-170: «La idealización de la vida patriarcal, el cuidado por marcar el modo como las familias aristocráticas cumplían los deberes a que los obligaba la sangre y el ejemplo de su mayores, el ostensible orgullo del autor por mostrar su inserción natural en el sector de privilegio, permiten definir a *Mis montañas* como un libro escrito y sentido según una óptica que aproxima a los límites de nuestro siglo el esquema jurídico y la atmósfera moral de la colonia. Junto con esa actitud, González introduce un tema nuevo, una nueva preocupación o pasión de la clase privilegiada. Las tareas rurales, exaltadas en tono bucólico, remiten en el libro a una época cronológicamente anterior, pero el sabor, el gusto por las cosas descriptas no tienen antecedentes literarios de nota y corresponden a la valorización de las tierras que siguió a la conquista definitiva del desierto».
LUDMER, Josefina, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011, p. 31, refiere a los patricios dados a la escritura de autobiografías.

86. *OCJVG*, vol. XVIII: *Cuentos*.

El 13 de febrero, creada la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el Poder Ejecutivo designa, para su constitución, académico titular a Joaquín V. González, así como a Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Carlos Pellegrini, Rafael Obligado, Paul Groussac, Ricardo Gutiérrez y Lorenzo Anadón.[87]

En 1897 edita el *Manual de la Constitución Argentina*, texto de instrucción cívica para los establecimientos de la enseñanza secundaria.[88] Al año siguiente, el 30 de enero de 1898, Córdoba lo elige convencional para la reforma de la Constitución Nacional.

Roca asume nuevamente la presidencia. JVG es reelecto como diputado por La Rioja por un nuevo período en 1898 y, ya consolidado en el orden nacional, apoya en su provincia el ascenso de su cuñado Leónidas Carreño por el Partido Autonomista Nacional (PAN) al gobierno provincial enfrentando al gobernador Bustos, que respondía a Pellegrini y al propio partido. Se inicia en la provincia «la época de Joaquín V. González»,[89] que se prolongará hasta el ascenso del radicalismo en 1918.

No finalizaría su período como diputado ya que el 10 de septiembre de 1901, fecha de su renuncia, fue llamado por el presidente Julio A. Roca para incorporarse a su gabinete, al frente de la cartera de Interior.

El 1º de agosto de 1899 vuelve a ser nombrado vocal del Consejo Nacional de Educación; para el desempeño del cargo, solicita y obtiene la venia de la Cámara de Diputados, de la que formaba parte. Escribe *Actos irrevocables del Poder Ejecutivo*.[90]

El 4 de junio de 1900 el gobierno de Francia le confiere el grado de Oficial de Academia; JVG lo acepta, previo permiso del Congreso, acordado por Ley número 3944. Publica ese mismo año *Patria*,[91] *Historias*,[92] *Enseñanza obligatoria*[93] y *Legislación de minas*.[94]

Ministro del Interior desde el 7 de septiembre de 1901, en 1902 ejerce interinamente, entre el 15 de enero y el 28 de abril, el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. El 8 de mayo fallece el ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Amancio Alcorta, y el presidente de la República confía a Joaquín V. González esa cartera, quien se desempeña como interino desde el 9 de mayo hasta el 11 de agosto y desde el 20 de julio de 1903 hasta el 9 de septiembre. Durante el interinato, interviene en el arreglo de la paz con Chile y en la correspondiente discusión, en ambas cámaras del Congreso, de los Pactos de Mayo, que comprenden el primer tratado firmado en el mundo, entre dos naciones, sobre limitación de ar-

87. BUCHBINDER, Pablo, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

88. *OCJVG*, vol. III: *Manual de la Constitución Argentina*.

89. BAZÁN, Armando R., *Historia de La Rioja*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1979, p. 533 y ss.

90. *OCJVG*, vol. VIII: *Actos irrevocables del Poder Ejecutivo*.

91. *OCJVG*, vol. XIX: *Patria*.

92. *OCJVG*, vol. XVIII: *Historias*.

93. *OCJVG*, vol. XIII: *Enseñanza obligatoria*.

94. *OCJVG*, vol. V: *Legislación de minas*.

mamentos. El 3 de noviembre de 1901 es designado miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana. Publica *Problemas escolares*.[95]

El 27 de agosto de 1902, como ministro del Interior, proyecta un cambio en la ley de elecciones vigente, que sustituye por el sistema de escrutinio uninominal por circunscripción.[96] Esta reforma, que será suprimida luego, es defendida como modelo electoral por JVG en lo que sigue de su trayectoria política, y es la que lo distancia del grupo que acompaña la reforma de Saénz Peña. La aplicación de la nueva ley electoral permitirá un aumento relativo de la participación y la entrada al Congreso, por primera vez, de un representante del Partido Socialista, pero no corrige los vicios del fraude y la manipulación en las elecciones. En ese momento la Unión Cívica Radical seguía absteniéndose y reclamando reglas de juego claras y transparentes y una democracia efectiva.

El 13 de abril de 1903 obtiene, finalmente, el título de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba. Edita *Ideales y caracteres*[97] y *La reforma electoral argentina*.[98]

Encarga un informe sobre la situación de la clase trabajadora en la Argentina al estudioso catalán Juan Bialet Massé.[99]

El 6 de mayo de 1904 envía al Congreso su proyecto de ley nacional del trabajo,[100] para cuya elaboración convoca a jóvenes de otras extracciones políticas: Del Valle Ibarlucea, Leopoldo Lugones, Manuel Ugarte y José Ingenieros, provenientes del socialismo.[101]

Ejerce otra vez en carácter interino la cartera de Justicia e Instrucción Pública, del 23 de mayo al 12 de octubre.

El 14 de mayo se le confiere el grado de académico correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

El 12 de octubre, al hacerse cargo del gobierno el presidente Manuel Quintana,[102] JVG es designado ministro de Justicia e Instrucción Pública.[103]

95. *OCJVG*, vol. XIII: *Problemas escolares*.

96. *OCJVG*, vol. VI: *La reforma electoral argentina*, pp. 11-318.

97. *OCJVG*, vol. XIX: *Ideales y caracteres*.

98. *OCJVG*, vol. VI: *La reforma electoral argentina*.

99. BIALET MASSÉ, Juan, *Informe sobre el estado de la clase obrera en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, 2 vols.

100. *OCJVG*, vol. VI: *La reforma electoral argentina*, pp. 319-578.

101. INGENIEROS, José, *Sociología argentina*, Buenos Aires, Elmer, 1957, pp. 137-194, *O.C.*, vol. VII.

102. «El doctor Manuel Quintana... era una de las encarnaciones más típicas de la oligarquía imperante, y a este carácter eminentemente representativo debió su fortuna política. De origen mitrista, se había plegado a Tejedor, por lo cual fue uno de los diputados cesantes en el 80; más tarde, como ministro de Sáenz Peña, había sido el puño fuerte de su gobierno para ahogar la rebelión del radicalismo. Porteño 'neto' y liberal convencido, obedecía a las modalidades hereditarias del medio a que pertenecía, por su desprecio del pueblo nativo (al que creía necesario reprimir, en nombre del orden, con todos los extremos del rigor policial) y por su puntilloso legalismo cuando estaban en juego los intereses que él juzgaba consustanciales con la civilización. Es decir, que su animadversión hacia los movimientos de impaciencia popular, en los que veía un resurgimiento "montonero" que debía aplastarse con saña mitrista, contrastaba con la fervorosa simpatía y la inagotable devoción que le inspiraba el capital inglés, al que consideraba como la garantía principal de nuestro progreso. Añadiremos que Inglaterra lo proveía de las levitas que lo hicieron famoso y de la clientela que lo hizo rico» (PALACIO, Ernesto, *Historia de la Argentina. 1515-1938*, Buenos Aires, Alpe, 1954, p. 570).

103. DUSSEL, Inés, *Currículum, humanismo y democracia en la enseñanza media (1863-1920)*, Buenos Aires, Flacso-Eudeba, 1997, p. 34 y ss.

Es este, para González, el tiempo más intenso de actividad pública en el ejecutivo nacional en las filas del conservadorismo. En su posicionamiento pasa de revistar en el espacio del «roquismo» –al que de todos modos se mantendrá leal– a la nueva configuración en la que se destacan figuras del más claro porteñismo como es el mismo presidente. Por otro lado, integra el gobierno que enfrenta con dureza la revolución radical de 1905.[104]

Publica *Debates constitucionales*,[105] *Los tratados de paz de 1902*[106] y *Proyecto de Ley Nacional del Trabajo*.[107]

En 1906 muere Quintana, quien es sucedido por Figueroa Alcorta y, buscando sostenerse por méritos propios, embiste contra Roca y su sistema político.

En ese marco, JVG presenta la renuncia de su cartera al vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, por el cual es nombrado, el 17 de marzo, con acuerdo del Senado del 15 de junio, rector organizador en la Universidad de La Plata (1906-1909).

Las relaciones entre JVG y Figueroa Alcorta se remontaban a los años juveniles de la Universidad de Córdoba, donde se conocieron y compartieron militancia política, tareas periodísticas y fe masónica. Para el análisis de la separación del gobierno aparecen dos alternativas interpretativas: Figueroa Alcorta admiraba al intelectual riojano y eso explica la designación para la Universidad, o persistían los enfrentamientos de la década de 1880 en Córdoba y le habilita un destino fuera del espacio del gobierno nacional.[108]

Rector organizador en la Universidad de La Plata

Con anterioridad, el 19 de septiembre de 1905, se había formalizado la creación de la Universidad Nacional de La Plata[109] y JVG asumía como rector el 17 de marzo de 1906. El 1º de ese mismo mes, en el acto de constituirse el primer Consejo Superior, hace donación y entrega de su biblioteca particular a la nueva Universidad. Asume como rector. Inaugura el curso de Derecho Constitucional argentino y dicta, desde el 15 de noviembre de 1906, la cátedra de Derecho Internacional Público e Historia Diplomática.[110]

El 24 de marzo, la Real Academia Española de la Lengua lo designa individuo correspondiente extranjero.

104. PERSELLO, Ana V., *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, pp. 15-51.

105. *OCJVG*, vol. V: *Debates constitucionales*.

106. *OCJVG*, vol. IX: *Los tratados de paz de 1902*.

107. *OCJVG*, vol. VI: *La reforma electoral argentina*, pp. 319-578.

108. JVG negará esta cuestión, así como su candidatura a presidente para 1904 intentando no dar crédito a versiones periodísticas publicadas en ese tiempo. En *OCJVG*, vol. XV: *Política espiritual*, pp. 465-467. Se trata de la reproducción del prólogo a la obra de ÁVALOS, Ángel, *Pensamiento y acción. Escritos, conferencias, discursos parlametarios*, Córdoba, Imprenta Argentina, 1910.

109. Surge como convenio entre la Nación y la Provincia de Buenos Aires, dado que existía una universidad provincial que había sido organizada a instancias de Rafael Hernández desde la década de 1890. GUGLIELMINO, Osvaldo, *Rafael Hernández, el hermano de Martín Fierro*, Buenos Aires, Perlado, 1954.

110. JVG recuerda estos movimientos en el mundo académico en *OCJVG*, vol. XXXIII.

El 13 de junio, el Poder Ejecutivo lo nombra delegado argentino a la III Conferencia Internacional Americana que se reúne en Río de Janeiro. Desempeña en ella la presidencia de la VI Comisión, toma parte en los debates y dictamina sobre codificación del derecho internacional, propiedad literaria y artística, marcas de fábrica y de comercio y otras materias. Es una de sus pocas salidas de la Argentina.

De regreso al país, es llamado al Ministerio del Interior, el 25 de septiembre de 1906, fecha en la que también es elegido consejero de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Renuncia al Ministerio el 21 de noviembre de ese mismo año.

En abril de 1907 se reincorpora al Congreso como senador de la Nación por La Rioja (1907-1916).

Publica *Escritos y opiniones en Derecho*[111] y *Universidades y colegios*.[112]

El 18 de marzo de 1909 la asamblea de profesores de la Universidad Nacional de La Plata lo elige presidente por el período 1909-1912, a cuyo término es reelegido por el de 1912-1915, y luego hasta 1918.

Escribe en el diario *La Argentina*, de Buenos Aires.

El 17 de octubre de 1910, el presidente Roque Sáenz Peña lo designa miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, con lo que participa de la representación argentina integrada por los doctores Luis María Drago, Estanislao S. Zeballos y Carlos Rodríguez Larreta.

También en 1910, el gobierno español le remite la condecoración de Comendador Ordinario de la Orden Civil de Alfonso XII.

Colabora en *La Gaceta* de Buenos Aires.

Publica *International Arbitrarian and Argentine Policy*, *La Argentina y sus amigos*[113] y *Política espiritual*.[114]

Escribe por entregas para el diario *La Nación* de la ciudad de Buenos Aires *El Juicio del Siglo*,[115] dedicado a la patria en su primer Centenario.

El 28 de junio de 1911 el gobierno de Francia le otorga el grado de comendador de la Legión de Honor; para su aceptación solicita el 27 de junio de 1912 el correspondiente permiso del Congreso. Una vez autorizado, el 9 de octubre de 1911, recibe la Cruz de Comendador de la Legión de Honor de Francia.

Publica en 1912, *Hombres e ideas educadores*,[116] con una introducción de Adolfo Posada. Participa como senador en el debate sobre la reforma electoral. Se pronuncia por el sistema uninominal por circunscripción, volviendo sobre los antecedentes de la Ley 4161, y critica la ley de voto obligatorio de lista incompleta.[117]

111. *OCJVG*, vol. VII: *Escritos y opiniones en Derecho*.

112. *OCJVG*, vol. XIV: *Universidades y colegios*.

113. *OCJVG*, vol. IX: *La Argentina y sus amigos*.

114. *OCJVG*, vol. XV: *Política espiritual*.

115. *OCJVG*, vol. XXI: *El Juicio del Siglo*.

116. *OCJVG*, vol. XV: *Hombres e ideas educadores (1908-1912)*.

117. *OCJVG*, vol. XI: *Jurisprudencia y política*, Apartado X: «La reforma electoral de 1912», pp. 117-170; DÍAZ, Honorio A., *Ley Sáenz Peña: pro y contra*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 74.
JVG coincidía con las posiciones del general Roca quien «En lo relativo al voto obligatorio, lo reputaba un error y un peligro, pues estimaba también que el cuerpo electoral no tenía la preparación necesaria para la

El 18 de julio de 1913 la Universidad de Córdoba le confiere el título de académico honorario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Edita, en volumen, *El Juicio del Siglo, o Cien años de historia argentina*.[118]

Al año siguiente, en 1914, es designado miembro de la rama argentina del Instituto Americano de Derecho Internacional. El 23 de octubre el gobierno de España lo hace Caballero de la Gran Cruz de la Orden civil de Alfonso XII y el 4 de noviembre, Gran Cruz de Alfonso XIII. Se incorpora al cuerpo de redactores de *La Nota*. Publica *Jurisprudencia y política*.

Realiza la convocatoria[119] y es cofundador del Partido Demócrata Progresista.[120]

En 1915 comienza a redactar su versión en castellano de las *Rubaiyát* de Omar Khayyám, que termina en 1918. Edita *La expropiación ante el Derecho Público Argentino*[121] y *Política universitaria*.[122]

En 1916 es redactor del diario *La Nación*. Publica *Bronce y lienzo*.[123] Este año cesa en su mandato como senador, cargo para el que es reelegido por el período de 1916-1925. El 27 de julio es nombrado miembro honorario de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Escribe *Fábulas nativas*.[124]

El 18 de marzo de 1918 se retira de la Universidad de La Plata. Con este motivo, y en retribución al homenaje público que los círculos universitarios le tributan en el Teatro Argentino de esa ciudad,[125] Joaquín V. González ofrece a la revista *Atenea* su versión española, del original inglés, de los *Cien poemas de Kabir*, de Rabindranath Tagore.

El 19 de febrero de 1919 es nombrado miembro de la International Law Association. En esos años edita, además, *La propiedad de las minas* (1917), la traducción castellana de los *Cien poemas de Kabir* (1918),[126] *El Senado Federal* (1919) y *Patria y democracia* (1920).

---

reforma; aparte de que juzgaba que en muchos casos la abstención era el único medio de protestar contra la violencia y la tiranía. Pensaba el general, que en lugar del voto obligatorio debía establecerse el calificado, toda vez que para él el voto universal era la causa de nuestros malos hábitos políticos. Otra sería nuestra educación democrática, añadía, si hubiéramos empezado por calificar el voto, y citaba el ejemplo de Chile, del Brasil y de la "libre Inglaterra". Tenía preferencia por el sistema de circunscripciones» (AMARAL, Edgardo, *Lisandro de la Torre y la política de la reforma electoral de Sáenz Peña*, Buenos Aires, Imprenta López, 1961, pp. 43-44).

118. *OCJVG*, vol. XXI: *El Juicio del Siglo*.

119. *OCJVG*, vol. XXIII: *Escritos varios*, «Invitación-Manifiesto para la formación de un partido nacional», p. 15.

120. RAMOS, J.A., *Revolución y contrarrevolución en Argentina. 3*, *op. cit.*, p. 142: «Formaban parte de las juntas directivas del nuevo partido los doctores Indalecio Gómez, Norberto Quirno Costa, Joaquín V. González, José María Rosa, el general José Félix Uriburu, Carlos Rodríguez Larreta, Julio A. Roca, Mariano Demaría (p), Benito Villanueva y otros muchos prohombres del extinguido roquismo y mitrismo, trasmutados ahora en sólidos puntales del orden oligárquico». Integraban ese espacio, además, Carlos Ibarguren, que formó parte de la comisión de redacción de la doctrina partidaria, y quien sería su líder, Lisandro de la Torre. JVG es mencionado entre los posibles candidatos a presidente en las negociaciones que llevan adelante Marcelino Ugarte y Lisandro de la Torre.

121. *OCJVG*, vol. VIII: *La expropiación en el derecho público argentino*.

122. *OCJVG*, vol. XVI: *Política universitaria*.

123. *OCJVG*, vol. XIX: *Bronce y lienzo*.

124. *OCJVG*, vol. XX: *Fábulas nativas*.

125. *OCJVG*, vol. XVI: *Un ciclo universitario. 1914-1919*.

126. *OCJVG*, vol. XX: *Cien poemas de Kabir*.

El 29 de agosto de 1921 el consejo ejecutivo de la Liga de las Naciones propone al doctor JVG para miembro de la Corte de Justicia Internacional.

El 4 de febrero de 1922 es designado miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid.

Sus últimos años los alterna entre la mansión de Belgrano[127] en la ciudad capital y su residencia de Samay Huasi.[128] Muere en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1923, a los sesenta años. Es enterrado en la Recoleta. Se realiza un acto público con concurrencia nutrida de académicos y políticos. Hablan en la oportunidad Robustiano Patrón Costas, José Arce, Rosario Vera Peñaloza, Carlos Sánchez Viamonte, Pedro Bazán, Mariano de Vedia, Alberto García Torres, Martiniano Leguizamón, Alejandro Lastra, Benito Nazar Anchorena.[129]

Por disposición del gobierno de la Nación y a requerimiento del gobierno y del pueblo de La Rioja, sus restos son trasladados a Chilecito el 14 de agosto de 1926. Los acompaña una comitiva de legisladores, profesores, escritores y artistas, presidida por el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna, en representación del Poder Ejecutivo Nacional; delegados de ambas cámaras del Congreso, las cinco universidades de la República, gobiernos de provincia, Consejo Nacional de Educación, instituciones científicas y de Bellas Artes, representantes de la prensa nacional y extranjera y centros estudiantiles.

Después de su muerte se publican los siguientes libros, sobre originales preparados personalmente por su autor: *Fábulas nativas* (1924), *Rubaiyát* de Omar Khayyám (1926), *El centinela los Andes* (1929), *Estudios constitucionales* (1930), *Estudios de Historia Argentina* (1930), *El Censo Nacional y la Constitución* (1931), *La patria blanca* (1931), *Mitre* (1931), *Un ciclo universitario. 1914-1919* (1932), *Ritmo y línea* (1933), *Política internacional* (1934) e *Intermezzo. Dos décadas de recuerdos literarios (1888-1908)* (1934).

Joaquín V. González integró diversas instituciones de nivel nacional, regional e internacional.[130] Subrayemos algunas cuestiones significativas de su trayectoria

127. CARRERAS, Fidel, Entrevista a JVG, en *Revista Caras y Caretas*, 1915; *OCJVG*, vol. XXIII, p. 141.

128. Para una descripción de la casa Samay Huasi, puede consultarse el trabajo de OCAMPO, Alberto, *El pensador de Samay Huasi*, Córdoba, Dirección General de Publicidad, 1962, p. 27 y ss.

129. *Joaquín V. González, 6 de mayo de 1863-21 de diciembre de 1923. In memoriam*, Buenos Aires, Homenaje de La Facultad, 1923.

130. Era miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua; miembro de la Real Academia de la Historia de Madrid; miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya; académico honorario de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de Madrid; miembro de la American Academy of Political and Social Science de Filadelfia; miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid; profesor honorario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Rio de Janeiro; miembro honorario de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de Chile; miembro de la Academia de Buenas Letras de Barcelona; miembro de la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación; presidente honorario del instituto Español Criminológico de Madrid; profesor Honoris Causa de la Universidad de Oviedo; miembro de honor del Cuerpo de Antiguos Alumnos de la Universidad de Oviedo; miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires; académico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires; académico titular y consejero de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; miembro de la Universidad Nacional de La Plata; académico honorario de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba; miembro honorario de la Universidad de Tucumán; miembro de la Academia Americana de la Historia; miembro de la Sociedad Científica Argentina; miembro del Instituto Geográfico Argentino; miembro honorario de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba; comendador de la Legión de Honor de Francia; comendador ordinario de la Orden Civil de Alfonso XII y Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII.

vinculados con esta presentación. Entre sus obras de escritor con más trascendencia y que engrosan los «clásicos» de la literatura nacional se cuentan *Mis montañas* (1893) y *Fábulas nativas* (1924). Entre sus obras de ensayo histórico y político se cuentan *La tradición nacional* (1888), *El Juicio del Siglo* (1910) y *Patria y democracia* (1920). Entre sus obras educativas podemos señalar *Enseñanza obligatoria* (1899-1900), *Problemas escolares* (1894-1899), *Patria* (1900), *Universidades y colegios* (1904-1907), *Política espiritual* (1905-1909), *Hombres e ideas educadores (1908-1912)* (1912).

Como resulta de este recorrido, es evidente que desarrolló un rol privilegiado en los gobiernos conservadores:

> Notable colaborador de Roca, estuvo involucrado –con mayor éxito en algunos casos que en otros– en las principales reformas que caracterizaron su segunda presidencia. Primero, como ministro del Interior entre 1901 y 1904. No solo ocupó la «cartera política». Planificó y propuso una notable modificación a las regulaciones jurídicas por entonces imperantes en el mundo laboral y la reforma del conjunto del sistema electoral. Así, su figura se recorta nítidamente en el intento que hará el roquismo por solucionar los dos principales conflictos con los que la Argentina entraba al siglo XX y que tan fuertemente adheridos estaban a las aceleradas transformaciones que la sociedad había empezado a experimentar –conducidas por el mismo grupo– veinte años antes: el conflicto político y el conflicto social.[131]

Ambos se originaban en el proceso inmigratorio, fenómeno sobre el cual se recuesta y que da base a los análisis y las propuestas contenidas en el texto bajo estudio.

EDICIÓN DE SUS *OBRAS COMPLETAS* Y OTROS HOMENAJES

Las obras de Joaquín V. González forman un total de veinticuatro volúmenes en formato mayor, que reúnen 152 títulos, publicadas desde 1883 hasta sus obras póstumas. Fueron clasificadas por su autor en cuatro series: jurídicas, políticas, pedagógicas y literarias,[132] incluidas en estas últimas las históricas.

«La fecundidad literaria es un rasgo común de los hombres que forman la generación de 1896. Todos son prolíficos: basta recordar la extensa obra de Ernesto Quesada, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Juan Agustín García, José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola, Víctor Mercante y tantos otros.»[133] «Dentro de su generación González fue considerado el hombre que mejor escribía, aunque aún en obras como *Mis montañas* se encuentran errores y altibajos sintácticos.»[134]

131. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, pp. 10-11.
132. ROJAS, R., *Elogio de J.V. González*, *op. cit.*, p. 120.
133. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 77.
134. Ibíd., p. 78.

Como un homenaje de la Nación, el Congreso sanciona el 22 de junio de 1934 la ley de edición de las *Obras completas* de JVG, por cuenta del Estado. En esa oportunidad se incluyen los siguientes títulos que quedaban aún inéditos: *La Revolución*, *Actos irrevocables del Poder Ejecutivo*, *Política ferroviaria de la Constitución Argentina*, *Diplomacia parlamentaria*, *Constitución para La Rioja* y *Escritos varios*. Aunque no habían sido escritos para ser publicados, se agregan, también, en esta edición nacional los trabajos: *Bosquejos*, *Derecho Constitucional Argentino (planes)*, *Derecho Internacional Público (planes)*, *Historia Diplomática (planes)*, sus versiones del latín, del *Dies Irce* de Fray Tomás de Celano; del italiano, Dante en Santa Croce del Corvo, de Arturo Graf y del inglés, el poema *If...*, de Rudyard Kipling. Se trata de una iniciativa de la Universidad Nacional de La Plata dirigida, en ese momento, por Ricardo Levene, que resulta acogida por el senador doctor Alfredo Palacios, del Partido Socialista, quien guardaba sólidos lazos con la Universidad platense.

Firmaron el proyecto: Alfredo Palacios, Robustiano Patrón Costas, Rudecindo Campos, Carlos Bruchmann, Atanasio Eguiguren, Eduardo Laurencena, Antonio Santamarina, Mario Bravo, Lisandro de la Torre, Carlos Serrey, M.G. Sánchez Sorondo, Ramón S. Castillo, Francisco R. Galíndez, Raúl Ceballos Reyes, Pío Montenegro, Cruz Vera, Horacio Vera Ocampo, Juan R. Vidal, Francisco E. Correa, Mariano P. Ceballos, Mario Arenas, Alberto Arancibia Rodríguez, Guillermo Rothe.[135] Es de notar la heterogeneidad «restringida» de los firmantes: se encuentran los miembros de la «Concordancia» (conservadores) y las «oposiciones toleradas» (demócratas, progresistas y socialistas) dentro del régimen fraudulento. Queda excluido por no estar representado en las cámaras el partido mayoritario de entonces: la Unión Cívica Radical.

En esa oportunidad, Alfredo Palacios presenta a JVG como «antirracista, estaba contra todo tipo de desigualdad cultural y entre naciones grandes y chicas, y tenía un espíritu latinoamericanista y progresista. González quería proteger al criollo y al extranjero, dándoles un pedazo de tierra que creía indispensable para su arraigo, en propiedad, como "prensa suprema de alianza fraternal" [...] Y considera que el extranjero que no sienta la ayuda del Estado y advierta que a los nativos tampoco se los protege, ante un cuadro semejante de abandono y de desidia hacia la propia conservación, tratará al país como tierra de lucro y de pillaje, como isla sin dueño y sin ley, entregada al azar y al predominio del más fuerte o del más astuto».[136]

Se ha levantado su estatua en la Universidad Nacional de La Plata y en Samay Huasi, su casa de descanso, y se colocaron bustos y retratos suyos en la propia Universidad, el Senado de la Nación, Ministerios de Relaciones Exteriores y Culto, del Interior y de Justicia e Instrucción Pública, facultades de Derecho de Buenos Aires, y de Humanidades y Química y Farmacia de La Plata, escuelas normales de Buenos Aires, Ramos Mejía y Chilecito, en la Escuela Superior de Comercio Joaquín V. González, de la Capital Federal, y en la plaza principal de la ciudad de La

135. Proyecto de Ley reproducido en *OCJVG*, vol. I, p. 15.

136. PALACIOS, A., «Discurso en el Senado de la Nación, en ocasión de presentar el proyecto de edición de las *OCJVG*», el 25 de septiembre de 1933, en *OCJVG*, vol. I.

Rioja. Su nombre ha sido dado a distintos institutos, bibliotecas, escuelas, pueblos y calles de la Capital Federal, La Plata, Salta, Bahía Blanca, La Rioja y Chilecito.

Bajo el interregno de José M. Guido, el ministro de Educación y Justicia, Alberto Rodríguez Galán crea y preside la Comisión Nacional de Homenaje al Centenario del nacimiento de JVG. Forman parte de ella los subsecretarios de los Ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores y Culto, el interventor federal en la provincia de La Rioja; los presidentes de las Academias Nacionales de Derecho y Ciencias Sociales, de Bellas Artes y de la Historia, y de la Academia Argentina de Letras; los rectores de las Universidades de Buenos Aires y Nacionales de La Plata y Córdoba; el director general de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia; el director de la Biblioteca Nacional, los presidentes de la Sociedad Argentina de Escritores, Colegio de Abogados de Buenos Aires; Institución Joaquín V. González e Instituto Cultural Joaquín V. González, y el Comisionado Municipal de la ciudad de Chilecito, La Rioja.[137]

En 1962, por resolución del Instituto Cultural Joaquín V. González adoptada el 30 de septiembre, se crea la Comisión Argentina de Homenaje al patrono de dicho instituto. Al poco tiempo, por decisión de sus miembros, esta decide actuar con total independencia del Instituto y realiza cinco actividades entre 1962 y 1963. Integran la Comisión: Eleazar Roldán Sánchez (presidente), José Patricio Romero (vicepresidente primero), Rima Núñez (vicepresidente segundo), José Carlos Astolfi (vicepresidente segundo), Francisco Rodríguez Castro (secretario general), Oscar Candelaria (secretario de Actas), Luis Tomás Prieto (secretario de Prensa), Diego Iantorno (tesorero), César Ferrer (protesorero); vocales: Gaspar Benavento, Germán Berdiales, María L. Berrondo, Ricardo Boselli, Alejandro Castagnino, Marcelo Justo Castresana, Ulises René Girardi, Rodolfo González, Carlos Oviedo y José Miguel Speranza.[138] Alberto H. Álvarez se desempeña como secretario general.

Como contrapunto o complemento (aunque inferimos por el tono lo primero), nace la Comisión Popular de Homenaje a Joaquín V. González. Está integrada en su Comisión Honoraria por los presidentes y rectores de las universidades nacionales, Alfredo Palacios, Victoria Ocampo, Alicia Moreau de Justo y otros.[139] Este

137. LASCANO GONZÁLEZ, Antonio, *Joaquín V. González*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1965. Se trata de una aproximación antológica e iconográfica de la figura de JVG autorizada por la Comisión Nacional de Homenaje.

138. Comisión Argentina de Homenaje a Joaquín V. González, *Joaquín V. González en el centenario de su nacimiento. 1863-6 de marzo-1963*, Buenos Aires, 1965.

139. Completan la lista Bernardo Houssay, Juan Carlos Rébora, Luciano Molinas, Arturo Marasso, José A. Oría, Arturo Capdevila, Manuel Menchaca, Josué Gollan, Alfredo Orgaz, Martiniano Leguizamón Pondal, Amaranto A. Abeledo, Nicolás Repetto, Cupertino del Campo, Juan A. Briano. Su presidente es Carlos Sánchez Viamonte. Sus vicepresidentes: Carlos Alberto Erro, Adolfo Lanús, María de Villarino, Fermín Estrella Gutiérrez, Justiniano Allende Posse. Secretarios: José P. Barreiro, Mario Justo López, Fryda Schultz de Mantovani, Delfina Varela de Ghioldi, Julio González Pondal, Alfredo Galletti, Juan Esteban Serchio (h), Joaquín Neyra, Víctor O. García Costa, Alberto May Zuviría. Tesorero: Luciano Rottin. Vocales: Jorge Eduardo Coll, Horacio C. Rivarola, Carlos Heras, Segundo V. Linares Quintana, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Alberto G. Padilla, Eduardo Mallea, Alfonso de Laferrere, Ambrosio L. Gioja, José María Monner Sans, Santiago C. Fassi, Danilo Vucetich, Enrique M. Barba, Juan M. Villarreal, Humberto Barraza, Ana E. Lahitte, Carlos F. García, Alberto A. Spota, Nerio Rojas, Osvaldo Loudet, Jorge A. Mitre, Miguel A. Fulle, Juan A. Solari, Rafael A. Arrieta, Juan A. González Calderón, Bernardo González Arrili, Marcos Victoria, León Dujovne, Luis Emilio Soto, Florencio Escardó, José Luis Romero, Antonio Aita, Ricardo Saenz Hayes, Francisco Luis Bernárdez, César J. Velázquez, Adelmo Montenegro, Beatriz Bosch, Carmen Pujal de Sgrosso, Noel León Gutman, Edgardo Rossi, José Roberto López, Pablo Lejarraga, Ariel Ferraro, Raúl Álvarez, Alfredo Larguía Dávila, Bo-

consenso excluye a los referentes intelectuales del peronismo proscripto y a los intelectuales vinculados al Partido Comunista. Las tradiciones «nacional-populares» del siglo XX, en su acepciones radical-yrigoyenista[140] o peronista,[141] parecen no guardar una relación simpática con la figura de González, que fue apropiada por la «familia ideológica» socialista y por los liberal-conservadores.

En el marco de la conjunción liberal-peronista que representaron los gobiernos de la década de 1990, Carlos S. Menem realizaba algunas identificaciones retrospectivas con Joaquín V. González (dado que ambos eran riojanos, estudiantes en Córdoba, abogados, gobernadores de la provincia natal, con proyección nacional, si bien González no llegó a la primera magistratura).

Para el Bicentenario de la Revolución de Mayo, la revista *Punto de Vista*, dirigida por Beatriz Sarlo, convocó a una serie de intelectuales para que dieran su perspectiva temática bajo el lema *El Juicio del Siglo*. El gobierno de La Rioja lanza un programa de distribución de equipos informáticos para el nivel primario, que fue denominado Joaquín V. González. A los 150 años de su nacimiento, cumplidos en 2013, no tenemos noticia de recordatorios ni homenajes en su memoria... más allá de algunas referencias de baja intensidad, como la antes mencionada, en la provincia natal. A la búsqueda de razones de este «olvido», dice su biógrafo, Roberto Rojo:

> Aventuro finalmente varias razones por las cuales este genio fue paulatinamente olvidado: sus convicciones masónicas y su particular concepción filosófica y religiosa en una provincia –y un país– de fuerte tradición católica; el advenimiento del radicalismo, cuyas concepciones teóricas de soberanía popular lo estigmatizaron como oligarca y conservador; la mayoría de sus libros, salvo *Mis montañas* y en menor medida *La tradición*

---

nifacio Lastra, Gabino Salas, Juan Carlos Cruz, Juan Pablo Oliver, Eduardo Biday, Pedro León Zavalía, Silvina Bullrich, Beatriz Guido, Gustavo Figueroa, Gustavo Alsina, Jorge Delcasse, Emilio L. González, Vicente D. Gallo, Juan Ángel Lastra, Héctor Joaquín Peña, Federico Issac Woodgate, Blas González, Lola Juliánez Islas, Carlos Cuchetti, Alfredo Williams, Juan Pablo González Bergez, Alfredo Labougle, Mauricio Rosenthal, Víctor Fernández Arca, Amílcar Mercader, Tibor de Teleki, Marcelo Roberto Rojo, Eduardo F. Sánchez Zinny, Juan Carlos Bavasso Roffo, Manuel M. Elicabe, Ramón T. García, David Kraiselburd, Elena Z. de Decourgez, Miguel Sussini, Ricardo Mills, Marcelo Sánchez Sorondo, Antonio Pagés Larraya, Tomás de Estrada, Bartolomé Chiessino, Bernardo Canal Feijoó, Carlos S. Fay, Alfredo González Garaño, Roberto García Pinto, Ernesto J. Florit, Enrique Santillán, Prudencio Santillán, Adolfo A. Vicchi, Carlos Luzetti, Raúl Prebisch, Héctor E. Eandi, Bartolomé A. Fiorini, Mariano J. Drago, Julio Cueto Rúa, Romeo E. Bonazzola, Alberto Ragnan, Félix Etchegoyen, José Egues, Manuel S.Castello, Carlos C. Malagarriga, Rodolfo N. Luque, Elio C. Leyes, Héctor Hardoy, Silvano Santander, Luis Panigo, Osvaldo F. Rebullida, Roberto F. Giusti, Carmen Peers de Perkins, Ofelia Berisso de Seguí, Julio Aramburu, José María Paz Anchorena, Agustín N. Matienzo, José Luis Lanuza, Enrique Mouchet, Eduardo González Lanuza, Adolfo de Obieta, José Isaacson, Leonardo Glusberg, César Carman, Alberto Prando, Miguel Ángel Cárcano, Alejandro Lastra, Manuel Pinto, Julio Noé, Olegario Becerra, Antonio Zamora, Florentino V. Sanguinetti, Delio Paniza, Sergio Provenzano, Edgardo J. Amaral, Roberto J. Ledesma, José Aguirre Cámara, Santiago Monserrat, Eduardo J. Godoy, Leopoldo Suárez, Antonio de la Torre, Salvador Doncel, Federico W. Gándara, Juan S. Valmaggia, Ítalo A. Foradori, José S. Campobassi, Bernardo López Sanabria, Alberto Palcos, Benjamín Villegas Basavilbaso, Arturo Etchevehere, Adolfo Piossek, Juan Filloy, Diego May Zuviría, Raúl González Pondal, Ricardo E. Molinari, Narciso Binayán, Gustavo García Saraví, Estanislao de Urraza, Federico Fernández de Monjardín, Lucas Ayarragaray, Manuel V. Ordóñez, Ángel M. Zuloaga, Roberto Etchepareborda, Mario C. Belgrano, Marco A. Juárez Núñez, Manuel María Lavié, José Antonio Ginzo (Tristán), Alfredo Larguía González, Gabino Joaquín Salas González, Raquel Iramain González, Carlos Alberto López Lecube, Eduardo Tolosa Castro y Horacio Castillo.

140. DEL MAZO, Gabriel, *El radicalismo. Ensayos sobre su historia y doctrina*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

141. Las *OCJVG* no se encuentran en la Biblioteca J.D. Perón al año 1955. Archivo General de la Nación, *Biblioteca de Juan D. Perón*, Buenos Aires, AGN, 1999.

nacional, no fueron reeditados; su complejidad intelectual, caracterizada por la variedad y profundidad con que encaraba cada tema y una producción escrita muy extensa; la desaparición de los estudiosos y críticos que estudiaron y difundieron su obra; su apego a los placeres terrenales, mal visto por una concepción historiográfica pacata e hipócrita; el hermetismo sobre detalles de su vida, guardados celosamente por sus descendientes.[142]

FUENTES DEL PENSAMIENTO DE JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Para un abordaje de la construcción del pensamiento de JVG, resulta conveniente dar un rodeo metodológico y conceptual; rechazando las ideas de la «importación acrítica» o de la simple adopción (caras a ciertas vertientes revisionistas), nos inclinamos a considerar la producción del pensamiento de González en los términos de un desarrollo situado, vinculado a su contexto, inserto en tradiciones locales y con un despliegue de categorías conceptuales en diálogo, intercambio, negociación y uso de las corrientes de pensamiento dominantes en el mundo occidental de entonces.[143]

No se trata, en el caso de González, de una absoluta originalidad ni de la repetición ingenua de esquemas importados. Se trata de una construcción compleja en la que se fusionan motivos, esquemas, modos de pensar de diverso origen. Es un pensamiento de mezcla, en el que, de todos modos, predomina la matriz liberal elitista, conservadora, de raíz echeverriana y sarmientina de base local.

En cuanto a las corrientes del pensamiento europeo occidental de entonces, podemos afirmar que: «El fondo de la formación cultural de González está hecho con la filosofía de Taine y de Renan, particularmene durante su juventud y madurez...».[144] De la teoría de H. Taine[145] acerca de la influencia modeladora del medio geográfico, el momento histórico y la raza en los acontecimientos humanos, saca los moldes interpretativos de *LTN*. Del mismo autor pudo recibir cierto republicanismo formal adverso a las expresiones multitudinarias; la necesidad de la utilización de la historia como formadora y a la vez como instrumento de gobierno para los grupos dominantes. De allí viene, en su pensamiento, una escisión entre república y democracia sustantiva, como expresión popular electoral que, combinada con un registro que nace en la generación de 1837[146] y parece trasfundirse

142. ROJO, R., *El divino Joaquín*, *op. cit.*, pp. 13-14.

143. DUSSEL, I., *Currículum, humanismo y democracia en la enseñanza media (1863-1920)*, *op. cit.*, p. 26.

144. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 79.

145. DEVOTO, F., *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1992, pp. 11-47.

146. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A.J., *Mentalidades argentinas. 1860-1930*, Buenos Aires, Eudeba, 1981, pp. 17-19, en las que vincula a JVG con el pensamiento de Echeverría, para lo que cita un fragmento del *Dogma Socialista*: «La razón colectiva solo es soberana, no la voluntad colectiva. La voluntad es ciega, caprichosa, irracional: la voluntad quiere, la razón examina, pesa, decide. De aquí resulta que la soberanía del pueblo solo puede residir en la razón del pueblo, y que solo es llamada a ejercer la parte sensata y racional de la comunidad social. La parte ignorante queda bajo la tutela y salvaguarda de la ley dictada por el consentimiento uniforme del pueblo racional. La democracia, pues, no es despotismo absoluto de las masas, ni de las mayorías; es el regimiento de la razón. La soberanía es el acto más grande y solemne de la razón de un pueblo libre. ¿Cómo podrán concurrir a ese acto los que no conocen su importancia? ¿Los que por falta de luces son incapaces de discernir el bien del mal en materia de negocios públicos? ¿Los que como ignorantes que

en las generaciones liberal-conservadoras posteriores, gobierna la idea de democracia que González comparte.[147] De Renan parecen provenir las sistemáticas reflexiones sobre la nación,[148] la sobrevaloración del papel de las elites dirigentes, a quien JVG puede deberle las interpretaciones del cristianismo y el fenómeno religioso (recordemos la *Vida de Jesús* de Renan, de 1863, en la que el autor francés historiza y enfatiza la dimensión humana de Cristo exaltando su bondad, humildad y compromiso con los hombres). Al final de sus días,

> tiene un rasgo de ensoñación y contemplación, que se fue acentuando con los años, hasta dar en una especie de panteísmo o hilozoísmo, en un anhelo religioso y místico, aunque no llegara a ser misticismo propiamente tal, al menos en el sentido cristiano. González termina sintiendo lo divino de las manifestaciones estéticas de la naturaleza y desde allí trataba de elevarse a lo divino invisible. Él mismo se sentía como un arpa donde vibraban influencias misteriosas.[149]

No resulta ocioso señalar que JVG, por su ubicación temporal, conoció y manejó el material de la generación precedente (autores positivistas como Spencer, Comte y, previo a ellos, con el romanticismo a lo Chateaubriand), al igual que tuvo contacto con las novedades de inicios del siglo XX (por ejemplo el avance del pragmatismo norteamericano) y también trabó relación con autores «krausistas».[150] Estas «influencias» tienen que ser puestas en diálogo con las tradiciones específicamente locales de la producción. En ello se juega la relación con Echeverría (en la idea de democracia, como hemos visto, pero también en el papel de las elites y en la producción poética), con Sarmiento, con quien se vincula no solo por los motivos de producción (temáticas del interior) o por algunas preguntas determinantes, por el estilo o por el modo de escritura ensayística, sino por posiciones políticas fuertes que sostendrá a lo largo de toda su vida: la positividad y utilidad de la inmigración y el valor de la educación.

Otra vertiente importante de base local es la que refiere a los estudios históricos. Es en la década de 1880 en la que alumbran la edición definitiva de la *Historia de Belgrano* de Mitre y los volúmenes iniciales de la *Historia de la República Argentina*, de Vicente Fidel López, y transcurre

---

son de lo que podría convenir, no tienen opinión propia y están por consiguiente expuestos a ceder a las sugestiones de los mal intencionados? ¿Los que por su voto imprudente podrían comprometer la libertad de la patria y la existencia de la sociedad? ¿Cómo podrá, digo, ver el ciego, caminar el tullido, articular el mudo, es decir, concurrir a los actos soberanos el que no tiene capacidad ni independencia? [...] Para emancipar a las masas ignorantes y abrirles el camino de la soberanía, es preciso educarlas. Las masas no tienen sino instintos: son más sensibles que racionales; quieren el bien y no saben dónde se halla; desean ser libres y no conocen la senda de la libertad».

147. Ibíd., p. 19: «Este pensamiento de Echeverría, que es toda una doctrina política, está hondamente arraigado en la oligarquía paternalista; y con mayor firmeza aún en sus hombres representativos que vienen del interior, de ese interior apocado, sumido, poblado de "barbarie" según la concepción de Sarmiento: esa "barbarie" que aprovecharon los caudillos para destruir de cuajo "toda forma civil"». En este grupo ubica a JVG, a quien cita en diversas obras, sin respetar en demasía los contextos de producción de cada una de ellas.

148. RENAN, Ernest, *¿Qué es una nación?*, Buenos Aires, Hydra, 2010, con prólogo de Anthony D. Smith.

149. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 79.

150. AGÜERO, A.C., «La naturaleza de las cosas», *op. cit.*, p. XXIII. Para una aproximación más general al fenómeno, véase ROIG, A.A., *Los krausistas argentinos*, *op. cit.*

> el debate que inicia López en el diario *El Nacional*, sigue en *La Nación* y termina por formularse en sendos libros, de ataque y contraataque. El artículo de López, «Debate Histórico», de 1882, es respondido por Mitre en *Comprobaciones históricas*, después, la «Refutación a las *Comprobaciones históricas*», en notas en *El Nacional* de 1881 a 1882 y luego vienen los libros: *Historia de la Revolución argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852* y *La historia de la República Argentina*, iniciada en 1883 y concluida diez años después, de López, y *Comprobaciones históricas*, de Mitre, posteriormente.[151]

Sobre el final de la década proliferan obras, revistas e iniciativas institucionales en torno a la historia[152] y la prehistoria[153] argentina y americana. «Ellos (Mitre y López) ofrecen modelos a la vez inimitables y cada vez menos pertinentes, y los esfuerzos de la etapa que les sigue aparecen centrados sobre todo en la búsqueda de alternativas a los que esas obras implícitamente proponen. Desde la aparición de ellas y casi hasta ayer, Mitre y López ofrecieron los términos de referencia frente a los cuales creyeron necesario definirse los historiadores argentinos.»[154] Si tomamos esta línea argumental, nuestro autor, en la polémica Mitre-López, se inclina por el segundo, ya que la escritura de López refleja más acabadamente los propósitos moralizantes y estetizantes de JVG.[155] La crítica a la idea de imparcialidad, la erudición por sí

151. JITRIK, Noé, *Panorama histórico de la literatura argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009, pp. 98-99; ROFINELLI, Gabriela, «¿Cientificismo o ensayismo? Un siglo de disputas sociológicas», en GONZÁLEZ, H., *Historia crítica de la sociología argentina*, *op. cit.*, p. 257; CARBÍA, R.D., *Historia crítica de la historiografía argentina*, *op. cit.*; ROJAS, R., *Historia de la literatura argentina. Los modernos*, *op. cit.*

152. BERTONI, L., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, *op. cit.* CARMAN, Carolina, *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.

153. PODGORNY, Irina, *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*, Mendoza, Prohistoria, 2009.

154. HALPERIN DONGHI, Tulio, «La historiografía: treinta años en busca de un rumbo», en FERRARI, G. y GALLO, E. (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, *op. cit.*, pp. 829-831.

155. JVG, *Intermezzo*, *op. cit*. En el capítulo «Un año de historia literaria argentina», que refiere a 1888, en p. 74, como aludiendo a Mitre, dice: «El historiador que no es una individualidad aislada y sin ley en el conjunto social, no puede en modo alguno sustraerse a la influencia de las ideas o de las pasiones que forman el fondo más o menos dramático de los sucesos; siente la acción que describe; sufre con las grandes catástrofes; se indigna contra los grandes crímenes; raciocina con los filósofos; se entusiasma y enardece ante las acciones magnánimas y los triunfos de las virtudes excelsas; y saluda con gritos de júbilo las conquistas de la razón y de la libertad. Y como al probar su criterio, ha debido adoptar principios determinados, fijos e invariables, se deduce que las acciones serán juzgadas por él, buenas o perversas, criminales o laudables, erróneas o verdaderas, según que se ajusten o no al molde de su criterio. La imparcialidad en el historiador es tan absurda, como lo sería el afirmar qua hay un cuerpo en el espacio sin ley que determine su existencia; como lo sería el asegurar que en el seno de un pueblo hay un hombre que no siente las influencias del medio que lo rodea».
A la muerte de Vicente Fidel López le tocó a JVG, en nombre del gobierno nacional, hablar en sus funerales el 31 de agosto de 1903: «Obra de inmenso valor es la que el doctor López deja a su patria en el conjunto de sus trabajos históricos, y principalmente en el que reúne todas las modalidades de su espíritu, la Historia de la República Argentina. Porque él no solo la comprende como la simple narración cronológica de sucesos pasados, sino como un vasto sistema de leyes científicas y elementos de arte, que concurren a convertirla en un verdadero reflejo de la vida de una sociedad en la región de la tierra que habita. Al leer sus animadas páginas, diríase que se percibe el hervor de la sangre, el circular de la savia, el rumor del movimiento, hasta en las antiguas y ya muertas agrupaciones indígenas o coloniales. La pasión, la pasión humana, real, candente, que es fuerza inmortal de impulso y de creación, como el calor en la naturaleza, palpita en los sucesos colectivos, colorea los cuadros y da animación dramática e interés contemporáneo a los caracteres individuales, para que la historia sea una lección intensa y palpitante del pasado, y una perpetua revelación de la unidad de los destinos humanos» (*OCJVG*, vol. XIX: «Doctor Vicente Fidel López», p. 271; reproducido también por Palcos en la serie de Grandes Escritores Argentinos como prólogo de LÓPEZ, Vicente F., *Panoramas y retratos históricos*, Buenos Aires, Jackson, 1953).
Para la cuestión historiográfica, ROJAS, R., *Historia de la literatura argentina. Los modernos*, *op. cit.*; CARBÍA, R.D., *Historia crítica de la historiografía argentina*, *op. cit.*; ROMERO, José L., *Imágenes y perspectivas*, Bue-

misma, el relato sin imagen y sentimiento aparecen en González asociados a la escritura de Mitre. La reivindicación del color local, la aventura, el dramatismo en el relato, la imagen y la emoción parecen vincularse a la producción de López.

Este ambiente y la opción por la perspectiva lopizta son los que marcan su preferencia por los estudios históricos, entre los veinte y los treinta años de edad, cuando publicó los trabajos sobre *Córdoba religiosa* (1883), *Estudio sobre la revolución* (1885), *La revolución de la Independencia argentina* (1887), *La tradición nacional* (1888), *La Revolución y el Congreso de Tucumán* (1893). Es de hacer notar que es esa matriz la que sugiere en los procesos de reforma de planes de enseñanza de 1905 cuando se desempeñó como ministro de Instrucción Pública[156] y continúa siguiendo con vivo interés en el tiempo.[157]

Al remitir *LTN* a Bartolomé Mitre, JVG recibe una carta de respuesta que contiene un saludo y un reconocimiento a la vez que una admonición en relación a la presunta descendencia de los argentinos de los habitantes precolombinos.[158]

POSICIÓN DE JOAQUÍN V. GONZÁLEZ EN EL CAMPO POLÍTICO, INTELECTUAL Y PEDAGÓGICO ARGENTINO

Como ya expresamos, nos inclinamos por ubicar a González en el grupo de los intelectuales de la generación de 1896.[159] JVG constituye un gozne entre la generación de 1880 y la de 1900 plenamente espiritualista, manifestada en Alejandro Korn en el campo de la filosofía,[160] o en Ricardo Rojas en el ámbito literario.[161]

---

nos Aires, Raigal, 1956, en el que se encuentran los artículos «Vicente Fidel López y la idea del desarrollo universal de la historia» y «Mitre: un historiador frente al destino nacional»; SCENNA, Miguel A., *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975; ROFINELLI, G., «¿Cientificismo o ensayismo? Un siglo de disputas sociológicas», *op. cit.*, p. 257; DEVOTO, F. y PAGANO, N., *Historia de la historiografía argentina*, *op. cit*.

156. El currículum y la enseñanza de la historia argentina, contra lo que muchas veces se plantea, están vaciados en la matriz lopista. En ello tuvieron que ver tres cuestiones, al menos: la afinidad con esa mirada de las reformas de 1888 y de 1905; la identidad ideológica, la modalidad y el atractivo de los esquemas y la producción de un manual específico para esa función por parte del autor.

157. Puede verse con interés el prólogo a «La Historia Argentina para los niños» de Ricardo Levene y Carlos Imhoff del año 1910 en *OCJVG*, vol. XV: *Política espiritual*, pp. 517-519, y los comentarios a las «Lecciones históricas» de R. Levene, del año 1912, *OCJVG*, vol. XVI, en los que resuenan estas cuestiones. Para una ubicación de esta obra en la trayectoria de los textos escolares de historia: DEVOTO, F., «Idea de Nación, inmigración y "cuestión social" en la historiografía académica y en los libros de textos de Argentina (1912-1974)», en *Revista de Estudios Sociales*, nº 3, segundo semestre de 1992.

158. Señala Devoto: «Una mirada igualmente hostil a los pueblos originarios se encuentra en Mitre, quien, a los efectos de resaltar las ventajas rioplatenses en relación con otros contextos sudamericanos, enfatiza la característica dominante de la población blanca que, a través de la mezcla con los indígenas, pronto fue capaz de absorber, étnica y culturalmente, a aquellos, dando como resultado una nueva raza con rasgos típicamente europeos. Por otra parte, de su hostilidad a los indígenas considerados en estado de barbarie y a la posibilidad de incluirlos en cualquier imaginario fundador de la Argentina dejó numerosos testimonios, como por ejemplo en cartas a Juan María Gutiérrez y a Joaquín V. González» (DEVOTO, F., «La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá», en MYERS, Jorge [ed. de vol.], *Historia de los intelectuales en América Latina*, *I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, serie dirigida por Carlos Altamirano, Buenos Aires, Katz, 2008, p. 285).

159. Sabemos de los límites de estas caracterizaciones generacionales, pero nos resulta útil en este caso para colocar a JVG en un espacio propio.

160. KORN, Alejandro, *El pensamiento argentino*, Buenos Aires, Nova, 1961, reeditado bajo el título *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Solar, 1983, pp. 251-252. Se refiere a JVG y su obra como rector de la «universidad positivista» de La Plata.

161. ROJAS, R., *En la selva*, Buenos Aires, Taurus, 2010, Presentación de María Teresa Gramuglio.

> La obra pedagógica de González ilumina otra faceta de su pensamiento político. Todos los problemas de nuestra enseñanza le fueron familiares. Como consejero de Educación tuvo a su cargo escuelas primarias, y como ministro de Instrucción Pública o presidente de Universidad, cayeron bajo su jurisdicción institutos normales, escuelas especiales, colegios secundarios, academias, museos y facultades. Su gestión administrativa y sus propósitos didácticos aparecen expuestos en los libros intitulados: *Enseñanza obligatoria*, *Problemas escolares*, *Educación y gobierno*, *Universidades y colegios*, *La Universidad de La Plata*, *Política espiritual*, y otros volúmenes que, como los citados, contienen memorias, discursos, planes, ensayos y documentos de precioso valor biográfico, doctrinario y político. Habla en esas páginas el maestro, el estadista, el filósofo, el poeta, el hombre; y si la grandeza de González vuelve a mostrársenos íntegramente en la disciplina pedagógica como director de nuestra enseñanza, ella resplandece más si se recuerda que González fue profesor y que fundó la Universidad de La Plata. Profesor, lo fue de la Facultad de Derecho de Buenos Aires y la similar platense, donde ocupó diversas cátedras; pero además fue maestro, por el suave influjo que ejercía en cuantos jóvenes se le acercaban y en el ánimo de sus colaboradores, a quienes estimulaba fomentando las aptitudes de cada uno. En cuanto a la Universidad de La Plata, los libros suyos que a ella se refieren, explican los propósitos de esa fundación, realizada con arte de político y con habilidad de jurista y con maestría de filósofo, pues aprovechó lo existente para hacer viable lo nuevo, hasta completar un sistema enorme de altos estudios, dándole por base la ciencia, por coronamiento el humanismo, y por función la cultura social. Ante la obra docente, ministerial y universitaria del maestro a quien celebramos, podemos decir que si el espíritu de Sarmiento caldeó con su fuego la atmósfera de la educación argentina, el espíritu de González la ha alumbrado con su luz en los nuevos tiempos.[162]

González, más que liberal, puede ser considerado un conservador lúcido. Un conservador que busca ampliar las bases de legitimidad del orden elitista. Era «portavoz de un conservadorismo progresista que comprendía la necesidad de tejer con cuidado las articulaciones que vincularían al pueblo y a los dirigentes provenientes de los sectores cultos y conservadores».[163] «La instrucción pública tenía para González un sujeto preferencial: las masas que requerían de la cultura para encontrar un cauce democrático, acorde a las instituciones republicanas. Las imposiciones y la violencia, solamente pueden ser evitadas por hombres conscientes de sus derechos, capaces de amplitud de espíritu. Al respecto, la Constitución Nacional ha sentado las bases para el futuro desarrollo de la inteligencia del pueblo; los estadistas han hecho prácticas sus disposiciones, comprendiendo que el gobierno propio solo es realizable si el pueblo está preparado para la conciencia

162. ROJAS, R., *Elogio de J.V. González*, *op. cit.*, pp. 123-124.

163. PUIGGRÓS, A. (dir.), *Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino*, *op. cit.*, p. 156.

de los actos públicos que ese sistema le impone, para la conservación de la paz y el progreso pacífico y no interrumpido en todos los órdenes de la vida nacional.»[164] JVG adscribe a la línea planteada años atrás por Onésimo Leguizamón, en cuanto a la relación entre orden social y educación del pueblo. Del congresal de 1882, cita: «La instrucción gratuita y obligatoria es simplemente cuestión de defensa nacional. Es necesario extinguir la ignorancia, este manantial de desorden que amenaza nuestro porvenir. Si no queréis obligar a todos los padres a instruir a sus hijos, preparaos a ensanchar nuestras cárceles».[165] «González opina que la educación de la masa, del pueblo, del ejército, es la gran tarea político-pedagógica de la época.»[166]

Adriana Puiggrós habla de «un discurso más elaborado, con mayores perspectivas, pero que no consiguió proyectarse en una pedagogía capaz de dominar la "normalización" más directamente represiva que se expresaría en su plenitud con Ramos Mejía... vertido desde el corazón del roquismo»,[167] argumentando que:

> El sector más decididamente normalizador, respondía a la situación [...] intentando cuadricular y normalizar la sociedad. González, en cambio, elaboró una explicación acerca de las causas de los desórdenes sociales, de la desigualdad y de los problemas de la infancia y de la juventud trabajadora, distante del racismo positivista y de la teoría del buen salvaje. Su concepción sociológica era más moderna y su visión política más lúcida que la de aquellos que aún no se habían desprendido de las explicaciones racistas y culturalistas sobre las diferencias entre civilizados y bárbaros, encontrando un canal para su desarrollo en el positivismo pedagógico. González poseía una especial capacidad para comprender la relatividad de las articulaciones sociales y su carácter histórico, sorteando las explicaciones esencialistas. La reducción de los antagonismos sociales a las categorías inmóviles de la raza (indígena o europea), la cultura (hispánica, sudeuropea), o la biología congelaba las relaciones sociales y políticas y abría como única posibilidad de relación entre los sujetos sociales, la lucha frontal. En la perspectiva de González, los sectores dominantes se perfilaban como una burguesía tanto desde el punto de vista económico (consideraba que la solución al tema de los inmigrantes era reformar la legislación económica y agraria, por ejemplo) como político. Era consciente de la necesidad que tenía su propia clase de una estrategia capaz de dirigir la integración de los vínculos sociales y políticos que se iban desarrollando en una sociedad en pleno proceso de transformación. Le preocupaban las formas de concitar consenso para tal función. La educación era estimada por González como un instrumento para la construcción de la hegemonía de una oligarquía modernizada, sobre los criollos e inmigrantes que constituían las grandes masas en proceso de avance político y demanda de ascenso social.

164. Ibíd.
165. Ibíd., p. 157.
166. Ibíd.
167. Ibíd., p. 154.

> En relación al tema de la nacionalización de la población extranjera consideraba a la escuela primaria como un poderoso agente de transformación individual o colectiva y su utilización como la «fórmula más cierta y segura de asimilación, sin necesidad de los medios coercitivos o de las concepciones excesivas, o de las argucias legales más o menos ingeniosas». En la propuesta de González, la educación del inmigrante contemplaba el establecimiento de un vínculo de hegemonía entre educador (el Estado) y los educandos.[168]

JVG está imbuido del credo de la oligarquía paternalista.[169] No enuncia sus ideas desde un lugar externo de «guía ilustrado» al modelo de la generación de 1837 o de la elite letrada pos-Caseros, sino desde el seno mismo del grupo dominante. Sus enunciaciones, propuestas y programas están formulados desde ese lugar y desde esa perspectiva. Desde una posición de intelectual-político que plantea alternativas de superación y ampliación de la base del Estado, al que ve aún débil e inarticulado. Sus intentos de reforma laboral, electoral, educacional van en esa dirección. En la perspectiva de integrar de manera gradual el fenómeno inmigratorio y de dar cabida al nuevo elemento que se va configurando por el mestizaje entre criollos e inmigrantes.

Comparte cierta perspectiva de «romanticismo historicista de medios e iluminismo de fines» con Sarmiento. Dirá en 1910: «No se puede extrañar ni menos condenar a un pueblo que no responde cuando se le habla un idioma que no entiende, cuando se le incita a una acción que no le interesa, cuando se le quiere arrastrar tras de una bandera que él no ha sancionado».[170] González parte del hecho de la existencia de las masas, de sus sentimientos, orientaciones, costumbres, modos de vivir. Punto primero de reconocimiento de base historicista. Pero luego plantea, a partir de ese reconocimiento, que para lograr los objetivos o propósitos de los grupos de dirección es necesario encauzar, orientar, ordenar hacia los fines que solo las clases dominantes poseen. Las masas a su sola suerte se tornan turbas. Las masas bien orientadas son la base de la república y dan al Estado la legitimidad precisa, diría JVG, para sus fines de progreso.

«Consagración de una consideración paternalista de la política a menudo presente en la élite dirigente argentina del período se revestía, sin embargo, de un significado especial: si, por un lado era una forma renovada de expresar la ya antigua sentencia de Sarmiento: las masas incultas seguirán votando por Rosas; por el otro, actuaba como escudo para una sentencia inapelable del pensamiento conservador: las masas son naturalmente incapaces de discernir la verdad».[171]

En González, la ley y la educación son la base de un reformismo estratégico. Se presenta como intelectual orgánico de la clase dominante, a la vez que plantea en su interior diferencias y alternativas de actuación. De allí vienen varias de sus iniciativas frustradas: la entrega de tierras (que lo enlaza nuevamente a Sar-

168. Ibíd., pp. 164-165.

169. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A.J., *Mentalidades argentinas. 1860-1930*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

170. *OCJVG*, vol. XXI: *El Juicio del Siglo*, p. 156.

171. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, p. 41.

miento), la ley de trabajo (rechazada en el Congreso) y la reforma electoral (abolida al poco tiempo de su promulgación en 1905). «La propuesta de González contenía importantes elementos político-pedagógicos pero su alta carga reformista chocaba con el conservadorismo inmediatista, de tanto peso en las concepciones políticas de la clase dirigente argentina».[172] Sarmientino de medios (a través de la ley y de la educación más que por la economía y el trasplante cultural) y alberdiano de fines (buscaba llegar a una república verdadera mediatizada que integrarara las realidades sociales surgidas de la aplicación de la Constitución-programa de 1853).

Su idea republicana divorciada de la manifestación electoral directa del pueblo preanuncia una confusión o un uso deliberado por parte de los sectores dominantes de la cuestión democrática. La identificación absoluta entre república y democracia o la idea de democracia procedimental o formal divorciada de la mayoritaria o numeral estará en la base de los malentendidos, conflictos y enfrentamientos de la vida política nacional hasta la actualidad. El choque de los sentidos institucionalistas y los sustantivos parece ordenar el posicionamiento de los actores dando lugar a equívocos dramáticos: hablar de república democrática sin ejercicio del voto pleno, dictaduras realizadas en nombre de la democracia, o acusaciones a gobiernos de base democrática de perder legitimidad de origen por modalidades de ejercicio formarán parte de los juegos políticos corrientes.

LA TRADICIÓN NACIONAL

En torno al género ensayístico y a ciertas filiaciones

Podemos incluir *LTN* en el género ensayístico, tan frecuente y de alta potencia explicativa en el espacio cultural argentino e hispanoamericano del siglo XIX.[173] Frente a la prosa del discurso científico, con sus signos unívocos y su carácter monovalente, el ensayo será siempre, o en la mayoría de los casos, a pesar de sus ínfulas muchas veces «científicas», una «formulación provisional, ni definitiva ni verificada, de las opiniones que enuncia».[174] Esto es: literatura; reino de la fascinación y del placer textual, en el que la riqueza de los sentidos puede nacer, precisamente, de la ambigüedad de los significados, a favor de cierta tensión emotiva, de cierta variedad de asociaciones posibles, de cierta aceptación del carácter polivalente de los signos.[175]

172. PUIGGRÓS, A. (dir.), *Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino*, *op. cit.*, p. 165. En PUIGGRÓS, A., *El lugar del saber. Conflictos y alternativas entre educación, conocimiento y política*, Buenos Aires, Galerna, 2003, pp. 76-80, continúa la problematización de las concepciones y legados de JVG en relación a la normalización y las alternativas pedagógicas tanto en perspectiva político-social como regional y de tradiciones intelectuales.

173. WASSERMAN, Fabio, *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008, p. 55 y ss.

174. REST, Jaime, *Conceptos fundamentales de la literatura moderna*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979.

175. RIVERA, Jorge (selección, prólogo y notas), «Prólogo», en *J.V. González y A. Ponce. El ensayo de interpretación (1910-1930). Antología*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

Se trata «de un género que traduce un pensar político sobre la Nación, y coetáneamente como una manera inestable de escribir una relación entre la lectura y la escritura, la lectura de los textos anteriores y la escritura profética de los avatares de la nacionalidad».[176] Es un tipo de escritura «...que no recibe una definición desde fuera de sí mismo, desde una preceptiva, sino que es construido desde sí. Es ensayo sobre una determinada realidad, pero en la medida en que forma parte de la misma realidad que se ensaya resulta ser ensayo de sí mismo o, con las palabras del propio Sarmiento "ensayo y revelación" para sí mismo».[177]

LTN ha sido clasificada dentro de ese género,[178] en la huella de Sarmiento y anticipatoria de trabajos de Rojas: «Después de la aparición del tomo I de *Conflicto y armonías*, la obra más seria que se produjo en el país, dentro de la tendencia del libro de Sarmiento, fue *La tradición nacional*, de Joaquín V. González, dada a luz en 1888. El estudio de González es un ensayo que aspira a demostrar que los hispanoamericanos somos descendientes directos de la raza autóctona prehistórica. En definitiva, sobre un fondo muy visible de aspiración literaria, campean los conceptos sociológicos que tienden a explicar nuestro pasado por la vía de una hábil discriminación de los sucesos». Vincula luego *LTN* con *El Juicio del Siglo*: «*La tradición nacional* tuvo su complemento en otro estudio del autor, escrito veintidós años más tarde y publicado con motivo del Centenario de la Revolución. Aludo a *El Juicio del Siglo, o Cien años de historia argentina* (en *La Nación* del 25 de mayo de 1910 y en libro en 1913)». Y establece la diferencia con la producción de Sarmiento y el lazo con Ricardo Rojas: «En ambos trabajos González propónese descubrir las fuerzas directoras de la historia patria y señalar el significado de los hechos que la integran. Difiere en eso de Sarmiento y es, a su vez, el arquetipo de los ensayistas sociólogos que tratan de razonar nuestra vida histórica siguiendo las grandes líneas de una esquematización de lo pretérito. Como se recordará, ya establecí que la preocupación de Sarmiento, en forma preferente, fue la de normar el porvenir. A González no le preocupa tanto eso como la determinación precisa del alcance y del valor de los hechos pasados, y la denuncia que ellos hacen, a los ojos del sociólogo, de su secreta génesis, de su remoto origen y su real significado en el concierto de la familia humana. El criterio de lo autóctono en la penetración más íntima de la esencia de lo histórico, no ha pasado con González, pues es la misma –diferencias de forma y de postulados aparte– que trasunta la producción ensayista de Ricardo Rojas».[179] Y, enfatizando este último vínculo, señala Carbía: «Este, en realidad, prolonga las meditaciones sobre la naturaleza recóndita del pretérito y del presente argentinos, teorizando talentosamente, no cabe duda, acerca del indianismo nuestro. En su *Blasón de Plata*

176. ROSA, N. (ed.), *Historia del ensayo argentino. Intervenciones, coaliciones, interferencias*, *op. cit.*, p. 12. Por su parte ALTAMIRANO, C., *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, *op. cit.*, p. 23, habla de que en el siglo XIX existe una literatura de ideas y en un segundo momento se expresa su vertiente ensayística ocupándose centralmente de la pregunta por la identidad. Lo llama ensayo de autointerpretación y autodefinición. Podríamos incluir *LTN* en este espacio.

177. ROIG, A.A., «El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursivas», en ROIG, A.A. (comp.), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1986.

178. CARBÍA, R.D., *Historia crítica de la historiografía argentina*, *op. cit.*, p. 257.

179. Ibíd., pp. 257-258.

(1910), primero y en su *Argentinidad* (1916), después, Rojas ha reeditado el modo de González, difiriendo de este solo en la más honda utilización de las fuentes informativas».[180]

¿Cómo busca responder Joaquín V. en *LTN* a las preguntas lanzadas en los Prolegómenos de *Conflicto y armonías de las razas en América* por Sarmiento?:[181] «Es acaso esta la vez primera que vamos a preguntarnos quiénes éramos cuando nos llamaron americanos, y quiénes somos cuando argentinos nos llamamos. ¿Somos europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello».[182]

En el orden de la argumentación política son claras las diferencias de uno y otro en cuanto a las bases culturales condicionantes del ejercicio ciudadano. Mientras Sarmiento buscaba las condiciones de ejercicio de la república democrática en las características culturales de los norteamericanos y no veía más que dificultades para su implantación en el país, JVG se lanza a la búsqueda de ciertas peculiaridades, cierta originalidad, cierta trayectoria que pudiera dar lugar a través de la educación a una «tradición nacional», generando las condiciones para el ejercicio político en el marco constitucional.

Coincidía con Sarmiento en la «educación del soberano», siendo quizás un leal continuador de su programa, pero basándose en otros presupuestos. Presupuestos que buscaban diferenciar en términos de tradición recuperando antecedentes institucionales propios y a la vez postulando la amalgama en torno a un tronco histórico nacional de la inmigración que arribaba al país. El común origen provinciano, la misma trayectoria político-intelectual de orden familiar, el tipo de escritura conjetural lo acercaban a Sarmiento.

Su posición favorable a la inmigración lo aleja de todos los análisis que, para ese momento, pensaban la inmigración como el fenómeno responsable de las consecuencias indeseadas del «progreso argentino».[183] Relaciona el fenómeno de la inmigración más con el futuro del país que con el presente, y evita realizar referencias negativas al colocar a la Argentina como tierra de promisión. Esta posición se ve reflejada en actos concretos: JVG es asiduo concurrente a diferentes reuniones organizadas por la Asociación Española de Socorros Mutuos y miembro de la Junta Consultiva de la Asociación Patriótica Española.[184]

180. Ibíd., p. 258; ROMERO, J.L., *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Hachette, 1984, p. 78, reafirma esa relación.

181. DEGIOVANNI, F., *Los textos de la patria*, *op. cit.*, p. 41.

182. SARMIENTO, Domingo F., «Prolegómenos. ¿Qué es la América?», en *Conflicto y armonías de las razas en América*, San Justo, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, p. 23.

183. HALPERIN DONGHI, T., «¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)», en *El Espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, segunda edición ampliada.

184. BERTONI, L., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, *op. cit.*

Su perspectiva no es represiva, como aparecerá en otros registros de la elite,[185] ni de rechazo.[186] «González trasciende las explicaciones simplistas de aquellos conservadores que depositan en la inmigración la culpa del desorden y sus dificultades para ejercer el poder».[187] Busca la asimilación, la integración progresiva, la mezcla y la vinculación efectiva (por vía espiritual, ideal, educativa) con un patrimonio histórico (*LTN*) construido desde la elite intelectual y política a tal efecto. La «invención de la tradición»,[188] del país imaginario, cobra en González un sentido pleno. Se trata de un segundo intento, luego de la Galería de Hombres Célebres, de «fundar la nación» sobre unas bases históricas de más larga trayectoria (sombra más larga) y cierta distinción, unido a una estética e imagen diferenciada que debía ser aceptada y respetada por los recién llegados inmigrantes.

El lugar de la escuela en esta tarea era indiscutible para nuestro autor. Para la constitución de las figuras «arquetípicas» de indios y gauchos que se contraponían en su «ausencia y lejanía» a los reales inmigrantes, González tenía cerca dos modelos literarios recientes: *La excursión a los indios ranqueles* de Mansilla (1870) y el *Martín Fierro* de Hernández (Ida de 1872 y Vuelta de 1879).[189] Degiovanni agrega otra cuestión significativa: «es preciso reconocer [...] que González introducía en el debate político de entonces una propuesta que pasaba por alto las ideas más recurrentes sobre el modo de remediar las consecuencias imprevistas del ingreso del país al mercado internacional: *LTN* venía a postular otro diagnóstico y otras respuestas al desarrollo material y simbólico argentino. En principio, González se apartaba de los diagnósticos más pesimistas sobre el tema de la inmigración, al tiempo que buscaba construir una versión de la "argentinidad" alejada de los discursos e instituciones consagrados por entonces a su constitución. Su lectura de los textos del pasado cuestionaba no solo la eficacia de los temas que las antologías poéticas habían venido enfatizando reiteradamente a lo largo del siglo, sino también el rol de la escuela en el proceso de transmisión de un capital cultural nacionalista».[190]

185. Como la Ley de Residencia (1902) o de Defensa Social (1910). En el primer caso le tocará a JVG defender el proyecto de ley en el recinto parlamentario como Ministro del Interior aunque contrariaba su perspectiva estratégica.

186. Como aparece en la literatura de Cambaceres o Martel. HALPERIN DONGHI, T., «¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)», *op. cit.*, pp. 189-238. La posición de JVG en *LTN* no está considerada en esta intervención.

187. PUIGGRÓS, A. (dir.), *Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino*, *op. cit.*, p. 157.

188. Obligada remisión a HOBSBAWM, Eric, *La invención de la tradición*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999. Para una presentación actualizada de la argumentación sobre la problemática, véanse PALTI, Elías, *La nación como problema. Los historiadores y la «cuestión nacional»*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003. GOEBEL, Michael, *La Argentina partida. Nacionalismos y política de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.

189. SHUMWAY, Nicolás, *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé, 1993. Trabaja ambos textos en el capitulo «Raíces del nacionalismo argentino, Parte II», diciendo en p. 267 que «son dos excepcionales obras literarias que siguen echando dudas sobre la sabiduría del liberalismo argentino».

190. DEGIOVANNI, F., *Los textos de la patria*, *op. cit.*, p. 41.

Importancia de esta obra

Rafael Gagliano ha planteado que «el éxito hegemónico del normalismo burocrático-positivista no surgió de un plan maestro sino de una acumulación favorable de respuestas a problemas específicos».[191] No bien se mira la historia educacional en su despliegue desde fines de la década de 1880, se descubre que este no responde a un plan integral pensado a priori, sino más bien resulta de una serie de medidas aplicadas aluvionalmente en respuesta a cuestiones críticas y contextos peculiares. En ese marco, interesa señalar que hacia finales de la década de 1880 va a emerger y va a comenzar a configurarse una serie de temáticas y dispositivos que se implementarán con vigor e intensidad notable en torno al Centenario.[192] *LTN* es un hito en ese proceso de construcción –progresivo, meandroso y caótico– de una manera de transmitir lo que se entendía desde los sectores dominantes como imagen de la Argentina a fines del XIX y principios del siglo XX con el horizonte inmigratorio frente a sí.

LTN representa, además, la primera interpretación comprensiva del conjunto del territorio y la primera expresión del logro «federal» que se adjudica el roquismo.[193] Estamos hablando de la construcción de los elementos que se consolidarán más tarde, en la denominada «educación patriótica» y en los ejes del discurso en torno a la creación de una historia nacional –más bien de una historia del Estado Nacional– que serán retomados en *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas (1909) en cuanto a la enseñanza de la historia; con la inclusión del mundo aborigen, la reivindicación de la figura del gaucho, el alejamiento de la hispanofobia, la recuperación de legados coloniales como el municipio, otra mirada sobre el federalismo y los caudillos y otros emprendimientos político-culturales vinculados a museos, estatuas, toponimia, etc. Son temáticas que resuenan en otros autores como Carlos O. Bunge[194] y son acompañadas por González desde otras intervenciones (ediciones sucesivas de *Patria*, reforma de planes del año 1905 y siguiendo hasta la prédica de *El Juicio del Siglo* para la celebración del Centenario), aunque puedan indicarse diferencias en concepciones (respeto por la escuela privada, arraigo inmigratorio además de la instrucción por la vía ciudadana y la entrega de tierras, el lugar de los trabajos prácticos en la formación), y matices y distancias en cuanto a implementaciones o determinaciones concretas.

191. GAGLIANO, Rafael, «Nacionalismo, inmigración y pluralismo cultural. Polémicas educativas en torno al Centenario», en PUIGGRÓS, A. (dir.), *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Colección Historia de la educación en la Argentina II, Buenos Aires, Galerna, 1991.

192. Los trabajos de L. Bertoni y F. Devoto plantean una «anticipación» de los motivos presentes en el llamado «primer nacionalismo» o «nacionalismo cultural» cercano al Centenario encarnado en Gálvez y Rojas, y de la denominada «educación patriótica» representada desde el Consejo Nacional por José M. Ramos Mejía desde 1908 hasta 1914. BERTONI, L., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, *op. cit.*; DEVOTO, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, *op. cit*. Esta es la razón que fundamenta la inclusión de *LTN* en la colección, siendo que no se trata de una obra de carácter estrictamente pedagógico, y ello explica que no esté citada en obras ya clásicas en la historiografía educativa.

193. CHEIN, D., «Escritores y Estado en el Centenario», *op. cit.*, pp. 71-72.

194. TERÁN, O., *Positivismo y nación en la Argentina*, *op. cit.*, pp. 36-45; TERÁN, O., *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, *op. cit.*, pp. 135-206; GARCÍA FANLO, Luis, «Sociología positivista y argentinidad en el discurso de Carlos Octavio Bunge (1875-1918)», 7 de abril de 2009, disponible online en luisgarciafanlo.blogspot.com.ar (última visita 28 de enero de 2015).

Por ese tiempo, de manera simultánea, y desde otro ámbito, en el año 1887 se comienzan a delinear las intervenciones en la salud escolar con la actuación en este campo de José María Ramos Mejía[195] desde la Dirección de Asistencia Social y la configuración del Cuerpo Médico Escolar.

Los fenómenos que reseñamos –planteos de tono nacional de la enseñanza, «invención de la tradición», acciones de orden sanitario–, que parecen anticipatorios de actitudes y posiciones de inicios del siglo XX, han hecho llevar los orígenes del «nacionalismo» argentino a fines de la década de 1880.[196] Contra la imagen propuesta de una irrupción súbita, de un «rayo en cielo sereno», de una «desviación del auténtico liberalismo de Alberdi y Sarmiento», de una «patología» o una «neurosis» de Ramos Mejía al dirigir el Consejo Nacional con su prédica patriótica,[197] se nos presenta esta visión más contextualizada e histórica que debe seguir siendo profundizada.

Reiteramos: «Los finales de la década de los ochenta resumen un primer conjunto de motivos en torno a la inmigración y la nación, la identidad, la nacionalidad».[198] Desde esta perspectiva parecen reunirse aisladamente todos los prerrequisitos que varias de las tipologías de los historiadores europeos suelen requerir para el surgimiento de un movimiento nacionalista:

> Primero la idea de amenaza y el concomitante tema del otro (o del enemigo) y la necesidad de definir o exaltar ante él una identidad específica; luego, una cierta noción de decadencia que enmarca la búsqueda de soluciones activas (como la recuperación de un espíritu patriótico y originario) para revertirla. Sin embargo todos estos rasgos, como todas las iniciativas tendientes a resolver la «cuestión» nacional ahora descubierta, no llegarían a plasmar en un conjunto coherente. No constituyeron ni un movimiento unívoco, ni de amplitud suficiente como para sostener un cambio concreto de las políticas públicas ni tampoco de las ideologías dominantes.[199]

En el año 1980, a perspectivas similares parecía llegar Jorge Rivera al ordenar los materiales de la antología sobre el ensayismo del Centenario para la revista *Capítulo*:

> Un libro inaugural como *La tradición nacional* (1888) de Joaquín V. González no formaría parte desde el punto de vista estrictamente cronológico, del cuerpo textual que reseñamos... Por su temprana fecha de aparición pertenece, más bien, al grupo de obras significativas de la denominada generación del Ochenta, aunque por su espíritu y sus propuestas

195. TERÁN, O., *Positivismo y nación en la Argentina*, *op. cit.*, pp. 16-27; TERÁN, O., *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, *op. cit.*, pp. 83-134.

196. BERTONI, L., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, *op. cit.*; DEVOTO, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, *op. cit.*

197. ESCUDÉ, C., *El fracaso del proyecto argentino*, *op. cit.*

198. DEVOTO, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, *op. cit.*, p. 20.

199. Ibíd., p. 21.

> ideológicas y culturales ya trasciende este marco y anticipa, con auténtico vigor precursor, una crítica al europeísmo y al afán transculturador de esa generación... No es inconsecuente por cierto, a partir del examen de su novedosa actitud «espiritualista», ubicarlo más como un pensador de transición que como un cabal representante del Ochenta «escéptico» y «positivo», y en este sentido bastará asimismo con recordar su actitud reivindicatoria en relación con el pasado indígena, frente a la actitud generalmente prejuiciosa de los escritores de la época, su desinterés por lo cosmopolita y su constante afirmación de lo regional y terruñero.[200]

Otro elemento que debe tenerse en cuenta, recuperado de manera reciente, es la vinculación entre JVG y el establecimiento de un canon de lectura de la Argentina: «La tradición nacional es el primer texto argentino dedicado específicamente a pensar las relaciones entre nacionalismo cultural y canon literario; en este sentido, constituye el documento programático más importante sobre la cuestión difundido antes de la aparición de los proyectos de Rojas e Ingenieros [el autor refiere a las colecciones *Cultura argentina* y *Biblioteca argentina* posteriores a 1910, N. de A.]».[201]

El contexto de producción

Con la llegada de Roca al gobierno en el año 1880 y tras la federalización de Buenos Aires, se va produciendo la fusión de los intereses de los grupos dominantes provinciales y se consolida una elite nacional con sólido arraigo en la tierra. El modelo primario-exportador está en despliegue bajo la ecuación de intercambio de materias primas por productos terminados y una división de campos de intervención con el capital británico por el cual este se reserva las inversiones en el transporte y la comercialización; y la elite controla el banco de fomento agrario y el control de la tierra, la cual se valorizará significativamente y a la que no tendrán acceso libre y directo los inmigrantes, excepción hecha de determinadas y limitadas zonas. El Estado ya está consolidado en cuanto a sus características salientes,[202] y en el marco de las «reformas laicas» se va a producir una serie de debates que marcan un «nuevo clima de ideas»[203] en el que se ubican los referidos a la Ley 1420 y el lugar central que tomará el Estado en la estrategia educativa.[204] En un ambiente de difusión del positivismo y de creencias en el «progreso» y en

200. RIVERA, Jorge (selección, prólogo y notas), «Prólogo», en *J.V. González y A. Ponce. El ensayo de interpretación (1910-1930). Antología*, *op. cit.*, pp. II-III. En esta misma orientación: SVAMPA, Maristella, *El dilema argentino. Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto Imago Mundi, 1994, p. 89 y ss.

201. DEGIOVANNI, F., *Los textos de la patria*, *op. cit.*, p. 40.

202. OSZLAK, O., *La formación del Estado argentino*, *op. cit.*

203. HALPERIN DONGHI, T., «Un nuevo clima de ideas», en FERRARI, G. y GALLO, E. (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, *op. cit.*; AUZA, Néstor, *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981.

204. TEDESCO, Juan C., *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

la «evolución», se vive una transformación vigorosa de la ciudad y de los mismos miembros de la elite letrada.[205]

Estamos en los años formativos del pensamiento de nuestro autor. Son los que van del *Estudio sobre la revolución* de 1885 a *Mis montañas* de 1893, pasando por *LTN*, de 1888. Podríamos hablar, como se ha hecho en otros casos, del joven González. Con una particularidad. Es en este período que se van configurando los ejes, cuestiones, temáticas centrales, ideas fuerzas, la misma matriz de comprensión sobre la cual González volverá a lo largo de su vida.

Podemos hacer una lectura de sus obras completas como un despliegue, un desarrollo de los elementos que se presentan en estas tres obras en lo que hace a la visión de la historia. En ellas están insinuados unos ejes temáticos y un programa de trabajo que el mismo González asumirá, compartirá con algunos compañeros de ruta (por ejemplo, con Obligado en cuanto al nativismo) o encargará a otros más jóvenes para profundizar o fundamentar alguna cuestión (como con Lugones en cuanto a las Misiones Jesuíticas).

Estamos en el tránsito de la Gran Aldea a la Metrópoli. El campo intelectual tiene características embrionarias. Este espacio tiene rasgos difusos, similares al de otras naciones de la región. Los hombres de letras eran al mismo tiempo funcionarios del Estado, escritores de diversos géneros, formadores de opinión y publicistas. Los personajes que actuaron dentro de este ámbito sin fronteras ni especialidades ocupacionales precisas conocieron trayectorias disímiles y polifacéticas.

En el campo de las humanidades y las ciencias sociales ya desde la década de 1870 habían comenzado a aparecer algunas asociaciones que demostraban ser inorgánicas y efímeras como la Sociedad de Estímulo Literario, la Academia Argentina de Ciencias y Letras y el Círculo Científico y Literario. Es a inicios de la década de 1890 que surge una iniciativa en la que tiene intervención JVG y que da la pauta de su inserción y posicionamiento en el mundo letrado de Buenos Aires.

Al surgir el «viejo» Ateneo el 23 de julio de 1892, asistieron: Carlos Guido y Spano, Lucio V. Mansilla, Lucio V. López, Ricardo Gutiérrez, Joaquín V. González, Martín Coronado, Norberto Piñero, Ernesto Quesada, Calixto Oyuela, Ramón Cárcano, Eduardo L. Holmberg, Nicolás Matienzo, José Miró, Roberto J. Payró, Enrique Rivarola, Gabriel Cantilo, Daniel García Mansilla, Belisario Montero, Francisco Sicardi, Carlos Vega Belgrano, Adolfo Orma, Carlos Zuberbühler, Leopoldo Díaz, Juan J. García Velloso, Juan B. Ambrosetti, Manuel Carlés, Victoriano Montes, Luis Berisso, Ángel de Estrada, Enrique Larreta, Miguel Escalada, Augusto Belín Sarmiento, Julio Dormal, etc. Pintores como Augusto Ballerini, Ángel Della Valle, Eduardo Sívori, Graciano Mendilaharzu, Carlos Rodríguez Etchart, Eduardo Schiaffino; y algunos músicos como Alberto Williams, Julián Aguirre, Arturo Berutti. Adhieren por carta Cané, Zeballos y Podestá. Por el listado se desprende que allí se confunden dos generaciones literarias y artísticas.

Cabe destacar que los participantes surgieron de un cuidadoso examen con listados confeccionados con antelación por quienes concurrían a las tertulias de

205. JITRIK, N., *El 80 y su mundo. Presentación de una época*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969; GALLO, Ezequiel y CORTÉS CONDE, Roberto, *La república conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 1972; BOTANA, N. y GALLO, E., *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

la casa de Rafael Obligado (Charcas 637), donde toma cuerpo la iniciativa. Estas reuniones se venían celebrando desde fines de la década de 1880. Giusti comenta: «En fin, concurrió *tout* Buenos Aires, todo o casi todo lo que la ciudad tenía de representativo en el campo de la cultura, escritores, artistas, músicos, aficionados a las letras, personas ilustradas que no desdeñaban, al margen del ejercicio de la actividad profesional o política, el buen libro, el buen teatro o la plática culta o ingeniosa».[206]

Días después, el 27 de julio, se constituye la junta ejecutiva: Guido y Spano como presidente; Cané, vicepresidente; Obligado, vicepresidente segundo; como secretarios, Montero y Vega Belgrano; y, entre los diez miembros, JVG. Esta inclusión denota la plena integración de González entre los hombres de letras de Buenos Aires, teniendo en cuenta que es un momento previo a la salida de *Mis montañas*, tan calurosamente recibida por Rafael Obligado, y unos años posterior a *LTN*. Sabemos por referencias que al salir esta obra se celebró en Buenos Aires un homenaje al autor, lo que confirmaría este proceso de instalación en el seno de la elite política e intelectual de Buenos Aires.[207] Esto se confirma si seguimos la secuencia y vemos que al renunciar Guido y Spano,[208] tres meses después, en la elección de la presidencia hay una disputa entre Oyuela y González, en la que gana el primero por un voto. Como Cané asume funciones en el municipio, lo reemplaza en la vicepresidencia primera JVG, siendo el otro vicepresidente Obligado.[209]

«En un marco de baja institucionalidad y de un Estado embrionario de la construcción del campo intelectual diversos son los marcos de referencia que pueden proponerse: el Estado y sus políticas culturales; las pautas editoriales, las redes de sociabilidad, las normas de aceptación o rechazo de un texto, los patrones de verdad consensuados y las complejas tramas de consagraciones o impugnaciones. Todos estos son difíciles de asir y varían de acuerdo con cada trayectoria.»[210] Proponemos aquí, desde la reconstrucción de un itinerario, visualizar algunos elementos que podían actuar como sostén de discursos, prácticas y posicionamientos. Desde nuestra perspectiva, en este contexto en el que el orden institucional ligado a los quehaceres intelectuales no estaba aún totalmente definido, existían diferentes formas de irrupción y legitimación en el ámbito público. Entre ellas, podemos destacar algunas estrategias articuladas por el personaje que nos ocupa: el trabajo en la prensa, la participación en espacios con otros escritores, los homenajes, las cartas-prólogo, la articulación y proyección con la política educacional del Estado, la actuación propiamente política.

206. GIUSTI, Roberto, *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1954, p. 54.

207. Mansilla menciona «la cena de González» en una *Causerie* con motivo de la salida de *LTN*.

208. Por el contenido de una carta de Guido y Spano fechada en marzo de 1910, agradeciendo el envío de *Política espiritual*, se trasluce trato, cercanía, reconocimiento y vínculos pasados (*OCJVG*, vol XXV, pp. 167-168).

209. GIUSTI, R., *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, *op. cit.*, pp. 58-59.

210. BRUNO, P., *Paul Groussac*, *op. cit.*, p. 66.

Otro elemento que debe tomarse en consideración en la producción que nos ocupa es el que refiere al impacto inmigratorio. En los primeros años de la década de 1880 los inmigrantes que ingresaban anualmente rondaban los 50.000 –cifra ya significativa–, pero desde 1885 el número creció sostenidamente, saltando a casi trescientos mil en 1889; además, al enorme flujo se agregó la disminución de los regresos. A partir de 1880 los ingresos de inmigrantes aumentan notoriamente: hasta 1885 no superaban los 50.000 como señalamos pero ya en 1886 son 114.480; en 1887, 137.427; en 1888, 177.267; en 1889, 289.014. También aumentan los que se quedan: en 1881, el saldo positivo fue de 13.469 personas; en 1886, 67.126; en 1887, 80.440; en 1888, 114.430; y en 1889, 185.119. Para 1887 más de la mitad de la población de Buenos Aires es inmigrante.[211]

Estos movimientos demográficos significaron un rápido crecimiento de la población extranjera y ello generó encontradas opiniones. El cambio de la antigua imagen positiva de la inmigración a otra más matizada, e incluso crítica, que se observa en muchos testimonios, se relacionó con la aparición de una sensación de «invasión», hasta entonces desconocida. Conjuntos enormes de extranjeros se agregaban a la población del país, presumiblemente en forma permanente, y no se advertían señales de su progresiva integración. Las comunidades extranjeras aparecían de manera más clara y pujante en la sociedad argentina y ello despertó suspicacias y posiciones distantes.

Figuras como Sarmiento y Zeballos resaltan en estos cuestionamientos y también aparece un reflejo de ello en la literatura. Se debe, en parte, a la existencia de otro perfil en los grupos que llegan, al ser en su mayoría españoles e italianos. El año 1887 representa un punto de quiebre en el modo de pensar la «nación» y el «nacionalismo» en el país. Es entonces cuando algunos miembros destacados del Congreso Nacional y la prensa comienzan a plantearse con frecuencia inusitada el problema de la «disgregación» a la que parecen estar sometidas la sociedad y la cultura argentina a causa de la inmigración masiva.

Junto con el número de inmigrantes, en los debates del momento, se comienza a percibir la amenaza por la promoción de distintos nacionalismos europeos entre las comunidades inmigrantes residentes en la Argentina. Se temía que surgieran reclamos coloniales por parte de algunos países –en especial, Italia–, que podían utilizar la presencia de un gran número de compatriotas como justificación para intervenciones imperiales o anexiones territoriales.

En esos años se desarrolló una fuerte campaña destinada a promover un mayor protagonismo de las escuelas públicas en el proceso de asimilación de los extranjeros. El objetivo del plan estatal era dar un decidido empuje a la nacionalización de la educación primaria, y controlar también la actividad de las escuelas privadas en manos de asociaciones de inmigrantes. Es por entonces que numerosos organismos del Estado propusieron la implementación de un programa más agresivo de regulación y control de las actividades educativas. Así, en 1887, se advierte un movimiento renovador en el Consejo Nacional de Educación, que incluye medidas para centralizar la estructura administrativa de las escuelas y regular la inspección escolar. Entre otras resoluciones importantes, se dicta la

211. DEVOTO, F., *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

reforma de planes, programas y libros de texto en los niveles primario y secundario, se otorga mayor importancia a la enseñanza de la historia argentina y se da un énfasis nuevo a la organización de actos escolares para conmemorar las fiestas patrias; también se pone en funcionamiento una campaña para evitar la deserción y enfatizar la obligatoriedad escolar.

De hecho, meses antes de la publicación de *LTN*, en abril de 1888, y con motivo de un debate público sobre la enseñanza nacionalista proitaliana en las escuelas de ese origen en la Argentina, comienza un proceso tendiente a limitar la autonomía de las actividades educativas y culturales de las organizaciones extranjeras. Entre otras medidas, el Estado exige entonces a los maestros extranjeros revalidar sus títulos en escuelas nacionales. Consagran además un primer momento de reformas de planes de enseñanza para enfatizar el «sentido nacional», la instauración de una pedagogía de las estatuas y, más en general, de «lugares de memoria», en competencia con aquellas instauradas por las elites inmigrantes. Comenta JVG:

> Nuestros métodos actuales, que consisten en la complicación y diversidad de los estudios, si bien inician a los jóvenes en una inmensa variedad de conocimientos, llevan el daño incurable de las enciclopedias: que nunca se abarca una rama del saber con perfección y amplitud; y respecto a las bellas letras, estas quedan siempre rezagadas detrás de los conocimientos prácticos que pronto llegan a producir utilidades materiales. No obstante, la reforma planteada por el Ministro de Instrucción Pública [Filemón Posse, N. de A.], en los programas del año 1888, llevan una marcada tendencia a la simplificación que, a no dudarlo, producirá los mejores resultados; debiendo agregarse, además: que se ha dado más extensión a las materias que se refieren a nuestro país, a su historia, a su geografía, a su literatura, a sus instituciones, reforma cuya trascendencia no tardarán en reconocer los enciclopedistas que la combatieron.[212]

En estos años es febril el movimiento de revistas relacionadas al saber histórico y la recuperación de los procesos vinculados a diferentes etapas de la historia nacional, con énfasis en los años de la Independencia. Se produce la iniciativa de creación del Museo Histórico Nacional y unos años más tarde la Junta de Historia y Numismática, embrión de la que sería oficializada en 1904 y de la posterior Academia Nacional de la Historia. Se destacan figuras como las de Ángel J. Carranza. Es el tiempo de la salida de las grandes obras de autores como Mitre y Vicente F. López.[213]

212. JVG, *Intermezzo*, *op. cit.*, p. 63.

213. CARMAN, C., *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*, *op. cit.*. SCENNA, Miguel A., *Los que escribieron nuestra historia*, *op. cit.*

La obra

Se trata de una obra de juventud –González la escribe a la edad de veinticinco años– aunque el autor ya contaba con producciones fragmentarias previas.

> En *La tradición nacional*, González explica la formación de la patria con los criterios de Taine: el medio geográfico, el momento histórico y la raza. Tales son los enfoques con que encara el estudio de la América precolombina, el período colonial español, el proceso de la independencia, las guerras civiles y la organización nacional hasta Caseros. Las cuatro partes que componen la obra tienen como fondo filosófico las ideas de Taine y de Renan. Pero González trabaja en esta obra con materiales proporcionados por otros autores, particularmente historiadores argentinos: Gutiérrez, López, Mitre, Quesada, Ramos Mejía, Carranza, etcétera.[214]

En *LTN* el autor «construía un linaje que, inspirado en el trípode de Taine –el medio geográfico, el momento histórico y la raza–, colocaba las raíces lejanas de la formación del argentino en el indígena, el español, el criollo, el negro y las mixturas entre ellos en la convicción [de] que "la nacionalidad será más perfecta mientras pueda atestiguar sus raíces y genealogía"; la evocación de González vinculaba paisaje, folklore, sociedad e historia para explicar la argentinidad, integrando etnias, dilatando su cronología y ampliando su territorialidad. Va de suyo que estas reflexiones se asocian estrechamente al problema que comenzaba a asomarse en la agenda de los intelectuales finiseculares: el de la "identidad nacional", motivado por las rápidas transformaciones sociales operadas por la modernización y la inmigración masiva».[215]

Como ha señalado Roldán,[216] no es la búsqueda del conocimiento histórico lo que anima las páginas que González dedicara al examen del pasado argentino. El mismo JVG lo señala: «Nosotros no hacemos historia ni pretendemos enseñarla».[217] De esa manera se colocaba, otra vez, en la huella sarmientina quien apenas unos años antes había escrito: «Conflicto [...] no hace historia sino que pretende explicar la historia».[218] Para JVG la diferencia no estribaba en los hechos sino en su interpretación. Pero no se trataba solo de una cuestión metodológica, incluía la imagen global de la Argentina que se buscaba construir y transmitir. Se distingue de Mitre y López –historiógrafos–. Él es intérprete.

Para González, «la influencia de la raza, la geografía y la tradición histórica es decisiva en la sociedad y está destinada a dirigirla. Son estos factores los que imprimen su sello a los pueblos y su historia. Hay cierto fatalismo y mecanicismo en estas explicaciones, cuya ascendencia remontan a Taine y Renan [...] La lectura

214. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 88.

215. DEVOTO, F. y PAGANO, N., *Historia de la historiografía argentina*, *op. cit.*, pp. 60-61.

216. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, p. 25.

217. *OCJVG*, vol. XXI: *El Juicio del Siglo*, p. 15.

218. SARMIENTO, D.F., *Conflicto y armonías de las razas en América*, *op. cit.*

atenta de la obra descubre estas categorías de filosofía de la historia y de filosofía social en las cuatro partes en que está partida *LTN*».[219]

Fernando Devoto recrea el clima de ideas de fines de la década de 1880: nación, identidad, pedagogía de las estatuas, reformas de planes aparecen en los discursos y prácticas de figuras importantes de la elite:

> Entre los pensadores, Francisco Ramos Mejía redescubrió, alabándolas, las potencialidades democráticas que escondían la herencia española y el legado colonial, y Joaquín V. González consideró necesario, ya por entonces, «construir» *La tradición nacional*. La idea de establecer una cultura del pasado era, para el riojano González, no un impulso lírico proveniente de la contemplación de la naturaleza que expresaría en su célebre *Mis montañas*, sino un descubrimiento del papel que a esa memoria –y en ella a la naturaleza– le era otorgado en la civilizada Francia. La idea que extraía de Michelet de que todo pueblo tiene su «Biblia» se complementaba con una noción del culto a la naturaleza que debía mucho a las reflexiones que Maurice Barres realizara en el mismo sentido, muy poco antes. Ciertamente la voluntad de construir una noción de la Argentina como fusión entre la raza latina y otra casi extinta, la quechua, emergía tanto de aquella nostalgia por los perdedores, por las razas indígenas destruidas, como también de la necesidad de afirmar la personalidad original de la nueva nación, cuyo fundamento solo podía ser una mezcla étnica nueva.[220]

Aparece como intencionalidad la construcción de una tradición y el fijar una línea de avance argumental para «integrar» la inmigración desde una perspectiva de una nación en construcción. Al recuperar personajes reales del pasado –figuras como «el indio», «el conquistador», «el gaucho»– se buscaba generar una distancia cultural para los nuevos habitantes de la Argentina. El culto al héroe en el caso de San Martín, «el Prometeo de Los Andes», lo reviste de un carácter moral y distante comenzando a establecer mitos, símbolos y héroes propios, originarios, de carácter distintivo.

Resulta sintomática esta reivindicación del mundo indígena cuando de manera reciente se había procedido a su eliminación física del territorio o a su reducción a la mínima expresión en la «Conquista del Desierto» y del «Chaco». Lo mismo ocurre con la recuperación del gaucho, figura que tras las guerras civiles y la introducción del alambrado pasaba a ser mano de obra como peón de estancia. La contraposición de figuras «ausentes» que ya no representan amenaza ni peligro pero que pasan a integrar la «tradición» frente a las masas inmigratorias resulta una operación intelectual que se mezcla con el «criollismo»,[221] la promo-

219. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 88.

220. DEVOTO, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, *op. cit.*, p. 121.

221. RUBIONE, Alfredo V., *En torno al criollismo. Textos y polémica: Ernesto Quesada. «El criollismo en la literatura argentina y otros textos»*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983; PRIETO, A., *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

ción del «nativismo»[222] y las literaturas regionales-nacionales,[223] y anticipa los movimientos del Centenario, la reivindicación del Martín Fierro en *El payador*[224] y el regionalismo oligárquico de las décadas de 1920 y 1930.[225]

Esta preocupación se va a prolongar en el tiempo en JVG, la que se demuestra en su libro de clara intención divulgativa *Patria*, destinado indistintamente a maestros y alumnos del ciclo superior de escuela primaria, y se prolonga en obras como *Patria y democracia* del año 1920.[226] Recordemos, al pasar, el lema de la universidad platense: «ciencia y patria».

Abordaje de la Conquista[227]

A lo largo de la obra, JVG utiliza la idea del común drama humano, lo que habilita a los sentimientos, la emoción. Sin embargo, esta recuperación no supone la ausencia de las perspectivas del positivismo y de la «científica» percepción de tajantes diferencias entre las razas. González establece una jerarquía, más allá de que todas tengan en común ciertos elementos y sentimientos profundos. La raza blanca es la privilegiada en el orden del «progreso». La doble y contradictoria imagen que provee del período correspondiente a la Conquista española ofrece un primer panorama para observar cómo se construye esta tensión argumentativa, esta bipolaridad.

Para nuestro autor la Conquista española ha facilitado un progreso en relación a las formas previas de organización social y sobre todo cultural y moral. Esas formas preexistentes JVG las visualiza extremadamente «primitivas». Esa caracterización no lo lleva a una directa justificación sino que incluye en el análisis el hecho de la violencia y la crueldad, y una crítica de la dominación militar y religiosa. Este proceso, desde la perspectiva de JVG, aun con esos elementos negativos y matices, resultó favorable y constituye una mejora para las sociedades de la región. Es en ese horizonte hermenéutico que es comprensible la siguiente afirmación: «Hay algo de bárbaro en el poder de la cultura misma, con lo que el corazón no puede jamás conformarse; hay algo horrible en esa necesidad de elevarse en el nivel moral, que forma parte esencial de la humanidad; y si la inteligencia lo acepta y lo ejecuta, la poesía lo lamenta» (*LTN*: 121).

> Recostado, entonces sobre su inteligencia, no se privará de saludar la Conquista; tampoco de experimentar cierto sosiego al descubrir que, por lo menos en la Argentina, la extinción de los «indios» –a diferencia de otros

222. CHEIN, D., «Escritores y Estado en el Centenario», *op. cit.*

223. Ibíd.

224. LUGONES, L., *El payador*, Caracas, Ayacucho, 1978; LÓPEZ, María P., *Lugones: entre la aventura y la cruzada*, Buenos Aires, Colihue, 2004.

225. FORD, Aníbal, *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

226. CATTARUZZA, Alejandro, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

227. En este apartado, seguimos con matices la argumentación de ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*

> países que encuentran en su presencia un difícil escollo para su evolución– ha evitado los enormes inconvenientes que, producto de su inferioridad racial –González no duda de ello un instante–, habrían presentado a la hora de formar una sociedad juzgada más deseable y que proporcionaba, además, un certero argumento sobre el cual era posible hacer reposar una parte de la convicción acerca de la excepcionalidad de la experiencia argentina en el marco de las ex colonias españolas de América.[228]

Pero precisamente esta tensión entre razón y emoción hará posible –enfatizando ahora el segundo término– que su discurso sea menos inclinado a las versiones más fuertes del biologismo o del darwinismo social como lo sería, por ejemplo, en la obra *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge.[229] En ese proceso de hibridación, mezcla, uso de las tendencias intelectuales del siglo González sí tomará del positivismo la idea –también iluminista– del progreso, que está presente desde su tesis doctoral: «El progreso es la ley o causa permanente que rige los destinos humanos y se manifiesta en los hombres desde su estado de cultura más embrionaria hasta los últimos grados de su civilización, ya como un instinto, ya como un principio».[230]

Eso explica que la operación intelectual de JVG de simultaneidad y superposición de la «unidad del drama humano» con el «progreso» en su relato ensayístico avance con una interpretación del pasado que lo distanciará, de nuevo, de algunas de las formulaciones más en boga: el enfrentamiento entre las razas –sin duda él preferirá llamarlo «contacto»– deriva en una condensación cultural que significa necesariamente un estado superior de evolución.

Sarmiento, en *Conflicto y armonías de las razas en América*, había sido pesimista sobre el futuro que la unión de las razas distintas en América del Sur podía generar para la vida polìtica y eso lo contrastaba con un proceso que encontraba mucho más «racialmente» republicano en el Norte. En *Conflicto*... veía que la estrecha unión que hallaba entre razas y sistemas políticos en el país generaba un soporte biológico insuperable a la hora de organizar en la Argentina una nueva sociedad.

González encaraba el asunto desde una perspectiva optimista. No lo veía de ese modo. Para él, el vínculo entre razas, la mixtura entre ellas, mejoraría a la raza originaria y daría un sustento más sólido a las condiciones sociales para la integración de la comunidad. «Al alejarse del pesimismo creciente de fines del siglo XIX derivado de la comprobación juzgada irrecusable de que las diferencias raciales impedirían el mejoramiento social y político, González se asemeja más al Ramos Mejía de *Las multitudes argentinas*, que todavía para esa fecha cimentaba su optimismo sobre la posibilidad de que los resultados de la herencia garantizasen la necesaria transformación de los caracteres biológicos básicos de la población argentina en el momento del auge inmigratorio».[231] Como hemos ido sugiriendo a

228. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, p. 29.

229. PUIGGRÓS, R., *Pueblo y oligarquía*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965; GARCÍA FANLO, L., *Genealogía de la Argentinidad*, Buenos Aires, Gran Aldea Editores, 2010, p. 35 y ss.

230. *OCJVG*, vol. I: *Estudio sobre la revolución*, p. 183.

231. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, p. 32.

lo largo del texto en relación a la «educación patriótica», no solo eso lo unía a José M. Ramos Mejía.

La Conquista, entonces, no será vista como un enfrentamiento en el que una raza venció a otra a costa de dejar como desgraciado resultado una suerte de incapacidad natural para la república –como lo había sugerido Sarmiento– ni un inorgánico conjunto de mestizos, como lo señalaría Bunge. Impregnado de racismo y transportándolo del campo biológico al moral, Bunge había clausurado la discusión con una sentencia que creía final: «todo mestizo físico es un mestizo moral».[232] Tampoco sería vista como una desgracia que tendría que lamentarse por generaciones. Desde otra perspectiva, sería la causa de una evolución que no podía dejar de saludarse: «Así, pues, la inmigración latina sobre el continente americano poblado por una raza virgen y sin historia [...] significaba la evolución más extensa en las ideas, en las inclinaciones, en las creencias, en los sentimientos, en la poesía y en el arte; y aunque el nivel intelectual de la raza invasora se elevara muy por arriba de la raza conquistada, no por eso dejaría de verificarse el hecho natural de las influencias recíprocas que dan por resultado el nacimiento de un alma nueva heredada de los caracteres físicos y psicológicos combinados de sus progenitores» (*LTN*: 118).

En ese choque cultural, en el nuevo contexto, emerge una nueva figura: «Entonces aparece ese tipo original del gaucho, dominador del desierto, de la selva y de la montaña, que no es el paisano español, ni el colono indiano, sino una manifestación viva y brillante del carácter de ambas razas [...] es el hijo legítimo de la tierra, y ha heredado de ella todos sus grandes rasgos» (ibíd.: 178).

Abordaje de la Colonia

Dice Roldán: «Si el episodio de la conquista venía a confirmar una certeza ya poseída con anterioridad, los tres siglos que separan la llegada de los españoles de la independencia estarían signados por una obligada ambivalencia que sería tanto producto de la condena inexcusable de la dominación española –sin la cual, por supuesto, toda la historia de la patria se convertía en un malentendido sin sentido– como de la imposibilidad de no reconocer que ciertos aspectos de la vida colonial no presentaban los rasgos tenebrosos que una apurada y desatendida interpretación de ella había consagrado».[233] El camino hacia la revalorización del período colonial se iniciará, por supuesto, acompañado de la positiva evaluación que la constitución y supresión-suplantación de una raza por otra habían provocado y de la saludable energía que encuentra en quienes son su producto: los criollos. Pero no se detiene allí. La búsqueda de «formas de sociabilidad» que pudieran servir de antecedente, de lazo conductor entre el pasado y el presente, le permitiría hallar sin esfuerzo, pero también sin sentir la necesidad de justificarlo mucho, un segundo elemento para esa revalorización. Al margen de las notas más despóticas del gobierno colonial, el trasplante de las formas

232. TERÁN, O., *Positivismo y nación en la Argentina*, *op. cit.*, pp. 16-27; TERÁN, O., *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, *op. cit.*, pp. 83-134.

233. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, p. 33.

vigentes en la Península había hecho posible el de la institución política más importante: el municipio.

«Así, los primeros municipios establecidos en nuestra tierra son el hecho más trascendental de la historia nacional, por la doble razón de haber sido la semilla de nuestra emancipación, y la primera y más simple fórmula de gobierno que habíamos de consagrar para siempre con la sangre de nuestros héroes, en una Constitución que condensa todo el fruto de la civilización humana» (*LTN*: 164). De este modo, González encuentra que dicha forma embrionaria de libertad política hunde sus raíces en la tradición colonial y, a través de ella, en la española que en modo alguno encuentra incómoda. Tengamos en cuenta que muy poco tiempo antes había trabajado esta cuestión Francisco Ramos Mejía en su obra *El federalismo argentino* del año 1887.[234]

La imagen que JVG construye de la época colonial toma una nueva escala si tenemos en cuenta que de ella sale el proceso emancipador, ya que de allí viene el reemplazo de una raza por otra y el germen de la libertad política expresada en el municipio, cuna de Mayo. De esta operación González construye una imagen de contraste con aquella que veía en el período colonial los mayores motivos de atraso y el obstáculo a toda idea de progreso. En el desarrollo de esta parte, el autor se detiene en la consideración y estudio de cuestiones que resultan significativas desde el punto de vista de la organización social o de las leyendas costumbristas americanas. De esa manera se detiene, en el estudio de las Misiones Jesuíticas y en ciertas figuras de la mitología popular como la salamanca. Por *Mis montañas*, escrita poco tiempo después, sabemos que fue en su hogar y por boca de personal de la hacienda que JVG supo de muchos de estos relatos.

Abordaje de Mayo

A diferencia de los miembros de la generación de 1837 –en especial de Esteban Echeverría– que gustaban de ver en Mayo una ruptura radical con el pasado, JVG buscará los elementos de continuidad. La importancia que otorgaba a la raza lo llevaría a interesarse más por las duraciones que por los quiebres. Al mismo tiempo, una mayor agudeza le permitió atender a ciertos aspectos que, a pesar de las bruscas oscilaciones políticas habían permanecido sin la modificación que Echeverría había planteado. Su origen provinciano le había permitido observar cuán poco había cambiado la situación general en algunas provincias al margen de las transformaciones que se habían producido en el Litoral. En línea con esta perspectiva y buscando las permanencias, intentando reconstruir el «espíritu» o «alma» de la nación al estilo romántico y su «genealogía», González plantea que sería un error no considerar los antecedentes del período anterior.

Ha descubierto el acercamiento que la geografía condenaba a la imposibilidad: la raza blanca de la Argentina la separaba tajantemente del resto de América y la acercaba no menos violentamente a Europa. La elevación moral introducida por los europeos –y el producto de su contacto con las culturas precolombinas: el

234. RAMOS MEJÍA, Francisco, *El federalismo argentino (Fragmentos de la historia de la evolución argentina)*, Buenos Aires, Serie La cultura argentina, 1915.

criollo– y la certeza, no obstante pasional, de la unidad del drama humano lo hacían posible.[235]

La caracterización de la Revolución de Mayo sigue la línea de la ambigüedad. «[...] la República Argentina ofrece a la historia el espectáculo grandioso de un doble nacimiento [...] sus dos revoluciones son dos faces [...] de la vida de toda sociedad: en la primera, rompe la nebulosa generadora de donde brota el astro nuevo; en la segunda, apaga y funde en una sola masa los fuegos interiores que desprendidos del centro común amenazaron un día su existencia y su autonomía» (*LTN*: 248). Se detiene luego en el análisis de la trayectoria de la elite posrevolucionaria y le endilga falta de manejo en la conducción de la situación y de las masas, lo que llevó a que «libradas a su impulso propio, las turbas populares fueron invadiendo las ciudades [...] y sus caudillos fueron apoderándose del gobierno» (ibíd.: 226).

En parte ello se debía a que, intentando «desmontar» todo el aparato institucional colonial, la elite ilustrada –Rivadavia en particular– había cometido un error grave, para la visión de González: la supresión de los cabildos, verdadera célula orgánica del gobierno representativo y la base política necesaria para la república. El origen del desquicio que siguió a la declaración de la Independencia lo encontraba en la incapacidad de la elite dirigente posrevolucionaria de conducir el proceso: «ellas [las masas] sacaban esa fuerza irresistible del contacto con la tierra [...] sin que llegaran a comprender los principios fundamentales de un gobierno constitucional, en tal o cual sistema, pero que hubieran llegado a él, siendo dirigidas con orden y de acuerdo con sus tendencias» (ibíd.: 225).

El problema del unitarismo y de Rivadavia en particular era haber querido construir *ex nihilo* una sociedad bajo la sola guía de la razón, como si ello fuese posible por la sola voluntad, por la sola fuerza de la evidencia. No habían comprendido que quienes debían apreciarla como tal, según JVG, estaban impedidos de hacerlo. Aunque no era cuestión de censurar a las masas sino que era responsabilidad de las elites. La ausencia de la tarea educativa era la que explicaba esa incomprensión. Las masas, en un argumento constante de JVG, no pueden ser inculpadas por esa incapacidad.

El proceso posrevolucionario había puesto de manifiesto para González el costado oscuro de quienes portaban en sí el fundamento demográfico para la nueva república que con tantos esfuerzos finalmente se construiría. Porque eran esos mismos criollos –saludados en la etapa anterior como una elevación moral en el plano de las razas respecto de los aborígenes– quienes venían a mostrar que, «liberados a sus propios impulsos», eran un factor de perturbación en la construcción de la república. Reconociéndolo, suscribiría tanto el diagnóstico como el tratamiento clásicos: educación para que los irrefrenables impulsos encontraran en la razón una adecuada contención; e inmigración para terminar con el proceso necesario de mejoramiento de la raza y de la adaptación de la sociabilidad a formas constitucionales más avanzadas pero paradójicamente ya consagradas.

En su análisis del período de Rosas, «nuestros verdaderos tiempos medios», tiene una consideración absolutamente negativa. Nada de los tiempos de Rosas,

235. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, pp. 37-38.

salvo su terminación, presenta rasgos positivos. Ni siquiera el control de las masas que había impresionado a Mitre o el progreso económico y urbano que había impactado a Sarmiento. El mismo tratamiento otorga a los caudillos que, desde su punto de vista, habían contribuido al desquicio general y lo habían hecho provocando el peor daño: la ruptura de la unidad de la nación, cuya recomposición habría de demandar muchos años. A lo largo de su vida, la relación de González con la interpretación de los caudillos resultará difícil; sus explicaciones, conflictivas. Como riojano y conservador con muchos elementos culturalistas y de corte federal, no podía resolver tal problema fácilmente.

De los hombres de época, hay uno que se destaca para la mirada de JVG: «Pero hay una figura colosal que se levanta del conjunto de esta cuarta época y debo evocarla para que proyecte su luz» (ibíd.: 288). González ha elegido una fórmula muy precisa para hacerlo. La evocación, que no puede dejar de hacer recordar a la que Sarmiento hiciera para inaugurar *Facundo*, se realizará esta vez sobre otra línea argumental. Porque no elegirá a ninguna sombra para que se levante a «explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo...».[236] Él preferirá evocar ahora al «genio de la guerra culta, de la estrategia científica [...] "el hijo legítimo de la Ciudad" [que] representa la tendencia progresista de su pueblo, como Facundo, el hijo de la llanura, representa la tendencia retrógrada» (*LTN*: 288): el general José María Paz. Su desaparición de la escena pública por un accidente «que solo el argentino comprende» (ibíd.: 289) ilustra bien el grado de tinieblas en el que se vio sumida la Argentina durante un período que, aun así, parecía inevitable dada la desmembración antagónica que ya se había perfilado desde el inicio de la evolución y respecto de la cual Rosas vendría a representar la culminación en su aspecto más negativo, siendo más el producto de Mayo que la «venganza o restauración colonial». Así describe a Paz:

> El sabio que marcha descuidado observando la Naturaleza queda aprisionado por las lianas de la selva: el general calculador y matemático cae preso de un tiro de bolas del gaucho de la pampa. La polvareda densa que levanta en el desierto la horda impetuosa ha eclipsado al astro que guiaba la libertad a su triunfo, pero su luz radiante asoma en lugar distinto del horizonte, y hacia él convergen de nuevo todas las miradas (ibíd.: 289-290).

La interpretación de Caseros no se aleja de las perspectivas dominantes: «La nacionalidad argentina queda asegurada para siempre en el alba que amanece en Caseros» (ibíd.: 290).

> Caseros es el teatro de una nueva redención, como Mayo fue el espacio de un génesis. El héroe de esa victoria que resucita a un pueblo tiende la mano a los que en Tucumán, Salta y los Andes lo arrancaron del seno de la ti-

236. SARMIENTO, D.F., *Facundo*, Villa María, Eduvim, 2009, p. 33, con estudio preliminar de José P. Feinmann.

> niebla. El pasado se une al porvenir por medio de aquel anillo que proyecta su luz sobre las dos faces del tiempo. Las tradiciones de raza, las leyendas heroicas, las fantasías deslumbrantes se sumergen en ese limbo inmenso, como las miríadas de astros que pululan en los espacios intersiderales se arrojan en la masa ígnea que calienta el universo (ibíd.: 291).

En el cierre presenta los temas que viene desarrollando (la geografía comandada por los Andes, el cóndor simbólico, la unión de razas, patria y constitución, libertad y trabajo):

> La República Argentina es esa estatua cincelada en el granito de los Andes, de cuyos flancos ciclópeos heredó sus formas rígidas y armónicas a la vez. Sus pies se asientan sobre una llanura surcada de ríos inmensos que tributan al mar y bordada de selvas tropicales que mantienen la juventud eterna; su cabellera ondea sobre el dorso colosal, como un torrente despeñado de la montaña, y de su frente brota un relámpago que revela un cráter en el cráneo. Un cóndor extiende sobre ellas sus alas espaciosas, y parece decirle al oído una revelación del firmamento; su mano derecha enarbola una bandera blanca y azul; su mano izquierda sostiene un código; y alrededor de toda ella se derrama una atmósfera de majestad, de gloria y de belleza, que enciende deseos de adorarla y de ensalzarla eternamente.
>
> Allí está, espléndida, radiante, fascinadora. Los mares de la Tierra vienen a bañar sus pies medio velados por la hierba, con rumores inmensos que parecen himnos de mundos ignotos; oleadas humanas atraídas por su mágica hermosura y su sombra reparadora acuden a rodearla y a adornar de flores su pedestal; y, confundiéndose en el mismo suelo con sus hijos, labran todos reunidos la tierra, agrupan sus hogares en torno suyo, y bendicen su prole en nombre de la Libertad y del Trabajo.
>
> A los pies de esta diosa cincelada por el genio de dos razas fundidas en un mismo fuego, modelada en el tipo de los Andes, iluminada por el relámpago de la idea, bañada de luz por las auroras y de espuma por los mares, portadora de la bandera que condujeron victoriosa los héroes de Mayo, y del Código sagrado que condensa el fruto del pensamiento de los siglos, allí deposito este libro escrito con el fuego del único amor que me conforta en la vida: el de mi patria (ibíd.: 291-292).

Claves de lectura de la obra

JVG ubica la tradición como fundamento de la nación. «La tradición es el eco del espíritu y del corazón de la sociedad» (ibíd.: 252). Es la tradición popular la que nuclea el espíritu colectivo y le da su punto de apoyo (ibíd.: 96), ya que ni la filosofía ni la historia son capaces de reflejar el color, el calor, y el detalle que perpetúa la leyenda popular. La historia «recoge después», la filosofía «analiza» y la política «dirige y encauza en una corriente común» (ibíd.: 95) lo que la tradición oral y los poetas populares elaboran, que no es ni más ni menos que el «alma» de los pueblos nutrida por la geografía y la vida comunes.

Esta tradición nace «espontáneamente del carácter de una raza, de un pueblo, de una familia, en el transcurso de su vida social o doméstica» (ibíd.: 134); la geografía le da su carácter y los acontecimientos la moldean. «La tradición es un género especialísimo de composición, que no tiene de la historia sino el marco [...]. Ella se aproxima a la poesía, tanto que podemos decir que son hermanas» (ibíd.). En la tradición JVG busca subrayar los hitos que la marcan, aquellas instancias a partir de las cuales construir «la estrofa colosal que debe inmortalizar a sus héroes» (ibíd.: 199). Luego plantea que por estas tierras «Homero no viene aún» (ibíd.). Y él mismo va ir asumiendo la tarea:

> A lo largo del texto va produciendo una operación transformadora estetizante: el reconocimiento de los momentos de la tradición nacional, así como el tono poético con que los reconstruye, son en sí mismo creadores. Si se pudiera separar del aspecto crítico y ensayístico, el cuadro literario que pinta la descripción de los Andes, de la Conquista, de las luchas independentistas, etc., se estaría ya ante la epopeya que reclama.[237]

En su avance desarrolla una concepción estetizante de nación, sin dejar de sostener que es «una idea colectiva» (*LTN*: 197). No hay nación sin el cultivo del sentimiento patriótico. Desconfía «de ese patriotismo convencional que se adquiere con el cerebro y no reside en el fondo del alma como un elemento de la vida, porque en los momentos de prueba, cuando se necesita la sangre expiatoria, suele enmudecer como las tumbas...» (ibíd.: 184). El sentimiento por sí solo no alcanza, debe ser educado por la inteligencia para conformar la virtud patriótica: «El patriotismo es una virtud, y, como todas las virtudes, debe ser un sentimiento educado y dirigido por la inteligencia; y es de este equilibrio entre la facultad sensitiva y la intelectual que nacen las grandes obras que fundan las nacionalidades y forman la sucesión brillante de glorias que un pueblo venera y santifica» (ibíd.).

LTN, como hemos visto, recorre cuatro etapas de la historia argentina. Para ir marcando los aspectos dignos de la inspiración del poeta así como para elaborarlos crítica y estéticamente él mismo. En este desarrollo son diversos sus motivos tanto de evocación como de reflexión y van desde la geografía a la literatura, desde los grandes movimientos históricos a detalles de las vidas de individualidades: la tierra nativa y sus primitivos pobladores; las aventuras de la Conquista, los misterios y martirios de la religión; la vida monástica de los jesuitas, el diablo, la fundación de ciudades, los Andes, el cóndor, la Campaña del Norte y la trasandina, las campañas marítimas, la vida de héroes como Belgrano, Güemes y especialmente San Martín pueblan, entre otros temas, las páginas de la obra.

En *LTN*, el autor intenta la definición de una identidad argentina a partir del reconocimiento de las culturas precolombinas, que si bien no es exclusividad suya entre sus contemporáneos, implica una reivindicación indígena particular que importa reconocer para romper con la visión uniforme de su generación. Si bien realza la libertad natural así como también su heroicidad, y no deja de considerarla despojada y anulada, los nativos no dejan de ser vistos como una raza infe-

237. SOLARI, Herminia, «Joaquín V. González: algunas consideraciones alrededor de la idea de Nación», en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, nº 13, Universidad Nacional de Cuyo, 1996.

rior. Del mismo modo, si bien señala el carácter invasor, cruel y violento de la Conquista, la explica por la superioridad europea y las leyes de la evolución y la exalta en su carácter heroico. Utiliza una dialéctica de superación por supresión/integración subordinada. En JVG aparecen de manera continua tensiones polares: universal/particular, sentimiento/razón, pasado/futuro, materialismo/idealismo, pampa/montañas.

> El fenómeno cultural que centra la atención de González es la tensión que formula entre «mercantilismo» (o «materialismo») e «idealismo». *La tradición nacional* es, en este marco, una respuesta a los efectos indeseados del proceso general de expansión del capitalismo, sobre todo en lo que tiene que ver con la corrupción moral derivada del anhelo de acumulación y reproducción de bienes en todos los sectores de la sociedad [...] Proponiéndose sacar a la Argentina de esa caída que representan el mercantilismo, González entiende que solo un nuevo planteamiento del espacio nacional conducirá a la «redención» idealista que necesita el país. Su objetivo es claro: desplazar el núcleo de la «argentinidad» del espacio en el que se había consolidado históricamente el capital material y simbólico del país: la pampa. De ese modo, González intenta cuestionar una de las asociaciones más cristalizadas ideológicamente en la cultura nacional desde el romanticismo, y afirmada sucesivamente en las antologías poéticas.[238]

La ampliación de la consideración de la variable espacial y la prolongación temporal de la recuperación de la historia nacional a través de arquetipos, y del mismo espacio como elemento del relato histórico, constituyen una operación intelectual orientada a la transmisión de un legado cultural a las nuevas generaciones, en particular para los hijos de inmigrantes. *LTN* dialoga en ese sentido con *Mis montañas* en esta perspectiva pedagógico-cultural. Los lugares de transmisión privilegiados para JVG serán la escuela, con su papel en la transmisión sistemática y ritual de ese universo simbólico, y el hogar, a través de la tradición oral que se da en el seno familiar. Estos ámbitos que JVG quiere constituir a escala país, refieren, sin embargo, a experiencias concretas del mismo autor tanto en el ámbito escolar –el recuerdo de su maestro y el ardor de la celebración de las fiestas patrias– como en el ámbito familiar, con las narraciones legendarias enunciadas desde distintos sujetos (india, negro, abuelo).

GONZÁLEZ Y ALGUNAS FIGURAS DEL CAMPO INTELECTUAL

JVG consideraba que Mitre y López eran historiógrafos de monta y que habían hecho lo principal de la tarea. Pero la diferencia no estaba centrada en los hechos sino en su interpretación. No se trataba de una cuestión metodológica sino interpretativa. Por esa razón, en el comentario que le hiciera llegar Mitre en carta del 28 de mayo de 1889 –estando fresca la polémica metodológica con Vicente

238. DEGIOVANNI, F., *Los textos de la patria*, *op. cit.*, pp. 42-43.

Fidel López–, no se detuvo a criticar una obra que tenía con la de López parecidos que a su lectura no se le escapaban. Prefirió ir al nudo de la interpretación: «Puede decirse que casi toda la segunda parte gira alrededor de la idea de que los hispanoamericanos somos los descendientes genuinos de los americanos de la época pre-colombina. Protesto contra esa idea».[239] Mitre, como había hecho con Adolfo Saldías, señala el límite de lo que sería el canon interpretativo y las bases de la historia a transmitir a las noveles generaciones.

> Es sabido que Bartolomé Mitre [...] al recibir un ejemplar del libro que le enviaba el autor, reconoció al mismo tiempo con admiración y disgusto la originalidad de la obra. En su carta de agradecimiento a González, Mitre escribió que; si por un lado, *La tradición nacional* constituía «el primer trabajo que en su género se haya hecho entre nosotros», por otro sus conclusiones eran reprobables a nivel ideológico: el texto presentaba un relato de identidad que se alejaba de la narrativa de orígenes defendida en esa época por importantes intelectuales del país.[240]

Ante la propuesta realizada por González de ampliar la base en términos históricos, prolongando los antecedentes y la espacialidad, construyendo alguna base legendaria o mitológica, con fuertes acentos esteticistas, Mitre parece detenerse en lo que sería el mito de origen y lo recusa. De manera terminante señala Pró: «Mitre fue siempre europeísta y no admitía ninguna continuidad entre la cultura precolombina y la americana occidental. Naturalmente olvidaba la formación étnica del Paraguay, Bolivia, Perú, México, Venezuela, etcétera».[241]

Ya hemos señalado a lo largo del texto los vínculos temáticos que unen a González con Sarmiento. Es importante destacar asimismo el vínculo de exaltación y respeto que tuvo para con la poesía de Echeverría. En *LTN* coloca al autor de «La Cautiva» como poeta de la llanura. En su relación con Obligado van construyendo el canon literario de la poesía gauchesca de estilo urbano, estilizado. El «Santos Vega» de Rafael Obligado tendrá su lugar en esa organización así como los textos que desarrolla Martiniano Leguizamón y que JVG saluda desde «La Biblioteca»[242] dirigida por Paul Groussac. No encontramos registro de vínculos con Pastor Obligado, pero a juzgar por la temática, las referencias y la recuperación de relatos, estimamos que debió conocerlo.[243] Incluye, también, al *Martín Fierro* entre los textos a recuperar. Esta inclusión resulta temprana, y podría resultar extraña en la tradición de origen unitario de la que proviene JVG. No lo sería si partimos del consenso roquista en el que se ubican tanto González como Hernández.

239. Carta-prólogo de B. Mitre a JVG, véase p. 295 y ss en esta edición.

240. DEGIOVANNI, F., *Los textos de la patria*, *op. cit.*, p. 40.

241. PRÓ, D.F., «Joaquín V. González», *op. cit.*, p. 88.

242. JVG, «Introducción», en LEGUIZAMÓN, Martiniano, *Recuerdos de la tierra*, Buenos Aires, Hachette, 1957.

243. OBLIGADO, Pastor, *Tradiciones argentinas*, Buenos Aires, Hachette, 1955. La primera edición de *Tradiciones de Buenos Aires* es de principios del año 1888. La ausencia de referencias puede deberse a que González realiza la «reducción a la unidad» con el título impuesto a su trabajo y que recorta las referencias a la Argentina (habiendo en Obligado referencias a Paraguay, Perú, etc.). El género de las tradiciones puede rastrearse por ese tiempo en el conjunto de América Latina: NÚÑEZ, Eduardo (comp.), *Tradiciones hispanoamericanas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, s/f.

González cultivó relaciones y promovió a jóvenes valores de la literatura. En el entramado de puestos públicos, misiones e inicios de los procesos de profesionalización de la literatura, sus cruces con figuras como Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez y Ricardo Rojas se encuentran reflejados en varios testimonios.

Además de los proyectos de orden intelectual, cuenta el trato personal, y, en varios de los casos que reseñamos, se trata de personas del interior, lo que refuerza una cierta solidaridad en el ámbito porteño. Comencemos por Lugones, hombre de Córdoba. JVG lo convoca para el trabajo de elaboración del Proyecto de Ley del Trabajo en 1904. En 1905, siendo Ministro, lo nombra Inspector General de Enseñanza Media, Superior y Especial. Lugones lo acompaña en la reforma de planes que impulsa. Escribe «por propuesta de Joaquín V. González, ministro de Educación, *El Imperio Jesuítico*, de 1904, que implicó un viaje a Corrientes y a Misiones y del que se recuerda que su fotógrafo fue Horacio Quiroga».[244] Podemos lanzar la hipótesis de que *La guerra gaucha*, de 1904, la *Historia de Sarmiento*, de 1911, y *El Payador* están en la senda gonzaliana. En el homenaje público a JVG que el 18 de septiembre de 1918 realiza en el Teatro Argentino de La Plata la Federación Universitaria, habla Lugones centrando su discurso en la categoría de amistad con el homenajeado.[245]

JVG contribuyó decisivamente al posicionamiento institucional, en el ámbito universitario tanto en Buenos Aires como en La Plata, de Ricardo Rojas,[246] de cuyo programa intelectual se considera continuador y ejecutor (*Eurindia* y la *Historia de la literatura argentina* pueden ubicarse en esa dirección).

Manuel Gálvez, autor de *En el mundo de los seres ficticios*, realiza la siguiente semblanza y rememoración:

> A JVG, más político y sociólogo que hombre de letras –pero que ha dejado media docena de libros literarios– lo conocí en los tiempos de Ideas [1904, N. de A.], cuando yo tenía veinte años. No lo frecuenté entonces. Mi timidez me vedaba acercarme a un hombre que era ministro del Interior. Años más tarde, cuando la Cooperativa, cambié con él algunas cartas y tengo varios libros suyos con dedicatoria. En Belgrano, en donde yo también vivía, lo visité años después, dos o tres veces. No llegaba por entonces a los sesenta años y parecía un anciano. Tenía barba corta y en punta y expresión cansada. Era lento para moverse y para hablar. Permanecía largos ratos, hasta cuando conversaba, con los párpados entornados, como si la luz le molestase. Era un placer el diálogo con este hombre tan inteligente, informado, bondadoso, comprensivo y de elevado espíritu. Debía tener mucha vida interior, inquietudes religiosas. Había sido francmasón. En los últimos tiempos de su vida evolucionó hacia el catolicismo sin llegar, creo, a ser católico... Joaquín González aventajaba, por la riqueza y calidad de su espíritu, a casi todos sus contemporáneos eminentes.[247]

244. JITRIK, N., *Panorama histórico de la literatura argentina*, *op. cit.*, p. 129.

245. *OCJVG*, vol. XVI: «Un homenaje universitario», pp. 243-248.

246. PULFER, Darío, «Presentación», en ROJAS, R., *La restauración nacionalista*, La Plata, UNIPE: Editorial Universitaria, 2011.

247. GÁLVEZ, M., *Recuerdos de la vida literaria*, *op. cit.*, pp. 569-570.

SU ACTUACIÓN POSTERIOR, LA DIFUSIÓN DE SUS POSICIONES Y SU «SOMBRA» EN LA TRANSMISIÓN CULTURAL-EDUCATIVA

En su recorrido, al llegar al análisis de Caseros y la sanción de la Constitución-programa como una promesa de futuro, González no dejaba de considerar la situación generada como una apuesta riesgosa.[248] Por un lado, la dificultad que derivaba de disociar la legalidad del sistema de sus condiciones de legitimidad, ya que las masas no estaban habilitadas al ejercicio pleno del sufragio ni preparadas para ello. Ese ajuste había que imponerlo «desde arriba». Volvía, una vez más, sobre la idea de responsabilidad de las clases dirigentes. Por el otro, porque las formas de sociabilidad observables se vinculaban mal con lo que se imaginaba que estas debían ser: «Entonces se emprendió la marcha con la idea de realizar en la acción simultánea con la práctica del sistema y la preparación del pueblo para comprenderlo, amarlo y practicarlo con exactitud y precisión».[249] El optimismo acerca de la efectividad del poder transformador de la escuela hacía pensar que, aunque riesgosa, la apuesta no era excesiva.

De los modelos externos en curso, J.V. González se inclinará por el francés para el sistema educativo,[250] siendo que en el norteamericano intervenía la religión y en el caso alemán –que se presentaba por entonces como exitoso– la relación escuela-moral republicana dejaba mucho que desear. El credo laico del republicanismo francés consideraba a la escuela como indispensable para la construcción de la República. Cada pueblo necesita una Biblia[251] y su contenido debía ser transmitido por la escuela y en especial por la enseñanza de la historia nacional. La escuela aparecía como la institución estatal más poderosa para difundir la «moral republicana», para la formación de una ciudadanía consciente para ejercer la democracia en los términos en que lo entendían los grupos dirigentes. La escuela aparecía como moldeadora de las futuras generaciones, su función socializadora no tenía competencia desde la óptica de JVG.

En la Argentina, bajo los preceptos constitucionales y por inspiración de Alberdi, se promovía la inmigración que aumentaría la base demográfica y contribuiría a transformar la sociabilidad teniendo una consecuencia clara tematizada por el mismo autor en términos de república posible: sociedad civil abierta a todos con abundantes libertades civiles y sociedad política restringida al ejercicio de unos pocos. Frente a ello González, que no se contentaba con una sociedad dividida en habitantes y ciudadanos y que frente al interés privado elegía la virtud republicana, privilegiaba la escuela. «Poblar el desierto» y «gobernar es poblar» eran las ideas fuerza de Alberdi. Sin renunciar a ella ni a la consideración de los efectos benéficos de la inmigración, JVG optaba por «educar al soberano». Otra vez, volvía la identificación con Sarmiento.

248. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.* Seguimos esta argumentación en el presente parágrafo.

249. *OCJVG*, vol. XXI: *El Juicio del Siglo*, p. 131.

250. De la misma manera, se refleja con posterioridad en ROJAS, Ricardo, *La restauración nacionalista*, *op. cit.* El informe data de 1909 y se realiza a instancias del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

251. JVG tomaba esa consigna de Michelet. DEVOTO, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, *op. cit.*, p. 21.

> Las masas populares tienen en nuestro sistema de gobierno un rol capital que desempeñar; ellas son el elemento democrático en toda la acepción de la palabra; de ellas está formado nuestro mecanismo político; son el objeto de la ley, a la vez que el instrumento de todas las luchas de los partidos; y en nuestra República, estas revisten un carácter peligroso por el mismo estado de aprendizaje en que nos encontramos. Ahora bien, nada hay tan inflamable, tan versátil, y poderoso como el elemento popular, depositario de la fuerza viva de la nación, y por lo tanto, si no se lo instruye, si no se moderan sus pasiones desenfrenadas, esa fuerza siempre se empleará en la destrucción y en el exterminio.[252]

Sin ciudadanos que comprendieran que formaban parte de una comunidad que a cambio del respeto a la ley garantizaba sus libertades, la reforma política se encontraría sin sujeto y la reforma social, condenada al fracaso por la irrupción súbita de los intereses particulares.

Una vez consolidado el Estado nacional en 1880, la función educacional pasa a ocupar un lugar central en la estrategia de «construcción de la nación». Esa construcción se hace «desde el Estado» y desde «arriba» en puja con la Iglesia y considerando a la sociedad civil como débil, inarticulada y sin iniciativas. Para González, el Estado debía hacerse cargo de la dirección de la educación. Por varias razones.

En primer término, porque a partir del férreo nexo entre escuela y política encuentra que el poder público tiene frente a ella una responsabilidad ineludible en el proceso de socialización como parte de sus obligaciones hacia la garantía de la armonía pero, sobre todo, de la cohesión visible en la necesaria vinculación que los ciudadanos deben conservar frente a la patria. En segundo término, para la transmisión de la racionalidad científica que se consideraba en contradicción con las prácticas educativas de orden confesional. En último término, porque encontraba en el Estado el único agente capaz, en cuanto instancia fuera de la sociedad civil y por lo tanto equidistante de sus conflictos de intereses, de garantizar las libertades públicas. La paradoja que suponía que para garantizar libertades la intervención del Estado debía ser creciente, alejándolo de su posición de neutralidad y acrecentando su injerencia en la sociedad civil, no hacía disminuir la necesidad de su mayor protagonismo. Pretendida neutralidad, paradoja del liberalismo argentino de la que participa González: «estrategia de fuerte modernización impulsada por el Estado».[253] En la senda del argumento de Roldán: «En el marco de una sociedad civil débil y un Estado en tren de fortalecerse, si ella no empujaba, él debía hacerlo. Si la sociedad era solo ausencia, el Estado debía crearla –en una primera etapa– a través de la escuela junto con quien debía ser su protagonista: un ciudadano consciente de sus obligaciones y derechos frente a la ley».[254] En palabras de Joaquín V. González: «La difusión de la instrucción no tiene solamente ese interés filosófico; ella interesa esencialmente a la vida real de los pueblos, sobre todo a los que se rigen

252. *OCJVG*, vol. I: *Estudio sobre la revolución*, p. 235.

253. ROLDÁN, D., *Joaquín V. González*, *op. cit.*, pp. 95-98.

254. Ibíd., p. 97.

por instituciones libres y sobre los republicanos y los que practican el sufragio, pues que los hombres requieren conciencia de sus derechos».[255]

No se trataba solo de transformar, sino de crear un nuevo sujeto para la sociedad que se diseñaba desde el plano jurídico. Que la tarea era urgente lo revelaban las propias convicciones: la disociación, que admitía solo temporal, entre las formas de sociabilidad y el tipo de gobierno lo exigía. La «creación» del ciudadano virtuoso y la justificación y el protagonismo del Estado en la dirección de la educación no eran el único punto en el que la escuela y la política definían intersecciones: «Escuelas comunes para el pueblo y colegios secundarios para las clases medias, o como ruta para una cultura más alta, fue desde entonces en todas las épocas una aspiración ardiente en todos los hombres que llegaban a las funciones públicas».[256]

El sistema educativo se caracterizaba, entonces, por una fuerte segmentación en la cual las escuelas comunes tenían un destinatario claro: el pueblo. Los colegios secundarios, por su parte, descubrían el suyo en las clases medias y altas. Se consolidaba así un sistema no por segmentado menos transparente, en cuanto a su utilización como medio de creación y eventualmente captación de nuevos grupos dirigentes. Una gran masa de población que se educa y vota –siempre en «primer grado»–, y un grupo más pequeño que se capacita para su función dirigente que encuentra en los electores y en las elecciones de segundo grado su correlato en la organización política. La similitud del esquema electoral-escuela no podría estar planteada más directamente.

Pero, por otro lado, y parafraseando a Alberdi, JVG sugerirá que en buena medida las ideas extremas encuentran en los medios instruidos por la escuela pública un lugar adecuado donde asentarse. Lejos de compartir con él, sin embargo, la conclusión acerca del inadecuado carácter de la extendida instrucción, ve en ello una elevación en el nivel político general que permitiría modificar los aspectos negativos observables en él: a pesar de los posibles peligros que puedan derivarse, sigue confiando en que la escuela enseñe a satisfacer reclamos y demandas dentro del marco que el sistema que propone, y no fuera de él. Así, la escuela era también un agente de control social y, por eso mismo, de garantía de un orden que, precisamente porque no era impuesto sino la consecuencia del consenso que ella permitiría hacer aflorar, se concebía como estable. «La obediencia a la ley es el orden; el orden es el elemento del trabajo; el trabajo es el progreso y el progreso es la ley de la humanidad. Y ¿de qué otra manera se cimienta la obediencia a la ley? Haciendo que todos comprendan sus beneficios, esto es, instruyendo, educando.»[257]

A la inversa; la falta de educación se encontraba en el origen del despotismo: «la ausencia de educación [...] engendra peligros sociales: porque una masa de seres inadecuados oponen resistencias naturales al progreso público, a la mejora de las costumbres, al respeto mutuo; económicos y políticos, porque las sociedades tienen instituciones y una deficiente aptitud en el pueblo para practicarlas engendra los grandes despotismos».[258]

255. *OCJVG*, vol. I: *Estudio sobre la revolución*, p. 233

256. Ibíd., p. 132.

257. Ibíd., p. 251.

258. Ibíd., p. 232.

JVG buscó difundir su ideario, y una expresión elocuente de ello es *Patria*, dedicada a «todos los que en la República Argentina se consagran a la enseñanza y educación de la juventud». Publicada en 1900, *Patria* es una recopilación de conferencias y artículos escritos en la década de 1890. Si bien desarrolla sus ideas de cuño romántico, ya expresadas en *La tradición nacional* y en *Mis montañas*, se refiere notoriamente, y de manera muy crítica, a la evolución de la educación pública en esos años. Creía que las jóvenes generaciones carecían de un «canto de entusiasmo», «un grito de pasión», un verdadero patriotismo.

La idea de patriotismo que manejaba Joaquín V. González consideraba que la lengua es inseparable de la singularidad cultural que constituía la nación: «entre el idioma y la raza [hay] un vínculo tan estrecho, hasta el punto de ser difícil de separar ambos conceptos [...] [El] lenguaje está unido al alma de la nación y se vincula con la historia, la tradición y los afectos domésticos [...] Es la sustancia del propio ser humano y nacional, indivisible, inseparable».[259]

Tal nación requería un patriotismo de singular cualidad, que no debía confundirse con el acuerdo entre individuos-ciudadanos pues era un sentimiento superior, nacido de la pertenencia a una entidad trascendente. Para González, no es «el amor a la patria una cualidad adquirida, ni un conocimiento posterior, ni menos una convención». No era tampoco una cualidad que se pudiera adquirir por medios racionales; el patriotismo no podía ser enseñado como otros conocimientos –un camino falso–, sino que debía ser inspirado e involucrar el sentimiento.

En opinión de González la insoslayable educación patriótica tenía que responder a esta orientación: el patriotismo en el que habían de ser educados los jóvenes era un principio espiritual, «principio eterno», que resultaba «anterior a toda doctrina, superior a toda convención o interés y más poderoso que las voluntades. Por eso es germen de perfección moral, móvil eterno de heroísmos individuales y colectivos y una inextinguible fuente de verdadera gloria». Solo la formación de las jóvenes generaciones en el patriotismo del sentimiento las hará partícipes de aquel que «siempre vivió latente en las entrañas de la tierra, en el fondo de la conciencia, en el organismo de la raza originaria y nativa». Solo de esta manera formarán parte de «una noción profunda de la unidad de la patria» y establecerán con ella un vínculo más intenso e intransferible.

Sin embargo, la marcha contemporánea de las escuelas públicas no seguía el camino correcto para formar a la juventud en el verdadero patriotismo. En esta opinión basó González un diagnóstico severo: la República Argentina se encontraba entre las naciones que, poseídas por el vértigo de las riquezas materiales y de la lucha por el progreso, habían dejado «languidecer las llamas vivas de las nobles pasiones originarias e ingénitas, bajo las cenizas... de los impulsos utilitarios dominantes» que la encaminan hacia su decadencia. Era responsable de ello «una educación incoherente, un aprendizaje improvisado de costumbres exóticas, y un descaminado concepto de la vida conjunta o nacional».

Presagiaba el desastre y llamaba a analizar cuidadosamente si la educación argentina «no va extraviada de este derrotero salvador supremo, y si en vez de

259. *OCJVG*, vol. XVIII: *Patria*, p. 60.

elaborar el tipo nacional del porvenir, no se echan los cimientos de otro innominado, amorfo o heterogéneo, que lleva en su sangre los gérmenes de la decadencia o la degeneración mental, o sea, la muerte de la nacionalidad». No solo era preciso un cambio en los aspectos patrióticos sino también en la orientación y el carácter general de la educación. González marcaba así una senda que transitarían años más tarde muchos otros. Particularmente seguiría estos pasos Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista*.[260]

> La instrucción pública tenía para González un sujeto preferencial: las masas que requerían de la cultura para encontrar un cauce democrático, acorde a las instituciones republicanas. Las imposiciones y la violencia, solamente pueden ser evitadas por hombres conscientes de sus derechos, capaces de amplitud de espíritu. Al respecto, la Constitución Nacional ha sentado las bases para el futuro desarrollo de la inteligencia del pueblo; los estadistas han hecho prácticas sus disposiciones, comprendiendo que el gobierno propio solo es realizable «si el pueblo está preparado para la conciencia de los actos públicos que ese sistema le impone, para la conservación de la paz y el progreso pacífico y no interrumpido en todos los órdenes de la vida nacional».[261]

Si en el terreno político JVG había mantenido diferencias importantes con el elenco que acompañaría a Sáenz Peña, lo propio ocurriría en el campo de la educación, en particular con José María Ramos Mejía, a la sazón presidente del Consejo Nacional de Educación. En primer lugar, la necesidad de mantener la escuela privada que debía colaborar con la estatal frente a la prédica de, por ejemplo, Ricardo Rojas, que clamaba por la desaparición tanto de las que pertenecían a comunidades extranjeras como a la Iglesia, en cuanto no se avenían a la necesaria inculcación del no menos necesario sentimiento nacional. Aparece una manera diferenciada al margen del acuerdo en profundizar ese sentimiento a través de la educación.

En segundo lugar, la enseñanza práctica. El Consejo Nacional de Educación juzgaba que la educación humanista, basada en la repetición ritual de un discurso de la tradición, era el instrumento adecuado para consolidar la nacionalidad. Por el contrario, para González la necesidad de la enseñanza práctica o técnica se derivaba de la urgencia de facilitar el desarrollo económico-industrial observable en la época –idea ya sugerida por el ministro Magnasco a principios del siglo– y del descubrimiento de que los países avanzados del mundo habían cambiado la estructura material de su primacía. La política, antes basada en combinaciones diplomáticas o en invasiones bélicas, ahora era consecuencia del incremento de la producción: «La vieja política creía que las naciones solo podían extenderse fuera de sus fronteras por ciertas combinaciones diplomáticas o invasiones bélicas y

260. BERTONI, L., «Acerca de la nación y la ciudadanía en la Argentina: concepciones en conflicto a fines del siglo XIX», en SABATO, Hilda y LETTIERI, Alberto (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 162-163.

261. PUIGGRÓS, A. (dir.), *Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*, *op. cit.*, p. 156.

arrancaban la sangre a la masa nativa para armar ejércitos y escuadras; pero la política nueva piensa que vale más que la conquista del mundo el producir y ofrecer los bienes que él necesita para su subsistencia, comunidad o goce, y para eso solo es necesario arrancar del trabajo nacional la mayor suma de esfuerzo compatible con el propio concepto de progreso».[262]

Por último, la principal diferencia se centra en la utilización de la escuela como instrumento de la política de integración de inmigrantes. Partiendo del convencimiento de que la presencia cada vez más significativa de los extranjeros y de sus escuelas –que enseñaban en otro idioma otra historia– era un atentado contra la integridad de la Nación y un factor corrosivo de las debidas lealtades a ella, la «educación nacionalista» sugerida desde el Consejo Nacional de Educación era la clave para garantizar la asimilación de los hijos de inmigrantes. Ella pasaba por la inculcación de un sentimiento de pertenencia no a una sociedad particular, o a sus instituciones, sino a ciertos aspectos de su pasado y su tradición. De este modo, la vinculación con lo político carece de sentido. Contrariamente, el tema de la integración es visto por González de un modo similar al ya enunciado por Sarmiento, pero también por Juan B. Justo. Esta política de integración suponía que esta última solo era posible a condición de provocar alguna adhesión a la sociedad en la que esos extranjeros habían decidido constituir su lugar de residencia. No es casualidad que esta idea se acompañara de una insistencia por el otorgamiento de condiciones que permitieran que esos mismos extranjeros pudieran participar del sistema electoral, aun cuando fuera solo en algunos de sus tramos pero, sobre todo, de que pudieran adquirir la propiedad de la tierra. Al respecto, decía:

> [P]ero la avaricia y ceguera burocráticas de todos los tiempos han dispuesto que esos hombres laboriosos y cultos vengan a trabajar en exclusivo provecho de los amos del suelo, sin tener el derecho a fundar un hogar perpetuo en la tierra hospitalaria; todo como si un patriotismo indígena y salvaje creyese que dar la tierra en propiedad al extranjero fuese un peligro de que este la arrancase y la llevase a su país de origen. No hay patria sin hogar, ni hay hogar sin el suelo propio que la sustenta y perpetúa. Así, el extranjero laborioso y culto que viene a esta tierra [...] para labrar en ella y en la mente de sus hijos, no formará jamás hogar verdadero, ni proliferará en generaciones selectivas en él, mientras la Nación y sus provincias no le ofrezcan la prenda suprema de su confianza fraternal, en la forma de la parcela de tierra en propiedad exclusiva para él y su descendencia.[263]

Desde la visión de JVG, la escuela pública crearía las bases de una población que sabría cuáles eran los derechos y obligaciones en una república, que renunciaría a métodos extralegales para reivindicar aquellos y que por eso expresaría una calurosa y patriótica adhesión a ella y a sus héroes fundadores. En la cúspide de la organización aparecen los colegios nacionales primero y la universidad luego, que

262. *OCJVG*, vol. XXI: *El Juicio del Siglo*, pp. 141-142.

263. *OCJVG*, vol. XVI: *Política Universitaria*, «La Universidad y los problemas nacionales», discurso pronunciado en el acto de colación de grados y títulos de La Universidad Nacional de La Plata el 24 de mayo de 1916, p. 303.

se proponían crear los cuadros de la nueva sociedad: docentes para las escuelas y colegios, científicos para el desarrollo de las ciencias y las industrias, y «filósofos» para la conducción de la República.

CIERRE DE ITINERARIO

En la síntesis de trayectoria que realiza Devoto, podemos encontrar la integración de los elementos expuestos a lo largo de esta presentación:

> Una figura en la que confluyen casi todas las temáticas es la de Joaquín V. González. Fue ya desde los años ochenta uno de los más preocupados por el problema de la construcción de una tradición. Ahora, a principios de siglo, ella aparecía combinada con otras soluciones como las que debían proveer tanto sus proyectos de reforma política y social como la educación a la que, desde antaño, había otorgado un fuerte papel formativo. Esa combinación de motivos lo convierte en una figura paradigmática del conjunto de ansiedades que atenazaban a las elites nativas. Así, en 1900, se vio llevado a escribir un texto para la instrucción pública en las escuelas primarias, *Patria*, y a promover luego como ministro la reforma de los planes en 1905. En 1910, con el Centenario de la Revolución de Mayo, repropuso, con similares propósitos argentinizadores, una lectura de la historia argentina tendiente al gran público, *El Juicio del Siglo*, editado por entregas por el diario *La Nación*. Las interpretaciones de González de ese pasado nacional lo llevan por la vía de proponer una lectura de «continuidad» y no de ruptura del pasado argentino, en la que reaparecen como factores fundantes y formadores de la identidad argentina no solo el período hispánico, sino aun las culturas precolombinas. El mismo González, por otra parte, había comprendido rápidamente el papel identitario que podían desempeñar lugares que imaginaba eran depositarios de la memoria colectiva. Desde luego el Archivo Nacional («academia inmortal de un culto perenne y sin cesar renovado») o la Junta de Historia y Numismática, que bajo su Ministerio pasó a recibir un reconocimiento oficial y a ocupar la sede del primero en la Manzana de las Luces. Del mismo modo esas inquietudes surgieron en y desde esa Universidad de La Plata que creó y que creyó deber encolumnar bajo la divisa, finalmente tan contradictoria, de servir a la ciencia y a la patria. Nuevamente aquí no se trataba de una conversión ideológica a las nuevas doctrinas emergentes en Europa, sino de un programa que combinaba patriotismo y reforma social para construir esa necesaria Argentina, armónica y homogénea.[264]

264. DEVOTO, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, *op. cit.*, pp. 35-36.

Hacia 1910, cuando su mitrismo se había consumado y aparecía como pluma principal en *La Nación*, JVG veía avanzada la obra y resultaba ciertamente optimista.

> Eliminados los factores inasimilables: negros e indios, quedaron los mestizos, pero, a su vez, la evolución produjo la sangre criolla, que es también europea, de donde saldrá el tipo étnico nacional similar al de la raza europea, pura por su origen y pura por la selección operada en nuestro suelo sobre la sangre criolla que es también sangre europea. [...] La enorme ventaja económica de esta evolución no necesita acaso inventario o prueba: suprimidos los elementos de degeneración o corrupción, que significan debilidad, agotamiento, extinción y en otro orden ineptitud y falta de resistencia para el trabajo creador y productivo, quedaba pues un producto selecto de sangre blanca, pura o depurada, cuyo coeficiente o «ratio» de potencia mental, de labor, de energía y voluntad, y cuya asimilación a las altas formas de la cultura se hallan demostradas por los resultados históricos de las más grandes nacionalidades contemporáneas.[265]

En 1912 se enfrenta críticamente a la promulgación de Ley Sáenz Peña. En 1914 participa de la fundación del Partido Demócrata Progresista para generar una alternativa de continuidad para el conservadorismo.[266] La elite argentina había entrado en el siglo XX en contradicciones cada vez más profundas con su ideología, en su propio seno se advertían resquebrajamientos que derivaban de la imposibilidad de dar soluciones coherentes a los problemas económico-sociales del país sin romper con sus privilegios; las fuerzas populares adquirían una potencia política demasiado grande y una conciencia de su importancia que se tornarían peligrosas si no se las orientaba dentro de las vías legales.

Los resultados de la elección de 1916 abrieron otro escenario. La irrupción del radicalismo yrigoyenista significó para él una pesadilla. Lo combatió desde su lugar en el Senado, denunciando las intervenciones federales. La sociedad no tomó la dirección que la racionalidad reformadora, integradora y subalternizadora había propuesto a la clase dominante en su trayectoria. La política tomaba un curso democrático pero no orientado en la dirección que González había deseado. La república soñada por él resultó una ilusión. Se imponía una idea democrática vinculada a la solución de las demandas sociales en lugar del encauzamiento paternalista propuesto por González.

265. *OCJVG*, vol. XXI: *El Juicio del Siglo*, p. 187.

266. Desde ese momento las fuerzas conservadoras no llegaron al poder nacional por vía democrática hasta la actualidad. Solo lo hicieron con la cooptación de las dirigencias de las fuerzas populares o por vía militar.

BIBLIOGRAFÍA

Acerbi, Norberto

1999 *Eduardo Wilde. La construcción del Estado nacional roquista*, Buenos Aires, Confluencia.

Acha, Omar

2009 *Historia crítica de la historiografía argentina*, vol. I: *Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo.

Agüero, Ana C.

2010 «La naturaleza de las cosas. Notas introductorias al *Estudio sobre la revolución*, de Joaquín V. González» (Introducción), en González, Joaquín V., *Estudio sobre la revolución y otros escritos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Alcorta, Amancio

1916 *La instrucción secundaria*, Buenos Aires, La Cultura Argentina (la primera edición es de 1886).

Altamirano, Carlos

2005 *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

2013 *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Amadeo, Octavio

1940 *Vidas argentinas*, Buenos Aires, Bernabé y Cia. editores.

Amaral, Edgardo

1961 *Lisandro de la Torre y la política de la reforma electoral de Sáenz Peña*, Buenos Aires, Imprenta López.

Aricó, José María

1999 *La hipótesis de Justo*, Buenos Aires, Sudamericana.

Auza, Néstor

1981 *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

Ávalos, Ángel

1910 *Pensamiento y acción. Escritos, conferencias, discursos parlametarios*, Córdoba, Imprenta Argentina.

Baily, Samuel

1984 *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Bazán, Armando R.

1979 *Historia de La Rioja*, Buenos Aires, Plus Ultra.

Bertoni, Lilia

2001 *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

2003 «Acerca de la nación y la ciudadanía en la Argentina: concepciones en conflicto a fines del siglo XIX», en Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Bialet Massé, Juan

1985 *Informe sobre el estado de la clase obrera en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 2 vols.

Bibbó, Federico

2008 «Tertulias y grandes diarios. La invención de la vida literaria en los orígenes del Ateneo de Buenos Aires (1892)», en *Orbis Tertius*, 13(14), UNLP.

Botana, Natalio

2011 *El orden conservador*, Buenos Aires, Edhasa.

Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel

1997 *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel.

Bruno, Paula

2005 *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

2011 *Pioneros culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI.

2012 «Mamuts vs. hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el fin-de-siglo», en Pita González, A. y Marichal Salinas, C. (coords.), *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México, El Colegio de México-Universidad Colima.

Bruno, Paula (estudio preliminar y selección de textos)

2004 *Travesías intelectuales de Paul Groussac*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

Buchbinder, Pablo

1997 *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.

Carbía, Rómulo

1939 *Historia crítica de la historiografía argentina (Desde sus orígenes en el siglo XVI)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata.

Cárcano, Miguel Á.

1963 *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Cepeda.

Cárcano, Ramón

1944 *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Sudamericana.

Carman, Carolina

2013 *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Prometeo.

Cattaruzza, Alejandro

2007 *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana.

Centro Editor de América Latina

1972 *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Chávez, Fermín

1961 *Vida del Chacho*, Buenos Aires, Theoria.
2012 *Epistemología para la periferia*, Remedios de Escalada, Ediciones de la UNLa.

Chein, Diego

2009 «Pueblo-Nación; Pueblo-Clase, Pueblo-Masa. Sentidos de lo "popular" en la articulación sociocultural de la literatura nativista argentina», en *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid.
2010 «Escritores y Estado en el Centenario: Apogeo y dispersión de la literatura nativista argentina», en *Revista Chilena de Literatura*, nº 77, pp. 51-73.

Comisión Argentina de Homenaje a Joaquín V. González

1965 *Joaquín V. González en el centenario de su nacimiento. 1863-6 de marzo-1963*, Buenos Aires.

Comisión Central de Homenaje a Ángel Vicente Peñaloza

1969 *Ángel Vicente Peñaloza*, Buenos Aires, Hachette.

De la Fuente, Ariel

2007 *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo.

De la Vega Díaz, Dardo

1955 *La Rioja heroica*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba.

De Vedia, Joaquín

1954 *Como los vi yo. Semblanzas de Mitre, Roca, Jaures, Clemençeau, Alem, Pellegrini, B. de Irigoyen, A. Del Valle, A. de Vedia; Herrera y Obes, Quintana, P.C. Molina, E. Becher*, Buenos Aires, Gleizer.
1923 Nota necrológica en *La Razón*, 21 de diciembre.

Degiovanni, Fernando

2007 *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en la Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Del Mazo, Gabriel

1955 *El radicalismo. Ensayos sobre su historia y doctrina*, Buenos Aires, Raigal.

Devoto, Fernando

1992 «Idea de Nación, inmigración y "cuestión social" en la historiografía académica y en los libros de textos de Argentina (1912-1974)», en *Revista de Estudios Sociales*, nº 3, segundo semestre.
1992 *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos.

2002 *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.
2006 «Estudio preliminar», en García, Juan A., *La ciudad indiana, Sobre nuestra incultura y otros ensayos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
2006 *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
2008 «La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá», en Altamirano, C. (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Jorge Myers (ed.), Buenos Aires, Katz.
2013 «En torno a la formación historiográfica de José L. Romero», en Burucúa, José E.; Devoto, Fernando y Gorelik, Adrián (eds.), *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura*, San Martín, UNSAM Edita.

Devoto, Fernando y Pagano, Ana

2009 *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

Díaz, Honorio A.

1983 *Ley Sáenz Peña: pro y contra*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Dos Santos, Estela

1972 «Realismo tradicional: narrativa rural», en Centro Editor de América Latina, *Historia de la literatura argentina*, t. II: *El desarrollo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Dussel, Inés

1997 *Currículum, humanismo y democracia en la enseñanza media (1863-1920)*, Buenos Aires, Flacso-Eudeba.

Escudé, Carlos

1990 *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires, Tesis.

Fernández, Sandra y Navarro, Fernando

2011 *Scribere est agere. Estanislao Zeballos en la vorágine de la modernidad argentina*, Buenos Aires, La quinta pata & Camino Ediciones.

Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel

1981 *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.

Ford, Aníbal

1987 *Desde la orilla de la ciencia. Ensayos sobre identidad, cultura y territorio*, Buenos Aires, Puntosur.

Galasso, Norberto

1983 *Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.

Gallo, Ezequiel

2010 *El pensamiento de los conservadores*, Buenos Aires, El Ateneo.

Gallo, Ezequiel y Cortés Conde, Roberto

1972 *La república conservadora*, Buenos Aires, Paidós.

Gálvez, Manuel

2003 *Recuerdos de la vida literaria*, Buenos Aires, Taurus, 2 vol.

García Fanlo, Luis

2009 «Sociología positivista y argentinidad en el discurso de Carlos Octavio Bunge (1875-1918)», 7 de abril, en luisgarciafanlo.blogspot.com.ar (última visita 28 de enero de 2015).

2010 *Genealogía de la argentinidad*, Buenos Aires, Gran Aldea Editores.

Gerchunoff, Pablo; Rocchi, Fernando y Rossi, Gastón

2008 *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*, Buenos Aires, Edhasa.

Giusti, Roberto

1954 *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Raigal.

Goebel, Michael

2013 *La Argentina partida. Nacionalismos y política de la historia*, Buenos Aires, Biblos.

González, Horacio

1999 *Restos pampeanos*, Buenos Aires, Colihue.

González, Horacio (comp.)

2000 *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Colihue.

González, Joaquín V.

1888 *La tradición nacional*, Buenos Aires, Félix Lajouane.

1912 *La tradición nacional*, Buenos Aires, Librería La Facultad de Juan Roldán.

1935-1936 *Obras Completas de Joaquín V. González*, Buenos Aires, Congreso de la Nación Argentina-Universidad Nacional de La Plata, 25 volúmenes.

1983 *El Juicio del Siglo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, con prólogo de Jaime Rest.

2010 *El Juicio del Siglo*, Buenos Aires, Eudeba, edición comentada de Alberto Dalla Vía y Jorge R. Vanossi.

Groussac, Paul

2001 *Los que pasaban*, Buenos Aires, Taurus.

Guglielmino, Osvaldo

1954 *Rafael Hernández, el hermano de Martín Fierro*, Buenos Aires, Perlado.

Halperin Donghi, Tulio

1981 «Un nuevo clima de ideas», en Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel, *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.

1981 «La historiografía: treinta años en busca de un rumbo», en Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel, *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.

1998 «¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)», en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, segunda edición ampliada.

Hernández, José y Sarmiento, Domingo F.

1999 *El Chacho. Dos miradas*, Buenos Aires, Ameghino.

Hernández Arregui, Juan J.

1957 *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Amerindia.
1960 *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Hachea.

Herrero, Alejandro

2004 «El emprendimiento universitario de Joaquín V. González y su mentado chovinismo», en Biagini, Hugo y Roig, Arturo (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo I. Identidad, utopía, integración (1900-1930)*, Buenos Aires, Biblos.

Hobsbawm, Eric

1999 *La invención de la tradición*, Buenos Aires, Grijalbo.

Ibarguren, Carlos

1935 *Estampas de argentinos*, Buenos Aires, Librería y Editorial La Facultad.

Ingenieros, José

1957 *Sociología argentina*, en *O.C.*, vol. VII, Buenos Aires, Elmer.

Irazusta, Julio

1974 *Entre dos siglos. Memorial de la Patria*, Buenos Aires, La Bastilla.
2012 Jaramillo, Ana (comp.), *Fermín Chávez. Epistemología para la periferia*, Remedios de Escalada, Ediciones de la UNLa.

Jauretche, Arturo

1967 *Los profetas del odio y la Yapa. La colonización pedagógica*, Buenos Aires, Peña Lillo.

Jitrik, Noé

1969 *El 80 y su mundo. Presentación de una época*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
2009 *Panorama histórico de la literatura argentina*, Buenos Aires, El Ateneo.

Korn, Alejandro

1961 *El pensamiento argentino*, Buenos Aires, Nova.
1983 *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Solar.

La Facultad (ed.)

1923 *Joaquín V. González. 6 mayo 1863-21 diciembre 1923. In memoriam*, Buenos Aires, Homenaje de La Facultad.

Laforgue, Jorge (ed.)

1999 *Historia de los caudillos argentinos*, Buenos Aires, Punto de Lectura, con estudio preliminar de Tulio Halperin Donghi.

Leguizamón, Martiniano

1957 *Recuerdos de la tierra*, Buenos Aires, Solar/Hachette, con prólogo de Joaquín V. González.

Levene, Ricardo

1935 *Ideas sociales directrices de Joaquín V. González*, La Plata, Universidad de La Plata.
1947 *Historia de las ideas sociales argentinas*, Buenos Aires, Austral.

López, María P.

2004 *Lugones: entre la aventura y la cruzada*, Buenos Aires, Colihue.

López, Vicente F.

1920 *Manual de la Historia Argentina*, Buenos Aires, «La Cultura Argentina», con un estudio sobre el autor por Carlos Ibarguren.

Ludmer, Josefina

2011 *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

Lugones, Leopoldo

1961 *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba.
1978 *El payador*, Caracas, Ayacucho.
1980 *Historia de Roca*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
1981 *El Imperio Jesuítico*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Marasso, Arturo

1946 *Joaquín V. González*, Buenos Aires, Emecé.
1963 «Prólogo y notas», en González, J.V., *Mis montañas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada.

Mariño, Marcelo

2014 «La apuesta sensible. El sentimiento nacional como pedagogía en tiempos de multitudes», en Pineau, Pablo (dir.), *Escolarizar lo sensible. Estudios sobre estética escolar (1870-1945)*, Buenos Aires, Teseo.

Martínez, Teófilo

1910 *Contemporáneos ilustres (argentinos)*, París, Garnier.

Mercado Luna, Ricardo

1974 *Los coroneles de Mitre*, Buenos Aires, Plus Ultra.

Montergous, Gabriel

1985 *La generación del 80 y el Proceso Militar*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Myers, Jorge (ed. de vol.)

2008 *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz.

Myers, Jorge (prólogo)

2010 *El pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento*, Buenos Aires, El Ateneo.

Núñez, Eduardo (comp.)

s/f *Tradiciones hispanoamericanas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Obligado, Pastor

1955 *Tradiciones argentinas*, Buenos Aires, Hachette.

Ocampo, Alberto

1962 *El pensador de Samay Huasi*, Córdoba, Dirección General de Publicidad.

Onega, Gladys S.

1969 *La inmigración en la literatura argentina*, Buenos Aires, Editorial Galerna.

Oszlak, Oscar

1982 *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Palacio, Ernesto

1954 *Historia de la Argentina. 1515-1938*, Buenos Aires, Alpe.

Palti, Elías J.

2006 *La nación como problema. Los historiadores y la «cuestión nacional»*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Paz, Gustavo

2007 *Las guerras civiles (1820-1870)*, Buenos Aires, Eudeba.

Pérez Amuchástegui, Antonio J.

1972 *La historiografía (1880-1930)*, Buenos Aires, Glauco.
1981 *Mentalidades argentinas. 1860-1930*, Buenos Aires, Eudeba.

Persello, Ana V.

2007 *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa.

Podgorny, Irina

2009 *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*, Mendoza, Prohistoria.

Ponce, Aníbal

1976 *Sarmiento constructor de la nueva argentina y La vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, Solar-Hachette.

Portantiero, Juan C.

1999 *Juan B. Justo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Prieto, Adolfo

1966 *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
2006 *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Privitellio, Luciano de

2009 *El pensamiento de la Generación del 80*, Buenos Aires, El Ateneo.

Pró, Diego

1965 *Periodización del pensamiento argentino*, Mendoza, Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo (EDIUNC).

1965 «Joaquín V. González», en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 1, primera época, pp. 73-74.

Puiggrós, Adriana

2003 *El lugar del saber. Conflictos y alternativas entre educación, conocimiento y política*, Buenos Aires, Galerna.

Puiggrós, Adriana (dir.)

1991 *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Colección Historia de la educación en la Argentina II, Buenos Aires, Galerna.

2006 *Sujetos, disciplina, currículo en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*, Colección Historia de la educación en la Argentina I, Buenos Aires, Galerna.

Puiggrós, Rodolfo

1965 *Pueblo y oligarquía*, Buenos Aires, Buenos Aires, Jorge Álvarez.

1973 *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, CEPE.

Ramos, Jorge Abelardo

2013 *Revolución y contrarrevolución en Argentina. 3. La bella época*, Buenos Aires, Peña Lillo-Ediciones Continente.

Ramos Mejía, Francisco

1915 *El federalismo argentino (Fragmentos de la Historia de la Evolución Argentina)*, Buenos Aires, La cultura argentina.

Renan, Ernest

2010 *¿Qué es una nación?*, Buenos Aires, Hydra, con prólogo de Anthony D. Smith.

Rest, Jaime

1979 *Conceptos fundamentales de la literatura moderna*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Rivera, Jorge (selección, prólogo y notas)

1980 *J.V. González y A. Ponce. El ensayo de interpretación (1910-1930). Antología*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Rivero Astengo, Agustín

1937 *Hombres de la Organización Nacional. Retratos literarios*, Buenos Aires, Edición del Jockey Club.

Rofinelli, Gabriela

2000 «¿Cientificismo o ensayismo? Un siglo de disputas sociológicas», en González, H., *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes, Buenos Aires, Colihue.*

Roig, Arturo

1986 *El siglo XIX latinoamericano y las nuevas formas discursiva*», en Roig, A. (comp.), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

2006 *Los krausistas argentinos*, Buenos Aires, El Andariego, ed. corregida y aumentada.

Rojas, Ricardo

1923 *Elogio de J.V. González*, Buenos Aires, Instituto de Letras de la UBA.
1951 *Eurindia. Ensayo de estética sobre las culturas americanas*, Buenos Aires, Losada.
1960 *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, vol. VIII, 2: *Los modernos*, Buenos Aires, Kraft.
2010 *En la selva*, Buenos Aires, Taurus, con presentación de María Teresa Gramuglio.
2011 *La restauración nacionalista*, La Plata, UNIPE: Editorial Universitaria, con presentación de Darío Pulfer.

Rojo, Roberto

2008 *Escritores riojanos, de Joaquín V. González a Bravo Tedín*, La Rioja, Nexo.
2013 *El divino Joaquín*, La Rioja, Nexo, tercera edición.
2005 «Joaquín V. González, entre el talento y la timba», en *Todo es Historia*, nº 460, noviembre, pp. 6-21.

Roldán, Darío

1993 *Joaquín V. González, A propósito del pensamiento liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Romero, José L.

1956 *Imágenes y perspectivas*, Buenos Aires, Raigal.
1984 *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Hachette.

Rosa, Nicolás (ed.)

2002 *Historia del ensayo argentino. Intervenciones, coaliciones, interferencias*, Buenos Aires, Alianza Editorial.

Rubione, Alfredo V.

1983 *En torno al criollismo. Textos y polémica: Ernesto Quesada. «El criollismo en la literatura argentina y otros textos»*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Sabato, Hilda

2012 *Historia de la Argentina. 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comps.)

2003 *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Sáenz Hayes, Ricardo

1960 *Ramón J. Cárcano. En las letras, el gobierno y la diplomacia (1860-1946)*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.

Sánchez Viamonte, Carlos (prólogo)

1964 *Joaquín V. González. Homenaje en su Centenario*, Buenos Aires, Comisión Popular de Homenaje a Joaquín V. González.

Sarlo, Beatriz y Altamirano, Carlos

1997 *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ariel.

Sarmiento, Domingo F.

2001 «Prolegómenos. ¿Qué es la América?», en *Conflicto y armonías de las razas en América*, San Justo, Universidad Nacional de La Matanza.
2009 *Facundo*, Villa María, Eduvim, con estudio preliminar de José P. Feinmann.

Scandizzo, Delfor

2008 *Los conservadores. De Alsina a Fresco*, Buenos Aires, Claridad.

Scenna, Miguel A.

1975 *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires, La Bastilla.

Sebrelli, Juan J.

2003 *Crítica de las ideas políticas argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana.

Shumway, Nicolás

1993 *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé.

Solari, Herminia

1996 «Joaquín V. González: algunas consideraciones alrededor de la idea de Nación», en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, nº 13, Universidad Nacional de Cuyo.

Solari, Juan A.

1965 *Perfiles parlamentarios argentinos*, Buenos Aires, Bases.

Soler, Ricaurte

1968 *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós.

Spilimbergo, Jorge E.

1974 *Juan B. Justo y el socialismo cipayo. El socialismo en la Argentina*, Buenos Aires, Octubre.

Svampa, Maristella

1994 *El dilema argentino. Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto-Imago Mundi.

Tedesco, Juan C.

2003 *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Terán, Oscar

1987 *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
2000 *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la «cultura científica»*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
2008 *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Tíndaro, Celso

1938 *Ideario de Joaquín V. González*, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 2 t.

Torres Molina, Ramón

1998 *El federalismo del interior*, Buenos Aires, Ediciones Al margen.

Ugarte, Manuel

1943 *Escritores iberoamericanos de 1900*, Santiago de Chile, Orbe.

Viñas, David

1964 *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.

Wasserman, Fabio

2008 *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo.

Zimmermann, Eduardo

1995 *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés.

La tradición nacional

Nota a la edición de 2015

La primera edición de *La tradición nacional*, de 1888, ha sido la fuente en la que hemos basado la que hoy presentamos. En 1912 se publicó la primera parte de la obra –por Librería «La Facultad» de Juan Roldán–, donde Joaquín V. González decidió incluir la carta que en 1889 le remitiera el general Mitre como comentario a su lectura de *LTN*, aquí reproducida en Apéndice. Cuando ha sido necesario, además, hemos consultado el volumen XVII de las *Obras Completas de Joaquín V. González*, de 1936 –edición ordenada por el Congreso de la Nación Argentina y encargada a la Universidad Nacional de La Plata–, el cual recoge tanto el texto de *LTN* como el de la histórica carta donde Mitre deja sentada posición sobre el canon historiográfico dominante.

Libro primero

I. LA TIERRA Y EL HOMBRE

No recuerdo dónde he leído –creo que en las inmortales páginas de Montesquieu sobre las leyes– que en los pueblos que habitan las inmensas llanuras abrasadas por el sol nacen aquellos grandes caracteres, mezcla de abismos profundos y de horizontes abiertos, donde las pasiones más tenebrosas fermentan, y pugnan por estallar las más colosales ambiciones, donde la libertad es un anhelo innato pero voraz, y la dominación una tendencia perfectamente paralela, aunque paradójica, con la libertad.

Todos los caracteres, todas las tendencias, todas las pasiones, tienen en la variada naturaleza de nuestro país un teatro aparente: desde las montañas inaccesibles coronadas de nieve y de sol, de cuya cima la vista revela al espíritu ámbitos infinitos, hasta la llanura dilatada y seca, despojada de verdura, donde la vista no revela vastos horizontes, pero el espíritu descubre dentro de sí mismo anhelos inagotables, tanto más profundos cuanto más extensa es la planicie que el ojo no puede abarcar; desde las márgenes sonrientes de los grandes ríos, morada de la poesía nativa, donde a no dudarlo se oculta la musa nacional velada por las brumas matinales, hasta las selvas del trópico que desafían las facultades creadoras del hombre en busca del arma, del elemento, de la fuerza con que ha de combatir la avasalladora expansión de sus raíces seculares.

Cada una de estas regiones imprime en el alma de sus moradores su sello propio –la consagración y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos–; cada uno tiene su poesía, su música, sus tradiciones, su religión natural y su concepción peculiar del arte y de la vida misma; y las influencias de estos elementos físicos, formando la fuerza motriz latente de cada hombre, de cada tribu, de cada raza, están destinadas a producir las grandes evoluciones que la historia recoge después, que la filosofía analiza, que la política dirige y encauza en una corriente común.

Pero ni la historia ni su filosofía ponen de relieve las palpitaciones internas del corazón de los pueblos, ni recogen las armonías que flotan en la atmósfera, ni las invisibles pero grandiosas escenas que teniendo por teatro un valle estrecho, una montaña escarpada y sombría, conmueven, sin embargo, en su cimiento la

vida de una agrupación, y que solo se perpetúan por la tradición oral, hasta que los rapsodistas –esos Homeros de todos los tiempos– las convierten en poemas; y esos poemas tradicionales son las notas escapadas del conjunto al historiador, que solo percibe las grandes armonías, el tema general.

La poesía es la armonía de la historia, y las tradiciones populares son las flores silvestres con que los pueblos adornan a esa reina de las artes. Un pueblo sin poesía es un cuerpo sin alma; pero ese pueblo no ha existido nunca, ni existirá en el futuro.

II. EVOLUCIÓN, TRADICIÓN

Las grandes conmociones sociales, las grandes revoluciones que renuevan la savia y el espíritu de una época, comienzan su elaboración en el sentimiento, que se convierte en idea y en acción; por eso los largos períodos de quietud, si bien son una atmósfera propicia para las artes, envuelven el peligro de una decadencia moral: si un pueblo no es revolucionario, por lo menos debe ser constantemente evolucionista. La evolución es la revolución de los espíritus: es la fórmula del progreso humano.

La tradición popular, transmitida de unas generaciones a otras, revela la existencia de un culto por la memoria de los tiempos pasados y de los hombres que fueron su alma; revela que hay una preocupación permanente por mantener la unidad del drama social, sin la que el espíritu colectivo se expondría a perder su punto de apoyo.

Si se me dice que hay en la historia de una sociedad un período del que no han quedado tradiciones ni recuerdos, deduzco que ese período fue teatro de cataclismos sangrientos que sepultaron en sus ruinas actores y espectadores; que allí no hubo pueblo ni espíritu público; que en él no alentaba un alma ni germinaba un pensamiento; que un inmenso y profundo abismo interrumpió la marcha del perfeccionamiento social.

Y, sin embargo, tal es el apego del hombre por su pasado, que cuando esos intermedios de sombra se presentan en su historia, se esfuerza por llenarlos de creaciones más o menos fantásticas, más o menos oscuras como el alma de esas épocas; y de allí esas teogonías vacías de fundamento aparente con que reemplazan la acción humana; de allí esas abdicaciones inexplicables de las que resultan largos siglos de retardo en la ascensión del espíritu.

La poesía, la tradición, como elementos primos de la historia, y como sus mejores y más bellos atavíos, son, pues, esenciales a las agrupaciones humanas; y si quisiéramos reconstituir una nacionalidad sumergida en esas tempestades que derriban toda la labor de los siglos, podríamos, estudiando su poesía y sus tradiciones, que han quedado flotando sobre las ruinas como el polvo que levantan los terremotos, elevarnos a la concepción del alma que tales acentos produjo, de la organización social que tales actos ejecutó y que la tradición perpetúa. ¡Y cuánta vida, cuánto color, cuánta armonía prestan a la historia –de suyo tan severa– los apasionados relatos transmitidos por la pasión de un pueblo a su posteridad! ¡Con cuánto brillo se destacan en el tiempo esos seres sublimizados por el amor, divinizados por la religión, exaltados por la fantasía, cuando han con-

densado en su pensamiento, en su corazón y en sus sacrificios por la libertad, todas las ideas, todos los sentimientos y todos los magnánimos heroísmos de su generación!

La historia descarnada y fría, desnuda de los atavíos con que la adorna el sentimiento humano, se parece a aquellos maestros rígidos y patibularios que instruían el entendimiento secando el corazón, o a esas llanuras abrasadas por el sol, donde ni una sola corriente de agua hace brotar las yerbas y las flores que refrescan y perfuman el ambiente.

III. IMPORTANCIA DEL PASADO

Yo he recorrido algunos rincones ignorados de nuestro suelo; he penetrado en las gargantas de las montañas donde las razas extinguidas levantaron sus fortalezas; he visto algunas de esas construcciones graníticas que aún el tiempo y la civilización no han destruido; he seguido las huellas de la conquista religiosa y de la conquista militar; y –lo confieso– me he sentido conmovido ante el genio perpetuado en piedra, ante el valor indómito revelado por la tradición y la arquitectura, ante la pasión íntima de una raza destruida que, como los luminosos pueblos de la India primitiva, tuvo sus poemas, sus dioses, sus héroes y sus grandes amores.

Penetrar con la investigación en los misterios de los tiempos prehistóricos; escuchar, siquiera sea a tan enorme distancia, los cantos, los gritos y las palpitaciones de una sociedad que ha desaparecido; remover el polvo que cubre sus cenizas, y con ellas, todas las revelaciones de su vida desbordante de savia, es entrar en un templo solitario, donde bajo la majestad de las bóvedas sombrías, se percibe el rumor inmenso del órgano del semejante a la música de las olas que se escucha a lo lejos... Hay siempre algo sagrado en el misterio de esas vidas que han cesado de latir. Hacer resucitar las razas del fondo de sus sepulcros, es dar al mundo una revelación. La exhumación de los poemas indios, de los jeroglíficos egipcios, de los ladrillos babilónicos, fue en el siglo XVIII una revolución literaria y científica. ¡Cuántos tesoros duermen en el fondo de nuestras montañas, de nuestros desiertos que, desenterrados, serían quizá la gran revelación de nuestra literatura indígena!

Todos los pueblos tienen su biblia, ha dicho Michelet, y cada generación escribe en ella un versículo; y las biblias son al espíritu y a la cultura, lo que las grandes mareas a los continentes y a las altas montañas. ¿Cómo se escriben esos sublimes versos que condensan el pensamiento o el latido de una época histórica? Los pueblos cantan, sufren, esculpen, edifican, y cada poema, cada drama social, cada estatua, cada monumento, son el reflejo de su pensamiento en la literatura, en la ciencia y en el arte.

Y no se diga que es tarea estéril en tiempos en que el espíritu se encauza por corrientes positivistas, internarse en especulaciones de este género; porque el criterio positivo no significa mercantilismo, sino la investigación de los fenómenos sociales en su fuente –la naturaleza– y la averiguación de las leyes que los produjeron. Y, ¿de qué otra manera llegaremos a la fórmula natural de nuestras relaciones políticas, si no es conociendo las raíces primitivas de nuestra sociabilidad y de nuestro gobierno?

La causa de los más grandes desastres que llenan de tragedias sangrientas la marcha de la humanidad, no es otra –la historia lo prueba– que el no haber adoptado los hombres reunidos en naciones la fórmula natural de su gobierno, esto es, aquella forma que fluye de la esencia de las cosas como el fruto nace del árbol.

La evolución social se verifica en virtud de fuerzas latentes que obran de lo interior a lo exterior, equilibradas por influencias externas, como el equilibrio entre la vida animal y la atmósfera. La marcha humana sigue la resultante de esas presiones opuestas. Descubrir esas leyes latentes y convertirlas en fórmulas, es la obra del jurisconsulto que busca organizar el gobierno humano sobre bases de granito.

La poesía como manifestación primitiva del espíritu, y la tradición como esbozo primitivo de la historia, son las fuentes donde la inteligencia que analiza va a beber los elementos de la obra reveladora; y la poesía y la tradición, teniendo una raíz profunda en la naturaleza del hombre, no mueren sino que toman nuevas formas siguiendo la elevación del nivel social, y las transformaciones progresivas que los tiempos y los sucesos obran en la esencia de las razas.

IV. POESÍA Y RELIGIONES

Volvamos a nosotros. El origen del hombre americano se discute y se investiga con la ciencia y con la historia. La luz plena no está hecha aún; pero esto no me preocupa, porque la tomo desde los tiempos en que su existencia se revela con caracteres positivos.

¿Conocemos algo de aquella vida primitiva, de los sacudimientos sociales que fueron causa de la inmensa extensión que alcanzó el Imperio inca?

¿Sabemos algo de la historia íntima de los numerosos pueblos que vivieron de ambos lados de los Andes, y en las dilatadas soledades del sur del continente? ¿Tenemos alguna revelación sobre la existencia de las sociedades que nacieron y vivieron en las márgenes de los grandes ríos tributarios del Atlántico y debajo de las selvas que ellos fecundizan desde el trópico hasta el Río de la Plata?

Indudablemente la historia de esas épocas es pobre; largas intermitencias separan unos de otros los períodos conocidos; un trabajo prolijo de deducción retrospectiva nos llevaría quizás a reconstruir lo que los siglos han cubierto de sombra. Pero lo que no muere, lo que flota sobre las tinieblas y sobre los abismos, la poesía y la tradición, respiran aún sobre las grandiosas montañas y las solemnes y dilatadas llanuras, porque el pensamiento nunca se aparta del todo del suelo donde germinó; y allí, sobre las rocas gigantescas, bajo las capas de nieves eternas, por cima de las cumbres habitadas por el cóndor, en la llanura desolada, en la margen de los ríos, y dentro el espeso follaje de las selvas seculares, existen construcciones graníticas, tumbas petrificadas, leyendas míticas, canciones salvajes, idilios tiernísimos, que atestiguaron el paso de una raza gigantesca, heroica y apasionada.

El carácter de la tradición indígena es el de todo el pueblo primitivo: lo fantástico, lo incorpóreo, lo sobrenatural, basado, sin embargo, sobre los rasgos externos de la naturaleza, sobre los fenómenos sorprendentes e inexplicados que ella presenta a la imaginación de un pueblo niño, dispuesto siempre a suplir con

la divinidad lo que falta a su criterio embrionario. Y ¿qué cosa más atrayente y sublime que esas creaciones populares que no son sino los poemas de una raza? ¿Y qué cosa más bella que esas tradiciones que han inmortalizado las montañas de Escocia e Irlanda, de Bretaña, de Dinamarca y Escandinavia, de Alemania y Suiza, de España e Italia con los bardos, los trovadores, los *minesingers*, y que han elevado a la más alta forma artística los Walter Scott, los Tennyson, los Andersen, los Hoffmann, los Wagner, los Zorrilla, etcétera?

Y no nos internemos en la riquísima y nativa poesía popular de los países de Oriente, porque la India nos deslumbraría con sus epopeyas y teogonías, Persia con sus fantasías inagotables, y Arabia con sus sueños y relatos, que tienen todo el calor de sus desiertos y todo el perfume de sus cedros; no penetremos en ese sagrado hacinamiento de ruinas que corona aún las montañas de Grecia, ni en sus bosques misteriosos poblados en otros tiempos de la alada pléyade de dioses y semidioses, mitos y genios, encarnaciones de la inmigración más fecunda que conocieron los siglos; ¡no penetremos allí, porque los recuerdos nos harían derramar lágrimas, los sátiros, las ondinas nos envolverían en sus redes de música y amor, y porque Homero, Píndaro, Safo, sus historiadores y sus trágicos, sus oradores y sus atletas nos detendrían en sus dinteles silenciosos...! Hoy Grecia es un sepulcro que la humanidad riega cada siglo con sus lágrimas, porque encierra las cenizas de la belleza y del amor del mundo, y sus sueños más sublimes petrificados en el mármol en el momento del delirio. Dejémosla allí como la ha pintado el poeta:

L'harmonieuse Hellas, vierge aux tresses dorées
A qui l'amour d'un monde a dressé des autels,
Gît, muette à jamais, au bord des mers sacrées,
Sur les membres divins de ses blancs Immortels.

He ahí, pues, las fuentes siempre vírgenes de la tradición y de la historia. Una línea curva perfilada en la piedra evoca un pensamiento o revela la idea de un artífice; por eso el hombre en presencia de la naturaleza ha forjado sus dioses; y tal es el poder de ese pensamiento y de esa idea que, con la observación y la emoción que despiertan las formas, han llegado a convertirse en dominio y en fuerza sociales.

Nunca se logrará separar del todo la idea religiosa de las formas y de los fenómenos siempre nuevos que la naturaleza exhibe al espíritu y a la observación. La poesía ha nacido con el hombre, y ella, como única facultad creadora de la belleza artística, ha forjado los dioses y las religiones, pervertidos y materializados después por la especulación. Las religiones han dejado de ser una forma de la belleza ideal, cuando la poesía fue derribada del eterno pedestal de la naturaleza. Ella las crea y las sostiene; el arte es la savia que las alimenta y las salva de los cataclismos de la historia. El *Genio del cristianismo* ha hecho más por la salvación de la religión católica del naufragio del 93 que todos los libros, que todas las fulminaciones y que todas las polémicas de sus teólogos, de su Iglesia y de sus filósofos.

V. LA NATURALEZA AMERICANA

Nada hay más grandioso sobre el planeta que los espectáculos que la naturaleza americana ofrece a los sentidos y a la imaginación; nada más sublime que esas montañas gigantescas que desde Magallanes hasta el istmo de Panamá se extienden como un esfuerzo de la tierra por llegar al firmamento, con su línea de cumbres veladas por las nieblas portadoras del misterio, y cubiertas, eternamente por la nieve donde la luz se quiebra en rayos multicolores; con sus nidos de cóndores inaccesibles, o construidos en la roca hendida por los sacudimientos internos: con sus fuegos que en las tinieblas de la noche resplandecen a la distancia como auroras boreales, o cometas cuyo núcleo se escondiera en el seno del granito; con sus conmociones profundas que infunden terror secreto a hombres y animales, y que de tiempo en tiempo sumergen en el polvo las ciudades levantadas por la labor de los siglos; con sus quebradas y grutas misteriosas que la fantasía puebla de genios y ninfas, de buenos y de malos espíritus, de dioses tutelares y de leyendas míticas; con sus rebaños de ciervos y vicuñas que, como las gacelas de los Alpes, parecen llevar en su instinto delicado toda la poesía de los paisajes que habitan; con sus huracanes desencadenados que sacuden sus cimientos seculares y hacen rodar al abismo, como enormes pedazos de la montaña misma, los colosales témpanos de la nieve acumulada en las cumbres; y por último, nada que levante en el corazón y en el cerebro supersticiones, sentimientos e ideas más profundas y solemnes que las contemplaciones de esas tormentas del espacio, donde el trueno multiplicado en voces y en intensidad por cada abismo parece ser la expresión de la cólera del infinito.

Ni los sacudimientos del Ida ante el enojo de Jove, ni las tempestades del Sinaí ante la revelación de la ley de Dios, ni los estremecimientos de Cáucaso ante los esfuerzos del sublime encadenado, ni las conmociones que agitan el legendario Himalaya, morada de dioses y génesis de razas luminosas, pueden compararse a los mil fenómenos y cuadros con que los Andes sorprenden y extasían, aterrorizan y entusiasman, sacuden y avasallan al que los contempla de cerca; ni pueden las imágenes de Homero que se petrifican en mármol, ni las candentes revelaciones de Moisés que se convierten en códigos, ni los versos calcinados de Esquilo que descubren un ideal humano, ni los exuberantes poemas de Valmiki que enseñan un nuevo paraíso terrestre, contener más sublimidad, más misterio, más filosofía, ni más amor virgen y puro que las epopeyas, las biblias, las tragedias y los idilios que cantaron y sintieron las razas primitivas que habitaron las laderas de los Andes.

VI. DOS CUADROS

Permítaseme la evocación de un recuerdo personal, porque los recuerdos son el alma de estas páginas. Yo he presenciado una escena que ha quedado estereotipada en mi cerebro y que, como un manantial inagotable, alimenta mi imaginación y mantiene siempre viva esa facultad engendradora de toda poesía: la admiración de la naturaleza.

Había atravesado la desolada llanura que ha inmortalizado a Facundo, y que dio vida a muchos otros tigres humanos; ascendí a la montaña que anuncia a la

cordillera madre, y que se levanta al occidente de la triste Rioja para consolarla de las amenazas del desierto. Al lento paso de una mula que os enseña a dominar el vértigo de los grandes abismos, las sorpresas de paisajes tan variados como súbitos sostenían mis fuerzas y preparaban mi espíritu para la magna impresión de las cumbres.

No veía el sol que ya descendía; caminaba envuelto en esa media luz de las tardes, fecunda en emociones y en ideas: la sombra preparaba mi retina para la visión plena que me esperaba en lo alto. De súbito mi vista se ofusca, mi corazón se agita desordenado, mi cerebro se alucina, mi respiración se suspende, y mis pulmones, dando repentina salida a un volcán de aire comprimido, se desahogan en un grito supremo que condensaba la admiración de todas mis facultades: a lo lejos, sobre el nivel que yo ocupaba, vi como una explosión de luz blanca e irisada, las cumbres del Famatina, vestidas de nieve secular; y el sol suspendido sobre ellas como una diadema gigantesca, parecía detenerse un instante para ser admirado en la plenitud de su poder. Desde allí enviaba en haces de luz refractada por el cristal de la cima su despedida solemne a los valles inclinados que cuelgan del coloso como los velos de un templo, dibujados de flores e imitando el firmamento azul, porque la distancia y las emanaciones de la tarde presentan los paisajes medio velados por un niebla azulada. Se diría que es el incienso sagrado que la admiración de la naturaleza quemaba en las aras de aquel portentoso santuario de la poesía, y que el sol es el dios que se encierra en su inmenso cáliz de nieve.

Quedé rendido por la fatiga del espíritu. Nunca había contemplado ese cuadro, aunque mi niñez transcurrió en esos valles y en presencia de ese mismo monumento de los siglos; pero una larga ausencia de mi suelo nativo me había transformado, y mi corazón hambriento de emociones no pudo resistir sin desfallecimiento a la súbita aparición de aquel valle y de aquella montaña, a cuyo pie transcurrieron los más bellos días de mi vida, y en donde las más sangrientas tragedias forjadas por el odio de los hombres habían enlutado los hogares y repleto de cadáveres sus rústicos y humildes cementerios.

El cielo estaba limpio, y su azul comenzaba a iluminarse con las claridades precursoras de la luna. Mi cerebro no descansaba, porque al deslumbrante fenómeno del día expirante comenzaban a suceder las apacibles y silenciosas escenas de la noche siempre bella, siempre amiga, siempre llena de misterios y de encantos. Comenzaron a hablarme en su lenguaje armonioso todos los gritos, los cantos, los rumores, los aleteos y los lamentos de cuantos seres viven del aliento de la sombra. Mi memoria volaba por el pasado evocando un recuerdo en cada accidente del valle, que divisaba desde lo alto de la cumbre, merced a la luna que desgarraba las tinieblas; y así, lentamente, los pensamientos se convirtieron en sueños cuando mis ojos se cerraron al peso de la fatiga del cuerpo y el alma.

Pero me esperaba aquella noche otra sorpresa y otro sacudimiento tan profundos como los del día. Me despertó de mi sueño un estampido sordo e intermitente que parecía venir del fondo de las montañas, que temblaban como si fueran a desquiciarse; abrí los ojos y vi a la luna siempre radiante en el zenit, la cumbre nevada del Famatina brillar a lo lejos como un astro inmóvil, pero había una especie de polvo luminoso interpuesto entre mi vista y el firmamento; corrí a la cima de una roca que dominaba el horizonte, y desde donde la pendiente era casi perpendicular; desde allí, petrificado por el espanto, la admiración y el estupor,

fui testigo del drama más grandioso de la naturaleza que es dado contemplar a los hombres.

A mis pies, en las profundas cavidades que los cerros dejan entre sí, una tormenta desencadenada hervía en el seno de los abismos; las nubes apiñadas en estrechos recintos, encendidas por los relámpagos con intermitencias febriles, parecían una olla inmensa de metal candente que ardiera con explosiones infernales. En el cielo la luna, las estrellas y las cimas nevadas os ofrecen un tesoro de fantasías y de sueños tranquilos, y en el fondo de las montañas reina el horror de los elementos enfurecidos. El contraste os agobia, porque todas vuestras facultades luchan como lucha el viento con el granito. Al día siguiente a la salida del sol, volví instintivamente a mirar aquel abismo. El cuadro era distinto, pero igualmente hermoso: una extensa bóveda de nubes blancas se dilataba sobre los cerros menores y sobre los valles, como un océano congelado en el momento de la marea.

VII. LITERATURA NACIONAL

La naturaleza no ha cambiado; y si hoy los hombres de este siglo nos forjamos las más raras fantasías; si nos sentimos aterrorizados o subyugados ante la majestad de los cielos, de las montañas y de los valles; si nos llena de supersticiones extrañas el misterioso rumor que sube de los llanos a la cumbre como un himno de los desiertos a las alturas, imaginemos ¡cuánta admiración, cuántas ideas, cuántas revelaciones despertaron en el alma de aquellas razas primitivas entregadas sin defensa a la acción salvaje y avasalladora en la tierra! ¡Cuánto tesoro ignorado por nuestros poetas condenados a cantar las montañas legendarias de la patria –teatros grandiosos de nuestras epopeyas–, solo por lo que refieren los viajeros que, más felices que ellos, tuvieron la suerte de contemplarlas y de sentir las profundas emociones que levantan sus cuadros y sus fenómenos!

¡Qué matices tan nuevos y brillantes adornarían la musa nacional, si en vez de consagrarse a celebrar las glorias de ajenas civilizaciones o de culturas exóticas, volviera sus ojos hacia las selvas aún vírgenes y las llanuras desoladas donde reina ese silencio majestuoso de la inmensidad, o hacia las montañas agrestes donde en cada valle, donde en cada lago oculto, donde en cada cumbre descubriría los poemas más divinos del amor, de la tristeza, del heroísmo nativo, de la vida pastoral, y los más tiernos idilios con que Teócrito inmortalizó su patria, y que son la poesía de todos los climas donde respira la juventud del género humano!

Y allí están inmóviles sobre sus cimientos de granito, como páginas esculpidas de la remota historia, las ruinas y los despojos de la lucha que el hombre primitivo sostuvo con la montaña y sus fatales estremecimientos; allí están todavía, sin que les falte una piedra, los campamentos en que se atrincheraron las tribus denodadas en sus combates por el predominio de la fuerza, del derecho y de la sangre; allí, las fortalezas donde, reunidos ante el peligro común, se sacrificaron a millares por los huesos de sus padres, por la honra de sus héroes, por la divinidad de sus creencias y por la gloria de sus tradiciones.

Pero no; lejos de ir a evocar sus manes sagrados, nuestra generación indiferente va ahondando su sepulcro; y cuando las evoluciones sucesivas y nuestras desgracias futuras nos arrojen en las pendientes de la decadencia de que ningún

pueblo se ha salvado, no será ya tiempo de remover sus cenizas, ni de buscar en su pasado aquel vigor indígena que nos haría inconmovibles, y que nos identificaría con la naturaleza –única savia que no se agota, única fuerza que no logran vencer las más radicales transformaciones de los siglos–.

La libertad no es obra del convenio de los hombres, ni de la bondad de los reyes, ni de los dones de los dioses que el hombre adora sin comprender; ella es hija de la naturaleza, y tiene sus raíces profundas en la tierra. Y, ¿para qué querríamos literatura, arte y ciencias, sino para levantar el espíritu nacional a la inteligencia de su grandeza, para iluminar a las sociedades en su evolución histórica y para ser libres hasta la eternidad?

VIII. LA LLANURA, LA POESÍA, LOS SEPULCROS

Si descendemos a la llanura que se extiende como un océano interior entre las regiones montañosas y las de los ríos tributarios del Atlántico, y en la cual también dejaron huellas indelebles los pueblos primitivos, la impresión es diferente; pero sus influencias sobre la cultura, sobre el carácter del hombre y sus sentimientos siguen su naturaleza grandiosamente triste, pero ilimitada y misteriosa. Las creaciones fantásticas son más propias de la montaña que de las llanuras; allí influyen las sordas y recónditas convulsiones, los diálogos aterradores entre las cumbres inaccesibles y las nubes cargadas de tormentas; allí siempre habla la divinidad al corazón del indígena; la lucha con la tierra reviste proporciones colosales, y la lucha con el hombre subordina a los obstáculos ingentes de las escarpadas serranías.

Aquí la sociabilidad es más fácil y progresista, porque hay mayores dificultades para trasladar la vivienda, y porque las construcciones de piedra tienen algo de la eternidad de las montañas que las producen. El hogar está arraigado, el horizonte que se ofrece a la ambición es más limitado, y los elementos de la tradición nacen entonces de la vida íntima de los cuadros naturales o de las secretas voces del espacio, multiplicadas al infinito por las repercusiones de la piedra, que les dan todo el sentido de esos seres incorpóreos que, siendo imaginación, ideas, supersticiones en su principio, se convierten luego en divinidades amigas o adversas, según que influyan de una u otra manera en el corazón y en el cerebro.

Pero la llanura donde la vegetación parece seguir las caprichosas veleidades de la naturaleza; donde el sol agosta en germen la savia que engendra la verdura y la vida; donde las selvas espesas abrigan con ventaja a la fiera siempre en acecho; donde el hombre se abruma y se desespera ante la inmensurable extensión, y en que la falta de variedad y de matices da al espíritu y al carácter una monotonía melancólica y cierto fatalismo perezoso, no interrumpido sino cuando la falta de alimento obliga a la voluntad a correr en busca de la conservación: esa llanura silenciosa y siempre igual da, pues, a las creaciones de la imaginación, a la poesía nativa y a la tradición, toda la tristeza, la monotonía y la sombría majestad de sus misterios.

La epopeya de los pueblos que las habitan nace de los combates del hombre con la fiera o con la selva ruda; la poesía es íntima y subjetiva, porque el pensamiento no tiene múltiples paisajes, ni fenómenos de difícil explicación donde emplear su poder deductivo, o la riquísima fecundidad de creación que las compa-

raciones ofrecen al hombre de la montaña. Así, ese pensamiento solitario, aislado entre la tierra y el cielo, una vez que ha penetrado en el firmamento para forjar su dios, y en el seno de la tierra para arrancarle el alimento del cuerpo, se reconcentra en las cavidades de su propio ser, y allí solo encuentra lo incomprensible, lo inescrutable.

Conozco algunas leyendas de la llanura argentina que la tradición oral ha hecho populares, algunos caracteres, no ya de aquellos tiempos precolombinos, sino de origen más reciente, pero que no por eso pierden el colorido local, que abisman la razón del hombre de estudio, y que recuerdan algunos de esos personajes que, como Macbeth, como Hamlet, como Lear, parecen llevar en la intimidad de su alma las más sombrías ambiciones y deseos, los más tenebrosos escepticismos, los más horribles desencantos... La soledad engendra los monstruos de la tierra, y sus héroes son los que la lucha de las pasiones entregadas a sí mismas engendra en sus paroxismos insondables.

Pero allí donde los ríos serpentean y hacen brotar los oasis, donde la semilla arrojada en el seno de la tierra se multiplica y alfombra la llanura, allí donde la vida pastoril y agrícola suaviza los instintos y adorna la vida con sus encantos apacibles y sus días serenos, allí donde las selvas se levantan espontáneas para convertirse en morada de las aves y de los hombres, allí aparece la poesía tierna y sentimental, los amores tranquilos, y la tradición reviste toda la sublimidad de esos poemas, de esas églogas, de esos idilios que poblaron de armonías inimitables los bosques de la India, de la Arcadia, de Sicilia, y de Germania.

La poesía heroica desaparece después que nos ha referido los combates de los primeros antagonismos que preceden a la formación del hogar del hombre y a la posesión de la tierra. Sigue el período de la paz doméstica donde florecen los sentimientos delicados y donde cada faena y cada labor son un asunto para un idilio de Teócrito, hasta que la ola expansiva de la cultura de otros pueblos que han pasado su época salvaje hace oír su primer rugido en las puertas de las cabañas y a la entrada de las selvas seculares. Entonces renace la fibra épica; el valor que da la tierra donde se ha nacido estalla en tempestades que todo lo incendian. Pero es la epopeya de la muerte que no será cantada por los bardos primitivos, sino por los poetas de la civilización invasora. No es ya la tradición indígena, poética y sencilla la que va a cantar las hazañas de los héroes inmolados, sino la historia severa que juzga con el criterio del vencedor, y en cuyas páginas no se respiran los perfumes, ni se escuchan las músicas arrobadoras de las selvas donde vivieron y se inmolaron las razas extinguidas.

América está sembrada de sus sepulcros desde México hasta Magallanes y desde el Pacífico hasta el Atlántico; y en cada uno de ellos ha perecido una epopeya, sin que su grito de desesperación o su despedida de la patria que defendieron como los tigres de sus selvas y de sus montañas se hayan perpetuado siquiera por ningún poeta. Sus cadáveres, que sepultaron con solemne pompa y con religiosa solicitud en panteones que fueron templos, han sido removidos por la codicia que buscaba despojarlos de los adornos con que asistían a sus nupcias con la muerte, sin que nadie pensara entonces ver en esos despojos un indicio de su pasado. Conquistar es civilizar; pero la civilización no significa la muerte, ni menos la destrucción del pensamiento y del corazón de una raza.

IX. LA MONTAÑA, MITOLOGÍAS, EPOPEYAS. *LA ARAUCANA.* RECONSTRUCCIÓN DEL PASADO

Volvamos a las montañas; busquemos en sus secretos senderos y en sus espectáculos sorprendentes, las influencias que ejercieron sobre el temple de los pueblos que las habitaron; y después que hemos presenciado sus tempestades y admirado sus cuadros a la luz del sol o de la luna, preguntémosles cómo sentían y cómo admiraban aquellos hombres que nos precedieron en este nuevo paraíso.

Un ilustre argentino que dio brillo y esplendor a nuestra naciente literatura, y que fue a la vez poeta inspirado en las grandezas de su patria, escribe estas líneas que tienen toda la sonoridad, todo el brillo y toda la pasión que bullen en las montañas de América: «Cuando la tempestad se desencadena, y los relámpagos brillan en las nubes negras y el trueno repercute su voz en la tierra y el relámpago ilumina y deslumbra súbito y pasajero, entonces aquellos indios, inclinados por naturaleza a la reflexión, toman un aire sombrío y reposado, y contemplan con religioso recogimiento aquel espectáculo siempre grandioso aun para quienes conocen las leyes físicas a que obedece. Ellos ven en él con los ojos de la fantasía una batalla sostenida por las falanges miltonianas de los pillanes que se disputan entre sí el imperio de los destinos humanos, y siguen con emoción las vicisitudes de la lucha, en que las ráfagas son flechas, los relámpagos corceles de fuego, y el trueno la artillería de los pillanes cristianos. ¡Sabe Dios cuánta regla estratégica han aprendido aquellos salvajes en su estudio de las batallas atmosféricas! ¿Pues qué, el guerrero también no tiene inspiraciones como el artista, y no fingen las nubes cuanto la imaginación quiere ver en ellas? ¿No fue en su seno donde Constantino descubrió el signo que le aseguró la victoria?».[1]

¡Qué asunto tan magnífico para un poeta el pintar en estrofas candentes esos combates del cielo que, desde los poemas de la India primitiva hasta las fantasías de los pueblos occidentales, tuvieron su lugar preferente en la acción y recibieron de la musa de todos los tiempos una personificación brillante de la divinidad o de las fuerzas que conmueven el universo! ¡Qué dramas, qué leyendas ocultas en el olvido aquellas que resultan de un modo natural y sencillo de la influencia de esos fenómenos en la vida de las razas indígenas! Pienso que si se descubriera algún monumento literario de las razas de América, algo como un poema bíblico, o como una gran tragedia de aquellas que condensan una historia, ellos tendrían todos los caracteres, todos los colores, todos los sentimientos, todo el vigor descriptivo que nos asombran en los poemas de la India.

He leído mucho de esta región de la luz ideal; he sentido y he soñado con sus guerreros legendarios; he sufrido con las desgracias de sus héroes y heroínas perseguidos por los celos de divinidades envidiosas; he sentido henchirse mi corazón y dilatarse mi espíritu con nueva fuerza al leer las descripciones exuberantes de aquellas selvas vírgenes, de aquellos ríos consagrados, de aquellas montañas sumidas en nebulosas eternas, donde rugen los vientos, fulminan los rayos y repercuten los truenos mil veces en los abismos; y he visto también por encima de este

1. GUTIÉRREZ, Juan María, «De la poesía y de la elocuencia de las tribus de América», en *La Revista de Buenos Aires,* t. XX, Buenos Aires, 1869, p. 93.

horror que espanta al hombre, atravesar como un relámpago más vivo el carro luminoso de Douchmanta y de Rama, que van a vencer a los espíritus malignos, o a acudir a los sublimes desenlaces de sus dramas íntimos, tanto o más inspirados que los que Homero, Esquilo o Eurípides inmortalizaron.

En casi todas esas descripciones que la pintura clásica ni moderna no podrían trasladar a la tela, porque esta no copia las emociones ni la savia oculta, ni la música de los bosques y montañas, he reconocido la naturaleza de mi patria; sus ríos que corren desde la gran cordillera hasta el Atlántico entre orillas alfombradas de verdura, y bajo techumbres de árboles seculares; sus montañas que quisiera descubrir tantas veces como acuden a mi recuerdo; sus llanuras ilimitadas llenas de temores silenciosos y de pensamientos concentrados; el rugido de las fieras, la armonía de los cantos, el fragor de sus tormentas; y en todos estos cuadros he visto cruzar, envueltas en aureolas de fuego, las divinidades que creó la imaginación poética de las tribus de América, con las cuales sostuvieron diálogos secretos, y cuyos nombres conservaron en un idioma que remeda al vivo las voces ora dulces y apacibles, ora formidables y ensordecedoras de la naturaleza.

Como las epopeyas homérica y védica, y como la epopeya virgiliana, esas voces inexplicadas ejercieron influencia decisiva sobre los combates y sobre los actos de la vida colectiva, doméstica o política. El mismo escritor que he citado antes dice, además, sobre esto: «El rumbo que toma el núcleo de la tempestad es para el araucano un motivo de vivísima inquietud. La dirección del viento es tan decisiva en el éxito de la batalla meteorológica, como en un combate naval antes de la invención del vapor»; y refiriéndose a las luchas de la Conquista, agrega: «Si la borrasca, llevada del norte, camina de las tierras de los españoles hacia las de ellos, dicen que los pillanes van perdiendo el terreno, y procuran darles esfuerzos con voces alentadoras y briosas, diciendo: *ea yabulamen pugnamutum!* que quieren decir: «¡ea, varones, echad pie a tierra y tened esfuerzo!». Cuando, por el contrario, el viento lleva la dirección de sur a norte, creen entonces que los suyos llevan lo mejor en la pelea, y los aplauden, celebran su valentía y los animan a que persigan los contrarios, diciendo a voces: *inabimn, puen, ling bimn, urquilbimn!* –«¡seguidlos, seguidlos, varones, matadlos, no les tengáis lástima!»–. ¿Quién no encuentra reflejadas al vivo en esas palabras las explosiones repetidas del trueno que se asemeja a una artillería colosal descargada a la distancia? ¿Qué idioma ha imitado mejor jamás, si no es el de Homero, los terribles fragores de una tempestad?

Desde luego, es indudable que la tradición araucana reviste un carácter principalmente belicoso y heroico, y así está demostrado por los prolijos estudios de los historiadores de ambos lados de los Andes, por las antiguas crónicas de las colonias, y antes que ellos, por el inmortal poema de Ercilla, tanto más grandioso y rico en poesía y en material histórico, como desdeñado por los que, siguiendo el impulso dominador de las nuevas corrientes literarias, creen que no es posible armonizar lo viejo con lo nuevo.

Ercilla nada tiene que envidiar en ciertos pasajes de su obra a los cuadros más acabados que Homero, Virgilio y el Tasso describieron, o a las escenas ya tiernas, ya heroicas que narraron, y ha creado tipos de héroes indígenas y de mujeres americanas que merecen perpetuarse en la historia del arte, al lado de Elena, Hécuba, Dido, Armida y de algunas de las creaciones dramáticas de Shakespeare; y creo,

además, que la *Araucana*, como poema histórico y descriptivo, es una de las fuentes más puras de la tradición de aquella región de América. Allí, si bien no podemos tomar sus relatos con todo rigor histórico, por cuanto existe la fantasía poética, encontramos pintado y de relieve el carácter dominante de la raza vencida, sus prácticas guerreras, sus creencias, sus leyes, sus costumbres; y aun más, de todas las epopeyas conocidas, ninguna como *La Araucana* ha precisado menos adulterar la verdad para dar al poema la belleza artística, porque Ercilla encontró en América una tierra virgen, jamás descripta ni cantada, y sus descripciones inimitables de un realismo que sorprende, siendo copia exacta de una espléndida región desconocida, debían tener en su época y en todo tiempo el precioso encanto de la novedad, que va siendo tan escaso en nuestra poesía contemporánea.

Es ese mismo pueblo inmortalizado por la epopeya y la desgracia el que, siguiendo sus impulsos de dominación y de conquista, ha ocupado también las llanuras y las selvas paradisíacas de nuestras regiones australes; el que atrincherado y casi diezmado por la colonización moderna en un rincón de la tierra que dominó como soberano, y a la orilla del océano que se estrella en sus rocas, donde sus poetas y sacerdotes lloraron por largo tiempo la pérdida de su patria, hace apenas algunos años acaba de someterse por completo al imperio de nuestras leyes y de nuestra cultura, después de librar combates desesperados, y después de una larga guerra de venganza y de exterminio en defensa de lo que él, siguiendo la ley natural, creía de su dominio eterno e indisputable; y aunque la cultura araucana decayó algún tanto después que fue dominada y perseguida, y como todos los pueblos diezmados por la guerra degradaron u olvidaron sus ideales poéticos sobre religión y política, su rastro no se ha perdido del todo, y tenemos algunos literatos investigadores que tratan, siquiera sea de un modo indirecto, de reconstruir por la tradición, por el estudio de las costumbres y por la descripción de sus viviendas, todo el pasado de los pueblos de esa raza que se esparcieron por el sur del continente.[2] Atrevidos exploradores, tanto extranjeros como nacionales, han estudiado los orígenes del primitivo habitante de nuestras llanuras y de nuestras selvas patagónicas, y sus trabajos, aún no suficientemente estudiados, están destinados a suministrar luz vivísima sobre las fuentes y los elementos de la tradición precolombina. El amor por las exploraciones geográficas comienza a dar resultados halagüeños, merced a los esfuerzos del Instituto Geográfico Argentino, al que la ciencia nacional deberá muchos de sus progresos en la geografía, en la sociología y en la tradición, que, como es sabido, son los principales componentes de toda la cultura y de todo el organismo institucional.

Es por medio de esos trabajos, de esos estudios, de esas fatigas que llegarán algún día a acercarse las generaciones actuales a las remotísimas fuentes de donde brotaron; llegaron a conocer cada uno de los cataclismos que derribaron las antiguas sociedades, y las causas de sus renacimientos sucesivos: «Esa distancia de tiempo –diremos con M. de Lamartine–, esa descomposición de las lenguas, esas muertes y derrumbamientos de imperios que las hablaban, han hecho, pues, desaparecer en el pasado remoto del mundo inmensos tesoros de literatura.

2. Tenemos entre nuestros escritores al distinguido doctor E.S. Zeballos, cuyos romances histórico-descriptivos *La dinastía de los Piedra*, *Painé* y *Relmu* han logrado merecida popularidad.

Nosotros exhumamos de tiempo en tiempo en la India, en Egipto, en la China, algunos de sus despojos. ¡Gloria a los hombres de letras, que los descifran y los recomponen, como Cuvier recomponía un mundo antediluviano con la ayuda de algunas osamentas!». Y yo agrego, ¡qué gloria tan pura la que conquistarían nuestros literatos, nuestros historiadores, nuestros hombres de ciencia y nuestros poetas si lograran con sus estudios, con su dedicación constante, reconstruir aquel período luminoso de nuestras razas primitivas, que se oculta, como las cimas andinas en las nieblas permanentes, en la oscuridad de la época prehistórica! Un pueblo sin tradiciones de su origen me parece que debe sufrir los mismos desconsuelos del hombre que no ha conocido a sus padres, y debe envidiar a los otros que gozan en los infortunios recordando los días en que se adormecieron al rumor de los cantos maternales. Por eso las naciones que no tienen tradición la crean sobre la base de la naturaleza y de sus caracteres íntimos; y es ese anhelo de iluminar el pasado el que ha forjado los grandiosos poemas bíblicos, de cuya savia se alimentan las literaturas cultas de todos los pueblos.

La fantasía no morirá jamás bajo el peso de la inteligencia, como la poesía no se extinguirá de la Tierra aunque la ciencia y la historia analicen e iluminen hasta el átomo la naturaleza y su pasado; antes al contrario, el arte y la poesía deben a la ciencia y a la historia el haber descubierto nuevos tesoros, que han sido como manantiales donde la belleza ha bebido nuevos encantos. La ciencia ha hecho brotar una Venus de Milo, como el sol hace brotar del fondo del horizonte una aurora boreal; nos ha revelado los *Vedas* como el alba hace abrir las rosas llenas de perfume y de rocío. La historia nos ha traído las palpitaciones del corazón humano en los paraísos ignorados de la Tierra, las luchas magnánimas de la libertad inmaculada y los éxtasis del primitivo pensamiento religioso, que busca en las cumbres ideales su divinización, como las algas submarinas buscan en el aire y en la luz la fecundidad y la vida. La ciencia y la historia con sus múltiples auxiliares, y el pensamiento literario con su potencia deductiva y su fuerza de coordinación estética, nos harán algún día la grande y espléndida revelación de la biblia americana, que veo ya brotar de las nieblas del pasado, como la explosión de luz de un nuevo génesis.

X. CULTURA ARAUCANA

Sabemos, merced a los trabajos de eruditos historiadores, por los libros que nos dejaron los cronistas de las guerras de Indias y por las investigaciones de la ciencia, que los araucanos tuvieron una adelantada civilización, que remontaron su pensamiento a la más sublime de las ciencias exactas, y que indagaron las leyes que rigen la sucesión del tiempo; que cultivaron la elocuencia con altura, y el señor Gutiérrez y otros historiadores nos dan ejemplos de oraciones donde la forma y la intención revelan una idea muy avanzada del arte; que tuvieron sus poetas encargados de conservar la tradición de la raza, las glorias bélicas, la honra de sus dioses, y de enaltecer todo aquello que significa la manifestación de un pensamiento y de un alma; que tuvieron sus sacerdotes y sus augures, poseedores de la revelación divina y de los secretos del corazón humano, y bien se sabe cuánta importancia encierran para la explicación de los acontecimientos sociales estos per-

sonajes de que tanto provecho obtienen las creaciones literarias y líricas de la actualidad; que tuvieron sus músicos, sus fiestas solemnes, sus bailes nacionales, sus grandes pompas y sus tristes y solemnes funerales.

Las ideas religiosas eran el alma de su evolución social; sus sacerdotes, los dueños de su corazón y de su voluntad, como en casi todos los pueblos de Oriente y aun de Europa, donde la religión entra como elemento esencial en la historia. Nosotros conocemos sus creencias, pero ignoramos los acontecimientos, las grandes y pequeñas conmociones que las diferencias teológicas produjeron entre ellos; y si por desgracia no pudieron las letras americanas penetrar en esos misterios y descifrar esos hechos, quedan como elementos seguros de inducción y de recomposición los tipos sociales, las supersticiones, las palabras de su lenguaje imitativo y sus construcciones; y todas esas bases de criterio pueden llevarnos, si no a la restauración perfecta de su organismo social, por lo menos a crear una tradición fundada en el genio de la raza, una poesía nacional que se inspire en su suelo, en sus creaciones fantásticas, y así, por último, hasta identificarnos con su modo de sentir y de pensar.

Hoy que la literatura dramática parece buscar en los secretos del corazón humano los efectos sorprendentes, y la fascinación estética es buscada en los tipos originales que dan vida a toda creación artística; hoy que la novela parece sacar su savia de la misma originalidad de caracteres; hoy que las tendencias del espíritu se dirigen al estudio del hombre bajo las faces y con el criterio de las nuevas ideas biológicas, que tan saludable revolución han producido en la añeja filosofía, nada más propicio que acudir a las fuentes puras de nuestras sociedades americanas. En ellas el dramaturgo encontraría caracteres originalísimos y profundos, que darían grandeza a su obra con solo copiar la realidad, como Shakespeare hizo con sus personajes de épocas legendarias o históricas; el novelista encontraría en las misteriosas influencias de la religión, de la superstición, del heroísmo, de la pasión salvaje, de la mezcla de la civilización cristiana con la savia indígena, tipos, pasiones, fatalismos, que combinados con arte darían nuevas formas a ese género literario tan gastado y enmohecido por los que, careciendo de verdaderas facultades creadoras y descriptivas, no hacen sino alimentarse de los desperdicios de talentos superiores.

Las obras maestras de toda literatura son aquellas que condensan la índole y el genio de las sociedades en que nacen, o que logran ser la expresión gráfica de la naturaleza donde esas sociedades viven. Las demás llevan el sello de lo pasajero y transitorio; y si bien consiguen divertir a ciertas clases sociales durante un día, jamás serán el alimento de una generación y de una época.

La tradición, a su turno, tiene en las religiones nativas su fuente inagotable, porque no desdeña los detalles, sino que vive y se forma de ellos. Es el elemento atómico de la historia, la reveladora inagotable de las costumbres y de la vida íntima. Ella, explicando el sentido de una palabra, la significación de un jeroglífico, la filiación de un monumento, la fisonomía de una ruina perdida en la montaña, da vida a una narración llena de animación y de colorido, y con destello misterioso irradia sobre el carácter de una época y de una raza. La superstición, rasgo típico de toda sociedad en pañales, es uno de sus alimentos más ricos e inagotables, porque la superstición es el secreto de esas acciones que la historia no se digna profundizar. Vive del detalle, como la poesía vive de la armonía que flota

sobre todas las cosas y que nace sobre todos los choques, ya sea de los sentimientos como de las ideas que se atraen o se rechazan en el movimiento perenne de la vida material o inteligente.

Narrar esos acontecimientos de reducido teatro y de escasos personajes, recoger en un solo conjunto esas armonías salvajes que encantaron a una generación, que brotaron de las sublimes montañas de los Andes, de los ríos y las selvas de nuestras regiones australes, sería pues hacer resucitar el alma de la extinguida cultura araucana.

XI. CULTURA QUECHUA

Entre las razas que ocuparon lo que hoy es la República Argentina, es indudable que ninguna dejó huellas más vivas de su tradición y de su historia que la gran nación quechua, y esto debido a las crónicas minuciosas que nos dejaron los primeros exploradores, y aun a que fue ella la que más señales dejó en su tierra de su genio y de su cultura. Ninguna como ella presenta mayor unidad y consistencia en sus hechos, y aunque sus noticias ciertas no se remontan más allá del siglo XIV, se ve que su historia comienza en aquella época, aunque con todas las nebulosidades de que los pueblos nacientes rodean los comienzos de su existencia.

Por la naturaleza de sus leyendas podríamos deducir que forman una humanidad distinta, con su génesis, sus mitos, sus primitivos ensayos sociales, hasta presentar los primeros hechos históricos, que pueden continuarse después en orden cronológico hasta la Conquista, período en que la historia se apodera de ella hasta nuestros días; y aunque no es mi intención detenerme a discutir la exactitud de los orígenes que ellos se atribuyen, a semejanza de los indios de Asia, de los egipcios, de los germanos, de los hebreos, de los griegos, pienso que la tradición existe y que debe restaurarse comenzando por reunir en un conjunto sistematizado y uniforme todas las narraciones ya místicas, ya positivas que, enunciadas por los primeros cronistas de Indias, no han sido aún desarrolladas, ni llenados los vacíos que se advierten en la sucesión de los períodos de su vida.

La gran nación quechua tiene su génesis propio y, como todos los orígenes del hombre, se halla envuelto en la fábula que parece ser la atmósfera tenebrosa de donde brotan todas las creaciones y todas las existencias. Y si la ciencia ha penetrado en esos misterios de la concepción de los primeros seres y puede descorrer el velo de la fábula con su poderosa y profunda mirada, la literatura solo tiene la misión de recoger la fábula misma, tal cual la imaginó y la forjó en su mente oscura el hombre primitivo.

«Antes de Manco Cápac, antes de la fundación de su gran imperio, los primitivos pobladores de aquellas feraces regiones habían recorrido ya muchos siglos en el camino de la civilización: ruinas de monumentos grandiosos y aun de ciudades enteras, cuyas diversas arquitecturas no solo son esencialmente distintas de la genuina arquitectura de los incas, sino que también difieren notablemente entre sí, y respecto a las cuales, aun en el tiempo de los incas, no quedaban más que vagas tradiciones: gran número de lenguas que iban cediendo su lugar a la lengua quechua, que era la general del imperio, y muchas que aún no habían desaparecido enteramente cuando los españoles llegaron con el habla de Castilla; diversas

tradiciones, tan oscuras como fabulosas sobre los primeros pobladores de América, y sobre razas anteriores a la raza de los incas: todo demuestra claramente que las tribus que poblaban las vastas comarcas en cuyo centro se fundó la ciudad de Cuzco, que llegó a ser el corazón del imperio, contaban ya un largo pasado antes de la aparición de Manco Cápac.»[3]

Por otra parte, como todos los pueblos que se presentan a la historia con caracteres de vitalidad y consistencia, la nación quechua tuvo sus instituciones especiales más o menos parecidas a la que nos enseñan las antiguas civilizaciones de Asia, de Europa y de África; ella tuvo sus guerreros organizados a semejanza de Roma, un gobierno provincial con atribuciones y jurisdicción perfectamente deslindadas, su casta sacerdotal como Egipto, como la India, como Germania, como Grecia; sus vestales, sus cortes, sus séquitos reales, sus fiestas populares, donde la imagen de Baco helénico se presenta transfigurado por un clima tropical y por una naturaleza distinta, pero siempre rodeado de la confusa algarabía con que atronaba las selvas y los mares en sus tiempos de gloria; ella tuvo también, como la Grecia primitiva, sus danzas y sus bacanales donde el licor evoca la alegría, enciende la cólera, despierta el llanto, y de donde, después de una larga serie de transformaciones y evoluciones, surge vestida de su coturno regio, y con su máscara que nos aparta del mundo real para llevarnos a lo supuesto y lo impersonal, la tragedia solemne que se cincela con sus formas clásicas con Esquilo y Eurípides, y la comedia aristofánica que se viste con máscaras prestadas y con andrajos burlescos, donde va a ver el populacho el lado ridículo de aquellos personajes que en la tragedia le movieron al llanto; ella, como todas las razas madres de la cultura que admiramos en poemas, en pinturas y en esculturas, tuvo sus rapsodistas, sus pintores, sus escultores y arquitectos. Sus *amautas* y *haravecus*, encargados de conservar la tradición patria, de formar y descifrar los admirables *quipus* de la escritura quechua, escribieron y cantaron las glorias y las desgracias de sus antepasados, sus guerras y sus grandes revelaciones religiosas.[4] Tuvo, por lo tanto, su gran poema nacional en el conjunto de todos aquellos cantares salvajes donde palpitaba su sentimiento nativo, donde expresaban su adoración o su admiración por sus dioses naturales, entre los que descollaba el Sol como calor y alma de la naturaleza, de la Madre Tierra, culto prístino de todo ser animado.

Los orígenes de sus primeros reyes, he dicho, se pierden en las nebulosas de la fábula; pero aquellas tradiciones de raza transmitidas oralmente o por medio de su original sistema de escritura, y recogidas después por los primeros cronistas del descubrimiento de América, nos muestran al pueblo quechua con una sociabilidad formada y en vía de evolución uniforme. Tenemos noticia de sus grandes y arriesgadas expediciones a las regiones andinas y a las grandes llanuras orientales, y sus rastros conservados aún, a pesar de los estragos de la guerra de

3. ANÓNIMO, *Ollantai. Drame en vers quechuas du temps des Incas*, texto quechua con versión francesa, estudio, apéndice y vocabulario de Gabino PACHECO ZEGARRA, París, Maisonneuve & Cie., Libraires et Éditeurs, 1878.

4. CIEZA DE LEÓN, Pedro de, *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. XII, Madrid, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1880; PRESCOTT, William H., *Historia de la conquista del Perú, con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas*, Madrid, Establecimiento tipográfico de D. Ramón Rodríguez de Rivera, Editor, 1847.

conquista y del tiempo, nos indican que llegaron hasta las márgenes del Paraná, donde concluía la acción expansiva de la raza guaraní.[5] Sabemos también que de las naciones más remotas, tanto aquellas que vivían al pie de las grandes nieves como las que vivían abrumadas por el horror de la llanura abrasada, llegaban a la capital del imperio –la sagrada Cuzco– los más abundantes y ricos tributos, forma semibárbara del impuesto, pero que revela un sistema de dominio y de vasallaje, no extraño a la civilización europea hasta el principio de los tiempos modernos. Conocemos cuánta suntuosidad y elegancia desplegaron en el ornato de su gran templo del Sol (Inti-Huasi), merced al oro, la plata y la pedrería que extraían de los fabulosos veneros de los Andes, y cómo se deleitaban en rendir el homenaje del arte al que ellos consideraban el único y sabio autor de la naturaleza[6] y a sus divinidades inferiores. Es igualmente notable el que en su código religioso se comprendiera la institución de las vestales, las vírgenes consagradas al servicio del culto del Sol, y que debían elegirse entre todas las familias del imperio; y este primer esbozo de la vida monástica que encontramos establecido desde los tiempos mitológicos de la India, de Egipto, de Grecia, de Roma, si bien en sí mismo no importa una concepción elevada de la religión, él ha subsistido en todas las naciones de la Antigüedad precristiana en medio de las épocas de mayor cultura social. La violación de su voto sagrado de pureza se castigaba con la muerte, que solo podía perdonarse, y aun divinizarse, cuando de la culpa hubiera nacido un dios, porque la humanidad está siempre inclinada a deificar lo que nace del misterio.

Si, pues, tales rasgos caracterizan a esta raza privilegiada de América, y si ellos la asemejan a las razas que más luz destellaron desde la Antigüedad hacia los tiempos de la cultura europea y cristiana, transmitida por la tradición, por la poesía, por la historia, por la arquitectura y la escultura; y si admitimos que razas de semejante organización psico-fisiológica, desenvolviéndose en medios semejantes, deben producir las mismas o parecidas manifestaciones externas o internas y engendrar los mismos o parecidos sentimientos, creencias y facultades, es lógico deducir que la gran raza quechua ha tenido en formación, si no acabadas, sus tradiciones épicas, religiosas y sentimentales, y que como sus congéneres del Antiguo Oriente, vivió largos siglos envuelta en la atmósfera luminosa de sus divinidades, de sus semidioses, de sus cantos, de sus monumentos, que dan hoy a las ruinas que todos los pueblos veneran el aspecto de un génesis destruido repentinamente por el capricho de su creador en el momento álgido de su elaboración deslumbradora.

Si la literatura nacional no pudiera penetrar en el secreto de ese pasado, y desenterrar de las huacas y los templos todos los tesoros del pensamiento quechua, ¡qué espléndido campo, no obstante, encontraría para sus creaciones en lo que conocemos de él por los trabajos de arqueólogos e historiadores! ¡Cuánto personaje ya legendario, ya fantástico, ya histórico nos presenta América desde los tiempos más remotos, que pudieran ser objeto de poemas inmortales en los que respirarían el genio indígena, la savia tropical, el perfume de las selvas, la grandiosidad de las cordilleras, el misterio de los abismos, la majestad del desierto, el

5. LÓPEZ, Vicente Fidel, «Geografía histórica del territorio argentino», en *La Revista de Buenos Aires*, t. XX, Buenos Aires, 1869, p. 608.

6. CIEZA DE LEÓN, P. de, *Segunda parte de la crónica del Perú, op. cit.,* c. XXVII.

heroísmo de las luchas salvajes, la luz mística de tantas divinidades poéticas habitadoras de las cumbres y el amor puro con todos sus idilios y sus tragedias!

¡Y qué pálidos parecerían a nuestra imaginación los poemas tradicionales de Inglaterra, Alemania, Suiza, Francia y España, donde, sin embargo, sentimos todo el hervor y el brillo de la fantasía primitiva! El pueblo no repite de memoria esos poemas profundamente filosóficos que invitan a pensar, y que son hijos de la civilización moderna: ellos aprenden los cantos legendarios que refieren y celebran las hazañas de sus héroes, los sacrificios de sus mártires y las escenas del amor sin cálculo; y se complacen en recordar con religioso respeto sus orígenes, ya celestes, ya terrenos, pero tradicionales; y la tradición, de esta manera sencilla y sentimental, obra tanto en la cultura social como las más tenebrosas y elevadas concepciones del espíritu.

Los versos de Tirteo, los cantos de Mesenia, las odas olímpicas, la epopeya homérica, las baladas anglosajonas, los romances castellanos encantan más la imaginación popular que las tragedias de Esquilo y de Eurípides, que las sátiras de Horacio y de Juvenal, que los dramas de Shakespeare y Racine, que las comedias de Alarcón, Calderón, Moreto y Lope; y si quisiéramos levantar en el corazón del pueblo el sentimiento patriótico para la defensa nacional, no habríamos de hablarle en el lenguaje de las academias, sino en el idioma candente de las glorias, de las batallas y de los martirios de nuestros héroes; le hablaríamos al sentimiento, porque él enciende las cenizas de los sepulcros y precipita a los pueblos a los grandes heroísmos.

XII. *OLLANTAY*

Aún la crítica no ha resuelto si los quechuas tuvieron su gran poema nacional; y aunque ha llegado hasta nosotros el *Ollantay*, tan discutido por su origen, escrito en el idioma de los incas e inspirado en uno de los episodios más célebres de su historia, no parece prudente resolverse a adoptar la opinión de los apasionados partidarios de su filiación nativa, si se tienen en cuenta sus notables y visibles afinidades con el teatro español del Siglo de Oro.

Yo lo he leído, lo he meditado, lo he comparado con esmero con las obras más acabadas de la escena española, y mis impresiones son adversas a su origen americano; y no es porque crea que el genio quechua no hubiera sido capaz de dar vida a una obra como esta, porque su cultura artística llegó a una altura considerable, sino porque no le encuentro el sabor de la naturaleza, ni el colorido de las tradiciones de raza, ni el fervor de la creencia, ni la dulzura e ingenuidad de la poesía indígena, ni la fidelidad con los principios políticos de la nación a quien se le atribuye; y aunque es cierto que los poemas bárbaros de la India primitiva nos presentan ejemplos de una elevada concepción artística que irradia sobre el teatro griego, no creo que debamos deducir de aquí que la raza quechua pudo haber dado formas más o menos acabadas a sus obras literarias, porque la distancia de tiempo y espacio que separa a una y otra civilización es tan inmensa que, con la influencia del medio sociológico debió indudablemente perderse todo vínculo y todo reflejo entre ellas, a no ser los primitivos conceptos psicológicos que forman la esencia del ser inteligente.

Por lo menos, esa distancia de tiempo y espacio bastó para que las fuerzas externas de un nuevo clima, de una nueva naturaleza, de nuevas necesidades, de nuevas luchas, de nuevos fenómenos, transformaran por entero las tendencias morales, sociales, artísticas y religiosas del hombre americano, a tal punto que, puede decirse, se ha verificado en nuestro continente el nacimiento de una nueva humanidad organizada como la antigua, pero que forzosamente debía seguir corrientes ideales semejantes aunque no idénticas. Por otra parte, *Ollantay* no tiene parentesco literario, ni siquiera remoto, con el drama védico, de modo que toda deducción que quisiera llevarnos a afirmar la existencia de una filiación con aquel primero y deslumbrante génesis del arte sería aventurada por lo remota.

En cambio, las afinidades de esta obra con el genio del drama ibérico son indudables; y sería incomprensible una coincidencia tal para que el quechua hubiera creado ciertos personajes típicos de aquel teatro. Y nada tiene de difícil ni de extraño el que algún poeta conquistador hubiese querido ensayar la creación de un drama basado en asuntos americanos, cosa que, por otra parte, revela en el autor de la *Ollantay* una felicísima elección; y aunque las escenas no se hallan distribuidas ni ligadas con la debida armonía estética, y como la noción de tiempo y espacio lo exige, esto bien podría ser efecto de que el autor tuviese más disposiciones líricas que dramáticas o, por fin, que se hubiese extraviado parte del original durante las vicisitudes de la Conquista, y no en manera alguna porque ignorase las reglas de composición teatral, puesto que en el mismo drama se muestra perfecto conocedor de muchos difíciles y delicados recursos con que se hermosean los mejores dramas modernos.

Pero lo que más me decide a pensar que él no ha nacido de la musa americana es la falta completa de imágenes sacadas de la naturaleza, de la tierra donde actúan sus personajes; y si se exceptúan las canciones indígenas (yaraví) que figuran intercaladas con evidente cálculo, a semejanza de las que los pajes entonan bajo los balcones de sus amadas en algunas obras del teatro lírico moderno, y una que otra alusión a objetos o lugares, personas o divinidades demasiado conocidas –cosa que, por otra parte, está hecha con frialdad y medida–, no encuentro en el célebre *Ollantay* nada que demuestre un poema indígena, hijo genuino de una raza virgen que, o no tuvo contacto alguno con la cultura europea, o el que tuvo se borró por la fuerza de la distancia y de las influencias externas en una larga serie de siglos. No hallo más que una narración histórica de un episodio nacional bastante trascendental para dar motivo a un gran poema, pero nada de ese lirismo, de esa pasión salvaje, de esa profusión de imágenes, muchas veces desordenadas, pero siempre inspiradas y deslumbrantes que desbordan en los poemas primitivos de la India, de Siria, de Grecia, de Germania y de Inglaterra.

La primera inspiración del poeta nacional es describir la tierra nativa con todos los colores y las fantasías que su amor local le sugiere, exaltándolo, divinizándolo, para ofrecer a los héroes un teatro aparente a sus proezas inmortales, en las que los dioses actúan con todo el cortejo de sus divinidades, personificaciones a su vez de los múltiples fenómenos con que la naturaleza sorprende su mente embrionaria o soñadora. Es esa la tendencia natural de la poesía indígena bajo todos los climas, porque ella vive de la belleza física y de las comparaciones que evocan en la fantasía de los pueblos sus atributos, sus formas, sus armonías y sus contrastes; es así como el arte en general ha aparecido en el mundo, imitando con

el granito, con la arcilla, con el mármol, con el bronce o en la tela, las formas reales de los objetos y de los fenómenos visibles, o las que por deducción atribuyó el hombre a sus concepciones ideales.

El espíritu trae en sí mismo la llama, la facultad creadora, la materia candente, los colores; pero la naturaleza le da el molde en que han de fundirse, la forma que ha de ostentar la piedra, y el contorno y los matices que han de dar vida a la concepción ideal y al paisaje imaginado o reproducido por el pincel. Pero en *Ollantay*, que se supone obra del genio quechua, no resalta nada de esto, sino como un mero accidente que se desvanece ante la narración histórica o tradicional; nada de aquella pasión abrasadora o de aquella semivelada lujuria, de aquella admiración por las formas, de aquella exuberancia de imágenes arrancadas todas con asombrosa verdad de una tierra calentada y fecundada por el sol de los trópicos, que nos asombra y encanta, nos deleita y abruma en el poema eternamente joven y desbordante del *Cantar de los cantares*; por el contrario, si se exceptúan algunas lamentaciones amorosas desnudas de originalidad y de fuego salvaje, todo revela que el autor era esclavo de doctrinas espiritualistas, y de escrúpulos religiosos y morales sobrado conocidos, pero que nunca han dado origen a creaciones verdaderamente inspiradas en una naturaleza aún no modelada y restringida por reglas doctrinarias o sistemáticas. El temor a la desnudez ha ahogado en el poeta todos esos arranques apasionados y libres, como son los que nacen de la naturaleza, y nos ha presentado un poema mucho más pudoroso y casto que los que el pueblo hebreo nos ha legado, y cuya belleza consiste en esa espléndida desnudez de las formas y espontaneidad de los afectos, que una errada concepción del arte ha venido después a encubrir con tupidos velos, y a ahogar con temores exagerados.

La poesía primitiva es esencialmente realista, porque nace de las formas, de los colores y de los sonidos reflejados en cada una de las facultades de nuestro ser, idealizados por nuestra fantasía para satisfacer así el anhelo investigador y analítico de la inteligencia. Citerea cubierta con la túnica hebrea no sería ya la espuma de las olas, ni la Venus de Milo sería ya la sonrisa de los astros; Eva condenada, maldita y obligada a ocultar sus líneas purísimas, no es ya la primera alborada de la tierra, envuelta en la dorada nube de sus cabellos, como la creación en los haces deslumbrantes del primer sol.

Luego, pues, ese tímido recelo con que el autor de *Ollantay* oculta los arranques naturales de la savia indígena no puede concebirse de origen americano en aquella época, sino como fruto de las ideas cristianas que inmigraron en el continente con la Conquista; y aunque historiadores tan eminentes como el doctor López le atribuyan ese origen, y americanistas como Pacheco Zegarra lleguen a exaltar demasiado la civilización incaica, los que juzgan con el criterio estético y sociológico no pueden admitir esa afirmación que se oscurece ante la palidez de las imágenes, ante la ausencia de colorido local, ante la calculada mesura con que han sido prodigados los toques de efecto y de pasión, y ante la notable filiación europea de su índole literaria; y aunque no creo, como el señor Mitre, que en la civilización quechua no cabía una literatura dramática,[7] ni como el señor Prescott, que la poesía sea una mala aliada de la historia, pienso sí que *Ollantay* no puede ser el

7. MITRE, Bartolomé, «*Ollantay*. Estudio sobre el drama quechua», en *Nueva Revista de Buenos Aires*, t. I, Buenos Aires, 1881, p. 25.

drama de tal raza ni de tal clima, sino solo que como tradición escrita, puede contarse entre los ricos elementos de la crónica americana, de que más tarde la literatura nacional puede sacar abundante partido: lo primero, porque no refleja el genio de la nación de que se supone ser obra, y lo segundo, porque él ha sido escrito por un hombre que observó de cerca las costumbres indígenas, aún no borradas por la influencia genial de la raza conquistadora; y tiene la importancia histórica y tradicional de la *Araucana* y de las crónicas de Montesinos, Cieza de León, Garcilaso y tantos otros que escribieron lo que observaron durante la primera época de la Conquista, esto es, cuando aún se mantenía puro el carácter nativo.

Es mi propósito estudiar especialmente este drama, no ya con el criterio del filólogo que busca las raíces del origen por el desarrollo del lenguaje, sino con el criterio puramente literario, que si no profundiza esas arduas investigaciones, proporciona al espíritu goces más superficiales pero más amenos; y es por eso que ahora no me detengo ahora en su análisis, ni en la discusión de la controversia que he esbozado apenas, y también porque admitiendo su origen europeo, tendría que colocarlo entre los temas que la época colonial suministrara para estas líneas escritas a la ligera, y solo como un entretenimiento pasajero; como examinaré las obras más notables de nuestra literatura patria, que por su índole y su género merezcan calificarse entre las que forman nuestro arte nacional: pero ello será objeto de trabajos separados que iré preparando a medida que las ocupaciones de carácter más positivo vayan dejándome el tiempo y el reposo necesarios para esta clase de meditaciones.

Libro segundo

I. EL DESCUBRIMIENTO. FUSIÓN DE LAS RAZAS

Los primeros albores del siglo XVI anunciaron a la América la más grande de las sorpresas que hayan conmovido al mundo. Un continente ignorado y perdido entre los mares inmensurables fue sorprendido en su reposo, apenas turbado hasta entonces por sus propios sacudimientos, con la aparición de una raza nueva, aventurera y conquistadora que buscaba, como ha dicho el poeta,

ámbito y luz en apartadas zonas,

y que debía realizar la transformación más general en los destinos humanos y en las corrientes de la historia. Al mismo tiempo debía verificarse en nuestro continente una serie de evoluciones trascendentales en el carácter de las razas aborígenes, evoluciones naturales y lógicas en toda mezcla de elementos heterogéneos obligados a amalgamarse por su coexistencia en un mismo espacio limitado por términos tan colosales como son los océanos que lo rodean.

La vieja raza latina, después de haber conducido la civilización antigua hacia los tiempos modernos, salvándola de los cataclismos más sombríos de la Edad Media, no sin haber dejado jirones de su cuerpo, y encontrado estrechos los límites del Viejo Mundo, entre razas antagónicas y desiertos insondables que le cierran el paso por el norte y el oriente, tiende su vista hacia ese océano que desde tantos siglos se estrella con estruendo en sus costas, y se resuelve a lanzarse en sus soledades tempestuosas, dispuesta a realizar su sueño, o a hundirse para siempre en los abismos sobre las débiles naves de Colón. Pero el misterio de los tiempos se descubre, y a ella cabe la gloria de haber anunciado al mundo la existencia de nuevo espacio para las ilimitadas expansiones de vida.

Es en ese momento que se concibe el fruto que más tarde debía ser la América libre y hambrienta de civilización. De aquella unión de dos razas separadas por un océano, y que sin embargo se presentían por los rumores lejanos, como un diálogo de dos mundos perdidos en el espacio, nació una humanidad rejuvenecida, porque el viejo metal probado en añejas vicisitudes fue refundido en el molde vigoroso y virgen de un continente recién brotado de las olas. Pero el metal antiguo al

vaciarse candente en el molde americano debía transformar su naturaleza, así como las paredes del molde debían asimilarse la esencia del metal al llenar de él por primera vez sus poros. Las más profundas y radicales transformaciones debían operarse en el carácter de una y otra raza; pero la elaboración tenía que ser lenta y trabajosa, y durante ella debía peligrar muchas veces en formidables estallidos y en sacudimientos febriles la integridad de su organización y de su ser.

No es este un fenómeno nuevo en la historia, aunque media una enorme distancia entre los tiempos en que se ha producido. Asia engendra en Europa la primera forma de la civilización humana con sus poemas, sus biblias y sus dioses; Europa devuelve después con Grecia al Asia carcomida los frutos madurados y embellecidos por un arte deslumbrador, realizando la reciprocidad más grandiosa y brillante entre dos humanidades. La Europa occidental a su vez se siente renovada en su savia virgen, en su fantasía germánica, por las ideas, las creaciones, los martirios, los prodigios y los fulgores de una religión que era todo un inmenso ideal; y Roma, la que inoculaba su espíritu desde los tiempos fabulosos a las razas que habitaban las selvas septentrionales, siente también en su día la inundación mortífera del espíritu bárbaro que, como una consecuencia terrible de causas remotas, se desprende semejante a la lluvia de fuego de Sodoma y Gomorra, del fondo de los bosques de la misteriosa y tenebrosa Escitia.

La humanidad es como los mares que cubren el planeta: sus aguas no descansan un momento ni en la superficie ni en el fondo, y aquí las corrientes submarinas de densidades diferentes mantienen en perpetua renovación las temperaturas y en perpetua mudanza las viviendas de sus moradores. Las razas más civilizadas y viriles transponen sus linderos para lanzarse sobre las tierras habitadas por otras de nivel moral inferior, llevándoles sus caracteres y su genio; y si en los océanos la ley de las densidades produce los desbordamientos y las inmersiones de los continentes, en la humanidad la ley de la cultura produce las grandes y sangrientas revoluciones que transforman y revisten de nueva vida las épocas.

La mitología, la poesía, la tradición asiáticas emigradas a Grecia se transforman y se purifican en creaciones luminosas y en mármoles radiantes; Grecia transportada a Roma ve degradar sus formas purísimas y profanar sus ritos tan misteriosos como poéticos y trascendentales, hasta caer envuelta ella misma en el cieno del Bajo Imperio. Cada civilización ha dejado un jirón de su túnica en la tierra donde ha emigrado, o ha adquirido nuevos encantos, y nueva y más espléndida vestidura bajo las irradiaciones fecundas de nuevos climas y de nuevos paisajes. Como si las ideas, los sentimientos, las creaciones religiosas fueran el efecto de fenómenos ópticos, absorben matices diferentes al atravesar los rayos de otros soles, las emanaciones de otras atmósferas, los reverberos de otros mares.

Así, pues, la emigración latina sobre el continente americano poblado por una raza virgen y sin historia, desligada de los vínculos más o menos consistentes que mantenían la intermitente armonía de las del Viejo Mundo, significaba la evolución más extensa en las ideas, en las inclinaciones, en las creencias, en los sentimientos, en la poesía y en el arte; y aunque el nivel intelectual de la raza invasora se elevara muy por arriba del de la raza conquistada, no por eso dejaría de verificarse el hecho natural de las influencias recíprocas que dan por resultado el nacimiento de un alma nueva, heredera de los caracteres físicos y psicológicos combinados de sus progenitores; y aunque la fuerza material de las armas y la fuerza

espiritual de la creencia en la una debían fatalmente imponerse sobre la otra, no por eso dejaría de operarse en el carácter social y religioso de ambas la fusión lógica e inevitable, de la que resultarían elementos nuevos de sociabilidad y anhelos desconocidos del espíritu, que no llevaron sino virtualmente en su ser las razas madres.

II. LA RENOVACIÓN DEL ESPÍRITU INDÍGENA. LA EPOPEYA AMERICANA

Si la fisionomía de la raza se cambia con la mezcla de una distinta; si los acontecimientos que se suceden en un pueblo primitivo llevan un sello marcado de uniformidad y un solo sentido general de evolución; si las ideas religiosas, nacidas al contacto del mundo visible por la evocación del pensamiento y de la poesía nativos, se conmueven ante la aparición de dioses desconocidos; si las mismas artes desarrolladas por sí solas en un medio ambiente rodeado por la naturaleza reciben el soplo regenerador de un espíritu más elevado; si tales son las transformaciones que resultan de esas transmigraciones del espíritu, dedúzcase cuánta perturbación llevaron a la naciente y autonómica cultura americana las nuevas nociones, los nuevos ideales, las nuevas formas que la raza latina ha adquirido en el curso de su larga vida, y con las que ha evolucionado en el mundo durante tantos siglos.

Si al principio los hechos históricos de las naciones de América tuvieron el sello que la naturaleza les imponía, y si todo cuanto obraban, pensaban y sentían era inspirado por esas influencias invisibles de la tierra, que hablan al espíritu de los hombres agrupados con un lenguaje que se parece a las corrientes atmosféricas, intangibles pero formidables, bien se comprende que la vista de nuevos recursos para ellos ignorados, y de los que nunca les hablaron sus sabios, sus sacerdotes ni sus divinidades, debía ser un motivo de asombro y de espanto, y la duda sobre sus propias concepciones ideales debió levantarse en sus cerebros infantiles, acostumbrados a explicarse todos los fenómenos con el sencillo pero falible criterio natural.

Sus combates no revestirían ya el terrible aspecto de las luchas del cielo y de la tierra, mezcla de horror y de encantamiento, de cataclismos sombríos y de paisajes apacibles; y más de una vez en el delirio del ardor bélico, evocando las sombras protectoras de sus antepasados o de sus pillanes amigos, que tantas veces intervinieron en sus triunfos, como los dioses en las luchas homéricas, se sintieron desamparados por ellos en su desgracia y abandonados en su desesperación. Su asombro era inmenso al contemplar la indiferencia de sus dioses enfrente del estrago que las armas enemigas sembraban en sus filas; aquellas armas que estallaban en las montañas con estruendo semejante a los truenos que las sacuden en su base, y que repetidos por la sucesión interminable de cumbres y de abismos que se dilatan hasta perderse en regiones ignoradas, recuerdan o traen a la mente la imagen de la destrucción de un mundo. Aquel fragor extraño levantado por el poder de unos hombres que no se arredraban ante las más difíciles y escarpadas cordilleras, que penetraban sin miedo en las gargantas donde moraban los genios infernales o donde se escondía la guarida de las fieras, que no habían temido lan-

zarse a la inmensidad de ese océano sin límites donde terminaba el universo para el indio, fue sin duda causa de inquietudes, de dolores, de desencantos supremos que engendraron en el habitante de América la desesperación, el heroísmo de fiera, la voracidad del buitre, la crueldad de los monstruos y esa abnegación ante la muerte, que no se desvaneció en su corazón hasta que el último hijo de la tierra cayó vencido y encadenado por el invasor.

La poesía que recogiera esos gritos de dolor ante la triste perspectiva del adiós supremo a la patria, y la tradición que lograra referir los arranques desesperados y los martirios sublimes de esa raza desaparecida, serían las notas más altas de la epopeya de los siglos; serían la realización del ideal grandioso de esa epopeya que soñaron un tiempo los poetas europeos, cuando en presencia de las obras maestras de la Antigüedad, desde Homero hasta Virgilio, y desde el Dante hasta Voltaire, se preguntaban por qué la musa contemporánea no ha producido una epopeya tan grandiosa como aquellas.

La epopeya no es la vida de un hombre, ni basta un poeta para concebirla; ella es la vida de un pueblo que ha combatido y que ha brillado sobre la historia como un astro sobre el mundo, y su poeta es el mismo pueblo que ha cantado y ha llorado cuando sus triunfos y sus desgracias han conmovido su espíritu, cuando ha precisado sublimizarse ante la batalla y levantarse del abismo después de haber caído con estruendo. He ahí el único sentido en que es verdadera la solución de Lamartine cuando afirma que no habrá epopeya mientras exista la Biblia; porque la Biblia es la tradición más completa que nos queda de la vida de una raza desde sus comienzos legendarios hasta sus últimas palpitaciones, desde el género divino, que ha logrado imponerse por más tiempo a la inteligencia humana, hasta el sublime desenlace del Calvario, que no es más que el desenlace de la eterna lucha de la razón contra las sombras ideales; porque esa raza unida y fuerte desde su nacimiento hasta su dispersión calamitosa no dejó de cantar ni de soñar, no dejó de combatir ni de celebrar a sus héroes en ninguno de los instantes de su existencia; y porque, elevando sus libros épicos a la consagración religiosa, supo conservarlos como el manantial perenne de su inspiración patriótica. He aquí también por qué los más grandes poemas épicos son aquellos en que los mismos dioses dictaron o escribieron las estrofas, como en la Biblia y en el Corán.

Para que el hombre se sienta arrastrado por la epopeya, es necesario que subyuguen su inteligencia y su corazón potencias superiores a las suyas, a las que pueda admirar y venerar, y que contemple sus irradiaciones en medio del aparato maravilloso de la naturaleza. Las nieblas y los fulgores, los sacudimientos y los relámpagos del Ida, de Himalaya y del Sinaí, encierran en sus antros hirvientes la fascinación épica. Las grandes montañas albergan en sus cumbres las creaciones inmortales, como los genios superiores conciben los pensamientos que asombran a los siglos; y, ¿qué montañas y qué cumbres más colosales y radiantes, más misteriosas y sagradas que las que brillan con nieve eterna sobre América, y en cuyos secretos no ha penetrado aún la poesía? ¿Quién podrá decir jamás que en sus nieblas eternas, que no puede rasgar ni el sol que se suspende sobre ellas, no se esconde la biblia inmortal, la epopeya anhelada de los tiempos contemporáneos?

El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dio a Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía

épica tan grande como aquella, cantando las tres épocas en que han recorrido sus laderas tres naciones, tres civilizaciones, tres categorías de héroes.

La creación legendaria de los primeros dioses americanos tuvo su fuego engendrador brotado de los volcanes, y es Prometeo conductor del fuego celeste; la conquista extranjera remontó esas cumbres para destruir una raza virgen y heroica llena de anhelos gigantescos, y es Prometeo encadenado; San Martín con la bandera argentina, que es la enseña de la nueva cultura humana, rompe las ligaduras del pensamiento y del corazón americanos, hollando por última vez las cumbres tenebrosas, y el mundo contempla con asombro al nuevo Prometeo libertado.

No menos radical fue la transformación operada en los hábitos y en las prácticas sociales con la introducción de las nuevas creencias religiosas, que tan decisiva influencia ejercen en los actos humanos. Sociedades educadas en la gran religión de la naturaleza, que adoraban los dioses forjados por ellos mismos con la intuición de la divinidad, y que habían vivido bajo su amparo tutelar desde sus comienzos en la tierra, y sufrido y recibido sus consuelos, luchado y recibido su auxilio en los combates, sintieron temblar y desquiciarse su Olimpo venerado ante los prodigios de un Dios y de unos hombres que sacrificaban su vida por el bien de sus semejantes.

Todo era para ellos un presagio triste de destrucción, pues que veían en aquellos invasores los agentes de la fatalidad, y todo les hablaba en tono de despedida eterna. Las armas invencibles de sus enemigos les traían la esclavitud en medio de su libertad sin límites; aquella cruz que veían levantarse sobre las cumbres rodeada de relámpagos y de nubes les imponía una sumisión moral absoluta que era para ellos la esclavitud del alma; aquellos hombres extraordinarios que hablaban un lenguaje desconocido al pie de esa misma cruz, exhortándoles a la castidad, a la templanza, a la fraternidad, eran para ellos los portadores de su desgracia, porque venían a arrebatarles el dominio de la naturaleza.

No hay dolor más profundo para el salvaje que el verse despojado de sus dioses, porque con ellos pierde la patria, la religión y el amor; pero nada como ellos los hace más heroicos y fuertes, y prefieren sucumbir luchando al pie de sus ídolos, o emigrar a climas lejanos llevándose consigo en peregrinación fúnebre su divino tesoro. Y es esto lo que ha arrancado notas más altas y sublimes a la lira de todos los pueblos. Ese destierro nos ha dejado las lamentaciones de los profetas de Israel, y la epopeya de los hijos de Troya, errantes sobre los mares guardando los manes venerados. La narración bíblica del cautiverio, y la salida de Troya después del último incendio que derriba sus muros sagrados, repercutirán en los siglos con la sombría voz de los cataclismos humanos.

Y aquel gemido postrero de la América virgen, destronada de su pedestal de nieves inaccesibles, de bosques sonrientes, de ríos interminables, de llanuras tan majestuosas como el océano, nadie ha recogido ni cantado, y las lágrimas de tantos mártires se secaron en su corazón, se fundieron en el fuego enemigo, o se multiplicaron en la esclavitud. Hay algo de bárbaro en el poder de la cultura misma, con lo que el corazón no puede jamás conformarse; hay algo horrible en esa necesidad de elevarse en el nivel moral, que forma parte esencial de la humanidad; y si la inteligencia lo acepta y lo ejecuta, la poesía lo lamenta. Hay en cada uno de esos reyes destronados por la civilización y conducidos a la servidumbre, el

personaje de una tragedia de lágrimas: y más de una vez hemos visto a hijos de nuestra pampa morir de la nostalgia de esa inmensa patria que parece derramar en el alma de sus hijos tanto dolor como hay majestad en sus horizontes infinitos, cuando la Conquista los ha arrancado de ella y los ha llevado a la ciudad avasalladora y absorbente. No hay consuelo para esa muerte que consiste en atravesar el límite del desierto, para quien ha nacido en él, y se ha alimentado de su hálito sombrío y saturado de misterio... ¡Y cuánta historia de extraordinaria grandeza no hay oculta en cada una de esas hecatombes de tribus, en cada una de esas vidas que han cesado de latir al contacto cálido y a la presión del ambiente de una ciudad estrecha!

Con la conquista militar que introdujo las armas de la cultura, y con la conquista religiosa que introdujo una creencia tan distinta, y que había dominado el mundo, el carácter de los hechos históricos, tradicionales o íntimos, se transforma para presentar el sello que las nuevas fuerzas sociales le imprimen; y así los elementos de la literatura, los despojos de los combates, los materiales de deducción sociológica conducen a adoptar otro criterio en la elaboración tradicional; y si en la época antecolonial la tradición tiene la fisionomía de la naturaleza, desnuda de atavíos convencionales, y es en sí una copia de ella, desde la Conquista la tradición absorbe mucho del carácter de la raza conquistadora, y esta misma comienza a ser fuente mucho más abundante y cierta, donde la literatura y la poesía recogen valiosos e interesantes acontecimientos. Es entonces que comienza a ser conocida la raza primitiva, y los cronistas de aquella guerra memorable y prolijos historiógrafos de nuestros días han formado ya un verdadero tesoro literario, histórico y tradicional, de donde brotarán algún día la unidad de la tradición, y quizá, los elementos de la gran epopeya americana.

III. LOS HÉROES DE LA CONQUISTA

Cuando después de tres siglos volvemos la mente al pasado, y juzgamos a los primeros descubridores y sus expediciones sobre esta tierra ignorada en su tiempo, el pensamiento se abruma y se fatiga al reconstruir en sí mismo aquellos lugares y aquellos peligros desconocidos, y por eso más grandes. Aventurarse en lo desconocido es como lanzarse en un abismo; es como la inmolación de la vida; es el heroísmo y la abnegación. La fantasía acude al instante con su cortejo de creaciones radiantes para rodear las imágenes de esos hombres que no temen un océano cuyos términos se ignoraban; que se internan en unas tierras erizadas de selvas que cierran el camino y el horizonte; que remontan las corrientes de ríos cuyas fuentes son inaccesibles, sin saber adónde marchan, y dónde levantarán su tienda de campaña; que se arrojan como las víctimas romanas, en matorrales cuajados de fieras; que se atreven a cruzar esa llanura solitaria que separa como un mar de fuego la región de los ríos de la región de las montañas, allí donde

gira en vano, reconcentra
la inmensidad, y no encuentra
la vista en su vivo anhelo,
do posar su fugaz vuelo
como el pájaro en la mar;

y por último, que se empeñan en combates desesperados con la naturaleza, con el hombre y con las turbas voraces de salvajes que no conocen las leyes humanas, y que luchan como las fieras en defensa de una tierra que creyeron suya para siempre.

Contemplados a través de la enorme distancia de los tiempos, y cuando aun hoy día el desierto nos resiste con su salvaje heroísmo, esas figuras se agitan, se rodean de aureolas sobrenaturales, y la poesía las levanta al nivel de los héroes. Muchos de ellos cayeron en el abismo que sondeaban, y la naturaleza no cedió su dominio sin cobrar su tributo de sangre. Capitanes esforzados, corazones magnánimos resplandecieron con luz intensa en aquellos anales trágicos, ya perecieron en manos de las tribus sanguinarias, ya bajo el golpe de la traición o del odio de sus mismos compañeros de armas. Es que, cuando el hombre se siente aislado de sus semejantes, y en presencia de lo infinito, de lo desconocido, de la muerte misma, parece hallarse arrastrado ya a las alturas excelsas de la virtud, ya a los abismos más hondos de la maldad: la soledad lo devora, y el hombre se defiende; e inmolar a sus semejantes es también, por desgracia, en esos momentos de solemne desesperación, un medio de defensa. El sacrificio humano ha sido en la infancia del mundo un modo de aplacar las iras de Dios y de la fatalidad, y el hombre abandonado enfrente de la muerte se cree desligado de los vínculos humanos, y es una fiera en el paroxismo del terror, o es un Dios en la exaltación del entusiasmo.

He ahí el secreto de esos dramas sombríos que ensangrentaron las primeras naves exploradoras y las primeras tiendas levantadas en las playas argentinas, y que nos han sido transmitidos por los sobrevivientes de tantas catástrofes. Pero al lado de esas páginas de sangre brillan los episodios heroicos que formarían epopeyas si los cantara un genio del arte; que serían narraciones deslumbradoras si la literatura contemporánea los exhumara del olvido y los adornara con las flores nativas y con los encantos del estilo; que crearían palpitantes cantares romancescos si la musa popular los recogiera y los transmitiera con las formas poéticas a las generaciones del porvenir.

¡Cuántos idilios ignorados y sublimes, sorprendidos por la planta invasora! ¡Cuántos amores tranquilos nacidos a la margen de nuestros poéticos ríos, convertidos en lágrimas y en duelo eterno! ¡Cuántos lazos que se soñaron indisolubles, rotos para siempre por la muerte, allí mismo donde se levantó la cabaña rústica rodeada de hiedras y entretejida de madreselvas perfumadas! Y allá en las montañas pobladas de genios juguetones como los gnomos germánicos, como los sátiros griegos, arrulladas por los ecos melodiosos de la noche que semejan diálogos musicales, donde Beethoven hubiera encontrado acentos sublimes para sus personajes vaporosos; donde el indio confiado en su dominio se aventura sobre las cumbres y salta sobre las rocas haciéndolas rodar con estrépito hasta el abismo, o se detiene sobre un pico elevado, semejante a una estatua de granito bañada por la luz de la luna que se suspende sobre las nieves, enamorada de su propia hermosura reflejada en el eterno espejo de las cimas blancas; ¡cuántas leyendas sumergidas en el torbellino que levantaron los ejércitos profanadores de aquel solemne arrobamiento de una naturaleza virgen!

Nadie ha referido ni ha imaginado esos cuadros desenvueltos en medio de la soledad, ni las aventuras fantásticas de los guerreros extraviados en las selvas de las montañas, donde fueron atraídos por músicas seductoras o por visiones fan-

tásticas, a los palacios encantados que formaron los genios de la tierra en las entrañas del granito, ni las desapariciones repentinas de atrevidos exploradores, arrastrados a las alturas donde reina esa divinidad terrible que precipita al abismo, sobre el témpano de nieve, al profano que descubre los misterios de sus viviendas. Andersen ha encantado la imaginación del mundo relatando esas escenas que solo descubre el poeta de la naturaleza, y la Virgen de los Ventisqueros, con sus fatales desvanecimientos, ha arrancado más de un grito de terror ante el espectáculo de una caída producida por el vértigo.

En el silencio de la noche un cacique viejo conduce a sus hijos por senderos extraviados al lugar donde ha guardado sus tesoros, o donde ha descubierto el filón macizo de oro o de plata que será la fortuna de sus descendientes; y esos senderos recorridos tantas veces después por la codicia aventurera están sembrados de tragedias sangrientas que la rigidez de la montaña ha ocultado, quizá para siempre.

En lo alto de una meseta cubierta de árboles frondosos, un tejido de coronas de *flor del aire* delata el sitio donde en tiempos pasados se levantó la choza del amor salvaje y bonancible; y aquellas flores que se renuevan incesantemente parece que invitan al poeta y al artista a escuchar la historia que ellas solas conservan, cuya poesía se derrama al espacio en su perfume embriagador, y cuyas flores blancas como la nieve de las cimas adornaron tantas veces la cabellera de la hija de los bosques, de donde pasaron a las sienes del amado que vuelve victorioso de los combates.

¡Oh, santa poesía de las montañas y de las selvas de mi patria, leyendas vírgenes que lleváis en vuestros episodios toda la fantasía de su cielo! ¡Cuántas veces ha reposado mi espíritu en vuestros misterios sagrados y he sentido desvanecerse, al contacto de vuestras alas incorpóreas, las nieblas de mi frente, tan temprano surcada por las meditaciones y las vigilias!

Relatar aquellas expediciones asombrosas y sus inesperados descubrimientos, los combates con la fiera, con el salvaje y con la naturaleza misma, donde se hundieron tantas vidas, las escenas sorprendidas en el éxtasis primitivo por la mirada extraña, las luchas sostenidas en los baluartes graníticos en presencia de la lucha de los elementos, los sacrificios en masa al borde de los abismos o sobre la roca que cubría los huesos de los héroes indígenas, los gemidos fúnebres de las divinidades nativas destronadas de sus pedestales eternos, gemidos que aún resuenan y resonarán en los siglos sobre las alturas inaccesibles; traducir a la lengua nacional todo lo que revelan los despojos sobrevivientes de aquella época de luz y de sombra, de horrores y de encantos, de heroísmos y martirios, sería como evocar todo el pasado, y llevar nuestra generación a beber la savia primitiva en las fuentes cristalinas de la infancia de América. Y consagrar en la tradición escrita las hazañas de los héroes de la Conquista, sería colocar el lauro justiciero de la posteridad sobre sus frentes quemadas por los soles y el humo de las batallas, buscando nuevos derroteros a la civilización. ¡De cuántos de ellos podría decirse lo que el héroe y poeta de *La Araucana* grabó sobre la corteza de un árbol secular, y que recuerda el epitafio conmovedor y solemne del mártir de las Termópilas:

¡Aquí llegó donde otro no ha llegado!

Cualquiera que pueda ser el juicio de la historia sobre los hechos generales de la Conquista, en su relación con la moral y la justicia humanas, la poesía exaltará los nombres de esos soldados que conquistaron su gloria con su sacrificio, y la tradición americana perpetuará sus triunfos y sus desgracias rodeados con todo el encanto de lo extraordinario y de lo sublime; porque ellas se levantan de la esfera analítica para vibrar como la música de la naturaleza, sobre el nivel de los acontecimientos, retratando y exaltando lo que haya en ellos de maravilloso y de patético; de tierno y de dramático, y susceptible de despertar la fantasía y perpetuarse por el sentimiento y la admiración.

IV. LOS HÉROES DEL EVANGELIO

Si el arrojo y la temeridad de unos hombres que se aventuraban armados a los mayores peligros eran para los naturales motivo de asombro, la vista de un misionero abandonado a sí mismo en las espantosas soledades de los desiertos y de las montañas les inspiraba un cierto temor supersticioso, como si vieran en él un ser sobrenatural, o un agente de divinidades adversas. Y la razón es clara, porque los indígenas no podían comprender la causa, el poder, el motivo de esa abnegación que tantas veces ha llegado a lo sublime, y que fue el único secreto del triunfo de la religión cristiana en los primeros siglos de nuestra era. Los bosques de Germania y las Galias, las montañas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, las soledades de la Tebaida han sido los escenarios más luminosos de la doctrina de Jesucristo, que resplandecía aún pura y limpia de cálculos temporales, y donde brillaron ese heroísmo y ese sacrificio de la vida que tienen toda la elocuencia de la verdad, aunque muchas veces fueran los extremos de la pasión.

El salvaje teme y diviniza lo que no comprende, y lo abisma y lo seduce. Y así, la presencia de aquellos misioneros en el centro mismo de sus dominios, donde se anunciaban como apariciones de ultratumba, clavando la cruz sobre lo alto de una roca, y que les hablaban en la lengua nativa con igual o mayor perfección que ellos mismos, los atraía sin sentir y los arrojaba en grandes masas, por el solo efecto de la admiración y el temor supersticioso, en los brazos de una religión que no entendían sino a medias, y cuyo símbolo era esa cruz toscamente labrada en madera o en granito.

La predicación del Evangelio en América reviste todos los caracteres de una leyenda de martirios, digna de ser perpetuada, no ya solo por los anales de la Iglesia, sino por la musa profana que encontraría en ella asuntos de vivo y palpitante interés, de asombros, de sorpresas y de efectos admirables, en la evolución operada dentro de unos espíritus en infancia, inclinada a seguir los impulsos repentinos de la fascinación y del temor. La tradición de aquella cruzada es rica en cuadros de admirable colorido, que los mismos misioneros tuvieron el cuidado de conservar en la memoria, y de escribirlos para la gloria de su Iglesia, adornados con todas las fantasías inagotables de una religión espiritualista, donde lo sobrenatural ejerce un rol tan esencial en la solución de los acontecimientos; y de tal modo este recurso ha dado triunfos a la religión católica, que aun en épocas de adelantada cultura moral, han creído sus apósteles y soldados que podían emplearlo con ventaja, olvidando que lo sobrenatural es propio sólo de la infancia del

hombre, de la raza o de la humanidad, y que desde la infancia hacia la madurez, los temores y las fantasías van convirtiéndose, por una necesaria y natural evolución, en convicciones y en sistemas.

Pero sí, en todas las edades lo maravilloso ha sido alimento indispensable de la poesía y la leyenda, porque siempre hay entre nuestras facultades una destinada a hermosear las más prosaicas verdades con el encanto de la fantasía y el ideal. Así, pues, las tradiciones que nos quedan de las misiones americanas, predicadas en la soledad por atrevidos apóstoles que no temieron las flechas, las fieras, los precipicios, nos han llegado revestidas de todas esas maravillas y prodigios que el catolicismo atribuye a sus potencias providenciales, como el paganismo antiguo llenaba sus dogmas de personificaciones divinas que actuaban con admirable oportunidad en los sucesos humanos.

La historia de la predicación cristiana en todas partes del mundo es la fuente más rica en observaciones sobre el carácter de las razas primitivas; y el filósofo que aplicara el criterio positivo a esa multitud de acontecimientos que se nos presenta como obra de la providencia divina podría reconstruir esas historias con materiales tomados de la nuevas doctrinas con que la ciencia ha enriquecido la literatura contemporánea. Pero el poeta y el tradicionista, que toman los acontecimientos con el colorido propio con que nacieron, y como efecto de la edad y de la fantasía de los pueblos que actuaron en ellos, se complacen en conservarlos con la misma fisionomía que los caracterizó al producirse; ellos reúnen la cosecha, siegan la mies madura y amontonan las espigas que luego recogerán las máquinas encargadas de transformarlas en materias alimenticias.

La poesía y la tradición primitivas son los labriegos que conducen los frutos que más tarde han de alimentar el espíritu humano. Dejémoslas en su tarea rústica, con sus cantares de la faena que mantienen el entusiasmo y la paz de la vida; otros trabajadores más instruidos completan la obra de la industria, como los sabios se encargan de formular las reglas que gobiernan las sociedades.

La tradición nacional se transforma desde la inmigración de las creencias cristianas con la conquista religiosa; los acontecimientos varían de aspecto, y nueva serie de escenas enriquecen los anales indígenas, desde que nuevos personajes entran a actuar en ellos. Al lado de las manifestaciones fantásticas de los dioses nativos, que hablan desde la nube tempestuosa a su pueblo atribulado, vemos u oímos las divinidades invasoras en lucha con aquellas por arrebatarles el corazón de sus adoradores; al lado de los viejos sacerdotes de la tribu, astrólogos y adivinos que dominan con el poder de los dioses, vemos aparecer al sacerdote de la civilización, envuelto en su túnica sombría y austera, arrancando a los fenómenos de la naturaleza las pruebas visibles de la existencia de un Dios único y creador de todas las cosas, o imponiendo la templanza en las costumbres y la fraternidad en las relaciones sociales.

Pero no son las ideas las que más influyen en la transformación del espíritu indígena y del carácter de la tradición: son los sacerdotes mismos, su arrojo, su valor, su sacrificio, que perturban el ánimo infantil de la raza, que no concibe aquella muerte voluntaria por sostener una creencia, por dar fe de una palabra o de un signo misterioso.

Las tradiciones que la memoria popular conserva, en que fueron actores los misioneros cristianos, están llenas de interés dramático y fantástico; y en las que-

bradas estrechas, en las llanuras sin agua, en los bosques desnudados por el incendio y el hacha, aún se señalan lugares consagrados por un martirio, por una conversión numerosa, por un milagro evidente. En algunas comarcas se encuentran confundidas en una mezcla casi informe, por lo incoherente, los mitos de las religiones aborígenes con las creaciones ideales del catolicismo, de manera que el espíritu más observador no descubriría sin gran trabajo la solución racional de ciertos acontecimientos; y en mi sentir, tal mezcla y confusión provienen de que los misioneros aprovecharon las prácticas religiosas de los indios para transformarlas, por una aplicación semejante, en rituales católicos, siguiendo el procedimiento que Gregorio Magno aconsejaba a sus misioneros de los anglosajones. Pero la transformación verificada en el aparato exterior no llegó a realizarse en la inteligencia.

Hoffmann hubiera encontrado en esas tradiciones oscuras sus mejores y más raros efectos, y Poe, sus más sombríos cuadros; porque el estado nebuloso en que quedaron las ideas en algunas regiones del país mantiene aún casi en su estado primitivo el espíritu popular; y son esas tinieblas las que ofrecen al poeta los más sorprendentes y ricos veneros de fantasía y de belleza.

El efecto moral, no obstante, cambia según los lugares, el temple de los habitantes y la mayor o menor fuerza de la creencia natural; y así como en muchos casos se convirtieron poblaciones enteras ante la aparición de un prodigio, o ante la palabra de los misioneros, en otros llegó la exaltación hasta convertir a los caciques en verdaderos monstruos de crueldad, sacrificando en muertes espantosas a los heroicos predicadores que entregan la vida con la resignación de los mártires antiguos. También es cierto, no era poco riesgo penetrar en la vida íntima de aquellos engreídos soberanos, dueños absolutos de la vida de sus súbditos, acostumbrados al placer sin trabas de la materia, ¡e imponerles la moderación en medio de sus excesos!

Contribuyeron no poco a agriar el carácter de los indios la violencia y la crueldad de sus conquistadores, que los consideraron como seres inferiores a la especie humana; y como la espada venía detrás de la cruz, cortando los vínculos naturales de la familia y de una costumbre inmemorial, con prescindencia de aquella caridad que predicaban las palabras, no tardaron en ver en aquellos solitarios misioneros agentes bélicos tan interesados como los guerreros mismos en la conquista de la tierra; creyeron que no venían solo por la conversión del alma, sino también a recoger su parte de botín en las matanzas o en los cautiverios; y si en algunas tribus hallaron la sumisión y la obediencia, en otras se estrellaron contra una resistencia que ha durado hasta el presente siglo.

Si he de atenerme al juicio de los cronistas de la época de las primeras expediciones, quienes observaron de cerca las costumbres nativas, los pueblos de la raza quechua que más territorio ocuparon de lo que es hoy la nación argentina, gozaban ya entonces de una adelantada cultura moral, siéndoles ajenos muchos de los vicios que denigran a la criatura humana, que son comunes a casi todas las razas en su estado salvaje; que cultivaban con un orden admirable sus tierras, y que vivían satisfechos de la virtud y del amor de sus reyes, de tal manera que forma un triste contraste aquel estado bonancible de costumbres con la conducta cruel e injusta ante las leyes morales y sociales que observaron los conquistadores cristianos; y esto hizo decir a uno de esos cronistas: «que por cierto no es pe-

queño dolor contemplar que, siendo aquellos incas gentiles e idólatras, tuvieran tan buena orden para gobernar y conservar tierras tan largas, *y nosotros, siendo cristianos, hayamos destruido tantos reinos; porque, por donde quiera que han pasado cristianos conquistando y descubriendo, otra cosa no parece sino que con fuego se va todo gastando*».[1]

Así, pues, no es extraño que estallara la cólera en aquellos corazones medio cultivados por una sabia aunque embrionaria dirección social; y como el amor y la ternura son los únicos recursos para dominar al niño que comienza a sentir los primeros impulsos de su voluntad caprichosa, y no la fuerza y el terror, aquellas naciones en la infancia hubieran cedido con la mejor resignación del mundo a las seducciones de la palabra evangélica, traducida en los hechos por una conducta caritativa hacia ellos, y en último caso a la guerra, pero a una guerra humana, inspirada en el derecho cristiano.

Con todo, y dejando de lado estos juicios históricos que podrían llevarme a formular un proceso por demás conocido, los misioneros católicos de aquel tiempo han merecido ser consagrados por la leyenda; y sus arriesgadas expediciones que levantan su valor y su piedad a una altura ideal, presentándolos como personajes sobrenaturales o inspirados de Dios, en medio de una multitud de pueblos de índole belicosa y apasionada, ofrecen a la poesía y a la tradición escrita caracteres interesantes que darían vida y colorido a la narración, y suave encanto a la imaginación popular.

Y tal influencia ejercieron sobre el espíritu de los vencidos y de los vencedores, que cada uno de los hechos de la Conquista va ligado a la propaganda religiosa, o se halla rodeado de un milagro, de una aparición celeste, o de una intervención favorable de Dios o de sus santos mediadores. Así, la historia de la época colonial, y hasta los actos más ínfimos de la vida, están íntimamente saturados del espíritu religioso, a tal punto que hay acontecimientos que la inteligencia popular no comprende sino como una manifestación del poder, del castigo o del amor de Dios. Las ciudades tienen sus patronos en el cielo, y este título es el pago de una deuda sagrada por un milagro salvador. Muchos de los triunfos guerreros sobre los salvajes son obra de influencias de personajes celestes, movidos a compasión por el ruego de la tierra o por la devoción de los jefes.

Desde la infancia del hombre los dioses intervinieron en los combates, y quizá los versos más sublimes de Homero son aquellos en que describe a los moradores del Olimpo mezclándose en el fragor de las armas, adonde la misma Venus se aventura con esa imprevisión femenina que no retrocede ante el mayor peligro, hasta que su sangre «semejante al rocío» es arrancada por una flecha certera.

Como en la mitología helénica, la religión católica ha creado una categoría secundaria de divinidades protectoras de la vida que, bajo la forma de personificaciones ideales de la naturaleza y sus fenómenos, o sus accidentes periódicos, influyen en la sucesión de los acontecimientos. Ella tiene sus divinidades que presiden la labor de la tierra, la caída de las lluvias, la fecundidad de las madres, la paz doméstica; que preservan de los vientos abrasadores, de los rayos que devastan, de las pestes que diezman los pueblos, y todas esas personificaciones

1. CIEZA DE LEÓN, Pedro de, *Segunda parte de la crónica del Perú*, c. XXII, Madrid, Imprenta de Manuel Ginés Hernández, 1880.

verdaderamente poéticas y encantadoras, encarnadas en la conciencia de las masas medio civilizadas, dan a las tradiciones que ellas conservan un tinte y un sabor dulcemente simpáticos al corazón, y aun a los espíritus más ilustrados. ¡Cuánto hubiera prolongado su dominio en el mundo esa religión, si en vez de hacer de ellas objeto de dogmas y pretender avasallar con ellas la inteligencia, les hubiese conservado su sencillez primitiva, manteniéndolas aisladas en el corazón, y rodeadas solo del encanto inocente de la poesía y del amor!

V. LOS TESOROS

Estimulaba el celo de los conquistadores la esperanza, sobrado fundada, de encontrar tesoros ingentes acumulados por los indios, y extraídos de sus riquísimas minas. Las crónicas que llegaban a España deslumbraban con el brillo de los metales y pedrerías que adornaban los altares de los ídolos, y como una religión pagana no merecía el respeto de gente civilizada, ni la propiedad inmemorial en manos de salvajes merecía ser respetada por cristianos, nada más fácil que despojar aquellos templos, arrebatar esas propiedades y violar los sepulcros, adonde, según una práctica muy antigua, los muertos llevaban sus riquezas en adornos, en vestidos, en utensilios domésticos, en arreos militares o en atributos de poderío.

La expectativa era magnífica, y la codicia, ese móvil eterno de las tragedias humanas, armó el brazo de los aventureros contra el indígena, y aun fue causa de sangrientos sucesos que mancharon a los unos en la sangre de los otros. Las crónicas están llenas de episodios lúgubres, donde el hambre de una fortuna fácil hace estragos en las vidas y en la moral de aquellos hombres que venían en nombre de la civilización cristiana a apoyar la propaganda evangélica. Ejecuciones inicuas que dejan en la sombra la barbarie de los vencidos, intrigas escandalosas y exacciones inhumanas, he ahí lo que revelan los rastros de la Conquista sobre el suelo de América. La codicia era el fuego que devoraba todo lo que los incas habían labrado, construido y cultivado, según la triste protesta que he copiado de Cieza.

Pero arriba de todo esto, y mirando los sucesos a través de la distancia, y tratando de referir las aventuras de aquellos rebuscadores de tesoros ocultos, ya sea en las quebradas de las montañas, en los cauces de los arroyos, o en las tumbas dispersas o escondidas, hay un interés verdaderamente fantástico en sus relatos, a los cuales no son extraños los personajes sobrenaturales de una u otra religión.

Hay algo de trágico y de cómico a la vez en aquella serie de intrigas que se enredan y desenredan en las sombras de la noche, y en esas excursiones misteriosas a las soledades de los bosques y de las montañas, guiados por algún indio prisionero que oyó contar a sus mayores de la existencia de un tesoro enterrado bajo los cimientos de un *pucará*, o en el hueco de una enorme roca; y hay mucho de fantástico en la intervención del Demonio en todas esas intrigas, con el legítimo interés de perder aquellos cristianos atrevidos que traían la cruz a sus dominios hasta entonces pacíficos, por lo ignorados; y, ¿qué mucho, si hasta los mismos santos del cielo católico tomaron alguna vez bajo su cuidado el descubrir el derrotero de una mina o de una huaca rica en tesoros, para proveer a sus devotos feligreses? Y aunque Jesús había predicado que nadie puede servir a dos señores

–a Dios y a las riquezas–, bien valían tantos sacrificios por la fe el premio de una excepción a aquella regla tan dura.

Las riquezas de los incas eran fabulosas. Así lo dice el buen Cieza de León, que vio con sus propios ojos tantas maravillas, en estos párrafos que transcribo: «Por la gran riqueza que habíamos visto en estas partes, podremos creer ser verdad lo que se dice de las muchas que tuvieron los incas; porque yo creo, lo que ya muchas veces tengo afirmado, que *en el mundo no hay tan rico reino de metal, pues cada día se descubren tan grandes veneros, así de oro como de plata*; y como en muchas partes de las provincias cogiesen en los ríos oro, y en los cerros sacasen plata, y todo era por un rey, pudo tener y pasar tanta grandeza; y dello yo no me espanto destas cosas, sino como la ciudad del Cuzco y los templos suyos no eran hechos los edificios de oro puro... Y sacando tanta suma, y no pudiendo el hijo dejar que la memoria del padre, que se entiende su casa y familiares con su bulto, estuviese siempre entera, *estaban de muchos años allegados tesoros, tanto que todo el servicio de la casa del rey, así de cántaros para su uso de cocina, todo era oro y plata*; y esto no en un lugar y en una parte lo tenía, sino en muchas, especialmente en las cabeceras de las provincia, donde había muchos plateros, los cuales trabajaban en hacer estas piezas; *y en los palacios y aposentos suyos había planchas destos metales, y sus ropas llenas de argentería y desmeraldas y turquesas y otras piedras preciosas de gran valor. Pues para sus mujeres tenían mayores riquezas para ornamento y servicio de sus personas, y sus andas todas estaban engastonadas en oro y plata y pedrería*. Sin esto, *en los depósitos había grandísima cantidad de oro en tejuelos, de plata en pasta*, y tenían mucha chaquira, ques en estremo menuda, y otras joyas muchas para sus toquis y borracheras; y para sus sacrificios eran más los que tenían destos tesoros; *y como tenían y guardaban aquella ceguedad de enterrar con los difuntos tesoros*, es de creer que cuando se hacían las exequias y entierro de estos reyes, que *sería increíble lo que meterían en las sepulturas*. En fin, sus atambores y asentamientos y estrumentos de música y armas para ellos eran de este metal; y por engrandecer su señorío, pareciéndole que lo mucho que digo era poco, *mandaban por ley que ningún oro ni plata que entrasen en la ciudad del Cuzco, della pudiese salir*, so pena de muerte, lo cual ejecutaban luego en quien lo quebrantaba; y con esta ley, *siendo lo que entraba mucho y no saliendo nada, había tanto, que si cuando entraron los españoles se dieran otras mañas y tan presto no ejecutaran su crueldad en dar muerte a Atahualpa, no sé qué navíos bastaran a traer a las Españas tan grandes tesoros como están perdidos en las entrañas de la tierra y estarán por ser ya muertos los que los enterraron*».[2]

He ahí, pues, la causa de esa gran agitación, y de ese febril empeño con que tales tesoros se buscaban, en la esperanza de volverse ricos en poco tiempo; porque estas crónicas llegaban a la Península, y de allí se desprendían masas de aventureros que no perdonaban suplicio alguno para lograr su intento. La tragedia del rescata de Atahualpa se ha hecho inmortal por la tradición, la poesía, la historia y el drama; y como esta, muchas otras tuvieron lugar de un cabo a otro del gran Imperio, pues que, como dice Cieza, en cada cabeza de provincia, se depositaban

2. CIEZA DE LEÓN, P. de, *Segunda parte de la crónica del Perú*, *op. cit.*, c. XIV.

los tesoros en los templos y en las sepulturas de los jefes, y las provincias llegaban hasta las orillas del Maule, en Chile, y en nuestro territorio, hasta el río Cuarto y el Carcarañá. Pero la historia de los descubrimientos en regiones apartadas, y la tradición misma, se han perdido en el olvido a causa del alejamiento de los lugares, y apenas si nos queda un elemento de deducción en los cuantiosos tesoros que acumularon los jesuitas en sus retiros misteriosos, verdaderos baluartes inexpugnables de la fortuna, y en el lujo extraordinario con que adornaron y dotaron sus templos.

El mismo Cieza nos habla de que los reyes incas solían exhibir públicamente el tesoro inmenso de Huayna Cápac, que tantas historias ha originado, y que dio al señor Miguel Luis Amunátegui tema para su hermosa tradición titulada *Un pacto con el diablo*.[3] Y aumenta el interés de estos relatos la circunstancia de hallarse rodeados esos tesoros de toda la pompa y el misterio de la religión indígena, y más aún la creencia que divulgaban los misioneros, y que aceptaban de corazón aquellas católicas gentes, de que el Demonio se había apoderado de aquel Imperio, y que reinaba sobre él, pues que soplaba sus reyes sus maléficas inspiraciones. Él debía conocer todos aquellos secretos lugares tan codiciados; él mismo ayudaba a sus hijos a reunir riquezas para adornar los ídolos gentílicos, y para mantenerlos en la perdición y en el infierno; y, ¡cuántos católicos fervorosos no sintieron vacilar su fe, e inclinarse a llamar de su invisible morada al poderoso monarca de las sombras, para pedirle la revelación de un tesoro, como el doctor Fausto le pedía la juventud!

¡Cuántas veces en la oscuridad de la noche, encerrados en su alcoba, aquellos hombres ansiosos de fortuna pronunciaron en voz baja, con toda la solemnidad de la liturgia satánica, el triple *incubus!*, evocador del espíritu maligno, y recurso supremo del que ha tentado todos los medios sin éxito favorable! Y él acudía siempre a su llamado, dispuesto a servirlos sin otro interés que el del alma, que iría a sus dominios una vez terminada su peregrinación terrestre. ¿Y qué era al fin y al cabo el alma –se decían– después que el cuerpo deja de existir? Bien se puede en vida rendir culto a Dios y parecer un santo, siendo que se conserve en secreto el pacto celebrado con Satanás, que cobra tan tarde sus deudas; porque su inmortalidad, que él lleva como una condena, le permite fijar a sus deudores plazos muy cómodos, y aun dispensar intereses. Y muchos lo hicieron, y fueron ricos, sin importárseles gran cosa la expectativa –que hoy debe ser una realidad– de vivir su segunda vida en compañía eterna con su generoso acreedor.

Por su parte, aquellos creyentes más firmes en la fe –*in fide stabiles*–, pero que revestían una autoridad militar o civil, y que no querían hacer tamaña traición a sus creencias, se valían de medios más positivos, si bien no más eficaces que el de la amistad con Lucifer, para obtener el anhelado secreto: con la ayuda de su autoridad y de sus armas obligaron a los indios que habían cavado las tumbas, conducido los muertos o depositado las riquezas, a enseñarles el sendero que conducía a la huaca, bajo pena de la vida, o de sufrir los más atroces tormentos.

3. AMUNÁTEGUI, Miguel Luis, «Un pacto con el diablo», en *Narraciones históricas*, Santiago, Imprenta Nacional, 1876, pp. 137-166.

Muchos espíritus fuertes murieron fieles a su secreto, pero los más cedían a tan formidables impulsos; y es digna de ocupar la atención del tradicionista, aquella sucesión de suplicios espantosos y de resistencias heroicas, que ponen de relieve el temple de una raza, o la fuerza de una superstición en cuyo nombre morían y se mantenían fieles a los huesos de sus reyes; porque aun tratándose de salvajes, hay actos que, por su naturaleza y los móviles que los inspiran, despiertan en el espíritu más bien cultivado cierto sagrado respeto, y es el que impone siempre el sacrificio humano, ya sea por el amor, por el odio, o por la superstición, ya por el error, por la verdad o por el Dios que se adora.

La abnegación que conduce al martirio ha consagrado las grandes verdades como los grandes errores que la humanidad ha venerado durante siglos; y no es menos grande el carácter de la víctima porque sea un salvaje del desierto, que el del sabio, del apóstol, del soldado que llegan al sacrificio por la doctrina, por la creencia, por la patria; ni es menos palpitante la historia del uno en su humilde y reducida esfera que la que refiere los momentos sublimes de los otros, en el círculo luminoso de los grandes hechos.

VI. LOS MILAGROS

Lo maravilloso es esencial a todas las religiones, pues que ellas son obra de las inteligencias cuando no han llegado aún a conocer las leyes físicas que engendran y gobiernan la naturaleza. Por medio de concepciones fantásticas el hombre primitivo llena el gran vacío de sus facultades, integrándolas de esa manera transitoria, hasta que la elevación y la cultura de su razón las desalojan, de modo que la evolución de la inteligencia podría representarse por la disminución del volumen que las creencias religiosas ocupan en el cerebro. Y es propio de las religiones apoderarse profundamente del individuo, hasta avasallarlo y reemplazar su criterio propio con el criterio sobrenatural, porque parten del principio de una sabiduría omnipresente, que asiste a la elaboración y a la producción de todos los sucesos naturales y humanos. Así, el hombre educado en este ambiente moral no necesita de sí mismo ni de su propia razón para el desenvolvimiento de su vida: todas las cosas tienen a sus ojos una causa común. Pero para la comprensión de cada uno de los fenómenos que la naturaleza le presenta, esa razón suprema y general se multiplica en atributos especiales que, personificados en un sistema, forman verdaderas potencias divinas semejantes a la gran potencia universal, y semejantes al hombre mismo en sus formas visibles; y si para la inteligencia cultivada esas idealidades se desvanecen al análisis, para la imaginación, en todas las esferas intelectuales, siempre tienen algo de hermoso que encanta, porque la poesía que vive de lo bello bajo cualquier forma ejerce constantemente su influencia, y derrama sus armonías sobre el espíritu que la concibe, la modela y la admira.

El milagro en el catolicismo es la forma de lo maravilloso, es la manifestación evidente de esa potencia divina que preside, como una ley permanente, la sucesión de los fenómenos naturales; él ha sido durante las épocas de transición de la humanidad la prueba más formidable de la verdad de una religión que venía con el prestigio de un martirio sublime; y tanto más brillantes y deslumbradores fueron sus efectos, cuanto más infantiles eran los pueblos donde se predicaba.

En América sus triunfos se multiplican, y resplandecen con luz intensa y nueva; su poder se extiende de uno a otro de sus extremos, y la imaginación de sus razas aborígenes absorbe al fin esas deslumbrantes creaciones con todo el calor de su savia virgen, asimilándolas a sus propias concepciones ideales. Ellas penetran en las costumbres con los nuevos elementos de cultura, y de aquí un nuevo carácter en los hechos sociales, y una nueva dirección en la vida. Pero la transformación, como todas las que renuevan en cualquier sentido el espíritu humano, no se verificó de repente, sino que fueron menester algunos siglos de luchas y de pruebas, en las que actuaron no solo los hombres portadores de la nueva creencia y los héroes de la raza conquistada, sino los dioses conquistadores con todo su aparato de milagros, enfrente de los dioses nativos que, a su vez, despliegan todo el esplendor de sus falanges luminosas o sombrías sobre las corrientes atmosféricas, o bajo las moles graníticas, teatro sublime de la lucha entre dos Olimpos que se disputan el dominio de una raza.

Pero los predicadores católicos, conocedores de las causas y de las leyes naturales, podían preparar los efectos sorprendentes de sus milagros, haciéndolos aparecer en el momento psicológico a los ojos de sus enemigos, al contrario que estos, acostumbrados a admirar sus divinidades y a recibir sus influencias, desprovistos de toda idea preconcebida, como que les atribuían una existencia independiente de su propia razón.

Así, cuando los cultivos se quemaban a los rayos de un sol de llamas, y la lluvia tardaba en caer sobre la tierra sedienta, y llamaban en vano a sus dioses protectores, aparecían las imágenes de los santos invasores de un modo misterioso a anunciarles la lluvia, que ha de hacer florecer sus mieses y vestir de verdura sus campos; y los sacerdotes de la nueva religión se presentaban después diciendo que, puesto que sus dioses los abandonaban no acudiendo a sus ruegos fervorosos, abrazaran el culto de los suyos que se compadecían de sus desgracias, y venían en su socorro aun sin ser llamados. Aquellas gentes sencillas, al saborear los frutos salvados de la sequía, bendecían a unos dioses tan benignos, y a los hombres que enseñaban su culto y predicaban su religión.

De este modo la predicación sancionada por Dios con sus milagros ha operado las conversiones tan numerosas de que la tradición ha conservado memoria, llevando a los neófitos a los extremos de la nueva fe, a la que se entregaban en cuerpo y alma, no sabiendo marcar la línea que divide la sumisión religiosa de la sumisión personal, y poniendo al servicio del culto de las imágenes vencedoras todo el fervor que consagraban a sus ídolos, aumentando en intensidad por la admiración o el temor que produjeron su conversión.

De tal manera, la religión ayudó eficazmente a la conquista militar, rodeando sus ejércitos con la aureola de la divinidad, apareciendo como un trasunto humano de los que en los tiempos de la rebelión satánica combatieron en las alturas invisibles contra los numerosos soldados del pecado. Y no hay uno solo de los grandes acontecimientos de aquella guerra que no lleve el sello de la intervención divina, que no aparezca realizado para la gloria de la religión cristiana, o para confirmar uno o muchos puntos de su doctrina, o los atributos de su Dios. Así la tradición de esos hechos llega hasta nosotros adornada con las fantasías, divinizada por la presencia de los santos o de sus milagros, y hoy apenas si podría hallarse interés alguno en sus relatos si los despojáramos de su vestidura religiosa, que es

lo que constituye su fondo y su fin; del mismo modo que no podríamos hallar encanto en las tradiciones bíblicas si prescindiéramos de la parte que cupo en los sucesos a Jehová, a sus agentes alados, o a sus profetas.

La tradición no analiza, porque no es la historia; y así como el geólogo reúne los objetos que caracterizaron una época remota para trazar su historia natural, el historiador del espíritu humano acopia las tradiciones de todos los tiempos con el colorido propio con que nacieron, para trazar la historia del desenvolvimiento evolutivo de la cultura; y por eso la literatura nacional, al relatar los hechos tradicionales de la Conquista, debe tener un cuidado bien prolijo en no borrar los tintes característicos de esa época, como si se tratara de conservar una tela del Renacimiento, encontrada en los escombros de una ruina.

Los literatos americanos que se ocuparon de escribir las tradiciones de aquel tiempo, tanto en Perú como en Chile y entre nosotros, no aprovecharon este elemento fecundo de bellezas, como sería de desear en asuntos que tocan tan de cerca la índole nacional, sino que dejaron a los cronistas de la Iglesia transmitir la narración de los hechos, lo que, bien se comprende, hacían solo con el interés de su propaganda, y en manera alguna con el de iluminar las sendas del historiador independiente en su averiguación del pasado, ni con el fin de dar a conocer la sociabilidad de los pueblos americanos durante la mezcla de las razas. Verdad es que los que dedicaron su tiempo a este género de trabajos solo fueron los historiadores, y al hacerlo era que aprovechaban los materiales encontrados en el curso de sus investigaciones históricas, pero siempre con el criterio positivo del cronista o del filósofo, y no con el criterio estético del artista, que copia el cuadro real sin analizar las leyes fundamentales que dan vida al paisaje, o determinar los hechos de sus actores.

La tradición es un género especialísimo de composición, que no tiene de la historia sino el marco, pero que saca toda su animación y su interés de las circunstancias extraordinarias, de los móviles íntimos, de las supersticiones, de los sentimientos, de las costumbres puestas en juego para producir un suceso que por sí solo no constituye una historia, sino un episodio, un drama, un idilio, narrados en el estilo sencillo y propio de los asuntos y de los personajes que actúan en ellos. Ella se aproxima a la poesía, tanto que podemos decir que son hermanas, que viven del mismo elemento, y están destinadas a los mismos objetos; de manera que la poesía casi siempre forma la tradición, y esta a su vez se adorna con todos los atavíos de la poesía.

Así, pues, no debemos relatar las tradiciones populares con el estilo severo y descarnado del historiador que refiere juzgando, sino más bien con el del artista que procura encarnar, vistiendo la verdad con los atractivos de la belleza y de la imaginación; porque la naturaleza misma de los sucesos tradicionales, nacidos espontáneamente del carácter de una raza, de un pueblo, de una familia, en el transcurso de su vida social o doméstica, y en los que se reflejan sus genialidades, sus caprichos, sus gustos, sus pasiones, exige que sean contados más bien en la velada del invierno, y en el reducido círculo del hogar, que analizados en las academias donde se juzgan y se pesan los grandes problemas de la ciencia, de la política o el arte.

Por eso pienso que nuestras letras se enriquecerían con esos asuntos, absorbidos hasta ahora por la literatura mística, y se lograría el doble objeto de delei-

tar los espíritus con narraciones fantásticas, novelescas o pastoriles, y de quitarles el sello propagandístico de una religión militante, presentándolas con el atractivo de la poesía y con la amenidad del estilo, que tanto influyen para rodear la vida de placeres intelectuales, comunes al pobre que vive alejado de los grandes círculos, y al que entrega sus horas fatigosas al vértigo de la fortuna.

Las montañas de Córdoba, La Rioja, Catamarca, hasta los valles más estrechos y escondidos de los Andes, los bosques de Misiones, de Corrientes, y los llanos mismos intermedios, están sembrados de restos que atestiguan el paso de una misión religiosa, y donde se conserva el recuerdo de un portento divino. Yo he visto en Córdoba ruinas sagradas, y en mi provincia, a corta distancia de la capital, se levantaban hasta hace meses las rústicas paredes de la vivienda que Francisco Solano, el *portentoso apóstol del Reino del Perú*, construyó con sus propias manos, con piedras superpuestas, y donde predicaba la conversión a las tribus congregadas, y donde más de un milagro vino a sellar con la autoridad de Dios su palabra inspirada.

En la humilde morada que mis abuelos levantaron en medio de esas mismas montañas, se conserva todavía una imagen de San Isidro –la idea católica de la Ceres antigua–, en actitud de arar la tierra, teniendo sujeto un par de bueyes de yeso. Él es el patrón de la aldea, y este título, otorgado por la inocente fe de mis mayores, es debido a un milagro que salvó las sementeras de una larga sequía, hecho tan frecuente en aquella tierra hasta hoy desolada: él hizo caer la lluvia bienhechora que reanimó las fuentes en el seno del granito, y fecundó la tierra; y cuando las hordas vandálicas de la guerra civil penetraron a sangre y fuego en esa morada que yo venero, mis padres huyeron como las aves perseguidas, pero llevaron consigo aquella imagen en la que amaban y conservaban la tradición del hogar.[4]

Y así, en cada una de las pequeñas poblaciones fundadas por los primeros españoles, ya sobre los valles, los llanos o las laderas, ya sobre los cimientos de aldeas indígenas destruidas por los combates, se conserva una tradición milagrosa en que un santo o un ángel bienhechor salvaron a las gentes de una matanza o de un flagelo. Y ellas viven a su amparo entregadas a su culto, hasta que la civilización derriba los monumentos de la tradición y renueva el espíritu nativo; y son felices con esa felicidad de la ignorancia y de la fe, que no se alteran mientras el pensamiento no se agita con independencia.

Los templos antiquísimos construidos con la arquitectura más sencilla que pueda el hombre ejecutar, y que quedan en muchas ciudades y campañas como un testimonio de la época colonial, están llenos de tradiciones en las que resalta el elemento sobrenatural, y se conserva allí porque en ellas no penetra un rayo solo del espíritu moderno que viene transformando nuestro genio y nuestra tradición nacionales. Los templos de San Francisco, en La Rioja y Santiago, conservan aún, el primero un naranjo vetusto en cuyo tronco el infatigable apóstol había cavado un nicho para sus penitencias, y el segundo, el cordón de su hábito, cuyo origen refiere uno de sus panegiristas como sigue: «un devoto suyo, y muy afecto, viéndose destituido de su presencia, le pidió que le dejase por amor de Dios alguna

4. Entre mis ensayos literarios, conservo una tradición sobre este asunto titulada «La cueva de San Isidro».

prenda de su amor, para templar el rigor de su soledad. Dejole la cuerda con que se ceñía, y en ella quedó tan enriquecido, como con una cesión de la omnipotencia, pues por medio de ella ha querido Dios hacer tantos milagros que hasta el día de hoy se guarda en un Sagrario, como vínculo de prodigios, en Santiago del Estero».[5]

La semilla de estas sugestiones religiosas, sembrada por los misioneros, regada por las iglesias y sus comunidades, y fecundada por los cerebros rudimentarios de los naturales, fue transmitiéndose y ahondándose siempre por la fusión de las razas, hasta formar el carácter de la cultura nacional, y está muy lejos de abandonar el profundo surco donde ha caído; y hoy mismo, en las aldeas apartadas del interior, se presencia la aparición de santos y profetas que consiguen arrastrar enormes masas de gentío con sus gesticulaciones y sus aparatos casi siempre asquerosos, que los hace aparecer como poseídos del Espíritu Santo, y que recuerda las épocas de mayor degradación de la especie humana. Por lo general, la población nativa se encuentra aún en su estado más pasivo de sugestión religiosa, sin que la evidencia de los progresos sociales ni las enseñanzas de las escuelas sean parte a levantarlas un palmo del abismo en que se arrastran.

En diversas épocas de la historia se han visto pueblos fanatizados al extremo, pero en ningún país del mundo penetró más adentro esa fe que embrutece cuando se abandona a la inercia de cerebros embrionarios que en los que forman la República Argentina, donde por más tiempo se radican sus apóstoles. Y en cuanto a la tradición, puede decirse que una gran parte de nuestra población se halla aún en el período primitivo de su evolución intelectual, en el que las ideas se conciben en su forma más grosera, y las sugestiones se verifican en su grado más alto de automatismo. Lo sobrenatural, lo inverosímil, lo monstruoso serían hoy mismo un alimento intelectual de esa población criolla que se mantiene, por su alejamiento de los grandes centros de cultura, como lo estaban en el tiempo de mayor apogeo de la dominación religiosa.

VII. LOS JESUITAS. LA EDUCACIÓN MONÁSTICA

«Por este tiempo se presenta en la escena de la Conquista y amalgama de pueblos salvajes, el más extraño elemento que haya figurado en la historia de la conquistas. Una asociación religiosa, animada de un espíritu asombroso de acción, bajo una disciplina severa y con solo las armas de la persuasión y la superioridad intelectual de la raza blanca, acomete la empresa de organizar sociedades con base salvaje, sobre un principio religioso, con un gobierno teocrático de tutela espiritual absoluta. Tales son las Misiones famosas del Paraguay, que llenaron por dos siglos el mundo con su gloria, que produjeron en efecto excelentes historiadores y panegiristas de la Orden, hasta que, despertando los celos del gobierno civil de

5. RODRÍGUEZ DE CISNEROS, Juan, *Epítome de la vida, virtudes y milagros del portentoso apóstol del Reyno del Perú, San Francisco Solano. Compuesto por el señor Juan Rodríguez de Cisneros, Lector de Teología, Examinador y Juez Sinodal, etc., etc., etc.*, Buenos Aires, Real Imprenta de los Niños Expósitos, 1790. El doctor Ángel Justiniano Carranza, en sus eruditas notas a los *Libros capitulares de Santiago del Estero* (Buenos Aires, Imprenta Europea, 1882), consigna también el mismo hecho y su tradición.

la España, fueron secuestrados y transportados a Europa los Padres Jesuitas, sin que las autoridades que se dieron a las veintiuna Misiones, con sesenta mil habitantes que regenteaban, fuesen parte a retenerlos en sus pintorescas villas al lado de los altares donde acostumbraban elevar preces y cánticos a la Virgen Santísima, más que a Dios».[6]

Con la entrada de estos singulares apóstoles de la religión conquistadora, la dirección y el carácter de la propaganda toman nuevos bríos y más seguro ascendiente sobre los espíritus. Ellos llevan a todas partes el prestigio del misterio y de la fuerza moral; y desde el siglo XV, en que aparecen en la historia su nombre y sus actos, como las olas del océano, no dejan un instante de resonar en los oídos de la humanidad, ni reposan un momento en su misión extraordinaria.

Las guerras de religión que sacudieron el corazón de Europa en el siglo XVI los encuentran en la plenitud de su vigor, y ellos solos hicieron en esos tiempos de borrascas lo que no pudieron los ejércitos ni la diplomacia. Organizados con independencia del Papado, y sobre bases mucho más sólidas que la Iglesia misma, porque son humanas y positivas, llegan a infundir temor a los reyes, porque estudian y explotan los más recónditos móviles del alma, porque abdican su libertad, haciendo de la obediencia pasiva la fuerza de su unión, y porque no hay palmo de la tierra, ni principio de moral, ni doctrina científica, ni evolución social, ni dogma religioso que no giren en torno de su propia personalidad; de tal manera que ninguna asociación humana, ni aun los más grandes imperios, lograron más que ellos extender su influencia. Son monárquicos en Francia, conspiradores en Alemania y en Inglaterra contra la monarquía; son regicidas bajo Luis XIV y los Estuardo; predican el Evangelio en todas partes y sus arcas se llenan de tesoros; tienen una moral para el público y otra muy diferente para sí mismos.

Pero tal organización y tales medios de propaganda y de influencia, si bien son eficaces desde luego, y en épocas de atraso, no pudiendo permanecer ocultos sin herir vitales intereses y derechos humanos, sociales y políticos, no tardaron en ser apreciados con toda la magnitud de su peligro por los Estados, los individuos, los filósofos y aun los mismos doctores de la Iglesia católica. No se marcha impunemente contra las olas agitadas, ni se vuelve jamás la dirección de los ríos, ni el genio más portentoso podría detener la marcha del espíritu humano.

En la América conquistada y sometida, vieron horizontes ilimitados a sus planes de dominación universal, y se lanzaron sobre ella con todo el prestigio de sus triunfos, con todo el caudal de su astucia, con todo el arsenal de su ciencia; y puestos al servicio de la Conquista, como se hubieran opuesto a ella en caso necesario, hicieron más por el triunfo de las armas y de la fe que muchos ejércitos, y que sus predecesores de otras órdenes de otras órdenes religiosas. Penetran en las moradas más ocultas del salvaje, y lo ofuscan y dominan con el misterio y el terror espiritual; descubren tesoros ingentes acumulados por la naturaleza y por el hombre, y sus riquezas se vuelven fabulosas; levantar templos y colegios en las montañas y en los llanos; aspiran a realizar su idea teocrática absoluta del gobierno en las misiones del Paraguay y de Corrientes, y asientan, por último, en Córdoba, los cimientos formidables de su poder y de su acción. De allí se exten-

6. SARMIENTO, Domingo F., *Conflicto y armonías de las razas en América*, t. I, p. 34.

dían por caminos invisibles o desconocidos por todo el virreinato, del mismo modo que se extienden las sombras sobre la tierra. Llegan a conocer y contar hasta las menores pulsaciones del continente, y una especie de comunicación eléctrica los mantiene unidos a través de los desiertos, las cordilleras y los mares.

Así, de tan asombrosa manera, su aliento soplaba en todas partes al mismo tiempo, en todos los dominios de la política, de la vida social, de la religión, de la industria, del comercio, de la guerra y de las artes; su vida y manejos misteriosos llenan de temores y supersticiones los espíritus más cultos, y bien pronto son mirados como seres superiores a su especie. Y bien se comprende que su influencia sobre todas las manifestaciones de la vida debía ser tan profunda y general para llenarla y saturarla de su espíritu, y para que la tradición recibiera de ellos colores nuevos y abundantes motivos para sus relatos, hasta el punto de constituir por sí solos, desde su advenimiento, él único centro a cuyo rededor giran los hechos sociales, y que no existan tradiciones más interesantes en su aspecto maravilloso o fantástico, tenebroso o diabólico, que aquellas en que intervienen como actores ya sea directos, ya sea como inspiradores de las acciones, o evocadores de los milagros que asombraron a las gentes y las decidieron a convertirse a la nueva fe.

La literatura americana, la ciencia y la tradición deben a los jesuitas tesoros preciosos y elementos valiosísimos, gracias a sus prolijos estudios del país, a sus crónicas verdaderamente notables, escritas, es cierto, *ad majorem Dei gloriam*, pero no por eso menos importantes para la historia. Gracias a los trabajos de Lozano, de Guevara y otros, hemos podido los argentinos reconstruir la sucesión no interrumpida de nuestra historia desde la Conquista, conocer las costumbres indígenas que la espada y la colonización habían extinguido, los primeros antagonismos que estallaron entre nuestros conquistadores, los primeros ensayos de la vida municipal trasplantada de España, las aventuras arriesgadas y novelescas de soldados y sacerdotes, las peripecias interminables que precedieron a la fundación de las ciudades y a la organización de sus gobiernos, y en fin, las menores palpitaciones de la vida en aquella sociedad tan agitada y combatida. Los dos historiadores que he nombrado suministran al poeta y al tradicionista los asuntos más hermosos en que no faltan aquellos colores sombríos o nebulosos de la fábula, los dramas animados de la pasión, los horrores de la tragedia, los idilios del amor, los extremos de la fe, las fascinaciones del milagro, ni las tenebrosas y malignas maquinaciones de Luzbel, quien debió sentir temblar sus miembros calcinados cuando el primer jesuita puso su planta en América. La tradición nacional está saturada de la influencia de esta institución, y las obras que nos legaron sus cronistas y sus sabios son los más preciosos materiales que el sociólogo aprovechará para sus investigaciones sobre la evolución de nuestra cultura contemporánea.

Nada más propio de una creación fantástica que ese misterio impenetrable que rodea los actos de la Orden, de cuyos templos brotan los prodigios como el relámpago de las nubes, según una frase de un hombre célebre; nada que levante más supersticiones y conjeturas caprichosas que esas mil versiones de todos repetidas, que les atribuyen las prácticas más extrañas y sombrías en la soledad de sus claustros; nada que provoque tanto la imaginación como esas apariciones repentinas del hábito negro en los sitios donde es menos esperado, y donde, sin embargo, él tiene orden y necesidad de aparecer; nada que llene el espíritu de

asombro y de recelo supersticioso como esas revelaciones extraordinarias sobre sucesos cuyos autores quisieran sepultar en el olvido y en la muerte.

Me imagino que los naturales encontrarían en estos extraños personajes algo de ese Demonio que les enseñaron a temer, pero que no podrían resistir a las seducciones de su magia porque, apareciendo siempre como una evolución diabólica, con el traje con que Mefistófeles se aparece a Fausto, tenían, como aquel, el encanto avasallador de la sabiduría para hacer que el temor precediera al respeto, que la admiración expulsara de los corazones el odio.

Es de la nebulosidad de los orígenes y de las concepciones mitológicas de la raza germánica, que nació esa literatura legendaria tan encantadora y deslumbrante que admiramos hoy en Alemania, Inglaterra y Dinamarca; y es el misterio inviolable de los jesuitas lo que dio lugar en América a las tradiciones más llenas de interés, por la intervención que las inteligencias rudimentarias atribuyen en sus actos a los seres sobrenaturales, sean infernales o celestes, y porque siempre la oscuridad ejerce sobre el cerebro alucinaciones y temores involuntarios, que luego personifica o modela en seres animados o en figuras plásticas.

Contribuyó esencialmente a afianzar el éxito de sus conquistas el profundo estudio que hacían del carácter de los indígenas y de sus instintos, para dominarlos con la satisfacción pasajera de sus caprichos o de sus necesidades, hasta que penetraran de lleno en la nueva vida que les imponían, y se sometieran como esclavos o autómatas a su servicio o a sus ceremonias. No de otra manera se explica que hayan podido levantar tantos y tan suntuosos templos, conventos y colegios en casi todas las ciudades de América, ni que hayan podido llevar a término esas asombrosas construcciones subterráneas que alcanzaban longitudes increíbles, verdaderas catacumbas donde no penetraban los rayos de sol, o más bien, caminos ocultos por donde se mantenía esa comunicación invisible en que consistía el secreto de su unidad de acción.

Donde puede verse la magnitud de esas obras es en Córdoba, donde tuvieron su asiento y su foco para sus trabajos de esta parte del continente, y en donde más varias y extravagantes leyendas se ha forjado la imaginación popular sobre la forma y destino de esas excavaciones, que han ido apareciendo a medida que se abrían los cimientos de la ciudad moderna. Ya se ve en ellas fines siniestros como los que causaron la destrucción de los Templarios, suponiéndoles autores de ejecuciones silenciosas cuyas víctimas sepultaban en aquellas cuevas, ya móviles interesados y sórdidos como la avaricia, que acumulaba allí sus ingentes tesoros extraídos de las minas de los indígenas, hasta que fuera tiempo de trasladarlos a Roma, desde donde saldrían en forma de moneda a alimentar las empresas que mantenían en todo el universo; ora se los creía autores de raptos y desapariciones repentinas de las hijas de los caciques que más atraían por su hermosura, y que catequizaban con la palabra divina para consumar sus caprichos en las profundidades de la tierra, de donde no volvían a salir jamás las tristes víctimas; ora los menos inclinados a suposiciones malignas de carácter terrenal atribuían a esos subterráneos tenebrosos el fin de servir a las comunicaciones de los Padres con los espíritus buenos y malos de la Tierra, o con el Dios en cuyo nombre luchaban con las armas de la religión.

Así, pues, aquellas ciudades que, como Córdoba, fueron centro principal o de alguna importancia para la vida jesuítica, son las herederas más directas de las leyen-

das que originaron, y del sello típico que inocularon en las costumbres; y aquella ciudad, como muchos otros pueblos de la misma provincia, ostenta todavía los claustros de construcción y arquitectura especialmente jesuíticas, que tienen más de rigidez que de elegancia, que evocan más bien la melancolía y el terror, que no la admiración y el placer. La vista de esos restos que el tiempo comienza a demoler transporta la mente a las sombrías arcadas de los castillos feudales, de donde han brotado a la posteridad las leyendas más sublimes y encantadoras, recogidas y engrandecidas con el arte moderno por dos grandes poetas de ese género, representantes de las dos razas que elaboraron la civilización europea: Walter Scott y Zorrilla.

No flotaban muy distantes de la verdad las creencias del vulgo sobre los grandes tesoros acumulados por los jesuitas en sus subterráneos, porque la historia y la tradición oral de otras provincias han confirmado, por lo menos, el hecho de que explotaron con gran ventaja las más ricas minas del Famatina, que desde el tiempo de los incas suministraba abundantes metales para los templos del Sol, y que durante la época colonial llamaba ya la atención del mundo;[7] y se sabe que los adornos y objetos del culto para las iglesias de Córdoba fueron fabricados con el oro y la plata de aquel cerro fabuloso, tanto por sus riquezas como por sus leyendas, inagotables las unas e imperecederas las otras, porque llevan en sí toda la fantasía y el esplendor del cielo donde reverberan sus nieves seculares. He ahí por qué La Rioja es, quizá, más rica en tradiciones que las demás provincias, y por qué ellas se caracterizan por una fantasía más pura y exaltada. Ella fue el suelo privilegiado de los misioneros jesuitas, sus naturales, los más amados y solicitados por su piedad, y sus montañas, mejor exploradas por sus geólogos y sus geógrafos.

«Medio siglo hacía que Tucumán había sido descubierto y ocupado por los españoles. Los jesuitas tenían ya prósperas misiones en el Río de la Plata, Paraguay y Córdoba, cuando La Rioja fue fundada; así es que no tardaron en obtener concesiones para establecerse allí, como lo estaban ya en los demás países conquistados. Esta misión prosperaba de una manera rápida, tanto en catecúmenos como en la adquisición de propiedades y objetos de lujo para sus conventos y templos, de tal manera que llegó a llamar la atención pública [...] Susurrábase de que los indios de la misión que tenían catequizados habíanles descubierto el secreto de las minas de Famatina, que tenían siempre oculto, y aun entregádoles barras de plata y oro que conservaban de sus trabajos anteriores. [...] Pero todo esto no pasó de conjeturas más o menos fundadas, y luego desvanecidas por la impenetrable reserva y prudencia que siempre han caracterizado los actos de esta célebre Orden. Ellos siguieron probablemente aprovechando por muchos años en el silencio de sus claustros las ventajas que les proporcionaba un tesoro a tan fácil costo adquirido; y decíase en aquel tiempo que la prosperidad a que habían llegado sus establecimientos en Buenos Aires, Córdoba y el Paraguay no era extraña a las riquezas extraídas del cerro de Famatina.»[8]

7. DÁVILA, Guillermo, «Mineral de Famatina. Rápida ojeada sobre el origen, descubrimiento y trabajos de este mineral desde el tiempo de la conquista hasta nuestros días», en *La Revista de Buenos Aires*, t. XXIII, Buenos Aires, 1870, p. 66.

8. Ibíd.

Yo he recogido muchas de ellas de algunos ancianos de mi pueblo, y he observado la huella característica de la Orden de Loyola en ciertas costumbres que, nacidas de la raza, fueron transformadas después por su adaptación a la cultura religiosa, y en algunas de las supersticiones reinantes, en donde resaltan sus inspiraciones, y las influencias que sus misterios y sus ceremonias singularísimas ejercían en el carácter nativo. Me propongo escribirlas y publicarlas, no como una obra con medianas pretensiones literarias, sino para que sirvan de base a la historia de mi provincia, única que no la tiene, porque los bárbaros que la ensangrentaron en época aciaga parece que quisieron destruir hasta los rastros de su paso por la Tierra.

Pero dejo de lado estas reminiscencias que a cada paso me asaltan, y vuelvo a ocuparme de la influencia que los jesuitas ejercieron en el espíritu de la tradición nacional. Ella ha trascendido a todas las esferas de la vida, y no poca parte cabe en sus resultados a la enseñanza que les es peculiar, y que, como lo reconocen MacAulay y Buckle, les ha dado durante un largo período de la historia un dominio absoluto sobre la sociedad.

Es de esa manera, fundando colegios y dedicándoles sus cuidados más prolijos, que lograron hacerse necesarios, confirmados después en la opinión pública, cuando el éxito de los estudios atraía hacia ellos las ambiciones; y como ponían especial atención en elegir entre los jóvenes a aquellos más inteligentes, con la mira de aprovecharlos para la gloria de la Orden, era evidente que el resultado de sus tareas escolares debía ser brillante. Con todo, y sin entrar a juzgar su enseñanza a la luz de la filosofía, es indudable que ellos formaron entre nosotros los primeros esbozos de la ilustración y la literatura, ampliados y encauzados después en corrientes más humanas cuando la libertad fue penetrando en nuestra cultura; pero dejaron gérmenes que más tarde hicieron su aparición en algunos caracteres de nuestra historia, y que trascendieran a las altas esferas de la política y del gobierno.

La vida monástica impuesta a sus discípulos como sistema, porque era más propia para sus objetos de dominación personal, y para imbuirles mejor y de un modo más directo los sentimientos y las ideas de su Orden, fue origen de sucesos importantísimos desarrollados en el silencio de los claustros, y conservados solo por sus mismos actores, quienes los relataron después; y bien se comprende que en aquellos estrechos horizontes donde el espíritu y la fantasía se condensaban a la medida del recinto, como el aire que respiraban, debía hacer germinar en esos cerebros enfermizos y en esos corazones perpetuamente refrenados, las ideas y los sentimientos más sombríos y lúgubres; especies de Segismundos educados en una cueva y con la cadena al pie, debían convertirse en «fieras de los hombres», cuando no en misántropos intratables; porque el libre albedrío encadenado arroja maldiciones que llegan al cielo o conmueven la humanidad, y la inteligencia y el corazón aherrojados concluyen por envolverse en sombras mucho más profundas y fatales que las de la tierra, donde por lo menos, el rocío regenerador cae sobre las plantas, y prepara los capullos que la mañana ha de convertir en flores.

«Me imagino la impresión desagradable que producirían aquellos claustros, en donde desfilaban a la media luz de un crepúsculo artificial todas esas sombras humanas, entregadas a sus meditaciones excesivas, transidas por la anemia, pálidas, secas y como identificadas con el pergamino de sus infolios; con la sangre

hecha agua, la esclerótica azulada y el cerebro gimiendo bajo el peso de su mendicidad circulatoria.»[9]

Imagínese cuántos dramas tenebrosos se producirían en tales escenarios; cuáles serían los efectos, las trascendencias exteriores de tantos pensamientos audaces y valientes, ahogados al nacer por la mano de hierro del maestro rígido, que espía como la fiera en acecho, el despertar de aquellas inteligencias vigorosas; cuánta poesía al mismo tiempo en los sueños de libertad forjados en la soledad y en el encierro, por tantos jóvenes nacidos en medio de una naturaleza desbordante y de un clima fecundo, y que sentían bullir alrededor de sus prisiones, como se siente el ruido de la marea lejana, las primeras palpitaciones del sentimiento nacional, los gritos y los cantos de la muchedumbre, las pasiones sociales, en fin, que atraen y que seducen, porque ellas engendran las grandes revoluciones que emancipan los espíritus; y, ¡qué abundancia de elementos para el tradicionista, que encontraría tal vez en cada uno de esos dramas, escolares, en cada pensamiento comprimido o castigado con exceso, la causa primera de las guerras civiles que más tarde ensangrentaron nuestros hogares, y llevaron al naufragio las libertades conquistadas por la Revolución!

Es en Córdoba donde deben ir a recogerse todas las tradiciones de la vida monástica instituida por los jesuitas desde el siglo XVII; allí estuvo el foco de esa educación que el Deán Funes clasificó con palabras tan duras, y de donde salieron los hombres que actuaron en nuestros principales acontecimientos. Allí se conservaba de generación en generación, hasta que se suprimió el sistema claustral, el recuerdo de cada uno de esos episodios que se habían celebrado más en los años pasados, y cuyo relato formaba el tema de las veladas estudiantiles; y más de un nombre ilustre figura en tradiciones que habrían sido inmortalizadas por el genio alemán, y en las que la superstición, las creencias terroríficas y las almas condenadas son el fondo, dan el colorido y engendran el drama fantástico.

Aún más tarde, siendo muy niño, he oído en el célebre colegio de Monserrat muchos de esos relatos verdaderamente encantadores a la imaginación, y he sentido los mismos temores, y he oído los mismos ruidos misteriosos que sintieron y perturbaron el sueño de todas las generaciones de estudiantes anteriores a la mía; y confieso que si pudieran escribirse con el mismo sentimiento que despertaban al ser escuchados en el silencio de la noche por un grupo juvenil y soñador, en torno a la vetusta chimenea que ilumina apenas la cara del narrador oficioso pero no menos entusiasta, y cuando todo es tinieblas más allá de ellos, se tendrían las leyendas más hermosas, como las mejores que conocemos de los tiempos medievales, nacidas en los conventos o en los castillos solitarios, donde iba a recogerlas el trovador errante encargado de perpetuarlas en la memoria por la poesía.

9. RAMOS MEJÍA, José María, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Segunda parte, Buenos Aires, Martín Biedma, 1882, p. 27.

VIII. EL DIABLO. DOS POEMAS NACIONALES. LAS BRUJAS

Hay un personaje que anima todas las tradiciones de la América, dándoles su mayor atractivo; que figura en casi todas ellas con un rol importantísimo, y sin cuya existencia no sería posible explicarse muchos de los sucesos que se perpetúan desde el tiempo de la Conquista hasta nuestros días. Él, según el sentir de los ingenuos cronistas de Indias, poseía como dueño absoluto todas las almas de este continente, manteniéndolas sumidas en la idolatría y alejadas del cielo; él inspiraba sus prácticas y sus costumbres repugnantes, sus sacrificios humanos, sus guerras devastadoras; él halagaba a los indios con el descubrimiento de inmensos tesoros que ponía en sus manos, y él levantaba y adornaba de oro, plata y pedrería los altares de sus ídolos; él mantenía la poligamia y la esclavitud entre los naturales, y todas esas instituciones que chocaban a los propagadores de la fe católica: ese personaje es Luzbel, llamado popularmente el Diablo, nombre mucho más risueño y poético con que la imaginación universal ha designado la astucia del ángel destronado.

Desde que la humanidad existe, y aparecieron en su mente los primeros rudimentos filosóficos, a la idea del bien se le presentó como la oposición del mal; y así como personificó en Dios la virtud, personificó en Luzbel la maldad; así como Dios crea y edifica, Luzbel destruye; Dios es la Luz, Luzbel, la sombra; y según la tradición genesíaca, habiendo antes de su rebelión poseído la ciencia eterna, no pudo despojársele de este atributo que constituye la base de su poder. Nacido como Dios, del cerebro del hombre, toma tantas formas, caracteres, atributos y designios cuantas son las influencias sociológicas que transforman las ideas y la imaginación de las razas. Su existencia ideal tiene el mismo origen que Dios, porque el hombre no ha podido formarse concepto del bien sin tenerlo formado del mal, que es su término de comparación, y si el uno es eterno, el otro lo es también; si el uno es universal porque sigue a todas partes el pensamiento que lo concibe, el otro es también universal porque forma una esencia de ese pensamiento.

Si todas las manifestaciones externas del bien en el alma, en el cuerpo, en la naturaleza inanimada, se personifican y asemejan a la esencia generadora, todas las trascendencias del mal toman asimismo las formas y los caracteres opuestos, porque son derivados del mal, principio originario. El antagonismo que nace en el cerebro al concebir una idea es una ley permanente en todas las esferas donde la idea alcanza y se manifiesta. Desde las religiones primitivas del Oriente, hasta las últimas razas recientemente descubiertas en sus asilos ocultos en su estado de barbarie. Satanás aparece enfrente del Dios creador con tantas formas como la idea que forja las religiones: ya es el ángel rebelde del cielo, ya el Ahrimán persa, ya el Vishnú indio y sus espíritus maléficos, ya la Parca destructora, ya, en fin, los malos espíritus americanos que toman tantos nombres y formas como las razas diversas los conciben.

El Diablo existía, pues, en América, como personaje mítico, cuando ella fue descubierta, y existía bajo la forma de espíritus adversos al hombre, y los cuales se manifestaban en las voces siniestras de las montañas, en el rayo que aniquila la naturaleza, en las malas pasiones del alma, en los ruidos aterradores de la noche. El araucano, el pampeano, el quechua, el guaraní, todos lo concibieron, le temieron y lo explotaron para sus actos, cuando ellos debían ser inspirados en la destrucción de sus enemigos; de manera que no erraban del todo los misioneros

y los cronistas de las Indias cuando aseguraban que él poseía tan vastos dominios, sugiriendo a sus moradores sus cultos idolátricos.

Pero con la inmigración del catolicismo, el Satanás americano adquiere nuevas formas, tomadas de las antiguas supersticiones y leyendas europeas; su fisionomía ideal se multiplica y se difunde en mil acepciones tan diversas como los asuntos o actos de la vida en que la creencia popular lo hacía intervenir; su poder sobre los espíritus, en vez de disminuir aumenta, porque se le abren nuevos horizontes que no alcanzó a divisar mientras habitaron el continente las razas aborígenes sin mezcla; cada familia conquistadora traía consigo las tradiciones propias de su pueblo, como los penates antiguos, y con ellas, todas las supersticiones que heredaron de sus mayores; y de tan varia manera, la tosca y grosera idea del Espíritu maligno que el americano se había forjado se refina y se colora, se agiganta y resplandece con la luz que destellan sobre su figura siniestra las más elevadas civilizaciones que la Conquista importó de Europa, en cuyas literaturas ocupa un puesto prominente como elemento estético y como personaje de sus obras.

Como si se tratara de una de esas creaciones que solo basta a formar el pensamiento y la labor de todas las épocas y de todas las razas, el Diablo condensa en torno de su personalidad eternamente joven todo el esfuerzo del genio de los siglos, de los que cada uno le ha dejado una huella de su inspiración, una pincelada más, un golpe de su cincel y un rasgo de su buril candente: desde la concepción mosaica que le presenta como el símbolo de la razón rebelde y de la revolución, perfilado en su *non serviam* sublime; desde las poéticas y multicolores idealizaciones védicas y griegas, hasta la sombría y pavorosa pintura del Dante que le coloca en el centro de la Tierra, como si fuera el foco común de gravedad de todas las cosas y de todos los hombres, y hasta la colosal creación miltoniana que se inspira en el pensamiento mosaico, pero modelado con un cincel de fuego, presentándolo con toda la grandeza de la desesperación, con todo el fulgor rojizo de la cólera impotente, y con toda la sublimidad de la protesta secular; y aún más, hasta la mística epopeya de Klopstock donde el Satanás bíblico pone en acción todo su genio y toda la falange de sus recursos infernales, para arrebatar a la redención la humanidad purificada en el Calvario; en todas estas épocas, en todas estas epopeyas grandiosas e inmensas, Satanás es una figura de dimensiones extraordinarias que pone en peligro muchas veces la obra de Jehová, y que llega a iluminar por instantes el espacio infinito con el relámpago de una sonrisa de triunfo. Él siente el hastío supremo de su inmortalidad inevitable, sus desencantos y sus dolores, tan grandes como su pensamiento, y comprende que la vida del universo concluirá con la suya en el *solvet seclum* final, y exclama:

Tombez, écrasez-moi, foudres, monceaux des mondes!
Dans le sommeil sacré que je sois englouti!
Et les lâches heureux, et les races damnées,
Par l'espace éclatant qui n'a ni fond ni bord,
Entendront une voix disant: Satan est mort!
Et ce sera ta fin, œuvre des six journées![10]

10. LECONTE DE LISLE, Charles Marie René, «La tristesse du Diable», en *Poëmes barbares*, París, Alphonse Lemerre Éditeur, 1872, pp. 284-285.

El sentimiento religioso de las sociedades de Europa, elaborado en el cristianismo y modelado en formas diversas por las iglesias que se desprenden de él, al dar su sello a las costumbres y usos familiares, y nacimiento a las supersticiones más o menos refinadas que caracterizan a la humanidad, hace del Diablo un personaje más accesible a todas las inteligencias, y le da tantas formas y atributos como la imaginación de cada pueblo y de cada clima lo sueña; así, él interviene en los sucesos más íntimos de la vida doméstica, comunal, pastoril, religiosa y social, y en cada leyenda su ser adquiere las vestiduras y las genialidades propias del asunto y del temple moral o psicológico de la sociedad en que actúa; y en muchos de ellos es el conductor de la gracia, de lo cómico, de la justicia burlesca que castiga con el ridículo, el mediador en los amores contrariados, el protector siempre oportuno de los desamparados de la riqueza y de la gloria, el testigo infalible e inesperado de los crímenes alevosos y de las promesas secretas, y en todas partes la causa oculta de esos sucesos desgraciados e inexplicables que conmueven el corazón de un pueblo con toda la fuerza del misterio que los rodea.

Su omnipotencia, su ubicuidad, su sabiduría inagotable para sus designios le permiten contar cada una de las palpitaciones del corazón humano en el espacio, y antes que la idea o el sentimiento se han convertido en acción, él tiende su red invisible, y esparce su aliento maléfico para inclinarla a su favor; y de ahí la lucha eterna del hombre con la fatalidad, que parece complacerse en torcer el curso de sus acciones, o en arrastrarle a fines no concebidos, lucha que se agita en el fondo del cerebro y del corazón, y que constituye el aspecto dramático, novelesco o cómico de los hechos humanos; de ahí también que el Diablo sea un personaje indispensable en todas las tradiciones de los pueblos cristianos, de tal modo que desde la infancia este nombre comienza a sonar en nuestros oídos, y nuestra fantasía, a darle formas tan caprichosas como ella; y si el catolicismo, al personificar las grandes ideas, desfiguró y redujo a límites casi materiales la sublime creación del Luzbel de la primera rebelión, las costumbres, la imaginación y la poesía de todos los pueblos lo han salvado de la degradación y del envilecimiento, para hacer de él algo como un espíritu familiar, a quien se mira, no ya con la repugnancia y el odio que inspira su pecado, sino con cierta simpatía risueña como la que despierta el personaje que nos divierte con sus travesuras ingeniosas y con sus agudezas chispeantes.

El mismo pueblo español no ha escapado a esta transfiguración del réprobo Luzbel, a pesar de la presión dogmática que la Iglesia ejerció sobre él, más que sobre los otros pueblos que dominó en sus tiempos de gloria; y España tiene una literatura más rica en leyendas que las demás razas del continente, pero llevando un tinte marcado de religiosidad, que es en el fondo de su propio carácter. Ella transportó a América su genio y su naturaleza, sus sentimientos religiosos y sus costumbres caballerescas, sus sueños de gloria y sus supersticiones y, con la predicación católica, nos trajo el Diablo vestido ya con los mil atributos que le había otorgado la fantasía de todos los pueblos cristianos, para incorporarlo a las muchas creaciones del genio nativo, como un elemento de sujeción moral por el temor a la desgracia, o por el horror a la condenación eterna en la mansión del rey de la noche imperecedera; y como todas las razas indígenas tenían ya formada la idea de un mal espíritu tutelar de todas las calamidades y malas inspiraciones, el Diablo del catolicismo fue recibido y asimilado por ellos con admirable facilidad, multiplicando sus atributos y sus dominios con la inmigración a un suelo virgen,

y donde sus enemigos seculares venían a levantar templos a la obediencia que él rechazó en los tiempos antegenesíacos.

El caudal de sus recursos de ingenio, de su ciencia maléfica, de su gracia, de su maldad refinada, de su furor insaciable, de su diplomacia y de su hipocresía exquisita y cómica, crecieron en proporción de la nueva empresa que se presentaba con todo el aparato de una lucha miltoniana. Y no fue pequeña ventaja para él lo desconocido que eran para sus enemigos el nuevo teatro de la guerra, y el carácter de las gentes cuyo dominio venían a disputarle, y es en los primeros pasos de la Conquista que obtiene triunfos ruidosos, y sus carcajadas de satisfacción debían resonar en el abismo como un himno tenebroso de victoria. Pero bien pronto su alegría feroz se convierte en el despecho que le corroe sin descanso, cuando vio levantarse sobre cada una de las rocas que dominan las planicies, y en los más profundos bosques, la cruz que lo avasalla, que lo obliga a bajar sus ojos centelleantes, y a morder el labio trémulo del coraje impotente.

Entonces de guerrero se transforma en político; de soberano orgulloso de las sombras, en el cortesano dúctil y elástico que, llevando por linterna la hipocresía sonriente, ilumina la senda que conduce al lado de los poderosos; de explorador infatigable de todas las viviendas y refugios humanos, se convierte en policiano oficioso que ronda incesantemente en las aldeas y en las ciudades, buscando sorprender secretas aventuras del amor, del vicio o de la ambición, para ofrecer su ayuda maravillosa al enamorado, al delincuente o al ambicioso, y ganarse su afecto y su alma; y entonces también despliega todo el tesoro de su ingenio y de su magia para tender las redes más caprichosas a sus enemigos, y para adoptar las figuras, los tipos, las personificaciones más raras y extravagantes, con cuyo auxilio logra penetrar donde nadie podría imaginarlo; allí consigue apoderarse de las extremidades de hilos enredados en la sombra del misterio; aplicar muchas veces un castigo merecido y justiciero al criminal o al infidente que juegan con el honor propio y ajeno, al abrigo de una falsa santidad o mentida honradez; acudir por una súbita aparición al llamado extremo del jugador que en la embriaguez del dinero, después de haber perdido hasta la honra de su casa, no tiene otra mercancía que su propia alma para convertir en moneda, y allí ofrecerle el tesoro suspirado en cambio de ella; atravesar, mezclado al torbellino de las vanidades mundanas, los salones y las calles donde se ostentan las galas del amor propio o de la ambición, del vicio enmascarado, o del amor fingido en el interés de una fortuna sin fatigas; y allí, pasando como cualquier caballero a la moda, descubre bajo las máscaras sociales a sus futuros súbditos, desvela sin trabajo las falsas reputaciones en cuyas aras la multitud aturdida quema el pesado incienso de la adulación, y allí, por último, su semblante inquieto se ilumina y repliega a cada instante con sonrisas que son carcajadas en la conciencia, y que van, como el trueno, a repercutir con estruendo en los negros abismos de su imperio.

Y no se diga que esto es inadmisible tratándose de una cultura naciente, porque desde las primeras expediciones, los españoles transportaron a América los usos de su corte, formando una en pequeño alrededor de cada jefe afortunado y de cada virrey, como sucedió en México, en Perú, en Buenos Aires, en Chile, y en cada ciudad donde llegó a constituirse un núcleo social más o menos importante.

El elemento nativo desaparece porque entra en la servidumbre y en los trabajos rurales, quedando solo en la ciudad la raza dominadora; y son proverbiales,

porque han llamado durante siglos la atención del mundo, las aficiones aventureras, las costumbres caballerescas, el amor bullicioso y pendenciero de la cultura española, que dieron origen al teatro más brillante de su historia literaria, y a las leyendas saturadas de ese mismo espíritu, y adornadas con las riquísimas creaciones fantásticas propias de la raza. Añádase a estas cualidades la influencia profunda de las ideas y los sentimientos religiosos, que siempre fueron unidos, en el carácter español, a las más atrevidas empresas del amor y de la espada, y que contribuyeron a dar a sus maneras, a sus usos y a su educación en general, ese tinte novelesco y esa tendencia a asimilarse todo lo que hiere su imaginación con brillo inusitado, y que tanto se reflejan en las obras de su literatura y en las tradiciones ya heroicas, ya íntimas que conserva desde los tiempos más remotos.

La tradición argentina, como la general de la América española, está saturada de aquel espíritu, y los relatos transmitidos del pasado, en los que solo son actores los que trajeron la civilización, se caracterizan por los mismos rasgos que distinguen a la nación originaria; pero entrando a investigar las costumbres y el genio de las razas nativas, su transformación por la mezcla de ambas, y la revolución profunda introducida en los sentimientos y concepciones religiosas por la predicación, la tradición adquiere cierta variedad impuesta por la influencia de la propia naturaleza; y si antes de la Conquista y durante la guerra predominaba el sello indígena en todos los hechos tradicionales, después de ellas es el genio invasor el que domina en todas las manifestaciones del espíritu. Los ritos y las prácticas de su idolatría se convierten en las idealizaciones de la nueva creencia, pero no se borran del todo en la imaginación del indígena; y de este modo se advierte una mezcla apenas descifrable de conceptos, de personificaciones, de ceremonias, que llevan siempre algo de las dos religiones.

Así como la ideal del Baco griego se transformaba con los elementos geniales de los pueblos que visitaba en sus emigraciones, Satanás ha recibido, al ser impuesto al indígena americano, formas extrañas que no habían concebido sus creadores; como todas las concepciones comunes a la inteligencia, tomó mucho de la índole y del carácter de la tierra donde inmigró con el catolicismo; pero al multiplicar sus formas, multiplicó sus atributos, y su rol en los acontecimientos se vuelve más interesante y poético, porque se ve llevado a intervenir en mayor número de ellos, y de una manera propia a un estado primitivo de cultura, donde todos los fenómenos físicos y sociales tienen siempre algo de la poesía de las alboradas.

No busquemos en el Diablo de la tradición argentina esa figura colosal que brilla en el Génesis, en el *El Paraíso perdido* y en *La Mesíada*, ni en el horrible monstruo descripto por el Dante; aquí se humaniza, sigue las evoluciones del genio nativo, y se aviene a las costumbres refinadas de la civilización española en sus lujosos estrados, remedos de la corte metropolitana; él es un personaje rústico y grotesco en la vida de campaña, y se mezcla al bullicio de la faena rural, deslizándose entre los bosques donde se anuncia por rumores misteriosos y músicas extrañas, semejante a un sátiro burlesco; visita las cabañas de la aldea semiindígena, apareciéndose bajo mil formas fantásticas, para llevar el espanto a las imaginaciones sencillas, o cometer sus raptos por la fascinación diabólica, convirtiéndose en serpiente tentadora en medio de los óptimos frutos que la tierra ofrece a manos llenas a los moradores del paraíso de América, renovando así la

escena legendaria del Edén primitivo; asiste invisible pero activamente a los combates entre los naturales que defienden sus fortalezas graníticas o sus ciudades salvajes, y los ejércitos disciplinados que llevan por salvaguardia la cruz que él ha jurado destruir; y más de una vez habló a sus protegidos desde el fondo de la noche en el lenguaje de fuego del relámpago, o manifestó su acción en el incendio y en la tiniebla que devastan los campamentos enemigos o ciegan a los combatientes; se oculta detrás de la roca donde predica el misionero, para infundir la duda en el ánimo receloso de su salvaje auditorio, o armar su brazo contra él, y más de una vez se atrevió a subir al púlpito de alguna iglesia de aldea, revestido con el hábito sacerdotal, y predicar con la misma, si no más animada y persuasiva, elocuencia que un verdadero sacerdote de Cristo; sigue de cerca las intrigas cortesanas tejidas por el amor, la ambición o la codicia, para precipitar desenlaces inesperados, urdiéndolos muchas veces él mismo para darse el placer de reírse de sus enemigos sorprendidos en curiosas infidencias contra su honor, su religión y su rey; fue en oportuno auxilio de muchos nobles arruinados que vinieron a América buscando rehacer su disipada fortuna, ya sea desenterrando tesoros de caciques muertos, ya cavando una mina donde el metal codiciado brillaba a la luz del sol, de donde nace quizá la expresión tan común de *vender su alma al Diablo*, entre los que siguen las vueltas interminables de la caprichosa viajera; sin ninguna pretensión de carácter terrenal, intervenía a su manera en las maquinaciones políticas, ya se tratara de escalar posiciones encumbradas de donde se gobernaban extensos territorios y se administraban tesoros fabulosos, ya solo de una alcaldía mezquina, donde es fama que se crece más en vanidad quijotesca que en la escala de las riquezas, y dio el triunfo a más de un político de andrajos, a no pocos pordioseros hizo alcaldes, y cuando la gana le dio, él mismo gobernó con muy buena ciencia, haciendo justicia pronta y barata,[11] como la desearían muchas naciones de la Tierra en esta época de régimen democrático; por fin, su acción irradia sobre todos los hechos colectivos, toca los resortes como mano maestra, asume los roles más difíciles en esta interminable comedia humana, donde un pesimista encontraría en la variedad de hábiles disfraces el secreto de los éxitos asombrosos; habla todos los idiomas, y con mayor perfección, aquel que se emplea para conseguir voluntades acariciando las vanidades ajenas, y fomentando el vicio disfrazado de los poderosos; penetra en los recintos más ocultos donde el sabio, el avaro y el amante se entregan a sus delirios y vigilias, para burlar la ciencia trasnochada con la verdad terrible con que habla a Fausto, para atormentar la avaricia con la visión de la muerte y para sorprender el amor en sus paroxismos solitarios.

Pero en todo hay que admirar el espíritu de justicia que le guía contra los vicios sociales, porque siempre se presenta como el ejecutor de la sentencia que la moral universal pronuncia sobre las acciones, sean apenas concebidas o ya practicadas, apoderándose del culpable no bien ha ideado su falta; y este carácter es común a las tradiciones de algunos pueblos de Europa, y ha hecho que sea mirado con menos rigor del que usa con él la religión, concibiéndolo alguna vez como elemento del bien, por el solo hecho de ser el mal definido, universal y perma-

11. La hermosa tradición de Ricardo Palma, *El alcalde de Paucarcolla*, versa sobre este tema.

nente, y el dueño de todas las almas que se apartan del sendero que conduce a la gracia eterna.

Pero no siempre la victoria le ha sonreído, ni sus triunfos se consiguieron con facilidad en la lucha con la virtud y con la divinidad que le persigue; y es desde el advenimiento de los jesuitas a América, que su empresa se vuelve más difícil y sus triunfos más dudosos, porque aquellos han minado las bases de su fortaleza y su poder, descubriendo su secreto de la persuasión, su arte de dominar la voluntad ajena, y su ciencia irresistible para superar todas las dificultades y los peligros de las más arduas empresas: fueron como un general que hubiese examinado el campo enemigo y el plan de operaciones antes de la batalla; en una palabra, veía en el jesuita un *alter ego* tanto más peligroso, cuanto que llevaba el apoyo de aquellos ángeles soldados que lo vencieron en su rebelión inmemorial.

En todas sus maquinaciones y sus intrigas, por más hábiles que fuesen, siempre encontraba a su antagonista con una red tendida, con una trampa levantada, y más de una vez hubo de morder con su cólera nerviosa la punta de sus dedos crispados, ante su propia impotencia, vencido por la astucia del hábito negro que se alzaba en todas partes delante de él, con su mudo misterio y con su sombrío estoicismo que desarman todos los planes contrarios. Nadie como el hijo de Loyola sabe preparar y explotar el hecho sobrenatural que ha de asombrar y aturdir al indígena, y nadie como él sabe investigar los senderos ocultos que antes solo el Diablo conocía y transitaba; y hasta las grutas tenebrosas donde este celebraba sus concilios, con su espeluznante corte de brujas y demás seres diabólicos, fueron descubiertas por aquel ojo investigador que parece ver en los rincones más ignorados de la tierra, como en las cavidades infinitesimales del pensamiento, para adivinar la acción que se medita y el desenlace que seguirá a cada intriga urdida para el triunfo de Satanás.

Los cronistas de la Orden han narrado sus triunfos contra el espíritu maligno, pero toca a la tradición imparcial, al espíritu del pueblo, descubrir las tramas que dieran lugar a esos triunfos, despojándolos del colorido jesuítico, y haciendo intervenir en ellas a cada personaje con el rol que desempeñó en la acción, las creencias o supersticiones que le inspiraron y las alternativas siempre fantásticas o dramáticas que forman el interés del suceso. Dios y la Iglesia han tenido solamente sus cronistas y sus poetas; faltan los cronistas y los poetas de Luzbel; y por cierto que sus relatos serían atrayentes, iluminados por la luz rojiza de sus maleficios y de sus evocaciones teatrales, por sus metamorfosis, siempre anunciadas por un fenómeno extraño, y por los destellos chispeantes de su cólera o de su risa, que contagia como un fluido eléctrico a toda la naturaleza.

Si hay unción, maravillas y deslumbramientos celestiales en la narración del cronista y del poeta de la fe, hay sobrecogimientos, prodigios y fascinaciones fantásticas en las leyendas y los poemas donde el Diablo actúa como héroe. En tanto que los miles de sucesos milagrosos que la historia religiosa nos refiere convidan al sueño y llegan a fastidiar por su designio propagandista, las proezas y aventuras maravillosas de Satanás, leídas en el invierno al calor del hogar, o relatadas en el estío al resplandor de la luna, excitan el cerebro y hacen vagar la imaginación por mundos invisibles de luces y de sombras que, al sucederse, mantienen el espíritu en arrobamiento delicioso.

He ahí el campo inmenso de la musa nacional, no explotado sino por los historiadores que en sus momentos de ocio se entretuvieron en referir los hechos tradicionales que encontraron flotando sobre la superficie de la historia, como la música de la naturaleza flota sobre las selvas y las montañas, pero no dedicándole toda su labor ni todo su espíritu, como lo hubieran hecho el literato y el poeta, encargados de traducir en la leyenda y en el poema los secretos e íntimas palpitaciones de la raza, del pueblo, de la familia en su evolución sociológica.

Son hermosas y llenas de colorido y animación las narraciones de Quesada, de Gutiérrez, de la Gorriti, de López, etc., pero sus motivos pertenecen más a la historia que a la leyenda, tienden más a la descripción real que a la creación ideal, lo que por otra parte no significa un defecto, sino un sistema. Pero la literatura tradicional es independiente, y forma un género intermedio entre la historia y la poesía, porque tomando como base los hechos humanos y sociales, los explica, desenvuelve y adorna con la fantasía poética, que rodea como una aureola de luces y perfumes los acontecimientos de la vida de las sociedades en infancia.

En cuanto a mí, sé decir que las tradiciones o leyendas de todos los pueblos de Europa en las que lo fantástico forma el alma del relato me producen goces estéticos de incomparable dulzura, manteniéndome en espíritu sobre corrientes ideales que desearía fueran sin término; y como en estas páginas juzgo más con el criterio del corazón y la fantasía que con el del filósofo que se entretiene en derribar los sueños, pienso que nuestras tradiciones, narradas en estilo más bien poético que histórico, más bien travieso y ameno que severo y analítico, ofrecen a nuestra literatura tesoros inagotables de bellezas que harían algún día las delicias de nuestro espíritu, levantando al mismo tiempo el temple de nuestra sociedad, que, como todas, será tanto más culta y elevada cuanto más ame las lecturas que ejercitan la fantasía, el sentimiento y la razón.

Esta es la verdadera literatura del hogar, que le mantiene unido y feliz, porque aleja las meditaciones positivistas que conducen a realidades y ambiciones perturbadoras del sosiego, y no deja entrar en los oídos inocentes y en las inteligencias en desarrollo las voces y las sugestiones sombrías de pasiones mezquinas, de odios y calumnias que ruedan por las calles de las ciudades populosas, con ese ruido siniestro y aterrador que el viento helado del invierno produce en las ramas de los árboles, y congela la sangre de las venas, o que interceptan el camino de la vida como las tres fieras que asaltan a Dante extraviado en la selva impenetrable, y de las que él ha definido una en dos tercetos inmortales:

Chè questa bestia, per la qual tu gride,
Non lascia altrui pasar per la sua via,
Ma tanto lo impedisce, che l'uccide:
Ed ha natura si malvagia e ria,
Che mai non empie la bramosa voglia,
E dopo il pasto ha più fame que pria.

La prueba más evidente de esta influencia moralizadora de la literatura legendaria nos la dan las sociedades de origen germánico y anglosajón, donde son proverbiales el culto del hogar doméstico, que defienden de la maledicencia como defienden el santuario de su religión, y la costumbre de las veladas familiares,

donde se renuevan constantemente las innumerables leyendas fabulosas en que fundan su sentimiento patrio, y que han sido transmitidas por los bardos de todos los tiempos. ¡Mil veces bendita sea esa llama del hogar que, alimentada por el amor y la fraternidad, mantiene siempre viva la fe en el porvenir, el valor en las grandes luchas de la vida, y forma las grandes virtudes cívicas que con el sacrificio y el heroísmo salvan a las nacionalidades de las catástrofes de la historia!

En nuestra literatura nacional le está reservado al Diablo, como personaje, un lugar prominente; él ha asistido en mil maneras y formas diversas a la evolución de nuestra cultura moral, de nuestros sentimientos y de nuestros sueños juveniles; y cuando tengamos poetas legendarios, y músicos que den su alma de armonías al poema, le veremos surgir del fondo de su nebulosa eterna, rodeado de una aureola de estrofas y de acordes, que tendrán toda la sublime entonación y la magia diabólica de su ser, con los que Goethe, Gounod, Wagner y Boito han encantado y siguen inundando de inspiración el mundo contemporáneo; porque nada ofrece mejores motivos y creaciones al poema musical que lo fantástico y legendario, puesto que ambos tienen de común la atmósfera en que se agitan, y los sentimientos y las emociones que despiertan.

Si «la música es el vapor del arte», según Victor Hugo, la poesía y la tradición legendarias son, en cierto modo, el vapor de la historia. Y el gran secreto de la revolución literario-musical de Wagner lo encuentro yo en haber adoptado para sus dramas los asuntos de la riquísima leyenda germánica, que dan a sus obras en fusión grandiosa, el doble encanto de lo fantástico en la poesía, y lo fantástico que forma la esencia de la música. ¡Cuánto asunto ofrecen al músico esas escenas de nuestras montañas pobladas de mitos luminosos, de poemas que aún no han sido referidos ni cantados sino por la musa primitiva en la soledad prehistórica! ¡Con qué extraordinario resplandor brillaría Luzbel sobre las cumbres cubiertas de nieve, lanzando a su enemigo eterno el reto de rebelión y de combate, que repercute con la misma intensidad a través de los siglos, en el drama musical que se propusiera traducir en acordes las revelaciones de la naturaleza en sus horizontes, en sus montañas, en sus selvas, en la cabaña rústica, en el corazón salvaje y en las tragedias que llenan la historia de nuestra América indígena!

La inmortal figura de Mefistófeles se rejuvenecería, al reaparecer este en la escena revestido con los nuevos atributos con que la superstición y las leyendas americanas lo han enriquecido, y actuando en los hechos y aventuras de los conquistadores y misioneros, en las intrigas palaciegas y en los dramas del amor, con la misma ciencia que despliega en *Fausto*, pero en un teatro más aparente a sus proezas, y enfrente de enemigos que lo atacan sin embozo y con sus mismas armas. Las leyendas de América son el campo de las futuras creaciones musicales y poéticas, adonde acudirán, a no dudarlo, los literatos y los poetas, cuando la cultura social y el espíritu fatigado les exijan lecturas que refresquen el ánimo, agiten la fantasía, renueven los sentidos relajados con la percepción constante de las realidades desnudas que, como todas las cosas monótonas, acaban por adormecer la fibra o la facultad con que se las admira o se las juzga.

Nuestra literatura actual cuenta con dos poemas que gozan de justa popularidad, porque son genuinamente nacionales, y porque reflejan el genio del habitante de nuestras llanuras, donde en otro tiempo resonó la musa popular con acentos penetrados de esa melancolía dulce y apacible de su cielo y de sus

horizontes: esos poemas son el *Fausto* de Del Campo, y el *Santos Vega* de Obligado; y aunque tenemos otros como *Martín Fierro*, *Lázaro* y *La fibra salvaje*, obras maestras en su género, y verdaderos poemas nacionales, porque son el alma de nuestras masas en una época, menciono los primeros, porque ellos versan sobre el tema de estas líneas; en ellos se pone de relieve la concepción de Satanás forjada por el pueblo, que le ha sido legada por la cultura religiosa de la Conquista y asimilada a la tradición de la tierra.

El poema de Del Campo es la obra más completa que pueda consultar el que quiera conocer a fondo el alma del gaucho pampeano y su inteligencia aplicada al criterio de los problemas filosóficos, religiosos y sociales de nuestra civilización; y aunque el poeta haya puesto en su personaje mucho de su propia inspiración, en nada disminuye la verdad, puesto que refleja el alma de su héroe y la naturaleza de su suelo, tan rico en bellezas y en fantasías. «El Satanás de sus versos –dice Juan Carlos Gómez– huele a azufre, hace santiguarse, y su inacabable sarcasmo

> "suelta una risa tan fiera
> que toda la noche entera
> en mis orejas sonó."

»Algo de siniestro sobrecoge a la naturaleza al aparecer con su infernal guitarra:

> "Haciendo un extraño ruido
> en las hojas tropezaban
> los pájaros que volaban
> a guarecerse en su nido."»

El poeta ha preparado el efecto de su gran poema con mano maestra; le ha dado por escenario la pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la naturaleza, y se entregan sin testigos a los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos o tiernos, y de supersticiones infantiles que a cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imagen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalación de fuego, pero que ellos saben conjurar con la invocación de la Virgen María, esa *maris stella* que tantas veces ha salvado del crimen y de la nostalgia del desierto al gaucho perseguido por la justicia, u obligado a ahogarse en el reducido recinto de la ciudad que lo repudia como elemento extraño a la civilización.

Aumenta el encanto y la majestad de la escena el idioma propio de sus actores que, tratando de un asunto eminentemente clásico, parece vibrar con el siniestro eco de esas risas diabólicas que se estremecen, o de los ruidos desordenados con que la turba satánica atruena la mansión infernal; y al mismo tiempo, se presta admirablemente para la expresión espontánea y genuina de las impresiones producidas por el relato, y de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados. El pasaje en que por primera vez el recuerdo de Satanás viene a su memoria está traído y escrito con verdadera oportunidad y maestría: es lo que da nacimiento al poema que ha de desenvolverse en un diálogo sabroso, en que cruzan como nubes coloreadas por el iris los cuadros más

brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de calor inagotables.

Cuenta Laguna cómo las prendas que ostenta su caballo fueron ganadas al juego, y se entabla este diálogo, que por sí mismo revela cómo arraigan en el espíritu del gaucho la creencia y la superstición respecto de Satanás, y el sello profundamente religioso de todo su ser:

¿Y sabe lo que decía
cuando se vía en la mala?
El que me ha pelao la chala
debe tener brujería.
A la cuenta se creería
que el Diablo y yo...
—¡Callesé
amigo! ¿no sabe usté
que la otra noche lo he visto
al demonio?
—¡Jesucristo!
—Hace bien, santigüesé.

—¡Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego;
pero no importa, le ruego
que me dentre a relatar
el cómo llegó a topar
con el *malo*, ¡Virgen Santa!
Solo el pensarlo me espanta...

Y he aquí cómo todo el poema nace de un recuerdo, de aquel que más profundamente se grabó en su memoria, porque fue la impresión más fuerte que su alma ha recibido durante el espectáculo. La idea del Diablo domina y sirve de centro a la acción, y en toda ella se nota, distribuidas con prudencia y arte inimitables, las evocaciones del Espíritu maligno en medio de estremecimientos involuntarios y de exclamaciones en que estallan el temor supersticioso que domina al narrador, y al mismo tiempo la fe religiosa y la devoción a la Virgen o a Jesús, con que espanta la imagen maléfica de su cerebro excitado. Y como ese recuerdo y esa idea es lo que ocupa y domina su espíritu, cada una de las alternativas de la lucha en que Mefistófeles es vencido por la influencia divina arranca a los dos interlocutores las más ingenuas y gozosas exclamaciones de triunfo, así como toman un aire de misterioso temor y asombro, cuando recuerdan los prodigios de la magia infernal.

Es en este poema donde se reflejan con vivos colores las múltiples concepciones que del Satanás de la Biblia se ha forjado el paisano argentino; él no es ya solamente el ángel del mal y de la perversidad eternas, ni lleva siempre sobre su cabeza las fulminaciones de la cólera divina: algunas veces se presenta a su imaginación más humano, más risueño y más amable, y hasta ha llegado a participar de las costumbres de la pampa, mezclándose a la vida de sus moradores. A fuerza de ser temido y nombrado ante ellos, ha llegado a ser familiar en sus

conversaciones, y como elemento indispensables de sus locuciones más espirituales. Él es el superlativo de todas las cosas, de todas las artes, de todas las facultades que el hombre ejercita, pero que para el gaucho son motivo de asombro, y ha recibido tantos nombres como las supersticiones le conciben.

En *Fausto*, esas transformaciones están manifiestas y reflejadas de un modo admirable. Satanás ha consentido en dar a su protegido el corazón de Margarita, pero no sin su convenio de costumbre:

—Poco a poco;

si quiere hagamos un *pato*:
usté su alma me ha de dar,
y en todo lo he de ayudar.
¿Le parece bien el trato?»

Como el Doctor consintió,
el Diablo sacó un papel,
y le hizo firmar en él
cuanto la gana le dio.

—¡Dotor, y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñao,
si se topó ese abogao
con la orma de su zapato?

La satisfacción más íntima rebosa en los dos interlocutores del poema, cuando el relato llega al pasaje en que el capitán presenta al Diablo la cruz de la espada. La fe sencilla resplandece en sus ojos y destella en su lenguaje como un astro que anuncia la victoria:

—¡Viera al Diablo retorcerse
Como culebra, aparcero!
—¡Oiganlé!
–Mordió el acero
y comenzó a estremecerse;

y cuando recuerdan la serenata cantada bajo las ventanas de Margarita, el corazón de la pampa se dilata como si quisiera absorber todas las emanaciones perfumadas de sus selvas, todo ese ambiente infinito que se extiende sobre horizontes sin término. La grande y solemne poesía del payador despierta al instante evocada por un recuerdo en medio de la soledad donde hablan aquellos dos filósofos del desierto, y toda la admiración que el gaucho tributa al que sabe arrancar a su guitarra los lamentos que gimen en su alma se vuelve hacia Satanás, que en ese momento se levanta en su cerebro como una irradiación de luz espléndida, como la música misma de las trovas nacionales, desapareciendo por entero, y como por una mágica evolución, toda idea o temor religiosos: el arte ha reemplazado a la creencia, el músico al idólatra:

Al rato el Diablo dentró
con don Fausto, muy del brazo,
y una guitarra, amigazo,
ahí mesmo desenvainó.

—¿Qué me dice, amigo Polio?
—Como lo oye, compañero:
el Diablo es tan guitarrero
como el paisano más criollo.

Entre los tipos de la leyenda nacional, la inmortal figura de Santos Vega destella sobre el fondo inmerso de nuestra pampa como una aurora inmortal de poesía y amor; él es la personificación radiante de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera que inunda las campañas, desalojando y replegando hacia los desiertos al hijo de la tierra, que al perder el hogar donde nació, el campo donde aprendió a leer en la naturaleza, y a asimilarse sus armonías misteriosas, parece que va perdiendo hasta esa sensibilidad refinada, que en otros tiempos nos hizo escuchar cantares deliciosos que aún resuenan en las brisas desoladas de la llanura, y nos hizo admirar imágenes que solo han quedado grabadas en sus crepúsculos.

De todo ese mundo ideal, de todo ese majestuoso poema cantado en los llanos por el payador de otra edad, solo Santos Vega brilla sobre las ruinas con luz imperecedera; pero el gaucho apenas le recuerda, y su memoria se ha salvado del olvido, porque la literatura de las ciudades ha recogido sus trovas para nutrir de savia virgen sus concepciones, y para iluminar alguna vez con sus destellos misteriosos el monótono escenario de sus poemas. Solo un genio sobrenatural podía vencer el poderoso estro del poeta nativo que condensaba todas las facultades intelectuales de su pueblo y de su raza; solo los dioses podían superar en inspiración y en bellezas al cantor de la Ilíada; solo los genios alados de los bosques de Arcadia o de Sicilia podían modular canciones más dulces que Virgilio y Teócrito; solo Satanás podía arrancar a la guitarra de la pampa argentina gemidos más profundos y arrebatadores, y cantar más conmovedoras endechas que Santos Vega, el tipo semidivino de nuestra poesía nacional. Él, como Homero, se diviniza y desvanece en la imaginación popular, porque se confunde con la poesía misma cuya esencia es incorpórea y etérea, y llega a creerse que jamás existió, o así lo afirma el sentimiento de un pueblo decidido a hacer de él la personificación humana de ese genio poético que anima a toda una raza, y que, cantando, soñando, gimiendo en estrofas que vibran sin dueño aparente, como el concierto de las tardes campestres, forma el grande y universal poema de esa raza, de su territorio y de su cielo.

Santos Vega es el astro que resplandece sobre ese inmenso poema: poeta y héroe de sus creaciones tan rápidas como vibrantes e inesperadas, se asemeja a esos poetas de la India que actúan entre el luminoso cortejo de sus héroes legendarios, amados de los dioses, porque de ellos reciben la inmortalidad de una juventud eterna.

Santos Vega es la musa nacional que canta con los rumores de la naturaleza; Echeverría es el poeta clásico que recoge esa grandiosa poesía para elevarla y darle

la forma de la cultura; Obligado es el heredero legítimo de esas riquezas deslumbrantes que iban desapareciendo de la memoria, arrastradas por los vientos tempestuosos del progreso que transforma las ruinas en palacios, porque él ha templado su lira al unísono con esa música vaga que adormece los espíritus, arrancada por manos invisibles de las cuerdas siempre tensas de nuestra espléndida tierra, y de nuestro clima saturado de inspiración. Su *Santos Vega*, esbozo radiante del gran poema de la pampa que se escribirá algún día, es la tradición del poeta legendario vencido por el poder superior de la civilización avasalladora, personificada en el Diablo, en ese Satanás eternamente joven, que parece ser el portador de las grandes evoluciones de la humanidad. Este es el sentido trascendental; pero la tradición en sí misma, escrita en la estrofa amada de su héroe, nos da una vez más el ejemplo del concepto que el hijo de la tierra se formaba del Espíritu de las tinieblas. Él es la suprema inspiración, la suprema poesía, la suprema ciencia; y a pesar de que su conciencia religiosa lo abomina y lo condena, su criterio artístico lo adora y lo diviniza; porque el arte, ya cante las alabanzas del rey profeta en el salterio de oro, esculpa o pinte una Dolorosa sobre las telas de Rafael, o celebre en las estrofas inmortales de Milton y del Tasso los triunfos de la idea cristiana, o ya erija un Olimpo sensual en el laúd profano de Homero, esculpa una Venus de Milo, o arrebate y exalte el sentido en las estrofas ardientes de Safo, siempre es la chispa, el relámpago encerrado en nuestro cerebro que, iluminando los horizontes humanos, nos acerca a la divinidad, porque es ese «algo de dioses» que cada hombre lleva en su ser.

Satanás en el poema de Obligado es una verdadera creación del arte nacional, una idea más grande que muchas de las que nos admiran y enceguecen en los rotundos períodos andradianos; una síntesis filosófica que bien puede llamarse la fórmula poética de nuestra evolución social; y quizá porque no aturde y ofusca los sentidos, y porque el espacio de su expansión ideal es el alma misma, no brilla como otras creaciones de nuestra literatura, con todo el fulgor de la popularidad que, no obstante, alcanzará más sólida y profunda, cuando la crítica se dirija hacia esos dominios del pensamiento.

El Diablo humanizado en Juan sin Ropa, un payador desconocido que aparece en la escena rodeado por un misterio que sobrecoge y suspende, es la poesía sobrenatural, es el genio superior a la raza, único que puede vencer y sepultar en la nada al poeta de la tierra. En la *payada* memorable de la tradición, su fuego divino se anuncia por secretos presentimientos que nublan la frente y el alma de Santos Vega, y que le hacen presentir su muerte. Pero oigamos algunas de estas décimas que aparecen arracadas al alma del desierto.

Turba entonces el sagrado
silencio que a Vega cerca
un jinete que se acerca
a la carrera lanzado;
retumba el desierto hollado
por el casco volador;
y aunque el grupo en su estupor,
contenerlo pretendía,
llega, salta, lo desvía,

y sacude al payador.
Recién el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
y observándole, sintieron
temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
y desenvuelto ademán,
y dijo: «Entre los que están
no tengo ningún amigo,
pero, al fin, para testigo
lo mismo es Pedro que Juan».
Alzó Vega la alta frente,
y le contempló un instante,
enseñando en su semblante
cierto hastío indiferente.
—Por fin, dijo fríamente
el recién llegado, estamos
juntos los dos, y encontramos
la ocasión, que estos provocan,
de saber cómo se chocan
las canciones que cantamos.
Así diciendo enseñó
una guitarra en sus manos,
y en los raigones cercanos
preludiando se sentó.

Y aquel extraño payador, abortado por la sombra, canta los *tristes* y los *cielos* de la pampa con encanto sobrehumano, arrancando a su guitarra diabólica sonidos que electrizan, gemidos que desesperan y nublan de tinieblas el alma, acordes que arrebatan y se derraman en el espacio, evocando los seres invisibles que lo pueblan, para agruparlos en torno suyo, suspensos de sus armonías de ultratumba.

Santos Vega lo escucha con el corazón agitado por la influencia magnética de aquellos cantos desconocidos para él mismo, para él, que había penetrado en los más recónditos secretos del arte, de la pasión, del cielo y del desierto de su patria, cuya alma y cuyas fibras llevaba en las suyas. La multitud extasiada que sirve de jurado en aquel certamen sublime contiene, por amor a su poeta adorado, el grito del entusiasmo que fermenta en sus pechos inquietos, pero él comprende su derrota, porque admira a su enemigo, y lo diviniza en su propia mente, y porque los más extraños prodigios le indican que su adversario no es un ser humano como él, sino que sus trovas son las irradiaciones de un genio divino bajado a la Tierra para anunciarle su muerte; y exclama entonces, con la desesperación de la agonía, estas palabras que son el adiós sombrío y eterno de la musa de la pampa:

Santos Vega se va a hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
el momento de morir!

Algo como una niebla fúnebre se extiende sobre el desierto solitario, a medida que este adiós va dilatándose sobre la brisa de la tarde, quejumbroso como el lamento de la bordona de donde nació, hasta los últimos confines de su cielo amado, al mismo tiempo que la pupila centelleante del poeta nativo se clava por la vez postrera en los ojos de su querida, que tiene el instinto del amor y de la admiración hacia su poeta, como la rubia de Magdala lo tenía para el sublime e inspirado Nazareno. La *prenda del payador* admira y ama con el alma inmensa del desierto; Magdalena admira y ama con el alma infinita de ese cielo azul que promete el Evangelio a las almas purificadas por la contemplación.

El payador se desvanece en el horizonte de nuestro cielo sin dejar más que un recuerdo, como rastro informe de su paso, mientras que su vencedor, convertido en serpiente de fuego, incendia hasta el ombú majestuoso donde tantas veces sus endechas se elevaron a la altura, y donde tantas veces los hijos de la llanura se apiñaron para adorarlo y bendecirlo con lágrimas que eran laureles tributados por el corazón de su patria.

El Diablo, por una concepción extraña, pero que entra en la índole de nuestra imaginación popular, es el instrumento elegido por la fatalidad para dar la muerte al payador legendario, cuya imagen, sin embargo, brilla sobre los horizontes de nuestra literatura y de nuestra tradición, como la estrella polar que marca a los poetas del presente y del futuro la senda que lleva a la creación de nuestra gran poesía nacional. Y es gloria del joven bardo argentino el haber levantado como bandera de combate esa musa que, nacida y creada con Santos Vega, resplandece con luz clásica en Echeverría, que será en el tiempo el refugio donde vayan a fortalecer sus arpas desfallecidas nuestros poetas filósofos, cansados de edificar sin fruto sobre cimientos prestados por civilizaciones ajenas.

El *Santos Vega* de Obligado es un modelo de la tradición nacional, a la vez que, como he dicho, el esbozo radiante del gran poema de la pampa borrado por el soplo de la transformación de la raza, pero que renacerá de las ruinas del pasado como las estatuas griegas después de la inmensa inundación de los pueblos de Norte. Porque las evoluciones humanas son como las capas de tierra que los siglos amontonan sobre los escombros: el arado del labrador, que rasga el suelo para encerrar la semilla, tropieza algún día con un fragmento del mármol antiguo, y aquel fragmento es un relámpago que alumbra el pasado, y es la revelación de un mundo luminoso que proyecta sus rayos vivificantes sobre el futuro.

El poeta nacional del porvenir, evocando en sus canciones los recuerdos de la edad primitiva, será respondido algún día por «el alma del viejo Santos» que vaga eternamente en el espacio, como el ángel condenado de Klopstock, esperando ver abiertas para él las puertas de ese cielo tan deseado, donde se goza de la armonía que adormece los mundos, y donde se cantan las alabanzas místicas en las arpas divinas.

Pero he olvidado a mi Satanás, y es fuerza acudir a su llamado insinuante. Él, como todas las divinidades del mundo ideal, tiene sus agentes en la tierra dotados de un reflejo de su poder sobrenatural, que extiende o limita a voluntad según sus designios, y que distribuye sobre todos los puntos del globo, a manera de irradiaciones de su propia personalidad.

Los bosques solitarios y sombríos, las grutas oscuras de las montañas, las ruinas enmohecidas de las ciudades se pueblan por la noche de una multitud de seres

deformes, de heterogénea naturaleza y de espeluznante aspecto, que se arrastran en la tiniebla en pos del hombre incauto o temerario que no respeta sus ritos misteriosos; que conocen las esencias maravillosas que obran sobre la vida y sobre las leyes físicas que rigen el mundo, transformándolas o suspendiéndolas transitoriamente, mientras dura la ejecución de sus designios satánicos; que engendran ese mundo confuso y tumultuoso de endriagos y de grifos, que en la vigilia o en los sueños agitados ve la imaginación calenturienta, enroscándose como serpientes interminables en nuestro cuerpo, haciendo curvas indefinidas en el espacio de la mente; que con sus combinaciones de una química infernal crean un palacio aéreo, una montaña, un universo, en fin, para ofrecerlo a las almas cautivas de sus encantamientos, hasta que el Diablo las conduce al infierno, o hasta que un santo protector las salva de sus garras inmundas; que por medio de inoculaciones invisibles, introducen en el organismo del hombre enfermedades asquerosas o delirios feroces, hasta que el exorcismo sagrado las expulsa y purifica el cuerpo; que celebran sus sesiones tempestuosas como el fragor de las aguas interiores en las grutas de la montaña, el sexto día de la semana, y en las cuales deliberan sobre la suerte de los mortales, y resuelven el plan de sus operaciones diabólicas, prefiriendo para sus moradas las aldeas o los suburbios de las ciudades, porque allí habitan las gentes sencillas más inclinadas a caer en sus seducciones arteras; que encarnan en la persona de alguna vieja desencajada y escuálida, de esas que parecen aves de rapiña, y que antes han sido iniciadas con toda solemnidad en los misterios del Aquelarre por un juramento eterno que las vincula a la causa común de Luzbel.

Las brujas son en todas las razas y en todos los países esos agentes del Espíritu maligno; las hubo en América entre los quechuas, los araucanos y los guaraníes; pero cuando el Satanás del catolicismo se radica en la tierra conquistada, inunda nuestras aldeas, nuestros arrabales, nuestras montañas, toda la corte civilizada de la hechicería que hacía el espanto de los pueblos europeos, y de la que nos han quedado tradiciones innumerables que dan a conocer a fondo la tenebrosa institución.[12] Ellas han desempeñado un rol trágico en la historia de las luchas religiosas de los tiempos modernos, y hubo una época en que sirvieron admirablemente a la Inquisición, para llevar a la hoguera a millares de gentes inofensivas, bajo el pretexto de que servían a la falange sabática.

En las ruinas de los castillos medievales, perdidas en las montañas y abandonadas del hombre, pululaban las brujas al lado de los pájaros nocturnos que anunciaban con sus graznidos siniestros la existencia del Aquelarre subterráneo, y esparcían el terror sobre las comarcas vecinas hasta convertir ese sitio en parajes vedados aún a la agrupación humana y al trabajo de la tierra.

Nada más propio de la imaginación de las tribus indígenas de América que estas creaciones fantásticas, que tan vivamente la hieren en su período primitivo; y es así que no tardaron en convertir sus hechiceros tradicionales que, según ellos, vivían en íntima comunicación con el Mal Espíritu, en las brujas de la cultura europea, que no eran sino una forma más pulida y una institución más sistemá-

12. Entre las leyendas más completas que Europa conserva, y que la literatura ofrece sobre este asunto, se señala la de Núñez de Arce, titulada *Sancho Gil.*

tica que la de aquellos. Pero parecen haber sido más propias de la civilización quechua que de la araucana y guaraní, porque aún hoy se conserva en las provincias andinas, hasta Mendoza, la misma superstición entre las gentes ignorantes de las campañas, que aún no han recibido un rayo de luz de la nueva educación social.

Yo mismo recuerdo que los criados de la casa me contaban las historias más extrañas y extravagantes de las brujas de mi pueblo; y aún hace poco tiempo había un anciano loco a quien se le tenía por iniciado en los secretos de la *Salamanca* –que es el nombre que allí se da a la infernal institución–, y se señalaban como brujos de profesión algunos viejos del lugar.

He oído a ese mismo anciano, rodeado de un gran círculo de oyentes, referir con los detalles más minuciosos todas las ceremonias de la brujería; y me han llamado sobre todo la atención dos puntos del ritual de la iniciación, por lo que tienen de trascendental para averiguar el género de ideas que poseía aquella gente. Se cuenta que las pruebas más fuertes a que se sometía el neófito eran: la primera, hacerle pasar con los ojos vendados sobre una larga y afilada cuchilla, debajo de la cual había serpientes y monstruos de todas formas, dispuestos a devorarlo si caía; y la segunda y definitiva, que había de escarnecer del modo más inmundo la imagen de un Cristo que se hallaba colocada en la extremidad de aquel puente terrible, pronunciando las blasfemias más asquerosas a que puede llegar el envilecimiento humano.

Sea que tan raras ideas fueran reminiscencias informes de antiquísimas sectas del Viejo Mundo, o insinuadas por los misioneros para hacer más odiosa a los naturales la institución de la hechicería, que practicaban con mucha generalidad, la verdad es que ella ha existido antes y después de la Conquista bajo diversas formas, pero conservando la misma idea dominante, y que aún hay personas que creen en la existencia de tales seres maléficos.

De aquí ha nacido una gran cantidad de cuentos de brujas que tienen todo el colorido de esas narraciones fantásticas y tenebrosas, de que están llenas las literaturas europeas, y en especial la española; y no pocas veces se han visto, en mi pueblo, al menos, algunos miserables ancianos que se entretenían en recoger objetos arrojados a los muladares, perseguidos y apedreados por la multitud, por creerlos ocupados en buscar los elementos para sus brebajes maravillosos.

Así, pues, las brujas tienen en nuestras tradiciones un rol importantísimo, y una parte no pequeña en la obra en que el Diablo se halla empeñado desde el principio del mundo; y así como el Dios del catolicismo se vale de sus santos para hacer sus milagros, Satanás tiene sus brujas para manifestar por su medio las fuerzas mágicas de su sombría ciencia.

IX. LAS CIUDADES. SUS FUNDADORES. VIDA COMUNAL

Están llenas de interés dramático y de novedosas aventuras las expediciones de los primeros descubridores de nuestro suelo, en busca del asiento donde debían levantarse las futuras ciudades. Hay luchas memorables que ya la novela y la poesía han hecho imperecederas, y en las que se puso a prueba el valor temerario de los conquistadores, enfrente del salvaje heroísmo de los nativos en defensa de sus hogares; y tanto más grande y profundo era su empeño en el combate, cuanto

que veían a sus enemigos plantar los cimientos que demostraban el ánimo de perpetuarse en la posesión de sus tierras.

La fundación de las ciudades de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero, Salta y La Rioja está llena de episodios, ora trágicos y dignos de la musa épica, ora fabulosos y fantásticos, en que la imaginación del indígena se mezcla con el fervor de la creencia religiosa del vencedor, para rodear los hechos de circunstancias sobrenaturales. Unas veces los denodados expedicionarios emprenden verdaderas odiseas de sufrimientos a través de desiertos desconocidos, sembrando de cadáveres el camino; otras se traban encarnizadas luchas con la naturaleza misma, que parece complacerse en llenar de espantos y de presagios lúgubres aquellos espíritus hambrientos de reposo.

Los que descendían de Chile al oriente de los Andes, después de franquear los pasos que solo las fieras o los bárbaros transitaron, creyeron tal vez lugar aparente para el hogar de futuros pueblos, verdaderos páramos donde quizás encontraron un pasajero verdor que juzgaron durable, y aconsejados por la fatiga más que por la pericia o la previsión, abrieron los cimientos de ciudades que más tarde debían ser esclavizadas por las fuerzas latentes o visibles de la naturaleza, empeñada en destruir la obra del hombre, o verse condenadas a un combate secular contra ella.

¡Y cuánta influencia ha tenido sobre los destinos de nuestra nacionalidad aquella primera piedra colocada para servir de base a las ciudades del porvenir! ¡Cuánta lucha, cuánto aislamiento, cuánta miseria se sembró en aquellos primeros surcos abiertos sobre esta tierra ignorada, de donde debían brotar algún día para derramar sus frutos en la historia! ¡Cuántos gérmenes misteriosos que aún se mantienen ocultos y enterrados para aparecer más tarde, a medida que el progreso vaya agotando nuestros problemas internos, y descorriendo el velo de nuestros destinos insondables! Es necesario que un pueblo tenga siempre problemas vitales que estudiar, para mantener la energía y el vigor, porque el día que llegara a abarcar con su vista todas las causas de sus fenómenos sociales, el anhelo de la cultura, de la ciencia y del arte se vería satisfecho de una vez, y descansaría confiado sobre la cumbre las alas que nunca deben reposar.

Las ciudades fundadas a enormes distancias unas de otras, separadas por llanuras que parecen mares de arena donde el sol fermenta, levantadas en el aislamiento y en lo desconocido, fueron quizá la causa de que sus primeros moradores adquiriesen aquel dominio de sí mismos, aquel celo y aquella decisión por mantener el gobierno comunal que habían traído de España como una reliquia sagrada, y que era a la vez el germen remoto, aunque inconscientemente sembrado, de la libertad colectiva y de la emancipación del país, en un porvenir más o menos ignorado. Esa diseminación de los centros de sociabilidad hace más atrayente y trascendental la averiguación de los esfuerzos hechos por unos y otros, para establecer la solidaridad de la suerte en medio de aquel abandono donde parecían ante sus propios ojos, deportados peligrosos a la salud del espíritu público que es necesario aislar e incomunicar del resto de la especie.

Llama sobre todo la atención del historiador y del filósofo cuanto se refiere a la fundación de la ciudad de Córdoba, centro de la vida municipal, social y religiosa de la Colonia, y donde por causas especiales planteaban las bases del sistema social más uniforme y duradero. «¡Con cuánta regularidad se establece –dice Sarmiento–, por una serie de actos y de actas de que se trae y deposita copia

en Córdoba, el origen y transmisión del poder civil a su virrey en el Cuzco, primero a sus lugartenientes en la provincia de Tucumán, juríes y diaguitas, hasta llegar el delegado de la Corona que va a plantar el rollo, so pena de la vida al que lo quitase, en la que va a ser plaza de Córdoba de la Nueva Andalucía, por ser andaluz el delegado, y querer amar la nueva patria tanto como la que dejó a orillas del Guadalquivir! No se necesita pedir a la imaginación su pincel para trazar la escena, conmovedora por su simplicidad, majestuosa por el objeto, que en un pequeño espacio de las playas del río Suquía reúne a caballeros españoles, soldados y gran número de indios atraídos por la novedad del caso, de la toldería que está sobre la barranca, y que es hoy el pueblo de indios».[13]

¡Y todas aquellas ceremonias, hijas del derecho de la época, por cuyo medio se da satisfacción cumplida a la justicia universal que preside las grandes evoluciones, tienen para nosotros, que estudiamos los orígenes de nuestra sociabilidad, toda la importancia que en la liturgia católica se da al bautismo: aquel acto solemne de la posesión de la tierra, de la colocación de la primera piedra de la nueva ciudad, es el bautismo del derecho y de la justicia caído sobre las sienes de los nuevos pobladores, rodeado del solemne misterio de lo desconocido que se extiende en sus horizontes físicos, y en los horizontes mucho más sombríos e insondables del porvenir!

No menos grandioso y admirable se destaca en aquel grupo de héroes la figura gallarda, cortada en el molde épico, de aquel capitán esforzado que la tradición ha levantado al rango de los inmortales, que sus contemporáneos designaron con el nombre de *rayo de la guerra*, que algún día la epopeya ornará con la luz inmarcesible de la poesía, y que fue el terror de las tribus salvajes que dominaron los valles donde hoy se asienta Córdoba: el capitán Tristán de Tejeda es ese carácter legendario que lleva en sí algo del arrojo aventurero del Cid, y que al lado de otros de su temple, que blandieron su espada desde México hasta Chile, componen la pléyade deslumbrante de personajes que la tradición de la Conquista ha de perpetuar y de reunir en un cuerpo luminoso, para encanto, ejemplo y veneración de las edades.

Allí, en las páginas de Lozano, de Guevara y del Deán Funes, se narran con toda la ingenuidad sencilla de la crónica, y con todo el entusiasmo que comunica el fervor religioso, las hazañas de aquel héroe contra los indios que combatían con el número, la desesperación y la astucia, y que él sabe destruir con arranques de valor que recuerdan a los tipos homéricos de España, cuando los Cides y los Pelayos detenían las invasiones musulmanas. Tejeda en su caballo, saltando en medio de la multitud conjurada para matarlo, y dando muerte a dos de sus caudillos, poniendo en fuga despavorida a los rebeldes, brilla con la misma luz que el de Vivar sembrando el espanto en las filas del sectario de Mahoma con su caballo, su espada y su figura inmortales; sus expediciones al desierto, donde llegaba descubriendo caminos abruptos y dominando pueblos, hasta encontrar a los soldados que seguían a Ramírez de Velasco, recuerda las hazañas de los generales romanos, yendo a plantar el águila imperial en las soledades de Germania. La musa épica, la romancesca y tradicional recogerán algún día sus proezas para asombro

13. SARMIENTO, D.F., *Conflicto y armonías*, *op. cit.*, t. I. p. 71.

de la posteridad, así como las de tantos otros que sobrepasaron en valor y temerario arrojo a sus más célebres antepasados.

Ramírez de Velasco, después de una peregrinación dolorosa que constituye por sí sola una odisea, llega a las faldas de la montaña que lleva su nombre, y allí plantea los cimientos de la ciudad de La Rioja, en una comarca célebre en las crónicas incaicas por sus minas tan llenas de oro, plata y demás metales útiles, como por sus leyendas fabulosas, que en nada ceden en interés y en poesía a las de las montañas escocesas o germánicas; y como todo ha de escudriñar el narrador de sucesos antiguos, hará la luz sobre los móviles lucrativos del ilustre general, que le hicieron enclavar allí su ciudad, como ahogada de un lado por un desierto ardiente y desolado, y por el otro, oprimida por una montaña que le cierra el horizonte donde se pone el sol; y habrá de leer el contrato celebrado entre el gobernador y el capitán Blas Ponce, según el cual este «debía *ir a las provincias de los diaguitas a fundar y poblar en ellas una ciudad, hacer sementeras, descubrir y sostener minas públicas y sabidas de oro, plata y azogue*, y hasta lanzarse en el mundo fantástico de *los enterramientos, de las guacas y ofuscamientos del sol*, tras aquellos tesoros cuyo incentivo volvió por lo menos más ferviente el afán religioso de los conquistadores, por *traer en conocimiento de Dios nuestro Señor los muchos millones de ánimas que en estas provincias carecían de la predicación del Santo Evangelio*»;[14] habrá de referir las luchas sangrientas mantenidas entre el conquistador que buscaba repartir la tierra con sus yacimientos codiciados y sus moradores, a modo de tributo personal, y aquellos mismos seres humanos que peleaban como fieras, haciendo fortalezas del granito de sus cerros, y causa común la defensa del hogar donde nacieron y vivieron libres y felices desde los tiempos oscuros en que reinaron los dioses sobre su tierra.

Si hemos de dar crédito a los relatos de Lozano y otros cronistas de Indias, ninguna nación indígena se defendió con más bravura y denuedo, ni resistió tanto tiempo a las armas españolas, como aquella que, perteneciendo al gran Imperio quechua, se mantenía en las montañas de Famatina, como en un baluarte eterno, llegando hasta imponer un martirio atroz al jesuita fray Antonio Torino, que predicaba la sumisión;[15] aunque, en verdad, la venganza llevada a cabo por el general Jerónimo Luis de Cabrera en la persona del cacique Coronilla, atándolo a cuatro potros salvajes,[16] deja muy atrás en barbarie a las tribus más sanguinarias del centro de África. La guerra fue de exterminio y de venganza mutuos; y como tal, se llevó la ferocidad y el heroísmo a sus límites extremos: triste presagio de las matanzas que más tarde debían manchar aquel mismo suelo con la sangre de ciudadanos de un pueblo independiente, en plena guerra civil, que parecía ensañarse con más furor en él que en sus hermanos, y que ha dejado ejemplos memorables de abnegación humana, donde las mujeres se revisten del heroico valor de Esparta en defensa de sus hogares incendiados o mancillados por la barbarie civili-

14. NAVARRO, Mardoqueo, «La Ciudad de la Rioja. Documentos históricos», carta del 3 de agosto de 1870 al Señor doctor don Vicente de Quesada, en *La Revista de Buenos Aires*, t. XXIII, Buenos Aires, 1870, pp. 5-6.

15. LOZANO, Pedro, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, t. IV, Buenos Aires, Casa Editora Imprenta Popular, 1874, pp. 434-438.

16. Ibíd., p. 462.

zada. ¡De tal modo la fatalidad ha querido poner a prueba aquel fragmento de nuestra patria, que muchas veces ha llegado a convertirse en un fúnebre montón de ruinas que clamaban al cielo!

Pero hagamos a un lado estas horribles tragedias de sangre que un día alimentarán la literatura nacional, y veamos cómo las instituciones municipales trasplantadas de España, y legadas a cada ciudad como esencia de su misma vida, influyeron en el temple de nuestros primeros pobladores y en la sociabilidad del futuro. Porque no hay duda de que ese precioso legado de libertad comunal, constituyendo un hábito de la raza conquistadora, debía arraigarse en su nueva patria y sembrar los gérmenes fecundos de la libertad política, puesto que, como dicen los jurisconsultos, ella es la escuela primaria del gobierno propio.

Allí, en esas luchas de reducido escenario, en las que se debatía la suerte de una pequeña agrupación, debieron estallar, y estallaron, antagonismos colectivos, que bien pueden llamarse los partidos de un pueblo libre, representados por hombres que encarnaban los afectos de las mayorías, y que estos querían ver dirigiendo los resortes de su sociabilidad; y como cada cabildo conservaba sus prerrogativas propias y su autonomía electiva, la fórmula del propio gobierno local se hallaba planteada, y tocaba desarrollarla a los descendientes en las evoluciones de su propia vida interior.

Nacían del mismo modo, y por el mismo hecho, esos afectos inherentes al hombre por el suelo donde levanta su hogar y donde nacen sus hijos; y esos afectos, que parecen ser como el vínculo natural que une la planta al suelo, son los primeros elementos que constituyen el gran sentimiento colectivo de la nacionalidad, sin que sean parte a destruirlo ni las más enérgicas represiones del soberano que ve de lejos crecer el árbol plantado para sustento de su corona, ni las arbitrariedades legales tendientes a cortar las raíces por temor de perder la influencia del sentimiento patrio originario. Y como el hogar es el primer esbozo de la patria, y como la patria es la suma de sentimientos que muchos hogares reunidos despiertan en la masa social, obligados a evolucionar en unión y concordia, la idea de la nación y del gobierno propio aparece sobre el conjunto; y esta idea, desprendida espontáneamente de cada uno, sigue su evolución natural hasta convertirse en el hecho visible.

Ese hecho es la organización constitucional, formada de la suma de relaciones creadas libremente por la naturaleza de las razas, por sus sentimientos, por sus ideales sociales y religiosos, cuando han sido reunidos en un mismo espacio para vivir en comunidad. Así, los primeros municipios establecidos en nuestra tierra son el hecho más trascendental de la historia nacional, por la doble razón de haber sido la semilla de nuestra emancipación, y la primera y más simple fórmula de gobierno que habíamos de consagrar para siempre con la sangre de nuestros héroes, en una Constitución que condensa todo el fruto de la civilización humana.

Pero no es solo en este aspecto trascendental de nuestra historia que la tradición nacional encuentra campo inmenso para sus investigaciones minuciosas; tiene un horizonte más risueño y ameno, más limitado y liviano en las costumbres que nacen de semejante organización social; porque cada acontecimiento comunal, girando alrededor de un hombre, de un carácter, como en torno de su eje central, se presenta revestido con todos los colores que las pasiones, los caprichos, los sentimientos y hasta los defectos de ese hombre reflejan sobre él, y de ahí el as-

pecto trágico, cómico o fabuloso con que la tradición remota de aquellos tiempos suele venir marcada. El alcalde de Zalamea sería el tipo perfecto de la virtud cívica, que consigue levantar la humilde investidura al nivel de la corona, así como hay otros que han servido para dar alimento abundantísimo al ridículo, en la fecunda comedia española del siglo de Calderón. Y es de notar que en las tradiciones de la vida comunal, tanto en España como en América, las notas dominantes son la amenidad y el ridículo; y es admirable el provecho que sacaron de ellas los tradicionistas que, como Ricardo Palma, han llegado a ser eximios en este género de trabajos literarios.

Nunca lamentaremos los argentinos como merece la desaparición de los libros capitulares de muchos de nuestros antiguos cabildos, donde quedó escrita la historia del desenvolvimiento social de nuestras ciudades, y donde el tradicionista hubiera encontrado la fecunda mina de sus relatos, y no pocos caracteres verdaderamente dignos de ser perpetuados por la leyenda, sea por sus altas virtudes, sea por sus genialidades cómicas. Los vientos de nuestras vicisitudes políticas han dispersado aquellos preciosos libros que encerraron tanta historia palpitante, tanta noticia trascendental, tantos caracteres salientes y originales, cuyos relatos hubieran iluminado los tiempos medios, envueltos hoy en la penumbra de tres siglos.

He ahí por qué la tradición argentina de esos tiempos, con excepción de la de Buenos Aires, Córdoba y Santiago, pasa en silencio sin referirnos los dramas sociales desenvueltos bajo la influencia de esas instituciones, y sí solo versa sobre aquellos acontecimientos en que fueron actores los soldados, los sacerdotes, los seres fabulosos, y hasta el Diablo, cuya personalidad se destaca en la larga sucesión de nuestra historia tradicional con toda la magia de sus hechizos, de sus intrigas y de sus aventuras, iluminados por el resplandor rojizo de su cavernoso reino.

Libro tercero

I. LA REVOLUCIÓN. NACIMIENTO DE LAS NACIONES. EDAD HEROICA

La gran revolución de 1810, como todos los hechos trascendentales que modifican la organización de las sociedades, no fue un acontecimiento aislado ni repentino, sino que sus orígenes se remontan a las épocas más oscuras de la evolución de las razas, y a los más recónditos detalles de su genio y sus costumbres nativas. Es verdad que toda revolución es un progreso, y he ahí por qué es una ley ineludible en el mundo; pero ella no se realiza jamás de una manera súbita, porque ha debido prepararse en el corazón y en la inteligencia de las generaciones pasadas, que han ido legando a sus hijos la herencia de sus ideas y de sus sentimientos, hasta que, llegado el momento psicológico de la concentración y de la unidad de los elementos revolucionarios, rompen el molde antiguo y estrecho que los contenía, y estallan en creaciones nuevas sobre las ruinas de las pasadas formas.

El sentimiento nacional es el alma de las revoluciones, y él es el resultado de largos períodos de evolución uniforme, en que la sociedad ha vivido, luchado, gozado y sufrido al abrigo de un mismo cielo, al amparo de una misma naturaleza, pródiga o remisa en sus favores, ya bajo la acción protectora de una constitución liberal y progresista, ya bajo la pesada mano de una ley despótica que, o bien agota en germen los frutos de la libertad, o condensa por la opresión los sentimientos innatos de la raza, sus anhelos de expansión moral, hasta que llega el momento inevitable de la dispersión, a la manera de los gases comprimidos que tienden a dilatarse en el espacio.

Los filósofos políticos que analizan el pasado de las naciones buscando organizarlas con leyes que sean una derivación necesaria de su naturaleza y de su índole social, y el historiador que se remonta a las fuentes y sigue paso a paso la sucesión de los hechos y sus causas, ellos juzgarán con su especial criterio la política institucional, social y religiosa que España ejercitó sobre sus colonias americanas; yo vengo solo siguiendo el desarrollo del sentimiento de mi pueblo al través de las edades y de las vicisitudes de su vida, escuchando sus cantos nativos con el deleite que producen las músicas de la naturaleza o las expansiones de los corazones sencillos; admirando sus proezas de valor que perpetuaron en el relato desnudo de análisis y de doctrina; examinando con criterio más bien artístico que

filosófico sus creencias y supersticiones, recogiendo, en fin, para fundar mis vagos raciocinios literarios, las palpitaciones del pensamiento de la raza, sus evoluciones, sus glorias íntimas, sus aventuras, sus alegrías y sus dolores, en los que la fibra nacional fue el elemento de acción, en los que el genio de la tierra hizo sus manifestaciones inquietas, y divisó en los horizontes lejanos colores de nuevas auroras, rumores de nuevos cantos, siluetas de nuevos pueblos que, a semejanza de las tempestades de las llanuras argentinas, se anunciaban desde hace mucho tiempo, por resplandores indecisos, pero intermitentes.

Y como he escuchado las tradiciones de las razas primitivas, saturadas de savia y de perfumes tropicales, sus gritos de victoria, sus alaridos de furor, sus lamentos en la derrota y el báquico tumulto de sus fiestas íntimas, quiero asistir también al período más sublime de su historia, al momento épico en que su genio y su valor van a traer al mundo civilizado una nación, un pueblo nuevo, pidiendo su lugar en la arena donde se debaten los grandes problemas.

Está en la esencia de las agrupaciones humanas reunir sus fuerzas para elaborar el progreso; y aunque en su camino se levanten montañas de preocupaciones y de fanatismos, estos no son sino cortos intervalos de sombras que hacen apreciar con más valor la luz que las sigue de cerca, como la aurora a la noche; cada mañana, cada nuevo sol en el curso de la vida, son una revolución; el espíritu avanza rompiendo las tinieblas: es la lucha eterna que mantiene en acción las fuerzas del mundo desde el comienzo de los tiempos.

Al principio, en la cuna, la poesía vela el sueño de las razas con sus cantares inocentes que tienen todo el encanto de la savia primitiva. Visiones de luz, creaciones fantásticas, delirios febriles pero informes excitan los cerebros embrionarios, y muchas veces son esos sueños de la fantasía los que las precipitan en las grandes convulsiones, de donde nace una regeneración, o donde se sepultan para siempre con todo el tesoro de sus ideales nebulosos; y como la poesía es una fuerza que se agita eternamente en la naturaleza, y que tiende a difundirse en el espacio como en el tiempo, ella es un elemento de la cultura humana, e impulsa y embellece constantemente la vida. Los pueblos que han arrullado su infancia con la poesía han tenido la revelación de la libertad y, ¿qué pueblo de la Tierra no envuelve sus orígenes en las nubes de la fábula, oscuras pero iluminadas a intervalos por los relámpagos que dejan ver un momento su seno tenebroso?

Esas primeras creaciones del cerebro forman los puntos de partida de la tradición; puntos imperceptibles a la simple vista, desde luego, pero que, a semejanza de los astros errantes, van aumentando sus dimensiones y el caudal de su luz, a medida que se acercan al observador; entonces se los analiza, se los dibuja, se los describe y se los admira con la conciencia del que conoce las leyes que rigen sus movimientos.

Las naciones son también astros que siguen una órbita en el inmenso espacio de la historia; ellas en su período de formación se pierden en la nebulosa generatriz, hasta que las fuerzas latentes de la humanidad que palpitan en su ser les dan forma en una entidad única y les imprimen los impulsos que han de sostenerlos y dirigirlos en su carrera indefinida; durante su marcha por entre la multitud de otras naciones que ocupan la tierra, reciben influencias extrañas, y distribuyen a su vez la suya a las que se encuentran a su paso, no sin que algunas veces sean absorbidas por las que tienen mayor poder de atracción, o absorban también a las que llevan me-

nores fuerzas que las suyas propias. Y de ahí la causa de las grandezas y de las decadencias de que la historia nos muestra repetidos ejemplos; he ahí el secreto de esos cataclismos que conmueven una época, que desequilibran un sistema y aleccionan para siempre a los que observan las leyes de la evolución humana.

¿Cómo y cuándo se han desprendido de su centro primitivo esos millones de astros que nos iluminan y nos encantan con sus luces centelleantes, y nos admiran cuando estudiamos sus leyes? ¿Cómo y cuándo se desprendieron de la madre común esas agrupaciones humanas que pueblan la Tierra y que, desde la cuna hasta su desaparición, viven en lucha y en agitación febriles? ¿Cuáles son las fuerzas que animan los soles en su movimiento uniforme y continuo en el espacio? ¿Cuáles, las fuerzas que animan a los pueblos en su camino incesante en el tiempo? Las hipótesis suceden a las hipótesis, los sistemas, a los sistemas, y entre tanto, unos y otros siguen sin reposo su revolución eterna.

Las razas que poblaron nuestro continente, ya sean ellas nacidas en su suelo o emigradas en épocas remotas, llegaron a formar organismos generales y uniformes, a crear una costumbre, un sistema institucional, un código religioso, un sentimiento común y una tradición propia; y cuando la raza latina con el estruendo de las armas y con el aparato maravilloso de su religión, penetró en sus moradas solitarias y desconocidas de la vieja y sabia Europa, se encontraban en la infancia, pero en una infancia vigorosa y sana, llena de anhelos sublimes, sedienta de expansiones ilimitadas, enamorada de sus sueños y de sus ideales, de sus tradiciones y de sus dioses.

La superioridad moral de la nación conquistadora hizo que los vencidos se sumergieran en su impetuosa corriente, que asimilaran las nuevas costumbres, las nuevas instituciones, las nuevas creencias, pero no tan profundamente que perdieran el último átomo de su naturaleza propia; porque si es cierto que la influencia de la raza superior impone necesariamente su índole y su genio, es indudable que ella misma no puede libertarse de la influencia del medio en que sus fuerzas y sus elementos actúan, y que nunca se destruye y se prescinde del todo de la manera de ser, del temple, de la naturaleza de la raza que se quiere gobernar o dominar. Así, ni la ley política ni la ley religiosa pudieron desalojar por completo el germen de las leyes y las religiones nativas, y aunque fueran forzados a obedecer a las primeras, el poder del hábito formado por las segundas contribuía a desviar, si no a equilibrar la fuerza dominante.

La tradición es también una fuerza; ella es formada por el sentimiento y la pasión de la masa social y por la comunidad de destinos; es un elemento histórico y filosófico para explicar los grandes acontecimientos; es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, es la costumbre de pueblos que no tienen leyes formales, y por eso es un culto, y por eso arraiga en el corazón y en la inteligencia, y refleja el genio de la raza que les ha dado vida. Y se ha visto alguna vez que naciones dominadas largo tiempo por la Conquista, obligadas a obedecer otras leyes y otros dioses, han conservado en el santuario de su conciencia, como un talismán sagrado para las horas de amargura, el recuerdo de su tierra nativa, la memoria de sus años de libertad, y una voz interior les hablaba a solas, como un reproche, como una acusación unas veces, y otras como un consuelo y una esperanza de recobrar algún día el perdido paraíso donde nacieron y respiraron los primeros hálitos de la vida.

Ese recuerdo conservado en secreto por todos los hijos de un pueblo que cayó vencido y esclavizado no es sino la fibra, el genio nativos, que se conservan en lo íntimo, para hacer explosión más tarde, cuando la opresión, la injusticia, la barbarie despótica han desquiciado las bases de la ley humana y han conjurado contra sus autores las fuerzas comprimidas que fermentan con sordas convulsiones en el corazón de las víctimas. Entonces el esclavo rompe de un impulso súbito la cadena que le oprime el cuerpo y el alma; la tierra se estremece como si se removieran en el fondo de las tumbas olvidadas los héroes indígenas que cayeron en la lucha primera; pueblan el espacio como irradiación invisible de seres ideales, de músicas, de sueños, de cantares vagos pero poéticos, de voces paternales largo tiempo no escuchadas, todos los recuerdos de aquellas épocas de gloria y de libertad, que sus señores les quitaron por la fuerza de las armas para sumirlos en la sombra y en la esclavitud.

Entonces ven aparecer envueltos en aureolas de luz y sobre carros de fuego, blandiendo las espadas de las hazañas antiguas, sobre las cumbres y los llanos de la patria, la falange radiante de sus héroes nacionales, llamándolos al combate de la libertad y de la resurrección con acentos magnéticos, con palabras proféticas que tienen todo el encanto irresistible de la pasada y casi olvidada grandeza. Despiertan de un sueño, y exaltan su valor aquellas evocaciones legendarias, porque les recuerdan sus tiempos primitivos, en que sus héroes los condujeron victoriosos, coronados de laureles y de aclamaciones, a través de los desiertos, de las cordilleras y de los mares.

El espacio de la tradición se ilumina de repente como ante la aparición de una aurora boreal en medio de la noche polar; y al tender la vista hacia el camino recorrido durante las tinieblas, ve solo un abismo inmenso, donde se destacan a la distancia las ruinas y los fragmentos despedazados y hacinados por la opresión, que ni siquiera respetó los despojos sagrados de su pensamiento, sintetizado en el esbozo escultural, en la construcción granítica, o en las instituciones y sentimientos de raza.

No hay fuerza, no hay poder, no hay genio capaz de resistir a un pueblo que se levanta en la hora suprema reclamando la libertad que es su derecho, que se le debe por la justicia y por la moral humanas, como no hay presión capaz de contener el estallido del fuego interno comprimido por las paredes de granito de la montaña, hasta el momento de la expansión volcánica.

Las razas aborígenes de América, al ser sometidas al yugo de la política colonial de España, después de una lucha colosal que ha inmortalizado en parte un gran poeta, perdieron todo cuanto habían heredado de sus mayores, o habían adquirido por derecho de nacimiento sobre su suelo; pero esto que es natural y necesario, tratándose de una conquista civilizadora, se vuelve injusto cuando se examinan los medios de despojo, y los extremos de barbarie y de crueldad a que llegaron sus dueños, y la profundidad del abismo en que se sumergieron a los vencidos.

Estos, desde la bajeza de su esclavitud, contemplaban con dolor inconsolable cómo rodaban al polvo y se convertían en mercancía y en riquezas para sus tiranos las estatuas veneradas de sus ídolos, cómo se profanaban sus tumbas, se despojaban sus templos, se derribaban sus fortalezas, y cómo iban sus hijos y sus mujeres, como manadas de bestias, a ser azotados en el trabajo, cuando durante la dominación de sus incas, llegaron a adorarlos y a venerarlos como dioses, porque

los hicieron felices, porque eran dueños de la tierra que cultivaban para sostener el hogar, porque el trabajo se veía reproducido y ostentado a la faz de la nación, en la pompa de sus cortes, en el lujo de sus templos, en la extensión de sus caminos, en los benditos frutos de una paz duradera.

Ellos no comprendían cómo unos amos que venían hablando en nombre de una religión de amor y de fraternidad los trataban de una manera tan dura e inhumana; y ya que no podían sacudir el yugo que los oprimía, se contentaban con gemir en silencio y llorar su desventura, a semejanza de los profetas desterrados y cautivos en el extranjero; y cuando los pueblos gimen en silencio, es de temer el día en que las lágrimas se convierten en armas de combate, los sollozos, en gritos de furor, y las tiernas endechas de la soledad, en himnos heroicos de victoria, y nada resiste a la ola embravecida del patriotismo naciente.

Si la cultura española logró transformar las costumbres de las naciones indígenas con tres siglos de dominación, y si ella se impuso por medios que hoy la sana razón y la política no aprueban, en cuanto se refiere a su sistema colonial, no hay duda alguna de que la institución municipal implantada en nuestro suelo como un hábito de ese pueblo fue en gran parte el origen de la libertad que más tarde renacería para hacer de las colonias entidades autonómicas; porque esas familias agrupadas en un solo y reducido espacio, y obligadas por la necesidad a levantar sus hogares lejos de la tierra nativa, tuvieron que acostumbrarse a la idea de no volver jamás a la madre patria, y de morir en la nueva tierra donde las vicisitudes de las vida las habían arrojado.

Cuando el hombre ya cava los cimientos de su morada para esperar en ella el fin de sus días, llega hasta a olvidar la tierra donde vio la luz, y comienza a amar la nueva con el mismo amor que consagró a su primera patria; sus hijos nacen y se alimentan de la savia de la naturaleza, aprenden sus primeras nociones de la vida en presencia de los objetos, de los fenómenos, de los espectáculos que ella les ofrece, y en ella nacen los sentimientos que forman su alma, las ideas que nutren su inteligencia; y aunque reciban en la cuna la tradición paterna que tiende a transportar su pensamiento a la patria originaria, esa tradición ha nacido impregnada del aliento y de las influencias locales.

Los hijos de los primeros pobladores de la tierra extraña son la transición, son el paso intermedio que conduce a la formación de la nueva nacionalidad, y llevan en su genio un grado superior de perfeccionamiento y de virilidad hasta que, por la sucesión de las generaciones, el elemento generador pierde su influencia activa, para conservarse solo en los atributos de la raza, para perpetuarse en un recuerdo genealógico, con toda la veneración que nos despierta la memoria de nuestros padres. Pero nunca ese recuerdo puede ser una fuerza contraria que resista a los naturales impulsos de la nueva raza que nace depurada por la fusión, y con fuerzas nuevas para cumplir sus destinos sociales; antes bien, la memoria de los grandes héroes, sus abuelos, estimula y agiganta su valor, porque todos los pueblos aman y necesitan una tradición heroica para ligar con ella sus hechos contemporáneos.

Pero más que todo esto, cuando han llegado a comprender que hay en sí mismo la fuerza suficiente para vivir con independencia y gobernarse por su propia voluntad, una ley ineludible, incontrastable, fatal, precipita los acontecimientos y aproxima el desenlace de esta tragedia eternamente repetida, por la que la vida y

la organización de las naciones siguen las mismas leyes de la generación humana. Cuando el momento de nacer se acerca, parece que se levantan del fondo oscuro de la edad primitiva, iluminadas por resplandores celestes, las sombras de los primeros héroes, de los primeros dioses; que aparecen a la memoria encendiendo el corazón, todas las tradiciones en que el genio nativo realizó proezas sobrehumanas; y que se quisiera beber en la fuente virgen de donde brotaron sus progenitores, la fortaleza que precisan para luchar por la libertad; ella se les presenta entonces como una restauración lejana, o como una resurrección operada a través de los siglos por el poder maravilloso de sus genios tutelares.

La tradición y la poesía que durante las épocas de esclavitud se vuelven fúnebres, quejumbrosas, y en las que domina el genio de los vencedores, recobran entonces los acentos vigorosos con que resonaron en los primeros tiempos, cuando la tierra era libre, cuando sus moradores respiraban con orgullo desde las cimas enhiestas las brisas perfumadas que los valles y los ríos envían como una ofrenda sagrada a la montaña. La imaginación nublada por la servidumbre se ilumina de súbito con resplandores desconocidos, y vuelve a poblar la tierra nativa de creaciones fantásticas, no ya informes y nebulosas como las de la infancia, sino modeladas, cinceladas, coloreadas por el arte, y provistas de un fondo trascendental que contiene los ideales filosóficos, políticos, religiosos y artísticos del pueblo que los concibe. La inteligencia, que antes solo se agitara para forjar un pensamiento destinado a morir en germen bajo el peso de la presión moral, siente como alas que se ciernen en su interior, y como una ebullición tumultuosa, semejante a los enjambres que zumban y aletean dentro del nido, esperando el día para lanzarse por vez primera sobre los llanos y las selvas.

El despertar de la naturaleza bajo los climas tropicales es por sí solo un poema eterno y universal que no puede cantarse jamás en una época ni por un solo poeta; el despertar de un pueblo que ha vivido esclavizado durante siglos es también una mañana que resplandece sobre el espíritu humano con luces irisadas, que hace brotar de él las creaciones grandiosas del arte, de la ciencia y la filosofía, y engendra a los héroes que deslumbran con sus proezas y alimentan la musa de muchas generaciones.

Si las auroras de la naturaleza son las epopeyas donde las fuerzas materiales y las leyes físicas obran prodigios de hermosura, las auroras de la libertad humana son las epopeyas donde las fuerzas morales y las leyes del espíritu realizan esas asombrosas transformaciones que se convierten en Evangelios, y que marcan nuevos rumbos a las corrientes de la historia; las unas renuevan la savia de las plantas, el rocío de las hojas, los matices de las llanuras, enseñan nuevos cantos a las aves; las otras renuevan la savia de la humanidad, el alimento de los espíritus, la fisonomía de las razas, y hacen resonar armonías nunca oídas en las liras de los poetas. Si antes turbaron el silencio los golpes lentos y sordos con que el esclavo elabora el hierro, cuadra el granito, derriba el árbol para levantar el palacio de su señor, después, cuando ha quebrantado su yugo, repercuten el sonido musical que hace el cincel sobre el mármol donde esculpe la idea, las explosiones de la montaña que se rasga para dar paso a los héroes del trabajo, y el estrépito gigantesco con que caen los árboles seculares, bajo el empuje entusiasta de mil labradores que derriban el bosque añejo para levantar la ciudad populosa.

¡Con qué sublime entonación resuenan en el espacio, entonces, los cantos con que el trabajador satisfecho acompaña los afanes de la faena! ¡Cuánto colorido y animación en la multitud que se agrupa alrededor de la tienda portátil, plantada a la orilla de los ríos, en el fondo de las selvas, en las faldas de las montañas! ¡Cómo surgen las ciudades, semejantes a esos palacios de hadas que nos deslumbran en la infancia, al esfuerzo reunido de los hijos de una misma tierra, de los hermanos en un mismo amor y en un mismo culto! ¡Y cómo regenera el reposo del mediodía bajo la sombra del árbol que evoca los sueños del porvenir, mientras el obrero cuenta sus ramas y calcula con precisión matemática el fruto de su trabajo!

II. GÉNESIS DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA. LOS PRECURSORES. TÚPAC AMARU. LOS COMUNEROS. LA TERCERA RAZA. EL GAUCHO. INVASIONES INGLESAS. ESPAÑA

La Revolución de Mayo es hija de la tradición en sus épocas principales; como todos los grandes sacudimientos de las sociedades, ella ha venido preparándose en los espíritus, en el corazón y en el temple de los habitantes de la Colonia; y los asomos de la libertad en distintas circunstancias de la historia se parecían a esos vagos y súbitos resplandores que apenas alumbran el horizonte de las llanuras y que son el anuncio de la tempestad lejana. Y lo más notable de esos hechos, aparentemente insignificantes, es que se presentaban como una protesta, o como una tentativa de restablecer el antiguo Imperio de los incas, o las antiguas dinastías destruidas por la guerra y la colonización.

Es la ley permanente que sirve de vínculo a los varios períodos tradicionales: los pueblos sometidos por la Conquista invocan siempre para fundar su causa los orígenes de su raza, la memoria de sus progenitores, la tradición. Por otra parte, la mano del gobierno va pesando cada día con mayor opresión a medida que el sentimiento revolucionario se acrecienta en los súbditos; y si antes fue generoso y paternal, porque trataba con niños inconscientes de su derecho, la necesidad de conservar la autoridad adquirida lo vuelve duro y rígido, y su poder convertido luego en tiranía se extiende a todos los resortes, a todas las manifestaciones de la vida; la serenidad, la tranquilidad y la libertad de las costumbres sencillas que heredaron de sus padres van desapareciendo para formar la unidad del sentimiento de la protesta, muda y resignada en sus comienzos, pero que adquiere voz y movimiento a medida que las ligaduras van ciñendo los cuerpos, los corazones y las inteligencias.

El pastor que, como dice Bion en la muerte de Teócrito, «cantando apacentaba su rebaño», y se internaba solitario entre las gargantas de las montañas o en las profundidades de la selva, entablando diálogos tiernísimos con la naturaleza en su lenguaje de emociones, rompe la flauta rústica contra las peñas del torrente, y sus gemidos y sus endechas amorosas no resuenan ni se repiten por los ecos de los valles, ni mantienen el rebaño unido y silencioso: una tormenta de sentimientos sombríos, un enjambre de presentimientos dolorosos e indefinibles, voces secretas de un cataclismo distante, siente en las intimidades de su espíritu; cree ver en todas partes oculto, en actitud de acecho, al agente de su tirano, pronto a ahogar en sus labios la estrofa, la nota, la admiración instintiva hacia la naturaleza, que

brotan espontáneas y contentas de la libertad, de la paz de la vida, del dominio que aún cree suyo sobre aquellas rocas y aquellos desiertos donde nació, donde creció como las flores del campo y donde tantas veces interrogó en palabras no articuladas al cóndor o a las aves viajeras de otros climas.

El labrador indiano asilado con su familia en la cabaña humilde, donde trabaja y recoge sus frutos, de los que una parte va a alimentar su hogar, siente desfallecer el brazo robusto cuando la sombra fatídica del amo cruel se presenta en su umbral de piedra no cincelada, exigiéndole toda su cosecha, y dejando al hambre sentado en su lugar cuando ha dado la orden inhumana: las lágrimas riegan el suelo de su pobre vivienda, y la sonrisa paternal no bendice ya las almas infantiles que comienzan a abrirse, como las flores de los cardos silvestres, a las caricias de la luz, a las primeras revelaciones de la naturaleza que forman las ideas.

El caudillo amado de la tribu, dominado y esclavizado como ella, y que durante su cautiverio entretuvo sus veladas o sus faenas con los relatos de las antiguas hazañas, enmudece y sueña ya en vestir el traje, montar el caballo y empuñar la maza de los combates; y la sangre primitiva, haciendo un supremo esfuerzo en su organismo enervado, bulle, se agita y estalla en paroxismos de furor, en gritos de venganza, en exhortaciones belicosas, y las imágenes de las pasadas y casi olvidadas victorias vuelven a levantarse en su cerebro, como un llamamiento de sus antiguos jefes sepultados en las laderas escarpadas, o en la huaca profanada por la codicia del vencedor.

Todo cambia y parece vestirse de nuevo colorido; voces sobrehumanas que no escucharon por mucho tiempo les hablan desde la sombra, o desde las oscuras cavernas de sus montañas queridas; y una agitación extraña conmueve a todos los descendientes de la raza aniquilada, como si una corriente eléctrica hubiera pasado sobre ellos saturando su ambiente, transformando los átomos respirables y modificando sus órganos sensitivos. Los hechos más íntimos de la vida revisten un carácter trascendental por el móvil del agente, y en todas partes se ve la intención perversa del tirano; un rumor sordo y profundo, semejante a esos temblores que sacuden el continente cuando los volcanes de los Andes se agitan en sus prisiones eternas, se escucha y se siente con secreta e incomprensible emoción; y comienzan a diseñarse en la historia esas tentativas de libertad llamadas rebeliones, y castigadas con saña por los gobernantes, pero que sus autores las llaman revoluciones, esperando sobre su causa el fallo justiciero de la posteridad.

Aunque los historiadores patrios no den a la rebelión de Túpac Amaru una gran trascendencia para el porvenir de la América española, sea porque se hayan acostumbrado a juzgarla con el criterio de los cronistas coloniales, sea porque desdeñen entrar en las minuciosidades de la tradición y de las inducciones sociológicas, para mí reviste el carácter de una revolución de raza; no como un renacimiento de la raza primitiva pura, ni en nombre de las antiguas tradiciones incas únicamente, sino como un efecto de la asimilación entre las dos razas que se fusionaron en nuestro país, y que necesariamente tuvieron que formar una sociabilidad aparte en la que dominaba la cultura latina en las costumbres, pero en la sangre, las influencias naturales de la tierra.

La causa que la produjo es la de todas las revoluciones de independencia, la que ha libertado las colonias inglesas del norte y las colonias españolas del sur: la presión, la tiranía, las injusticias y desigualdades usadas por los soberanos o

sus agentes sobre sus súbditos, además de las profundas causas geográficas que obran en la segregación de los pueblos de una manera radical.

Los virreyes, gobernadores, corregidores, alcaldes de la América Latina, encargados de la dirección política, administrativa y comunal, amparados por la enorme distancia de la Metrópoli, y aleccionados por la tradición de sus antecesores, nunca vieron a sus súbditos de América sino como una mina de riquezas, y a su gobierno, como un accidente o un instrumento eficiente para el logro de sus ambiciones. La rebelión del Alto Perú no es sino la explosión legítima y natural de un pueblo que se ve infamado y oprimido hasta los menores detalles de su vida; y encabezada por un descendiente de los incas, y llevada a cabo por los naturales, tiene, pues, una gran trascendencia histórica, al mismo tiempo que revela la indisolubilidad del vínculo tradicional que va perpetuándose a través de las más radicales evoluciones de las razas; y si se quisiera una prueba de que era una verdadera revolución del espíritu y del carácter nativos, ella está de manifiesto en la repercusión inmediata que encontró en las regiones del Bajo Perú, sublevadas por otro cacique que llevaba un nombre ilustre en la tradición de su pueblo –Túpac Inga Yupanqui–, porque una idea revolucionaria no logra dilatarse ni cautivar los espíritus cuando ella no brota de la naturaleza de las cosas y cuando no es la expresión de una comunidad de intereses, de desgracias o de ambiciones.

Así, la revolución sudamericana fue preconcebida en el seno de la raza nativa, vencida y destruida, tiranizada y vilipendiada, ahogada en sus expansiones geniales y en sus impulsos sociológicos; y jamás una revolución humana fue más lógica en sus antecedentes, porque ella apareció a la superficie, marcada desde el primer momento con el sello de la unidad y de la universalidad, en el pensamiento de todas las poblaciones que habían sido sometidas y educadas por España; y aunque entre los límites que abarcó su acción se comprendiesen naciones de razas originarias diferentes, como los guaraníes, los araucanos y los quechuas, dos siglos de obediencia y de desgracias comunes, y de recibir la misma educación política, social y religiosa, habían hermanado sus caracteres y predispuesto sus tendencias hacia un mismo destino. La misma opresión pesaba sobre ellos desde México hasta el Río de la Plata, y el grito de dolor del hijo de América lanzado en Arauco, repetido por los ecos de las cordilleras andinas, iba a morir en las costas de la alta California, después de remover las cenizas de tantos guerreros, de tantos reyes, de tantos ídolos y templos, enterrados a lo largo de esas montañas tradicionales que abrieron sus rocas para darles eterna sepultura.

Así, el alzamiento de Túpac Amaru secundado por Inga Yupanqui, acaecido en los momentos en que el mundo moderno se agitaba en medio de una tormenta revolucionaria que debía transformar su naturaleza, sus sentimientos y sus destinos, y cuando sus ráfagas calientes llegaban desde Europa sin apagarse en el océano, importaba una revelación y un anuncio de que la tormenta que se preparaba en el viejo continente traería sus rayos y sus arietes invencibles a los pueblos lejanos que habitaban el nuevo, y que eran sus hermanos en la desgracia y en la opresión; y así como los reyes europeos se apresuraron a conjurarla, ya sea con ejecuciones sangrientas, ya por medio de concesiones calculadas, los reyes de América se ensañaron en el castigo de los rebeldes, y también, bajo Carlos III, se hizo la prueba de concesiones liberales que en el estado de los ánimos no podían ya detener el estallido de las pasiones comprimidas.

El castigo de los caudillos americanos fue un escarmiento bárbaro pero que, por su misma monstruosidad, precipitaba la catástrofe. Túpac Amaru, «este infeliz caudillo fue arrastrado hasta el patíbulo, donde mataron a vista suya a su mujer, a sus hijos y a sus parientes más cercanos; luego le arrancó la lengua el verdugo, y enseguida fue descuartizado vivo al violento impulso de cuatro caballos que, asidos de sus brazos y piernas, lo arrastraron en dirección contraria hasta dividirlo en cuatro partes»;[1] y respecto de Túpac Inga Yupanqui, la sentencia ordenaba que «se saque de la prisión atado de pies y manos en un serón y que, arrastrado por las calles públicas y acostumbradas (!), se lleve hasta la plaza mayor, donde estará puesta una horca, de la cual será colgado por el pescuezo hasta que naturalmente muera, siendo descuartizado y puestos sus cuartos en los caminos, y su cabeza en una jaula de hierro *para perpetuo ejemplo*, en la Puerta de las Maravillas; quemándose lo restante del cuerpo en una hoguera por el verdugo, *después de sacarse el corazón y las entrañas para darles eclesiástica sepultura*».[2]

Una nube de sangre debió cubrir las moradas de los hijos de América ante la tamaña barbarie que, por ser ejecutada por cristianos, deja en la sombra las crueldades que siglos antes reprochaban a los indios para autorizar sus matanzas; un rugido semejante al del rey del infierno que estremece la tierra y ensordece el espacio debió brotar de aquellos corazones enfurecidos, en donde ardía aún la savia nativa que en los tiempos de la defensa hizo brillar a tantos mártires e inmortalizó a tantos héroes.

Pero el castigo es estéril cuando la llama de la libertad enciende a los pueblos; antes bien, parece atizarla con mayor brío, y acelerar el momento supremo de la expresión que regenera destruyendo, que funda la justicia matando a los tiranos, que forma a los héroes convirtiendo a los hombres en fieras y que, como la lava derramada sobre los mares, produce esas tormentas espantosas en que luchan el fuego y el agua por devorarse mutuamente. Cuando tales crímenes se cometen, aun con el pueblo más bárbaro y salvaje de la Tierra, siquiera sea en nombre de las leyes humanas y divinas, desaparecen el derecho, la justicia, la moral, la religión, y solo habla el corazón humano con el lenguaje de la venganza, que llega a ser en su exaltación la suprema justicia y la suprema moral; porque, rotos los vínculos sociales, no hay juez que las aplique en nombre de la humanidad ni sacerdote que las invoque en nombre de Dios: el hombre está enfrente del hombre; la humanidad, en pugna consigo misma, y hasta las divinidades llegan a olvidarse, porque en esos actos que degradan su especie, su influencia, su poder, su sabiduría, no han existido, y el hombre entonces las repudia, porque él tiene más fuerza que sus entidades incorpóreas.

Así se explica que los pueblos dominados por una religión extraña a la de sus progenitores, y que les fue impuesta por la ayuda de la espada, lleguen a arrojarla de sus corazones con desprecio para volver a invocar la que los arrulló al nacer, y les dio las primeras comunicaciones con la divinidad, si no se entregan en brazos

1. PELLIZA, Mariano A., *Historia argentina*, t. I, p. 103; FUNES, Rogelio (Deán), *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay* [*Ensayo histórico*], Buenos Aires, Imprenta de Benavente y Compañía, 1817, t. 3, Libro VI, cap. III.

2. PELLIZA, M.A., *Historia argentina*, t. I, p. 104.

de otras más protectoras y humanas, que no exaltan tanto su poder maravilloso como para destruir las facultades propias del ser racional.

No menos trascendental se presenta en el escenario de la Colonia la revolución comunal del Paraguay, llevada a cabo en nombre de derechos heredados, y transportados a su nueva patria por los pobladores de América, como un verdadero patrimonio; porque las autoridades coloniales, olvidando las más primitivas nociones del derecho humano que nacen con el hombre, llegaron hasta a transmitir el gobierno por contratos, cuando en las sociedades medianamente elevadas en cultura, el gobierno es atribuido por la voluntad de los hombres reunidos, ya sea de una manera directa, ya delegando en más o menos sus facultades individuales. Pero solo la barbarie en el grado de la inconciencia, y la corrupción en el grado de la disolución, pueden llegar a hacer del gobierno una materia de contrato lucrativo.

Aunque parece que nuestros historiadores no atribuyen a la revolución comunal de Paraguay mayor trascendencia que dentro de los límites de su acción concreta, creo que su influencia en los sucesos que comienzan en 1810 es indudable, porque pone de manifiesto a la faz del continente, que ya se sentía influenciando por las corrientes civilizadoras de Europa, la monstruosidad de un sistema de gobierno y de colonización que se creía desaparecido ya para siempre en las edades antiguas, y que parecía refugiado en las selvas paraguayas como una última sombra que hubiese quedado oculta desprendida del caos, en las sinuosidades del abismo.

En ningún caso la tradición se manifestó de una manera más profunda en el espíritu de un pueblo, ni se presentó como ayuda de una causa más justa; y aunque en él no actuara el genio de los descendientes de las razas nativas sino la costumbre de la libertad comunal transportada de la madre patria a sus nuevas posesiones, la resistencia se levantaba contra el mismo poder que oprimía a la tierra, y la comunidad en el sufrimiento y en el derecho hacía a los unos y a los otros soldados o partidarios de una misma idea.

En el Alto y Bajo Perú, en Chile, en el Río de la Plata, en Paraguay, en todas las regiones del continente, el sentimiento de la libertad nacía por sí mismo al peso de la tiranía, al mismo tiempo que se delineaba ya el carácter de las nuevas naciones del porvenir, en sus costumbres, en sus tendencias, en sus anhelos y en sus actos de la vida privada; y las tradiciones que los literatos de este siglo han desenterrado de los archivos de la Colonia, o recogido de los ancianos que los conservaban en la memoria, forman ya un tesoro inapreciable de literatura tradicional, digno de ser más estimado de lo que está hoy día por nuestras jóvenes generaciones, más enamoradas de las literaturas extranjeras que de los riquísimos asuntos que América ofrece a la fantasía y a la inteligencia.

Reuniendo en orden sistemático todos esos ensayos, muchos de los cuales merecen el título de obras maestras en su género, tendríamos la historia tradicional, la que nos remontaría gradualmente a los orígenes de nuestra nacionalidad; y quizá podríamos llegar a deducir y deslindar lo que en la realización de la obra del presente corresponde a cada una de las razas que actúan en nuestro territorio desde la Conquista; llegaríamos, quizás, a reanudar la sucesión natural de los acontecimientos íntimos, ya históricos, ya legendarios, en los que la idea revolucionaria vino manifestándose, o en que los gérmenes de nuestra libertad se sembraron por primera vez, y que no se ocultan del todo, sino que se oscurecen ante

la magnitud de los hechos que la gran historia abulta, y a cuyo alrededor se agrupan esas pequeñas conmociones, esos actos de la vida íntima de reducido escenario, y que no por eso dejan de ser un reflejo de las grandes causas y de la idea dominante.

Desde principios del siglo XVIII, el siglo de las grandes revoluciones, la sociabilidad americana se hallaba enriquecida con elementos nuevos, fruto de la evolución simultánea de dos razas sobre un territorio virgen y bajo climas fecundos; los habitantes de las ciudades no son ya solo los españoles conservadores de la costumbre patria, y de su idioma y de su religión, ni el morador de los campos es el mismo indio de la Conquista, libre de influencias de ajena cultura, y que adopta los nuevos usos porque lo obligan a ello: en las ciudades aparecen ya costumbres de carácter mixto, y algunas enteramente distintas de la originaria; y el idioma mismo comienza a recibir en el uso de la gente culta nuevos vocablos y nuevas locuciones, nacidas en el país por efecto del genio propio de la cultura nativa.

Entonces aparece ese tipo original del gaucho, dominador del desierto, de la selva y de la montaña, que no es el paisano español, ni el colono indiano, sino una manifestación viva y brillante del carácter de ambas razas, pero dominando en él la riquísima fantasía que bulle en nuestro clima, el sentimiento que brota de nuestra naturaleza, la inteligencia que nace de todas las causas lógicas reunidas: es el hijo legítimo de la tierra, y ha heredado de ella todos sus grandes rasgos, todas sus profundas influencias; y su figura moral está fundida en el molde inmenso de nuestros desiertos, o esculpida con el mismo cincel que ha perfilado las montañas colosales o los informes monumentos que aún se levantan sobre sus pedestales graníticos, para atestiguar que la llama del arte encendió el cerebro de los primitivos pobladores de América.

Y bien se comprende que si tales transformaciones sufría la nación dominadora, y si su sangre, por decirlo así, no imperaba ya en los organismos de sus súbditos, el vínculo nacional estaba disuelto, y la primera fuerza impulsiva los arrojaría lejos de ella, como el árbol arrancado de raíz es arrastrado por el pampero que azota las selvas y barre las llanuras.

Además, las civilizaciones extrañas a la Península, que enviaban con harta frecuencia sus hálitos de vida sobre la anémica población de sus colonias y que el espíritu ávido de la juventud devoraba con efusión, y la libertad científica y religiosa que resplandeció sobre ella bajo el gobierno de Carlos III, fueron causas de la súbita elevación de la cultura colonial, al extremo de que el viejo molde político en que la metrópoli la encerraba no podía contener su expansión moral. El molde tuvo que ir agrietándose hasta dividirse en fragmentos informes, dando repentino escape a la materia contenida.

Los últimos acontecimientos en que los habitantes de la Colonia actúan como súbditos de España son las invasiones inglesas, y es general la opinión de que ellas dieron a los naturales la ocasión de medir sus fuerzas colectivas para el azar de una guerra. Podemos al mismo tiempo considerarlas como la última etapa de los tiempos medios de nuestra evolución, y en los que comienza a diseñarse la grande y luminosa época de nuestra epopeya nacional. Ellas son para nuestra tradición de pueblo independiente lo que el crepúsculo al día que se acerca: los nidos comienzan a removerse en los follajes porque las aves se preparan a entonar el himno de

la aurora; las plantas despiertan de su sueño para abrir sus cálices al beso de la luz; el humo de las cabañas se levanta en columnas a través de los techos de paja, porque la familia del labrador se dispone a emprender de nuevo la faena del día; el potro de la pampa sacude su crin salvaje, y con la nariz abierta absorbe con delicia la brisa matinal, mientras con la cabeza erguida divisa y escucha los ruidos del día que asoma en los horizontes lejanos.

Allí se destacan ya con perfiles definidos los caracteres que más tarde serían los baluartes de la lucha emancipadora, irradian los sentimientos magnánimos, las ideas generosas que mantendrían el entusiasmo y el fervor de la causa; y el heroísmo de aquellos colonos casi ignorados de Europa asombra y sorprende como una revelación a las viejas naciones que se creían únicas dueñas de tradiciones inmortales y de epopeyas grandiosas. La leyenda y la poesía enriquecen sus anales con episodios arrobadores, donde resplandece el genio de una nación nueva que entra, «coronada su sien de laureles», a la escena humana, como los atletas griegos que por primera vez entran a la arena olímpica a disputar el lauro inmortal, o la gloria de ser cantados por el poeta de las grandes fiestas.

Último tributo de su obediencia, de su sangre y de su heroísmo de raza, la joven América salva el honor de España, su ilustre y desgraciada madre, fatigada de los combates seculares, del peso de sus laureles y del oprobio de sus tiranos, que no solo enervan sus fuerzas físicas, sino que ahogan en el seno de una religión implacable los desbordantes manantiales de su genio luminoso, que ha dominado tanto tiempo la cultura y ha seducido tanto tiempo la imaginación del mundo.

Aquel valor indominable, aquella imaginación radiante, aquel porte legendario, aquella abnegación suprema que tantas hazañas inimitables realizaron en las épocas de luz de su historia, y que han engendrado su tradición y su teatro deslumbrantes, ella transmitió a sus hijos a través de los mares, a pesar de sus errores, de sus fanatismos, de sus opresiones; y sus libertades comunales implantadas en nuestras ciudades por sus ilustres fundadores, objeto más sagrado de su tradición gloriosa, fue quizá la semilla más fecunda que su mano derramó en la tierra virgen de América; ellas germinaron aun bajo la presión inmensa de sus gobiernos, porque estaban en el fondo de la raza; heredadas por sus descendientes, debían ser la base del derecho con que el municipio de Buenos Aires levantara la voz, antes que ningún otro pueblo del continente, pidiendo la emancipación definitiva en nombre de principios eternos que eran el evangelio del siglo, y dieron origen a la América republicana y democrática, donde parece haber arraigado para siempre la libertad.

No, no podemos los argentinos, que tenemos la gloria de ser los iniciadores de la independencia del continente, olvidar esta tradición sagrada. Al conservarla como un culto nacional, bendeciremos a la heroica España, que nos la legó en su forma más pura, y que nosotros no hemos sabido mantener, cegados por la pasión revolucionaria. ¡Cuántas tragedias sangrientas, cuántas vicisitudes y vacilaciones dolorosas habríamos evitado a nuestra patria si hubiéramos dejado en pie aquellos cabildos que enjuiciaban los gobernadores y que, con el precioso tesoro de sus libertades y de sus fueros, parecían repúblicas perfectas, aun dentro de una monarquía de hierro! ¡Ellos fueron, sin duda, durante los tristes días de la Colonia, el refugio de los espíritus cansados del escándalo de sus gobernadores, de las desigualdades políticas entre los ciudadanos, hijos de una misma

patria, y del constante gemido de esos hijos de América, antiguos soberanos sobre su tierra, que solo pedían en premio de sus trabajos monstruosos, un átomo de justicia y caridad!

III. LA RAZA REVOLUCIONARIA. LA TRADICIÓN HEROICA

Las ideas de la avanzada cultura colonial, encerradas en las estrechas formas de su gobierno, se lanzan al terreno de la acción cuando la efervescencia llega a su grado máximo, como las nubes amontonadas en la cumbre se desatan en torrentes de lluvia que, barriendo con estrépito las laderas, descienden a fecundar las llanuras. Los elementos psicológicos de la nueva sociabilidad, reunidos por dos siglos de lucha y de vida común, en los que trabajan por el predominio exclusivo, una vez que alcanzaron a formar un carácter uniforme, dieron lugar a la formación de naciones nuevas que existieron en germen desde la Conquista con sus límites más o menos marcados, y que son las fronteras morales de sus futuras distinciones características. Hijas de una misma tradición, poseedoras de las mismas facultades sociológicas, y sujetas a las mismas influencias extrañas, su nacimiento se verifica por las mismas causas, por los mismos medios y en la misma época; y en todas ellas se nota la huella lejana pero profunda de su origen primitivo, en la fortaleza de su constitución orgánica, que no lograron borrar las más radicales transformaciones que la civilización europea realizó en sus hábitos originarios.

El año 1810 es el punto que separa la evolución mutua de las dos razas, y el punto de partida de la nueva vida, de la evolución aislada, de la tradición estrictamente nacional, que ya deja de nutrirse de elementos extraños y entra a crear sus relatos con los personajes, con las ideas, los sentimientos, las supersticiones y las fantasías de las gentes que encierra su territorio, no obstante haberse formado del carácter de la tradición latina, en mutua coexistencia con el de la natural. Los elementos históricos, legendarios, físicos y psicológicos de ella son rayos de luz o de calor desprendidos del foco primitivo, o del contacto de las dos corrientes que atraviesan el continente americano; y así, los argentinos de la Revolución, sin tener los rasgos puros de las razas precolombinas, ni las degeneraciones de la raza conquistadora, se presentan en la arena del combate más fuertes y vigorosos, más sanos y entusiastas que sus progenitores; ponen al servicio de su causa por la libertad todo el ardor de su naturaleza, todo el brío de su entusiasmo, toda la grandeza de su alma y toda la fantasía de su imaginación, herederos de su suelo nativo, tan rico en influencias y en impulsos heroicos.

Escritores distinguidos encuentran también un origen de nuestro carácter en aquellos hombres de hierro que se aventuraron en las soledades de la América desconocida, sin que los arredraran los peligros que la naturaleza levantaba a cada paso ante ellos, y que por sí solos bastarían para aniquilar la voluntad humana; en esos hombres extraordinarios, cuya fortaleza y hazañas, cuya tenacidad y resistencia a las miserias no serán exaltadas jamás a la altura de las emociones que despiertan. «Conservábamos –dice un autor argentino– la viveza meridional de la imaginación, transmitida en ese estado de emoción y estímulo en que ellos la tuvieron constantemente. Esa imaginación que constituye un rasgo de raza y que

desempeña un papel tan importante en el sueño, en la locura y en las alucinaciones, origen probable, en mi concepto, de muchos de los hechos sobrenaturales que refiere la historia de la conquista y colonización de América. Las curaciones rápidas verificadas por el agua de Santo Tomé, la aparición del mismo santo en el camino de arena de la Bahía de Todos los Santos, y muchos de los episodios que la credulidad primitiva de los cronistas nos ha transmitido no tienen evidentemente otro origen.»[3]

Sin duda, la herencia fantasista que nos legaron nuestros antepasados y que era un patrimonio de su nación, unida a la naturaleza exuberante de nuestro suelo, ha dado a nuestro genio ese carácter animoso y ese temple indomable que brillaron en los sucesos de la Revolución; y ellos serán también los elementos de la leyenda que debe formarse en el futuro, cuando la historia haya llenado todos sus vacíos, llegando a ser del todo conocida, y las generaciones venideras, satisfecha su avidez histórica, busquen en la fantasía calmar la sed de impresiones y el anhelo poético de su ser. Entonces la imaginación arrebatada recorrerá el pasado más remoto tras las huellas de los héroes que fundaron la nacionalidad, y hará que sus figuras se coronen con la luz de la leyenda, con el fulgor de lo sobrehumano, con las guirnaldas aéreas de la poesía; porque ellos se levantan cuando la verdad ha sido descubierta y ha saturado la inteligencia, y el corazón y la fantasía piden a la historia emociones más vivas y creaciones más vastas que la imagen real; entonces nace la poesía épica que viene a llenar los mundos ideales del cerebro, y a completar en el sentimiento la unidad nacional que la historia ha formado en las inteligencias y en las instituciones.

La poesía, aunque no lo crean los críticos de las escuelas, es una fuerza poderosa de unión en toda nación civilizada; y, aún más, ella sola ha sido en muchas razas indígenas el vínculo de cohesión de las tribus, de las familias y de los hombre que las formaron y les dieron un destino común; ella será en el porvenir la luz que encienda e ilumine nuestros horizontes, que guíe nuestras sociedades, nuestras masas, nuestros ejércitos a las grandes evoluciones, transformaciones y combates gloriosos, que aún se ciernen como una nube invisible en el futuro, y que han de elevarnos a la suprema dominación moral del continente.

Todos los pueblos de la Tierra sienten la necesidad de sublimizar una época de la historia, y esta es aquella en que fundaron su nacionalidad, en que sus altas virtudes resplandecieron, y en que sus dioses, sus manes sagrados, sus ilustres antecesores se reunieron o resucitaron de sus sepulcros para darles la bendición de la inmortalidad. En todas las tradiciones se destaca la edad heroica, la edad de los portentos que brillan con la luz de lo maravilloso, y en que la poesía, naciendo espontánea del alma de la raza o de la sociedad, adorna sus proezas con el encanto del arte. Ese período es la fuente de las glorias futuras, de la enseñanza de la virtud cívica, la escuela del patriotismo, cuyas lecciones recibe el niño en las primeras veladas del hogar, y retemplan y hacen brotar en su cerebro las grandes ideas que más tarde se convierten en principios, en códigos y en abnegaciones por la libertad.

3. RAMOS MEJÍA, José María, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Primera parte, Buenos Aires, Martín Biedma, 1882, p. 62.

La tradición heroica es, pues, la primera necesidad del espíritu, y es un culto tan sagrado como el de la religión. Cuando las naciones la olvidan, legando en la indiferencia sus relatos y sus personajes memorables, es que en su alma han penetrado los vicios que aceleran su descomposición y su muerte; y cuando ha existido alguno que no tuvo esos héroes mitológicos, esas batallas en que las sombras del pasado combatieron con sus hijos, o que su nacionalidad y su independencia nacieron sin revolución y sin violencia, tal es la fuerza de la necesidad de idealizar una época, que se ve inclinado naturalmente a crear una legión de mártires autores de su libertad, y de seres fabulosos que los auxilian con su poder sobrehumano en sus grandes luchas.

El instinto del ideal es irresistible en toda agrupación que se civiliza y cultiva el entendimiento; sus formas se vuelven más puras, sus conceptos del arte, más luminosos, y sus poemas se levantan sobre las bases etéreas de la fantasía nacional, pero sin ser por eso menos sublimes ni menos fundidos en el temple colectivo.

Ejemplo de esta verdad es esa nación que se eleva como una fortaleza de Europa en medio de los Alpes, bordada de lagos sonrientes, de paisajes arrobadores, de cumbres pintorescas, de ciudades que se asientan en las márgenes de esos lagos como aves que van a refrescar sus alas fatigadas de remontar el espacio; que parece destinada por la naturaleza a ser el refugio de todos los perseguidos de la injusticia europea, según Lamartine; el sitial donde se guarda, para veneración del mundo, la belleza creada, fuente de las grandes inspiraciones artísticas que siempre nacen de la admiración de la naturaleza: Suiza es la cuna de la tradición heroica, la patria del ideal, que forja a un héroe y le da en sus facultades la existencia real, haciendo como las religiones, que logran imponer a sus creyentes la convicción del ser material sobre sus creaciones teológicas y sus deducciones metafísicas.

Los dioses son hijos de la necesidad de dar forma visible a los anhelos divinos del espíritu, como los héroes legendarios son hijos de la necesidad de personificar en seres humanos las grandes virtudes que, siendo un atributo de la comunidad, no se destacaron o reunieron en uno más que en otro. Suiza ha inmortalizado su leyenda libertadora, haciendo de Guillermo Tell el foco de donde irradia el heroísmo nacional; y aunque la historia haya desvelado el secreto de su existencia fantástica, dejándolo ante el mundo como una de esas llamas que se encienden de súbito en la atmósfera abrasada de los trópicos, pero dentro de la cual no existe cuerpo, ella ha estereotipado en su alma, en su cerebro, la figura inmortal del héroe, y él existirá aún muchos siglos en su memoria.

Suiza ha fundado su tradición patriótica sobre un mito, sobre un sueño; pero ¡mil veces feliz el pueblo que logra realizar la unidad admirable de su constitución social, la fórmula más perfecta de la constitución política, siquiera sea sobre un mito y sobre un sueño! Y, ¿qué importa que la fantasía sea la fuente de su gran epopeya, si sobre ella levanta el coloso de sus instituciones que sirven de modelo al mundo? Y, al contrario, ¡desgraciada aquella nación que, despreciando los ideales, se lanza en las pendientes del materialismo indiferente; que, comenzando por oscurecer su horizonte, concluye rodando en el polvo confuso y revuelto de las pasiones desenfrenadas, sin esa luz espiritual que ilumina los escombros y que permite a los pueblos sumergidos en el abismo divisar, como el Dante, desde el

fondo del Infierno, el mundo superior bordado de estrellas y bañado por la hermosura infinita!

Los héroes con sus proezas sorprendentes son en el cielo de la tradición nacional los astros que encienden el abismo; a ellos vuelven los pueblos cuando el rumor del cataclismo se acerca y estremece sus fibras enervadas por el largo predominio de la materia y del sensualismo, semejantes a esos pecadores que en las puertas del sepulcro se espantan ante la oscuridad del abismo que se extiende a sus ojos, y claman al Dios que antes vilipendiaron sin comprender, y cuyos altares mancharon con el lodo de sus vicios y profanaron con el eco de sus blasfemias.

La nación argentina, es cierto, aún no puede idealizar a los personajes y los sucesos de su Revolución, porque en el corto tiempo que lleva de existencia normal, aún no está acabada la historia ni dibujados los caracteres de aquella lucha con tintes definidos e indelebles; pero si no está en el caso de crear una tradición, está en el de recoger la que se desenvuelve al mismo tiempo que los grandes acontecimientos de su vida política.

El cuadro histórico está trazado en la tela, pero falta el elemento poético, el colorido animado que nace de la fantasía del artista y sin los cuales la obra no despierta la emoción y el sentimiento; y la poesía y la tradición cuyos asuntos se encuentran a millares en aquella guerra, tanto en las alternativas del combate como en los caracteres y sentimientos que fueron su alma, son los auxiliares de la historia que van a llevarle las galas y las armonías que necesita para conmover y deleitar a las generaciones del porvenir: estas, como rebaños sedientos, irán a buscar en sus fuentes la savia patriótica, la pasión y el culto por sus antepasados, y a alimentar su espíritu con la memoria de las glorias patrias.

Sin embargo, al lado de esas figuras históricas de grandes dimensiones que son el centro de una evolución, el alma de un suceso o de una etapa revolucionaria, se destacan esos caracteres secundarios en la acción y en el pensamiento generales pero que, tocando el corazón o la fantasía del que los contempla a la distancia, llegan a imponerse a la memoria y a provocar asombros que tienen el encanto de lo sublime; y que por la misma razón de ser elementos subordinados, muchos de sus impulsos heroicos, de sus inspiraciones grandiosas, de sus abnegaciones patrióticas quedan sepultados en el olvido; porque la historia solo los toca en la superficie, sin penetrar muchas veces en las intimidades de su conciencia y de su pensamiento, hasta que la tradición que vive de los afectos y de las impresiones íntimas, y de ella saca la eterna frescura de sus relatos, desvela los secretos donde sus actos se concibieron, y de donde sus primeros medios se pusieron en acción.

Así, la tradición se convierte en ayuda poderosa del historiador mismo, porque le presenta en hacinamiento animado y sistemático, si se quiere, los múltiples elementos del juicio sintético que ha de llevarle a la verdad. El artista, entonces, cuando ha fundido la gran obra maestra, entrega los fragmentos del molde a otros artistas que van a forjar con ellos otras de dimensiones más pequeñas, pero adornadas ya con las galas de la inventiva que va a convertir el esbozo en un drama conmovedor, en una leyenda fantástica, o en un poema lleno de armonía y de pasión. Como los raciocinios profundos del historiador no pueden ser comprendidos por la inteligencia del niño que se educa en la religión de las glorias nacionales, sino que absorbe con avidez todo cuanto habla o agita a su imaginación

soñadora y vagabunda, he ahí que la enseñanza de la historia comienza naturalmente por mover el sentimiento con la emoción poética, y la fantasía infantil, con la pintura viviente, deslumbradora, de los sucesos y de los héroes. Así, al mismo tiempo que se nutre la memoria con los anales que más tarde llenará con su criterio filosófico positivo, se prepara el corazón para el culto de la patria junto con los sueños de la edad; y estos sentimientos adquiridos en la efervescencia de los primeros años resisten a los más rudos desengaños de la edad madura, y aseguran para el porvenir a los ciudadanos fuertes de espíritu que no caen jamás vencidos por las desgracias, los caracteres inmortales que marcan como puntos de fuego la sucesión histórica, los apóstoles y los mártires que salvan las naciones de las grandes catástrofes, porque se educan en el sentimiento, en el amor y en el culto de la patria.

Desconfiemos siempre de ese patriotismo convencional que se adquiere con el cerebro y que no reside en el fondo del alma como un elemento de la vida, porque en los momentos de prueba, cuando se necesita la sangre expiatoria, suele enmudecer como las tumbas, y en él vienen a estrellarse con horror las olas rechazadas por los vientos de la adversidad. El patriotismo es una virtud, y, como todas las virtudes, debe ser un sentimiento educado y dirigido por la inteligencia; y es de este equilibrio entre la facultad sensitiva y la intelectual que nacen las grandes obras que fundan las nacionalidades y forman la sucesión brillante de glorias que un pueblo venera y santifica.

La tradición se escribe con estos materiales preciosos, con esos sentimientos puros que son por sí mismos un poema; ellos le dan esa influencia secreta con que suaviza las pasiones, endulza las amarguras de la lucha diaria y llena de encantos apacibles al hogar doméstico, donde al calor de la llama del invierno desfilan, como una legión de sueños felices, las sombras de los héroes nacionales, arrancando exclamaciones de asombro, sembrando las virtudes y las ideas que han de ser la salvación común.

Los precursores de nuestra Revolución, conservando en su memoria, como envueltos en la nebulosa de los siglos, la tradición gloriosa de sus desgraciados progenitores, invocaron sus nombres y sus cenizas cuando, adelantándose a la corriente natural de las ideas y de las pasiones, intentaron libertar sus hogares de la dominación que los oprimía; en su nombre, y enardecidos por su recuerdo sagrado, subieron al cadalso como los mártires del cristianismo, lanzando al horizonte lejano una mirada profunda que era la expresión de un presentimiento, la esperanza de esa libertad que no tardaría en asomar en su patria, la convicción profética de unos espíritus iluminados por la luz rojiza de las grandes catástrofes.

Hay un sublime misterio en esos sacrificios anticipados; y cuando se estudian las revoluciones de todos los tiempos, se llega a creer que una fatalidad invencible los arrastra, como si la idea revolucionaria necesitara de aquellos heraldos para prevenir a las naciones contra la explosión que se aproxima, como el sordo estrépito precursor de los terremotos advierte del peligro a los moradores de las montañas.

Aquellos mártires que hoy apenas recordamos, porque el pueblo no lee los gruesos volúmenes de la historia magistral, y para quienes la poesía nacional no ha forjado una estrofa, son los instrumentos fatales del espíritu tradicional no ex-

tinguido, y que arranca de los tiempos fabulosos en que los primeros reyes de América nacieron de las entrañas de la nube o del abismo de los mares, que buscaban recobrar su imperio sumergido en el polvo de sus combates, cuando la hora suprema de la justicia resonara sobre sus lápidas de granito, llamándolos de nuevo a reinar en espíritu sobre sus hijos redimidos; por eso cuando América se levanta sobre los rotos fragmentos de sus prisiones de hierro, enarbolando los estandartes de sus victorias, y resucitando su antiguo imperio indígena,

Se conmueven del Inca las tumbas;

y por eso cuando Bolívar se apresta a la batalla de Junín, donde se reúnen los héroes de toda América para sellar para siempre la obra de la redención común, la sombra de Manco Cápac aparece sobre las cumbres como una evocación de luz, rodeada de la grandeza del pasado y del esplendor de la naturaleza, e inocula en el alma del héroe todo el prestigio de la epopeya, toda la fuerza del vigor primitivo, todo el poder maravilloso de las antiguas tradiciones sepultadas por el glorioso monarca en las entrañas de los Andes. Y estas dos invocaciones a los tiempos primitivos en que coinciden los dos grandes poetas de la Revolución, el que escribió el Himno Nacional Argentino y el que cantó a la victoria de Junín, son el eco del sentimiento nacional que en el momento de la lucha se inspiraba en la tradición indígena, como si quisiera beber en ella la savia redentora.

Pero no todo es luz en el inmenso cuadro de nuestra tradición heroica, ni todos los caracteres se presentan envueltos en sus haces radiantes; la sombra viene a dar vida a las imágenes y a realizar la ilusión estética: al lado de los temples austeros inquebrantables, calculadores y fríos, cuyas facultades guardan el equilibrio normal, aparecen las deformidades y las degeneraciones de la raza, fruto de las influencias de la educación monástica, de la aberración fisiológica en la fusión de dos naturalezas distintas, conservando, no obstante, la población nativa en general, el carácter viril que le dio el predominio sobre sus contrarios y la salud física y moral que fue el secreto de su fuerza; al lado de los episodios en que resplandecen la magnanimidad y el perdón de unos y otros combatientes, las acciones que levantan la admiración y la sorpresa, se deslizan las tragedias sombrías en que brilla con destellos siniestros la fatalidad revolucionaria, o en que desbordan los elementos enfermizos de algunos caracteres tallados en la medida de Macbeth, o inundados por el reflejo sangriento de la época, que puede constituir también una enfermedad social.

La lucha pone de relieve todas las virtudes y todos los vicios, y muchas veces generaciones enfermizas han sentido rejuvenecerse con la agitación de los combates y la excitación de sus pasiones y de sus fantasías; y aunque hayan caído vencidas, conservaron en su organismo el germen de la redención que tarde o temprano aparece en su historia. Pero en medio de la lucha misma, y tratando de perpetuar por la tradición oral o escrita sus episodios, esas sombras, esas deformidades, esos vicios fisiológicos forman el elemento trágico del drama, el fondo oscuro del cuadro, que hace resaltar los toques de luz, las desgracias y las fatalidades que en toda obra narrativa mantienen la emoción en efervescencia, y conmueven las fibras del que lee o escucha: ese «mal principio» inherente a todas las acciones en que se debate la suerte de una sociedad o de un hombre; y la Revolu-

ción argentina, como drama histórico, como motivo artístico, como asunto tradicional, ofrece con variedad digna de estudios más profundos los caracteres tenebrosos que dan el tono trágico al suceso, y hacen resplandecer, como en la tela de Rembrandt, los puntos luminosos y las organizaciones perfectas que conducen y salvan a través de la acción el desenlace victorioso.

La tradición de aquella etapa inmortal, vistiéndose algunas veces con el fulgor de las epopeyas mitológicas, gracias al temple ardoroso de nuestra raza, ha transmitido infinidad de detalles sobre el carácter de muchos héroes, que bastarían a dar vida a un drama de Shakespeare o de Calderón, por la intensidad de la pasión revolucionaria, por la profundidad con que arraigó en ellos el espíritu de la educación colonial o por las aberraciones de su propio cerebro, que los llevaban a los extremos de la acción y del sentimiento; y así se destacan en el fondo confuso aún de esa epopeya las grandes ambiciones que apenas puede ahogar el peligro común, pero que más tarde ensangrentarían el suelo que allí se libertaba; los antagonismos hereditarios que se asilan en el fondo del carácter, y que diseñan ya en medio de la Revolución las futuras divisiones intestinas; los rasgos candentes marcados en el rostro por la pasión concentrada y encendidos por el fuego tropical de nuestro clima que, a la vez que produce esas explosiones de luz semejantes a las que alumbraron el caos de la leyenda mosaica, se levantan en espirales rojizas las llamas del incendio que devoran las selvas en las llanuras, abrasando el horizonte y agostando la tierra.

¡Qué asuntos tan sublimes, qué tintas tan profundas, qué caracteres tan vibrantes los que nuestra Revolución ofrece al historiador, al crítico y al poeta, y que burilados con el genio de Tácito o MacAulay, con el aticismo de Sainte-Beuve o Saint-Victor, y con la entonación de Schiller o de Hugo, harían nacer para nuestra literatura el verdadero siglo de oro, que hoy solo vemos a lo lejos como un sueño de deleite! Y aun en el dominio de los afectos sencillos y tiernos, ¡cuántas escenas han pasado eclipsadas por el brillo de las grandes acciones y por el fragor de los combates, y en los que el amor y la fe religiosa fueron el móvil oculto del sacrificio y la causa secreta del martirio que inmortalizó a tantos héroes!

La historia de las más profundas y violentas revoluciones está adornada de esas escenas íntimas que forman el reposo del espíritu en medio de la conmoción que producen en el mundo, y muchas de las evoluciones trascendentales que decidieron la muerte o la resurrección de un pueblo tuvieron su origen en un impulso tierno, en una alucinación cerebral o en un detalle del carácter; y estas pequeñas causas que la historia no distingue son los secretos que la tradición del hogar donde sintieron sus actores descubre y transmite, después de que han cesado los tumultos y las agitaciones revolucionarias. No de otra manera, después de que la tormenta que despedazó el bosque añejo se perdió en los horizontes lejanos, van descubriéndose los fragmentos del nido donde cantaron los músicos de la naturaleza, y van apareciendo los objetos queridos que el labrador cuidaba y acariciaba en las horas del reposo.

Gloria es del genio moderno el haber introducido en la crítica histórica el análisis de esas pequeñas fuentes de la acción humana donde, por un admirable designio de la naturaleza, parecen encerrarse los gérmenes de los más grandes acontecimientos; pero es la tradición la que los salva del olvido y los encarna en la

conciencia popular, hasta que el filósofo los encuentra, y llega por ellos, en un desarrollo lógico, hasta el resultado final; y de tal manera arraigan en el corazón de los pueblos, que muchas veces llegan estos a desdeñar la narración y la verdad históricas, para apegarse al relato legendario y a la ilusión fantástica, que mayores y más fuertes emociones les producen.

La leyenda suiza que Schiller y Lamartine sublimizaron con el arte clásico y la pasión romántica es una vez más el ejemplo de la unión en un mismo suceso de lo heroico y lo tierno, del elemento trágico y del elemento sentimental, y la prueba evidente de que los acontecimientos históricos suelen a veces idealizarse y transformarse en fábulas, cuando nacen y viven del sentimiento de una raza soñadora y ardiente, dispuesta a convertir en poemas y armonías todo lo que cae bajo el dominio de sus sentidos. Y esos pueblos son felices porque ponen al servicio de su nacionalidad todas las facultades de su ser, aun aquellas que, por vaporosas y sencillas, parecen no tener influencia alguna en los destinos sociales. ¿Y qué importa que sueñen y fantaseen sus historias, si esos sueños y fantasías los mantienen unidos en un mismo amor y en un mismo culto, y los hacen fuertes e inquebrantables en la adversidad?

Las leyendas gaélicas y germánicas de la época de las conquistas romanas, cuando el estruendo de las legiones invencibles ensordecía las selvas pobladas de divinidades y de sacerdotisas, de bardos y de caballeros fantásticos, conmueven aún a los espíritus más escépticos; y ellos nacieron del tumulto de los combates en que los césares, los germánicos, los pompeyos llevaban la cultura romana y los gérmenes de la disolución social de su imperio. Son las vibraciones eternas del sentimiento de la libertad nativa, que lucha con las armas, con la pasión, con la naturaleza y con los dioses. Allí el culto de la tradición de raza es la fuerza que más tarde los impulsa como las nubes de una tempestad a descargar sus rayos sobre la cabeza encanecida de aquella Roma despótica y orgullosa que los había arrebatado, y le arrancan con un vigor que asombra y espanta las antiguas libertades encarnadas en su vida, fundadas con luchas inmemoriales, y que ella fue a ahogar bajo la planta de sus ejércitos y a encadenar al carro de sus soberbios emperadores.

¡Felices mil veces esas naciones que ahora se adormecen al rumor de aquellos cantos de victoria, que pueblan sus sueños con las imágenes fantásticas de sus leyendas, de los héroes de la libertad, y que iluminan su pasado con la luz espléndida de la poesía, de donde nació su independencia y su grandeza, como el espíritu se eleva y fortalece cuando remonta sus alas a las concepciones sublimes y a las armonías ideales!

Los orígenes de nuestra sociabilidad están en el seno de dos razas heroicas que ostentan en su historia las más brillantes leyendas, que llevaron en su cerebro las concepciones ideales y fantásticas, y que hicieron de la poesía un alimento fecundo en hazañas que deslumbran; y si naciones más estoicas y calculadoras llenan sus anales de relatos fabulosos y de héroes mitológicos que en su mente han revestido formas reales, ¿por qué nosotros no hemos de forjar algún día nuestro poema ideal, nuestra literatura legendaria, divinizando a nuestros héroes y adornando las proezas de nuestra guerra libertadora con los encantos y las fascinaciones de lo sobrenatural? Yo sé que las batallas de San Martín en los Andes, de Belgrano en las llanuras y de Brown en los océanos, contadas con el estilo de la leyenda y de la poesía, harán en las imaginaciones juveniles y en los temperamen-

tos sensibles el efecto maravilloso con que extasían a los pueblos de todos los tiempos las hazañas de Leónidas, de Aníbal, del Cid, de Pelayo y de Bayardo, las odiseas de Ulises y de Eneas, y de todos esos héroes que la imaginación del mundo ha inmortalizado y coronado de luz, y que la poesía de todos los matices y entonaciones ha rodeado de armonías eternas; y no sé por qué nuestros descendientes no han de recibir el legado sublime de nuestras glorias nacionales, cantadas en la velada apacible, con toda la sencilla poesía del hogar que endulza la vida y siembra en los corazones infantiles la religión de la patria.

Nuestros héroes, nuestras guerras, nuestras vicisitudes, en las que algunas veces hemos visto esparcirse las sombras de la desgracia y del dolor supremos, son manantiales inagotables donde la musa nacional y el trovador de las leyendas podrían beber inspiraciones arrobadoras, y crear la tradición del sentimiento argentino, levantándolo de las corrientes materialistas a las esferas tranquilas del ideal, donde se forjan los destinos inmortales. Allí se encierra la fibra patriótica, que ya en los hechos sociales, o en los combates con los enemigos históricos, ha de realizar las proezas y las conquistas con que hemos de pagar la deuda sagrada a nuestros héroes de Mayo; con ella se curan los desfallecimientos del espíritu público, los anhelos no satisfechos, los dolores nacionales; y cuando en las edades futuras las gentes de toda la Tierra se disputen nuestro territorio para levantar su vivienda, y sepulten o transformen nuestra índole nativa, la tradición quedará vibrando en los espacios para recordar los tiempos y las generaciones transcurridas, envueltas en el polvo que levantaron los grandes sacudimientos sociales, o las inmensas inmigraciones que llegarán a nuestras playas a restablecer el nivel de la densidad humana sobra la Tierra.

La Grecia de los oradores y de los poetas habría desaparecido de la superficie del planeta y de la memoria de los hombres bajo los siglos del despotismo romano y la barbarie asiática si sus creaciones divinas y humanas, inmortalizadas por la leyenda y por la epopeya, no hubieran permanecido asiladas en el corazón de la humanidad, para volver un día a encender en los descendientes de la edad heroica ese entusiasmo ferviente por la libertad que le hizo un tiempo señora de los mares. Grecia, libre de la dominación secular en que Roma la hundió, para ahogarla después bajo las capas tenebrosas de civilizaciones bárbaras, es el milagro más asombroso que la leyenda puede realizar en el espíritu de un pueblo: el astro hundido en el abismo hace veinte siglos reaparece en el espacio rodeado de la aureola que iluminara al mundo en el momento de su caída; y esa aureola empañada por el roce de las tinieblas recobrará su antiguo fulgor al amparo de la libertad que el derecho moderno asegura a las naciones como a los hombres; y si exhuma de sus tumbas de mármol a sus antiguos héroes y filósofos, inspirándose en sus virtudes inflexibles y austeras como las columnas de sus templos, y abriendo su seno fecundo a las ideas de la cultura contemporánea, que ella misma derramó sobre la humanidad en su edad gloriosa, ella, la madre de la belleza y del genio, volverá a levantarse como antes, envuelta por la atmósfera de fuerza y de hermosura de su Venus de Milo, empuñando el escudo de su Minerva y rompiendo las cadenas de su espíritu, como Prometeo.

Los poemas y las leyendas de esas épocas de heroísmo revisten toda la majestad y entrañan todo el fuego de las auroras de una raza que se inaugura en la historia con el brillo de un martirio, y alimentan el sentimiento de todo un pueblo.

«Así como Alejandro hizo construir un cofre de oro para Homero, y llevaba consigo en sus campañas de Jonia y de Persia para hacer su almohada de esa obra maestra del espíritu humano, la *Ilíada* y la *Odisea*; así, Bonaparte, general y primer cónsul, lleva constantemente en su vehículo, entre los cinco o seis volúmenes de predilección que hojeaba siempre, los poemas de Ossian; y cuando se le preguntaba por qué se alimentaba tan asiduamente de sus cantos: "es más grande que la naturaleza –respondía a sus ayudantes de campo–, es sombrío y misterioso como la Antigüedad, es brillante como la gloria y grande como la muerte: ¡tales poesías son el alimento de los héroes!"».[4]

Nosotros tenemos en nuestra Revolución asuntos para Homero y para Ossian, ilíadas y odiseas deslumbrantes que condensan la epopeya de un continente, y de una multitud de razas unidas y fuertes por una desgracia común; héroes apasionados, caballerescos, fantásticos, sobre un escenario digno de la musa más alta, y en que la grandeza y la solemnidad épicas se desprenden espontáneas de sus montañas, de sus desiertos silenciosos. El poeta futuro de nuestra epopeya tendrá que llevar en su alma todo cuanto en los Andes y en la Pampa habla con el lenguaje de las tempestades, de las auroras y de las noches.

Pero esta epopeya hará su aparición en el mundo después de que los episodios de la guerra iluminen el fondo confuso y nebuloso de la época, así como los poemas de Grecia y de Escocia son la reunión en un solo y magnífico haz de luz de todas las leyendas que se transmitieron unos a otros los descendientes de los héroes que lucharon en sus tiempos de gloria. Si Homero es la poesía de la luz porque tiene la serenidad y la claridad de Grecia, y Ossian es la poesía de la noche porque tiene las tinieblas y los fantasmas de Escocia, según Lamartine, el poeta de la América libertada será el que cante la sublimidad de las montañas, de los mares, de los desiertos, donde se realiza el nacimiento de un mundo nuevo, de un génesis ignorado; donde el espíritu se contempla dilatado en tres inmensidades iluminadas por la luz de los trópicos, que hace bullir en el seno de la tierra los gérmenes de una naturaleza desbordante, y hervir en el corazón de las razas que la habitan los anhelos misteriosos de un futuro sin límites ni horizontes conocidos.

Las epopeyas homérica y osiánica son la poesía de dos pueblos encerrados en los estrechos linderos que el mar señala a su expansión conquistadora; la epopeya americana es la poesía de multitud de razas esparcidas en un continente inmenso, donde reverberan todos los climas, donde se levantan todas las alturas, donde luchan todas las fuerzas, y adonde envían sus rumores solemnes todos los mares de la Tierra: es el poema de la libertad de una humanidad virgen sobre una naturaleza primaveral. Esquilo marcará sus contornos colosales; Homero esculpirá los caracteres y describirá los combates de sus héroes; Milton encenderá sus espacios e iluminará el mundo de las fuerzas ideales; Dante repetirá sus gemidos y descubrirá sus abismos; Ossian coronará el conjunto de creaciones nebulosas y de fantasías soñadoras que mantengan eternamente la ilusión del misterio.

4. LAMARTINE, Alphonse de, *Cours familier de littérature: un entretien par mois*, t. XXV, París, Typographie de Rouge Frères, Dunon et Fresné, 1868, p. 143.

IV. LOS CABILDOS. BELGRANO. TUCUMÁN. SALTA. GÜEMES. LOS INDÍGENAS. LA RELIGIÓN. LA BANDERA. LOS GUERREROS

La Revolución presenta tantas fases como las corrientes que siguieron sus fuerzas desplegadas; ella tiene su génesis en los primeros impulsos del sentimiento patrio desbordado en sus cabildos memorables, donde tanto entusiasmo juvenil estalló en gritos magnánimos y donde tantos caracteres de hierro echaron sobre sus hombros la responsabilidad de una guerra de emancipación, ante la conciencia humana. Sobre ellos se levanta el derecho moderno con todas sus conquistas ideales, de sus sienes irradian los pensamientos que alumbrarán el caos, de sus labios dotados de la elocuencia del patriotismo y de la desgracia, brotan raudales de esperanzas que son el paraíso prometido a una raza nueva.

En este primer período puede decirse que se exhiben los combatientes, y que vibran en ellos los fulgores de la cólera con que lanzan a sus enemigos el reto supremo que va a convertirse en la lucha gigantesca; se siente todo ese estrépito que anuncia la llegada de las grandes mareas, todo ese bullicio indefinible que anuncia la llegada de la aurora en las selvas vírgenes: es el preludio majestuoso del gran poema que va a llenar con sus torrentes de armonías todo el siglo; o bien, se asemeja a esos derrumbamientos de los templos antiguos, donde se asilaron los dioses dominadores de los siglos oscuros, y de cuyos escombros, envueltos aún por la nube de polvo que levantaron al caer, se escuchan los gemidos siniestros de las divinidades agonizantes, y los himnos alegres de las ideas victoriosas, mezclados en un mismo torbellino, confundidos en un mismo acorde colosal, donde se perciben todos los dolores, todas las alegrías, todas las pasiones, todos los estallidos con que el cielo y el infierno, las montañas y los mares llenan eternamente el espacio de la historia; y me imagino que la poesía de esta época tendría que ir a buscar en ese teatro los tintes, los vuelos y los sonidos con que ha de animar sus cuadros y sus personajes.

Las agitaciones de la plaza pública de Buenos Aires en los primeros días nos traen a la memoria los tumultos de la libertad en el ágora o en el fórum, y nos parece escuchar los ecos solemnes de los antiguos oradores en esas sesiones de los cabildos en que el sentimiento y la idea de la revolución estallaban en raudales de fuego, empujando a las masas a las batallas seculares, y haciendo germinar en sus moradores el primer temblor de un presentimiento de desgracias. El pueblo argentino, como las democracias atenienses, va a surgir del fondo tumultuoso de las tradiciones comunales, heredadas y asimiladas por una raza vigorosa templada al fuego de los trópicos. El grito de la guerra está lanzado, las abnegaciones de las horas de prueba equipan escuadras y levantan ejércitos, y sus marinos y sus generales surgen de la masa popular como las cumbres dominan a las cumbres. La chispa eléctrica recorre la América evocando el sentimiento del deber común, llamando a las tumbas de los que murieron en los cadalsos de la opresión, y de los antiguos héroes que fundaron las razas primitivas y extendieron su imperio. Dos tradiciones unidas en un mismo pueblo llegan a la libertad, como dos ríos que se juntan en un mismo cauce se derraman en el océano; y la libertad, como el océano, es ilimitada en su extensión, sublime en las horas apacibles y borrascosas, espléndida y maravillosa en sus fenómenos, arrobadora y misteriosa en sus rumores.

Belgrano –el tipo del héroe, como la poesía lo comprende y lo desea, con su espíritu sereno y tranquilo como la virtud que lo acrisola, sujeto a todas esas influencias morales que obran sobre los organismos delicados, sacudiéndolos como el viento a las hojas, accesible a las supersticiones que acompañan siempre al corazón humano y que hacen de él el personaje apropiado a la leyenda, porque el sentimentalismo y la religiosidad son dos fuentes fecundas en recursos para la imaginación del artista que copia un cuadro de la vida, para el poeta que canta una proeza o un idilio, para el tradicionista que relata un episodio–, él es el héroe de las cruzadas que abren la lucha que muy luego ha de extenderse sobre otros rumbos, los de la gran cordillera detrás de la cual se ocultaba el teatro de otra etapa trágica mucho más grande, más deslumbrante, más soberbia; y siguiendo la dirección de sus marchas, el espíritu nacional va brotando bajo sus plantas al anuncio de su clarín guerrero, como van brotando las yerbas tras las huellas de la nube que derrama a su paso los torrentes de lluvia fecundante; y ya se retire con gloria de Asunción, ya triunfe con estrépito en Tucumán, siempre deja la simiente de la libertad que lleva en su alma y que ha de florecer en tiempo propicio.

Las derrotas en nuestra Revolución no son otra cosa que ensayos de próximas victorias, o efectos necesarios de la precipitación y del arrojo del sentimiento que la enciende, y el sentimiento patriótico es como la llama de los incendios que siempre aparece en lugar distinto cuando se ha extinguido en parte. Su Campaña del norte lleva la dirección contraria que trajo en los tiempos precolombinos la conquista inca: él, un hijo de la tierra, después de tantos siglos de distancia, les devuelve el tesoro de los imperios que dilataron y engrandecieron, y es, al mismo tiempo, la consumación del consorcio de las razas andinas y centrales con las que ocupaba la cuenca de los ríos tributarios del de Solís. El tiempo se encarga de realizar el pensamiento primitivo por medio de un pueblo joven que lleva en su frente la aureola de un patriotismo puro, en su corazón, el fuego del amor de su clima, en su cerebro, los ideales de un siglo, y en su sangre, los elementos de dos razas confundidas en él para darle una vida propia, para hacerle un pueblo distinto de sus progenitores.

La ciudad de Tucumán, hija de antiguos y heroicos ascendientes, es el teatro predestinado de la gloria y del martirio en nuestra historia; como si al recibir el bautismo de su nombre hubiera recibido también la revelación de sus destinos grandiosos, ella parece ser la descendiente más legítima de la tradición americana; su suelo siempre bordado de verdura y sombreado por selvas paradisíacas, guardada por montañas que son centinelas avanzados de los Andes, y coronada por limbos de una luz espléndida, nos recuerda la edad prehistórica de nuestra América, cuando las tribus indígenas recorrían las llanuras en son de combate o de fiesta, y dejando en todas partes la huella fecunda de su vigor, de su savia virgen, de su valor indomable, de su instinto del sacrificio; sus mujeres, semejantes a las flores del aire de los bosques primitivos, porque tienen su blancura etérea, su idealismo tropical, su delicadeza intangible, parecen ser las herederas de aquellas hijas de la naturaleza que coronaban con guirnaldas y laureles rústicos las sienes de los guerreros indígenas cuando volvían victoriosos de sus largas expediciones y conquistas; y ahora, cuando el héroe de la libertad llega a sus puertas guardadas tanto tiempo por el dragón de un despotismo secular, ellas inflaman los corazones noveles, impulsándolos al combate, y coronan también las sienes de los soldados

de la patria después de la victoria. La naturaleza le ha dado con la vida y con la exhuberancia de la savia, el germen de los heroísmos y de los sacrificios que habían de inmortalizarla en tres acontecimientos trascendentales.

Pero Salta resplandece en el horizonte de la tradición revolucionaria con los rasgos más característicos de la nueva nación que asoma a la vida: ella corona la obra perfilada en Tucumán; el mismo artífice que trazó sus grandes líneas fundamentales enfrente del Aconquija, modelándola sobre sus tipos ciclópeos, la conduce cerca del trópico para arrancar a sus fulgores y a su atmósfera candente y germinadora los últimos toques y las líneas delicadas que van a pulir la obra del cincel. Belgrano pudo en Salta arrodillarse como el artista inspirado delante de su propia obra, que es la irradiación del genio nativo, y a la que contribuyeron el fervor de la pasión y el vigor tropical de los moradores de la tierra. Él acaba y pule la estatua y la entrega al cuidado de otro héroe que aparece en la escena con todos los encantos de las leyendas medievales, y que ha nacido del fondo de la masa como un fruto espontáneo de los bosques.

Güemes es el tipo perfecto de la leyenda que brilla con la luz propia de su cielo, alienta con las palpitaciones de la savia nativa, y recuerda a esos héroes de Bretaña, de Escocia, de Asturias, que resisten las inundaciones romanas, normandas y musulmanas en los primeros siglos. Hay en él toda la sublime nebulosidad de los héroes osiánicos, toda la fantasía que rodea a los héroes de Walter Scott, toda la sombría grandeza de aquellos mártires que, en un rincón escarpado de la Iberia, salvaron la nacionalidad y la raza de la destrucción y del abismo.

Güemes es el modelo de su raza, y lleva en su organización todos los elementos físicos y morales que la constituyen, todos los arranques que la impulsan, toda la fiebre que la conmueve, toda la fantasía que la exalta. Sus correrías vertiginosas al frente de sus gauchos montados como él sobre el caballo, transformado también con la influencia de la tierra, son algo que se aparta de la gravedad de la historia para pertenecer a las esferas luminosas de la epopeya y la leyenda, porque solo en ellas se encuentran los tintes variados, los toques irisados, los cambiantes caprichosos para describirlas y relatarlas, y por sí mismas son más propias de la imaginación que de la inteligencia.

El gaucho es el hijo genuino de la tradición, es el fruto lozano de la amalgama del indígena y del europeo; reúne los hábitos vagabundos del uno a la mansedumbre y elevación moral del otro; pero, más hijo de la tierra porque sus influencias predominan en su naturaleza, abraza la causa de la independencia con el calor de su sangre, y pone a su servicio los elementos de su vida y de su sociabilidad; sus turbas a caballo, veloces e irresistibles, con toda la gallardía del árabe del desierto, atraviesan el escenario de nuestra Revolución, como evocaciones satánicas o como exhalaciones sobrenaturales, sembrando el asombro, la fascinación y el terror en los ejércitos de la civilización europea, que los desconoce, y decidiendo en muchas batallas la suerte y el triunfo.

«Era tal la audacia y la rapidez de su aparición sobre las descubiertas y piquetes enemigos, y sobre las columnas mismas que atravesaban los bosques o los terrenos enmarañados que son muy comunes en aquellas latitudes, que los realistas tuvieron que detenerse en la ciudad de Salta, postergando la marcha sobre Tucumán hasta la llegada de su general en jefe con mayores recursos, y con fuerzas capaces de dominar la oposición general de aquellas masas que, como si

estuvieran protegidas por espíritus invisibles, asaltaban de improviso y diezmaban las descubiertas y avanzadas de los invasores. [...] Dentro de la ciudad misma vivían los realistas azareados y en alarma continua por las audaces invasiones de los patriotas salteños, que al favor de sus veloces caballos aparecían por algún lado inesperado, daban un golpe tremendo al menor descuido, mataban a los centinelas, enlazaban a los oficiales que marchaban a la cabeza de los piquetes y desaparecían como sombras impalpables».[5]

Pero este elemento decisivo en los días de entusiasmo por la Revolución debía traer amarguras sin cuento en el futuro, una vez entregadas las masas a sí mismas, fanatizadas por sus caudillos, a quienes miraban y amaban como sus dueños y en quienes veían a sus protectores contra la soberbia del hombre de las ciudades, sin distinguir al compatriota, al conciudadano, del español que aborrecía por tradición; y he ahí la causa de la malísima influencia que los gauchos y sus caudillos ejercieron en nuestra evolución institucional, y de los años tenebrosos que han legado a nuestra historia. Ellos llenan con sus hordas sin freno y sus ambiciones sangrientas el sombrío escenario que comienza en 1820 y termina en 1852, y que prolonga aún su lumbre siniestra sobre algunas provincias hasta 1869. Una atmósfera rojiza como la aureola de los incendios se extiende en todo aquel inmenso espacio de la historia patria, y es el origen de nuevas tradiciones en que la desgracia, los martirios, los hogares profanados, los heroísmos de la desesperación, las tragedias de los monstruos humanos forman el alma y el colorido del relato.

Los indígenas que se habían mantenido en las soledades del Chaco, libres de la influencia transformadora de la Conquista, se asoman con avidez infantil a las fronteras de sus desiertos, cuando el estruendo de las armas y las marchas de ejércitos numerosos les advierten que un gran acontecimiento conmueve el mundo exterior; y aquellas tribus nómadas que vivían al abrigo de sus chozas primitivas y a la intemperie de un clima abrasador pudieron ver que algo extraordinario y que les tocaba de cerca se debatía en las llanuras y en las montañas del Alto Perú; y a semejanza de las manadas salvajes de vicuñas y ciervos que habitan las laderas escarpadas destacan a la vanguardia sobre los caminos abruptos, sus centinelas encargados de comunicarles la existencia de un peligro con su relincho agudo que repiten los ecos a la distancia, ellos se asomaban a los campos de la guerra para investigar la naturaleza de los combatientes, y decidir su rol en aquella lucha que pudiera reflejarse sobre sus dominios. Y a pesar de la aversión tradicional que les inspiraba la raza conquistadora, comprenden que se lucha por la libertad de su tierra, y un sentimiento instintivo los impulsa a llevar sus fuerzas y sus hordas devastadoras al teatro del combate.

El héroe de Tucumán y Salta se impone a sus inteligencias rudimentarias y seduce su sentimiento sencillo, y he aquí cómo el historiador de Belgrano refiere esta escena que tiene su «originalidad salvaje»: «Llegó la fama de su nombre hasta las regiones del Chaco, donde existía a la sazón un célebre cacique llamado Cumbay, especie de rey bárbaro que con el título de general se rodeaba de la pompa de un monarca, y a quien todos respetaban como tal por la multitud de guerreros

5. LÓPEZ, Vicente Fidel, *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, t. V, Buenos Aires, Carlos Casavalle: Editor (Imprenta de Mayo), 1886, pp. 15-16.

que obedecían sus órdenes. A pesar de *ser un ardiente partidario de la revolución*, y haber recibido en Santa Cruz de la Sierra un balazo combatiendo en su favor, nunca había querido entrar a las ciudades: pero al oír hablar de Belgrano, deseó conocerlo y le pidió una conferencia. Belgrano se la concedió y, pasado algún tiempo, llegó el general Cumbay a Potosí, con su intérprete, dos hijos menores y una escolta de veinte flecheros con carcaj a la espalda, el arco en la mano izquierda y una flecha envenenada en la derecha. Al avistar a Belgrano, echó pie a tierra, y mirándolo un rato con atención, le hizo decir por medio de su intérprete: "que no lo habían engañado, que era muy lindo, y que según su cara, así debía ser su corazón". Belgrano le presentó un caballo blanco ricamente enjaezado y con herraduras de plata, desfilando ambos por en medio del ejército formado, al cual el salvaje no se dignó conceder una mirada. Al pasar por el frente de la artillería [...] se le previno que tuviese cuidado con el caballo porque iban a hacer fuego en su honor, a lo que contestó: "que nunca había tenido miedo a los cañones". Magníficamente alojado, se le había preparado al cacique una cama digna de un rey, y él, dando a sus huéspedes una lección de humildad o de orgullo, echó a un rincón los ricos adornos de que estaba cubierta, y puso en su lugar su apero de campo. Después de varias fiestas a que se le hizo asistir, quiso Belgrano darle el espectáculo de un simulacro militar [...] Cumbay miraba todo con cierto asombro; pero al ser interrogado por Belgrano qué le parecía aquello, contestó con arrogancia: "con mis indios desharía todo eso en un momento". Belgrano no pudo menos que mirarlo con sorpresa [...] Cumbay, agradecido a tanta fineza, le ofreció dos mil indios para pelear contra los españoles».[6]

¡Cómo esta escena sencilla y grande al propio tiempo, por los dos personajes que la mantienen, revela la confianza que el hijo de los bosques abriga en sí mismo y en la adhesión de sus soldados, y cómo se destaca en su conducta ese fondo de reserva con que trata siempre al hombre que no es de su raza ni de su pueblo!

Sin duda, a pesar de que no fue sometido por la Conquista al yugo militar, civil ni religioso, algo de la cultura de la raza blanca ha penetrado en su espíritu, y ella resplandece en él con brillo original y majestad extraordinaria bajo la envoltura de sus costumbres primitivas, y hay algo conmovedor en esa convicción de su soberanía que lo lleva a levantarse a la altura de su interlocutor, y considerarse tan grande y tan poderoso, sin darse cuenta de la enorme diferencia que la cultura introduce entre ambos. Pero dejémoslo feliz en su sueño de poderío, hasta que la luz ideal ilumine su alma nebulosa, y comprenda que su verdadera grandeza está en el sometimiento a la civilización que transforma los desiertos en morada de la libertad.

Una fuerza poderosa se oponía al completo dominio de la idea revolucionaria sobre los espíritus, una fuerza que tiene su punto de apoyo en la conciencia, y avasalla hasta volver todas las facultades en torno suyo como sus emanaciones o sus reflejos: la creencia y la superstición religiosas impuestas por la Conquista desde sus primeros pasos en América. La religión era en las sociedades americanas una idea inseparable de la monarquía, bajo cuyo poder se difundió, y sus reyes, emanados de la voluntad divina, llevaban la aureola sagrada de su celeste investidura.

6. MITRE, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, t. II, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1887, pp. 205-206.

Hay, pues, este elemento tradicional introducido por la raza dominante, que forma el carácter de las nuevas colectividades, que las educa en sus principios y les da sus sentimientos amoldados a la índole de sus dogmas. El sentimiento religioso de las clases cultas y de las masas fanatizadas, en pugna con el sentimiento patriótico nacional que se despertaba: he ahí la lucha trabada en el fondo de los espíritus, y que debía derramar sus ráfagas sobre los ejércitos; y nada ha vertido más sombras en el seno de la humanidad que esas luchas de la conciencia, que tienen el terrible poder de armar los brazos fraticidas, rompiendo en nombre de la fe los lazos que ató la naturaleza entre los hombres.

La libertad política y la libertad moral vienen luchando con esa sombra inmensa desde el principio de los tiempos, como si una ley de semejanzas secretas prolongara sobre el hombre aquel caos que la primera luz desveló, pero que sigue extendiendo sus ondas a través del espacio; y el espacio como el tiempo en que ruedan los mundos y las razas no tienen confines conocidos. El espíritu humano logra por medio de revoluciones gigantescas desterrar las tinieblas de una región de la Tierra, pero desalojadas de ella, sus ráfagas corren, como exhalaciones de la noche, a envolver regiones o continentes desconocidos, donde también el hombre levanta sus chozas y ensaya la vida social. La oscuridad desterrada de Europa por la luz intensa del Renacimiento se desliza a través del Atlántico, y viene a hundir en sus senos insondables a los moradores de una tierra virgen, que quizás estaba destinada a entrar en corrientes más vastas y dilatadas.

El pueblo que la Revolución argentina encontró a su llegada, y que debía ser su brazo y su alma, heredero de aquella tradición de supersticiones y de absolutismos ideales, llegó a dudar de la justicia y de la virtud de una causa que venía a echar por tierra una monarquía que creyó sagrada y sostenida por Dios; y aunque las ideas regeneradoras del siglo XVIII se infiltraron en nuestros colegios y en nuestra juventud colonial, a pesar de la vigilancia siniestra de la Inquisición, mucho más siniestra aún, que guardaba la entrada como el cancerbero del Dante, su influencia no llegó en tan corto tiempo a remover las raíces de la tradición católica en todas las esferas sociales.

Los apóstoles de la Revolución, los más pensadores, amaban esas doctrinas nacidas de la filosofía reformista del siglo que espiraba, y se veían enfrente de un pueblo que los odiaba por tradición; y ese pueblo debía ser el soldado, el esclavo redimido, el creyente regenerado. La tarea de la propaganda era colosal, porque se dirigía a los espíritus. ¡Qué grande, qué sublime debía ser aquel sentimiento de la nueva nacionalidad, cuando logró vencer el de una religión que no reconoce otra patria que la del cielo que ofrece a sus creyentes!

Pero Belgrano, el héroe de las primeras jornadas, era un hijo genuino de esa tradición, y aunque su espíritu cultivado desterró los extremos de la fe que ciegan el entendimiento, no había olvidado su fervor religioso que lo llevaba a prosternarse ante las imágenes, y practicar con un celo poco común todas las ceremonias de culto. Y este fervor que hubiera sido una rémora tratándose de revolucionar y luchar con un pueblo de diferente educación fue, según la opinión de su historiador, la causa de su triunfo contra las mismas preocupaciones que se oponían a la difusión del pensamiento libertador.

Verdad es que tal opinión, examinada a la luz de la moral absoluta, y sin tener en cuenta la suprema razón de la necesidad, nos presentaría a Belgrano como un

creyente de circunstancias, como un devoto de conveniencias, como una hechura jesuítica puesta al servicio de la Revolución; pero creo que su carácter gana más ante la historia y ante la moral universal, presentándolo como un creyente y un devoto sincero que había conciliado en su espíritu la idea religiosa y la idea revolucionaria; esto en nada amenguaría su fama ni su mérito ante la Iglesia, porque si hemos de juzgar por lo que los soldados más ilustres del catolicismo escribieron o predicaron, ella condena las revoluciones como hijas de Satanás cuando se dirigen contra sus doctrinas o su dominio, pero las bendice y las santifica cuando se dirigen a propagarlos o a restablecerlos en el poder.

La batalla de Tucumán resuelve el problema religioso del momento, por una de esas coincidencias que suelen decidir la suerte y la confirmación de una doctrina. El hecho es digno de la tradición, de la leyenda, de la poesía, pero considerándolo como simple hecho y como una manifestación del sentimiento religioso de un pueblo que llega a atribuir los acontecimientos más positivos a causas sobrenaturales que se abrigan en su imaginación. Oigamos de nuevo al historiador: «La División de vanguardia llegó a Tucumán en momentos en que una procesión cruzaba las calles de la ciudad, llevando en triunfo la imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Como la victoria del 24 de septiembre había tenido lugar precisamente en el día de su advocación, *se atribuyó el resultado a su divina influencia*, y el general Belgrano, que además de ser un hombre religioso, se proponía en ello un fin político, la hizo nombrar Generala del Ejército. A caballo y llena del polvo del camino, se incorporó la División de vanguardia a la procesión, la que siguiendo su marcha desembocó al campo de batalla, húmedo aún con la sangre de las víctimas. El General se coloca entonces al pie de las andas, que descienden hasta su nivel y, desprendiéndose de su bastón de mando, lo coloca en las manos de la imagen; y las andas vuelven a levantarse, y la procesión continúa majestuosamente su camino. Este acto tan sencillo como inesperado produjo una impresión profunda en aquel concurso poseído de sentimientos piadosos, y aun los espíritus fuertes se sintieron conmovidos».[7] Este es el hecho histórico que Paz y Mitre encuentran profundamente trascendental, y que sin duda alguna contribuyó a desvanecer los recelos que los malos abrigaban sobre la santidad de la Revolución.

Pero el tradicionista no penetra en estas regiones vastas de la crítica, y solo busca en los hechos el sentimiento que los anima, la imaginación que los adorna, la superstición que los sombrea; y la vida militar de Belgrano, las alternativas de las batallas, los triunfos sorprendentes, por la índole de las ideas que dominan al héroe y a su pueblo, ofrecen a la fantasía motivos de creaciones y de leyendas que merecerían perpetuarse en la memoria, adornadas con el encanto de la poesía. Su noble y desgraciada personalidad salvaría los enmarañados senderos por donde la arrastra la crítica severa, como la arrastró la opinión de sus contemporáneos, y, divinizado por la leyenda, levantado por la poesía a esferas radiantes, el sentimiento nacional lo abrigaría para siempre en su seno; su nombre, como el de los héroes de Grecia, flotaría en los espacios del arte, donde no llegan o donde no se apagan las pasiones más o menos profundas, más o menos puras que engendra el fallo de la justicia humana.

7. MITRE, B. *Historia de Belgrano*, *op. cit.,* p. 125.

Belgrano es, quizá, de los pocos caracteres que la historia no acaba de definir, porque un misterio impenetrable sepulta las causas internas de sus actos. Como Milcíades, el héroe de Maratón y de Platea, se inmortaliza por la desgracia, Belgrano, el héroe de Tucumán y de Salta, vencerá las disputas de los críticos, las burlas de sus contemporáneos, la condenación de sus errores, cuando la tragedia o la leyenda revelen a la posteridad el profundo dolor de su noble espíritu, al cerrar los ojos para siempre, ¡en medio de la borrasca que ya comenzaba a agitar sus alas sangrientas sobre esa patria que amaba tanto como ella no lo comprendía!

Pero hay más que hace de este hombre singular un personaje de leyenda, y que promete para su nombre una duración tan larga como la vida de su patria. Las naciones condensan en un signo visible esa idea de la unidad, del amor y del deber cívicos; este es un sentimiento tan antiguo como la humanidad, y desde sus comienzos ella ha corrido a los combates, y ha caído o se ha dignificado en su nombre. Ese signo es la bandera, cuyos pliegues parecen destinados a envolver a los héroes que caen a su sombra. Las naciones son una idea colectiva; las ideas se reflejan en un signo. El águila romana, la cruz del cristianismo: he ahí los dos grandes signos de esa idea, que luchan, simbolizando el uno la Antigüedad, y el otro, la regeneración.

Pero las razas se segregan, y al formar naciones, se agrupan en torno de un principio que es el cimiento de la sociabilidad; ese principio convertido en bandera los guía a las batallas, y llega a adquirir en la conciencia popular una existencia ideal independiente y propia: la bandera es una divinidad, la que todos adoran sin diferencias de secta; como la religión, ella se divide en partidos, pero tiene de más grande el que los partidos se abrazan a su sombra, mientras las sectas se despedazan al pie de la cruz. Nosotros ostentamos con orgullo una bandera que nació del firmamento, un día en que un grupo de héroes se aprestaba a una batalla. Belgrano era su jefe, y arrancó del cielo el signo, como Constantino lo vio en la alucinación de su causa. La bandera vive en el fondo del sentimiento nacional, y Belgrano vivirá con ella hasta que deje de existir la patria. Su figura histórica se ha asilado en el sagrario del templo. Los himnos de las victorias del futuro arrullarán su recuerdo.

Al lado de estos grandes rasgos que perfilan la Campaña del Norte y a su General, se destacan como astros de segunda magnitud los héroes subalternos entre los cuales la crítica encuentra la más brillante variedad de caracteres, el pincel, los colores más vivos, y la leyenda, sus tipos favoritos. Todos ellos son jóvenes que llevan el entusiasmo virgen de la nueva nacionalidad, los arrebatos impetuosos de la sangre, las alucinaciones deslumbrantes de la fantasía, los sueños de gloria y de ambición que auguran la grandeza, y que crecen a medida que la independencia se arraiga por los sucesos. Los vemos en las batallas atravesar como relámpagos por el medio de las filas enemigas, deslizarse como sombras fugaces en medio del humo que envuelve el campo, tremolar los estandartes en las alturas, enclavados como la roca en medio del fuego, con la impasibilidad de los genios, caer dando un grito de *¡Viva la patria!*, al pie del cañón o de la trinchera; y todos ellos, semejantes a una legión radiante de Milton, poblar el espacio, la llanura, las montañas, con sus voces arrebatadoras, sus correrías fantásticas, sus apariciones escénicas, que llevan el asombro, la confusión y la muerte a los contrarios; cuadros

todos que darían animación a un canto homérico, resplandor sideral, a una batalla de Milton y fulgor primitivo, a una leyenda osiánica.

La tradición conserva los episodios más notables de aquella guerra en que nuestros jóvenes soldados se levantan a la altura ideal de los poemas antiguos, en que las mujeres mismas, animadas de su pasión divina, se mezclan al fragor de las armas y disputan la palma victoriosa a los héroes, y en el paroxismo de su arrebato bélico, sus imágenes rodeadas de luz sobrenatural parecen los dioses helénicos discurriendo invisibles entre los combatientes para inspirarles el valor, la fuerza y el fuego que arrebatan a la naturaleza.

Pero todos esos jóvenes que inician su carrera de proezas en las luchas de 1806 y 1807, que asisten a las colosales batallas de Tucumán y Salta, van, más tarde, cuando la epopeya de los Andes y del Pacífico se abra ante nuestros ojos, a brillar con la luz de las excelsas glorias que la memoria humana no olvida; y si su aprendizaje fue el presagio sublime de su futura glorificación, su vida ulterior los presenta como fieles y consecuentes consumadores de la profecía.

Ellos abrieron por el oriente el camino del norte a la idea libertadora, recogiendo guirnaldas imperecederas, y encendiendo en todas partes la llama de la resurrección que no tardó en incendiar el corazón del continente. Luego otro general más grande y más experto, otro cerebro más vasto, otro corazón más fuerte, va a llamarlos a sus filas para abrir la ruta de las cordilleras veladas por las nubes y las nieves, y la de los mares agitada por las borrascas, para extender el fuego sagrado al occidente.

El pensamiento de la restauración del mundo antiguo va delineándose y apareciendo sobre el cielo de América, como la luz va volviendo a la luna eclipsada a medida que la sombra sigue la revolución del astro que la proyecta; las victorias del centro en el primer período de la guerra son el prólogo de la inmensa tragedia que va a comenzar en Mendoza para tener su desenlace en Guayaquil.

El prólogo ha sido luminoso, y ha hecho presentir las magnas impresiones y los desarrollos gigantescos del poema. Los regocijos de las llanuras y sus rumores de triunfo, semejantes a un preludio universal, repercuten en las laderas de los Andes, levantando los ruidos misteriosos del presentimiento. El pedestal se estremece cuando se acerca el coloso que va a erguirse en su cúspide eterna; las flores adornan ya su base; los himnos marciales resuenan a su alrededor; las muchedumbres conmovidas lo esperan; los sepulcros seculares se remueven; en los nidos se oyen graznidos extraños; la cumbre se ilumina de súbito: San Martín ha llegado y su epopeya comienza.

V. LOS ANDES. SAN MARTÍN. LA TRAGEDIA Y LA LEYENDA. LA FRATERNIDAD AMERICANA. CHILE Y LOS CARRERA. LA LEY REVOLUCIONARIA

Los Andes, como el Himalaya y el Cáucaso, son la cuna de creaciones de luz, de razas vigorosas y ardientes, de acontecimientos trascendentales, de epopeyas grandiosas. Tres épocas de la historia han hecho pasar sobre sus cumbres a sus actores y sus héroes; tres razas han visto estrellarse ante sus moles las oleadas de sus

pueblos, los esfuerzos de sus trabajos, y han visto sepultar en sus grutas nevadas a sus ejércitos, que ya en las luchas primitivas, ya en los combates de la Conquista europea, fueron buscando la extensión, el imperio, la fuerza. Pero esas creaciones aún no han completado su destino, esos acontecimientos aún no han madurado su fruto, esas epopeyas aún no han sido escritas en la estrofa colosal que debe inmortalizar a sus héroes. Los elementos de ese génesis flotan en hacinamientos fragmentarios en el espíritu de las naciones que se desprendieron del seno de la montaña; los colores están separados en la inmensa paleta; el genio que va a combinarlos para dar vida a la forma y al cuadro aún no ha nacido: el poema se cierne aún sobre América sin formas ni armonías definidas; los cantos populares ruedan de pueblo en pueblo, las tradiciones y las leyendas se transmiten y se conservan con el culto del pasado, las siluetas de los héroes se dibujan sin orden en la memoria; las partes de la obra, creadas ya en el espíritu de las naciones, se buscan unas a otras; pero Homero no viene aún, y América lo llama, lo busca, lo sueña, lo conjura como a un Dios.

El monte sagrado donde ese poema va a desarrollarse se levanta como el pedestal del genio; por sus cumbres iluminadas por la luz reflejada en sus nieves, se ve atravesar en la noche a los fantasmas de los dioses y de los héroes que van a poblar el escenario. Homero va a cantar la epopeya de tres épocas; Esquilo va a engendrar la trilogía inmortal en cuyos fragmentos actúan el pensamiento y el corazón de esas tres razas.

Hemos pasado en estas páginas por las dos primeras etapas de la historia; ahora se descorre a nuestros ojos el velo que cubre el mundo luminoso donde la raza libertada va a realizar su sueño sublime: Prometeo va a romper su cadena, y va a realizarse la profecía lanzada en medio del dolor de la prisión. Prometeo era el genio de aquella raza que llena la tragedia del Cáucaso; San Martín es el genio que va a guiar a la nueva raza americana a las cumbres de los Andes, donde destronará el Olimpo de sus dioses tiránicos. Él es, pues, el héroe que representa a la nación y a América del Sur en la tercera época de su historia, cuyo escenario es la inmensa cordillera, madre de antiguas civilizaciones primitivas, teatro de la guerra de conquista, cima de la libertad.

Desde los tiempos prehistóricos ella ha sido la fuente de donde los moradores del nuevo mundo arrancaron sus creaciones ideales, sus anhelos de raza, sus concepciones sociales; sus cimas y sus quebradas han encerrado durante siglos a sus dioses, sus héroes, sus personajes legendarios; y ya los primeros historiadores de Indias se asombraban del cúmulo de hechos fabulosos que la tradición indígena refería de sus secretas e inaccesibles alturas. La Conquista develó el misterio del Olimpo, pero para sustituirlo por otro cuyos dioses venían apoyados por la predicación y por la espada. La guerra de emancipación remonta por tercera vez sus laderas y, en nombre de la libertad humana, destierra de su trono de nubes, de nieves y de volcanes, las mitologías que dominaron el continente.

La luz eterna y universal de la razón va a iluminar para siempre los antros oscuros y, en vez de las divinidades que poblaron los espacios, que reinaron en las montañas y en las llanuras, ocuparán los fastos tradicionales los héroes de la nueva epopeya, los episodios de la lucha, las fantasías de las nuevas naciones que nacieron de sus victorias, en que asoman caracteres desconocidos hasta entonces, y de que participan todas las regiones de nuestro territorio. La nación de

Mayo, cimentada su emancipación propia, pone su cuerpo y su alma en la obra de la libertad americana.

San Martín es el punto culminante en nuestra tradición, y su figura se ha asilado en los Andes porque era natural que ese santuario conservase su memoria: la cumbre ideal de la historia busca la cumbre superior de la Tierra. Su carácter como guerrero, como político, como hombre privado, es del dominio de la crítica que ha hecho de él un modelo de los héroes; pero es en los grandes caracteres que tienen cabida las delicadezas del espíritu, los matices risueños, las notas soñadoras que hacen el más admirable contraste estético con la magnitud de sus líneas fundamentales; y en San Martín, como en ninguno de los hombres de la Revolución, se encuentran hermanados los acentos solemnes de la tragedia que dominan el conjunto con las armonías dulcísimas del idilio que invitan a soñar.

Su vida es como la montaña que sirve de base a su inmortalidad; en ella se destacan los destellos luminosos de la cúspide, los rumores sordos y profundos del volcán, los estremecimientos febriles de la tempestad que hierve en sus senos oscuros, los paisajes irisados de los crepúsculos, las músicas deleitosas de la selva, los resplandores serenos de la Luna y de los astros, más vivos y centelleantes sobre aquellos horizontes dilatados. No hay cuerda que no encuentre repercusión en su alma, no hay sentimiento que no tenga un hermano en el suyo, no hay idea grande que no haya germinado en su cerebro: sus hechos militares, sus actos íntimos, sus escritos, sus palabras, que la tradición recuerda, son la prueba. A semejanza de Plutarco, la memoria de su pueblo hace su gran historia refiriendo las anécdotas en que el héroe expresó una idea original, dio solución a una intriga, hizo justicia, descubrió alguna trama secreta de sus enemigos, o la forjó él mismo para el éxito de sus empresas colosales: en todos los casos resplandece esa luz del genio que domina con su mirada irresistible los abismos del porvenir y los del corazón humano, los horizontes ilimitados de la historia y las pequeñas cavidades del cerebro donde germina una acción, las pasiones encendidas de las multitudes revoltosas o de los pueblos redentores, y las más oscuras fibras donde se asila el sentimiento humano.

Aquellos vastos reflejos de su idea y de su corazón que dirigen la marcha general de su época son los elementos de la epopeya y de la tragedia; sus emociones íntimas, sus sentimientos tiernos y sencillos, las inspiraciones de su sueño son los elementos de la tradición y de la leyenda, que, no obstante, se visten también de la luz que irradian los acontecimientos épicos o trágicos que forman el conjunto.

Se cree que los caracteres superiores que dominan una generación o una época no divisan las intimidades del corazón ajeno; que los hombres habituados al fragor de las batallas y a los tumultos de las democracias no sienten las apacibles delicias de la cabaña rústica y del hogar inocente y tranquilo; pero es que la grandeza del genio consiste en extender la mirada a todos los ámbitos del tiempo, del espacio, del cerebro y del corazón; y así, al mismo tiempo que abarca los arcanos de la humanidad, palpa y siente los más íntimos movimientos de la pasión. El ojo material pierde de vista los detalles de los objetos a medida que se eleva en el espacio; el genio los percibe y los anima, los vivifica e ilumina a medida que se eleva sobre el nivel del espíritu humano.

San Martín es el tipo acabado del héroe nacional; la crítica profunda y el sentimiento popular lo han canonizado, la una, como al genio de la guerra que com-

bina su plan con el arte y con la ciencia; el otro, como al corazón magnánimo que no se endurece en el poder, y que arranca la admiración de los vencidos y de los vencedores; que estimula la fantasía y despierta el amor de su pueblo para convertirlo en el vínculo sagrado de unión, en el fuego del santuario donde tres repúblicas, hijas de unas mismas tradiciones, se estrechan y se abrazan en su culto.

Es el restaurador de la antigua unidad de las razas que los incas sujetaron bajo su Imperio; pero al arrancar de las sombras del pasado la idea oscurecida por el tiempo y la fusión de razas extrañas, la presenta al mundo rejuvenecida con los nuevos anhelos humanos, con los ideales de la cultura contemporánea. El esqueleto evocado por el fulgor de su espada del fondo de su sepulcro se aparece a la faz del mundo revestido de fuerza y de gloria por una savia nueva. Su destino se ha cumplido.

Durante la preparación de su campaña en Cuyo, sus designios quedaron –dice un ilustre orador argentino– «recónditos como un secreto, y solo fueron sucesivamente revelados al mundo por la oposición de esta bandera de los Andes sobre su cumbre más excelsa, para anunciar la independencia de tres naciones por el estampido del cañón en Chacabuco, por el clarín vengador que convocó en Maipú a los dispersos de Cancha Rayada, por su entrada en Lima y por su salida aún más famosa, llevando por único trofeo el estandarte traído por Pizarro para esclavizar el Imperio de los incas».[8]

He ahí al héroe americano nacido de la sangre indígena, que se levanta en nombre del sentimiento nativo para crear naciones libres de influencias de ajenas razas, y que después de consumado su triunfo, declara su pensamiento grandioso conservado hasta entonces en secreto. La América de los incas, aquella virgen de formas purísimas, de sueños fantásticos y de destinos inmortales, renace al fin de su sopor mortífero, revestida con las antiguas flores del bosque primitivo, y San Martín es el agente de este fallo sublime del tiempo sobre la contienda de dos civilizaciones. En su mente se concibe, germina y nace la idea trascendental que su espada y su genio convierten en el hecho, y su nombre es el vínculo tradicional que liga al pasado con el futuro.

Los Andes, he dicho, cuna de las razas que habitaron el continente y extendieron sus imperios sobre los dos mares, es el teatro más vasto de la tradición de los pueblos que nacieron de sus flancos inmensos. El sentimiento nacional irá a buscar en sus leyendas de todas las épocas el foco de calor y de luz, el manantial de amor con que nuestros descendientes han de fortalecerse ante los peligros, ya sea exhumando las fábulas originarias y genesíacas de las religiones indígenas, ya evocando a los héroes de las tribus que combatieron en sus faldas y levantaron las fortalezas graníticas que hoy las adornan, cuando defendieron la tierra de las conquistas europeas; ya, en fin, coronando de guirnaldas, de reflejos siderales, del iris de las cumbres nevadas, las imágenes de nuestros guerreros de Chacabuco y Maipú.

El sentimiento nacional ha inmortalizado al héroe y su pedestal; él inflamó las almas en abnegaciones dignas de eterna memoria, cuando el genio de San

8. AVELLANEDA, Nicolás, *Discurso pronunciado por el Presidente de la República en la solemne inhumación de los restos del General San Martín*, Buenos Aires, Imprenta El Nacional, 1880.

Lorenzo contemplaba también con mirada profética las montañas del occidente, desde Mendoza, vislumbrando a través de las nieblas, victorias y redenciones grandiosas; las ciudades se despojan de sus tesoros, los templos, de sus ornamentos, las mujeres, de sus joyas y atavíos, los ricos, de sus fortunas; como si la religión, el arte y el trabajo depusieran en las aras de aquella idea secreta pero presentida, todos sus atributos, que no debían volver a vestir sino cuando el valor y la sangre argentinas hubieran levantado de su sepulcro secular la libre América de los primeros días.

Las tradiciones de las grandes montañas llevan en sí la eternidad de su origen, la profundidad de sus cimientos, la sublimidad de sus fenómenos, la inagotable poesía de sus misterios. Los pueblos que las erigen en culto son, a su vez, indisolubles por las corrientes de la historia que segregan las sociedades y dividen los territorios; y como si el imán de las cimas que arrastra hacia la altura las fuerzas vitales de la tierra actuara sobre los hombres, las familias y las tribus, las naciones tienden a agruparse alrededor de las grandes montañas, buscando tal vez como Prometeo llegar un día a arrebatar el fuego del firmamento. Ellas han brotado del seno del abismo para servir de trono a los dioses, de cuna, a las creaciones inmortales del genio, de refugio, a los seres animados contra la invasión de los mares, de escenario fantástico, a los héroes de las grandes epopeyas cuyas sombras se agitan en sus crestas veladas, como jirones de luna movidos por el viento de las alturas; son a la vez la imagen del carácter de las asociaciones que las habitan, porque aprenden a dominar sus obstáculos, a desafiar sus tempestades, a absorber sus infinitas bellezas, a sentir con la llama de sus fuegos interiores y a fantasear con las irradiaciones de sus nieves eternas.

La tradición y la leyenda, la historia y la epopeya de los Andes condensan el alma de la nación; allí está el ara de nuestros futuros himnos de victoria, la fuente de nuestras creaciones artísticas, el foco virgen de nuestra poesía nacional, porque las ráfagas de la pampa, las emanaciones de los ríos, las voces de los desiertos se dirigen como un voto supremo de la tierra hacia sus cumbres inaccesibles, buscando la proximidad del firmamento y la atmósfera luminosa donde centellean los astros.

La vida espiritual tiende a dilatarse hacia las alturas ideales, como la vida física tiende a dilatarse hacia las alturas materiales; el genio que ha llegado a la cúspide de la cultura domina el pasado y el futuro de la historia; la mirada tendida desde la cumbre de una montaña que se eleva sobre las cimas próximas abarca los horizontes infinitos y observa los movimientos de las multitudes, las agitaciones de la vida orgánica y los estremecimientos de la tierra, allí donde va a dar a luz un génesis radiante.

Los Andes reúnen las tradiciones de toda la América, porque sus razas se alimentaron de su grandeza; pero la tradición de la libertad estrecha en sus lazos con más fuerza las naciones que el genio de San Martín emancipó en su expedición memorable. Chile, separado de nosotros por la montaña, se liga por el recuerdo de la libertad; nuestros vínculos tradicionales son los mismos, porque nos prosternamos ante el mismo altar, veneramos el mismo santuario que encierra la memoria del héroe común; y sus cantares heroicos, elevados desde el occidente, se encuentran en las alturas con los que levantamos los argentinos del lado del oriente. El mismo sol colora de rayos irisados las dos fachadas del templo de nues-

tras glorias nacionales, y derrama su bendición de fuego sobre los dos pueblos en la hora meridiana. Chacabuco y Maipú son los nudos que atan nuestras tradiciones de triunfo; Cancha Rayada es el vínculo de una desgracia común; pero colocado como una pincelada sombría, en medio de dos rasgos de luz, realiza en la historia y en el poema la ley estética del contraste, que da vida a la tela y esplendor a los toques iluminados.

No obstante, y a pesar de esta larga e inmemorial tradición de fraternidad, que comienza bajo los incas, sigue bajo los conquistadores y se conforta con la revolución, Chile se rebela contra ella, y crea causas de repulsión y de odio en la tragedia de los Carrera, que idealiza y corona de luces, pero proyectando sombras sobre el autor de su libertad, sobre San Martín y su genio, que aquellos bravos y desgraciados héroes no comprendieron, y que, exaltados y enceguecidos por una ambición de gloria prematura, olvidaron que no tenían a su alcance los elementos de una lucha como San Martín la preparaba; queriendo ser ellos los autores de aquella obra inmortal, no abrigan contra el general argentino la rivalidad del griego que solo busca la salvación de la patria, sino el rencor nacido de una esperanza frustrada y atizada por un ardor juvenil y legendario, que hubiera dado frutos espléndidos, de ser empleado en la obra común. Y aunque los historiadores chilenos levanten la figura de sus mártires nacionales, como los llaman, haciéndose eco de las emulaciones que ellos sintieron contra el genio superior que los dominaba; aunque se quiera hacer llegar hasta la túnica de nieve que hoy viste la memoria del héroe de Chacabuco, algunas gotas de la sangre que aquellos mártires derramaron en hora siniestra, la mano invisible de la conciencia humana y de la historia, y el fuego del sentimiento de la posteridad, apartan la mancha rojiza antes de posarse en la túnica, y la disuelven y evaporan sin dejar de ella rastro en el espacio.

Los sacrificios de las grandes revoluciones son como el humo con que los antiguos propiciaban a sus dioses tutelares; pero los dioses de la Edad Moderna son las ideas de los cerebros superiores que tienen en sus designios la suerte de una redención humana, a quienes las naciones de la Tierra rinden culto, y para los cuales no existen leyes que limiten sus actos ni corten el vuelo de su pensamiento. Esas ideas madre son como los ríos desbordados o como las inundaciones del océano, que arrastran a su paso las barreras y los linderos porque van a fecundar los desiertos y las llanuras en nombre de la suprema ley natural del renacimiento y la vida, sin que importen las divisiones materiales que los hombres crean sobre la superficie.

Los pueblos se desbordan cuando sus límites son estrechos o la fuerza los oprime con exceso; y entonces, ¡desgraciados los audaces o los alucinados que se levantan contra la ola del entusiasmo, pretendiendo detenerla o dirigirla por cauces extraños a su expansión natural! La corriente impetuosa los envuelve, los arrastra, los ahoga. La inmolación de la Cabeza del Tigre, la ejecución de los Carrera: he ahí los dos ejemplos de la terrible e implacable ley revolucionaria. La sangre de esos sacrificios ha acelerado el triunfo de la Revolución en el oriente y en el occidente, lejos de manchar la frente de los héroes; y aunque de ese riego hayan brotado más tarde plantas envenenadas, no culpemos a los hombres que lo vertieron en el surco, sino a la vieja preparación de la tierra que no supo fecundarla y regenerarla.

Con todo, el sentimiento nacional ha borrado los rastros de esos hechos que nadie podría llamar crímenes ante la ley humana; las víctimas se levantan de sus

sepulcros para animar los cuadros de la tradición y de la poesía; los Carrera, más que todos los otros que sucumbieron en el torbellino de esa época, son los tipos apropiados para la creación literaria: sus aventuras realmente trágicas, sus ambiciones ardientes y los esfuerzos hechos para lograrlas, sus luchas interiores y sus derrotas, sus ostracismos y sus nostalgias, sus peregrinaciones a través del desierto, sus prisiones y su muerte son elementos preciosos para una literatura legendaria, épica o dramática, digna de los genios del arte, y constituirán a su tiempo la parte dolorosa y sombría de la gran epopeya de los Andes.

Aunque el criterio del historiador y del filósofo llegara a condenar sus actos, en cuanto importaban un obstáculo a la empresa suprema de la emancipación de su país, y a encontrar necesaria la sentencia que los llevó al suplicio, el criterio del corazón, el criterio del artista que busque en su vida inspiraciones para sus cuadros o sus poemas, levantaría siempre de sus nombres el peso de sus errores, para idealizarlos y divinizarlos como a los héroes del infortunio y de la fatalidad. El libro de Vicuña Mackenna, aunque apasionado en contra de los libertadores, tanto como a favor de sus héroes, es un verdadero romance lleno de fuego y de situaciones dramáticas; y no pocas veces llega a exaltar el sentimiento, de modo que hace vacilar el juicio despreocupado sobre las grandes causas, para seguir las aventuras semifantásticas de sus personajes.[9] La poesía irá a beber en sus páginas sus inspiraciones y sus cuadros más palpitantes, y la tradición refrescará en él sus recuerdos.

VI. LA RESTAURACIÓN QUECHUA. SAN MARTÍN EN PERÚ. SAN MARTÍN Y BOLÍVAR

Bajo el punto de vista tradicional, la campaña de San Martín a Perú, al centro mismo donde antiguamente se levantaba el poderío de los incas, y donde un virrey establece su corte, reviste una importancia del todo trascendental para los destinos de Sudamérica. Me imagino que el Libertador debió llevar en los secretos de su corazón algo de ese anhelo del que nace en la tierra por verla de nuevo libre de los tutores extraños, y readquiriendo su sello primitivo; que en sus sueños poéticos y en sus delirios solitarios debía escuchar voces secretas y ver fantasmas intangibles que le hablaban y llamaban en nombre de la raza martirizada por los extranjeros, y profanada hasta en lo sagrado de sus sepulcros; que en sus meditaciones sobre el destino de las nuevas naciones debió concebir la idea de la formación de nuevas razas con ideales propios, con tendencias peculiares a su índole fisiológica, y por tanto con instituciones enteramente nuevas. Él, por su parte, no calló del todo su recóndito pensamiento, e hijo genuino de la sangre americana, solo estalló su orgullo de vencedor cuando pudo empuñar el estandarte de aquel capitán esforzado que hizo doblar la cerviz a los héroes incas.

La restauración del antiguo imperio con sus límites geográficos es un hecho que, de no conocer sus causas positivas, llamaríamos providencial; porque solo un

9. VICUÑA MACKENNA, Benjamín, *El ostracismo de los Carreras. Los generales José Miguel y Juan José y el coronel Luis Carrera. Un episodio de la independencia de Sud-América*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1857.

designio secreto de voluntades omnipotentes y una inspiración de la eterna justicia pueden realizar la obra tan completa. Pero no busquemos su explicación fuera del campo de las leyes históricas y de las verdades positivas: la naturaleza tiene una inmensidad de leyes generales y especiales para regir las evoluciones de la vida, y una de esas leyes inmutables es la de la unión íntima que existe entre la tierra y el hombre, entre los fenómenos permanentes de la una y las facultades psicológicas del otro.

Las sociedades toman al nacer el temple, la forma, el matiz, la sensibilidad que les imprimen el suelo y sus cualidades esenciales, como el metal fundido adquiere las sinuosidades y los toques, más o menos armónicos o estéticos, del molde que los recibe; y no importa que largas épocas de transformaciones y evoluciones, aparentemente radicales, sacudan su organismo, o lo arrastren en vicisitudes dolorosas, porque siempre recuerdan –y este recuerdo es en ellos una fuerza– el origen, la fuente, la tierra de donde brotaron y donde adquirieron la forma de la humanidad. Y así, la sociabilidad quechua, única en Sudamérica que haya nacido con caracteres de uniformidad y de unidad, y dado muestras de una cultura progresiva, aunque haya atravesado dos siglos de evolución bajo la influencia de una raza extraña, no perdió la noción tradicional de sus orígenes.

Es verdad que ni el tiempo ni los sistemas de colonización empleados fueron suficientes para borrar la huella del pasado; antes bien, las desgracias que sufrieron los indígenas bajo la mano de hierro de sus dueños fueron una fuerza permanente de repulsión contra la influencia de la raza blanca, y de reacción contra las transformaciones ya realizadas.

Todos los pensadores que han dirigido o cantado los destinos de la Revolución han sentido la necesidad de evocar las tradiciones nativas para retemplar el vigor enmohecido por la servidumbre; y así, al mismo tiempo que se mostraban progresistas destruyendo las formas establecidas para lanzarse en las corrientes filosóficas del siglo XVIII, levantaban la tradición de la tierra como la suprema fuerza para encender la pasión de la libertad.

San Martín, como todos los genios de la Tierra, árbitros de las naciones, comprendía que los pueblos, antes que todo, tienen un alma sensible a las emociones y a los recuerdos, y que viven y se agitan al impulso de sus glorias y de sus desgracias; sabía que las lágrimas de tres siglos habían fecundado la tierra y sembrado gérmenes de heroísmo y de martirio, y que ellos gemían en el húmedo seno de la madre con acentos conmovedores y terribles, que más de una vez llenaron de temor supersticioso a sus dominadores; y por eso, a su paso por los desiertos y las montañas, se alzaban del fondo ignorado de las cabañas y de las aldeas los héroes nativos como Cabral en San Lorenzo, y como esa legión de mártires dignos de la oda pindárica o de la columna inmortal de Platea, que brillaron en Chacabuco y Maipú al nivel de sus jefes.

San Martín, al evocar esos sentimientos en el corazón de los pueblos, se adelantaba quizás en muchos años al pensamiento de su generación, y sentaba, sin espíritu alguno de doctrina, un principio que la ciencia comienza a convertir en una verdad profunda ahora, en la época de las grandes revoluciones filosóficas. Así, él es el vínculo entre el pasado y el porvenir, y entre los destinos tradicionales de las repúblicas que se han desprendido del antiguo señorío de los incas.

Después de realizar el paso de los Andes, remontando su figura histórica y la de su ejército al nivel de los héroes que admiramos en la Antigüedad griega y romana, abriendo su ruta con la victoria, se lanza también a los caprichos del océano que lo azota sin vencerlo, y va a sorprender a sus enemigos en el baluarte mismo de su dominación; va como los cruzados de otro tiempo a libertar el sepulcro sagrado de los soberanos de América, poseído durante siglos por los hijos de las naciones extrañas que no respetan las cenizas que él encierra. Las ciudades lo reciben como al Mesías, de quien todas las razas dominadas en la Tierra esperan algún día la redención y la libertad, porque la esperanza parece abrigarse en la humanidad hasta la muerte, y ella se personifica en esos héroes sobrenaturales que los pueblos adoran en espíritu, y como una promesa de sus dioses destronados o desterrados.

San Martín lleva consigo la «buena nueva». Ya fue anunciado a las regiones andinas por el sublime profeta de las cumbres, que desde la roca donde no alcanza la niebla, y desde la altura donde no llegan las nubes, escudriña el porvenir, y con un graznido pavoroso hace a la Tierra su revelación; ya fue anunciado por las visiones nocturnas de la montaña, que como cendales de luz volcánica atraviesan los espacios y se ciernen sobre las selvas donde moran los hombres; ya fue anunciado por los estremecimientos profundos del granito que contagian a la llanura y al océano; ya lo anunciaron los rumores sordos e intensos que bajan de las alturas como una voz de otros mundos, evocando en los espíritus supersticiones y presentimientos extraños. Y cuando el cóndor se agita y se remonta de súbito al firmamento, y allí lanza su grito terrible; cuando los fantasmas de las tumbas pueblan las cimas en confusión y tumulto; cuando la montaña se conmueve haciendo vacilar las ciudades, y llegan a la llanura sus rumores siniestros, es que los genios invisibles de la Tierra, que velan por la suerte de sus hijos, están pronunciando la profecía suprema de la resurrección y de la libertad.

Y es allí, en la vieja y augusta «Roma de los incas», donde se condensan todos los presagios y todas las fuerzas que van a dar el desenlace a la inmensa tragedia: allí donde en otro tiempo se levantaron los palacios y los templos magníficos, donde lucieron sus armas y su gallardía los guerreros, sus canciones heroicas y sencillas los poetas nacionales y sus danzas vistosas sus mujeres, la venerable figura de Manco Cápac se destacaba bendiciendo a su pueblo; allí donde los últimos y desgraciados reyes rindieron su cabeza a la cuchilla del verdugo y su inmenso imperio a la esclavitud, allí se dirigen los dos héroes de América, que, como dos mares que van a estrellar sus olas en la misma tierra, reúnen en Perú sus dos ejércitos, y los estrellan contra el tenaz baluarte arraigado por los siglos, que rueda con estrépito para no levantarse jamás bajo nuestro cielo y enfrente de nuestras cordilleras.

San Martín y Bolívar van a disputarse enseguida la palma de la justicia en este triunfo de América, en esta redención de un continente. La tragedia se acerca a su término, porque la hora del último sacrificio ha sonado; la historia coronará al más grande, y el más grande será medido por la magnitud de su sacrificio. La lucha es colosal, la expectativa, terrible; dos dioses, dos genios, dos héroes están frente a frente, llevando consigo dos fragmentos de un mundo, de los que uno debe ceder el espacio al otro. La luz se extingue sobre aquella escena sublime, como si un viento del infierno hubiera apagado los astros; los dos personajes se aproximan en la tiniebla, y una chispa invisible de inteligencia comunica sus

cerebros. La Tierra está muda esperando la catástrofe; hay un estremecimiento horrible en la naturaleza; la sombra no alienta; en sus senos debe hervir una tormenta del caos.

El Sinaí se corona de nubes cuando Jehová se acerca y va a emitir su pensamiento divino, como si la tiniebla fuera el cerebro de los dioses y de los genios. No, la multitud no debe presenciar el abrazo de la divinidad con los elegidos: ella recibe la revelación acabada y bañada en la luz de los relámpagos. Así los dos genios de la Revolución americana se envuelven en el misterio impenetrable para decidir su contienda suprema. Pero la tiniebla se ilumina con el resplandor de la virtud excelsa, y los héroes aparecen de nuevo a las miradas ávidas de los espectadores.

¿Quién ha triunfado en aquella lucha secreta? Bolívar ciñe la espada, y una sonrisa de orgullo satisfecho alumbra su rostro. San Martín empuña un trofeo, una aureola apacible rodea su cabeza, y el resplandor de un enorme sacrificio reverbera en su atmósfera. –¿Quién ha triunfado? –pregunta la multitud aturdida. «La América, no queriendo comprender lo que sus ojos veían, exclamó por todas partes: hay un misterio en el drama de Guayaquil. El general D. José de San Martín, mostrando su alma desgarrada por la inmolación sangrienta, pudo contestar: "no hay sino una virtud"».[10] He ahí desvelado el arcano, y al héroe que se corona de inmortalidad, porque esta pertenece al sacrificio.

El fallo de la historia está dado, y es inapelable. San Martín, al abandonar América, donde pudo reinar como Bolívar pretendió después, consumó con una eterna lección de moral la obra que realizó con su espada; su gloria se levanta sobre sus propias palabras: «La presencia de un militar afortunado es temible en los Estados que se constituyen de nuevo».

Situaciones como esta no caben sino en el marco inmenso de la historia, en el espacio ilimitado de la epopeya, o en los abismos insondables de la tragedia de Esquilo, donde los personajes son las razas y los dioses; los escenarios, las montañas, los mares y el firmamento. La tradición se agiganta porque su espíritu anima y envuelve todo el cuadro, en que los dos héroes que han reivindicado el precioso tesoro de América pesan su grandeza moral ante la historia; sus relatos se coloran con las luces nuevas que destellan aquellos pueblos suspensos de la gran contienda de los dos generales victoriosos; sus personajes se multiplican y se revisten de la majestad refleja de los grandes caracteres que dominaron la escena; y quizás en sus investigaciones íntimas llegará a descubrir nuevos indicios que hicieran la luz histórica sobre aquella entrevista memorable, ya sea recogiendo confidencias de algunos de sus actores, ya una frase o una acción significativas, que siempre se escapan a pesar de la voluntad cuando pesan las grandes preocupaciones, a semejanza de esas vagas vislumbres que aparecen en el horizonte cuando la tempestad se prepara en el espacio. No hay esfera de la vida donde no pueda penetrar y recoger su cosecha la curiosidad de la multitud, que se apiña alrededor de los grandes sucesos, participa de las emociones y sufre los choques eléctricos que brotan del seno de las nubes donde batallan las tormentas.

10. AVELLANEDA, N., *Discurso pronunciado por el Presidente de la República en la solemne inhumación de los restos del General San Martín, op. cit.*

VII. EL CANTO A JUNÍN. LOS REYES INCAS. LOS HÉROES ARGENTINOS

He dicho que los dos más grandes poetas de la Revolución americana han evocado la tradición primitiva para fundar la justicia de la causa: el autor del Himno Nacional Argentino y el del Canto a la Victoria de Junín.* En este está formulada la doctrina y hecho el proceso de la Conquista; las sombras de los reyes incas se aparecen a sus héroes, exhortándolos a la pelea en nombre de sus antiguos derechos y de la libertad, que pueden comprender gracias a la ficción poética que los mantiene en la inmortalidad del espíritu. El fragor de las armas que sus hijos levantan sobre el campo despierta de sus sepulcros los manes sagrados y, semejantes a los dioses de la fábula, intervienen en el combate para sostener el valor de los suyos y profetizar el destino de su héroe predilecto.

Huayna Cápac aparece en las cumbres iluminadas por resplandores de inmortalidad; él habla a los descendientes de su raza desgraciada, cuenta los martirios de sus antecesores y de sus propios hijos, sacrificados por el invasor, y formula su proceso con el criterio del revolucionario que va a derribar toda una época. Es la revolución del pasado contra el presente, la reacción de una raza sumergida en el abismo, la resurrección con formas nuevas de un imperio semisalvaje que había vislumbrado ya en su tiempo destinos grandiosos. No quiere la monarquía incaica, porque en su vida de ultratumba ha mirado el porvenir, y ha aprendido que solo la democracia hace felices a los pueblos; quiere solo que su sangre, su tradición, su unidad antigua, formando el fondo del carácter de las nuevas naciones, sean el vínculo que las ligue en el tiempo y sobre la Tierra, para resistir las catástrofes, conservar eternamente la libertad y abrazar todos los progresos que la razón humana conquista cada día.

Hay en sus palabras historia y profecía; son el corazón, el sentimiento de América los que hablan en el momento supremo en que se lucha por la emancipación radical de la ley extraña y del espíritu.

El inca comprende que toda revolución política que rompe vínculos geográficos trae envuelta una revolución ideal que rompe vínculos morales; y su palabra de ultratumba, inspirada en el fuego de la divinidad, evoca la resurrección de la fibra nativa, venciendo las influencias que a través del tiempo la han modificado. El poeta ha puesto en su boca la exposición de la doctrina que forma la esencia de la tradición de la raza. El personaje desenterrado del olvido hace vivir también y resucitar las glorias de su imperio, aún no conocidas, o sumergidas en el polvo de los combates que dominaron la tierra. Su pedestal es de nubes, su aureola, de estrellas; a sus plantas envueltas en una nebulosa tenue figuran los atributos guerreros del Inca:

penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;

y así, rodeada de esplendor y de fantasía, su noble y venerada sombra habla a las legiones de la patria:

* Se trata del poema «La Victoria de Junín. Canto a Bolívar», de José Joaquín de Olmedo. [N. de E.]

[...] «Hijos –decía–,
Generación del Sol afortunada,
que con placer yo puedo llamar mía.
Yo soy Huayna Cápac: soy el postrero
del vástago sagrado:
dichoso Rey, mas padre desgraciado.
[...]
¡Oh pueblos, que formáis un pueblo solo
y una familia, y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad...»
[...]
«Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
la nueva edad al Inca prometida
de libertad, de paz y de grandeza.»

Pero el Inca no quiere ver levantarse la antigua dignidad real, porque a través de los siglos en que su espíritu inmortal ha presenciado las revoluciones de la razón humana, ha aprendido que los reyes más buenos y santos, más liberales y cariñosos para su pueblo, siempre se sienten arrastrados al despotismo, porque la base de su poder y su forma misma no son las de la igualdad y del derecho, las del amor y la justicia que deben presidir a la constitución de la sociedad. Él ha visto y sabido en la tradición de sus antecesores que muchos de estos fueron duros con sus súbditos, y si muchos fueron amados y divinizados, otros fueron maldecidos y odiados. Los pueblos, aun los más salvajes, tienen una forma de manifestar su protesta contra los malos gobiernos, ya sean patriarcales, ya teocráticos, ya militares. Cuando los cantos indígenas dejaban de resonar en las soledades de las llanuras o en los desfiladeros de las montañas, y los indios asistían a las rudas tareas de la mina o del cultivo de la tierra, en silencio y sin una sonrisa de satisfacción en su tosco semblante, era porque enlutaba su espíritu infantil una sombra y porque sentían sobre sus corazones el peso de una atmósfera de despotismo.

Los instrumentos de la tiranía, cuando se tiene el poder real, son muchas veces deslumbradores y engañosos. El amor domina más pronto que la fuerza, porque es el ambiente moral de la humanidad, y los pueblos niños tienen más tiranos porque están en la edad de las impresiones primaverales. Los déspotas han comenzado su vida en el seno de las multitudes, siendo conocidos y amados por ellas, conducidos y elevados por ellas, sin discernimiento ni conciencia, a las alturas del poder, y solo impulsadas por la pasión del compañerismo y la hermandad, que les hace esperar un gobierno propio de la masa, de la agrupación que los condujo hasta él. Pero casi siempre esas muchedumbres apasionadas tienen que llevar a la hoguera al ídolo forjado y adorado en los momentos del acceso. Las turbas entusiasmadas por la elocuencia artificiosa de Atenas llevaban a sus favoritos al gobierno y los derribaban de él en perpetua agitación, como las olas juegan con el despojo del navío, lanzándolo a la costa, o sorbiéndolo de nuevo con el mismo estrépito.

Huayna Cápac habla y expone su pensamiento en esta estrofa que es un sistema de moral política y una vaga acusación al conquistador de América:

«Yo con riendas de seda regí el pueblo,
y cual Padre le amé; mas no quisiera
que el cetro de los Incas renaciera:
que ya se vio algún Inca, que teniendo
el terrible poder todo en su mano,
comenzó padre, y acabó tirano.
Yo fui conquistador, ya me avergüenzo
del glorioso y sangriento ministerio;
pues un conquistador, el más humano,
formar, mas no regir debe un imperio.»

La conquista de sus dominios por las armas españolas ha aleccionado al Inca glorioso, porque desde su vida inmaterial ha podido contemplar un sistema colonial que no daba a los naturales participación en la cosa pública, y sí solo los consideraba como los instrumentos que labran la fortuna del soberano; y ha contemplado también el anonadamiento del espíritu de su raza, hasta el grado que hoy los indígenas que no han recibido la regeneración de la cultura ni de la educación urbanas se mantengan en sus soledades, inaccesibles al contacto de la vida nueva.

El Inca se aparece en la epopeya para levantar con su presencia los recuerdos dormidos en la memoria de los que llama sus hijos; él llena y da el alma al poema; las maravillas que rodean y exaltan su majestad sobrenatural son también lo maravilloso y lo fantástico de la obra; el himno que las divinidades múltiples del cielo americano entonan al Sol es el himno con que el poeta saluda y bendice al Dios de la tierra nativa, al astro divino que da fuerza a la naturaleza inanimada, retempla el vigor de los hombres, mantiene el calor del hogar, simboliza la idea creadora y conservadora de todas las cosas, concentra y atrae el pensamiento de las almas que viven de su aliento universal. El Sol fue el símbolo excelso del sentimiento religioso de la gran raza de los incas y de cuantos poblaron la solitaria América. Ese himno

era el coro de cándidas Vestales;
las vírgenes del Sol, que rodeando
al Inca como a Sumo Sacerdote,
en gozo santo y ecos virginales
en torno van cantando
del Sol las alabanzas inmortales.

No juzgo el poema; recojo los acentos del poeta americano inspirado en la tradición de la raza indígena, y en los cuales repercute el eco del pasado, resuena la armonía confusa de la antigua poesía que animó las selvas y las montañas vírgenes, y que vibran a intervalos en este canto, tan célebre como el suceso que le da existencia. El espíritu crítico encontraría quizá mucho más que censurar y corregir, pero yo no veo en él sino al poeta de América, evocando las glorias tradicionales para enardecer los corazones y levantar los espíritus en la lucha de la Revolución que va a desligar las dos razas. El lenguaje que usa su personaje sobrenatural cuando juzga a los conquistadores se enardece con el furor de la pelea, y la crítica no debe perder de vista, al analizarlo, que ha sido escrito en medio de las batallas

y cuando fermentaba el odio mutuo entre ellas, y no buscar el poema de una nación ya libre y organizada.

Los cantos de guerra, ya sean los que impulsan a los soldados a la lucha, ya los que celebran la victoria, no son inspirados sino por la pasión ardiente que forma a los héroes. Las notas, los acentos moderados son un signo de debilidad en medio de la refriega, y derraman el desaliento en las filas. La epopeya estalla después, cuando el poeta ha dominado todos los acontecimientos, cuando todas las figuras se destacan en el fondo de la historia con sus formas y colores definitivos, y los principios e ideales de la guerra se aparecen al espíritu con su carácter evidente; pero el canto lírico nace y vive en medio del incendio que las pasiones levantan en el poeta, y con más razón la poesía bélica, destinada a arrastrar a las multitudes al heroísmo y al martirio, no reconoce medida, ni en su vuelo límite.

El canto de Olmedo es el eco de la voz del general que manda la batalla, repetido por las cumbres, respondido por el trueno, escuchado por los muertos que yacen en sus sepulcros; en él respiran el odio, la venganza y el furor que anidan en los hijos de la tierra contra sus dominadores, y el Inca los enciende en sus corazones con palabras que son la expresión de la protesta íntima de la tierra donde nacieron sus descendientes y los de sus antiguos súbditos, destinada por la naturaleza a ser teatro espléndido de los progresos de la civilización y de la libertad. Las formas adolecen de incorrecciones notables; en el conjunto se advierte alguna confusión y desorden: se diría que ha sido escrito en una atmósfera de humo y de sangre. El héroe principal oscurece demasiado a los demás que sostienen y consiguen la victoria, y una legión de héroes que allí resplandecieron con su futura inmortalidad no tiene voz ni acción en el poema. El poeta es demasiado humano al ensalzar al que era al mismo tiempo guerrero y gobernante, y es demasiado ideal al crear las formas del aparato fantástico; es pródigo cuando corona de flores y luces etéreas a Bolívar y a sus jefes y soldados, y su entonación decrece cuando canta a los antiguos compañeros de San Martín: el poeta se ha asimilado el carácter de su héroe.

La tradición, la crónica, la historia han desgarrado la humareda densa de aquel combate memorable, y ellos devolverán a los compañeros del mártir de Guayaquil las coronas que les quitó el olvido; la leyenda los presentará con todo el esplendor con que lucharon en Junín y en Ayacucho; la poesía divinizará sus caracteres homéricos, y todos los bravos libertadores de Perú y Chile que siguieron a San Martín serán en la posteridad los tipos radiantes de la leyenda argentina sobre las regiones que el ecuador fecunda. Allí donde la atmósfera de los trópicos enciende en sus cerebros los sueños deslumbrantes, las proezas de valor de nuestros soldados aparecerán en el tiempo rodeadas del esplendor con que la rica fantasía de esos climas adornará e idealizará sus figuras épicas. Ellos salvaban fuera de las fronteras de la patria el temple nacional que se enervaba en el ambiente sangriento que se cernía sobre nuestras instituciones; y he ahí la doble misión de esa empresa que San Martín llevó a cabo sobre Perú: al mismo tiempo que cimentaba la libertad de naciones hermanas, apartaba del vértigo de nuestras contiendas civiles una legión de los héroes de Mayo, de Tucumán, de Salta, de Chacabuco y Maipú, que debiera más tarde conducir la bandera de la patria en las batallas contra el tirano, que debían regenerar de nuevo el vigor adquirido en la lucha emancipadora, con tantos sacrificios y tantos martirios como los que forman la época infausta de nuestra historia.

¡Oh, sublime penetración de los grandes héroes! San Martín quizá presentía las calamidades que debían destrozar el seno de la república naciente, y quiso salvar del naufragio la parte más brillante de sus ejércitos, conduciéndolos a una empresa lejana; porque vagando sobre los mares, errando sobre las cumbres y los llanos, lejos de la tierra nativa, el sentimiento nacional se fortalecía en la ausencia; como los hijos de Príamo, lejos de la ciudad destruida, pueblan las soledades del océano con los cantos de su patria desgraciada, incendiada y desgarrada de dolor, pero llevando a todas partes su heroico y legendario arrojo; así nuestros soldados en la Campaña del Norte, y mientras las facciones se devastaban y abrían los cimientos del despotismo en nuestro suelo, fueron a continuar en tierras lejanas la tradición de glorias con que el pueblo argentino consagra su eterno renombre y su bravura. El poeta de Junín ha dedicado a uno de aquellos héroes una estrofa de glorificación y un himno de alabanza: el joven Necochea, que en la campaña de Belgrano llena de asombro a los enemigos por su temerario valor, en Junín alcanza la corona inmarcesible, y el poeta exclama:

¡Oh, capitán valiente,
blasón ilustre de tu ilustre patria!
no morirás; tu nombre eternamente
en nuestros fastos sonará glorioso,
y bellas ninfas de tu Plata undoso
a tu gloria darán sonoro canto
y a tu ingrato destino acerbo llanto.

¡Cuántos de aquellos caracteres vaciados en el molde homérico sucumbieron envueltos por la ola ensangrentada de la barbarie que inundó la ribera de nuestros ríos, las soledades de nuestros desiertos, los valles risueños de nuestras montañas! Como las aves revolotean sin concierto alrededor del bosque incendiado donde se perdió su nido, así aquellos héroes en quienes aún ardía la llama de las primeras batallas vagaban por las tierras extrañas, iban a morir en ajenas playas, o rendían la vida en combates aislados contra las turbas bárbaras de su patria, formando la trágica odisea que abarca toda la negra época de nuestras contiendas fratricidas.

VIII. ITUZAINGÓ. ALVEAR, LAVALLE, PAZ, BRANDSEN

Asombra, en efecto, al observador imparcial aquella fortaleza inagotable de los soldados de la Revolución, en medio de los disturbios que ya comenzaban a cavar la tumba de nuestras libertades; sorprende a la inteligencia más fría aquella virtud no extinguida en tanto sacrificio, en que murieron desgarrados por el desengaño tantos hombres que habían sido el alma de la emancipación, y aquella disciplina y aquel amor a la patria joven, que los arrastraban a los combates contra el enemigo común, después de haber dejado en las contiendas civiles jirones de su cuerpo y de su alma, porque peleaban contra sus hermanos.

Belgrano, el héroe de las primeras campañas, muerto en el abandono, envuelto en la bandera que él levantó en sus momentos de inspiración en las orillas del

Paraná, y en medio de las ruinas que el año [18]20 amontonaba sobre este suelo inmortalizado por tantas victorias. San Martín, el genio más alto de la Revolución americana, que había consagrado la redención de un mundo con un sacrificio sublime que sus contemporáneos no comprendieron, sufriendo en el extranjero la nostalgia de la tierra amada, tanto más dolorosa cuanto más hondas eran las heridas que la ambición y el odio abrían en el seno de su patria; y cuando vuelve a empuñar la espada invencible para salvarla de una guerra contra el enemigo exterior, los que le debían la vida y la libertad se encargan de llevar a sus labios la esponja empapada en la hiel de sus rencores y de sus miserias, ¡y de clavar en su corazón magnánimo la última puñalada que lo llevó al sepulcro!

Así, y cuando tanta sombra y horrores se extendían sobre nuestras glorias imperecederas, parece sobrenatural que aún viviera el temple guerrero de los primeros días para congregar nuevas legiones de héroes en los campos de Ituzaingó; pero es que allí concurren los legendarios peregrinos de los Andes, de Chile, de Perú y Ecuador, nunca vencidos, siempre llevando consigo la libertad, y levantando la bandera de Mayo sobre las cumbres más altas de América; allí corrieron los sobrevivientes de tantas inmolaciones sangrientas en que los argentinos se coronaron de palmas inmortales, y levantaron la admiración de los buenos, la emulación de los bravos, el odio de los perversos, y donde más de una vez tuvieron que sufrir el rigor injusto de jefes envidiosos, que no eran por cierto los que salieron del Plata. No hay un palmo de tierra americana donde no haya caído su sangre como riego fecundo de libertad y de heroísmo. Oigamos al poeta de la victoria:

> [...] Las barreras
> eternas de los Andes se allanaron
> al marchar de los fuertes campeones;
> parten de allí, cual rayo, a otras regiones,
> y con igual decoro
> en el Perú la espada desnudaron,
> y de sangre enemiga la lavaron
> en las corrientes del Rímac sonoro.
> El Ecuador los vio. Quito amagada
> miró argentinos, y quedó asombrada;
> y helos de nuevo aquí, y arder de nuevo
> en bélico furor toda la tierra.*

No era posible que una nación que acababa de pasearse victoriosa por todo un continente, realizando hazañas que no lograron los antiguos, libertando pueblos extraños, retemplando en el fuego de los combates su vigor tradicional, fuera vencida por un ejército de esclavos, que marchan a la batalla al sonido del látigo, y sin llevar en su corazón sino una débil llama de entusiasmo, porque la pasión por el suelo donde nació tanto desgraciado se desvanecía ante la presión fatídica de sus tiranos.

* Se trata del poema «Campaña del Ejército Republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó» (canto lírico), de Juan Cruz Varela. [N. de E.]

La batalla de Ituzaingó, como Maratón, es la lucha de la civilización y de la libertad contra el despotismo y la esclavitud; ambas salvaron un mundo y una raza de la eterna sombra de la servidumbre que degrada los espíritus y mata en germen la cultura social; por eso aquellos héroes, cien veces laureados desde el Atlántico al Pacífico y al ecuador, alcanzan la última y más radiante corona de inmortalidad que la historia prepara a los grandes bienhechores.

No conozco sobre la Tierra empresa más grandiosa ni pensamiento más completamente realizado: la Revolución comienza la tarea de la emancipación política y social de la América española, y la victoria de Ituzaingó quema al nacer las alas del monstruo que volaba a oscurecer la libertad sobre nuestras jóvenes generaciones. La sombra de San Martín aún flota sobre nuestros guerreros, envuelta en la túnica del sacrificio que iluminó una época y abrió para siempre los senderos de la historia a su patria, y su mirada profunda es fuego que enciende la hoguera en sus compañeros inolvidables, que viven y alientan con su recuerdo, que mantienen en torno de su nuevo jefe la disciplina de hierro que se encarna en su carácter, impresa por el genio del Capitán de los Andes en todo su ejército.

Alvear es el tipo del heroísmo bullicioso y temerario, que despliega como los relámpagos sus chispas incendiarias sobre las multitudes enemigas, y que, como el fluido que ellos contienen, contagia a los que lo siguen y obedecen sus órdenes. Corazón apasionado y ardiente, cerebro febril y fantasista, alma templada en el molde candente de la época, inteligencia desbordante, voluntad impetuosa e irresistible, como el torrente despeñado de la cumbre, su silueta se dibuja sobre la humareda del combate como una exhalación de fuego en medio de las nubes apiñadas; su voz se escucha en todas partes como la repercusión del eco en las montañas; su caballo de pelea, semejante al carro de los semidioses de la leyenda brahmánica, atraviesa la confusión y el tumulto como arrastrado por vientos tempestuosos: hay en todo su aspecto el brillo sobrenatural de un personaje mitológico.

A su lado se destacan, con su resplandor sublime, la figura imperturbable de Paz, que parece al pie del cañón un coloso de los Andes despidiendo las llamas y los peñascos del volcán, y la de Lavalle, que, como una visión de las leyendas osiánicas, parece llevar en su mano infatigable la espada sagrada que los dioses primitivos legaron a los elegidos de su raza. Las sombras de víctimas ilustres se levantan del escenario siniestro para atestiguar el heroísmo de la nación de 1810, y para repetir la eterna lección del martirio que redime a todos los pueblos y santifica todas las causas.

Brandsen fue el héroe que la fatalidad elige como expiación suprema, y su inmolación atiza el fuego del combate, como si un sacudimiento profundo pusiera en fermentación las lavas encerradas en el seno de la montaña. Oigamos de nuevo al poeta de Ituzaingó:

el rayo está en su mano, y en sus ojos
la llama brilla que el honor enciende;
la presencia de Brandsen los enojos
redobló del soldado: tal un día
allá a los campos de la antigua Troya
Héctor descendería,
con un valor igual, con igual suerte,

en demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la parca avara,
de matanza vulgar no satisfecha,
una víctima grande señalara,
y Brandsen expiró... ¡Golpe terrible!*

IX. LAS ODISEAS MARÍTIMAS. BROWN Y BUCHARDO

Allí aparece de nuevo el legendario Brown, como una resurrección sublime después de largos años de silencio, siempre con aquel arrojo que no temió las iras de los mares más bravos del mundo, ni los fuegos de los buques enemigos, ni los cañones de las plazas fuertes donde aventuró sus naves y a sus heroicos compañeros; allí,

mientras que, vencedor por su destino
Brown combatía la tremenda flota,
quedaba libre el líquido camino,
y a la playa remota
volaban las legiones
que al causador de tan inicua guerra
a mostrar iban ya nuestros pendones
triunfantes en las aguas y en la tierra.**

Las aventuras de este marino singular son dignas, no ya tan solo de la narración sencilla que ilumina el pasado y de la historia serena que juzga las trascendencias de los hechos, sino también que por su índole y sus vicisitudes realmente fantásticas parecen destinadas a dar vida a una odisea que, como la antigua, perpetúe por los mares lejanos el nombre augusto de la nación cuya bandera flameaba en sus mástiles. Y a la verdad, yo me he sentido agitado de admiración y de entusiasmo extraños, al relato de esas expediciones que parecen inspiradas y realizadas por una potencia misteriosa, de esas frágiles naves que se lanzan por la ruta donde tantos naufragios memorables habían sembrado el horror, y a desvelar derroteros ocultos por las brumas australes, donde al fragor de las olas se une la oscuridad horrible de las nieblas impenetrables.

Esa cruzada del Pacífico hasta Colombia, con solo cuatro barcos y un puñado de soldados, «a la vez que fue uno de los episodios de nuestra Revolución de más vivo interés, nos da la primacía, de tiempo al menos, y de no menos arrojo, sobre las mentadas hazañas que lord Cochrane realizó algunos años después, con medios mucho más poderosos. No solo por eso merece contarse, sino también porque es una prueba palpable de la vigorosa elasticidad que la Revolución había comunicado al movimiento social y a los hombres envueltos en su fortuna».[11] Y es cosa que invita a las reflexiones más profundas, y convida a los sueños más fantásticos, la imagen de la bandera argentina, símbolo de la libertad de un pueblo

* Ibíd. [N. de E.]

** Ibíd. [N. de E.]

11. LÓPEZ, V.F., *Historia de la República Argentina*, *op. cit.*, t. V, pp. 382-383.

recién nacido, mostrando sus colores y agitando sus pliegues en toda la extensión de las costas de América, en los dos océanos que la abrazan. Cualquier espíritu inclinado a deducciones remotas o a supersticiones más o menos fundadas encontraría en aquellas aventuras memorables una profecía nebulosa y medio velada por las brumas de la distancia, de lo que podrá en lo futuro la nación en cuyo nombre esa bandera surcaba los mares, e iba a asomarse como la aparición de un sueño a los puertos de las ciudades insulares, y enfrente de las fortalezas enemigas.

Él fue a despertar la quietud de los pueblos occidentales con el repentino estruendo del cañón, y solo, adelantándose a sus compañeros de aventuras, después de victorias increíbles, va a intentar la rendición de Guayaquil, donde el mar lo sorprende, su nave se tumba, y donde semejante a un dios de la destrucción, o a un ángel conductor del fuego del incendio, se dispone a quemar su nave y perecer en sus llamas[12] con sus soldados, leales y templados en el mismo fuego, antes que dejar mancillar aquel estandarte que atravesaba todas las latitudes, sin que una sombra empañara su gloria ni una gota de sangre injustamente derramada salpicara sus franjas luminosas.

El océano Atlántico lo vio cruzar también, como un ave pasajera que va buscando en lejanos climas las selvas donde construir su nido al abrigo de la muerte; y en esta odisea del *Hércules*, solitario peregrino de la inmensidad, y llevando a su bordo al marino legendario y a sus hermanos de aventuras, llega hasta ese mar donde Colón arribó la primera vez, y al golfo inmenso donde las naves de Cortés ardieron para cerrar el camino de la fuga. En todas partes los recuerdos grandiosos, las tradiciones heroicas renuevan su entusiasmo, y le hacen presentir el destino colosal de la nación que le abrió los brazos y lo llamó su hijo; y así se vio en la guerra brasilera unas frágiles naves luchar venciendo con la enorme y ponderada flota enemiga, que parecía iba a reducir a cenizas las ciudades y las fortalezas, las naves y los ejércitos.

«La historia del corso argentino, desde 1815 hasta 1821 –dice Mitre–, es una brillante y animada odisea marítima, llena de episodios dramáticos, de figuras heroicas, de hazañas memorables y de aventuras extraordinarias, que puede suministrar ricos materiales para escribir un libro tan interesante como nuevo. [...] Durante esos cuatro años la bandera argentina, enarbolada por nuestros atrevidos corsarios, flameó triunfante en casi todos los mares del orbe: en el océano Pacífico, en el Atlántico del Sur y del Norte, en los mares de la India y en el Mediterráneo [...] Taylor dominó con la bandera argentina el golfo de México y el mar de las Antillas, destruyendo el comercio español en la Habana. [...] Chaytor llevó esa misma bandera hasta la costa de la península española, hostilizando vigorosamente el comercio de Cádiz al frente de sus propias escuadras, con las que no rehusó medirse. [...] Brown, en calidad de simple aventurero, mantuvo con gloria su enseña de comodoro argentino al frente de las fortificaciones del Callao y de Guayaquil. [...] Todos estos cruceros, y muchos otros, tan desconocidos como importantes, son dignos de figurar en las páginas de la historia nacional; pero tal vez ninguno de ellos presenta el interés del crucero de la fragata *La Argentina* al mando del capitán don Hipólito Bouchard, más conocido entre nosotros con el

12. Ibíd., p. 393.

nombre del capitán Buchardo. [...] Los mares de la India y del Pacífico fueron su teatro de acción, dominando en ellos la Polinesia, la Malasia y las costas de California y Centroamérica; destruyendo el comercio español en Filipinas; y después de recios combates, largos trabajos y proezas dignas de memoria, dando la vuelta al mundo desde las costas argentinas, doblando el Cabo de Buena Esperanza, hasta las de Chile, atravesando los mares de la Oceanía [...] Nosotros apenas conocemos por tradición el nombre del intrépido capitán Buchardo, el primero y el último que hizo dar triunfalmente la vuelta al mundo a nuestra bandera; y el único que hasta hoy haya llevado tan lejos nuestras armas, haciendo pronunciar el nombre de la República Argentina en los más remotos mares, por la ardiente boca de sus cañones.»[13]

Así, parecía que la nación que comenzaba a ostentar su nuevo título hubiera querido exhibir al mundo los colores de su bandera, el heroísmo de los soldados con que había conquistado su libertad y el fuego del entusiasmo con que se aventuraba a las luchas de la vida; parecía que una bendición sobrenatural caía, como las lenguas de fuego del Evangelio, a ungir la frente del pueblo que en 1810 se hizo apóstol y mártir de la redención de un mundo.

Sin mencionar en detalle los mil y un episodios, llenos de novedad y de colores fantásticos, de las campañas marítimas de la Revolución, tarea que pertenece a los historiadores,[14] el tradicionista y el poeta encontrarían en esas odiseas sorprendentes motivos fecundos para la creación e idealización de la leyenda patria; porque los combates y las expediciones marítimas llevan en sí mismos la extraordinaria grandeza, la fantasía y los efectos maravillosos que les presta el escenario turbulento en que se suceden; los caprichos y las veleidades de las olas, los horizontes engañosos de los mares, la inmensidad del elemento enfrente de la pequeñez del hombre son causas para que la imaginación encuentre en esas empresas guerreras el encanto de la poesía, la atracción del abismo, la seducción de los paisajes, la sombría tinta de los sentimientos que en el corazón despierta la lucha con lo desconocido.

La literatura de todos los pueblos del Viejo Mundo se enriquece con las narraciones de sus marinos, que se ausentan de la patria para llevar por los climas y las latitudes más lejanas el nombre de su nación, haciendo en todas partes prodigios, que, referidos en el estilo de la leyenda, extasían los espíritus y despiertan en las generaciones que los escuchan los anhelos heroicos que las impulsan a las grandes acciones.

El mar, como todos los abismos, ejerce sobre el cerebro atracciones vertiginosas, evoca ideas tan vastas como sus horizontes, estimula la fantasía con sus arcanos eternos, y hace de cada marino un tipo de leyenda y de epopeya: parece que el hombre se siente impulsado a dominar sus iras terribles, y a abarcar con las alas de su pensamiento toda su inmensidad. Los helenos han nutrido su poesía virgen con todos los encantos que el océano encierra en sus senos insondables; ellos han personificado en creaciones risueñas sus voces misteriosas, sus rumo-

13. MITRE, B., «El Crucero de *La Argentina*», en *La Revista de Buenos Aires*, t. IV, Buenos Aires, 1864, pp. 287-290.

14. CARRANZA, Ángel Justiniano, «Campañas marítimas durante la guerra de la Independencia», en *La Revista de Buenos Aires*, t. III (pp. 161-184, 386-398, 521-536) y t. IV (pp. 59-68, 549-570), 1864.

res infernales, sus tempestades siniestras; y ya desde sus leyendas primitivas, las sirenas cautivaban a los atrevidos navegantes que se lanzaban a la conquista de tierras remotas sobre las olas agitadas, con esas armonías vagas y arrebatadoras que brotan de los antros líquidos, y que vienen a acariciar el oído como músicas de otros mundos; y allí quedaron, para no volver jamás a los patrios lares, envueltos en redes de amor o en cárceles graníticas, muchos de esos héroes que desafiaron con orgullo titánico y sobre embarcaciones rudimentarias los furores y las tempestades del cielo y del mar. Los acentos más gigantescos de la poesía, los acordes más inmensos de la música son quizá los que se inspiraron en esos cuadros del mar, siempre sublimes, siempre nuevos, siempre grandiosos, ora se adormezca como un lago perdido entre las rocas, ora se revuelva encolerizado entre sus riberas.

Nuestros poetas han ensayado algunos poemas y descripciones de nuestras montañas, de nuestros desiertos y de nuestros ríos; pero hasta ahora ninguno se inspiró en las aventuras de Brown y de Buchardo sobre el océano, siendo así que, por su índole, la poesía debe preferir los asuntos más fantásticos y maravillosos, y que la forma poética se aviene más con las hazañas realizadas sobre un escenario de suyo tan fecundo en bellezas, que reflejadas sobre los personajes mismos, darían el efecto emocional sin gran esfuerzo de meditación ni de inteligencia.

Tenemos, pues, nuestros héroes del mar, como los tenemos del desierto y de la montaña, y sus tradiciones verdaderamente prodigiosas pueden inmortalizar un poeta y un novelista, y hacer soñar con sus aventuras y peregrinaciones a todos cuantos aman sumergirse en espíritu en los mundos luminosos de la fantasía y de las glorias de su raza. El misterio que rodea aún muchos de los episodios marítimos de nuestra Revolución, antes de ser un motivo de alejamiento para los poetas, es lo que añade mayor atractivo a los asuntos; porque la creación ideal, siempre más deslumbrante y arrobadora, les dará el encanto que la verdad descarnada quizá les arrebataría.

La tradición legendaria no se esclaviza, como la historia, en el yugo inquebrantable de la verdad, porque arrancan sus orígenes del sentimiento y de la imaginación del pueblo; y ni la inteligencia más encumbrada podrá decir jamás que las creaciones del sentimiento y de la imaginación no tienen una base indestructible de verdad en el corazón y en el cerebro donde brotaron: la verdad poética es a la verdad histórica lo que la luz es al astro que la irradia: ambas tienen una existencia real, aunque se presenten a la mente con formas y colores distintos; así el observador que quisiera ver la masa compacta del planeta tendría que amortizar la luz intensa que lo envuelve para percibir los contornos materiales; y el historiador que busca retratar los hechos positivos que constituyen la vida de una sociedad y de la humanidad se verá obligado a cerrar sus ojos a los esplendores de la fábula, y sus oídos, a las armonías embriagadoras con que los pueblos en la infancia rodean y embellecen los acontecimientos de su vida.

¡Qué espléndidos horizontes para la poesía y la leyenda nacionales, en las aventuras de los marinos que hicieron flotar nuestra bandera azul y blanca por todos los mares del mundo! ¡Cuánto fuego para encender y caldear las estrofas del poema, en aquellos combates increíbles trabados en la inmensidad del océano por un puñado de héroes que no tienen otro vínculo con la tierra que el sentimiento de su patriotismo y la fuerza del recuerdo! ¡Cuántos colores para la

belleza estética, y para despertar la emoción y el entusiasmo, en aquellos dramas sangrientos envueltos por las nieblas y por el humo de los cañones, o ahogados por el estrépito de las olas y el fragor de la pelea, en cuyo secreto nadie ha penetrado todavía y cuyas armonías no fueron aún repetidas por el arpa del trovador de las leyendas argentinas!

X. EL CÓNDOR

Pero antes de salir de este período tradicional, quiero volver a las cumbres y describir un personaje extraordinario de nuestra tradición que, semejante a un espíritu de la leyenda bíblica, condenado a la prisión de las rocas y del espacio que se levanta sobre ellas, ha asistido desde su trono nebuloso e inaccesible a todas las evoluciones de las razas que han poblado América; él ha presentido y ha visto la aparición del primer hombre, conservando en su rigidez granítica el secreto que la ciencia busca con desesperación; él habitaba las cimas de los Andes cuando las primeras invasiones de los mares fueron a depositar en las laderas sus seculares despojos; él fue el mensajero de los dioses nativos, y trajo a la Tierra el anuncio de su génesis radiante, eligiendo su atalaya sobre las cimas más altas, para divisar en todos los horizontes los albores de las nuevas razas; él contempló también con orgullo, y saludó con gritos de júbilo las expediciones de los primeros reyes que comenzaban a conquistar y reunir las asociaciones dispersas, bajo un solo cetro y una sola ley, y vio también levantarse dos naciones poderosas que debían elaborar una civilización y una historia, y puso sus augurios infalibles al servicio de los más grandes héroes; su graznido pavoroso repetido por sus hijos en todas las cumbres del continente fue el anuncio fatal de aquella invasión de extrañas gentes que esclavizó la tierra de su predilección y de su gloria; y cuando el último araucano y el último quechua sepultaron en el polvo su ensangrentada cerviz, él lanza un grito agudo de dolor que estremece la montaña, y se hunde en las cavernas tenebrosas a llorar la desventura y la muerte de los hijos de América.

Tres siglos duró su duelo, encerrado en sus prisiones de granito, y durante ellos solo asomó su figura fatídica, cerniéndose sobre los abismos en la hora del crepúsculo como una nube negra, cuando el estruendo de los combates y las exhalaciones de la carne humana le anunciaban su festín sangriento. El Andes es su cuna, es su trono, es su pedestal, es su gloria y será su muerte; ha nacido del mismo impulso generador que modeló la montaña, y es como el espíritu alado que lleva al firmamento su ambición de alturas; transmite a los hombres y al continente, en sus acentos siniestros, las revelaciones de sus misterios, las voces de sus genios, la palabra de sus génesis cotidianos: el cóndor es el profeta de la tierra que arranca sus revelaciones desde la cumbre encendida por el rayo.

La tradición no dice qué ideas se forjaron los indios sobre ese pájaro extraordinario, que parece ser la encarnación de un dios desterrado de su Olimpo; pero si recordamos que la imaginación era en el habitante de América la fuente de todas sus creencias, es fácil deducir que debieron considerarlo como una divinidad terrible que auguraba las alarmas, y devoraba después, como un enemigo del género humano, los despojos de las batallas. La eterna sombra que envuelve su vida, la invisible altura donde cuelga su nido, o abre en la grieta una vivienda, debía

engendrar en esos cerebros inclinados a las contemplaciones de la naturaleza las ideas más informes y las deducciones más heterogéneas; y es imposible que en su mitología confusa aquella ave gigantesca, de costumbres tan singulares, de fuerzas tan poderosas y vuelo tan elevado que se pierde en el firmamento no fuera tenida como la personificación de una divinidad, o como la divinidad misma habitadora de las cumbres para comunicarse de cerca con el divino Sol.

Como tanta influencia ejercían en los actos de la vida indígena las supersticiones de índole religiosa; como el cóndor parece ser, en efecto, el augur de las grandes inmolaciones, y como es el primer ser animado que percibe el rumor más leve que turba el silencio o la quietud de la montaña, no es tampoco difícil que en las tradiciones primitivas ejerza un rol esencial como personaje mitológico; porque parece que los episodios de los Andes y su descripción misma, sin que en ellos se destaque la enorme masa alada que nació del granito, y a quien un relámpago encendió la vida, fueran asuntos ajenos al teatro de la acción; o que, desapareciendo su silueta fantástica del pico nevado o del abismo insondable, faltara a la tradición el alma de la tierra, el genio de la montaña, el profeta inspirado de la raza, la majestad de las cordilleras donde reina como soberano desde el principio de los tiempos.

Él ha inspirado a todos nuestros poetas que han cantado las glorias patrias, y siempre se nos aparece en sus obras con la majestad que le da su sombría existencia, por la grandeza de su vuelo y la inmensidad de su morada; pero indudablemente es Andrade quien más alto levantó su fantasía para pintar a este extraño personaje de nuestras leyendas andinas y de la naturaleza americana.

«El nido de cóndores»* es un poema colosal que encierra la magna poesía de las alturas, iluminada por las glorias nacionales. Hay en aquel viejo morador de la montaña un enjambre de ideas, un conjunto radiante de creaciones fantásticas, un mundo de sentimientos que bullen dentro de su corteza ruda, y que son tanto más profundos cuanto que no tienen otra expresión que un grito ronco y pavoroso. Es el profeta de la raza americana, que desde su elevación invisible ha presentido los futuros acontecimientos que van a libertar la tierra de sus amores; y entonces, el fondo de aquel nido añejo comienza a estremecerse con inquietud nunca sentida, su fiebre se contagia a la prole, y todo el enjambre se remueve en el fondo del peñasco,

> [...] cual si fuera
> el corazón enfermo del abismo.

Una voz que sorprende en los caminos del monte anunciaba la venida del héroe que había de llevar su estandarte sobre la cima más alta, hasta entonces solo accesible a su vuelo; la visión profética es ya conocida de los hombres; la redención se acerca: y entonces

> lanzó ronco graznido,
> y fue a posar el ala fatigada

* De Olegario Víctor Andrade. [N. de E.]

sobre el desierto nido.
Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche y sorprendióle el alba
con la pupila roja.

El cóndor es en nuestra epopeya andina la personificación más acabada de la gloria del héroe que la constituye con sus proezas. El poeta ha condensado en una sola estrofa este pensamiento que forma la esencia del gran poema legendario; no ha hecho más que esbozar, enunciar la idea, para que la epopeya nazca después de ella, como nació Minerva de un verso de Homero.

El ave de la cumbre ha visto ya al héroe de la montaña aproximarse a sus laderas en son de guerra, y su instinto profético le da la revelación del porvenir; el héroe a su vez contempla al rey de las aves americanas, el que más arriba levanta el vuelo, que tiene la garra más potente, que más años alienta sobre la Tierra, y halla en él el símbolo de su gloria, que los contemporáneos habían de mancillar con la calumnia; porque en aquel cerebro rudo del buitre, cuyas ideas se encienden como ascuas en la pupila enrojecida, palpita el himno inmortal a la virtud inmaculada; y la voz de la protesta de la naturaleza, de la raza y de las generaciones sepultadas por las antiguas luchas parece que estalla en su ronco graznido que no tiene semejanza en los gritos de la Tierra.

Él saludó la victoria de Chacabuco en su lenguaje terriblemente sublime, y con algazara estrepitosa la alegría de la montaña se manifiesta en todos los nidos colgados de sus rocas:

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
grito inmenso de júbilo salvaje,
y desplegando en la extensión vacía
su vistoso plumaje,
fue esparciendo por sierras y por llanos
jirones de estandartes castellanos.

Sigue la bandera de la patria, conducida en triunfo por el héroe de las cumbres, hasta las últimas victorias que aseguraron para siempre la libertad de su suelo amado; como una divinidad propicia escudriña los senos del abismo, y arranca de ellos la advertencia salvadora que asegura el triunfo; no parece sino que descendiera en las horas de meditación del Capitán a comunicarle los avisos sobrenaturales, los votos secretos de la naturaleza, los anhelos de la raza oprimida, los pensamientos de los antiguos guerreros que se agitan sin voz en el fondo de sus tumbas eternas.

Pero no ha concluido su misión sobre su suelo; ella será tan larga como la vida de América, porque es su alma, su pensamiento, su fantasía, su profeta, y vivirá siempre alerta sobre las cumbres, espiando las amenazas del porvenir, anunciando las catástrofes de la historia, gozando con los progresos de la raza libertadora y llorando sus desventuras inevitables, conservando en lo más alto del espacio el depósito sagrado del recuerdo de aquellos hechos homéricos que lo despertaron de su sueño de tres siglos. Él vivirá tanto como América y, semejante

al cuervo de Leconte de Lisle, conservará la tradición de los hechos humanos, de las guerras del pasado y del futuro, como un símbolo perpetuo y vivo de la pasión que arma a los hombres contra los hombres.

Pero su rostro granítico se cubrirá de tristeza y de furor cada vez que los hijos de una misma patria se desgarren en batallas fratricidas. Entonces su grito no será la voz de la profecía inspirada, ni la nota salvaje del himno de victoria: será el grito de condenación que en otro tiempo fulminó a Caín desde el seno de la nube tempestuosa. Su garra corva rasgará las entrañas de los vencidos y de los vencedores, y los pendones de esas luchas irán a colgarse manchados en sangre sobre la roca perdida en las nieblas.

Es también el profeta de la justicia, y su pico férreo sabrá romper el cráneo de los déspotas que asesinen las libertades conquistadas con tanta hazaña inmortal, consagradas con tanto martirio sublime, idealizadas por el culto de un pueblo vigoroso nacido del fuego de las victorias. El día que la libertad caiga envuelta para siempre en la sangre de los cadalsos, el cóndor y su raza olímpica habrán concluido su misión extraordinaria sobre los destinos de América; y entonces se arrojarán, lanzando un último grito de desesperación y de dolor, en los abismos de los cráteres hirvientes.

Entre tanto, y mientras al abrigo de la paz los hijos de Mayo siguen sus evoluciones sorprendentes en las instituciones y en la cultura social, dejémoslo reposar tranquilo sobre su trono de nieves, guardando de los vientos intacta la huella de los héroes de Chacabuco, saludando las auroras tropicales con sus gritos de júbilo que son himnos inarticulados; y cuando la noche envuelve los continentes y los mares, encendiendo sobre la frente de las cimas los astros radiantes, dejémoslo como lo ha pintado el poeta:

Il râle de plaisir, il agite sa plume,
Il érige son cou musculeux et pelé,
Il s'enlève en fouettant l'âpre neige des Andes,
Dans un cri rauque il monte où n'atteint pas le vent,
Et, loin du globe noir, loin de l'astre vivant,
*Il dort dans l'air glacé, les ailes toutes grandes.**

* LECONTE DE LISLE, Charles Marie René, «Le sommeil du condor», en *Poëmes barbares*, París, Alphonse Lemerre Éditeur, 1872, pp. 192-193. [N. de E.]

Libro cuarto

I. ORÍGENES DE LA GUERRA CIVIL. LAS MASAS Y SU CULTURA. DISOLUCIÓN SOCIAL. POESÍA DE LA DESGRACIA. LA TRADICIÓN EN LA CUARTA ÉPOCA

He dicho cómo en medio de la lucha emancipadora venían asomando las sombras de nuestras desgracias nacionales, y cómo ellas tenían su origen en las mismas causas sociológicas que producían la independencia.

La fusión de las dos razas que dieron nacimiento a nuestra nacionalidad, obligando a elementos de diversa índole a formar un todo, no se verificó de una manera completa; y así se dibujan en el escenario de las luchas internas dos clases de sociabilidad que no siempre debían hallarse en las mismas corrientes, y que muchas veces debían chocarse con estrago, tendiendo cada una a hacer prevalecer su naturaleza propia.

Aquella clase social nacida directamente de las familias cultas que inmigraron al país, y que había tenido la ventura de educarse en los colegios y en las prácticas de la civilización, conservaba, a pesar de las ideas republicanas y democráticas que fueron la bandera de la Revolución, su predominio natural y legítimo en la dirección de la cosa pública y en la cultura nacional; y aquella otra masa inmensa que habitaba las campañas, dedicada al cultivo de la tierra o a la cría del ganado y, en general, a las faenas rurales, y que había quedado por su condición alejada de las influencias civilizadoras de las nuevas ideas, se mantenía aislada en el fondo de sus selvas, en la dilatada extensión y monótona vida de los desiertos, formando en la soledad y en el abandono ese carácter reconcentrado y sombrío que luego estalla en la vida pública, y que llega a imponerse a la clase superior, por razón de la misma rudeza de sus fuerzas y del vigor extraordinario de su organización.

Esta es la única que vive del jugo de la tierra donde ha nacido, asimila sus elementos, domina sus obstáculos y absorbe su savia, y, desenvolviéndose a costa de sí propia, llega a constituir en el fondo de sus vastas moradas una sociabilidad especial, que pasaba desapercibida para los que debían dirigirla o gobernarla; y como en medio de estos comenzaba a diseñarse la descomposición, pronto las corrientes de la sangre y del carácter nativos comenzaron a ocupar el espacio que aquellos dejaban vacío dentro de la nación y de sus formas institucionales.

El equilibrio existe en los elementos sociales como en las fuerzas físicas; el vasto receptáculo de la nación no puede estar vacío; y, de este modo, cuando unos elementos se dispersan o se disuelven perdiendo la densidad que los mantiene, otros más densos se levantan de la tierra para restablecer el equilibrio alterado. El colorido del conjunto se forma de la combinación armónica de los colores parciales que la naturaleza pone en la paleta; el carácter nacional resulta de la suma de cualidades con que concurren las agrupaciones que forman la sociedad.

Pero si al realizar la unión que ha de darles vida en un cuerpo solo, se pierden de vista las leyes supremas de la estética que presiden todas las evoluciones humanas, y se da a unos elementos más fuerza que a otros, se habrá sembrado el germen de las futuras conmociones que no dejarán de agitar ese cuerpo, hasta que la armonía se restablezca en la masa. Esas conmociones en la sociedad se traducen en guerras intestinas, en despotismos, en revoluciones, que siempre se manifiestan en su forma más violenta porque nacen de la fatalidad de su origen; llevan en sí el sello de lo inevitable, la corona de una victoria sangrienta, la fuerza de la naturaleza desbordada, y porque son efectos de causas físicas y morales profundamente arraigadas en el pasado.

No es extraño también ver aparecer después de una guerra nacional, en que las fuerzas de un pueblo se ejercitan por la vez primera, manifestaciones divergentes que antes del período de la prueba no fueron conocidas; porque cuando una agrupación elabora su carácter bajo la paz y el silencio de una política de fuerza, nadie podrá marcar ni analizar cada uno de los elementos que lo constituyen, hasta que un gran sacudimiento general obliga a todas esas fuerzas parciales a exhibir sus formas y cualidades; lo mismo, cuando la semilla germina en el surco, no es posible advertir las materias que concurren a dar el color de la planta, sino que el sabio espera la obra acabada de la naturaleza y, entonces, sacrificando sus hojas, la somete al análisis para obtener la necesaria clasificación. El sociólogo que estudia las leyes que presiden la vida de los hombres es como el naturalista que analiza con su microscopio los tejidos de la planta. El jurisconsulto levanta el monumento de sus leyes sobre los resultados de la investigación sociológica; y si no se procede por este sistema lógico y experimental, se tienen instituciones de formas más o menos bellas y sabias en teoría, pero que raras veces son las derivaciones de la naturaleza misma de la sociedad que va a regirse por ellas, según la fórmula enunciada ya por Montesquieu. Revoluciones inmensas ha costado a la humanidad el desconocimiento de este principio supremo, y ellas seguirán agitándola, mientras la evolución regeneradora no haya terminado en el carácter de las razas que hoy forman las grandes nacionalidades.

No somos, por cierto, nosotros los herederos de la mejor tradición institucional entre los pueblos de la edad contemporánea; y de ahí la violencia de nuestra Revolución, y el séquito de disturbios y de infortunios que la siguieron como un cortejo fúnebre; de ahí también el fenómeno operado en nuestra historia evolutiva: que el carácter nativo que realiza la ruptura de las antiguas formas, en una guerra en que puso de manifiesto un vigor extraordinario, una vez entregada a su propia acción se disgregue y descomponga en resortes múltiples y discordes, una vez que la fuerza poderosa de una organización guerrera deja de obrar sobre la masa en general, dando origen a la anarquía social y política que es el sello de la cuarta época de nuestra historia.

Es en nosotros que podía estudiarse esa serie de leyes que presiden la formación de las nacionalidades, en su aspecto más complicado, por la diversidad de factores que entran en el producto final, por la variedad de fenómenos que la Revolución puso de relieve, y por las reacciones tan formidables que han traído por último la república a una forma institucional que parece duradera, y a una forma social que parece ya arraigarse en el fondo del carácter.

Llevamos en nuestra sangre una doble herencia, y en nuestros hábitos, la tradición de la tierra donde dos razas dieron sus frutos y plantaron los fundamentos de las naciones del porvenir; y esa sangre y esos hábitos son causas no muy remotas de la dispersión de fuerzas que trajo la época de la anarquía, con todo su terrible cúmulo de desastres, que parecían desatarse sobre la cabeza de la nación revolucionaria, con una tenacidad digna de más grandes cosas.

Muchos de los hombres nacidos en el seno de las masas, y sometidos a la educación monástica de los colegios coloniales, adquirieron en la pesada atmósfera de los claustros esas enfermedades que trastornaban sus cerebros, llenando sus espíritus de sombras, manteniéndolos aislados de la vida activa y engendrando en ellos ese odio secreto contra todo lo que no alentaba con su ambiente.

La atmósfera, la rígida disciplina de sus escuelas, sostenida con el terror de los castigos eternos, con el peso inmenso de la obediencia pasiva, y sin que el genio ni la imaginación tuvieran la menor amplitud para sus expansiones naturales, los habían educado en los sistemas absolutos, que luego ellos aplicaban en la reducida esfera de la ciudad, o en el gobierno de las multitudes indisciplinadas.

Es una verdad indiscutible que la libertad absoluta se toca en sus extremos con el despotismo, puesto que en esa lucha de fuerzas individuales predomina la más educada, siquiera sea en el método más vicioso; y es por eso que vemos después de la Revolución, en que todas se armonizan en el combate, levantarse a esos pequeños tiranos que, aislando las masas en agrupaciones antagónicas, acaban por romper, en el fondo, la unidad creada por aquella.

Pero esta división interna no fue aislada ni anormal, sino que fue provocada por la mala dirección impresa desde el centro del gobierno, donde nacieron las ambiciones, las rivalidades, las intrigas, que no solo llevan el desaliento al pueblo, sino que se ensañan contra los mismos héroes que habían libertado América: Belgrano muere en el abandono; Moreno expira en medio del océano, envuelto en las tinieblas de un desengaño profundo que le habían causado los hombres; San Martín, el héroe intachable e invencible, es herido también por la calumnia infame que lo obliga a alejarse para siempre de la patria. ¿Qué extraño, pues, que los caudillos de las turbas que veían estrellarse sus aspiraciones y sus ímpetus en la impotencia y la esterilidad, y sin la fuerza moral de las grandes virtudes, convirtieran en odio y en exterminio un sentimiento que aquellos llevaban al sacrificio?

Las masas de aquel tiempo eran formidables en sus movimientos porque llevaban la fuerza semibárbara, con todo su empuje ingobernado, contra las milicias educadas en las reglas de la guerra, pero cuyo poder estriba en la disciplina y en el arte de los enemigos; ellas sacaban esa fuerza irresistible del contacto con la tierra, de su aislamiento, y de una pasión ardiente por la autonomía del suelo donde nacieron, sin que llegaran a comprender los principios fundamentales de un gobierno constitucional, en tal o cual sistema, pero que hubieran llegado a él, siendo dirigidas con orden y de acuerdo con sus tendencias.

Sucedía con ellas lo que con las selvas tropicales, donde la fuerza expansiva de la naturaleza hace que sus ramas se extiendan sin medida, hasta cubrir por entero la llanura, y aun las moradas del hombre, obstruyendo los caminos y esterilizando la tierra misma para el cultivo. Si la mano del labrador no poda los árboles y distribuye la savia de una manera sistemática, las enredaderas embarazan el desarrollo normal de las otras plantas, y se forman esas tupidas madejas que luego el hacha puede apenas destruir.

Libradas a su impulso propio, las turbas populares fueron invadiendo las ciudades como la maleza invade las ruinas; y sus caudillos fueron apoderándose del gobierno, que ejercitaban sobre la gente culta, por cierto inspirados en sus pasiones de aversión y de odio, forjadas en el curso de sus largas luchas y de su abandono. Así se resucitaba, de esa manera tan ruda e informe, la idea de las autonomías comunales destruidas por la Revolución; y hasta las antiguas provincias que formaban el virreinato se segregaron de la masa uniforme para constituir autonomías desligadas de todo vínculo de obediencia, y llegando a encarnar esa división en el sentimiento social, que tendía a mirar a los hijos de provincias vecinas como extranjeros o como enemigos, según el estado de sus relaciones políticas. Desnudas de toda noción constitucional, seguían las inspiraciones del caudillo más prestigioso y valiente, que se lanzaba con ellos a las empresas más arriesgadas y difíciles, porque cuando no hay organización política, ni ideales sociales, la pasión es la única regla de criterio en la vida común.

Y aquellos caudillos tenían su origen en la esencia de esas masas; nacían de su alma como una necesidad y una consecuencia lógica de su largo contacto y compañerismo; dedicados en cuerpo y en espíritu a participar de sus miserias, de sus desgracias, de sus triunfos, siquiera fueran efímeros, y lanzándose en medio de la revuelta, armados como ellos, y animados como ellos del mismo entusiasmo, pronto su bravura y su arrojo temerarios levantaban en sus imaginaciones excitadas por la enfermedad de la época una admiración y un amor extraordinarios, y llegaban fácilmente a sustituir a su voluntad la de sus jefes.

La naturaleza de nuestro suelo favorecía esas tendencias, y daba un teatro aparente a sus correrías devastadoras y sangrientas; la inmensidad de las llanuras interiores, donde la acción del gobierno central tardaba en llegar, o llegaba debilitada por la fatiga, eran espacio a propósito para el desenfreno de sus pasiones; y, montados sobre el caballo adiestrado para la corrida y la pelea, y reunidos en enormes turbas armadas de lanzas de los bosques nativos, de aquellas mismas que combatieron en Tucumán por la causa común, sus cargas se asemejaban al vendaval que levanta todo el polvo del desierto. A su aspecto, las poblaciones huían a refugiarse en los parajes más ocultos, y las montañas y las selvas espesas, donde en otro tiempo reinó la solemne calma de la naturaleza virgen, se convirtieron en morada del terror y del espanto.

Por otra parte, la vida militar, llevada sin tregua desde los primeros días del siglo, había alejado de las faenas rústicas los brazos viriles, y la tierra abandonada por tanto tiempo no daba a aquella enorme masa de población ambulante el alimento necesario para la subsistencia; y de tal manera, perdidos los hábitos de trabajo, sus hordas se dedicaban al saqueo de la propiedad ajena, de aquellas gentes sosegadas que habían heredado la fortuna de sus mayores, y que solo se ocupaban de conservarla. Pero, perdido el respeto de la propiedad, se pierde también el del

hogar que ella sustenta y anima con sus frutos: lo que al principio fue un tributo forzoso para la guerra de la emancipación fue luego el objeto de las devastaciones famélicas de la soldadesca enfurecida; y por último, los hogares y las personas cayeron sin piedad al golpe del sable y de la lanza tristemente memorables. Sus jefes no tenían los medios materiales ni legales de alimentar el cuerpo ni las pasiones de sus secuaces, y su sistema de ganar su afecto y su adhesión no era otro que lanzarlos al exterminio y al pillaje.

No obstante, dentro de la corteza bruta de esas gentes, existían dos sentimientos hermanados de una manera singular y que tenían su origen en la tradición y en la tierra misma: el sentimiento de la religión y el de la patria; pero uno y otro, arraigando profundamente en sus espíritus informes, revestían las formas más originales y dignas del estudio filosófico. La religión de ese gaucho degenerado consistía en una idea vaga de los principios que animan la creencia, pero sí arraigaban en su alma con fuerza las supersticiones estúpidas, degradadas por el alejamiento de los centros cultos. Dominando en ellos el instinto más que la inteligencia, la pasión, más que el raciocinio, su religión era, en verdad, su rencor o su ambición, y las creencias solo ocupaban su cerebro como una reminiscencia de las pasadas prácticas, que aún en el ejército de Belgrano se usaban con una estrictez bien rigurosa, que era de desear hubiera empleado más en conservar la disciplina militar para evitar la desmoralización que comenzó a minar su ejército, y de que son una prueba los desastres de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe.

Era, pues, inútil esperar que la religión suavizara esos caracteres forjados de la corteza invulnerable del árbol secular, apenas esbozados por el hacha rústica del artista salvaje; antes bien, en nombre de ella y de sus divinidades, las cabezas indefensas rodaban ensangrentadas, o se exponían sobre los árboles de los caminos para escarmiento o, mejor dicho, para terror de las gentes que osaran resistir sus formidables arremetidas. La sangre derramada, los cultivos devastados, los hogares incendiados, lejos de levantar un remordimiento, revestían ante su conciencia el sello de una expiación necesaria, de una de una inmolación santa para aplacar las iras celestes. Me recuerdan a aquellos señores de la Edad Media que los reyes de España enviaban a las fortalezas distantes para detener las invasiones musulmanas, y allí, dueños absolutos de sus súbditos y de sus tierras, se entregaban al pillaje descarado y a la violación del honor y del derecho, sin ley y sin control; o bien, a aquel feroz cazador de Walter Scott que, enfurecido y cegado por la pasión de la caza, desata su jauría hambrienta y su séquito terrible sobre heredades y aldeas, sin que detengan su vértigo sangriento ni los cadáveres que ruedan bajo los cascos de sus corceles jadeantes, ni la llama del incendio que revienta bajo su paso y abrasa la llanura: verdaderas creaciones infernales que la poesía ha adornado con sus galas inmarcesibles la tradición las ha conservado como una huella de esa época en que la sangre noble llevaba el dominio sobre los semejantes, como si los que la tenían fueran ungidos por algún divino señor de todas las cosas y de los hombres.

Pero no sucedió lo mismo con la noción de la patria que cada uno de nuestros gauchos llevaba encarnada en su ser. Aunque reducida a la fórmula primitiva, y animada con el fuego de su naturaleza semisalvaje, ella comprendía todos los recuerdos, los sentimientos, las glorias, los ideales que aún no se habían borrado de la memoria; porque las batallas innumerables en que siempre vencieron en

nombre de esa patria estaban todavía muy cercanas en el tiempo y porque en todas las épocas, aun las más tenebrosas de nuestra historia, jamás el amor a la tierra nativa se desvaneció un momento. Sus guerras intestinas, sus devastaciones y sus matanzas no eran una consecuencia de la relajación del sentimiento patriótico, sino un fruto de la ignorancia estimulada por el aislamiento y convertida en acción por las ambiciones de jefes no menos ignorantes, aunque sí más astutos que la multitud inconsciente. Su adhesión a la causa de la Revolución, el amor que sintieron por los héroes que los inflamaban con su palabra y los edificaban con su ejemplo, las recompensas de la opinión pública que los coronaba de laureles y de ovaciones, el orgullo de sus victorias inmortales eran causas profundas para que su patriotismo no se desvaneciera en ellos del todo. Pero lo que nada podía evitar era que ese sentimiento se tiñera con los colores de la época, que adquiriera formas nuevas en armonía con su nivel moral, deprimido ya a consecuencia de haber desaparecido aquellos que supieron mantenerlo en pie, y que rodara confundido en la ola de sangre que sus hordas derramaron en toda la extensión del país.

Todos sus alzamientos y rebeliones, sus bárbaras exacciones y sus invasiones feroces iban dirigidos contra los que ellos llamaron los enemigos de la patria, y aunque algunos de sus caudillos tuvieron intenciones perversas y ambiciones criminales, la masa que obedecía sus sugestiones malditas no veía sino la razón aparente que ellos ponían ante sus ojos con todo el color de la verdad; y la causa que obraba en el cerebro de las masas no era la misma que engendraba las decisiones de sus caudillos. El sentimiento es el mismo, pero la dirección que recibía lo transformaba en horribles apariencias; y es estudiando lo íntimo del carácter y del estado social de aquel tiempo que se puede llegar a descubrir que las masas no eran propiamente feroces y sanguinarias, porque ellas por sí mismas no meditaron sus acciones, obrando de propia voluntad, sino que las causas fatales que arrastraban a sus jefes o a sus gobiernos obraban también sobre ellas de una manera refleja, por medio de la obediencia pasiva del militar acostumbrado a la vida sin tregua de los combates.

Cuando pensamos que desde los primeros pasos de la Revolución comenzaron a dibujarse los antagonismos que luego estallaron con siniestro estrago en los caudillos y en las masas, no podemos sino asombrarnos de cómo no sucumbió en medio de tanta influencia enervante la causa de la libertad, y admirar con mayor entusiasmo a aquellos hombres extraordinarios que supieron mantener los ejércitos unidos y disciplinados, en medio de la vorágine de tanta pasión encontrada. «Había llegado ese momento terrible para las revoluciones que se desenvuelven desordenadamente y por instinto, ese momento en que el bien y el mal se confunden; en que las coincidencias más firmes trepidan; en que las malas pasiones neutralizan la influencia saludable de los principios, y en que cada bando se apodera de una parte de la razón y de la conveniencia social, como de los jirones de una bandera despedazada en medio de la lucha, pero sin que ninguno de ellos pueda decirse el verdadero y único representante de la razón.»[1]

1. MITRE, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, t. II, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1887, p. 329.

Era el período de la organización interna que sigue al del combate: en este las ambiciones personales, no siendo aquellos nobles estímulos del heroísmo, no tienen tiempo de manifestarse, porque todas las fuerzas sociales se emplean en una operación única; pero allí asoman los intereses más o menos definidos que concurren a formar la constitución política, y con los intereses colectivos aparecen en todo su vigor las pasiones de los hombres que los representan y de los que son su alma y acción. Todas las formas se experimentan, todos los sistemas se prueban, según que los intereses de uno u otro bando resulten triunfantes, y cada uno de estos experimentos, verificados por bandos diferentes, significa una revolución y un nuevo abismo abierto en el camino de la libertad.

Entonces nacen esos tipos genuinos de nuestra historia, denominados «montoneros», que se adueñan del país y siembran el terror a su paso; entonces aparece aquel *año veinte*, durante el cual «López y Ramírez entran a Buenos Aires con sus escoltas de salvajes, cuyo aspecto agreste imponía a las poblaciones, y atan sus caballos en las rejas de la pirámide de Mayo. Ese *año veinte* puede considerarse en la historia, como un verdadero acceso de exaltación maníaca general, rabiosa y desordenada, como el momento supremo en que un delirio agudísimo y brutal rompe en todos los cerebros ese equilibrio benéfico que constituye la razón».[2] Entonces comienzan a asomar su cabeza inculta, semejante a la fiera de la selva, los monstruos de crueldad que cebaron su rabia loca en las miserables aldeas de las campañas, y con más tenacidad y barbarie, en la clase elevada y culta de la nación, como si se hubieran propuesto no solo destruir la obra consumada por la Revolución, sino matar en germen, en su infancia, los nuevos destinos nacidos de ella.

Pero no es mi propósito escribir historia, sino acumular los hechos y los principios, los cuadros y los elementos que han de dar el tono a la leyenda nacional de la época; no juzgo los sucesos ni los hombres, sino para descubrir en el laberinto de las luchas pasadas la odisea del sentimiento argentino, unas veces levantándose a las alturas ideales de la epopeya en las almas de los héroes, en las grandes abnegaciones de la virtud cívica y en los triunfos de la libertad, otras, rodando como el peñasco desprendido de la cumbre durante la noche de tormenta, en el abismo de la anarquía, y en las olas de sangre que las luchas interiores arrojan en los cauces de nuestra historia. Y en verdad, que las narraciones de tanta tragedia horrible, de tanta inmolación feroz en las aras de una pasión perversa y criminal, de tanta calamidad como sacudió al cuerpo enfermo de nuestra sociabilidad, son asuntos dignos de la musa de los dolores nacionales que enseña a amar a la patria y a defenderla de nuevos infortunios.

No todo es luz y gloria en la vida de los pueblos, como no todo es aurora y armonías en la naturaleza: la sombra y la desgracia enseñan a amar los términos opuestos, como la noche y los fragores siniestros de la tierra y sus convulsiones fatales enseñan a percibir y gozar de los encantos que las horas apacibles derraman sobre el espíritu.

Así, después de los períodos brillantes en que los himnos de victoria, los cantos de alegría y las evocaciones fantásticas de los héroes nacionales pueblan la

2. RAMOS MEJÍA, José María, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Primera parte, Buenos Aires, Martín Biedma, 1878, p. 75.

atmósfera de acordes gigantescos y de imágenes deslumbrantes, vienen los lúgubres acentos de los oprimidos, los aullidos de las pasiones desenfrenadas, los gemidos de dolor, los fantasmas ensangrentados de los verdugos y de los tiranos. En aquellos el alma se ensancha, aspira perfumes embriagadores, vibra el eco delicioso de las armonías celestes y concibe sueños de gloria y de grandeza; en los segundos, el espíritu se concentra en sí mismo como envuelto en un jirón de la tiniebla; se percibe con estremecimientos de horror los infernales ruidos que hacen los fuegos interiores de la tierra, y los ayes de las muchedumbres sacrificadas; asaltan la imaginación esos sueños agitados que llenan el alma de presentimientos sombríos, y ahogan en el labio del hijo de los bosques y de las montañas la canción sencilla con que saluda las maravillas de la luz y los encantos de la belleza inanimada.

Los pueblos, como los hombres, aman y odian, cantan y gimen, bendicen y condenan, y cada sentimiento es más vivo a medida que su contrario crece en intensidad: así, ellos aman a los héroes que les dieron gloria, y cantan sus triunfos en notas inmensas que llenan el espacio, como aborrecen a sus tiranos, y fulminan su condenación eterna sobre sus maldades, y los cantos de dolor que arranca su recuerdo van a repercutir con el sordo estrépito de los truenos en el seno de la sombra. Si las épocas de gloria y de libertad brillan en la historia con luces matinales y sus tradiciones confortan los espíritus con el bálsamo de los recuerdos, aquellos en que la desgracia y el dolor los enlutaron se presentan como la noche llena de visiones informes, de ruidos siniestros, de cataclismos estruendosos. La poesía en aquellos es sonriente como la naturaleza en el alba, y en estos es dolorida como los ecos de las tinieblas en que los cantares de las selvas se visten de la oscura y melancólica tinta de los misterios.

La literatura de un pueblo es una copia de su naturaleza y de su historia, y lleva en sus creaciones todas las influencias que ellas ejercen sobre los espíritus, los colores ya deslumbrantes, ya sombríos que, combinados, dan al conjunto la animación de la vida. Todas las épocas tienen sus artistas, como todas las zonas y todos los climas de la Tierra tienen sus cantores salvajes, y hasta ahora el corazón humano no ha podido decir cuál poesía lo deleita más, qué sueños y fantasías lo extasían con mayor arrobamiento, qué notas y acordes sacuden sus fibras con más intensidad.

Nosotros hemos recorrido ya todos los tronos de la vasta escala que comienza con la naturaleza primitiva y se pierde sin límite conocido en el futuro; la historia y la tradición han iluminado el pasado y hecho resucitar sus cantos y sus sueños vírgenes en la alborada, vigorosos y estentóreos durante la lucha de las conquistas militares, tristes y gemidores durante la opresión, grandiosos y desbordantes cuando saludaron la aparición de la libertad. Oigamos, ahora que hemos llegado a la edad de los dolores supremos, las profundas lamentaciones de la musa nacional, que arranca sus notas del cuadro iluminado por el resplandor rojizo de la luz que se refleja en la sangre.

Aunque la literatura tradicional se forma de los recuerdos de épocas lejanas, porque solo así sus relatos se vuelven atrayentes, y cautiva la imaginación con sus creaciones que suplen los vacíos de la historia, no sucede lo mismo entre nosotros, donde la memoria de los hechos luctuosos de la anarquía se va perdiendo bajo el polvo que las conquistas diarias de la civilización amontonan sobre

las huellas de aquel tiempo; las convulsiones internas, que como los vientos encerrados en los senos estrechos de la montaña revolvieron hasta el fondo los rastros del pasado, son causa para que la narración legendaria se vista con los colores fantásticos de la poesía, y para que los cuadros de la época se nos presenten como los de tiempos remotos, envueltos en la atmósfera nebulosa de las fábulas. El carácter de los personajes, la variedad del vasto escenario en que actuaron, la soledad y la distancia, desde donde los ecos de las muchedumbres nos llegan confundidos con los rumores de la tierra, dan asimismo al relato todo el interés de esos asuntos fantásticos de Schiller o de Shakespeare, en que elevaron la leyenda fabulosa a la forma clásica de la tragedia.

Cada uno de esos caudillos que arrastraban como fascinadas por un poder infernal a las turbamultas enceguecidas por la matanza es un personaje tallado en el molde de los héroes del terror que han inmortalizado los poetas; y cada uno de los jefes que al frente de las milicias civilizadas se lanzaban al encuentro de aquellos torrentes devastadores, internándose en la inmensidad de los llanos desolados, y yendo a perseguir a esas fieras en la puerta misma de sus guaridas, son los héroes de la libertad, que aún se mantienen en pie, después de sus victorias innumerables, para salvarla de nuevo del naufragio y del incendio.

Las generaciones actuales, embriagadas por las armonías del progreso que cada día presenta nuevos espectáculos a su avidez de emociones, han perdido de vista las siluetas fatídicas de los monstruos que desgarraron el corazón de sus padres y, al olvidarlos, han interrumpido la tradición patria cubriéndola con un velo denso, como si con este recurso engañoso los efectos de aquellas causas hubieran de desaparecer de nuestra sociabilidad: ellos creen sin duda que callándolos conseguirán sepultarlos, pero desconocen una ley infalible de la evolución humana, por la que cada época deja su semilla en el corazón de las razas. La cultura puede atenuar y transformar sus efectos en formas más pulidas y con matices más suaves, pero siempre sus facetas aparecen en el porvenir, como un rayo del sol poniente dorando la nube que se acuesta en el horizonte opuesto. Olvidan también que los pueblos deben conservar la tradición de sus tiranos y de sus dolores, como conservan las de sus héroes y sus victorias; y nada hay que estreche tanto los vínculos fraternales entre los hombres como el recuerdo de una desgracia común.

Y cuando el amor de la patria existe ya arraigado en el corazón de la sociedad, las escenas y los autores de sus miserias pasadas, al levantarse en su mente con todo su aparato doloroso, son como una voz profética que, hablando desde la tiniebla, enciende ese sentimiento de protesta eterna que no debe jamás desvanecerse porque es la expresión de la virtud y de la moral cívicas, sobre las que se cimienta la libertad. Lejos de relegar al olvido la tradición de las desgracias públicas, ellas deben narrarse con el estilo ardiente de la lucha y de la condenación, para que, destacándose esas figuras siniestras sobre el cuadro luminoso de las glorias nacionales, brillen estas con esplendor radiante e inextinguible.

El niño que recibe las primeras lecciones sobre el pasado y las primeras revelaciones de esa religión del patriotismo que lo prepara para las grandes virtudes sentirá en su corazón virgen ese estremecimiento sublime que producen en las naturalezas delicadas la vista de un monstruo, el eco de una nota destemplada y satánica, y el aspecto de las deformidades morales que hieren con golpe rudo y seco las facultades estéticas; y en las manifestaciones primitivas de sus ideas y

sentimientos embrionarios, veréis siempre asomar la imagen de los tiranos y los cuadros de sangre, provocando unas veces el llanto, otras, el horror, pero siempre, la impresión dolorosa; en su leguaje balbuciente interrumpirá el relato para deciros que él no ama a ese hombre que mata a sus semejantes, o que admira al héroe que lo deslumbra con un rasgo de valor o de magnanimidad. Y el niño es el templo donde los grandes sentimientos y donde las virtudes más excelsas deben depositarse con religioso cuidado, a la manera que los perfumes y cantares místicos se derraman en los umbrales del santuario donde se guarda la idea inmaculada, la esencia divina que los pueblos adoran como su Dios.

Entremos sin temor en el revuelto caos de nuestras tradiciones de sangre, e iluminemos los rostros fatídicos de los tiranos cuyos restos yacen dispersos en la llanura donde cayeron bajo la traición de sus propios esbirros, o bajo el golpe formidable del héroe que los persiguió en nombre de la justicia. El horror de la escena encendida desde aquí renovará los nobles y magnánimos furores que sus maldades y sus crímenes provocaron en las almas grandes, y amaremos más nuestras glorias, nuestra libertad, nuestra unión nacional, cuanto más desgracias y dolores recordemos.

El espectáculo de la patria desgarrada por sus hijos dispersos y ensañados con sus hermanos nos impulsará a estrecharnos en un abrazo sublime, bajo un cielo sonriente y poblado de las armonías que la libertad evoca con su sombra bienhechora y fecunda.

II. UNA ESCENA FANTÁSTICA

Imaginemos una escena fantástica. El teatro es la inmensa extensión de nuestro territorio, envuelto en las sombras de la noche; en el fondo, como una nube blanca que bañara un haz de luz, se divisa una cima de los Andes cubierta de nieve, a cuyo alrededor centellean los astros; la naturaleza ha enmudecido esperando ansiosa y con estremecimientos secretos el principio del espectáculo; el coloso sombrío en su base va aclarándose a medida que la vista se remonta a la cumbre; los valles, los llanos y los ríos distantes se vislumbran apenas en ese fondo nebuloso que presenta la tierra cuando se la contempla desde las grandes alturas; vagos aleteos, rumores lejanos como una conversación trabada por los seres invisibles de la tiniebla, se siente bullir en el seno oscuro que se dilata sin término.

De súbito una visión, envuelta en jirones de luz plateada, aparece sobre la cúspide e ilumina todo el vasto y tenebroso cuadro; los cantos de la naturaleza entonan un coro gigantesco que llena los espacios insondables, y la armonía la adormece derramando los sueños y las fantasías tropicales: el Genio de la Libertad ha aparecido en la cumbre, y va a comenzar la evocación profética del pasado.

Entonces aparecen a su vista con sus contornos definidos y claros los anteriores sucesos, con los hombres que fueron su alma; Buenos Aires se dibuja en el límite de la tierra, como un astro que sale de los mares, y en sus playas bulle una multitud entusiasta, como un enjambre agitado de repente en su nido, y sus gritos de libertad llegan hasta la cima, como la música de mundos ignotos; más cerca, sobre los ríos que ya con la luz resplandecen como rayos de luna sobre una vasta penumbra, y sobre las llanuras que se extienden hacia las ciudades y las

regiones donde en otro tiempo se levantó el trono de los incas, se ven cruzar, como fuegos errantes, los bajeles y los jinetes de las primeras victorias; y San Lorenzo, Tucumán y Salta se destacan en el vacío, semejantes a cometas en cuyo núcleo hirviera una convulsión volcánica. El cuadro cambia enseguida, y la acción se traslada a la cumbre misma, donde la visión fantástica hace sus evocaciones maravillosas. Un ejército numeroso comienza a ascender las laderas escarpadas, en medio de los redobles y de las dianas que parecen anunciar una victoria próxima; el monte se sacude dulcemente como impresionado por una caricia enamorada, porque los tambores y los clarines repercuten en sus fibras metálicas y multiplican la intensidad de las vibraciones musicales; semejante a una llama que sube encendiendo los árboles, la larga hilera de las tropas se desliza sin solución de continuidad sobre las rocas; el magnífico espectáculo va disolviéndose a medida que los últimos grupos de guerreros van tramontando la cima y que los rumores marciales van alejándose.

El cuadro queda otra vez en silencio, hasta que una serie de detonaciones gigantescas anuncia que en el lado opuesto, en medio de las serranías, se libra una gran batalla; pronto los clarines resuenan de nuevo, los cañones disparan salvas, y un rumor inmenso de multitudes, semejante a un himno de los mares, indica que una victoria ha coronado de inmortalidad al ejército fantástico: y en medio de esos rumores se oye un nombre, y el Genio que durante la escena se mantuvo de pie sobre su pedestal de nieve repite aquel nombre que se dilata sobre ondas de armonía hasta los ámbitos remotos. Una conmoción universal agitó la extensión de los horizontes: aquello era el anuncio de que el gran misterio se había realizado.

Largo tiempo continuaron los sacudimientos del granito, las agitaciones extrañas de la llanura: había en toda la tierra un hervor no interrumpido, y revelaba que en los términos lejanos aquel ejército misterioso que tramontó los Andes seguía su marcha de prodigios en todas partes. Estruendos repentinos anunciaban a intervalos cada una de sus victorias.

Pero luego la luz se amortigua por grados, como cuando el sol va bajando al ocaso; y aquella luz blanca comienza a teñirse con los colores rojizos del crepúsculo. Una llama deslumbrante atraviesa todo el escenario de norte a sur, y se pierde en el horizonte del este: el héroe que las multitudes aclamaron en la victoria de Chacabuco, y que el Genio de la cumbre saludó con su palabra profética, ha abandonado la escena y ha desaparecido para no volver.

Una inquietud horrible se apodera de todos los seres que habitan aquella noche fantástica; los cantos se vuelven melancólicos, y la luz que irradiaba el Genio desde la altura se cambia en un foco rojo semejante al hierro candente. Una atmósfera infernal cubre la escena, y allí, desparramadas sobre la llanura, se ven brotar columnas de humo iluminadas por la luz sangrienta que forma el fondo del cuadro. Luchas sordas, como los cataclismos interiores que destruyen las masas siderales, se han sucedido en aquel espacio intermedio; y aquellas espirales de humo rojizo se levantan de los campos de batalla donde pelearon los hijos de una misma patria, y que la vista apenas percibe.

Un clarín estridente que hiela de terror las fibras estalla de pronto sobre la cumbre: el Genio ha dado la señal de la evocación que va a llenar la segunda etapa de ese drama sublime. La atención se dirige entonces hacia la altura que por una mágica evolución aparece tan próxima a todas las miradas que casi podrían

tocarse las rocas, semejantes a carbones encendidos por la luz que las baña. Las fosas ardientes, de donde las columnas de humo se levantaban, se abren de repente para dar paso a las sombras de los tiranos que allí sacrificaron e inmolaron a sus hermanos, en el ara maldita de sus ambiciones perversas. La evocación ha arrancado un rugido espantoso de todos los antros de la montaña y de la llanura; y aquellos fantasmas odiosos, formados de uno en uno, comienzan su ascensión en medio de gritos de rabia que los ensordecen, y como atraídos por una fuerza magnética que tuviera su foco en la cima donde el Genio los espera, semejante al juez que debe juzgar a los muertos, según las religiones de los pueblos orientales. Todos ellos llevan con horror los atributos de ese poderío fatal con que devastaron la tierra y mancharon los hogares inocentes, y de vez en cuando las multitudes enfurecidas arrancan los pedazos de su túnica mortuoria, o de los vestidos que llevaron en sus invasiones y en sus matanzas.

Allí van agobiados bajo el peso de sus crímenes, con la mirada fija en la tierra y el paso inseguro, desde los ambiciosos que sacrificaron a sus pasiones la causa de la Revolución, hasta los últimos caudillos que levantaron la oprobiosa bandera de la separación de las regiones parciales, alegando una autonomía que no podían comprender, y llevando su tenacidad hasta el extremo que debilitaban a sabiendas las fuerzas de la guerra, puesto que ocupaban en luchas internas, en querellas domésticas, los soldados que debían a la patria común.

El Genio los espera con la mirada fija en sus rostros, como una espada de fuego, y al llegar a los pies de su trono marca en sus frentes el estigma de la condenación eterna; y cada vez que la señal candente quema el hueso del malvado, un murmullo inmenso se levanta de la llanura y de las montañas, desde las faldas de los Andes hasta las riberas del Atlántico, y es la voz de la naturaleza que confirma el fallo de la justicia sobre esa enorme tribuna donde se sienta el juez. Aquellos espectros van pasando uno a otro, semejantes a las sombras que las brujas evocaban delante de Macbeth, y cuando han recibido la sentencia que los relega entre los fulminados por la historia, una ráfaga ardiente los arrebata de súbito de la cumbre hacia abismos desconocidos cuyas tinieblas oscurecen el fondo de la escena.

Y aquel juicio fantástico ejecutado en medio de la noche, envuelta en la luz de llamas que destella el juez implacable, es una reproducción del que la historia formará a cada uno de los hombres que actuaron en nuestra evolución política desde la Revolución hasta el presente, y que se repetirá al fin de cada época. Pero ninguna dio a la escena más horrores, ni llenó el espacio de aullidos más feroces, ni arrancó del fondo del granito conmociones más terribles, que aquella tenebrosa y sangrienta edad en que, rotos los vínculos nacionales forjados en las batallas, se lanzaron las turbas enfurecidas y sin freno a vagar por las soledades de los desiertos, donde bebían sus siniestras inspiraciones, a talar los campos como el incendio, a derribar los muros de las ciudades y a levantar cadalsos en las plazas donde en otros tiempos se apiñaron sus tranquilos moradores a peticionar en nombre de sus libertades comunales y de derechos más altos que, es verdad, solo asomaban en el estrecho recinto del municipio, y para los que no llevaban sangre indígena, pero no por eso dejaban de ser derechos que favorecían a una raza.

En cambio, en nuestra Edad Media nacional, y después de haber destruido las desigualdades de raza, aquellas antiguas libertades locales se convierten en

autonomías políticas que abarcan todos los dominios del gobierno, sin más ideal que las ambiciones personales de los jefes semibárbaros, sin más forma de gobierno que la fraternidad y el campamento de la horda invasora, sin otra base sociológica que los residuos enfermizos de otra época, fecundados, además, por una naturaleza exuberante y avasalladora que influye en el organismo de las masas rurales con fuerza extraordinaria.

No hay una sección del país donde el estrépito de la soldadesca no mantenga en perpetua agitación la tierra, ni ciudad donde no se asile el terror de la expectativa. Una fiebre mortal consume a la sociedad, aniquilada ya por una guerra titánica. El sentimiento nacional que durante ella había vibrado con sus cuerdas más sublimes, desde el idilio hasta la epopeya, parecía concentrarse en el recinto del hogar, y sus manifestaciones solo eran una lágrima de desesperación o un grito de espanto. En las campañas donde antes el clarín congregaba a los héroes nativos, montados con la bizarría de un árabe del desierto sobre el caballo de la pampa, brotaban como la maleza dañina las turbas hambrientas de matanza, degeneradas por la muerte de la disciplina y de la moral guerreras, y se lanzaban a sus correrías infernales, como tropel de monstruos libertados de sus cadenas de fuego; en la política comenzaban a aparecer los caracteres hipócritas y los espíritus sombríos, a llevar sus consejos arteros a la dirección del gobierno; y aquellos temples de acero que habían levantado a la inmortalidad el sentimiento argentino eran rechazados a la superficie, o arrojados a la costa por las corrientes impetuosas y las olas gigantescas de aquel mar de pasiones y de elementos descompuestos; los buenos ceden el espacio a los astutos, la virtud inmaculada se cubre el rostro, cuando no es profanada por la mano grosera del sensualismo bestial, y el valor razonado y prudente que funda las instituciones es nublado y vencido muchas veces por el ímpetu salvaje de la multitud, que solo sabe matar y morir como la fiera en el circo.

La atmósfera corrompida contagia a algunos que resistían sus influencias; y aun en el seno de la sociedad culta vemos levantarse patíbulos que anuncian la propagación del mal a esferas superiores. Unos quieren que la masa popular se someta a sistemas de fuerza y unidad estrecha, para normalizarla y fundirla en un solo molde; otros piensan que esas tendencias separatistas pueden también sistematizarse y armonizarse levantando un gobierno que, manteniendo las autonomías regionales, se liguen [*sic*] por vínculos generales para llegar a la misma unidad; y las escuelas se dividen, y los jefes se enardecen y se desafían; los fuertes predominan y los contrarios suben al cadalso. La sangre de un héroe corre por la tierra harta de sangre humilde, y a su contacto se enciende una hoguera que duró veinte años, durante los cuales la luz del sol, blanca y fecunda, no asomó en el horizonte, sino el resplandor de las llamas rojo oscuro, como la luz que ilumina los reinos de Luzbel.

Todos estos cuadros se formaban y desvanecían durante aquella noche fantástica, y se sucedían los unos a los otros con una celeridad vertiginosa; pero cada uno dejaba impresas sus líneas y sus tintas, hasta que el siguiente reemplazaba la visión para desaparecer a su vez. Un estado de locura parecía ocupar el cerebro del observador desvanecido por tanta imagen y color distintos, pero excitado y reanimado enseguida por otros más vivos y penetrantes. Gritos de tonos y ecos diabólicos que repetían al infinito las cumbres; palabras entrecortadas y confundidas

con los ruidos de la tierra, como un congreso de ebrios y de locos en medio de la ebriedad y de la locura de la naturaleza; rumores de tempestad y de carreras sobrenaturales sobre la pampa sonora: eran la música que llenaba y acompañaba la acción de tantos personajes en el movimiento mágico del drama.

Allí aparecían las siluetas vaporosas de muchos hombres que la historia ha descripto, que la tradición ha perpetuado, individuos de todas las clases sociales, de los dos sexos. Ministros del culto que degradaron su misión sirviendo a los tiranos de verdugos mostraban en medio del torbellino sus labios ensangrentados por el fuego, y vagaban mudos, haciendo gestos repugnantes y ridículos, porque la justicia eterna les había arrancado la lengua con que, munidos de la inviolabilidad de la cátedra profanada, asesinaron la honra de los buenos, la inocencia y el pudor de las madres y de las doncellas, y la justa fama de los ciudadanos virtuosos y abnegados; mujeres que rondaban tendidas con desnudez lasciva y con sus formas carcomidas por las llamas sobre las corrientes impetuosas de aquel limbo infernal también se mostraban con toda la impudicia que desplegaron en la vida cuando, haciéndose eco de la corrupción de su tiempo, mancharon con la injuria afilada y la voracidad de las arpías cuanto de noble, delicado y puro caía bajo la flecha de su lengua envenenada; soldados que desprestigiaron las insignias de la patria y la espada tantas veces victoriosa en los combates homéricos de la emancipación se veían también arrebatados por las ráfagas hirvientes, y a su lado gemían las sombras de las víctimas indefensas que sacrificaron a su furor salvaje.

El espacio era como una tempestad en que hervían las nubes encendidas por los relámpagos, y en que luchaban los vientos en direcciones encontradas, arrastrando todas esas masas de espectros horribles que helaban el corazón con sus deformidades, sus gritos destemplados y sus lamentos espantosos: recordaba uno de esos círculos en que el Dante coloca, para su castigo eterno, a todos los malvados de la Tierra que han degradado su divino origen, y que habían desgarrado el alma de su patria, cuna espléndida del arte, heredera de tan grandiosas tradiciones, que ellos hundieron en el lodo de sus querellas fratricidas.

Y en verdad, la República Argentina durante aquella época aciaga es el teatro de una *Divina Comedia*, donde concurren como actores los partidos olvidados de su origen común, y donde se desgarran sin piedad, como leones carniceros, en la cueva misma donde la madre los contempla. Pero esos partidos sin principios ni bandera definidos, y subdivididos en pequeñas fracciones enemigas, se traban en sangrienta lucha, sin que se pueda, en medio de la confusión del campo, distinguir al amigo ni al correligionario, y desde luego, hiriendo sin cuartel a los que inconscientemente peleaban por una misma causa. La moral privada y pública, la virtud cívica, la religión, todo se resuelve allí en un ambiente pestilencial que trastorna el criterio, y lanza como autómatas a los buenos en las corrientes dañadas, y hace parecer los objetos con los colores reflejos, en vez del color real; porque la atmósfera moral de los espíritus se asemeja a la atmósfera real de las cosas: las ideas, las nociones morales, los juicios políticos y sociales, al desenvolverse o nacer en un medio vicioso y corrompido, adquieren el tinte, las formas y la sustancia de ese medio, sin que los que actúan en él puedan percibir la forma real, porque el criterio también se sujeta a esas influencias de óptica.

El historiador, el poeta o el artista que quisieran copiar esos cuadros tendrían que aislarse de su atmósfera, ya sea remontando muy arriba de ella sobre las alas

del genio, ya alejándose en el tiempo, ya observándolos desde largas distancias; y así se comprende cómo el poeta del *Infierno* haya podido describir y juzgar los sucesos y los hombres de su tiempo sin que las pasiones que bullían en su alma alteraran la verdad histórica; pero es que el genio tiene, como el Sol sobre los astros, un poder de atracción sobre todas las inteligencias que lo rodean y reciben sus revelaciones.

El poeta que haya de escribir la tremenda y lúgubre epopeya de nuestros dolores nacionales debe dominar con un corazón invulnerable, con una inspiración forjada en el yunque de la tragedia dantesca, y con una inteligencia superior a la de sus contemporáneos, todo aquel escenario hirviente donde las fieras simbólicas que cierran el paso de la selva oscura respeten su veste purísima, y donde para entrar precisaría revestirse de fuerza nueva, inaccesible a los gemidos y a los arranques de furor de los habitantes del sombrío reino:

Qui si convien lasciare ogni sospetto;
Ogni viltà convien che qui sia morta.

Los odios, las calumnias, las asechanzas le cerrarían el camino; las influencias perpetuadas por los vínculos de la sangre le impondrían silencio; el juicio rutinario sobre hombres y acontecimientos reclamaría contra la innovación; un amor patrio exagerado y amigo de fundar grandezas sobre falsos mirajes se apresuraría a borrar del libro o de la tela la creación colosal, convencidos de que ella era para la honra de la nación una mancha, cuando en verdad no sería sino la obra inmortal de la libertad elaborada en los espacios abiertos al genio. He ahí por qué para obra tan gigantesca conviene matar en el espíritu «toda debilidad», y entrar en el «doloroso reino» munido de una fortaleza moral capaz de dominar la vorágine que se agita en el seno del abismo.

En la comedia del Dante, como en la que ofrece la historia de nuestras desgracias, se mezclan en confusión infernal todas las clases sociales, y cada uno recibe su sentencia en la medida de su delito; así, nosotros, si hubiéramos de crear un infierno justiciero, pediríamos quizás a aquel los grandes lineamientos de su creación monumental, y podríamos graduar las penas para nuestros delincuentes, confinándolos más o menos en la profundidad de la sima abierta por el fallo de la posteridad.

Si el poeta florentino, en medio de la confusión de su tiempo, y siendo en él actor desgraciado, supo adelantarse a la posteridad misma y formular la sentencia implacable, con más facilidad el poeta argentino podría atravesar las hondas cavidades de nuestras épocas de sangre, porque los años han enfriado ya las cenizas de las hogueras, y han tenido sobre los sucesos un ligero velo que amortigua la luz, y evoca con más espontaneidad los recuerdos, estimulando las creaciones de la fantasía. La protesta de la opinión sería menos iracunda, porque la historia ha abierto la maleza que cierra la ruta del Averno, y pronto tendría que acallarse deslumbrada por la esplendidez del arte; y porque el sentimiento nacional que no calcula ni analiza tiene ya destinado su sitio en la inmortalidad a los buenos, a pesar de sus errores, y un abismo de maldición para los perversos.

Pero la corriente de las comparaciones, siempre gratas al espíritu que vuela con libertad, me han distraído del espectáculo que presenciaba, y es fuerza asis-

tir a su desenlace. Ya vuelven después de una noche de treinta años, que ha pasado como una hora fugaz por la variedad de los sueños que ha evocado en el cerebro, a resonar los clarines guerreros que habían enmudecido desde que la luz volcánica incendió la vasta extensión del escenario. Pero ahora no brotan sus ecos del medio de las montañas, ni son los truenos de la cumbre los que repiten sus notas agudas. El himno de una victoria, semejante a una trompeta heráldica, llega desde las márgenes de un río caudaloso que riega la llanura inmensa que tributa al mar; y es, en efecto, el heraldo de la aurora de aquella noche lúgubre, porque después de que sus notas sublimes se perdieron en el ocaso, la luz roja de la escena se transforma, y el vago rosado de la mañana comienza a animar con nueva vida la tierra, y a despertar los cantos acostumbrados de la selva con que se adormecían sus moradores en los tiempos felices.

En el campo de Caseros se divisa un globo encendido como el sol que sale de las aguas, y es él quien trae el alba risueña. La cumbre recibe primero la caricia de aquella nueva luz, y la aureola que rodea al Genio de la Libertad es ya como una niebla leve bordada de rosas y matizada de iris. Gritos de júbilo íntimo de las muchedumbres entusiasmadas aclaman otro nombre y otros héroes, y el himno de las glorias nacionales se percibe de nuevo en medio de la gran armonía que satura y anima a la atmósfera. A medida que la luz del día va aclarando los cielos, la visión de la noche se desvanece, y todo queda, al fin, en el cerebro, como una reminiscencia de sueños agitados cuando la alborada nos despierta.

En los términos lejanos del cuadro brilla una franja más viva, como si allí anunciaran su salida nuevos astros; pero el Genio, antes de perderse en el océano de luz que inunda la esfera, lanza la profecía del porvenir, que aparece a los ojos deslumbrados como un mundo de infinitas armonías, donde habitan en fraternidad los pueblos todos de la Tierra, respetuosos de nuestra nacionalidad, y en el cual nosotros mismos, dueños de nuestros destinos, con tradiciones propias, inmortales, con un tesoro brillante de glorias y de conquistas, con un amor mutuo inquebrantable, llevamos la bandera de la cultura humana, saludada por los mares, las montañas y los desiertos repletos de vida y saturados de luz espléndida.

III. ROSAS Y SU ÉPOCA

«El tigre está hambriento y brama de cólera. Démosle de una vez entrada al redil.»[3] La naturaleza agitada y convulsa ha dado su fruto exuberante, y Rosas aparece en la escena como la chispa eléctrica que abre el seno de las nubes apiñadas y repletas del fluido exterminador. Del fondo de las llanuras que se dilatan en la pampa viene desde hace tiempo acercándose a las ciudades el aliento de los abismos. El desierto engendra a los héroes y los poetas nativos; pero en sus estremecimientos febriles también aborta a los monstruos. La soledad y la extensión ilimitada cavan simas profundas en los espíritus, y en ellas fermentan las pasiones y los instintos hasta que la explosión necesaria se produce.

3. ECHEVERRÍA, Esteban, *Obras completas*, tomo V y último, *Escritos en prosa*, con notas y explicaciones por Don Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo, 1874, p. 286.

Hijo de aquella masa popular desprendida de la Colonia, y viviendo largo tiempo confundido con sus oleadas salvajes, tiene todo el arrojo de la fiera que asalta la presa en la oscuridad de la selva, pero tiene también su astucia para acercarse a ella sin ser visto. Él fue con sus compañeros a las luchas de la patria, y allí su valor y su denuedo lo levantan sobre el nivel vulgar de las multitudes; ellas son la escala que soñó para llegar a la altura, y sabe conquistar su afecto ingenuo, explotando con la sutileza de un romano de la decadencia, sus pasiones, que son también las suyas, sus tendencias y sus menores placeres: es una tosca imagen de un político maquiavélico porque, envuelto en la vestidura de la pampa, aplica el sistema en su sentido más común.

Puede aplicarse a él lo que Saint-Victor dice de Nerón: «Pertenece al alienismo histórico»; y, en verdad, gracias a los estudios científicos aplicados a la historia, se ha podido asegurar la existencia de una enfermedad social durante el período anárquico, y cuyas causas se remontan a las primeras edades del continente, y se fortalecen y vigorizan en la Conquista y en la guerra de la Independencia. Pero además de este origen común a todos los miembros de la sociedad, Rosas mismo padecía la enfermedad de los tiranos, la locura homicida que lo lleva por instinto, por una fatalidad orgánica, a derramar la sangre humana, con la que parece calmar sus excitaciones terribles.[4] Su infancia es una sucesión de hechos extraordinarios, relámpagos que anuncian la aparición de una tempestad; se complace en juegos crueles, en los que, comenzando por torturar con verdadero deleite a los animales, acaba por agredir a los hombres; y cuando llega a lanzar contra su propio padre en un momento de cólera, por una represión merecida, su poncho y su ropa, cuanto tenía consigo, el personaje está bien delineado, el carácter brilla con los últimos toques. La prisión del hogar es estrecha, porque allí hay una voz que lo contraría y pretende dominar sus impulsos salvajes; entonces huye de ella, y es sabido que una vez en libertad de acción, esos instintos se desarrollan sin medida.

La fiera ha salido ya de la cueva, y se lanzó a recorrer las selvas lejanas en busca de su alimento y a saciar sus apetitos de destrucción. Su espíritu va sombreándose más, a medida que los reveses de la fortuna y las naturales consecuencias de sus actos van creando en torno suyo una atmósfera de terror.

Cuando el tigre acostumbrado a la carne animal ha probado una vez el delicado potaje de un cuerpo humano, parece que sus instintos carniceros adquieren mayor sutileza, porque el nuevo alimento ha refinado su gusto; entonces su furor se multiplica, su astucia se perfecciona para la caza, sus garras se afilan y sus triunfos son más fáciles. El hombre es lo mismo cuando ha nacido con los gérmenes de esa enfermedad que tanta influencia ejerce sobre el espíritu; su voluntad obedece arrastrada por una fuerza interior irresistible; una vez que ha visto correr, derramada por su propia mano, la sangre de un semejante, se siente estimulado, embriagado por sus emanaciones cálidas.

Hay la horrible atracción del abismo en esas agonías lentas y dolorosas, que muestran por grados la proximidad de la muerte; el alma del asesino sigue, como arraigada en el cuerpo de la víctima, la sucesión de los tormentos, y cada uno lo excita más, le interesa y lo deleita como un drama satánico en que se mezclara

4. RAMOS MEJÍA, J.M., *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Primera parte, *op. cit.*

lo trágico con lo cómico, y cuyas escenas van desarrollándose, precipitando la catástrofe espantosa. La víctima, presa de sus convulsiones, adopta formas y posiciones imprevistas, y el asesino encuentra en ellas el ridículo que le arranca una carcajada infernal.

Pero cuando estos alienados llegan a ocupar el gobierno de sus semejantes, la fiebre aumenta de un modo extraordinario, porque ya no hay voluntad superior a la suya, y forja crímenes para tener delincuentes, erigiendo en ley inviolable las caleidoscópicas variedades de su imaginación y su capricho. Por eso esa ley no es permanente; los ciudadanos no pueden prever la infracción, porque la ley nace después del acto que la ha violado; ella estaba en la mente del tirano como la electricidad en la nube, y una aproximación cualquiera ha desprendido el rayo. En este grado, el yo brutal y veleidoso se sobrepone a todos los vínculos humanos; los lazos de la maternidad desaparecen ante la excitación del cerebro y la fuerza impulsiva del homicidio; no hay más que la sangre que corre de las heridas abiertas, y es preciso que ella se derrame, para que con su calor y su aliento brote la inspiración del tirano.

Nerón comienza por envenenar a su hermano, conservando una impasibilidad cómica en medio del espanto de los convidados, y hace abrir el vientre de Agripina y se mancha con su sangre: son emociones que agitan el alma con su sangre: son emociones que agitan el alma del gran artista. Rosas empieza por insultar a su padre, y acaba por profanar el lecho de su esposa moribunda, ordenando a uno de sus bufones inmundos que se acueste a su lado para consolarla. «Al día siguiente de su muerte se encerró en su cuarto con Biguá y Eusebio, y lloraba a gritos la muerte de su Encarnación. En algunos momentos daba tregua a su dolor, pegaba una bofetada a uno de aquellos, y con voz doliente preguntábales: —¿Dónde está la heroína? —Está sentada a la diestra de Dios Padre Todopoderoso —respondía Biguá, y volvía a llorar.»[5]

Hay en esta escena colores que habría envidiado el emperador romano; en ninguna crónica ni tragedia se mezclan con más siniestro horror la burla y la voracidad del instinto homicida. Sus juguetes cotidianos no respetan ya ni la existencia del Estado, de que se titulaba rotundamente Restaurador y Padre, porque caían bajo sus farsas histriónicas hasta los hombres más respetables que representaban a naciones extranjeras.

Como todos los tiranos, deposita su confianza íntima en seres inferiores, arrancados de los más bajos fondos sociales, porque su vanidad de artista se proporciona deleites indecibles con aplausos fáciles de obtener; y a veces, cuando la escasez intelectual de su pequeño auditorio no comprende el alcance de una frase, la gracia de un movimiento o el exquisito sabor de una tortura, él se permitirá hacérselos comprender con un castigo merecido. Los sirvientes de los déspotas deben saber leer en las cavidades de sus cerebros tenebrosos para prepararse a aplaudir la idea que germina, o hacer coro a sus fulminaciones sangrientas: deben fundirse en el mismo molde.

El tirano de Roma deseaba que el Imperio tuviera una sola cabeza para derribarla de un golpe, y esto era la suprema hipérbole de su delirio; Rosas siente el

5. Ibíd., p. 123 y ss.

mismo deseo, y comienza a realizarlo cortando las cabezas, una por una, y algunas veces muchas a un mismo tiempo; aquel, iluminado por el rojo resplandor de la hoguera que incendia a Roma en una noche de orgía, se asemeja a Rosas, de pie en medio de los torrentes de sangre que corren en todo el país. El artista coronado de hojas de hiedra, mandando a asesinar a los senadores en su tribuna, da el ejemplo a nuestro *clown* salvaje y, en una noche de deliberación, un puñal parte el corazón de un anciano ilustre.

«Cuando vimos esa tribuna salpicada por la sangre de un anciano –dice un historiador contemporáneo–, ¡nos pareció ver manchadas todas las viejas glorias de aquella tierra!»[6] El monstruo de Roma se corona de guirnaldas, danza al compás de músicas lascivas, que acompañan también sus ejecuciones horribles, y da a sus mujeres el espectáculo de una carnicería; el tigre de Buenos Aires inventa canciones grotescas con que se acompaña la festiva operación del degüello. Uno y otro tienen la gloria de haber inventado sistemas nuevos y variados para inmolar a los hombres: el degüello es la invención de Rosas, y es la ejecución oficial.

El lenguaje de la época destila sangre, como los puñales que salen de la herida que acaban de abrir; palabras de una horrible inmortalidad han nacido en ella, porque al pronunciarlas hacían rodar los cadáveres, como si tuvieran un poder satánico. El gaucho de la pampa, desnudo de nociones cultas, se levanta sobre el hombre superior y le regala un título, en el que lucen el sarcasmo y la tradición política. *¡Salvaje unitario!*, he ahí el grito de exterminio, la voz de orden de la matanza, el estigma que señala la víctima al verdugo. Ella corre con la celeridad del rayo sobre toda nuestra tierra, repetida por todos los siniestros adoradores de aquel ídolo carnicero, que se aplaca con la inmolación, y se deleita con una música de gemidos y de estertores de muerte. En aquel templo del dios siempre irritado, solo se escuchan los himnos del aquelarre entonados por los genios maléficos en la noche tormentosa.

«Y ser *salvaje unitario* es tener en la patria una colocación peor que la de los parias de la India; es estar fuera de la ley civil y de la ley divina; es tener fuera de todo amparo la vida, la hacienda, el honor de la mujer, la castidad de los hijos. Es vivir mendigo en el extranjero, sintiendo más que la proscripción y la miseria, la anarquía o la afrenta de la familia desolada, a quien tal vez ya no se verá; es estar en la patria encorvado por el temor, leyendo en todas partes la sentencia de muerte que está escrita en todos los rostros, en todas las paredes, en todos los pechos sobre un fondo de sangre; que se promulga en las calles, en las plazas, en los teatros, en los templos; que en las altas horas de la noche viene a despertar al infeliz al compás del reloj. ¡Oh! Sin duda que este grito horrible, incesante, que se introduce con el aire, que persigue con la luz, que aterra en la oscuridad, es un género de tormento, un refinamiento de odio que hace olvidar las torturas de Venecia, las venganzas de los Borgia...»[7]

Él resuena en todas partes con el mismo diapasón infernal, desde el soldado degenerado hasta en la altura de la cátedra sagrada; los púlpitos no derraman ya la tranquila y consoladora elocuencia del Evangelio y del perdón: destellan rayos de

6. LAMAS, Andrés, *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino D. Juan Manuel de Rosas. Contra la Independencia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, s/e, 1849, p. 28.

7. Ibíd., p. 29.

cólera, fulminan nombres con la amenaza del cuchillo mellado que aumenta el sufrimiento de la víctima, desgarran como buitres hambrientos la vestidura que cubre la inocencia de las vírgenes y, copiando de nuevo a Nerón que decapita las estatuas de los dioses, de los héroes y de los emperadores para poner en su lugar su cabeza divina, destierran del altar las imágenes del culto de un pueblo para levantar la efigie de este nuevo ungido de la gracia. ¡Y ni los cimientos de los templos, ni los velos del santuario se rasgaron como en los tiempos bíblicos! No; también ellos se asocian a la alabanza que el mundo tributa al *héroe americano*; adoptan la insignia sangrienta que adorna los trajes de las mujeres, los colores que ostentan los hombres: ¡todas las cosas se tiñen con la luz roja que irradia el astro rey!

Una institución popular, que no era por cierto de las que nacen de la libertad, brilló en su época con los resplandores que bañaban todos sus cuadros. El hábito de la muerte, encarnado en la mayoría de las gentes que la contemplaban como un espectáculo diario, cuyo interés dramático era el mayor refinamiento de la tortura, y la necesidad de saciar la sed inextinguible del monstruo encerrado en su retiro inviolable, donde recibía las emanaciones del sacrificio, como un Moloch feroz, dieron origen a aquella turba de verdugos ambulantes, de espías y de traidores que con el nombre inmortal de Mazorca se destaca en el fondo encarnado de aquel inmenso cuadro como una pincelada en que un loco hubiera querido agotar toda la tinta de la paleta, atravesando la tela con una faja más encendida.

No hay en las hordas vandálicas de los primeros siglos, ni en los lictores que ejecutaban las órdenes de los Tiberios o Calígulas, ni en el espionaje de Venecia, que tan admirablemente describe Victor Hugo, más ferocidad, más estoicismo, más bajeza moral para el crimen, que en aquellas pueblades famélicas poseídas de vértigo homicida, que corrían por las calles de Buenos Aires segando las cabezas como la hoz siega las espigas; infiltrándose, como los agentes de Satanás, por las rendijas y a través de las paredes, en el hogar ajeno; contando los pasos del ciudadano, pesando sus palabras, interpretando sus gestos, para descubrir un indicio del delito de blasfemia contra el tirano, y obtener su favor regio con una delación decisiva.

El divino enfermo contagió la fiebre a los que lo asistían de cerca y, de grado en grado, ella fue apoderándose de la sociedad entera, hasta constituir una epidemia sanguinaria, que llega a su paroxismo en el célebre año [18]40, en que después de haber sembrado las calles de cadáveres se enviaban carros a recogerlos, como se hace con los animales.

Hay toda la lúgubre algarabía de las turbas del infierno en aquellas comparsas que recorrían las calles, armadas de puñales desnudos, bailando al son de alguna cantata federal, invadiendo los templos, asesinando a los sacerdotes y a los fieles, decapitando las imágenes o marcándolas en la frente con la divisa de la secta. Hay toda la pompa obscena que Heródoto describe en las fiestas babilónicas en aquellas procesiones del retrato de Rosas, a las que acompañaban el ceremonial religioso y los cantos de alabanza; o bien, recuerdan las expediciones del Baco degenerado, por los pueblos vecinos, seguido de la grotesca y ebria muchedumbre de bacantes y sátiros, donde la carnicería se inicia después de que el baile y el vino han excitado el fervor religioso, o en que el dios, ebrio del licor de la vid, pide con gritos y gestos repugnantes los mismos vasos llenos de sangre humana.

Es digno de atraer las meditaciones del filósofo el estado del sentimiento religioso en aquella época, porque nunca se vieron reunidos en una misma sociedad tantas supersticiones contradictorias, tantos excesos censurables. La historia nos muestra épocas como la que precedió al advenimiento de Gregorio VII, la que inmortalizaron los Borgia, la que llenan los Estuardo con su nombre, y aquella en que Luis XIV era divinizado en la cátedra: en ellas la religión, ora se prostituye para servir de consagración al crimen, ora se liga con los déspotas para sublimizarlos e idealizarlos ante la imaginación popular; pero no creo que hayan llegado nunca sus sacerdotes al grado de bajeza que algunos de los que vivieron bajo el gobierno de Rosas. Bien se ve que las ideas y los sentimientos más sublimes y grandes, cuando caen de su altura, parece que quisieran bajar tan hondo como elevado era antes su sitial, y adquieren en ignominia lo que perdieron en pureza; así, no es extraño que algunos sacerdotes llegasen a profanar por sí mismos los altares y la santidad de su misión, reemplazando las imágenes del culto por la efigie del tirano argentino, y dando la muerte por sus propias manos a aquellos que no adoraban al inmundo becerro de la idolatría.

Verdad es que el temor es una fuerza que disculpa algunos actos; pero también lo es que al sacerdote no le es permitido temer cuando se trata de conservar inmaculado el santuario donde se alberga la suprema esencia de Dios. Por otra parte, la población, en general, de la República conservaba el legado tradicional de sus creencias, tales como las había bebido de la predicación colonial; y aunque las ideas de Rivadavia habían abierto las inteligencias a verdades y especulaciones más altas, ellas no penetraron en el fondo de la conciencia popular, al cerebro de esas masas errantes que debían actuar en los dramas de la guerra civil: ellas mantenían aún la grosera y primitiva idea religiosa, como podían concebirla con su escaso criterio, y siempre dependiente de sus pasiones más o menos movedizas, que los impulsaban en cuerpo y alma a servir a los jefes que más los cautivaban con su astucia o su valor temerario. Rosas, que buscaba los elementos de su dominación en las más bajas esferas de la sociedad, no tardó en comprender que debía explotar aquel sentimiento que tan hondamente mueve las voluntades, y se declaró defensor de la religión, en pugna con la clase culta que había secundado los planos civilizadores de Rivadavia.

Pero la religión en poder de Rosas era como un cordero en manos del león, que hace de él su mejor bocado, y la manchó con más escarnio que ningún otro tirano de la tierra, obligando a sus ministros a secundar sus planes siniestros; habla de ella con el lenguaje del sarcasmo más hipócrita, tomando los dogmas, los misterios, las ceremonias más sagradas como temas de sus juguetes sangrientos. Los episodios de su vida en que tales profanaciones cometía, con el auxilio de sus sacerdotes adictos, quedarán entre las páginas de duelo y de sangre de esa Iglesia batalladora e infatigable que hace dieciocho siglos mantiene en constante agitación al mundo.

Pero también al lado de esas manchas oscuras brillan puntos de luz que la historia menos imparcial no puede nublar, y que recuerdan aquellos tiempos de los primeros cristianos, cuando caían bajo el golpe de sus perseguidores cantando las alabanzas celestiales, por haber declarado y confesado su fe. La tradición se colora con la sombra y con la luz; y en ella, si bien el nombre argentino se mancha con la sombra de una debilidad, en cambio, esas tintas oscuras

desaparecen para ser reemplazadas por las irradiaciones de martirios sin número. Porque un martirio lava las manchas de una vida, como la aurora desaloja las tinieblas de la noche. Y cuando un pueblo que ha doblegado su cerviz ante un déspota se dispone a redimir su pasado con un sacrificio final y extremo, la historia convierte en lauros inmortales las fulminaciones con que marcó su frente en las horas del pecado.

Si Buenos Aires, arrastrada por esa fatalidad histórica que, sin ser la regla de criterio de los sucesos humanos, suele a veces manifestarse irresistible y evidente, levantó sobre sus propios hombros al monstruo que la escarneció, harto ha sufrido y ha llorado para que su falta le sea perdonada: sus hijos fueron inmolados a millares en las calles, en los templos, en el seno de la madre, y vagaron errantes y miserables por el extranjero, haciendo en todas partes brillar ese nombre argentino que resplandece más vivo en medio del dolor, porque su delicada naturaleza tiene algo de la música de sus bosques y de sus desiertos.

El sentimiento religioso salva la dignidad de su creencia y de su Iglesia, albergado en los corazones fuertes, nacidos para el sacrificio regenerador; pero es el sentimiento purificado con la cultura libre y desnuda de las tinieblas con que los dogmas estrechos aprisionan su vuelo impetuoso. Porque hay pueblos que dignifican una religión o un sistema político, como hay otros que lo degradan y envilecen; y así, es algo que consuela y fortifica a los descendientes de aquella desgraciada generación ver cómo en medio de la orgía de todas las ideas y de todos los principios siempre hubo un martirio que proclamaba con su lenguaje de horror sublime la íntima protesta de la conciencia social.

La religión, cualesquiera que sean sus dogmas y sus rituales, es una aspiración del alma a lo infinito, y merece la consagración del respeto humano; y el escarnio y la blasfemia contra los dioses que ella adora acusan siempre en sus autores un fondo depravado, o la existencia de una gangrena moral.

El sentimiento religioso de las masas de aquel tiempo, descuidado y sin cultivo a causa de las prolongadas convulsiones nacionales y de la vida siempre vagabunda que llevaron tras de los enemigos exteriores o caseros, va adquiriendo en sus naturalezas rudas toda la agreste y sombría tinta de sus pasiones nativas, excitadas, además, por el delirio sanguinolento de la época; lejos de ser una idea adquirida y encarnada en sus conciencias para dulcificar los caracteres y fraternizar a los hombres con los hombres, parece que se infiltra en su organismo, a la manera como se inocula y difunde el veneno de las víboras.

Allí, en medio de los horrores de la Mazorca, se oye invocar la religión para dar la muerte al ciudadano indefenso; y ella arraiga de tal modo en las multitudes que es ya una enfermedad, que tuvo sus épocas epidémicas durante la Edad Media y tiempos modernos. La religión es ya una locura que va hasta divinizar al déspota, trastornando profundamente los cerebros; y así se comprende que las altas dignidades de la Iglesia oficien una misa solemne, en que el retrato de Rosas es la divinidad que reemplaza al Cristo, y que las muchedumbres febriles se agolpen en cierto acto público, disputándose a golpes el placer de palpar y besar la mano de aquel prodigio espléndido de nuestra tierra. Así también se explica cómo Facundo levantara como bandera de combate un paño negro como los abismos de su cerebro, grabando en él estas palabras que parecen un sarcasmo del infierno: «Religión o muerte».

Lejos de ser la religión la fuente inagotable de fantasías y de sueños, en que los poderes maravillosos resplandecen con sus destellos característicos, ella enardece y exalta, enfurece y domina, como una fuerza invisible, las hordas desalmadas que riegan el país de sangre; sus dramas no son ya aquellos en que luchan los buenos y los malos principios en el campo del espíritu, ni sus leyendas se inspiran y adornan con las creaciones y los colores de mundos imaginarios, sino tragedias de duelo y horror, en que la sangre corre a la vista de los espectadores, derramada por el hermano y por el hijo, del cuerpo del hermano y del padre, y prodigios de crueldad que los asesinos realizaron con la ayuda tenebrosa de las potencias del abismo.

Los cantos populares, que en los tiempos pastoriles o épicos celebraron en versos rústicos o apasionados las bellezas de la naturaleza o las proezas de los héroes, enmudecen en las selvas taladas por el incendio, y se convierten en el alarido estridente que espanta los nidos, inquieta los rebaños salvajes y aterroriza al morador de las chozas o de las ciudades: en los primeros hay la divina unción que el sentimiento de la patria enciende en las almas, en el segundo hay ese estertor horrible que produce la sangre, saliendo precipitada de la herida abierta con el puñal.

Entre las lustrosas teorías que ostentaba Rosas en su original «sistema americano», figuraba en lugar preferente la pretensión de encarnar el sentimiento de la nacionalidad; pero enunciada y practicada por él, bien se comprende que había de ostentar las formas más extraordinarias e inauditas. A semejanza de sus precursores, Francia y Artigas, comenzó por cerrar los linderos de la patria a las naciones extranjeras, lo mismo que el león fortifica la cueva donde guarda su prole, y desde donde distribuye sus expediciones devastadoras. Esta concentración de las fuerzas expansivas de la sociedad dentro de sí misma debe ser un reflejo de la que en el fondo de sus cerebros cavernosos aprisiona las ideas y las condena a fundirse en la masa que las engendra, y de donde brotan como emanaciones eléctricas. La nacionalidad no es en él un sentimiento de amor que llega a ser un culto en que los pueblos fraternizan, se unen y agigantan, sino un medio de defensa y de ataque contra las fuerzas que vendrían a minar su poder levantado sobre la ignorancia de las masas; porque las tiranías no se derrumban tanto por el valor de las armas como por la influencia de la cultura pública, que va disolviendo e iluminando la nube donde el tirano cimienta su trono.

Rosas aguza el ingenio de sus crueldades cuando la víctima es un extranjero; y esto demuestra cómo las ideas que concebía llevaban el sello de una materialidad primitiva; porque entender por nacionalidad la exclusión de los hombres que no nacieron en su patria es mirar las cosas con un criterio retrospectivo que tiende a volver al comienzo de la vida, donde el primer hombre aún no ha perdido la envoltura maternal, donde la familia se alimenta de la raíz o de la fruta del árbol, y donde la tribu salvaje se encierra para ocultarse a la mirada del conquistador que anhela esclavizarla. Resabio del centralismo de la Colonia, ese sistema es la señal de la decadencia que comienza a minar la sociedad, pues vuelve al punto de partida, siendo que las fuerzas colectivas tienden siempre a desenvolverse en sentido progresivo.

Verdad es que los pueblos más grandes de la historia se levantaron sobre ese sentimiento de apego a la tierra donde viven y combaten contra la adversidad;

pero antes la han poblado con sus hijos, y con los que las mareas humanas arrojaron a sus costas, y la han saturado con su espíritu. Luego el sentimiento nacional se convierte en el fuego perenne que simboliza la unidad del destino, la comunidad del dolor, la fuerza contra el enemigo externo e interno, la fuente inmortal de sus glorias, de sus conquistas, de sus creaciones en el arte.

«El hombre de nuestros campos, que encuentra en ellos con qué satisfacer todas sus necesidades, que duerme sin más techo que el cielo, que se alimenta con la carne de nuestros ganados, que bebe el agua de nuestros ríos, es susceptible de llevar la exageración de la nacionalidad a un grado más subido que el que le dieron nuestros progenitores. Pervertido ese sentimiento, llevado al extremo que puede tocar, nuestra decadencia no sería como la de España, nosotros volveríamos a un estado casi primitivo, y la obra de la civilización retrogradaría por siglos.»[8] Sería la dispersión de los elementos adquiridos en la evolución sociológica los que, atraídos por su centro originario, volverían a formar parte esencial de la tierra; sería destruir por el análisis lo que se construyó por la síntesis orgánica: la nación vuelve a dividirse en razas, en tribus, en familias.

El sentimiento nacional es la primera y más viril manifestación de la unidad social, de la fortaleza de los vínculos políticos y morales, de la vitalidad de un Estado; nace de las diversas evoluciones que constituyen la tradición de un pueblo; es la tradición misma que vive de su calor, se adorna con sus matices nativos, se regenera constantemente con sus nuevos gérmenes, como el árbol con las nuevas corrientes de savia que cambian el ropaje de sus ramas. Porque la tradición no significa la permanencia en un mismo estado moral, ni el culto que un pueblo le dedica expresa su carencia de ideales y fuerzas progresistas: ella es la historia del sentimiento nacional, perpetuada por los sucesos en que se manifestó, y abraza por eso todas las conquistas del espíritu, todas las glorias de la espada, todos los triunfos de las religiones; relata también las desgracias, las catástrofes, las sombras que se levantaron en su camino, como hay nubes que oscurecen el sol, como hay arenas que interceptan los torrentes, como hay incendios que abren inmensos espacios de ceniza entre dos selvas tropicales, sin que por ello la tierra sea menos generosa ni ardan en su seno con menos vivacidad los gérmenes de nuevas y más espléndidas vegetaciones.

La evolución del progreso no se detiene jamás para siempre; ella es como los océanos, según MacAulay, que avanzando y retrocediendo en sus mareas cotidianas conservan, no obstante, su dirección general. La tradición cuenta los pasos de la evolución, sus impulsos que cubren un siglo y una decena de siglos, y sus detenciones que amenazaron a veces sepultar la conquista realizada; la una es la representación gráfica sobre la inmensa tela de la vida; la otra es la fuerza que recorre su órbita interminable: ambas son la historia del progreso humano.

La irrupción estruendosa de aquella oleada bárbara arrojó lejos del cauce los caracteres fuertes, los espíritus cultivados que no podían disolverse en su corriente envenenada. América y Europa vieron vagar por sus ciudades a los argentinos ilustres, como los profetas, cantando las desgracias de Sión o, como los desterrados de Roma, luchando desde el extranjero contra los déspotas. Si el sentimiento

8. Ibíd., p. 41.

nacional cayó envuelto en la llama del incendio que devoraba la tierra nativa, arrastrando a la sociedad entera en sus delirios de sangre y muerte, aquellos llevaron durante el ostracismo el fuego del santuario profanado, que algún día debía volver a abrir sus puertas a los adoradores del verdadero Dios.

El pensamiento de la revolución, corrompido, vilipendiado, encarnecido por la horda desenfrenada, siguió vibrando en extrañas regiones con acentos proféticos que llegaban al seno de la patria, y anunciaban a la desgraciada víctima su futura liberación. Las naciones que la espada argentina fundó en los tiempos épicos pagaron su deuda sagrada, abriendo sus brazos a los fugitivos y prestándoles aliento para sus predicaciones regeneradoras. Los Andes transmiten con la repercusión de sus masas metálicas las invectivas ardientes, las fulminaciones tempestuosas, los cantos del destierro, que como anuncios de mundos lejanos venían a retemplar la fuerza enmohecida en el sacrificio diario, manteniéndola en esa sublime expectativa de las grandes revoluciones.

Y nada hay que purifique ese sentimiento de la nacionalidad como la ausencia; porque como traídos por repercusiones formidables, los ruidos, las músicas, los gemidos, los cantos de la tierra nativa resuenan en los lugares distantes con la intensidad con que brotan de su origen; los recuerdos ocupan el cerebro como visiones agitadas que se remueven sin cesar y multiplican las imágenes; la brisa de la pampa, del río, de la montaña no para en su carrera hasta besar la sien enardecida del patriota ausente, fortaleciendo su esperanza como si fuera cargada de palabras de consuelo, de caricias maternales, de rumores de libertad. Como los cóndores de los Andes revolotean en torno del peñasco que derribó el rayo, y en cuyas grietas se sostenía su nido, así aquellos desterrados vagaban alrededor de su patria, contemplando los estragos de la barbarie, y lanzando los gritos de la cólera, de la justicia, de la condenación, como el morador de las rocas amenaza con el graznido siniestro al cazador osado que asciende a su guarida.

Las familias emigran en largas y tristes caravanas, a través de los mares y de las montañas, como bandadas de aves que van a buscar en climas más benignos el sustento y el espacio para sus cantos primaverales. Allí van conduciendo el tesoro de sus penates, las reliquias de sus tradiciones gloriosas, para salvarlas del incendio, de la profanación y de la muerte. Los que parten dicen el adiós eterno a los que quedan porque son las víctimas que van a saciar la sed del monstruo, y los consuelan con la vaga y oscura esperanza de una revolución justiciera, como una promesa compasiva en las horas de la agonía.

Las revoluciones nacen del sentimiento de los pueblos oprimidos; sus raíces, sus orígenes más profundos están en la inteligencia de la sociedad. Así, la generación del tiempo de Rosas, elevada en su nivel moral por las propagandas de los escritores desterrados, secundada por los antiguos héroes de Mayo, que habían quedado firmes en sus filas, conservando el honor de la bandera, fue comprendiendo su destino, reformando sus hábitos, haciendo el vacío alrededor de su tirano, y este tuvo al fin que mirar hacia los horizontes que lo rodeaban, y apresurarse a conjurar la tormenta. Pero la revolución había nacido ya en los espíritus, trascendiendo el orden político, y armado contra el despotismo el brazo de los mismos que antes ayudaron a sostener sus columnas. El autonomismo que distingue a la época fue también causa para que algunas provincias se mantuvieran aisladas del influjo sangriento de Buenos Aires, y para que germinara en ellas la

semilla de la libertad. Los elementos dispersos por la cuchilla del verdugo se buscan y atraen durante la noche del horror, y al fin encuentran la esfera común, de donde surgirán fundidos en una sola fuerza, al terreno de la acción.

Los mismos caudillos autores de la anarquía, fatigados de un poder que se perpetuaba sobre ellos, dilatando sin término el logro de sus ambiciones o sus esperanzas, comprenden al fin que son los baluartes de un poder egoísta que no piensa concederles una parte en el gobierno, y por un movimiento natural y lógico se dispersan del centro rompiendo sus ligaduras, y se disponen a derribar al coloso.

El estudio de los orígenes de esta revolución es el tema más fecundo para la filosofía, la política y la historia, porque en ella, como en ninguna, se verifica la síntesis más completa de todos esos elementos de sociabilidad descentralizados, dispersos, anarquizados durante la guerra civil que vuelven, después de haber realizado su evolución necesaria, a constituir la unidad nacional. Y este fenómeno natural en el dominio de las fuerzas sociales es, si se quiere, la prueba más evidente de que la nación era ya un cuerpo compacto, con leyes uniformes de desenvolvimiento y de vida, y que los miembros que lo componían estaban ya dispuestos a comenzar sus funciones armónicas. Verdad es que para llegar a ese fin fue necesario atravesar por largos períodos de sombra y de duelo; pero en el curso de las leyes históricas las grandes calamidades públicas han sido como el crisol en que el carácter se retempla y fortalece, el corazón se purifica con el dolor, la inteligencia se ilumina con la experiencia de los desastres; y de todo resulta, cuando las generaciones y esos ambientes se han renovado, que han nacido con formas y fuerzas rejuvenecidas, una nación y una sociedad distintas, sobre los cimientos de la antigua.

Las desgracias nacionales son en la historia como las sombras en la tierra: durante su reinado se verifican en el seno de los pueblos las fecundaciones de los gérmenes nuevos que entran a alimentar el organismo social, y las renovaciones de los elementos gastados en el funcionamiento de la vida; esa elaboración se realiza en secreto o en la agitación de la tierra, como si un designio sobrenatural o desconocido quisiera evitar las convulsiones que producen las luchas interiores de la materia, para presentar el fruto lozano y hermoso a la luz del sol, que va a colorearlo y a adornarlo con sus matices radiantes.

Los períodos de descomposición social se parecen, pues, a esos estados de la materia, y los pueblos que los han atravesado con vida aparecen de nuevo en el escenario humano, armados de la luz de las victorias en que triunfaron sus ideales y sus grandes virtudes salvadas del cataclismo. La República Argentina ofrece a la historia el espectáculo grandioso de un doble nacimiento, de un doble triunfo contra la opresión y la muerte; sus dos revoluciones son dos faces perfectas de la vida de toda sociedad: en la primera, rompe la nebulosa generadora de donde brota el astro nuevo; en la segunda, apaga y funde en una sola masa los fuegos interiores que desprendidos del centro común amenazaron un día su existencia y su autonomía; enseguida tiene en el espacio infinito su órbita marcada, que recorrerá a merced de las leyes que rigen al astro y al conjunto de mundos dispersos sobre el vacío.

Hemos completado y salvado con gloria los períodos más difíciles de nuestra vida; nuestra infancia ha sido borrascosa y sombría, como son los comienzos de toda existencia fecunda para la humanidad; porque los seres predestinados a ser

luces de la historia traen desde el seno materno en germen las ideas, los sentimientos, las fuerzas que han de agitar las sociedades y reformar sus destinos; y comúnmente, durante la niñez, todos ellos se manifiestan en expansiones prematuras, en rebeliones aventuradas, en empresas inauditas. No en vano nuestra patria se extiende en una llanura inmensa que bordan ríos caudalosos, montañas llenas de grandeza y armonía, selvas que ostentan todo el poder fecundante del trópico, rodeada de mares que la acarician con sus músicas eternas y con sus brisas regeneradoras. Solo la libertad con sus tumultos incesantes pero fecundos puede llenar ese gigantesco e ilimitado escenario, donde la naturaleza desplegó toda la fuerza de su savia, todos los matices que proyecta sobre los caracteres, todo el encanto de sus cuadros siempre bellos y nuevos donde el artista va a concebir las creaciones inmortales. Allí nació ese sentimiento que ha recorrido ya los siglos, desde la tribu primitiva que cantó debajo del árbol su primera pasión hasta la nación guerrera que se inmola a la libertad de su suelo, hasta la raza joven que da a luz una nueva entidad internacional y, por último, que concluye su obra secular, derribando la tiranía que amenazó sepultar en el polvo enrojecido por el hacha todo el tesoro de sus glorias inmemoriales.

Es un error pretender cubrir con el olvido los tiempos calamitosos que todo pueblo atraviesa. El sentimiento es el fuego que mantiene la vida nacional, que alimenta los espíritus para las grandes luchas, y las corona de inmortalidad en la victoria. Él resplandece en todos los sucesos, formando su fondo épico o trágico; y cuando ha realizado una de esas empresas que levantan la admiración de los contemporáneos y de la posteridad, es porque ha vencido las tinieblas que oscurecían su camino.

La historia no es sino la sucesión de los hechos en que el sentimiento humano se manifestó, y lleva siempre los tintes más o menos marcados, según que sus influencias fueron más o menos profundas: es un drama continuado cuyos personajes se renuevan con las épocas; y en ese drama se alternan las catástrofes con los sucesos felices, y el espectador pasa incesantemente de la emoción agradable y risueña al llanto y a la desesperación. Los pueblos son los protagonistas que luchan por predominar en la acción, y sus triunfos y sus derrotas, arrancando los aplausos o la conmiseración humana, ya los enorgullecen y agigantan, ya los abaten o los sepultan en la nada.

No interrumpamos nosotros nuestro rol sublime en el drama cuya primera jornada comienza en un mundo primitivo, y que llega a adornarse con todos los primores del arte moderno. Si suprimimos las escenas dolorosas por temor de provocar las lágrimas, nos exponemos a oscurecer los grandes efectos que las expediciones y las innumerables victorias de nuestros héroes, y las conquistas que alcanzaron en el mundo ideal nuestros varones ilustres, reflejan sobre el conjunto produciendo la armonía suprema.

Es necesario para el porvenir de nuestra patria que la tradición recoja del campo velado de nuestra anarquía esos mil episodios sangrientos en que destella con su luz de hogueras la furia del tirano y de sus agentes; porque al oírlos, las generaciones futuras aprenderán a modular en sus cantos de libertad los acentos del trueno, para fulminar la condenación de los déspotas; y porque al lado de los espíritus corrompidos que ensalzan las pasiones miserables, brillarán las figuras de los mártires que cayeron bajo el puñal traidor y cobarde, porque no alzaron su voz

en el coro de las alabanzas profanas al ídolo sanguinario, o porque tuvieron el heroísmo de levantarla con la entonación del apóstol encargado de anatemizar el crimen, de sostener la libertad con la palabra y consagrarla con el sacrificio de la vida.

IV. FACUNDO

El hombre sigue la naturaleza del suelo donde ha nacido y donde ha desarrollado sus fuerzas físicas y morales, hasta que la educación y las influencias de culturas diferentes modifican el sello primitivo, pero sin borrarlo del todo. Rosas nos ha dado el modelo del hijo de la pampa abierta a las emanaciones del mar y fecundada por las corrientes de los ríos; él lleva en su carácter al anhelo ilimitado de la llanura desnuda, por confundirse y perderse en el infinito, y hay en sus pasiones el sordo fragor de las olas que se rompen en las costas. Los elementos de la naturaleza, puestos en acción por sus hombres en una época de descomposición orgánica y psicológica, lo llevaron a la plenitud de su desarrollo genial: los frutos de su acción social son conocidos, y hoy la ciencia y la crítica estudian sus orígenes remotos.

Pero al lado de esa pampa sin vegetación y sin sombras, donde la vista se pierde como la luz se extingue en sus ondas infinitas, y donde el cerebro no encuentra puntos de relación para sus concepciones y sus imágenes, se extiende esa otra llanura desolada donde no brota una fuente, cubierta de selvas inmensas que parecen plantadas en el seno árido de la tierra, como una muchedumbre de esqueletos congregados sobre las cenizas de un incendio; ella comienza desde la falda occidental de las montañas del centro, y va a morir en las primeras escalas de la gran cordillera. Dos montañas la estrechan entre sus brazos de granito, y la ahogan, como si quisieran apagar las voces de su seno, reprimir las expansiones de su vida, concentrar sus horizontes en el espacio que separa sus cumbres.

Hay en esa inmensa llanura, madriguera en aquel tiempo de fieras sin número, todo el horror sublime de la soledad, toda la poesía de las tumbas, donde los ecos repercuten con sonido seco y fúnebre alrededor; el sol la abrasa y la agosta, como si quisiera quemar en el seno el germen que se agita con los comienzos de la vida; las tempestades se agigantan y retumban con un estruendo que sacude la inmensidad, llenando el alma de pavor supersticioso.

El hombre solo en medio del desierto, como en el océano, se siente próximo a morir devorado por el abismo que lo rodea y que se levanta sobre su cabeza, y se anonada y abate ante la magnitud de sus escenas, o se alza sobre ellas dominando los extraños y profundos estremecimientos de la tierra, los fulgores del cielo, los sombríos horizontes, los abrumadores misterios de esa planicie eternamente poblada de visiones fatídicas; aprende a leer en sus secretos murmullos los acontecimientos que se preparan en la superficie; sabe contar su respiración ciclópea; se asimila su alma –si pueden tenerla los desiertos– con toda su atracción invencible, con toda su sed insaciable, donde van a morir sepultados o evaporados a su contacto ardiente todos los ríos que se lanzan sobre ella.

A veces, en un sacudimiento repentino que le ha comunicado la montaña, se abren en su seno grietas profundas donde se sumergen las selvas; o cuando las tempestades han descargado en sus arenas áridas sus torrentes de lluvia, surge,

como evocado por un poder maravilloso, un oasis que el siguiente sol enciende y convierte en hogueras. Llora sin cesar con gemidos que estremecen las fibras, el abandono de la vida, y lucha sin tregua contra los elementos que la devastan; y ese llanto colosal que se percibe en los crepúsculos, emanado de sus pulmones dilatados, da el tono al espíritu de sus moradores que cantan gimiendo sus trovas nacionales, sin que una nota risueña vibre en medio de sus tristes lamentaciones.

Pero esa lucha continuada y sombría por la vida, que se asemeja, por su aridez, a sus llanos sin verdura, engendra a veces el fatalismo indolente del árabe que muere de hambre tendido en la puerta de la tienda, o ese temple de hierro que logra vencer las amenazas y los furores del desierto y avasallar las fuerzas que lo oprimen y lo ahogan. El triunfo lo enorgullece y, sintiéndose soberano de la llanura, no hay poder que lo doblegue, ni tempestad que lo arredre, ni catástrofe que lo entristezca, porque el espíritu ha absorbido toda la potencia de la naturaleza, y ha transportado sus secretas y majestuosas facultades a su propio ser.

La poesía que vive en sus soledades tiene el lúgubre acento de los dolores íntimos. Una cuerda templada en el tono de los cataclismos resuena sin cesar en la extensión. La noche que la envuelve en tinieblas despierta, de sus moradas ignotas, falanges de seres fantásticos que pueblan el espacio; que gimen o ríen con amarga risa en medio de los bosques desnudos; que corren sobre la ráfaga caliente, chocándose con el ruido de los huesos que acompaña la danza de los muertos; que chispean con luces vagabundas que parecen los espíritus sin guarida de las víctimas inmoladas a millares por el hombre, por la fiera o por el horror del desierto; que levantan ese murmullo monótono, mezclado de chirridos agudos, de rugidos estentóreos, de lamentos vagos, de músicas diabólicas, de aleteos confusos de aves invisibles, de graznidos siniestros, de carcajadas satánicas, de ladridos ásperos, de relinchos intermitentes, haciendo un conjunto infernal que excita el cerebro, engendrando en sus cavidades multitud de fantasmas que hierven como las fosforescencias de la atmósfera, precipitando el vértigo.

Tal es el teatro donde Facundo va a jugar su rol, que oscurece a todos los demás personajes de aquel sombrío drama, conjunto incomprensible de lo más grande, de lo más luminoso, de lo más bajo y de lo más oscuro que puede caber en el alma humana. Su pensamiento brilla unas veces como la chispa fugaz que se escapa de la nube incendiando la comarca, y otras se arrastra por el abismo de las pasiones de un bruto; ora su carácter se agiganta al nivel de la montaña que vigila su llanura a la distancia, venciendo, avasallando, destruyendo con el poder de su voluntad incontrastable los furores de la naturaleza y los horrores del desierto; ora eclipsando su mente con un jirón de la tiniebla, desciende a lo más hondo de la miseria humana y del crimen, en donde parece absorber esa fortaleza y ese heroísmo terrible que lo hicieron inmortal entre los grandes asesinos de nuestra historia.

Como todos los caracteres modelos de una generación, de una época o de una naturaleza, Facundo no gira jamás en los términos medios, ni su figura se adorna con tintes desvanecidos ni apagados: o resplandece en la altura ideal con un relámpago de genio, o su pupila de fuego chispea en la tiniebla como un carbón encendido, o dirige y ordena la sociedad en que vive según su voluntad y sus pasiones, o desaparece del escenario por completo: hay algo de César en este general de la llanura. Sus primeros pasos en la vida son marcados como las explosiones de una fuerza comprimida, por catástrofes y por desgracias que no se olvidan; en

todas ellas puede adivinarse al Tigre de los Llanos, que agita sus garras, ejercita sus músculos de acero para la lucha incesante y estudia los secretos de la llanura reservada a sus hazañas y a su sombría inmortalidad.

La tradición es el eco del espíritu y del corazón de la sociedad; ella ha salvado de la vorágine de aquella época la figura de Facundo, sin que falte un detalle al cuadro que trazaron la imaginación, el terror y la pasión. Sus contornos resplandecen y se imponen, grabándose por sí mismas en la tela las tintas de su carácter. Cada una de sus pasiones ardía como la llama del incendio o como el hierro enrojecido; cada una de sus facultades destella con luz propia y original, arrancada de la tierra que engendró su ser; cada una de sus fibras tiene un sonido peculiar que no se asemeja a ninguna nota conocida, y es el que producen en la llanura que lo aborta las convulsiones interiores.

Solo ese gran artista que vive en todos los hombres reunidos, y que se llama el pueblo, pudo trazar su retrato ideal sobre el lienzo impalpable de la historia; porque él lo vio, sintió el fulgor de su mirada feroz y centelleante, sufrió los deslumbramientos del rayo que brotaba de su cólera salvaje, y porque solo él respiró del mismo aliento que lo nutría, y contempló los cuadros originales que dieron vida y animación a su carácter.

Sus contemporáneos transmitieron a su cercana posteridad, envueltas con el prestigio de las grandes pasiones, las leyendas de Facundo, en las que se notan como caracteres grabados sobre el acero los rasgos calcinados de su figura moral, y que son la traducción humana de los perfiles que retratan la tierra donde nació y reflejan sus recónditas influencias. Es el tipo perfecto de la naturaleza, con sus desbordamientos, sus secretos fuegos, sus horizontes reverberantes y sus misterios sombríos. Sus ideas brotan precedidas por el rugido de las fieras, como el rayo es anunciado por el estampido del trueno; y como este, o deslumbra y mata, o ensordece y abruma. La pasión es en su alma un fuego que se dilata y busca una válvula para su expansión, y al manifestarse en sus actos externos arma el brazo vigoroso templado en el yunque de la llanura, en la lucha perenne con la naturaleza, y arrasa y avasalla a cuanto opone resistencia a sus arranques impetuosos. Todos sus sentimientos se presentan aumentados en intensidad y en colorido, como la luz que atraviesa la atmósfera humedecida por la tempestad.

Como esos grandes caracteres de la tragedia de Shakespeare, ofrece al análisis filosófico los más oscuros problemas; para resolverlos habría que acudir a la ciencia, que busca las recónditas leyes de la materia el génesis de esas impulsiones irresistibles y desordenadas que escapan a toda previsión, y burlan el criterio del historiador y del crítico. Macbeth es una incógnita que ha agotado las fuerzas del sabio de la crítica; Hamlet es una nebulosa donde habría que observar con la ayuda de grandes lentes cada una de las estrellas infinitas que a la simple vista parecen un conjunto informe de nubes luminosas. Facundo es un gran problema cuya solución anunciará el día de una conquista del espíritu; será la aurora de una época de fecundas creaciones trágicas y líricas, en la que aparecerán con el esplendor que hoy se nos oculta todos esos secretos con que la naturaleza envuelve las causas históricas, manteniendo la sombra alrededor de los sucesos. Arrastrados por su atracción, y nadando en la aureola que ilumine la figura del modelo, brillarán también como los satélites de un gran astro las multitudes de caracteres secundarios que

pasaron sobre la Tierra oscurecidos por sus irradiaciones de luz, de fuego o de sangre, y que, no obstante, tuvieron en la edad contemporánea un rol decisivo en la evolución social. Hay en él la fuerza salvaje de los héroes de las epopeyas primitivas, impulsado por el instinto o por ideas caóticas semejantes a las vislumbres intermitentes de un mundo en formación; y esa fuerza ineducada solo se dirige a reunir alrededor de su foco las fuerzas secundarias que mueven el complicado organismo de la humanidad.

La tragedia tendría en este genio singular uno de esos personajes que se inmortalizan con solo presentarlos a la escena en su forma real, desnuda de los atavíos y de las fantasías del lirismo; es un tipo que solo puede aparecer en los grandes poemas de los maestros que crean retratando la naturaleza, como Shakespeare o Calderón, como Racine o Victor Hugo; porque sus líneas rígidas como el granito no acertarían a brillar en esa poesía que se alimenta de lo sentimental: para caracteres como este se necesita el buril de las épocas primitivas, o de una musa inspirada en el realismo palpitante.

La música que tradujera en armonías sus pasiones desbordantes no sería por cierto aquella que expresa los suaves y apacibles sentimientos con melodías soñadoras; sería una sucesión de acordes semejantes a rugidos, de arranques intermitentes y nerviosos como los que provoca la conmoción eléctrica; habría en ella toda la salvaje armonía de los ruidos nocturnos, de los vientos que azotan la selva escuálida, levantando torbellinos de polvo, de los derrumbamientos de la montaña que producen esos estrépitos que en el silencio de la noche alcanzan a conmover los valles y los llanos vacíos. Wagner solo podía animar a tan grandiosos, tan sombríos, tan fantásticos cuadros.

La tragedia vive de esos caracteres sombríos que parecen concentrar en sus fibras todos los impulsos, todos los instintos, todos los entusiasmos humanos; la tiniebla es su aliento; la sangre, su tinta más viva, la muerte, su atmósfera propicia; y ya sea que sus héroes se inmolen en las aras de una gran virtud, ya que sucumban bajo el golpe del verdugo, del traidor o de su propio puñal, ella sola puede desenvolver y servir de desenlace a sus tramas infernales. No obstante la virtud, como la luz, solo tiene matices deslumbrantes producidos por su propia refracción, sin que el fluido varíe ni ofrezca esencias diferentes; y por eso las obras trágicas en que ella es el móvil o el fin de una muerte heroica no atraen ni concentran la mente en un análisis profundo, porque el espectador y el crítico solo tienen una palabra que lo explica todo: virtud; como cuando contempla las maravillas de la naturaleza y las claridades de los cielos, el observador solo tiene una palabra: luz. Pero el crimen que se alberga en los más recónditos pliegues del alma humana, allá donde bullen como los gérmenes de un ser futuro en su matriz natural todas las pasiones que mueven la voluntad y engendran los sucesos, es como la noche en cuyo seno se agitan invisibles miríadas de seres, de fuerzas, de corrientes, de fantasmas, de sueños, que nadie puede describir, contar, pulsar, percibir ni personificar.

He ahí el profundo interés de la tragedia en que el crimen se concibe, se manifiesta y estalla en sus múltiples formas; he ahí la grandeza de esos personajes que llevan en su espíritu una noche donde fermentan tantos elementos contradictorios y en lucha.

El espectador evoca todo el poder de su inteligencia para penetrar en el abismo fisiológico, y necesita toda la resistencia de sus fibras para no sucumbir al choque

de sus pasiones sublevadas por la acción trágica; ve el crimen en sus obras y en la muerte que derrama a su paso, pero su avidez analítica se estrella ante la oscuridad de su génesis; él admira con terror esos caracteres de piedra que pueden albergar tanta maldad, tanto odio, tanta muerte, y no puede descubrir el secreto de esa extraña grandeza del crimen que lo deslumbra y lo ciega, que lo sacude y lo desgarra. La tragedia del crimen es la poesía de la sombra, como la de la virtud es la poesía de la luz; las pasiones que se desencadenan y combaten en los senos lóbregos retumban en los oídos con el estruendo de un río que se despeña en las entrañas del granito: se escucha su hervor invisible con ese temblor que provocan las grandes catástrofes. Las luchas de la virtud y sus abnegaciones grandiosas son los cambiantes de la luz del sol al reflejarse en las capas atmosféricas, que adornan los paisajes de colores irisados. El sacrificio que la consagra resplandece al final con la magnificencia de una puesta de sol en el océano o en la pampa.

De ahí, pues, que la virtud debe destacarse en la tragedia como puntos luminosos sobre un fondo oscuro, como los astros de la noche en la bóveda estelaria. Con la extinción de la luz, comienzan a acudir a la mente los recuerdos y los pensamientos sombríos, y la música de la naturaleza se satura con ondas melancólicas; y cuando ella reaparece sobre las cumbres, después de su peregrinación por otros hemisferios, vuelven de nuevo al cerebro las visiones sonrientes y los sueños tranquilos, y la música de la naturaleza estalla con el júbilo de un himno de alabanza.

Facundo es el gran personaje de la tragedia argentina, destinado a dar vida a una obra inmortal, porque lleva en su alma aquella terrible grandeza que confunde la mente y aturde los sentidos. El crimen es su estado natural, la ambición concentrada, su móvil permanente, y una chispa de fuego incendiario, el anuncio de sus tempestades interiores. Puede aplicársele lo que Saint-Victor dice de Macbeth: «Una vez lanzado, no se detiene ya; su lógica es corta como su puñal; es preciso que el mal consolide lo que el mal ha comenzado. El primer asesinato ha desarrollado en él todos los instintos carniceros. En adelante mata para reinar, como el tigre para comer, con la violencia y la fatalidad del hambre. Este encarnizamiento en el mal es uno de los signos característicos del bárbaro. Mientras que los tiranos del mundo civilizado se suavizan algunas veces, tienen momentos de reparación y caprichos de clemencia, los jefes de horda, los "Azotes de Dios", los reyes de la estepa y de la selva son presa, al matar, de una ebriedad horrible; se sumergen en la multitud de sus crímenes como en una pelea. Sus últimos días se parecen a esos crepúsculos en que el sol se pone entre nubes de sangre. Así hace Macbeth: de escena en escena, su primer crimen va multiplicándose, en cierto modo, por el cuadrado de su enormidad».

Más perfecto que Rosas bajo su aspecto trágico, Facundo no destelló un solo rayo de luz de la eterna noche de su alma. Personificación humana de la naturaleza que lo rodea, ha heredado de ella todo lo árido, lo abrasador, lo desolado, y ha desterrado de sí toda nota apacible, todo color resaltante, toda influencia moderadora: parece haber brotado del seno de la tierra en el momento de un incendio que devoraba las selvas, quemaba los tallos nuevos y secaba las corrientes que fecundan el suelo. El tirano de Buenos Aires es el tipo de la tragedia romana o griega, donde el histrión se mezcla en las graves escenas de los grandes personajes; en él se confunden el rugido hambriento del jaguar y la risa sarcástica de un

sátiro repugnante. Después de clavar el puñal, se para con delicioso arrobamiento y con júbilo satánico a contemplar las contorsiones de la víctima agonizante. Es un degollador desalmado, cargado de sangre, que acompaña con músicas alegres la operación horrible de separar cabezas de sus troncos. Tiene la doblez de Luis XI en sus manejos tenebrosos, y el amor propio del artista que Nerón ostentaba como un signo de su genio; pero esa doblez y ese estro cómico, reproducidos por el gaucho argentino, pierden mucho de su aspecto clásico.

Facundo, por el contrario, es el personaje de la tragedia shakesperiana, que no pierde su gravedad sombría, sino que va concentrándose cada vez más hasta que estalla en la catástrofe. No se oye sino el bramido siniestro del tigre, cebado con la carne humana que ha multiplicado su apetito, y ese bramido no se interrumpe sino cuando sus garras y sus dientes se ocupan de la matanza y el festín. Mata en el momento del impulso homicida, cuando la pasión ha estallado en su ser, y él reviste su crimen con el nombre de una virtud, o con una vislumbre de justicia; mata al cobarde, al traidor, al ladrón, y cuando el odio lo incita, entierra su lanza o su puñal, con impavidez marmórea, y su frente se nubla y repliega con una contracción rígida, ante el raudal de sangre, ante el gemido del agonizante, ante los horribles estertores de la muerte. Es el hombre fuerte que se conoce superior a su raza, y que sabe que la ha dominado con el terror.

El amor propio es, quizá, en él una nueva fuerza que lo impulsa más a lo profundo del crimen. Cuando alguien ha brillado a sus ojos con un destello de valor de que él solo se cree poseído, o con uno de esos rasgos de virtud que iluminan y se imponen a los criterios más informes, la fiera salta con furia renaciente, ebria de aquella vida que lo eclipsa, que parece una protesta, que pretende juzgarlo, y clava la garra afilada en la carne, de la que quisiera no dejar un átomo, por temor de que allí anide y surja de nuevo el espíritu que la animaba. En ese momento ansiaría ver apagarse el Sol y aniquilarse la Tierra, por que no se viese la depresión de su prestigio, de su figura moral, de su poder cimentado por su propia fuerza; y, ¡ay del que osara resistir y defenderse!

Entonces la lucha es terrible, infernal; el hombre pierde hasta su forma; un acceso de rabia animal lo impulsa con la ceguedad de una máquina; sus rugidos atruenan y salen ahogados de su pecho comprimido y jadeante, con ese sonido de estertor que produce la sangre al derramarse del cuello del toro rasgado por la cuchilla; y si aun así no logra vencer, llama en su auxilio con gritos estentóreos y henchidos de amenazas a sus esbirros y, atando a su adversario de pies y manos, saborea enseguida la venganza salvaje, desgarrando su cuerpo inerte hasta dejarlo convertido en una masa informe.

El instinto de la dominación es lo que forma el fondo de su carácter, y se manifiesta con sus impulsos salvajes en todos los actos de la vida, en todas las formas de la pasión. Cuando el juego lo domina, sus facultades se embargan por completo y se clavan sobre la carta como atraídas por un abismo. Si no halla quien lo acompañe, quien combata con él en esa lucha singular, lo busca, lo apremia, lo obliga con el poder de su fuerza; con el terror y con la muerte castiga la resistencia de una virtud. El juego es en su espíritu una fiera que necesita víctima para aplacar su hambre.

No satisfecho con el dominio político y militar sobre su pueblo, precisa también esclavos que sirvan de desahogo a cada uno de sus instintos sensuales; y no

sé cuál es más grande para su heroísmo terrible, si la batalla librada en campo abierto por sus montoneros desenfrenados, contra los ejércitos, o aquella en que sus pasiones brutales disputan la suerte jugada a una carta, en la que más que de su fortuna, se decide de su vida, de su predominio moral, de su prestigio. Cuando la suerte le es adversa, como Áyax la desafía, y su furor no tiene límite; su vencedor es una víctima segura; y si aún su fiebre no se ha calmado con la muerte, su cuchillo y su lanza esparcen el exterminio en torno suyo.

Mientras la solución está pendiente, su cerebro no descansa, porque busca con un empeño y una tenacidad admirables, pero desesperados, los recursos más inauditos, toca los resortes más recónditos, pierde por entero toda noción moral para conseguir el triunfo: no parece sino que de él dependieran su cabeza y su poder militar.

El jugador tiene, como los criminales consuetudinarios, su código del honor; las faltas a la lealtad son castigadas con penas afrentosas; la avaricia, aunque es su móvil general, es en la forma uno de los vicios execrados en el tapete; pero Facundo pisotea ese código, como todas las leyes sociales, cuando se levanta como una barrera contra el torrente de sus pasiones. Las reglas del juego deben obligar a todos cuando le ofrecen ventaja, y tienen siempre una excepción favorable para él cuando sus prescripciones son contrarias a su interés. De todos modos, él es el juez supremo que decide la interpretación de las reglas, y es el supremo legislador que las altera y transforma según su voluntad.

Nada hay estable alrededor de este monstruo que se revuelve incesantemente, agitado por sus pasiones tumultuosas, y que se considera el centro de un círculo a cuyo derredor giran los hombres atraídos o repelidos por ellas.

Entre todas las pasiones humanas, el amor se eleva y predomina, se difunde e irradia como el fuego en la vida material; es suave y semejante a una melodía lejana escuchada en sueños, en los temperamentos delicados y artísticos; es impetuoso y como una erupción de lavas comprimidas, en los temperamentos salvajes; pero, no obstante, sus influencias no reconocen leyes invariables, porque unas veces de un artista hace un criminal, y otras convierte un tigre en una sensitiva; unas veces sublimiza el instinto elevándolo al grado del misticismo más puro, y otras derrumba los afectos ideales para convertirlos en la llama abrasadora que transforma al ángel en la bestia.

Si las pasiones determinan la voluntad, el amor es la causa más permanente y continuada de los sucesos humanos; sus dramas se repiten sin solución de continuidad desde los principios del mundo, ya poniendo de relieve y evocando los grandes heroísmos y las virtudes excelsas, ya conmoviendo una época con el fragor de una catástrofe, con el horrible fulgor de uno de esos crímenes que abruman o convulsionan la conciencia. Nada hay como él que haya creado más sobre la Tierra, ni nada que haya destruido más lo que otros crearon. Atributo más íntimo, más esencial de la materia y del espíritu, su influencia llega a veces a reemplazar la acción de todas las facultades reunidas. Es fecundo, creador, grandioso, cuando la elevación moral ha pulido sus formas y ha divinizado sus acentos; es tenebroso, devastador, rastrero, cuando el instinto que lo mantiene amarrado ha conseguido esclavizarlo cortándole las alas.

El amor de Facundo es el instinto sensual exaltado por el orgullo del tirano que domina todos los resortes del corazón y de la voluntad ajenos. No hay en esa

pasión un átomo de idealismo; no destella un solo rasgo apacible con que en los seres delicados ilumina los rostros; en él despide rayos que fulminan la muerte y el escarnio, o caen con horrible silencio sobre la masa calcinada de su propia materia, arrancándole aquellas chispas que incendian su mirada con el fulgor de la lascivia, y provocaban esos transportes de furor con que lanzaba sus garras sobre las víctimas de sus deseos, hasta doblegarlas por el temor, o hasta castigar con la muerte a la que resistía sus caricias brutales. Los celos no tienen en su alma el colorido que les da un amor profundo y puro; ellos son el estallido de la materia privada de su alimento, pero de una materia ingobernada y acostumbrada a la satisfacción del instinto.

Otelo amaba a Desdémona con el fuego de su raza y de su corazón medio salvaje; pero ella purifica sus instintos y lo baña de ideal; su crimen nace y se incuba en silencio en la intimidad de su ser, a medida que las sospechas van cayendo en su fondo, como las chispas del incendio apagado reanimando las cenizas; tiene el origen noble de un amor lleno de ternura y salpicado de gotas de rocío. Facundo ama a Severa, porque su hermosura y sus formas estatuarias, su pureza y su virtud despiertan en el bruto de la llanura el hambre de la carne, y en el tirano, la fiebre de vencer la resistencia a sus caprichos terribles. No hay un rayo de luz en aquella pasión tempestuosa; no hay una armonía en sus gritos de furor lascivo: no hay una ráfaga de frescura que anuncie la llegada de la aurora en aquella noche impenetrable.

El crimen se elabora en el fondo de aquella alma-abismo, como el rayo en el seno de la nube: solo estalla cuando llega el momento de matar. Entonces la rabia, que se ha convertido en una verdadera enajenación erótica, exaltada por el fuego y el vigor primitivo de su organismo, se desencadena sobre la inocente y desgraciada hermosura, no ya para saciar en ella algún deleite, sino para castigar el enorme delito de la fortaleza moral; porque el placer sensual le exigiría una moderación y una calma que desaparecieron al impulso convulsivo de su despecho.

La aberración es propia de las organizaciones casi rudimentarias que aún no se modelaron con la influencia de la ley social. La bestia feroz del desierto tiene hambre de la carne inmaculada y tersa de la virgen, y destella todo el brillo fosforescente de sus pupilas para fascinar a la presa demasiado sensible; pero los fluidos antagónicos se repelen, y el horror domina a la víctima en vez de la fascinación magnética. El miedo no vence jamás al amor, como no se conseguiría arrancar un canto al ave de la selva con el castigo ni la violencia. Efluvio espontáneo de la naturaleza, él nace al beso cálido de la luz, al roce tenue de la ráfaga fecundante, al contacto vivificador del rocío matinal. La lucha parece imposible, pero hay en la virgen una fortaleza que supera al impulso del salvaje. La conciencia de la virtud, obrando sobre la voluntad, es más fuerte que el paroxismo ciego de la materia convulsionada. Desde luego, en este combate aparentemente desigual entre dos naturalezas opuestas, de las que una ocupa el más bajo nivel, y la otra, la cúspide, hay todos los elementos de la tragedia nacional, sin que puedan atenuar sus fulgores ni la barbarie rústica del personaje, ni la informe cultura del medio.

Facundo –he dicho– es el tipo clásico de la tragedia shakesperiana; es hermano de Ricardo III, de Otelo, de Macbeth, de Hamlet, porque aunque diferentes en los detalles, sus personalidades flotan en el mismo ambiente saturado de

sangre y de muerte, y bañado por esa sombra en que germinan los grandes crímenes, en que rugen las pasiones del bárbaro, en que luchan las ambiciones no satisfechas, en que se devastan a sí mismas las facultades nacidas para la dignificación del hombre. Los demás caracteres a que dio origen la época que analizo son irradiaciones pálidas de los grandes modelos. Más próximos a la medicina que a la filosofía, de su estudio resaltarían las líneas fundamentales sobre las que el poeta levantaría el armazón de la tragedia.

Las tradiciones populares han hecho de Facundo un ser inmortal; unas veces se visten con el ropaje ensangrentado de sus crímenes, de sus crueldades, de sus cargas devastadoras; otras llegan hasta a despertar un profundo sentimiento de tristeza en presencia de las desgracias que sembró a su paso. Y sea porque en el personaje mismo hay algo de grandioso que la mente trabaja por comprender, sea porque la fibra nacional, templada por el fuego de nuestro clima y empapada en la honda melancolía de la llanura, sienta un amor secreto por aquel hijo de la tierra en quien resplandecían sus rasgos característicos, la figura tradicional del Tigre de los Llanos no aparece en los relatos ni en los cantares del pueblo que heredó su memoria con ese aspecto odioso con que la sombra de los tiranos espanta las imaginaciones. Esa grandeza sombría del crimen que se presentía en él ha acallado el grito condenatorio de su posteridad; porque sus hechos, hiriendo la imaginación e idealizándose en sus vuelos tropicales, no ha dejado lugar a la formación del juicio.

Y a la verdad, sorprende e incita a creer en influencias sobrehumanas aquella penetración profética con que el caudillo riojano descubría los pensamientos que se incubaban en la mente de sus soldados; esa fascinación poderosa que ejercía sobre las voluntades con solo clavar una mirada o arrojar un grito; ese aspecto selvático, con su melena de león, su barba tupida y enrizada, en cuyo fondo negro brillaban sus ojos chispeantes y pequeños, semejantes a los del buitre que sondea la tiniebla; ese conocimiento asombroso de los secretos de la llanura, que le daba como un poder maravilloso para sus correrías y sus batallas fantásticas; esa identificación absoluta con la naturaleza, que le hacía contar cada una de sus palpitaciones y presentir cada uno de sus movimientos, en la nube de polvo levantada en remolino y girando hasta perderse a la distancia, en el vuelo inusitado del ave de los bosques, en la carrera precipitada del bruto que pace en la yerba.

Nadie como él supo leer en el libro de la tierra, ni adivinar sus misterios; los sordos rumores del llano desolado llegaban a su oído como una confidencia: quizá fue la única música que encantó sus sentidos, la única lamentación que arrancó una lágrima de sus párpados candentes; y quizá también de esas comunicaciones invisibles con los genios de la llanura adquirió esa ciencia de la guerra, ese valor temerario, esa astucia diabólica para preparar la victoria y descubrir las secretas maquinaciones de la suerte. A través de la distancia, sus contornos aparecen agigantados con esa aureola de lo desconocido que aún no se ha desvelado; sus tradiciones se relatan o se cantan en la guitarra en el tono melancólico con que se celebran los triunfos o se lloran las desgracias de los héroes; y si preguntáis al trovador de los llanos por qué hace gemir sus cuerdas para recordar las crueles hazañas de Facundo, os responderá que así aprendió su canción, y ni sabrá deciros cuál fue su maestro, ni quién fue el poeta que creó la estrofa. Es que el gaucho, como el ave, aspira el aliento de la tierra donde nace y donde vive, y sus cantares

tienen toda esa vaga tristeza que flota sobre la extensión desolada. La naturaleza fue su maestro y su poeta, y al repetir sus melodías, su voz es quejumbrosa como la música que imita, sus imágenes son tristes como los paisajes que contempla, y sus lágrimas se desprenden de sus ojos para secarse en la mejilla morena, como nace una corriente del fondo del peñasco para perderse en el seno hirviente de las arenas. He ahí por qué la tradición que se perpetúa en los cantos populares hace de Facundo un personaje romántico, cubriendo sus crueldades con una atmósfera de armonías que aparta la maldición de su cabeza.

Pero no así la tradición de las ciudades donde el caudillo entró al frente de sus hordas vandálicas, porque cada una de sus invasiones es un soplo del desierto lanzado sobre los muros que se levantan como una fortaleza contra su expansión voraz. Allí la memoria se tiñe del rojo de la sangre, la armonía de los campos se mezcla ya con los acordes valientes de la ira, y al lado de las sombras fugaces que atraviesan el escenario ideal como evocaciones del sueño, se ven también las de las víctimas inmoladas al furor de esas luchas infernales, a cuyo paso brotaban los incendios, se desplomaban los muros y se levantaba un coro desgarrador de gemidos. Allí aparece el antagonismo eterno de la ciudad con el desierto que la acecha, y que de tiempo en tiempo desencadenaba sobre ella sus ráfagas de fuego y sus torbellinos de polvo, como si ansiara sepultar su orgullo bajo sus capas movibles.

El colorido de la leyenda y el tono del cantor de la llanura cambian al penetrar en el recinto de la ciudad, porque allí se elaboran los materiales de la historia, y las fantasías del poema se desvanecen al contacto frío de la verdad positiva. Por eso van desapareciendo de la superficie de nuestros territorios esos trovadores que cantan la tradición íntima o la heroica en el lenguaje sencillo y en el tono rústico en que la oyeron por vez primera; y pronto, cuando ya los inventos del siglo derramen en los escenarios de tanto drama sombrío oleadas de hombres de razas distintas e indiferentes, no habrá quedado en el suelo ni un rastro de los pasados héroes, siquiera sean los del terror, en la atmósfera, ni un eco perdido de la antigua canción que lloró los infortunios del alma nativa, en la memoria ni la vislumbre de las imágenes que en otros tiempos poblaron los desiertos y el espacio con sus carreras fantásticas, con el brillo de sus armas y de sus hazañas, con el ruido confuso y estentóreo de los combates. Recojamos esas músicas que se alejan, antes que la distancia nos impida percibirlas entre el tumulto con que la vida nueva se desborda sobre los desiertos.

Satisfecho de su dominio sobre el suelo nativo, donde no ha dejado una hierba en su tallo, aquel tigre comienza a extender sus correrías fuera de los límites de la selva donde reina como único señor; sus montoneras invencibles le siguen fascinadas a través de las fronteras, y va a caer como la tempestad en medio de las ciudades lejanas donde se asilan aún los soldados y defensores de la unidad nacional.

Córdoba siente el estruendo de sus pisadas y lo ve llegar con su bandera negra, que como una aberración infernal ostenta el lema de «Religión o muerte». Ella, que conserva en lo íntimo de su alma la tradición religiosa de la Colonia, orgullosa de su depósito sagrado, como la Atenas engreída de sus templos, de sus ídolos, de sus reliquias, se yergue indignada contra aquel nuevo Alarico que abortaron las estepas desoladas. Pero allí permanecían aún algunos de aquellos soldados sin mancha que habían paseado la bandera revolucionaria en los tiempos

heroicos, y se pusieron de pie para resistir el embate de aquel torbellino de polvo lanzado por los vientos del desierto.

Los templos se conmovieron ante la cercanía de la sacrílega banda que oponía la muerte a la religión; y el general Paz renueva en las planicies que circundan el valle donde murmura la ciudad clásica, sus hazañas antiguas que merecen la inmortalidad que los griegos tributaban en la columna conmemorativa y en el epitafio glorioso. Aquellos combates están llenos de episodios que la poesía iluminará con sus resplandores ideales, porque a la barbarie de las turbas llaneras cobijadas bajo su negro estandarte se opone la pericia de aquel militar imperturbable que solo puede compararse con el genio de Napoleón.

El llano que engendró las muchedumbres desoladoras es como un abismo en cuyo fondo se revuelve una fuerza misteriosa; a veces expulsa de su seno hirviente la multitud de los seres que la pueblan, sobre las comarcas vecinas, y otras las absorbe de nuevo con igual poder, cuando han barrido las tierras, o se estrellaron sin fruto en los flancos de las montañas. Facundo, vencido en Córdoba, parece que presiente el término de su poderío y de su sombría gloria; su ceño se cubre de nuevos surcos que revelan nuevos infiernos en ebullición; la fiera cebada en la matanza ruge con furor siniestro cuando la presa elegida ha rechazado el ímpetu de su salto de guerra, y se aleja rugiente en la oscuridad de la noche, a buscar en otras tierras a la víctima de la expiación y la venganza. Atila vencido en Chalons se repliega al fondo de sus bosques, a meditar el exterminio sobre alguna Roma envilecida por sus tiranos.

Catamarca lo ve llegar jadeante, enfurecido, buscando a una víctima perseguida por sus delirios eróticos, y allí derriba las puertas de un convento, viola el secreto de la celda, y ofuscado por su rencor salvaje, que eclipsa a su mismo instinto sexual, asesina a la mujer deseada, porque no debía brillar a la luz del Sol una virtud que había resistido, venciendo, a sus ansias brutales.

Tucumán padece durante largos días de la fiebre del terror, mientras el Tigre de los Llanos mantiene su tienda levantada bajo la techumbre de sus selvas tropicales. Los rugidos de la fiera han hecho enmudecer los cantos de la naturaleza; el vapor de la sangre derramada ha teñido de rojo la espléndida luz de su cielo; las cabezas de las víctimas colgadas de los árboles han reemplazado las flores que embalsaman el ambiente de aquel paraíso de América. La velada tranquila en otro tiempo, donde se referían las leyendas de la raza primitiva que tuvo en su suelo un trono, y de la nación de Mayo que se coronó con luz de inmortalidad en su Ciudadela, se puebla de visiones fatídicas, de cuadros tenebrosos, donde atraviesan gimiendo las sombras de los asesinos, los fulgores del cuchillo ensangrentado, el tropel de las turbas ebrias que corren al degüello, al son de risas estridentes, de canciones báquicas, de gritos de exterminio.

El monstruo que manchó con sangre las laderas del legendario Famatina, donde desde los tiempos remotos resuenan músicas misteriosas y sonríen sus genios invisibles, corre también a profanar con la planta de sus potros y el riego de sus crímenes las faldas del Aconquija, que se levanta en medio de los bosques tucumanos como aquella montaña del Edén de donde, según la tradición, brotaban los ríos que vestían la tierra de verdura eterna. Allí está como una atalaya inmensa, de cuya cima el genio de América vio desfilar las huestes del Inca poderoso, las corrientes conquistadoras que atravesaron por tres siglos sus caminos abruptos,

y las legiones argentinas, inflamadas por el Sol fecundo que irradia de sus cumbres, sembrando a su paso victorioso la libertad. A su vista el gran poeta de sus glorias y de las desgracias de su patria ha exclamado en el tono sombrío y grandioso de la epopeya:

¡Cuántas revoluciones
Has presenciado tú, cuántos sucesos!
¡Cuántas generaciones
Dejaron junto a ti sus blancos huesos!
¡Cuánta sangre en tus valles ha corrido!
¡Cuántos ayes llegaron a tu oído![9]

Facundo empapó con la sangre de sus víctimas aquella tierra predestinada a los grandes sacrificios. El vértigo, la locura del terror se apoderan de ella, como de la virgen inocente amenazada en su pureza por el furor lascivo de un ebrio. El asesino de Severa se siente irritado en aquel paraíso donde las mujeres resplandecen con los colores y la savia de una primavera tórrida; la luz lo embriaga y aguza sus sentidos; sus brisas cálidas, saturadas de perfumes, excitan sus pasiones con su roce suave, semejante a una caricia infantil; y entonces corre desesperado tras la hermosura que lo cautiva, y que huye despavorida de su aspecto selvático y rudo.

Pero su fiebre no saciada va encendiendo el furor de muerte; la sombra de Severa se levanta de nuevo ante sus ojos para irritarlo aún más, y en todas partes ve brillar el resplandor de aquella mirada y la morbidez de aquellas formas que lo precipitaron al crimen con que mancilló los claustros de Catamarca. La bestia, una vez enfurecida, va a apagar su sed de placeres derramando sangre, como si solo ella pudiera calmar las hogueras que arden en sus carnes convulsas.

Es entonces que comienza en Tucumán aquella carnicería espantosa que oscureció por mucho tiempo sobre su cielo el Sol que la satura de savia y de vida; entonces aquella

tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores
que el Inca poseyera, hermosa joya
de su corona regia,*

se cubre con el cilicio de los grandes dolores, balbucea las plegarias íntimas con que se propicia la piedad de los dioses; sus hijos corren a ocultarse en las guaridas secretas de la montaña o a asilarse en el hogar extranjero, hasta que el paroxismo del tirano y el flujo sanguíneo de su rabia se amortigüen o se apaguen por su propio exceso. Su nombre, pronunciado apenas, hace el efecto de la corriente eléctrica; la imaginación popular lo considera como un Luzbel malvado y hambriento de carne humana; los niños lloran al oírle recordar, y por un instintivo movimiento de

9. ECHEVERRÍA, E., «Avellaneda», Canto Segundo, en *Obras completas*, tomo I, *Poemas varios*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1870, pp. 362-369.

* Ibíd., Canto Primero, p. 284 [N. de E.].

terror corren despavoridos a refugiarse en el regazo materno. La vista continuada de sus degüellos ha creado un estado permanente de excitación que conduce a la muerte o a la locura.[10]

La Rioja es su guarida, los llanos son su ambiente, y allí corre siempre que los reveses del combate lo quebrantan y lo azotan; pero la cueva está alfombrada de miembros humanos, dispersos en la embriaguez del festín; en ella vuelve a su holganza primitiva, libre de las restricciones que impone la gente extraña. Hay que estudiarlo allí, en la plenitud de su libertad, en el dominio absoluto de sí mismo. Después de conocer al bárbaro invadiendo los pueblos vecinos, montado sobre el caballo de pelea, internémonos al fondo de su retiro, donde reposa de sus largas fatigas.

La Rioja es el pueblo mártir por excelencia. Fundada entre el desierto y la montaña, el primero extiende sobre ella sus ráfagas encendidas, y la segunda detiene con su barrera de rocas la expansión de su savia. Nacida del medio de los combates más formidables que la raza conquistadora tuvo que sostener contra los dueños del país, arrancó del seno materno esa fortaleza para resistir la desgracia, que ha hecho de su historia aún no escrita un verdadero poema de dolor y de martirio. Las riquezas de su suelo y de sus montañas, con que en los tiempos antiguos tributaba los mejores y más bellos adornos para los altares del Sol, fue causa para que sus dominadores fueran a buscar en ella la fortuna, pero siempre a costa de su vida. Poseedora de un talismán maravilloso que hacía brotar el oro golpeando sobre la piedra, aquellos padres solícitos le conservaban la vida, solo para mantener en acción el poder mágico que tantas riquezas convidaba. Alejada de los grandes focos de la cultura nacional, como sumergida en su mar de arenas movedizas, y ahogada por sus cerros gigantescos, los movimientos de su savia vigorosa se sucedían en silencio, y crecía espontáneamente como la yerba de los campos.

Cuando el clarín de los Andes congregaba a los soldados de la expedición inmortal, ella pone en pie de guerra a sus hijos, curtidos en la lucha por la vida, y atraviesa al norte la cordillera terrible, al mismo tiempo que San Martín hacía resonar los himnos de Chacabuco. Y este episodio magnífico en que la figura del coronel Dávila resplandece con el brillo de las grandes proezas no ha sido exaltado por la musa de la patria, ni popularizado por la historia, ni fantaseado por la leyenda, quizá porque las oleadas de sangre que mancharon su suelo sepultaron hasta el recuerdo de su abnegación por la causa de la libertad americana. Y –diré con uno de sus hijos más ilustrados–, «ya que La Rioja ha dado tantos días de dolor a la República, siquiera que se le tenga en cuenta que también los dio de gloria, en aquellos tiempos en que el patriotismo y la civilización de sus hijos no habían sido aún manchados con el salvaje aliento del Tigre de los Llanos».[11]

Hasta ella llegaron las nubes ensangrentadas de la anarquía nacional; y cuando Facundo se levanta del fondo de la escena, comienza a reflejar sobre el oriente los rayos de su propia hoguera. Sus cabildos cayeron envueltos en la ráfaga iracunda de la desgracia común, y allí se pierden –quiera Dios que no sea

10. RAMOS MEJÍA, J.M., *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Primera parte, *op. cit.*

11. DÁVILA, Guillermo, «La Rioja en la campaña de los Andes», en *La Revista de Buenos Aires,* t. XXIII, p. 200.

para siempre– hasta los rastros de su historia sembrada de tragedias, coronada de mitos sonrientes, arrullada de poemas vaporosos, en que los genios de sus montañas forman un mundo de armonías y de imágenes aladas.

Pero todo ese enjambre radiante de seres fantásticos que cantan en la noche canciones arrobadoras, y ornan las sienes blancas del Famatina con luces inquietas que centellean como las faces de un diamante colosal, callan y se apagan de súbito cuando brota de un estremecimiento de la llanura el monstruo que luego enrojece su ambiente. El valle que se extiende a sus plantas, y donde antes resonaron las músicas nativas, y nacieron tantos idilios primitivos de amor, de heroísmo y de fe, vio cruzar con espanto las hordas sin ley y sin destino, guiadas por aquel hijo sin entrañas, que comienza por clavar un puñal en el corazón de su tierra desventurada.

El encanto de la poesía virgen desaparece desde entonces; las nieblas ocultan las puestas del sol tras de la cumbre, y en la noche solo llegan murmullos lúgubres que parecen sollozos de la montaña. El oro que ocultan sus grietas atrae como un imán las codiciosas pupilas del tirano, y, como la fiera que le ha dado nombre, acecha desde el matorral sombrío al aventurero esforzado que remonta las laderas llevando el trabajo creador y generoso. El cuchillo del tosco verdugo se encarga de arrebatar de manos del obrero el fruto de la labor heroica.

Un drama lleno de pasión, de valor, de sangre y de tinieblas ha inmortalizado en la tradición aquel valle paradisíaco y aquella montaña fantástica. Y, ¿qué palmo de esa tierra no ha sido consagrado por un sacrificio bárbaro? Durante medio siglo no ha cesado de vibrar en las cimas y en las llanuras el lamento de sus hijos, asociado al fúnebre rumor de los vientos que brotan de las alturas nebulosas; porque las montañas parecen encarnar los sentimientos y las fantasías de los hombres que pueblan sus laderas: es en ellas que las razas primitivas colocaron sus olimpos, y los pueblos combatientes erigieron los templos de sus glorias. La leyenda, la epopeya, las religiones arrancan a sus personajes de la cumbre velada, como si el misterio fuera la fuente de todas las grandes creaciones que deslumbran y extasían.

Descorred el velo que encubre los orígenes, y aquellos palacios centelleantes se derrumbarán con todo el cortejo armonioso de sus héroes y de sus dioses. Pero el crimen realiza también la destrucción de esas mitologías celestiales, porque la sangre vertida por el hombre acalla las sonrisas de la naturaleza y las músicas de la noche, y extingue con su soplo envenenado las luces fugaces que revolotean en torno de las grutas encantadas.

Las matanzas de Facundo y el grito estridente de sus turbas envilecidas secaron las fuentes de la poesía en aquella tierra que un desierto satura de tristeza, que montañas colosales arrullan con rumores somnolientos y coronan de irradiaciones irisadas.

La tradición de mi pueblo es la tradición del sacrificio. Durante la noche de su desgracia, la musa de sus montañas y de sus llanos adquiere ese tono melancólico que hoy suspira en sus canciones populares. Hay en cada uno de esos hombres de la llanura un abismo de dolor que nubla su frente, y sin que él lo advierta se traduce en lamentos que evocan una lágrima. El frío estoicismo con que soporta la miseria y los furores de la naturaleza es algo que infunde admiración y espanto: parece que no hubiera un alma sensible dentro de su corteza tostada por el sol y

agrietada por el soplo caliente del desierto, y no obstante, la guitarra gime en sus manos en la noche silenciosa, y su voz se levanta serena pero temblorosa, recordando la historia de una matanza donde perecieron sus padres, de un degüello horrible en que la sangre de sus hermanos esterilizó la tierra, de un amor purísimo cubierto de duelo por la brutalidad y la lascivia del tirano. El artista de aquellas regiones no tiene en su paleta sino los colores del ocaso; el poeta no tiene en sus fibras sino los tonos de la elegía; la llanura los envuelve en su tristeza, y la montaña los cautiva con sus crepúsculos.

Yo he oído esos cantos en mi infancia, cuando abría mis facultades a las seducciones de la naturaleza; he conocido en ellos la tradición dolorosa de mis antepasados, sus peregrinaciones, ya sea en los combates contra la barbarie, ya en los ostracismos interminables durante los cuales fueron a mendigar al otro lado de los Andes la libertad y el sustento; he escuchado con la avidez de los pocos años esos relatos sombríos, en que aparecen como envueltos en una atmósfera de fuego, y corriendo sobre corceles alados, los bárbaros de Quiroga, sembrando el incendio en las heredades rústicas, la muerte o la deshonra, en los hogares indefensos; y en medio del confuso torbellino veía caer atravesados por la lanza del caudillo feroz a los héroes que el 12 de febrero plantaron el estandarte de la Revolución sobre los muros de Copiapó.

Nada quedó de pie bajo el flujo de la soldadesca fanatizada por la sangre; y cuando el bárbaro, cansado de matar, vio que no podía cortar de un golpe todas las cabezas sobrevivientes, expulsa de su patria a todas las familias que llevaban en sus venas la sangre que ansiaba devorar. Entonces empieza aquella emigración en masa, que hace del año 1829 un limbo tenebroso penetrado de despedidas desgarradoras.

El tigre enfurecido ha despedazado a todos los habitantes de la selva, o los ha espantado con sus rugidos horrendos; y solo, bramando, revolviéndose y levantando puñados de polvo, ¡se contempla a sí mismo único poblador de la Tierra! Es el momento supremo de su furor: la fiebre llega a su grado máximo, como si presintiera la aproximación de la muerte.

El general Paz se acerca, y el caudillo riojano se adelanta a su encuentro. La derrota de La Tablada rechaza sobre La Rioja la ola de la devastación, agigantada en su camino tumultuoso. «Su sed de sangre crecía a la vista de la hecatombe que dejaba a sus espaldas, y en su despecho y su odio por la humanidad, juró vengarse de su contraste en los ciudadanos indefensos...»[12] Algunos amigos de la libertad celebran temerariamente su derrota; Facundo lo sabe, y castiga con la muerte aquella vaga vislumbre de felicidad.

Pero la escuela del dolor forma los grandes caracteres, los pueblos invencibles, los destinos inmortales. La República recibió ya su riego de sangre que la ha regenerado, y entre todas las agrupaciones que la constituyen, purificadas por el martirio, se destaca en el fondo enrojecido de aquella época la tierra que dio el ser a Facundo, y que él empapó en las corrientes de la sangre que arrancó su lanza. Yo la veo en el porvenir, como por una evocación profética, adornada de luces en guirnalda, entonando himnos de alegría, revestida de túnicas de oro, envuelta

12. DÁVILA, G., «El mineral de Famatina», *La Revista de Buenos Aires,* t. XIII, p. 93.

en espirales del humo que lanzan las locomotoras, saludada por sus hermanas como el refugio inviolable de la libertad y del trabajo.

Facundo personaliza la época de las guerras civiles –ha dicho Sarmiento–, y estudiar su vida, su carácter, sus luchas, es desvelar los misterios en que se oculta nuestra sociabilidad, que durante aquellos tiempos se mantiene envuelta en las tinieblas del caos. Cada uno de los hombres que se destacan en el fondo oscuro de ese inmenso cuadro es una nube repleta de fuego. Los relámpagos anuncian que en su seno fermenta su alma; pero los relámpagos son rayos que siembran la muerte. Artigas, López, Bustos, son vagos resplandores del gran torbellino que se acerca; son los amagos del cataclismo; pero en Facundo se concentra toda la fuerza del fluido tormentoso, y sus ráfagas, levantándose del extremo de la República, azotan bien pronto toda la región que se extiende a lo largo de las grandes montañas. La liga que amasa bajo su poder terrible tiene su origen remoto en el seno de la tierra. Parece que las ocho provincias montañosas que en los tiempos antiguos pertenecieron al Inca hubiesen cedido a la atracción invencible del granito que les sirve de cimiento. Hay en este fenómeno un atavismo sorprendente: Facundo, el genio sombrío como el desierto e inflexivo como la roca, es el vehículo fatal de esta resurrección a través de los siglos. Semejante a aquellos jefes de los Andes que tanto poder ejercieron bajo el Imperio inca, y a cuyo llamado concurrían, con el tropel de los peñascos que se desmoronan, todos los guerreros que poblaban las serranías, Facundo ha conseguido en virtud de un fatalismo misterioso reconstruir aquella antigua unidad que tantas veces hizo estremecer el solio del Cuzco.

Pero ¿quién proyecta sobre el escenario de la sociabilidad argentina la sombra y el terror que la envuelve? Facundo, Rosas, ¿son hijos, son emanaciones de la tiniebla, o es de su cerebro que brotan las ráfagas de oscuridad? ¿Hay en esto un misterio de las leyes naturales que rigen la evolución de la vida? Dos regiones constituyen nuestro territorio: la una es árida y abrasadora en el centro, y sonriente, escarpada y llena de bellezas en el occidente; esta tributa su savia y sus corrientes a la montaña; la otra es la predilecta de la naturaleza, y sus selvas mesopotámicas, sus pampas armoniosas y sus «ríos como mares» hacen de ella la morada de la poesía risueña; y esta tributa al océano. La montaña y el océano son los dos colosos que aún no ha podido sondear el pensamiento. Nuestra tierra es tributaria de esos dos soberanos de la naturaleza, y divide entre ellos sus ofrendas. Facundo nació de una tempestad de la montaña, que desata sus torrentes y sus ráfagas sobre la llanura tributaria; Rosas nació de un huracán de la pampa que se alimenta de los vientos del océano, y va a humedecer sus alas de polvo en sus grandes ríos.

En esta dualidad puramente física se encierran, quizá, los orígenes profundos de la dualidad histórica que se manifiesta en los tiempos medios por dos caracteres que sintetizan sus elementos combinados. Hay una lógica terrible en este fenómeno: la naturaleza es el seno donde se remueve el germen; de ella ha renacido la sociabilidad, y esta ha engendrado los caracteres: la evolución es la ley general que preside al desarrollo del problema. Pero los caracteres representan las tendencias y el destino de la masa que los modela, y cuando dirigen sus fuerzas hacia la dominación mutua, ha nacido el antagonismo y la lucha. Rosas se alarma del poder que Facundo acrecienta, y teme la invasión occidental y la destrucción de su reino, como la pampa se estremece con las lejanas explosiones del granito.

Dos fórmulas contienen en dos cifras misteriosas la solución final del gran problema. ¿En cuál de ellas se encierra la verdad? De dos ecuaciones distintas se va a arrancar un resultado único: hay un imposible matemático; pero el operador impaciente ha borrado una de las fórmulas con un golpe audaz. De esta manera, ante la dualidad de dos fuerzas sociales, de dos poderes que tienden a absorberse, el problema político entre Facundo y Rosas se resuelve suprimiendo al primero con un asesinato.

He ahí cómo han resultado en la historia los imposibles políticos. La sombra impenetrable rodea las causas de estas eliminaciones súbitas que dan al mundo muchas veces la solución anhelada, aunque no siempre sea la verdadera, la legítima, la que está en la naturaleza de las cosas; y no obstante, las instituciones se han fundado sobre esta fórmula dudosa nacida de un delito; y así la humanidad va amontonando leyes, principios, monumentos inmensos, sobre estas oscuras bases cuyos orígenes, cuyas cavidades están ocupadas por un error, por un misterio, por un crimen. ¿Quién concibió el asesinato de Facundo? ¡Misterio!, dijeron todos; pero muerto el rival de Rosas, el poder de este no tiene límites, y se extiende sobre todo el país. El misterio está desvelado, porque hay en la naturaleza de aquel dualismo la luz que lo ilumina. Rosas asesina a Facundo para fundar la férrea unidad que consolida con el degüello y el incendio.

Este no es un fenómeno nuevo en la historia, porque las fuerzas y las corrientes de la humanidad, y más aún en el seno de las pequeñas sociedades, se encuentran a cada paso en conflicto, sin juez que las armonice y avenga; y la muerte ha sido desde el principio de los tiempos el último recurso de la impotencia humana. La filosofía, la moral, la teología llaman crimen al homicidio que desata el nudo de dos vidas contradictorias, y han llegado a santificar los grandes asesinatos que resuelven un conflicto social o humano.

La muerte de Facundo es uno de esos acontecimientos que se graban en la historia con caracteres de fuego, porque reúnen cuanto de grande existe en el alma, en la virtud, en el valor y en el crimen, y porque ella refleja sobre el pasado de una vida malvada una suave luz de conmiseración y de simpatía. El sentimiento muchas veces se empeña en cubrir de flores lo que la razón ha sepultado en las hogueras del infierno, y en perdonar a los condenados por la justicia convencional, cuando en el aparato de la muerte han brillado los resplandores de una virtud, o cuando fue conducida por las inspiraciones de un delito. Carlos II, hablando a la multitud apiñada alrededor de su cadalso, y desafiando la muerte con la resignación y el heroísmo de un mártir, hace vacilar el juicio de sus contemporáneos que lo condenaron, y un rumor de absolución póstuma se levanta de la escena del suplicio, semejante a esos torbellinos que se elevan de la pampa sin origen aparente. Facundo, asesinado por una traición, rodeada su muerte de las circunstancias más horribles que pueden acompañar al crimen, y presentándose con el misterio de esas grandes fatalidades que abisman el pensamiento, ha iluminado su pasado de sangre, y el sentimiento nacional ha perpetuado su memoria con la tristeza que refleja la tragedia de sus últimos momentos.

La poesía popular se ha teñido con los colores de aquel crimen horrendo, y ha iluminado con una vaga vislumbre de virtud la figura de la víctima, para hacer resaltar las sombras que rodean al asesino; los cantores nacionales que refieren la leyenda en el tono quejumbroso de las catástrofes evocan una lágrima compasiva

a su recuerdo, y despiertan con sus modulaciones profundas un movimiento de indignación que condena la infamia de los traidores.

El corazón no se conforma con ver morir sin lucha al tigre que combatió toda su vida, al carácter de fierro que no lograron doblar, sino retemplar, los más rudos reveses de la suerte. Hay una secreta ley estética que favorece a Facundo en el concepto de la posteridad; pero esa ley es violada con el asesinato sin combate, y el sentimiento se rebela contra esa violación. Facundo debió morir luchando en campo abierto y con un enemigo de su talla; pero a pesar de todo, esa terrible grandeza de su genio se manifiesta aun en el desenlace trágico, con el mismo fulgor con que deslumbró a sus contemporáneos.

El instinto de la dominación, la conciencia de su poder, la fuerza fascinadora de su mirada y de su voz son los impulsos fatales que lo arrastran a la muerte enceguecido y ofuscado. Se le advierte la proximidad del peligro; pero su alma respira en esa atmósfera, y la muerte no fue jamás su pensamiento. Una banda de asesinos lo espera, se le dice que intentan matarlo, y con esa convicción misteriosa de su dominio, contesta como Napoleón: «No ha nacido todavía [...] el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida mañana se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta». «Estas palabras de Quiroga [...] explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte. El orgullo y el terrorismo, los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniatado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida. Tiene a menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza.»[13]

El personaje trágico está delineado, y el desenlace ha dado la razón a su vida; la fatalidad que lleva en sí mismo lo presenta aun con mayor prestigio ante el poeta que ha de inmortalizar su genio extraño, en donde se mezclan lo sublime, lo grotesco, lo horrible y lo sentimental. El realismo descarnado bastaría para dar vida a la tragedia de Facundo, que sería un coloso de mármol cuyos grandes contornos hubiera esbozado Esquilo, y cuyos detalles hubiese pulido Shakespeare.

De todos los caudillos de aquella época, él es el único que ha logrado imponerse al corazón de su pueblo, apagando con el espectáculo de su muerte las hogueras de odio que encendieron sus crímenes. La imaginación popular lo representa como un genio sobrenatural, especie de exhalación fugitiva que brota de los llanos ardientes y surca la atmósfera arrastrada por los vientos. La poesía nativa lo adorna con sus imágenes melancólicas y sus crueldades relatadas en el romance tosco pero sentimental, propio de la región, se atenúan y suavizan para hacer resaltar la sublimidad o el infernal poder de su carácter. La música de las llanuras canta en recitados monótonos y tristes como su horizonte abrasado y sus paisajes sin variedad, cada uno de los episodios de su vida, en que el genio sombrío levantó una tormenta, o hizo resplandecer con reflejos enrojecidos por la sangre su valor salvaje y su fatalidad incomprensible. El misterio de su organización excepcional abismaba la mente del gaucho, arrastrado inconscientemente por el vértigo de la época y, juzgando los actos más bárbaros del tirano con el criterio emo-

13. SARMIENTO, Domingo F., *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, Santiago, Imprenta del Progreso, 1845.

cional, y sin que su cerebro rudimentario lograra explicarse sus causas y sus trascendencias morales, solo veía en él a un ser superior a la humanidad, que con fuerza maravillosa y extraña conseguía hacer temblar a sus contemporáneos. Y ese misterio es la causa general de su dominio, que no se desvanece ni aun después de la muerte, porque se ha fundado sobre la fantasía y la sensibilidad de su pueblo.

He oído, siendo estudiante de Monserrat, a un loco del pueblo cantar en la guitarra el trágico episodio de Barranca Yaco. Mi imaginación excitada por el encierro semiclaustral del colegio y el sentimiento propio de mi corta edad me hicieron oír aquella música con un deleite extraordinario. La sombra de Facundo se levantaba a mis ojos revestida con el sublime prestigio de las grandes desgracias. Así como en mí arrancó una lágrima el relato cantado en el instrumento de las trovas nacionales, el pueblo, niño por su grado de cultura, que presenció los hechos y se conmovió ante el horror de las escenas, también sintió removerse sus fibras por una emoción compasiva hacia la terrible víctima, y por una admiración secreta hacia el que miraba como un mártir de su propio valor y de la traición humana.

Dos son, pues, las faces que presenta este singular personaje a la vista de su posteridad: el hombre público que ha sido condenado por la historia fría y razonadora, por sus errores y sus maldades, y el genio de la tierra, sombrío, fantástico, misterioso, irresistible como el torbellino, fascinador como el relámpago, que ha sido idealizado por la leyenda, por la poesía y por la música de los desiertos. ¿En cuál de esas dos faces distintas lo contemplará la inmortalidad? Hoy mismo el personaje ideal va alejándose, desvaneciéndose en los espacios de la fantasía popular, semejante a esos cometas que se apartan de nuestro horizonte y que llegan a verse apenas como una moribunda vislumbre en los abismos siderales. Las huellas de la horda vandálica que él condujo a los combates van a su vez perdiéndose bajo las moradas del hombre que domina la soledad de la llanura, y pronto no quedará de ellas ni el recuerdo, así como el de ese genio poético del gaucho donde anida su memoria siniestra y donde habla en sus cantares con el tono trágico o elegíaco que le da la musa nativa.

Todos los actores secundarios de aquel largo drama, que contribuyen a formar el medio donde actúa el héroe, se sepultan ya bajo las hondas capas de polvo que las ráfagas regeneradoras levantan en las soledades. El *baquiano* que lleva en su mente ruda el plano fotográfico de la inmensa llanura, surcada de travesías desoladas, y que guía los ejércitos sometidos a su ciencia salvaje; el *rastreador*, especie de dios de la tierra en cuyo oído repercuten todos sus rumores, en cuyo cerebro se retratan todas las visiones, en cuya retina se graban los detalles ínfimos de las cosas, y que tiene la ciencia sobrenatural para desvelar todos los misterios; el *cantor*, trovador quejumbroso que lleva todas las tristezas de su suelo nativo, las huellas de la desgracia de su patria y los anhelos sublimes pero informes de una regeneración; hoy son visiones pálidas que nos envían una despedida silenciosa desde las puertas del sepulcro. Las tradiciones de los dos primeros y el eco agonizante de las trovas del último apenas si se conservan como una reminiscencia remota en la memoria de su pueblo.

En verdad, abisma y extasía la contemplación de aquel caos agitado de la anarquía, en donde resuenan con su rumor característico, y mezclados en un conjunto satánico, los gritos feroces de las hordas sanguinarias, el tropel de las caballerías

veloces como la ráfaga del huracán, los gemidos de las víctimas inmoladas al furor homicida o lascivo de los tigres humanos, los clarines y los tambores de los ejércitos de la libertad, persiguiendo la barbarie entronizada por el terror; y allá, en el fondo del torbellino, se destaca solitaria, como un lamento elegíaco, la canción del trovador nacional, indiferente a la vorágine que sacude el polvo de la llanura y sus selvas escuálidas, para llorar en su guitarra ese sentimiento desconocido, sin causa ni objeto aparentes, pero que despide sus lágrimas y sus sollozos rítmicos en la música nativa, como brotan el rumor y la corriente cristalina del seno de la montaña. Solo el Dante, hundiéndose en los abismos del dolor, de la miseria y de las pasiones humanas, pudo expresar los horrores de esos infiernos de la historia porque llevaba en su espíritu las heridas de la batalla, y en su cerebro, todos los colores y los ruidos que la naturaleza despliega en sus evoluciones seculares.

Entre nosotros solo Sarmiento ha podido crear un poema tan grandioso como la época dantesca que describe. Su *Facundo* es un conjunto caótico de tragedia y de elegía, de historia y de romance, en donde al lado del destello fascinador del heroísmo y del genio se ve cruzar como bandadas de aves nocturnas las sombras del crimen, del horror y de la ambición salvaje, rugientes, ensangrentadas, torvas y hurañas. Su lenguaje es un reflejo del asunto: tiene sus irradiaciones deslumbrantes, sus emanaciones cavernosas; destila unas veces la sangre que empapa el escenario, y lo riega; otras, con lluvia de flores tropicales, cuando fluyen de su genio aún no comprendido las esperazas del porvenir, los arrobamientos del artista ante la belleza de su patria, los éxtasis del filósofo ante la abnegación y el heroísmo, la llama de Fidias ante el mármol de donde va a surgir el tipo clásico, y la chispa del buril de Victor Hugo, grabando en la lámina palpitante los caracteres de la historia y de la tragedia, de la epopeya y la leyenda.

Él es el escritor de la raza, porque hay en su estilo la savia desbordante de nuestros climas tórridos, la sombría y triste inmensidad de nuestros desiertos, la sonoridad tranquila o turbulenta de nuestros grandes ríos y de los torrentes andinos, los colores irisados de nuestros crepúsculos, y esa vaga pero gigantesca armonía que flota sobre nuestra tierra como el himno lejano de un coro aéreo. La historia es narrada en sus páginas con la vivacidad del alma nativa, con el calor del sentimiento nacional, con el fuego del patriotismo combatiente, con la música de las grandes inspiraciones; y cuando la verdad histórica amenaza destruir la forma artística, porque la verdad suele ser inarmónica a veces, no duda un instante, y con el entusiasmo del artista, crea donde es necesario salvar el encanto estético.

He ahí por qué su libro tiene la juventud inagotable de la selva tropical; y he ahí por qué las generaciones actuales y venideras irán a retemplar en sus cuadros maestros la fibra patriótica, amortiguada por la paz, y por último, a caldear en esa fragua chispeante el sentimiento nacional; por qué la época de los pesados infolios que fatigan el espíritu como un viaje a pie a través del desierto ha pasado envuelta en la vertiginosa carrera de la civilización.

Leer a *Facundo*, y en general, todas las obras de Sarmiento, es como atravesar una región accidentada y caprichosa, donde a cada momento nos sorprenden y extasían un paisaje y una emoción nuevas. La materia sigue los vuelos inquietos del espíritu, estimulado por la variedad de las imágenes, la celeridad de los cuadros, el encanto de las perspectivas. El autor sabe bien dónde ha de obligar al viajero a detenerse; y para eso ha levantado a distancias razonables los grandes

colosos de su epopeya, los toques maestros que nos suspenden como el estallido repentino de un acorde gigantesco. Libre de influencias extrañas, vuela donde su capricho o su imaginación lo impulsan; y cuando precisa emplear vehículos ajenos, sabe llevarlos con el arte propio, y subordinarlos despóticamente a su voluntad. Muchos han escrito sobre aquella época calamitosa de las guerras civiles; pero Sarmiento, con su *Facundo*, ha trazado las líneas sobre las que han de erguirse, como un bosque de columnas dorenses, los tercetos fúlgidos de la *Divina Comedia* argentina. Él es el precursor de nuestro Dante, y de todos los grandes poetas que crearán en el futuro la epopeya nacional.

V. ALDAO

Los vicios hereditarios de la sociabilidad argentina engendraron aún otro monstruo, que con Facundo y Rosas forman la horrible trinidad sobre la que se levanta esta cuarta época de nuestra historia: Aldao, cuyo nombre tradicional es el Fraile, es un modelo excepcional, entre el infinito número de personificaciones de aquellas enfermedades sociales que tan marcado carácter imprimen a su tiempo. Hijo de la decadencia moral y orgánica de la nación, vino a la vida con los gérmenes maternos, y sus primeros años y su juventud anuncian al futuro azote de la patria, que tiene su campamento en Cuyo, como Atila en Panonia. Porque todas estas fieras humanas, ligadas siempre a la tierra que las aborta, parece que tuvieran en el seno convulsionado de su guarida el foco de su extraña fuerza, adonde vuelven sedientos, después de un ataque desastroso, a reanimar sus órganos cansados, para lanzarse de nuevo con mayor brío y horror.

Las ideas religiosas, herencia degenerada de la antigua cultura, indujeron a sus padres a sumergirlo en un claustro, porque este encierro y su disciplina habían adquirido, desde remotas épocas, una fama no desmentida, como yunque para amoldar los caracteres más rebeldes. ¿Qué importaba que después tanto anhelo comprimido, tanta idea asesinada en germen hicieran explosión rompiendo el vaso vetusto, y sembrando el estrago alrededor?

Cuando el niño trae desde el seno materno los impulsos generadores del carácter, y estos tienden a romper el molde común de la humanidad, porque son impulsos de libertad absoluta y desbordante, la sujeción extrema, la cadena férrea, la sombra del claustro, la tenebrosa apariencia del hábito, con toda su abrumadora significación, lejos de matar los instintos naturales, son fuerzas profundas y ardientes que los convulsionan y sacuden con mayor violencia. Pueden adormecerlos, enervarlos transitoriamente, pero preparan un despertar funesto.

El claustro y el hábito no lograron encadenar las inquietas alas del joven fraile. El tumulto de los combates que llegaba a sus oídos como el fragor de las tempestades lo agitaba con secretos estremecimientos en el fondo de su retiro. Los clamores y los gritos de las victorias, en que resonaban envueltos en ondas de armonía los nombres de los héroes lanzados en la pelea, lo arrullan con encanto magnético, haciendo nacer en su corazón y en su cerebro los sentimientos y los sueños inquietos de la gloria. Así el buitre enjaulado siente temblar sus alas, acostumbradas a dominar el vuelo de las nubes, cada vez que el rumor de las montañas le anuncia que es la hora de los grandes espectáculos de la naturaleza.

Pero los muros del claustro detenían con su lúgubre desnudez y su infranqueable espesor el ímpetu repentino de su entusiasmo: las largas y descoloridas faldas del hábito enredaban sus pies, y le representaban a cada momento la ruda obligación de enfrenar esos transportes volcánicos de la pasión juvenil; la sombra de los dogmas confesados invadía su cabeza, como la niebla del invierno se cuela en la gruta de la montaña, y apagaba las fosforescencias de su cerebro hirviente. Es allí donde se incuban los futuros crímenes que manchan su vida, sin darse él cuenta de nada, y solo por efecto de la reacción sobre sí mismos, de tantos pensamientos, de tantos sueños, de tanta ambición, aprisionados dentro de su pobre cráneo.

Las cavernas húmedas y oscuras donde el agua filtra como lágrimas de la noche engendran los reptiles, los murciélagos, los genios del mal, las hadas de la perdición que persiguen los pasos del hombre; los encierros rígidos y austeros engendran también en el ser humano las ideas tenebrosas, los sentimientos fatalistas, los sueños desordenados, las ambiciones locas que conducen al suicidio o al crimen. Aldao, que había traído los signos de la época en que nació, introducía además en su naturaleza las influencias devastadoras del claustro. Dos fuentes envenenadas alimentaron su ser, y regaron con sus emanaciones letales el terreno donde debía desarrollarse su carácter. La historia ha dado la prueba de esta doble filiación de su personalidad siniestra. Las corrientes que arrastraban a su época lo arrancaron al fin de su prisión, y sigue a los ejércitos de la patria a sus expediciones gigantescas, encadenado siempre a su misión sacerdotal.

La primera acción de guerra remueve en su organismo los fuegos adormecidos, los instintos flagelados, sus ambiciones reprimidas. La Guardia Vieja es para aquel rebelde lo que la roca aquella en que Satanás se detiene a meditar su porvenir después de la fulminación celeste. «Toda esa fuerza acumulada sobre su espíritu, oprimida por aquella honda tonsura que gravitaba como una montaña de infamia sobre su cráneo, y que había ido creciendo paulatinamente, fomentada por las monotonías mortales del convento, estalló allí con un vigor explosivo y sonoro. Parecía más bien que un guerrero implacable arrastrado por el enardecimiento del combate, un maníaco epiléptico que va huyendo de ese enjambre de visiones sanguinolentas que lo persigue durante el *aura*.»[14]

Hay algo de aquellas apariciones infernales de las leyendas mitológicas, algo de sublime y espantoso a la vez, en aquel cuadro de la batalla en que el Fraile levantado de súbito por el huracán de sus pasiones y de sus impulsos sangrientos, atraviesa el tumulto «semejante a un fantasma, descargando sablazos en todas las direcciones, con el encarnizamiento y la actividad de un guerrero implacable».[15] Y más ahonda la reflexión aquel caos de su conciencia, que no permite adivinar si el móvil que lo guía es la gran virtud del patriotismo o la fatal impulsión de un delirio homicida. Más bien parece que una legión de demonios lanzados por Luzbel desde su antro mefítico brotara de repente del profundo abismo de su ser, en cuyas cavidades fermentaban, esperando la voz y la ocasión de la libertad, para saciar su sed comprimida de exterminio.

14. RAMOS MEJÍA, J.M., *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Segunda parte, *op. cit.*, p. 10.

15. SARMIENTO, D.F., *Vida de Aldao*, 1845.

Pero es que la atmósfera de las grandes revoluciones está, como la de las tempestades, cargada de fluidos eléctricos, y los gritos del combate son como el estallido del rayo que conmueve con violencia las más enormes masas graníticas. El Fraile sentía hervir en su cuerpo todos esos fluidos, en su cerebro, todas las alucinaciones de la fiebre revolucionaria de su tiempo, en sus fibras, todas las repercusiones de una batalla homérica, e indudablemente, su patriotismo impetuoso se multiplicaba en fuerza y en actividad, por cada uno de los instintos y de las impulsiones ocultas que lo arrastraban a la matanza.

La Guardia Vieja, episodio grandioso de nuestra gloria, es el único punto luminoso que brilla sobre el cuadro rojo oscuro de esa existencia maldita. En él termina la presión que refrenaba al bruto, la fuerza que encadenaba al buitre, la ley moral que constituía al hombre; desde allí el bruto desciende a su esfera, el buitre se lanza sobre los cadáveres, el hombre apaga en sí todo rayo de luz que lo ennoblece sobre la tierra. Satanás, roído por el despecho y el orgullo, muestra al Dios que lo condena el puño crispado de la amenaza, arroja al astro de la luz su reto soberbio, renegando de su esplendor, ruge con el poder de su cólera siniestra, y su rugido estremece la tiniebla. La guerra eterna comienza: el mal se desparrama sobre la tierra como la noche. El Fraile vuelve de la batalla cubierto de polvo, de humo y de sangre; de esa batalla donde ha roto su pasado, su consorcio con la virtud y sus esperanzas de gloria: trae el aspecto del peñasco en cuyas entrañas ha reventado el volcán.

La escena que sigue es digna de la tragedia, porque describe la rebelión de un hombre contra su especie. El jefe recrimina al sacerdote su falta, su crimen contra la investidura que lo hace apóstol de la caridad: «Padre, cada uno en su oficio: a su paternidad el breviario, a nosotros la espada». «Este reproche hizo una súbita impresión en el irascible capellán. Traía aún el cerquillo desmelenado, y el rostro surcado por el sudor y el polvo; dio vuelta su caballo en ademán de descontento, cabizbajo, los ojos encendidos de cólera y la boca entreabierta. Al desmontarse en el lugar de su alojamiento, dando un golpe con el sable que aún colgaba de su cintura, dijo como para sí mismo: "¡lo veremos!", y se recostó en las sinuosidades de una roca. Era este el anuncio de una resolución irrevocable: los instintos naturales del individuo se habían revelado en el combate de la tarde, y manifestándose en la superficie con toda su verdad, a despecho del hábito de mansedumbre o de una profesión errada: había derramado sangre humana, y saboreado el placer que sienten en ello las organizaciones inclinadas irresistiblemente a la destrucción: la guerra lo llamaba, lo atraía, y quería desembarazarse del molesto saco que cubría su cuerpo, y en lugar de un cerquillo, símbolo de humillación y penitencia, quería cubrir sus sienes con los laureles del soldado».[16]

Ese grito «¡lo veremos!» tiene todo el terrible poder de la execración satánica; es la explosión de la conciencia rebelde, del orgullo herido, del carácter que ha llegado a su forma definida. La amenaza balbuceada por los labios trémulos del subalterno impotente ante la disciplina ha hecho temblar y gemir de terror a la patria bajo el golpe de la venganza, y bajo la ráfaga del incendio que extendió sobre las llanuras y las ciudades. La sangre enemiga derramada en la Guardia Vieja fue

16. Ibíd.

la revelación de la que más tarde había de brotar a torrentes del cuerpo de sus hermanos; su aliento embriagador despertó en el héroe fantástico de los Andes el apetito irresistible e insaciable de la bestia de la llanura.

Lanzado el grito de rebelión contra el voto sagrado que lo obligaba a la paz y a la castidad, el apóstata enfurecido no se detiene, y quiere ahora absorber con toda su avidez comprimida los goces de la materia desencadenada. Pero hay un ojo que lo espía y un juez que lo condena: la Iglesia sigue sus pasos extraviados, como la conciencia sigue los de la acción criminal. La época en que las creencias religiosas están todavía amarradas al espíritu público se conmueve ante el espectáculo de sus excesos; y la condenación de la Iglesia es también el fallo de la sociedad.

El Fraile ama con el fuego de su naturaleza desbordada; su voto no disuelto en la forma no le permite consagrar su amor con la unión eterna; el espíritu se exalta y centellea ante el imposible, y la materia va a entrar en la posesión del reino que la religión niega al alma. ¡Quién sabe cuántos pensamientos malvados cruzaron aquel cerebro, cuánta sombra cayó sobre aquella alma y cuánto horror de la vida despertaron en todo su ser los gritos de la reprobación social! El amor encendido en Lima, que pudo quizá purificarlo, se convierte en la tea del incendio que devora lo más digno de su personalidad: la querida reemplaza a la esposa soñada, y la materia, como el fuego cuando ha prendido en el árbol, devora toda la selva. El coro de maldiciones que lo sigue sin cesar, lo precipita a la fuga, y huye a las cavernas más profundas, donde encuentra la sombra que lo oculta a las miradas de todos. Nadie se atreve ya a penetrar en este abismo donde el Fraile excomulgado por la sociedad va a buscar la onda turbia que envuelva su cuerpo embrutecido por el exceso.

Mendoza ve llegar transformado en sátiro grotesco al que vio partir vestido del hábito de penitencia, y manchados por el vino de la orgía y el rastro indeleble de la lascivia colmada, la frente del héroe fantástico de la Guardia Vieja:

> la gallarda ciudad que en otros días
> forjó las armas de la lucha fiera,

es ahora la cueva tenebrosa donde aquel fulminado por la cólera divina viene a buscar el refugio contra la voz que lo condena desde la noche tempestuosa, y contra la mirada chispeante de un ser que no percibe, pero que siempre ve clavada sobre sus ojos. Mendoza va a inclinar también su cerviz ungida por una epopeya, ante el altar de aquel Baco degradado, que llega en son de bacanales, a sembrar por las calles los torrentes de su lujuria, revueltos con la sangre arrancada en el paroxismo de la embriaguez. El entusiasmo de las orgías es como una fuerza que se agiganta y desarrolla a medida que los sentidos se excitan, y ni se detiene ni decrece hasta que rompe las arterias, y la sangre se derrama en torbellinos precipitados.

Una mujer no basta ya a saciar el furor de la bestia; el Fraile arranca de su hogar del desierto otras dos víctimas que asimila luego a su infernal serrallo, y estas tres soberanas de aquel pandemónium de la crápula, sostenido por el sable y el cañón, ostentan a la faz de la culta ciudad la asquerosa desnudez de sus cuerpos, envilecidos con el contacto de un monstruo. De vez en cuando los celos

salvajes arden entre ellas, y se traban en combate sangriento, como las Erinias del Dante, clavándose sus uñas y el diente de los áspides que llevan por cabellera: y todo por la posesión de una masa carcomida de carne humana, ¡que despide en torno suyo las emanaciones pestíferas de los cadáveres!

La atmósfera de la ciudad se impregna con los miasmas que despide la orgía, con ese olor del vino derramado en las náuseas de la hartura, mezclado al vapor de la sangre vertida en el acceso delirante, y que se extiende en charcos cuajados y amasados en el fango. Allí la idea ha muerto, el sentimiento se convierte en horror, la fantasía solo forja infiernos, la musa huye a las guaridas nevadas del Tupungato que, con su faz velada de nieblas impenetrables, sufre la profanación del santuario que vela desde el principio de los tiempos. Testigo mudo de la degradación de su raza, su indignación sorda y convulsiva se anuncia en el humo rojizo de sus cráteres y en los rumores profundos que conmueven la llanura, como los gemidos de la naturaleza.

El amor no es en Aldao una pasión, porque la bestia ha reemplazado al hombre: el instinto crece a medida que devora, y la llama divina que levanta y ennoblece la materia se apagó bajo el flujo sanguíneo que ocupa su cerebro. Sus ideas nacen teñidas de rojo, en sus labios tropiezan las palabras obscenas, como los cerdos que se precipitan fuera del corral por una puerta estrecha; sus párpados se abren y se cierran a intervalos como dos peñascos que caen sobre la boca de un abismo. La bestia repleta duerme su sueño estúpido, y de tiempo en tiempo gruñe y da una manotada feroz y convulsiva, para matar la presa maniatada y rellenar el vientre que ya rebalsa.

En Aldao hay que estudiar al ebrio con todas sus deformidades físicas y morales, con todos sus instintos llevados a la tensión máxima. Los últimos años de su vida se deslizan en un charco de sangre. No tiene más idea que la muerte, como si mirara a la humanidad a través de un sepulcro rodeado de espectros amenazadores. Su alienismo tiene más del idiotismo del bruto que de esa locura fosforescente, propia de las organizaciones delicadas. Mata ya sin discernimiento, y como para amortiguar en su conciencia poblada de apariciones satánicas los hervores del remordimiento. En su sueño de piedra revolotean no obstante los fantasmas de sus crímenes, que no alcanzan, sin embargo, a aligerar el peso mortal de la materia dominada por la embriaguez. Mata, mata y mata hasta que cae vencido por el sueño; y solo entonces cesa el toque de degüello, porque el clarín ha caído de la mano inerte. Pero la oleada de sangre, que ruge en su cuerpo inundando su cerebro, va pronto a producir la congestión final; y como dos estertores horribles de aquella agonía tan lenta y agitada, dos accesos de furor anuncian su muerte.

Un día sus tropas sostienen un combate encarnizado, y después de dos días de fuego se conviene un armisticio. Francisco Aldao, hermano del General en Jefe, bajo la fe de aquella tregua, penetra al campo enemigo; pero este ha caído en su delirio alcohólico, y descarga sus cañones sobre el enemigo desarmado. La confusión estalla en las tiendas, y la indigna traición es condenada por todos, y por su hermano, que envía a un mensajero a advertirle su presencia en el campamento contrario. «Un momento después penetraba el *fraile* en el campo a tan poca costa tomado; sobre un cañón estaba un cadáver envuelto en una frazada; un presentimiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano, lo hacen mandar que destapen la cara. —¿Quién es este? —pregunta a los que lo rodean. Los vapo-

res del vino ofuscaban su vista a punto de no conocer al hermano que tan brutalmente había sacrificado. Sus ayudantes tratan de alejarlo de aquel triste espectáculo antes de que reconozca el cadáver. —¿Quién es este? —repite con tono decisivo. Entonces sabe que es Francisco. Al oír el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de sus ojos se disipa, sacude su cabeza como si despertara de un sueño, y arrebata al más cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza. Grita con ronca voz a sus soldados: —¡Maten!, ¡maten! —mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos.»[17]

El dolor, el amor, el remordimiento, la contrariedad, la derrota, la victoria, todo lo lleva como un vértigo a la matanza. Su fratricidio le grita desde el fondo de su conciencia iluminada un instante, con la voz que fulminó a Caín, y él la ahoga con el estrépito de una carnicería humana. El torrente de sangre arrancado a muchos devorará la gota caída del cuerpo de su hermano. ¡Horrible reparación!

Los temores femeniles que lo asaltan en su prisión de Córdoba, hasta el punto que provocan la risa de sus guardianes, atestiguan que aún conservaba residuos de su profesión religiosa, y que el remordimiento de sus crímenes le corroía la conciencia, pero ellos hacen su explosión violenta en el acceso que precedió a su muerte, y que lo asaltó en su lecho durante una noche de horror.

Los enfermeros se entretenían en el juego para matar las horas de la vigilia, en medio del ambiente de aquella atmósfera putrefacta. «El horror de su situación, o la intensidad de sus dolores, enajenan al enfermo; se levanta de la cama, se presenta repentinamente ante sus veladores, despavorido, enajenado, con un par de pistolas en mano. La sorpresa, el terror, se apoderan de estos; huyen espantados, y siguen huyendo en medio de la oscuridad de la noche...»* Era el sueño del malvado que lo acosa con sus imágenes vengadoras, y del que él quiere defenderse aún, haciendo fuego contra los fantasmas. Hay una tragedia sombría en este episodio, en que los espectros del remordimiento arrancan de su lecho al asesino moribundo. Es el acceso final de la lucha entre una vida desordenada y perversa, y una muerte angustiosa y justiciera, entre un alma cargada de delitos, y una sombra vengadora que le tiende la mano para arrastrarlo a la región maldita donde van los condenados. «En fin, la muerte se acerca, la agonía se prolonga meses enteros, y entre los dolores más agudos, el cáncer rompe un vena, y un río inextinguible de sangre cubre su cara y su cuerpo todo, hasta que expira.

»¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!»[18]

Estudiar las causas que llevaron a este ente extraordinario a la dominación que ejerció sobre sus conciudadanos es penetrar en los secretos de la corrupción de su época; porque solo una generación desquiciada, transida de terror y saturada de oprobio, puede dar origen a un poder como aquel, y rendirse ante un ebrio que lleva en la lengua entorpecida puñados de sentencias de muerte como de palabras soeces. Su título de caudillo no se debe a rasgo alguno de genio que haya seducido a las masas, siquiera sea por ese algo grande que hay en el crimen cometido por hombres superiores.

17. Ibíd.

* Ibíd. [N. de E.]

18. Ibíd.

Si bien es verdad que su heroísmo había atraído la admiración en la Guardia Vieja, es también muy cierto que después manchó aquellos laureles con el lodo ensangrentado, y su antiguo valor inspirado por la patria se eclipsó con las emanaciones venenosas de su libertinaje sin freno y de su ebriedad embrutecedora. Si en los combates de la guerra civil peleaba con un valor brutal, inmolando víctimas con ese furor ciego de la embriaguez homicida, no hay en su personalidad el brillo que irradian los héroes que llevan en su cerebro una idea, siquiera vaya envuelta en las sombras de un error fatal. Las ideas habían muerto en esa cabeza, ahogadas por el vino y la lujuria, y la materia se movía solo a impulso de sus instintos.

No concibo cómo la historia puede colocar una guirnalda sobre la sien de esos hombres que, habiendo un día sacrificado su vida en aras de una causa noble, y recogido coronas, despreciaron después lo que antes adoraron, y encarnecieron la patria que antes salvaron del abismo; porque la razón se impone de que tales héroes solo quisieron conservar a la víctima de sus futuros crímenes. El espíritu que se levanta del fango para bañarse de luz etérea ha cumplido una ley sublime de regeneración, y ha alcanzado el perdón de su pasada miseria; pero el que antes se alimentaba de la luz y descendió al abismo ha roto sus vínculos con la humanidad, y renegando de su alto destino y de su naturaleza ha descendido de la escala de los seres. Así, la patria que tributa honores al luchador fantástico de los Andes lanza sobre él su reprobación eterna, cuando manchó su suelo consagrado por las proezas de tres razas con la sangre de sus hermanos arrancada en los accesos del crimen.

En el horrible cuadro de esa época, Aldao es el punto más sombrío; es el fruto más degenerado de la naturaleza enferma. Facundo cimienta su prestigio sobre las masas con esa atracción irresistible de su genio extraño que relampagueaba a veces con fulgores desconocidos; el Fraile se impone con los golpes del sable y con el contagio del vicio que lo domina; el uno se concentra en su propio abismo midiendo la intensidad de su fuerza y calculando sus alcances, el otro es una máquina de destrucción que no obedece a un pensamiento, y cuyos movimientos no son regulados por nadie; Quiroga no pierde un instante el dominio de sí mismo, ni deja escapar un solo hilo de la intrincada madeja de los sucesos; Aldao no pertenece sino al delirio alcohólico que lo enajena, y su inteligencia no se contrae a la observación de los hechos de su tiempo; el Tigre de los Llanos muere víctima del temor que su poder levanta en un rival terrible; la bestia de Mendoza lleva la muerte en su sensualismo animal, y muere bañado en su propia sangre desbordada; en la muerte del uno hay sombras que se estremecen y fulgores que estallan con misteriosos anuncios; en la del otro solo se oye el estertor convulsivo, el ruido de arterias rotas por la gangrena y el bramido final de la fiera, víctima de una apoplejía de sangre.

La tradición popular, al referir los episodios de esa guerra, pinta con colores lúgubres la imagen del Fraile renegado por amor al vicio, y en ella solo resplandecen las figuras medievales de aquellos héroes infatigables que llevaban a través del torbellino sangriento la bandera de la fraternidad argentina, unas veces salvándola del fango enrojecido, amasado por la turba ebria, y otras yendo a esconderla de la profanación inicua en el fondo de los desiertos, en lo alto de las rocas o en las playas extranjeras. La musa de las llanuras aparta sus ojos de las imágenes del terror y del escarnio, para cantar solo las proezas de aquellos mártires dig-

nos de la epopeya antigua, entre los que se destacan por el brillo de sus espadas los Lavalle, los Paz, los Lamadrid, los Acha, y tantos otros caracteres fundidos en el molde de la *Eneida*, que llegan por fin a preparar la sublime alborada que aparece en Caseros.

El poeta nacional va a salir al fin del «Infierno» y va a cantar a los héroes y las bellezas de la libertad:

Tanto ch'io vidi delle cose belle
che porta'l ciel per un pertugio tondo:
e quindi uscimmo a riveder le stelle.

VI. ODISEAS LIBERTADORAS. CORRIENTES. LA «INSURRECCIÓN DEL SUD». AVELLANEDA Y LA LIGA DEL NORTE. ECHEVERRÍA Y SUS POEMAS. LAVALLE. LAMADRID. SARMIENTO Y ECHEVERRÍA. ACHA. LAS CABEZAS DE LOS MÁRTIRES

No pereció del todo la fibra heroica durante los largos años de anarquía nacional, porque aquellos capitanes que habían sobrevivido a las magnas batallas de la Revolución mantenían aún la bandera de la unidad a través de los desiertos y de los países extraños, ya sea combatiendo aislados contra los tiranos, ya exhortando desde la distancia a los ciudadanos a mantenerse firmes en la fe de la patria. Si la atmósfera de esta época está teñida de sangre y de crímenes brillan, no obstante, en el fondo sombrío, los resplandores de virtudes excelsas. En medio del lamento de la tierra, que resuena sin cesar, se dejan oír acordes indecisos que anuncian un himno de victoria.

Los sacrificios repetidos en las calles, en los campos, en las soledades, van sembrando la semilla de la redención, que no tardará en ofrecer su fruto lozano y vigoroso. Cada derrota aislada sufrida por los tiranos les arranca un rugido que significa también un presentimiento: el Tigre de los Llanos se apresura a matar y a amontonar el mayor número de víctimas antes que la catástrofe lo sorprenda; el tirano de Palermo nota que el ambiente se satura de electricidad, y comienza a percibir los lejanos rumores que le anuncian la tormenta. Una inquietud mortal sobrecoge a todos los verdugos, como si los espectros de sus víctimas se aparecieran ante sus ojos enrojecidos, empuñando la espada de la venganza.

Ya en los retiros de La Pampa, de la llanura interior y de la montaña se oye resonar, aunque a largos intervalos, el eco de un canto nacional que celebra el heroísmo de un libertador, de un soldado de la civilización. El sentimiento argentino comienza a encenderse de nuevo y a modular sus inspiraciones con la música nativa, como a los primeros anuncios del día, se sienten dentro de los nidos los primeros ensayos del canto salvaje, que muy luego va a estallar saludando la aurora. Durante aquel triste destierro de la patria, cada una de las regiones del país fue teatro de un sacrificio sublime por la libertad, de una odisea trágica y desgarradora, donde al lado de las supremas abnegaciones del heroísmo y de la virtud cívica deslumbran por momentos los fulgores del triunfo. El grito de libertad resonó algunas veces en aquel concierto de gemidos, aunque luego pereciera ahogado por el cuchillo que rasgó la garganta del que lo lanzara en la hora del entusiasmo.

La musa épica vuelve a entonar sus solemnes cantos, porque la era de los nuevos prodigios ha llegado. Los poetas asilados en el extranjero envían sus exhortaciones valientes a los soldados, renovando en sus corazones desgarrados por el infortunio los entusiasmos de Mayo. Entonces comienza aquella inmortal odisea libertadora, que ha poblado el cielo de la tradición argentina de astros de luz eterna. Corrientes, destinada a ser el teatro de grandes sucesos, da la señal de la rebelión, y los campos de Pago Largo quedan sembrados de mártires, entre los que se destaca su gobernador, Berón de Astrada, que no teme entregar su noble vida al cuchillo y al fuego del tirano. Pero la sangre de este sacrificio, al caer sobre la tierra violada, la estremece y le arranca rugidos de coraje.

En los campos del sur de Buenos Aires, un mártir que había heredado las virtudes de un progenitor ilustre responde al grito de los vencidos de Corrientes, y mil patriotas se levantan con la bandera de la libertad a desafiar las iras del déspota. La traición ahoga su transporte sublime, y la cabeza del héroe es clavada sobre una pica para escarmiento de los libres. Pero dentro de aquel cráneo separado de su tronco hierve el fuego de una profecía, y el esplendor de su martirio y los fulgores de la idea que encierra infunden pavor a los mismos verdugos. Sus compañeros huyen a refugiarse en lejanos países, o caen también atravesados por la lanza del tirano. ¡Grande y sublime epopeya digna de los tiempos homéricos, aquella en que un puñado de apóstoles inspirados se lanzan a las llamas de un combate o a los horrores del degüello, en testimonio de su fe sagrada! ¡Ella sola corona de inmortalidad a un pueblo, lavando la mancha de ignominia que veinte años de abyección grabaron sobre su frente!

En este episodio sangriento hay toda la sublimidad de una tragedia. Sus personajes se presentan a la imaginación coronados del laurel de los grandes martirios que redimen a un pueblo, y cuyos acentos se perpetúan en el tiempo en la masa popular. Castelli, Crámer, Márquez, Olmos, Rico y tantos otros se bautizan de luz inmortal, que resplandecerá más viva a medida que los sucesos se alejen en el pasado. El poeta de las desgracias y de los heroísmos de esa época grabó sus nombres en un poema que, si no es una obra perfecta, por haberse cantado en la época embrionaria de nuestra literatura, tiene toda la poesía de la realidad, y en él las grandes figuras apenas modeladas por un cincel informe destellan, no obstante, los rayos vivos de su misión extraordinaria.

Dispersos y aniquilados en Chascomús los soldados de aquella jornada, los sobrevivientes huyen del suelo mancillado por esa sangre redentora,

> [...] transmontan los Andes
> que hollaron sus padres con pie vencedor,
> llevando consigo la patria bandera
> para ella esperando fortuna mejor.*

Otros corren a continuar su gloriosa tarea en aquel campo de Corrientes donde se prepara una aurora de libertad. No habían ceñido un sable, ni sometido su cuerpo

* ECHEVERRÍA, E., «Insurrección del Sud de la Provincia de Buenos Aires», en *Obras completas*, t. I, *Poemas varios*, *op. cit.*, p. 272. [N. de E.]

a la rígida disciplina de los campamentos; pero el gemido de la tierra nativa los arrancó de su hogar y de su faena rústica, y los hijos de Ceres empuñan el escudo de Marte, para caer debajo de él como los héroes de Troya, o bajo la mole derribada por el incendio.

Las peregrinaciones de su destierro son asuntos que el romance heroico adornará de inspiración; y ya sea que recorran solitarios los desiertos, confundiendo sus sollozos con los del viento, ya se lancen con la desesperación de su destino amargo a lo más recio de las batallas, donde

> [...] trabajos, fatigas,
> o gloriosa muerte fueron a buscar. [...]
> La hallaron; sus huesos por montes y llanos
> del Plata a los Andes blanqueando se ven;
> cayeron peleando, o el cuchillo fiero
> su cabeza heroica dividió a cercén.*

Vagabundos como los cóndores cuyo nido incendiaron los rayos, padecen en tierras remotas la horrible nostalgia de esa llanura llena de armonías donde cantó sus trovas Santos Vega, donde se ama con pasión y desbordamiento vírgenes, donde abandonaron su hogar de paja, morada de la poesía del desierto, y en medio de su dolor y de sus esperanzas de libertad, que acarician como un sueño celeste,

> ni a la sombra pueden del ombú dormir**

Pero más allá, en medio del río que lleva al océano las lágrimas de aquella generación infortunada, se congrega la nueva legión que va a emprender la inmortal odisea sobre los llanos y los montes, y a trazar sobre la tierra oprimida su camino de glorias, de sangre, de sacrificios incruentos. Lavalle organiza en Martín García la Legión Libertadora, consagrada en Yeruá por un triunfo que rompe las cadenas de Corrientes, levantando en ella el escenario donde más tarde se desarrolla la radiante epopeya de Caseros. Pero estos desbordamientos del sentimiento nacional, sembrando en todas partes, en el charco de sangre expiatoria, los gérmenes de la resurrección, encienden en la bestia de Palermo, y en los verdugos que ejecutan sus mandatos siniestros, el último paroxismo de la embriaguez y del furor. El tirano se ve presa de presentimientos sombríos, y se apresura a verter toda la sangre que aún resta en la República, porque no ha terminado su misión infernal.

Entonces comienza aquel año XL, que puede considerarse como el período de crisis de esa fiebre voraz de sangre que consume al pueblo y a su déspota, y en el cual parece que, rotas las leyes humanas, se hubiera derramado sobre nuestra tierra todo el torrente de la lava que las montañas esconden en sus senos profundos. Es la «época de la algidez convulsiva»[19] de la enfermedad, durante la cual las escenas de la matanza se coloran con sus tintas más lúgubres.

* Ibíd. [N. de E.]

** Ibíd. [N. de E.]

19. RAMOS MEJÍA, J.M., *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Primera parte, *op. cit.*, p. 178.

Del retiro misterioso donde se esconde la fiera brotan las órdenes de muerte, como los relámpagos del fondo de la caverna donde fermenta la tempestad. Allí se agita, se revuelve, lanza rugidos estruendosos que estremecen la comarca, y en todas partes se ostentan los árboles cuajados de cabezas humanas, ¡a semejanza de los frutos de una estación fecunda! Es que ya siente el rumor de las trompas que anuncian la cabalgata de cazadores, y su tropel gigantesco le indica que su número es inmenso. Lavalle, Paz, Avellaneda, Lamadrid se aprestan a traer sus legiones sobre el baluarte del terror.

El monstruo tiembla porque los tiranos son cobardes; y propaga el incendio y el degüello con avidez pasmosa, para cegar cuanto antes la fuente de donde surgen los brazos enemigos. Una música desordenada y espeluznante, como un concierto de demonios en su noche de festín, acompaña las ejecuciones del cuchillo, de aquel cuchillo mellado que multiplica el sufrimiento de la víctima, arrancándole gemidos que van a unirse al tumulto de risas y de canciones báquicas de los verdugos y de sus ávidos espectadores.

En el fondo de las llanuras y en las faldas de los Andes comienza también a removerse la antigua virilidad que abatieron las turbas de Facundo, y como a renacer el fuego primitivo de la raza, aquel que creó la epopeya de 1810. Un cerebro joven, nutrido de las ideas regeneradoras que llegaban como vislumbres lejanas de las revoluciones intelectuales de Europa, medita y lleva a cabo la congregación, en un solo pensamiento, de las provincias que había aherrojado el caudillo de los Llanos. Pero ese pensamiento no era ya el que sucumbió en Barranca Yaco. Avellaneda era hijo de una generación inspirada en ideales grandiosos; Tucumán, el teatro predestinado para su ejecución osada, y la República entera, el horizonte en que debían dilatarse sus ráfagas fecundas.

De un corazón juvenil brotan torrentes de inspiración y de sentimiento, y sus irradiaciones van a encender los pueblos que habitan las montañas. La Liga del Norte, nacida de las cenizas de la que Facundo había formado para matar la libertad, asoma en nuestro cielo como una constelación nueva. La luz ilumina el porvenir, y la visión profética hace revelaciones que despiertan héroes desconocidos. Vuelven a resonar los clarines evocadores del pasado, y los sepulcros de los que cayeron en las victorias de Mayo se agitan como si fueran a lanzar de sus fosas sus esqueletos reanimados. Y todo aquel inmenso acorde responde al eco de los combates en que los mártires de Corrientes y Buenos Aires entregaron su sangre, como una ablución propiciatoria, a los dioses patrios.

Los héroes de la Legión Libertadora se internan en las soledades de la llanura y en los escarpados montes, emprendiendo aquella odisea de martirios en la que no quedó un palmo de tierra donde no cayera un héroe, donde no tronara el cañón de la venganza, donde no resplandeciera una victoria homérica, donde no eclipsara las hazañas romanas el soldado argentino. Y en Tucumán fermenta el cráneo que dirige la marcha de las legiones, como en la cima del Ida ardía el pensamiento que marcaba la suerte de la guerra troyana. La profecía de Belgrano ha consagrado su suelo en tiempos más difíciles: la esperanza arraigada en las almas creyó que esa profecía fuera eterna. Pero si aquella vez no llegó a ser el sepulcro de los nuevos tiranos, fue el calvario de una redención, consagrado por la sangre de un mártir. El genio es llevado al suplicio, pero del fondo de las nubes apiñadas sobre el patíbulo surge la voz terrible que anuncia el fin de un Olimpo vetusto.

El apóstol de la fe cristiana entrega su cuerpo a la pantera del circo, pero al exhalar el suspiro postrero una voz misteriosa exclama, llenando de terror a los bárbaros espectadores: «¡Los dioses se van!». Avellaneda entrega su cabeza luminosa al cuchillo del verdugo, en testimonio de su fe de libertad, pero del lago de su sangre surgen vapores que se convierten en hogueras, y van difundiendo la llama del sacrificio por todos los horizontes. El sentimiento nacional evocado de súbito con aquella muerte espantosa pero sublime, lanza el grito profético que anuncia la caída del cadalso y el derrumbamiento del trono levantado sobre cabezas humanas.

La tragedia, la epopeya, la traición, la leyenda se disputan aquel cuadro para sus creaciones ideales o fantásticas, porque unos y otros hallan en él sus caracteres, sus imágenes y sus colores más espléndidos. Hay en aquel joven pensador toda la profundidad de miras que hizo de Moreno el cerebro de la Independencia: porque en esta época, como en aquella, había necesidad de ideas y de espadas que afrontaran los problemas sociales y los problemas estratégicos; y si he de hablar la verdad, en la revolución contra Rosas el problema es más difícil, porque sus raíces se esconden en el seno de una misma sociedad, y la investigación se dirigía al fondo del alma. Las operaciones de la guerra se volvían, asimismo, más complicadas, porque el enemigo no obedecía a las reglas tácticas que facilitan los movimientos, sino que ataca y se defiende desordenadamente y sin concierto, haciendo, por consiguiente, casi imposible un plan científico. Y, por otra parte, la degradación moral del enemigo suprimía la lealtad y la buena fe que mantienen el orden en la dirección de toda guerra: la traición indigna cortaba de un golpe el nudo apretado por una hábil combinación, y el desaliento era la consecuencia de una derrota sufrida por medio tan reprobado. ¡Quién sabe si esos estados de inacción en que caía Lavalle en los momentos más críticos no fueron el efecto de esos desalientos de la virtud acrisolada cuando se encuentra en frente de la corrupción moral del adversario, que usa de armas envenenadas cuya terrible eficacia no puede ser contrarrestada por el soldado de la civilización!

Schiller hubiera encontrado en Avellaneda uno de los personajes predilectos de sus tragedias heroicas, porque en medio del ambiente que rodeaba a Felipe II, don Carlos brilla como una aurora que atrae los cantos de la naturaleza y las miradas del mundo. El revolucionario de Tucumán, en medio de la atmósfera sanguinolenta que rodea a Rosas, se destaca con el fulgor de un astro en cuyo seno se agita la materia luminosa, próxima a estallar en haces deslumbradores. El primero sucumbe al golpe de la justicia sombría del monarca devoto, en testimonio de su libertad moral; el segundo cae bajo el cuchillo federal en testimonio de su fe revolucionaria.

Hay un notable parecido entre Felipe II y Rosas, hasta en ese aislamiento social, en cuya soledad se engendraban las negras ideas con que envolvía su imperio, como en una noche impenetrable. La tragedia argentina es inmensa y fecunda en caracteres: en cada uno de sus caudillos y en cada uno de sus héroes hay el tipo de una creación grandiosa. Avellaneda, por su edad, por la profundidad de su pensamiento, por la tenacidad de su propósito, por el fuego de su sentimiento patriótico, por la trascendencia social de sus planes, por la atmósfera en que actúa y por la sublimidad de su martirio, es digno de la musa que escribió el *Don Carlos*, el *Guillermo Tell*, la *Conjuración de Fiesco*. Nuestra historia se tiñe con la

sombra de la tragedia shakesperiana, cuando aparecen los monstruos de la tiranía y de la muerte, y resplandece con la luz de la tragedia de Schiller, cuando atraviesan su escenario tumultuoso los bravos soldados que llevan la bandera de la libertad. Artigas, Facundo, Aldao, Rosas son los caracteres siniestros del genio inglés; Dorrego, Lavalle, Paz, Lamadrid, Avellaneda, Acha son los personajes favoritos del genio alemán.

En unos fermenta la ambición fatídica que engendra la niebla; en los otros brillan los sueños de redención, los anhelos fantásticos de libertad, que se agitan en las corrientes y en las montañas de la Germania, cuna de razas y de revoluciones fecundas que renuevan el alma humana.

¡Qué asunto tan colosal para una epopeya es aquella peregrinación a través de los desiertos, de los ríos, de las montañas, aquellas marchas precipitadas que se abren paso con el fuego del combate, rompiendo matorrales cuajados de enemigos al acecho, como las fieras cuya compañía les es familiar, cada una de esas batallas libradas de improviso contra enemigos ebrios de sangre, y en donde nuestros desgraciados mártires sucumben empuñando la espada y la bandera del honor argentino!

Esa epopeya está forjada en la mente del pueblo y resuena en sus cantos sencillos; los nombres de los héroes son bendecidos en la cabaña humilde del llano y de la montaña: solo falta el poeta que recoja esos cantos dispersos, y los cincele y los funda al fuego de las grandes inspiraciones que se perpetúan por el sentimiento y por la idea. La fantasía propia de nuestras masas ha coronado esas figuras inmortales de guirnaldas radiantes arrancadas al cielo; el artista nacional les ha dado formas gigantescas como sus desiertos, sus ríos y sus cordilleras; el amor de su posteridad los ha divinizado; la poesía ha desvestido algunas de sus envolturas materiales para contemplarlas como una creación vaporosa.

Y, no obstante, la literatura patria aún no tiene esos romances que ha forjado el pueblo y ha pulido el artista, y que son la primera manifestación de su alma cuando ha salvado las borrascas de su vida. El estruendo de las revoluciones del progreso nos ensordece y nos aparta de aquellas épocas de gloria; el rumor de aquellas epopeyas en que se combate para darnos la libertad se va desvaneciendo en el espacio; y pronto todo ese conjunto bullicioso de batallas, de gritos de victoria, de jinetes fantásticos, de espadas chispeantes, de banderas desgarradas, de sacrificios sublimes, solo existirá como una vaga nebulosa en nuestra memoria.

Pero no; las sombras de aquellos héroes legendarios no morirán envueltas en el vendaval de los progresos del siglo. Un poeta los ha burilado en la estrofa candente de una epopeya, escrita en medio de las convulsiones y de los torbellinos que sacudieron nuestra tierra en la época de las grandes desgracias. Y ese poema que tiene toda la inspiración de la verdad, y que refleja los colores de esa atmósfera de muerte, ¡no es repetido de memoria por los descendientes felices de tanto mártir!

Echeverría, que penetra en los senos tenebrosos del desierto, tras las huellas de «La Cautiva», revelando al mundo el alma y los latidos de la inmensidad, templó su lira colosal en el tono de los infortunios y de las glorias de su pueblo; y aunque sus versos sean informes y rígidos como el temple de sus guerreros, y sus estrofas se parezcan a los rugidos de la fiera y a los gritos del guerrero ahogado por el cuchillo o el plomo, su conjunto es la copia de la época; su acento general es el

mismo que aturdía la tierra con el estruendo de las matanzas y de las victorias; en sus ritmos se mezclan los himnos de la libertad con los bramidos del tigre hambriento de sangre, la fulminación valiente contra el asesino, con el acorde que ensalza las hazañas de los héroes.

Si la «Insurrección del Sud» es el romance histórico que relata un episodio homérico aunque desnudo de las bellezas del arte, en cambio contiene la expresión real del sentimiento argentino, perpetúa los nombres de los mártires y condensa, finalmente, en sus estrofas, todos los votos de una generación desgraciada cuya vida se desliza como los torrentes, interceptada, despedazada, absorbida por las rocas, los precipicios, los abismos. Revela, además, que en medio de la abyección de un pueblo que bendice al tirano que lo escarnece, ¡hay un pensamiento audaz y un corazón invulnerable que interrumpen los himnos serviles de alabanza que embriagan al asesino, para hacer tronar la voz de la maldición, la execración de la justicia y la promesa de una insurrección lejana!

Pero «Avellaneda» es el gran poema que inmortaliza una época y coloca el lauro de la epopeya sobre la tierra del poeta. Su héroe condensa el pensamiento y el alma de su generación, porque en su cerebro se elabora su destino. En torno suyo se ve atravesar, envueltos en la aureola de gloria inmarcesible, los personajes de la leyenda, los héroes de aquella odisea sublime que termina con la muerte, los fantasmas reanimados de los que en Mayo fundaron la nacionalidad, y que a través de la distancia aún exhortan con su voz mágica a sus sobrevivientes. Es el poema nacional por excelencia, porque refleja la naturaleza con sus colores y su savia, con sus selvas tropicales, sus montañas y sus llanuras; porque canta con la inspiración sagrada de una causa redentora; porque ilumina los más oscuros senderos por donde los mártires sembraron la sangre de la regeneración.

Allí se estampa el juicio contemporáneo sobre cada uno de los actores de esa tragedia de exterminio; allí Lavalle atraviesa de un extremo a otro el llano árido y desolado que Facundo y Aldao incendiaron o devastaron con sus hordas ebrias, derramando a veces sobre el cuadro las sombras extrañas de su espíritu, que dieron días de luto a sus desgraciados compañeros, y que arrancaron al poeta estas dolientes palabras:

> Lavalle, el precursor de las derrotas...
> ¡Oh, Lavalle! ¡Lavalle! ¡Muy chico era
> para echar sobre sí cosas tan grandes!
> Sin él, sin su derrota hasta los Andes
> se extendieron los férreos eslabones
> de la Liga del Norte redentora,
> y su lanza, tal vez, y su bandera
> al pie de la pirámide de Mayo
> clavarían triunfantes sus legiones.*
> [...]
> Todo estaba en su mano y lo ha perdido:
> Lavalle es una espada sin cabeza:

* ECHEVERRÍA, E., «Avellaneda», Canto Segundo, en *Obras completas*, t. I, *Poemas varios*, *op. cit.*, p. 336. [N. de E.]

sobre nosotros, entre tanto, pesa
su prestigio fatal, y obrando inerte,
nos lleva a la derrota y a la muerte.*

Pero estas sombras que inocula en su espíritu el revuelto caos de su tiempo no borrarán jamás, sino que harán resaltar con nuevo brillo, las hazañas del héroe de Tucumán, de los Andes, de Junín y de Ituzaingó, en los dichosos tiempos en que Belgrano, San Martín y Bolívar conducían las falanges victoriosas a la redención americana. La fantasía de su pueblo solo contemplará en la historia al guerrero inspirado que surca las líneas de batalla como un relámpago, y que no descansa hasta ver el campo desierto de enemigos. Ni el haz de incendio que brota del cadalso de Dorrego para propagarse sobre toda la República, engendrando las desgracias que nublaron nuestra historia, ha podido empañar el brillo de esa aureola de heroísmo que reverbera en su frente. Su vida es un huracán que todos los vientos azotan; su alma, un abismo donde la fatalidad incuba sus golpes mortales; en torno suyo revolotea el cuerpo siniestro de la desgracia, que salva su nombre y su gloria de la tempestad que levantan sus hechos. La leyenda ha oscurecido a la historia.

Lamadrid aparece en la epopeya de Echeverría, si no con la grandiosidad real de su figura histórica, al menos con el brillo que destellan naturalmente sus proezas inimitables. He ahí el tipo del guerrero de la raza nacida de la fusión de Europa y América, animado por el fuego del sentimiento tropical de su tierra, endurecido en el yunque de los combates en que pasó su vida, sublimizado por el prestigio de las victorias cuyos laureles lo agobian, y honrado por su obediencia y su disciplina, nunca empañada por la ambición. Las epopeyas de los tiempos antiguos no tienen un héroe que eclipse sus hazañas: Cinegiro, el hermano de Esquilo, en aquel «abordaje épico de un hombre y de un navío, desgarrándose cuerpo a cuerpo», Bayardo deteniendo un ejército en un puente, no son más grandes que Lamadrid atacando solo, y semejante a un tipo mitológico, un batallón entero de bayonetas, como un bosque de serpientes, entre cuyos garfios cae delirando todavía con el combate.

Oigamos al inspirado romancero de nuestros héroes: «Es el general Madrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de catorce años empezó a hacer la guerra a los españoles, y los prodigios de su valor romancesco pasan los límites de lo posible: se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de Madrid ha salido mellada y destilando sangre: el humo de la pólvora y los relinchos de los caballos lo enajenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le importa que la batalla se pierda [...] Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras [...] es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado a la libertad [...] El valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporción de ciento a uno. Y si no, ved lo que hace en Tucumán: [...] Facundo traía doscientos infantes y sus "Colorados" de caballería: Madrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de

* Ibíd., p. 351 [N. de E.].

Facundo, y a Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sino después de concluido todo. Queda la infantería en columna cerrada; Madrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto; él solo atropella la masa de infantería; le voltean el caballo, se endereza, vuelve a cargar; mata, hiere, acuchilla todo lo que está a su alcance, hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería.

»Todavía en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo además con el fogonazo. Facundo vuelve al fin a recuperar su *bandera* negra que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada y Madrid muerto, bien muerto. Su ropa está allí; su espada, su caballo, nada falta, excepto el cadáver, que no puede reconocerse, entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo [...] Madrid acribillado de once heridas se había arrastrado hasta unos matorrales donde su asistente lo encontró delirando con la batalla, y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: ¡No me rindo!».[20] El autor de este cuadro admirable concluye de este modo: «Nunca se había rendido el coronel Madrid *hasta entonces*». Corrijamos la frase diciendo: «*Ni aún entonces* se había rendido el coronel Madrid».

¿Mantienen las historias de todos los pueblos episodio más sublime que este? ¿El valor humano resplandeció jamás con más fúlgidos rayos? ¿Hay en las epopeyas antiguas cuadro más maravilloso y abrumador? Inclinémonos a derramar el incienso de nuestro amor, las frases de nuestra poesía, los laureles de nuestra justicia, ante este héroe inimitable que condensa la gloria de nuestra nación y de nuestra raza. No hay una sombra que vele su imagen, y podría retratarse sobre la tela de la llanura con los colores de la alborada. La epopeya argentina tiene en ella a uno de los personajes más luminosos; la tragedia, uno de sus caracteres más profundos; la tradición, su tipo más perfecto y universal; y la leyenda, su creación más vaporosa dentro del marco de la verdad.

En la pintura de los caracteres, en la descripción de las batallas, en la penetración de los misterios históricos, el romancero de *Facundo* ha superado al poeta de «Avellaneda», si bien es cierto que Echeverría canta, y Sarmiento escribe. El uno se propone construir la epopeya de un pensador, apareciendo en ella los héroes y sus combates como accidentes, y el otro traza la historia de una época iluminada, por las vislumbres de la leyenda; el primero sujeta el vuelo de su inspiración con las cadenas del metro, no dominado del todo, y el segundo derrama a manos llenas su ingenio y sus fantasías en el cauce dilatado de la prosa, que se amolda con la docilidad de un junco a los más pueriles y deslumbrantes caprichos de su genio.

Pero el genio es la región de los iguales, ha dicho Hugo; y así, si Sarmiento ha hecho de su Facundo una estatua digna del cincel helénico, por lo acabada, y ha creado un semidiós de la barbarie, Echeverría ha pintado con el arte del Renacimiento un cuadro en que la luz se refleja en la sangre que forma el fondo de la tela: la luz es el pensamiento de su héroe, el fondo enrojecido es el medio bárbaro de donde surgía aquel apóstol inspirado en las visiones del futuro. En las alturas del genio, ambos se han coronado con el mismo laurel.

Sobre el torbellino de aquella guerra sagrada, en que se confunden tantas fi-

20. SARMIENTO, D.F., *Civilización y barbarie*, *op. cit.*

guras gigantescas en los vapores y el polvo de las batallas, Acha descorre el denso velo para presentársenos ornado de inmortalidad y poesía. Fruto, como Lamadrid, del suelo argentino, modelado al temple de los guerreros de Mayo, pertenece al número de los que siguieron fieles la bandera de la libertad.

Él atraviesa el medio corrompido de la anarquía, sin empañar el brillo de sus hazañas y de su límpida figura histórica. El valor temerario, la confianza en la victoria, la fe de la causa son las cualidades que despliega en su agitada vida. La tradición ha hecho de él un personaje ideal, como sus compañeros de odisea e infortunio; los desiertos modulan su nombre en sus ráfagas armoniosas; los cantares nacionales vibran con tonos épicos al recordar su cruzada de triunfos y de reveses, en los que su carácter parece rodearse del fulgor de los grandes sacrificios. El cantor de Avellaneda le consagra estrofas que cincelan un monumento de gloria:

> Acha, el héroe ser pudo que la tierra
> de tiranos purgase en esta guerra;
> pero más joven es, y harto modesto
> no ha querido ocupar el primer puesto.*

Estos versos que me recuerdan la sencillez con que Homero describe las virtudes de sus héroes nos retratan el carácter del tipo legendario. Lavalle era un gigante cuya nombradía llevaba largos años de sonoridad;

> Madrid como valiente es conocido...**

el joven Acha no se creía digno de levantarse sobre tan elevadas cabezas. Y no obstante, ¡cuán alto remontó su vuelo, y cuán alto lo vemos hoy, después que se ha disipado la niebla de la época, y que han muerto en el vacío los últimos gritos de las pasiones que engendraron aquel vértigo sangriento!

Hay episodios de su carrera militar que lo colocan al lado de aquellos que admiraba en su juventud. Él debía libertar a Cuyo de los brazos del fraile ebrio y lujurioso que lo vilipendiaba; huestes del tirano lo aguardan, y otras lo siguen para ahogarlo; un combate troyano tiene lugar, en que se admira no solo la magnitud moral del jefe, sino el heroísmo indescriptible de sus subalternos y de sus soldados. Una aureola de fuego patriótico, una irradiación de entusiasmo sublime se desprenden de ese hombre extraordinario, y envuelven y contagian a sus tropas. Es en aquel combate,

> donde Acha con un grupo de valientes
> sobre el cuyano ejército se arroja,
> lo aterra, lo deslumbra y como un rayo
> lo hiende con su lanza y su caballo.***

* ECHEVERRÍA, E., «Avellaneda», Canto Segundo, en *Obras completas*, t. I, *Poemas varios*, *op. cit.*, p. 351. [N. de E.]

** Ibíd. [N. de E.]

*** Ibíd., p. 327. [N. de E.]

«La batalla de Angaco es un oasis de gloria en que el ánimo puede repararse en medio de este desierto sembrado de errores, de desórdenes y derrotas.»[21] Pero ni el arrojo inspirado de la juventud que lo acompaña, ni el «valor caballeresco de Acha que valía por sí solo un ejército», ni el ardor de aquella tropa poseída de un espíritu de abnegación misteriosa pudieron apartar de ese campo bañado por la aurora las sombras y las nubes de sangre que la seguían de cerca. Desde lo alto de su grandeza heroica, Acha miró muy pequeño a su enemigo; y esta visión fue la causa de su derrota final y de su muerte. Arrancado de su último baluarte, donde resiste al torrente como el náufrago sobre el témpano flotante, es conducido al suplicio. Su cabeza rueda cercenada por el cuchillo de la Mazorca trasladada al interior, y Rosas, su fundador y jefe, recibe esta noticia como un aviso de los dioses: «El salvaje unitario Mariano Acha fue decapitado ayer, ¡y su cabeza, puesta a la expectación pública en el camino que conduce a este río...!».

¡También allí la cabeza de un mártir de la libertad ofrece un festín al cuervo de la llanura! ¡Triste, horrible, siniestro desenlace de tan sublime epopeya! ¡La cabeza de Castelli, la cabeza de Acha, la cabeza de Avellaneda, nutrida de promesas grandiosas, levantadas a manera del estandarte del terror sobre el escenario donde actuaron sus dueños, señalan el sitio consagrado por el martirio de los audaces apóstoles de la Cruzada Libertadora! Pero falta una, la del jefe militar que ha muerto en el confín de la tierra oprimida. Los malignos agentes del bárbaro remueven el polvo de las tumbas, para arrancarla del tronco, ¡y levantarla también para escarmiento de los libres! La tierra extranjera le concede un sepulcro, y sus compañeros de desgracia velan el sagrado depósito, ¡dispuestos a salvarlo con su vida de la profanación satánica!

Pero en el fondo de aquellos cráneos fermenta un rayo encendido por manos invisibles; de la tierra que empapó su sangre brotan llamas incendiarias que abrasan las guaridas de los monstruos; de las cavidades de sus ojos estallan las chispas del fuego redentor, que ya comienza a encenderse en todos los espíritus; de sus bocas descarnadas parece que surgieran torrentes de revelaciones sublimes, de palabras proféticas, de exhortaciones inspiradas. El tirano se engañaba; porque las cabezas de los mártires, enastadas sobre los árboles para ahogar la libertad por el temor de la muerte, brillaban como antorchas divinas, evocando la libertad por el amor del sacrificio.

Dispersos y perdidos entre los sucesos y los caracteres que forman la segunda epopeya de la libertad argentina, pululan como astros errantes otros muchos que combatieron con el mismo ardor, que brillaron con la misma luz y cuyos nombres se conservan en la memoria popular idealizados por la poesía nativa, consagrados por una muerte gloriosa. Yo quisiera dedicarles una página de estos recuerdos, una corona de estas humildes flores que derramo sobre las tumbas de tantos mártires autores de nuestra nacionalidad; pero para gloria de la patria, ellos son innumerables, y sus caracteres tan diversos, que largos años de investigar y recorrer los legajos de los tiempos pasados serían necesarios para encontrar los colores originales del inmenso cuadro de la época.

Esperemos que la labor paciente y tardía de la historia ilumine las profundi-

21. Sarmiento, D.F., *Vida de Aldao, op. cit.*

dades del abismo, y entonces veremos surgir, a semejanza de las estrellas que van apareciendo una a una sobre el horizonte de nuestra pampa, a cada uno de los héroes que murieron ignorados, cubiertos por el humo de la pólvora, o envueltos por la ola de sangre de la matanza. La historia desvelará la tiniebla, la tradición le mostrará el camino sembrado de memorias, la leyenda recogerá las maravillas que se descubran al paso, la poesía patria repetirá las armonías de esa aurora que trae consigo toda exhumación de glorias pasadas.

VII. EL GENERAL PAZ

Pero hay una figura colosal que se levanta del conjunto de esta cuarta época, y debo evocarla para que proyecte su luz sobre el final de estas páginas. Cada generación ostenta un héroe que condensa toda su gloria y su savia: el general Paz es el punto culminante de la epopeya libertadora, de la línea de cumbres que señalan el paso de la libertad a través de la barbarie, porque lleva consigo el genio de la guerra culta, de la estrategia científica, en medio del caos, en que hasta los soldados de la civilización absorben algo de ese ímpetu desordenado de las turbas que combatían. Es «el hijo legítimo de la Ciudad», y representa la tendencia progresista de su pueblo, como Facundo, el hijo de la llanura, representa la tendencia retrógrada.[22]

Nacido en una atmósfera de ciencia, su espíritu bebe sus influencias con el primer hálito que aspiran sus pulmones; su juventud se desarrolla a la sombra de los capitanes de Mayo, y su carácter se funde en el molde de los grandes sucesos: ya en la Ciudadela su silueta se destaca como la de un genio al pie del cañón. Se ha coronado con los laureles que Belgrano y San Martín arrancaron de sus victorias, y cuando el soplo envenenado de la discordia comienza a agitar el seno de su patria, agostando los árboles jóvenes de la nueva raza y rechazando las corrientes regeneradoras del espíritu público, se lo ve vagar como el pájaro sin nido por los países vecinos, dejando, no obstante, en cada uno, la huella profunda del genio que hierve en su ser. En Ituzaingó se renovaba la epopeya de Mayo, y allí aparece al lado de su cañón fantástico, sembrando la destrucción y la victoria.

Cuando los caudillos bárbaros reemplazan en nuestra sociabilidad a los héroes del pensamiento y de la espada, Paz reaparece de nuevo y, libertando a Córdoba de la cuchilla y de la lanza rústicas, se pone enfrente del vendaval del desierto a resistir sus ímpetus infernales. Su influencia renueva el fondo de esa sociedad enervada por el despotismo; y aquellos jóvenes criados sobre los libros, lejos de las fatigas de los campamentos, se incorporan animados de un fuego secreto que los lleva al sacrificio, a morir en masas como las espigas que siega la guadaña.

La religión pervertida por sus apóstoles, que inclinan su cerviz y ungen con la gracia divina a los bárbaros que se apellidaban sus defensores, «azotes de Dios» sobre nuestra tierra, despierta de su abyección cuando un talento superior le muestra la profundidad de su caída y la espléndida regeneración, y pone entonces su poder formidable al servicio de la obra libertadora.

22. SARMIENTO, D.F., *Civilización y barbarie, op. cit.*

No hubo en pueblo alguno revolución más completa llevada a cabo por la inspiración de un solo hombre. Paz borra de un golpe de luz las sombras que la resistencia a la Revolución había vertido sobre Córdoba. Infiltra, por modo y arte admirables, en sus tropas y en sus jefes, la austera virtud cívica, modera su valor temerario y tumultuoso con la ley de una sabia disciplina, y funda, en fin, el ejército inconmovible que ha de burlar las irrupciones tempestuosas de la horda de a caballo y de lanza.

Se diría que su personalidad no ofrece asunto a la fantasía porque sus hechos son del dominio de la ciencia: pero hay en sus combates una secreta grandeza que subyuga las facultades. Esa inmovilidad del artillero donde van a romperse las corrientes impetuosas del enemigo, como ante una montaña de la que brotan lluvias de fuego, y esas marchas ordenadas y metódicas, ejecutadas en medio del estruendo y del estrago que sacuden la tierra, ejercen sobre el espíritu una terrible fascinación. No es ya la leyenda que se alimenta de fantasías risueñas o melancólicas la que perpetúa esos cuadros y esos caracteres: es la epopeya, porque en ella caben las más vastas, las más colosales concepciones de la inteligencia, las creaciones más inmensurables del sentimiento humano. La Tablada es el teatro de una de esas epopeyas en que un genio científico puede, no obstante, coronarse con las luces ideales de la fantasía.

En ella luchan el desierto contra la ciudad; las turbas salvajes con todo su valor nativo, montadas sobre el caballo tradicional que lleva la mejor parte en la pelea, contra la milicia educada y a pie, enterrada, inmovilizada por la conciencia del deber, como una encina que no logran desarraigar los furiosos vendavales que la sacuden. «Aquellas enormes masas de jinetes que van a revolcarse sobre los ochocientos veteranos tienen que volver atrás a cada minuto, y volver a cargar para ser rechazadas de nuevo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguardia de los suyos tanto estrago, como el cañón y la espada de Ituzaingó hacen al frente de las bayonetas y en la boca de los cañones. ¡Inútil! Son las olas de una mar embravecida que vienen a estrellarse en vano contra la inmóvil y áspera roca; a veces queda sepultada en el torbellino que en su derredor levanta el choque; pero un momento después, sus crestas negras, inmóviles, tranquilas, reaparecen burlando la rabia del agitado elemento.»[23]

Hay una poesía majestuosa, serena y olímpica en la odisea de este hombre extraordinario a través de pueblos extraños, persiguiendo la realización de su idea magna: la destrucción de los caudillos. Una huella de prodigios señala sus pasos. Montevideo lo ve en la plenitud de su genio militar, que asombra al héroe de la redención italiana; Corrientes, asilo predestinado del patriotismo argentino en aquel tiempo, se arma a su voz; Brasil lo ve pasar como un peregrino de un mundo desconocido, con la frente nublada por un pensamiento. Su cerebro no descansa; el gran problema llega a su solución. Forma contra el bárbaro su artillería inconmovible y sus infanterías impertérritas.

La Tablada y Oncativo son la muerte moral del caudillaje; y hubieran sido su destrucción absoluta si uno de esos accidentes que solo el argentino comprende no hubiera dado el triunfo al bárbaro. El sabio que marcha descuidado obser-

23. Ibíd.

vando la naturaleza queda aprisionado por las lianas de la selva: el general calculador y matemático cae preso de un tiro de bolas del gaucho de la pampa. La polvareda densa que levanta en el desierto la horda impetuosa ha eclipsado el astro que guiaba la libertad a su triunfo; pero su luz radiante asoma en lugar distinto del horizonte, y hacia él convergen de nuevo todas las miradas.

Los más grandes acontecimientos de nuestra historia se ligan a su nombre, y su talento literario da a su patria una ofrenda colosal: sus «Memorias» son en el laberinto de nuestras luchas agitadas el hilo que enseña el camino recto. La tradición nacional tiene en el general Paz una de sus glorias más puras. En su figura histórica resplandece el pensamiento y reverbera una aureola de virtudes diáfanas. ¡Quiera su sombra inspirar el ejemplo de su vida a las generaciones del porvenir!

VIII. CASEROS. UN CUADRO FINAL

La nacionalidad argentina queda asegurada para siempre en el alba que amanece en Caseros. La larga y borrascosa noche de las pasiones desenfrenadas se desvela al fin; las tintas rosadas de ese crepúsculo se levantan de los campos de batalla, donde una generación entera dejó sembrados su sangre y sus huesos; ellos son la luz que destellan sacrificios sin número, misterios horribles, peregrinaciones desoladoras, ostracismos saturados de nostalgias, sangre y lágrimas vertidas a torrentes en los altares de dioses invisibles, en los pórticos de templos velados por la sombra, en las lápidas de las tumbas, donde los manes de los héroes de Mayo y sus pensadores dormían su sueño de gloria.

El clamor prolongado de la tierra, como el rumor que los vientos levantan en las montañas, llega al fin al fondo de los retiros solitarios donde el antiguo vigor se asila, donde se esconde la virtud social, donde la musa patriótica ha ido a ocultar sus rasgos de luz, huyendo del crimen triunfante, y asoman de súbito, haciendo surgir del bosque, del desierto y de las ciudades una nueva generación de héroes, fruto de la reacción operada en silencio durante la noche.

La fiebre que devora a las fieras llega a su paroxismo final; la sangre de sus arterias fluye en torbellinos sordos a sus cerebros, y la congestión estalla. Como se desvanecen los monstruos que poblaron un sueño agitado y delirante, ante la primera vislumbre de aquella aurora los tiranos, sus verdugos, sus bandas sabáticas que surcaban las calles y los llanos al compás de músicas siniestras, se sumergen en el seno de la niebla que se aleja, o se dispersan y disipan en el fondo del día espléndido.

La tragedia de la muerte, en la que luchan con horrible estrépito los caracteres sombríos, las pasiones tenebrosas y desordenadas, con las virtudes errantes devoradas una a una, tiene por desenlace una resurrección. La sangre vertida en Chascomús, los degüellos de Tucumán y de San Juan, las inmolaciones infinitas de los actores de la gran odisea libertadora, desprenden al fin con su clamor profundo, del fondo de la nube incendiada, el rayo fulminador del fratricida. Castelli, Lavalle, Avellaneda, Acha, Lamadrid y todas las legiones de mártires levantan un instante su cabeza del páramo en que cayeron para saludar aquel día suspirado, y vuelven entonces a hundirla para siempre en las entrañas de la llanura que consagraron con el riego de su sacrificio. Su sueño está cumplido: la patria ha renacido de las

cenizas y del fango, y lleva en su frente una luz nueva, intensa y desconocida que se asemeja a un resplandor de inmortalidad.

Caseros es el teatro de una nueva redención, como Mayo fue el espacio de un génesis. El héroe de esa victoria que resucita a un pueblo tiende la mano a los que en Tucumán, Salta y los Andes lo arrancaron del seno de la tiniebla. El pasado se une al porvenir por medio de aquel anillo que proyecta su luz sobre las dos faces del tiempo. Las tradiciones de raza, las leyendas heroicas, las fantasías deslumbrantes se sumergen en ese limbo inmenso, como las miríadas de astros que pululan en los espacios intersiderales se arrojan en la masa ígnea que calienta el universo. La musa de las batallas, la diosa que invocaba Homero, descansa ya de su peregrinación de siglos, cuando asoma en los cielos la libertad, del fondo de los combates y de las tormentas que preceden al nacimiento de un pueblo. El legislador sube al sitial que abandona el poeta; Moisés ha reemplazado al salmista; los truenos del Sinaí ensordecen y ahogan la voz de los torrentes del Jordán y el rumor de los cedros del Líbano.

El ruido de los combates continúa, no obstante, resonando por algún tiempo en las planicies argentinas; pero son las ondas del trueno que se alejan a morir en las sinuosidades del vacío. Son las luchas regeneradoras del espíritu público que busca recobrar su vida natural; son los partidos que se disputan la gloria de cimentar la futura existencia de la patria, y que combaten con el hierro y el fuego, porque la inercia del movimiento aún los domina, porque el vértigo de las grandes batallas todavía los arrastra. Pero el tumulto se apacigua lentamente, como los vendavales del desierto; las multitudes inspiradas por nuevos sentimientos comienzan a llamarse hermanas y a congregarse en torno de una madre común.

La colosal estatua cuyo cincelamiento se ejecutaba en secreto y en medio de la ansiedad de la muchedumbre va desvelando poco a poco sus miembros atléticos, semejante a un dios de Fidias. Cada fragmento que descubre es saludado con gritos de admiración, y hasta la llanura se asocia al estremecimiento que despierta la suprema belleza. Por fin el velo que la envuelve se desgarra, como si una nube despejara el disco del sol, y América y el mundo contemplan la obra gigantesca del genio, elaborada entre las sombras y los fulgores de tres siglos.

La República Argentina es esa estatua cincelada en el granito de los Andes, de cuyos flancos ciclópeos heredó sus formas rígidas y armónicas a la vez. Sus pies se asientan sobre una llanura surcada de ríos inmensos que tributan al mar, y bordada de selvas tropicales que mantienen la juventud eterna; su cabellera ondea sobre el dorso colosal, como un torrente despeñado de la montaña, y de su frente brota un relámpago que revela un cráter en el cráneo. Un cóndor extiende sobre ella sus alas espaciosas, y parece decirle al oído una revelación del firmamento; su mano derecha enarbola una bandera blanca y azul; su mano izquierda sostiene un código; y alrededor de toda ella se derrama una atmósfera de majestad, de gloria y de belleza, que enciende deseos de adorarla y de ensalzarla eternamente.

Allí está, espléndida, radiante, fascinadora. Los mares de la Tierra vienen a bañar sus pies medio velados por la hierba, con rumores inmensos que parecen himnos de mundos ignotos; oleadas humanas atraídas por su mágica hermosura y su sombra reparadora acuden a rodearla y a adornar de flores su pedestal; y, confundiéndose en el mismo suelo con sus hijos, labran todos reunidos la tierra,

agrupan sus hogares en torno suyo, y bendicen su prole en nombre de la Libertad y del Trabajo.

A los pies de esta diosa cincelada por el genio de dos razas fundidas en un mismo fuego, modelada en el tipo de los Andes, iluminada por el relámpago de la idea, bañada de luz por las auroras y de espuma por los mares, portadora de la bandera que condujeron victoriosa los héroes de Mayo, y del Código sagrado que condensa el fruto del pensamiento de los siglos, allí deposito este libro escrito con el fuego del único amor que me conforta en la vida: el de mi patria.

Apéndice

Carta del general Mitre al autor*

Buenos Aires, mayo 28 de 1889

Señor doctor Joaquín V. González

Distinguido compatriota:

La tradición nacional era un libro que faltaba en mi biblioteca americana, y lo había ya pedido a su editor, el señor Lajouane, cuando tuve la satisfacción de recibir el precioso ejemplar de él, con su amable dedicatoria autógrafa, juntamente con su estimable de 25 del corriente que le da mayor valor.

Había leído algunos capítulos de su libro, llamando fuertemente mi atención su espíritu filosófico, la amplitud de sus vistas, su estilo galano sin exageración ni amaneramientos y, sobre todo, el sentimiento patriótico de que está impregnado. La lectura atenta que de él he hecho ha confirmado esta primera impresión y ha afirmado mi juicio respecto de su valor intrínseco, como producto literario y trabajo de pensamiento bajo las inspiraciones sanas de su patriotismo ilustrado. No me queda sino felicitarlo por su obra y por los merecidos aplausos que ella le ha granjeado.

Debo, sin embargo, hacer una reserva, ya que usted me pide mi juicio al respecto, y lo haré con la franqueza y la simpatía que la obra me inspira, así como su autor, aun sin tener el gusto de conocerlo personalmente.

La obra consta de tres partes bien diseñadas:

1ª la introducción, que son los prolegómenos del asunto, o sea el medio geográfico, histórico, etnográfico e intelectual en que se desarrolla el drama de la tradición americana en sus enlaces con la tradición nacional; 2ª lo que constituye el núcleo, o sea el nudo del asunto, cuando se opera la revolución de la Independencia, que se describe política y socialmente: la evolución que involucraba la tradición; 3ª los corolarios y conclusiones que se deducen lógicamente del asunto tratado.

La introducción está bien concebida y bellamente expuesta en sus partes capitales, siendo tal vez susceptible de mayor desarrollo en la parte fundamental

* Incorporada por el doctor Joaquín V. González como prólogo a la segunda edición de *La tradición nacional*, Buenos Aires, Librería «La Facultad» de Juan Roldán, 1912. [N. de E.]

por lo que respecta a la teoría de la evolución de las razas y de la formación de la sociabilidad, que es la base de toda tradición.

La segunda parte, de rasgos brillantes y vistas largas, es la más débil, considerada desde el punto de vista científico y filosófico. Puede decirse que casi toda ella gira alrededor de la idea de que los hispanoamericanos somos los descendientes genuinos de los americanos de la época precolombina. Protesto contra esta idea. Me llevaría muy lejos entrar a la crítica razonada de esa parte de su trabajo, y aun la creo inútil, porque pienso que reflexionando usted maduramente se formaría una idea más racional de la tradición al respecto.

Respecto de esta parte solo le aportaré una observación.

Al tiempo de estallar la revolución, la América española estaba poblada por cinco razas, que para los efectos de la tradición histórica pueden reducirse a tres: 1ª la española, o sea la raza conquistadora; 2ª los indios, o sea la raza conquistada; 3ª los criollos, o sea la raza hispanoamericana, producto de la Conquista y del consorcio de las dos razas anteriores. Agréguese la raza negra, o sea la raza servil, y los mestizos, producto de todas las razas juntas, y se tendrá el cuadro antropológico de la América del Sur en 1810.

El antagonismo, la revolución estaba latente en el seno de estas razas. La raza indígena hizo su explosión en 1780, levantándose contra los conquistadores, pero fue lógicamente vencida para siempre porque no era dueña de las fuerzas vivas de la sociedad, porque en vez de representar la causa de la América civilizada representaba la tradición anterior a la Conquista, o sea el cacicazgo y la barbarie. La raza criolla hizo su revolución en 1810 en nombre de otro principio y de otras aspiraciones, y conquistó por sí y para sí la Independencia y la libertad, imprimiéndole el carácter político, moral y social que entrañaba la nueva raza, que no se proponía ni continuar a los indios, ni restaurar el Imperio americano (como usted parece insinuarlo), sino fundar esa civilización, continuación de la europea, sin sus privilegios y bajo el principio de la equidad humana. Los sudamericanos ni física ni moralmente somos descendientes de los pampas, los araucanos, los quechuas, etc., como los norteamericanos no lo son de los iroqueses ni de los mohicanos, aun cuando allá, como acá, se operó el consorcio de la raza conquistada y conquistadora, simbolizado por Pocahontas.

Como lo digo en un libro histórico que publicaré bien pronto (la Historia de San Martín), cuando estalló en 1810, con sorpresa y admiración del mundo, la revolución de nuestra Independencia, se dijo que la América del Sur sería inglesa o francesa; y después de su triunfo se presagió que sería indígena y bárbara.

Por la obra y la voluntad de los criollos que la hicieron, la dirigieron y la hicieron triunfar, dándole después su organización política, fue americana, republicana y civilizada. Este es el nudo de la tradición que el historiador y el filósofo deben desatar.

La última parte de su libro, bella en sí, no corresponde del todo a sus dos partes sustanciales, pero contiene en germen sus conclusiones generales, que son susceptibles de ser encerradas en líneas más precisas.

Prescindiendo de estos detalles y condensando mi juicio respecto de su libro, le diré que es el primer trabajo que en su género se haya hecho entre nosotros, con sinceridad, con amor y con ilustración, y que contiene el germen de otros libros

más completos que promete la mente de su autor, nutrido por estudios serios, en que la reflexión y el sentimiento se equilibrasen.

Estimo como debo los benévolos conceptos con que usted se sirve favorecerme, y los retribuyo por mi parte cordialmente, siéndome agradable con este motivo suscribirme de usted su afectísimo compatriota y seguro servidor,

Bartolomé Mitre

Esta edición, de 700 ejemplares, se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2015
en Artes Gráficas del Sur, Alte. Solier 2450,
Avellaneda, Pcia. de Buenos Aires.

unipe: editorial universitaria
ideas en la educación argentina

Reeditar textos sobre educación argentina actualmente de difícil acceso es una tarea compleja y plural. Con la colección *Ideas en la educación argentina* nos proponemos actualizar viejas preguntas e interrogar críticamente el sentido que tienen hoy las ideas del pasado. Cada libro reúne una obra o una selección significativa del autor elegido, precedida por el trabajo de un estudioso contemporáneo que presenta la vida, el contexto de producción de la obra, algunas claves de lectura y una bibliografía actualizada del autor.

DARÍO PULFER
DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
IDEAS EN LA EDUCACIÓN ARGENTINA

La tradición nacional (1888) es una obra temprana dentro de la prolífica producción de Joaquín V. González. En este libro se plantea una lectura del pasado nacional que hunde sus raíces en el mundo de los pueblos originarios y llega hasta la proclamación de la Constitución de 1853, organizando una visión histórica que ampliaba los márgenes de los discursos conocidos hasta ese momento. Como muestra del alcance de estos planteos, incluimos la carta que le remitiera a González el general Bartolomé Mitre y que fuera publicada a modo de prólogo en la segunda edición de la obra. En el actual volumen presentamos el trabajo de este destacado autor, planteando ejes de comprensión de la obra, su inserción en las corrientes políticas, intelectuales e historiográficas argentinas de su tiempo. Su obra se relaciona de manera particular con el ámbito educativo, en el que González tuvo una significativa actuación vinculada a la producción de textos, cambios de planes y creaciones institucionales.

9 789873 805110

COLECCIÓN IDEAS EN LA EDUCACIÓN ARGENTINA

Ricardo Rojas
La restauración nacionalista
Presentación de Darío Pulfer

José M. Estrada
Memoria sobre la educación común en la Provincia de Buenos Aires
Presentación de Carlos Torrendell

Saúl Taborda
Investigaciones pedagógicas
Presentación de Myriam Southwell

Domingo F. Sarmiento
Educación popular
Presentación de Juan Carlos Tedesco e Ivana Zacarías

Manuel Belgrano
Escritos sobre educación
Selección de textos
Presentación de Rafael Gagliano

Carlos N. Vergara
Pedagogía y revolución
Escritos escogidos
Presentación de Flavia Terigi y Nicolás Arata

Juan Mantovani
Bachillerato y formación juvenil
Presentación de Isabelino Siede

Pablo A. Pizzurno
Cómo se forma al ciudadano y otros escritos reunidos
Presentación de Pablo Pineau

Julio R. Barcos
Cómo educa el Estado a tu hijo y otros escritos
Presentación de Nicolás Arata

Víctor Mercante
La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas
Presentación de Inés Dussel

Berta P. de Braslavsky
La querella de los métodos en la enseñanza de la lectura
Presentación de Pablo Pineau

Aníbal Ponce
Educación y lucha de clases y otros escritos
Presentación de Nicolás Arata y Pablo Gentili

EN PREPARACIÓN

Emilio F. Mignone
Escritos seleccionados de un pensamiento educativo
Presentación de Cayetano De Lella y Augusto Pérez Lindo

Ernesto Nelson
Plan de reformas a la enseñanza secundaria y otros escritos
Presentación de Rafael Gagliano